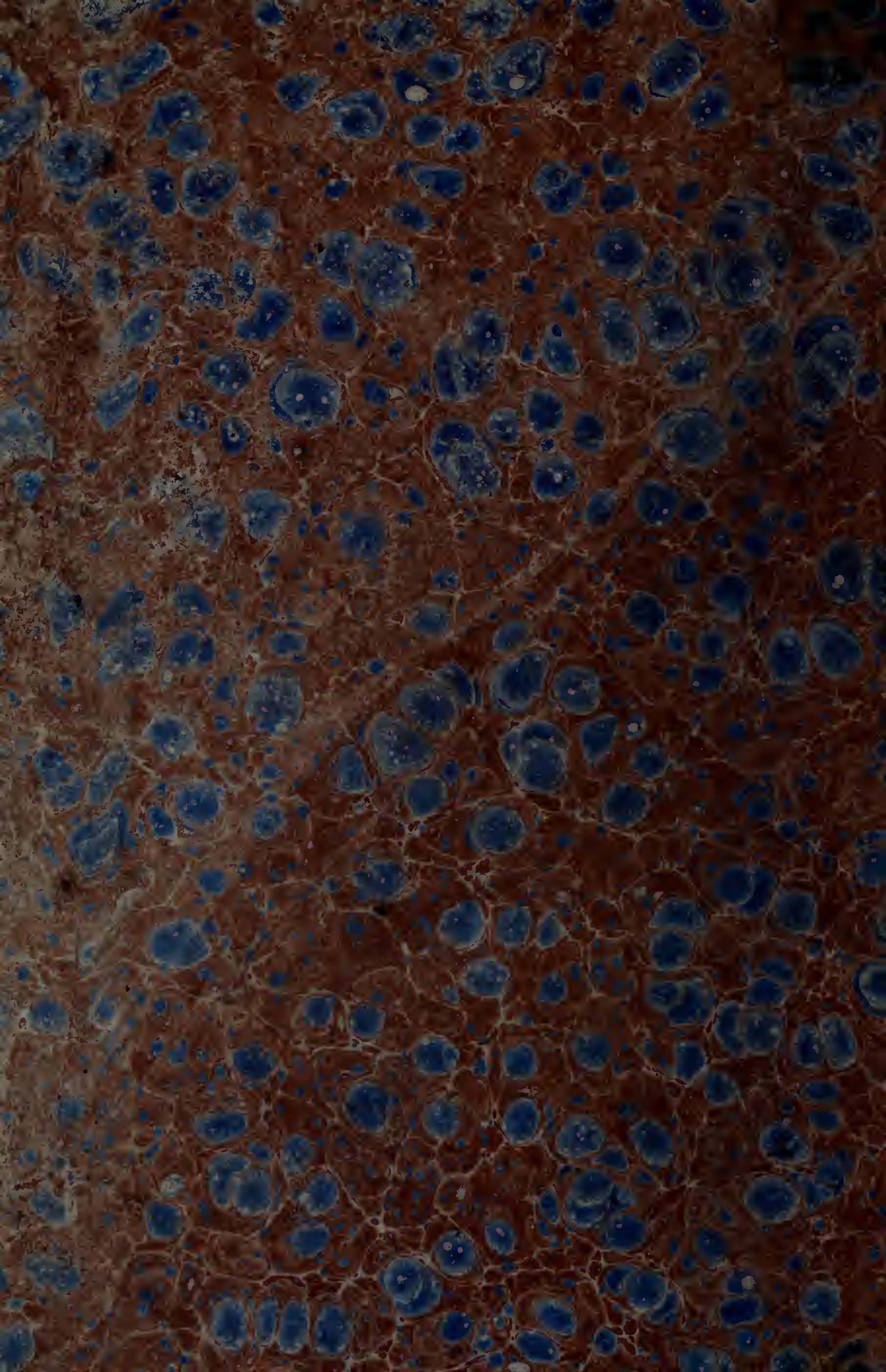
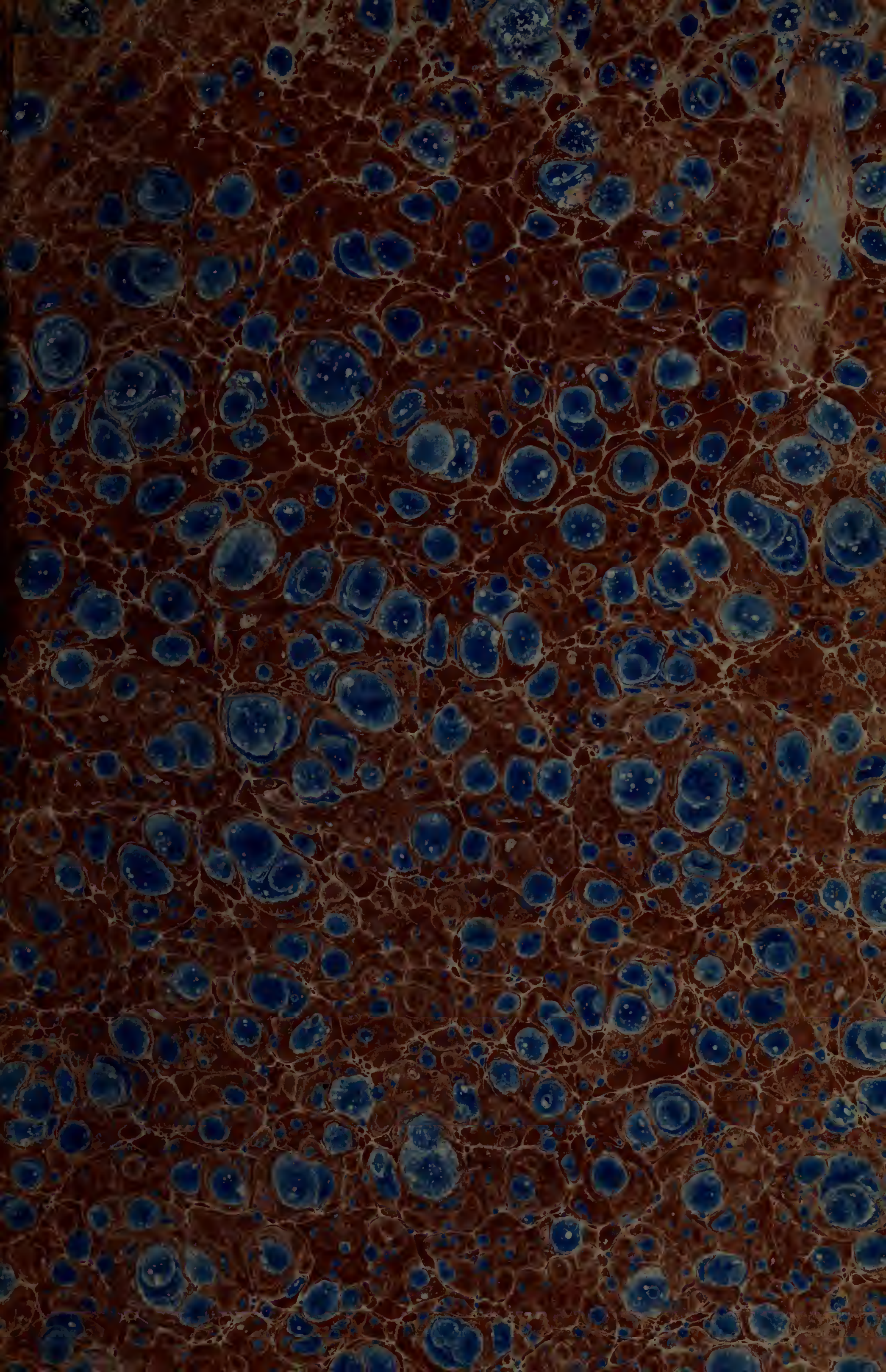








LUISA

ó

EL ANGEL DE REDENCION,

CUENTO

POR D. MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

TOMO I.

MADRID.

D. MIGUEL PRATS, EDITOR, CALLE DEL AVE-MARÍA, N.° 7, CTO. 2.°

Aprobada por la censura.=Madrid 24 de Setiembre de 1859.

MADRID.—1859.

Imprenta de D. CIPRIANO LOPEZ, Cava-Baja, n. 19, bajo.

AL QUE LEYERE.

El dia 2 de Noviembre de 1858 el autor recibió el encargo imprevisto de escribir una novela.

Todo el mundo sabe que el 2 de Noviembre es el dia de la Conmemoracion de los fieles difuntos, segun lo reza el Almanaque.

Comprometido ya á escribir en un término perentorio, el autor fué aquella tarde á los campos santos.

Su imaginacion estaba preocupada con el reciente compromiso que habia contraido.

No sabia qué género elegir, á qué forma atenerse.

Su imaginacion resistia.

Y al dia siguiente habia ofrecido enviar á la imprenta las primeras páginas.

De improviso el autor se detuvo delante de un nicho, en el cementerio de la Sacramental de San Ginés y San Luis, y lanzó una esclamacion de alegría.

No porque el lugar fuese á propósito para alegrarse, sino porque habia encontrado, no una novela, sino lo que era mejor: un cuento.

Aquel cuento se lo habia inspirado aquel nicho cerrado por una

lápida negra, delante de la cual, en un marco negro, habia un cristal.

Entre aquel cristal y aquella losa habia una cartera.

Sobre aquella cartera una fecha.

Aquel nicho, aquella cartera, aquella fecha, fueron un punto de partida para la imaginacion del autor, y aquella noche, solo en su gabinete, escribió el título que sirve de portada á este libro, y se aventuró, confiando en Dios y en su fortuna, en la relacion siguiente:



PRÓLOGO.

CAPITULO I.

En que se ve lo que puede provenir de una tormenta.

ERAN las cuatro y media de una fria y seca tarde de invierno.

Trasponia el sol pálido, por decirlo así, y triste, como si sintiera el frio, tiñendo apenas con un leve resplandor rojizo un horizonte de nubes cárdenas, que se estendian en pesadas ráfagas al poniente.

El resto del cielo estaba despejado, pero pálido tambien y frio.

Soplaba el norte, levantando el polvo en pequeños remolinos, y silbando de una manera que acongojaba, entre las ramas deshojadas de los árboles.

El sol traspuso enteramente.

Entonces de entre las gentes que entraban y salian por la puerta de Fuencarral de la villa y corte de Madrid, se destacó una mujer sola y completamente enlutada, que tomó á buen paso el camino de Fuencarral adelante.

Era alta, andaba admirablemente, como solo saben andar ciertas españolas, y vestía un trage rígidamente ajustado á la moda: un ancho vestido de lana, un manton de casimir y una capota de crespon negro, cuyo velo, caido á medias, ocultaba su semblante.

A veces el aire levantaba como furtivamente el velo, y se veía un relámpago de hermosura.

Al llegar á cierto punto del camino, la incógnita torció á la izquierda, recorrió un sendero polvoroso y llegó á una verja semicircular, tras la cual se veían árboles.

Pero entre aquellos árboles se levantaban tumbas.

Era el cementerio de San Ginés y San Luis.

Empezaba á oscurecer.

La dama sacudió con su pequeña mano la puerta de la verja.

Poco despues apareció un hombre al otro lado, que al ver á la desconocida apresuró el paso y abrió la puerta.

La enlutada entró y se perdió entre una calle de árboles.

La verja volvió á cerrarse, y luego desapareció tambien el hombre que la habia franqueado á la enlutada.

El viento arreciaba progresivamente; no era ya un silbido ténue, seco y desapacible, el que resonaba entre los árboles, sino un gemido largo, sonoro, que se perdia, reproduciéndose, en la inmensidad.

Muy pronto no gimió ya el viento, sino que zumbó, bramó, gritó, silbó, trayendo ante sí el relámpago y arrastrando al trueno entre un escuadron de negras nubes, que avanzaban, volaban, se estendian cubriendo los horizontes.

Cerró enteramente la noche, y la tormenta se dejó al fin ver en toda su bravía magestad.

El viento rasgaba el espacio, las detonaciones crecian, se multiplicaban las fugitivas llamaradas del rayo y llovia á mares, con una violencia aterradora.

Una berlina, tirada por dos caballos, adelantaba rápidamente sobre el camino: de improviso pareció el carruage envuelto por una manga de fuego, entre la cual estalló un trueno formidable; asombrados los caballos, se tiraron fuera del camino; rompióse una rue-

da en un guarda-canton, volcó la berlina, y se oyeron dos gritos... luego nada.

En aquel mismo punto un cabriolé, con la capota echada, llevado por dos caballos, pasó como una exhalacion junto al lugar de la catástrofe; siguió, torció á la izquierda, y solo paró delante de la verja del cementerio.

Del cabriolé saltó un hombre envuelto en un abrigo y sacudió la verja.

No bastando la sacudida, llamó á voces, y no recibiendo contestacion estas voces, trepó por la verja con la visible intencion de entrar en el cementerio por asalto.

—¡Eh! ¿qué es eso? ¿adónde se va? gritó una voz desde una casilla inmediata.

—He llamado y nadie me ha respondido, gritó desde el pilar de piedra adonde se habia encaramado el que asaltaba.

—¿Y qué diablos se le pierde á nadie aquí á estas horas?

—Vengo á cumplir una promesa y á dar una limosna.

—¡Eh!

—Una limosna de cuarenta reales.

—¡Ah! eso es distinto: voy á abrir.

—No hay necesidad, porque ya estoy dentro.

Y el del cabriolé se arrojó del poste, adonde se habia encaramado, á la parte de adentro del cementerio.

A la luz del farol que traía el guarda pudo verse que quien de aquella manera habia asaltado el cementerio de San Ginés y San Luis, era un jóven elegante y con cierto olor á rico y persona decente. Fuese por el frio, fuese por otra cualquier razon, tenia tan subido su abrigo, que apenas se le vian los ojos.

—He prometido pasar una hora en el cementerio, y necesito cumplir mi promesa, dijo al guarda; te he ofrecido una limosna para la capilla: toma. Ahora déjame solo.

—¡Es que!... yo no conozco á usted, dijo con recelo el guarda.

—Si temes que robe á algun muerto, con esperar aquí junto á la verja, única parte por donde puedo salir...

—¡Es que!... repitió el guarda.

El jóven sacó otro napoleon, le entregó al cancerbero, y se encaminó á lo largo de una calle de árboles en direccion á las galerías de nichos de la derecha.

El guarda se volvió á su casilla murmurando:

—Primero ella, siempre tan silenciosa, tan pálida y tan enluta-

da; luego ese caballero... Nunca ha venido ella tan tarde... es verdad que esta misma es la hora en que se cumple un año desde que se enterró á la difunta... y era tambien noche de lluvia y truenos... pues si es una cita... ¡bah! ¿quién sabe?... acaso no se conozcan... y si se conocen, ¿qué me importa á mí?

El guarda se entró en la casilla.

El jóven seguia adelantando hácia la tenebrosa galería, pero despacio, en la peligrosa predisposicion del pavor.

Parecíale que cada pisada suya sobre aquel polvo que fué, hacia brotar un fantasma; parecíale escuchar entre los zumbidos del viento carcajadas, y gritos, y cantos, y alaridos; cuando relumbraba un relámpago, formas vagas, azules, indefinidas, que subian, que bajaban, que giraban, se revolvian un momento delante de sus ojos, y parecian quedar inmóviles escondidas en los ángulos, y tras las pilastras y en los nichos vacíos, cuando volvian las tinieblas.

El hombre es naturalmente supersticioso, y en un cementerio, solo, en una noche de tormenta, y cuando falta la costumbre... el pavor es casi seguro: el sér rechaza á la nada, no la comprende... aquellos nichos no están llenos de materia que se descompone y se pulveriza... están llenos de séres... de séres sobrenaturales... absurdos sin duda, pero que viven en la imaginacion de los vivos; cuyo mundo es el cementerio, cuyo dia es la noche, cuya luz son las tinieblas: entrad de noche en un cementerio y evocad si os atreveis á los muertos... los muertos no tardarán en envolveros en un torbellino infernal, en una mascarada horrible; muertos de frac, y de levita, y de uniforme, y de hábito; muertas blancas y muertas negras... figuraos que podeis figuraros todo eso en un cementerio, y no vayais á él de noche aunque os obligue un empeño tal como el de satisfacer el incalificable capricho de una mujer que os enamore.

Dios os libre de un diálogo del género siguiente, tenido con una hermosa jóven de diez y seis años blanca y rubia.

—Esta mañana hemos estado mamá y yo en el cementerio de San Ginés y San Luis. Es bello, muy bello; tiene flores y árboles; no huele mal. Sobre todo, hay en la galería de la derecha un nicho que me ha llamado mucho la atencion.

—En efecto, hay epitafios sumamente ridículos, Emilia; epitafios que calumnian á la humanidad entera, como este:

Con ella la virtud se subió al cielo,

que está cabalmente en el mismo cementerio.

—No, no; el nicho á que yo me refiero no tiene epitafio ni inscripcion. No tiene mas que un nombre: Luisa.

—¡Ah!

—Y un cristal de Venecia en un marco de ébano.

—¿Para guardar el nombre?

—No. Para guardar una cartera, una preciosa cartera de tafilete, sobre cuya tapa se lée una fecha: 1836.

—Efectivamente: eso es misterioso, vago: de ahí puede salir una novela ó un drama...

—Ó un cuento fantástico.

—Ó todo junto.

—No he cesado de pensar en aquella cartera.

—Alguna tontería.

—Ó alguna historia.

—Ó nada.

—Daría cualquier cosa por tener esa cartera.

—Pues eso no es posible. ¡El secreto de una tumba!

—Amaria indudablemente mucho al que me trajera ese secreto.

—¡Robar á los muertos!...

—Y hasta me dejaría acompañar por el ladron, siempre que fuera con Antonio á casa de mi tia.

—¡Ah! ¡ah!

—Y...

—¿Y qué?

—Te afirmo que por esa cartera daría... mi corazon entero.

—Pero, Emilia, para robar esa cartera es necesario ir de noche al cementerio.

—Mejor.

—Y romper el cristal, lo que causa ruido.

—Se lleva un diamante de vidriero.

—Sí, es cierto; mas...

—Ó traerme esta noche la cartera, ó declararse cobarde, ridículo é inadmisible, y no volver á poner los pies en casa.

—Tendrás esta noche la cartera.

—Y yo iré mañana á la noche á casa de mi tia.

Cuando se hace una promesa tal, es necesario cumplirla.

El interlocutor de Emilia tenia hecho ya mucho para cumplir su promesa, porque tenia en el bolsillo el diamante de vidriero, y estaba en el cementerio.

Y adelantaba hácia la galería.

Pero su paso era cada vez mas lento.

Al fin empezó á marchar sobre las sepulturas colocadas entre los nichos y el peristilo de la galería.

De improviso se detuvo, y quedó inmóvil, helado.

Habia tropezado en un cuerpo humano.

Aquel cuerpo, que estaba sentado en uno de los peldaños de una escalera portátil de las que sirven para poner los ataudes en los nichos altos, exhaló un grito y se puso de pie.

Lució un relámpago, y el ladron de las tumbas vió ante sí una mujer enlutada, cubierta con un velo delante de un nicho, en que al momentáneo resplandor del relámpago le pareció haber visto brillar un cristal.

¿Era Luisa, que se levantaba de su tumba para defender su secreto?

—¡Ah! dijo la mujer: estaba abstraida y me he sobrecogido. ¡Cuánto has tardado, Juan! vamos; vámonos de aquí: tengo miedo.

Y se asió del brazo del hombre, que se estremeció.

—¡Hace frio! dijo la mujer.

Y se estremeció tambien y estrechó mas el brazo del hombre y le llevó consigo.

El profanador oía perfectamente, pero no podia contestar; sentia, pero no podia resistir, y temblaba.

La mujer siguió hablando.

—Llevo conmigo esta misteriosa cartera, que ha de fijar nuestro porvenir.

—¡La cartera! pudo al fin decir el hombre. ¡La cartera de Luisa!

—Sí, la cartera de mi madre: ¿pero por qué tiemblas de ese modo, Juan? tienes la voz enteramente alterada.

—¡La hija de Luisa, la de la tumba! murmuró el incógnito y se dejó guiar.

—¡Oh! ¡y cómo llueve! añadió la enlutada al salir de la galería.

El de la aventura no contestó, sino que siguió adelante hácia la verja.

El guarda que habia sentido sus pasos se adelantó y abrió.

El otro siguió en silencio hácia el cabriolé, mientras el guarda cerraba la verja murmurando:

—Pues no sé, no sé para qué se citan á un cementerio dos enamorados.

Entre tanto el incógnito habia llegado al cabriolé, habia metido un brazo y habia sacado á su lacayo.

Luego la dama se apoyó en su brazo y saltó.

Tras ella saltó él, y aguijó los caballos.

El lacayo se quedó como quien ve visiones, bajo el chaparron mas furioso que ha caido de las nubes.

—¡Con que es decir que mi amo viene á proveerse de queridas al cementerio! esclamó.

Y sin reposar mas en este pensamiento, y viendo que el chaparron arreciaba, partió á la carrera y se metió en una de las tabernas del camino.

Entre tanto el cabriolé corria, pero no hácia Madrid, sino hácia Fuencarral.

Su corva capota ocultaba como una concha á aquella estraña pareja.

Habian pasado algunos minutos desde que el carruage se habia puesto en marcha, y entrambos callaban.

Callaba ella, sobrecogida por lo que la acontecia.

Al entrar en el carruage habia conocido que se habia equivocado al tomar á aquel hombre por otro hombre á quien esperaba.

La incógnita habia notado su equivocacion al poner las manos sobre el damasco de los almohadones, al sentir su blandura, al reparar, en fin, que estaba en un carruage de lujo. Sin duda el hombre á quien ella esperaba no podia tener tan buen carruage, ni acaso otro peor: tal vez ninguno.

Despues de haber notado su error, la incógnita se replegó cuanto pudo contra el ángulo del carruage, y si su raptor hubiese estado menos turbado, hubiera podido notar un leve movimiento de ella, y un sonido seco, ténue, como de acero contra acero.

Pero él estaba demasiado sobrecogido por las singularidades de su aventura para poder apreciar nada.

Maquinalmente habia llegado con ella hasta su carruage; maquinalmente habia desalojado á su lacayo; y maquinalmente, en fin, habia presentado á ella su brazo para que subiese, habia subido él mismo y habia puesto los caballos al galope.

Ya hemos visto que los caballos en vez de tomar el camino por la derecha hácia Madrid, le habian tomado por la izquierda hácia Fuencarral.

Al fin ella y él se rehicieron, la una de su sorpresa y el otro de su terror.

—¡Quién será este hombre! ¡cuáles serán sus intenciones! pensaba ella.

—Sería chistosísimo despues del miedo que he pasado que hubiese cargado con una vieja, pensaba él.

—¡Caballero! dijo ella con acento breve y sério.

—¡Señora! contestó él con galantería.

—Creo que ha padecido usted una equivocacion, repuso ella.

—Indudablemente he padecido mucho... mucho miedo...

—¡Miedo! esclamó con estrañeza la mujer.

—Sí por cierto: no esperaba encontrar á nadie en el cementerio; y al ver de repente á la luz de un relámpago, entre la tumba que iba á robar y yo... una figura negra... la tuve á usted por un espectro: esto no es galante, ya lo sé; pero es verdad.

—¿Y está usted seguro de que yo no sea un espectro? dijo la mujer con un acento inesplicable.

—Sí, estoy seguro de ello, porque los espectros no se tocan ni tienen unas manos tan ardientes como las de usted.

—¡Ah! esclamó ella con el acento del decoro indignado; ¡suelte usted!

—Solo he querido probar á usted, dijo él, que tengo hermosas razones para estar seguro de que quien me acompaña es una mujer adorable. ¡Ah! ¿pero qué es esto?

El hombre que, al soltar la mano de la mujer, habia ido en busca de una nueva prueba corpórea, se sintió pinchado en la mano, y con un objeto ciertamente mas fuerte que un alfiler.

Ella estaba en su derecho y él se calló, maravillándole, sin embargo, lo lacónico y característico de aquella punzante respuesta.

Pasaron así en silencio algunos segundos.

—Me dispensará usted si fumo, dijo él, porque... necesito distraerme con algo.

Lo que necesitaba nuestro hombre era encender un fósforo, y buscaba algo que encubriese su intencion.

El fósforo ardió: á su luz habia visto él una mujer cubierta enteramente, de la cabeza á los pies, con un bello y elegante trage de luto, y al través del tupido velo, el brillo estraordinario de unos ojos fijos en él con intensidad.

Él no veía de aquellos ojos mas que el brillante destello que se fijaba inmóvil en los suyos.

Sintió nuestro hombre cierto espeluzno de frio, y dejó caer el fósforo.

Volvieron las tinieblas.

Sin embargo, ella habia tenido lugar de ver que su raptor era un jóven como de veinte y seis años, pálido, hermoso, con cabellos y ojos negros, pero demasiado gastado, con una belleza degradada ya por los escesos, y un tanto repulsiva por cierta espresion de fatuidad.

—¡Qué! ¿no enciende usted su cigarro, señor vizconde de Rudaguas? dijo la mujer con un ligero acento de burla.

—¡Cómo! dijo él: ¿me conoce usted?

—Mucho.

—Y yo... ¿la conozco á usted?

—Mucho...

—¡Pues entonces!...

—No, ni entonces ni ahora.

—Pero si me conoce usted, sabrá...

—Sé que es usted atrevido: pero no importa; ya ha tenido usted ocasion de conocer, que mas que una mujer, soy una avispa.

—En efecto, dijo él; y me duele.

—Procure usted, pues, que no le duela mas.

—¡Pero esto es formidable!... estar solo... de noche, á oscuras, corriendo por esos campos de Dios con una buena moza...

—Ó con un buen espectro.

—¿Con un espectro que usa puñal?

—Esta singularidad debe á usted hacerle comprender que acompaña á una mujer estraordinaria; porque las damas españolas no acostumbran á ir tan armadas, ni salen de noche de los cementerios.

Volvió á sentir un nuevo escalofrio nuestro hombre, y se calló.

Solo se oía el poderoso hálito de la mujer, hálito ardiente, que tenia mucho de singular.

—Ha dicho usted, vizconde, dijo al fin ella, que habia usted ido al cementerio á robar una tumba. ¿Qué tumba era esa?

—Una tumba delante de la cual estaba usted colocada cuando yo la vi.

—¡Ah! ¡una tumba, delante de la cual estaba yo!

—Sí, una tumba que tiene lápida de mármol negro; en la lápida un nombre con letras de oro: *Luisa;* delante de la lápida un cristal de Venecia con marco de ébano, y entre ese cristal y la lápida una cartera de tafilete, en cuya tapa hay una fecha: «1836.»

Dijo esto el vizconde con cierta fatuidad.

—¿Y qué iba usted á robar?

—La cartera.

—¡Ah! ¡la cartera!

—Sí, sí por cierto: á propósito de esa cartera ha habido una apuesta.

—No comprendo.

—Esta mañana visitamos el cementerio algunos amigos y yo: íbamos á llevar una corona de rosas blancas á una tia solterona, que se habia muerto contenta, solo porque podia dar una prueba desinteresada de amor á su sobrino, nombrándole su heredero.

—¡Ah! ¡pero la cartera!

—Nos llamó naturalmente la atencion y escitó fuertemente nuestra curiosidad, porque aquella cartera debia contener un gran secreto ó una necedad grave.

—Pues se engañaron ustedes, vizconde, porque la cartera solo contiene una llave.

—¡Ah! ¡una llave! pues cabalmente esa llave debe encerrar la necedad ó el secreto.

—¡Sabe Dios lo que guardará esta llave! esclamó como hablando consigo misma la incógnita.

—¡Ah! ¿con que lleva usted consigo la cartera?

—¡Yo!

—Sí; ha dicho usted: *esta llave.*

—*Esa llave*, he querido decir.

—Dispense usted.

La conversacion dió fondo por falta de asunto, puesto que la incógnita nada contestó.

De improviso se oyeron voces.

—¡Eh! parad, parad; ¡el portazgo!

—¿El portazgo? dijo el vizconde, refrenando los caballos.

—Sí señor, el portazgo, dijo una voz vinosa, al mismo tiempo que entraba en el carruage el turbio reflejo de una linterna.

—¿Esto es decir que el carruage marcha hácia Fuencarral?

—¡Pues ya lo creo! dijo la misma voz bronca, como maravillándose de la pregunta del vizconde.

—¡Hácia Fuencarral! dijo con disgusto la dama: ¿Y qué tenemos que hacer en Fuencarral?

—¿No dije á usted que he tenido mucho miedo? dijo el vizconde, que habia pagado el portazgo, revolviendo los caballos: dejé á los bichos en libertad de elegir y habian elegido bien, porque un viaje con usted me hubiera sido muy grato, señora.

—Nuestro viaje debe ser muy corto.

—Ya marchamos hácia Madrid: pero cuento con que en Madrid nos conocerémos.

—Tal vez.

—¿Por qué no responde usted afirmativamente?

—Por ahora nada puedo afirmar.

—Me contraría mucho, señora, me lastima dolorosamente el corazon, el acento de disgusto con que usted me contesta.

La dama guardó silencio.

—Veo que soy muy desgraciado.

La dama continuó callando.

El vizconde se mordió los labios y calló tambien.

La conducta que observaba con él aquella mujer singular le mortificaba, porque se tenia por irresistible, y se acordaba de que la encubierta habia tenido ocasion de verle, durante el corto espacio de la vida de aquel fósforo inútil.

—Esta mujer tiene talento, pensó para sí el vizconde: se calla, para hacerse desear con mas fuerza: ó acaso, á pesar de aquella punzadura, prefiere la elocuencia muda de los hechos.

El vizconde se acercó á ella.

Ella, se retiró hácia un rincon.

Siguió avanzando él.

Ella, se redujo á la menor espresion.

—Pues no, dijo el vizconde para sí; tampoco está por los hechos.

Y desahogó su impaciencia dando un fuerte latigazo á los caballos, que apresuraron su carrera.

De repente otra voz se dejó oir mandando al carruage que se detuviese.

—¿Va algo que adeude?

—Nada, contestó el vizconde; ¿es esta la puerta de Fuencarral?

—Sí señor, contestó el individuo del resguardo: ¡buenas noches!

El carruage, ya mas despacio, empezó á rodar por las calles de Madrid.

—Alcalá, 104, dijo la encubierta con acento breve.

—¡Pues me trata ni mas ni menos que á un cochero de plaza! esclamó el vizconde para su sayo; ¡juro á Dios, que me he de vengar de esta mujer! pero yo no conozco la numeracion de las calles,

señora, dijo el vizconde, procurando ocultar bajo cierta volubilidad su mortificacion.

—Yo avisaré á usted.

—Supongo que podré mañana...

—Mañana puede usted ir á verme al número 104.

—Pero el nombre...

—La dama del cementerio.

—¡Ah! y ¿á qué hora?...

—Á cualquiera.

—Gracias.

Volvió el silencio.

El carruage llegó á la calle de la Montera, la recorrió, y entró en la calle de Alcalá.

—Aquí, dijo al fin la incógnita.

El vizconde paró el tiro.

La encubierta fué á precipitarse fuera del cabriolé.

—Un momento, un momento, señora, dijo el vizconde, deteniéndola por el trage.

—¿Qué quiere usted? esclamó con suprema impaciencia la incógnita.

—No sé lo que quiero... siento... indudablemente siento separarme de usted, porque el corazon me dice que no la voy á volver á ver.

—Su corazon dice á usted muchas cosas singulares: agradezca usted á la tormenta...

—Á la tormenta...

—Sí, agradézcala usted el haberme tenido por algun tiempo en sus manos, porque sola, en un cementerio, la oscuridad, el viento, los truenos, me habian aterrado y me equivoqué; no pude notar mi equivocacion hasta que no tenia remedio... afortunadamente es usted cobarde...

—¡Señora!...

—Adios, señor vizconde, adios.

Y la enlutada se arrojó fuera del carruage, pero al arrojarse dejó caer dentro de él un objeto, cuya caida con la precipitacion no notó.

—¿Será la cartera? dijo el vizconde, que habia notado la caida de aquel objeto.

Y temeroso de que la incógnita notase la falta del objeto que habia perdido, y volviese á reclamarle, el vizconde le buscó á tientas,

le encontró, le guardó, revolvió los caballos, y se lanzó al trote en direccion al Prado, sin cuidarse de si podia atropellar á los transeuntes ó no.

—¡Oh! ¡la tormenta! ¡la tormenta! esclamó: ¡cuántas cosas pueden provenir de una tormenta! ¡Y tiene razon esa mujer! ¡he sido un cobarde!... pero... me teme... me lo ha dejado conocer; ¿pero dónde encontrar otra tormenta y otra ocasion?

CAPITULO II.

La calumnia.—Un retrato en esposicion pública.—La cruz de San Andrés.

Acontecia media hora despues de los sucesos que acabamos de referir, en uno de los principales cafés de la corte, una de esas escenas repugnantes que harian sonrojarse á la mesa al rededor de la cual tienen lugar, si las piedras pudieran sonrojarse.

Se calumniaba á una mujer.

Y decimos que se calumniaba á una mujer, porque aquella mujer era la dama del cementerio, y quien la calumniaba el vizconde de Rudaguas.

Empezaba á vengarse.

El vizconde era uno de estos hombres que saben dar colorido y bulto á un cuento: si se hubiera dedicado á escribir novelas, hubiera podido obtener un buen éxito entre esa clase de gentes á quienes gusta la novela escéptica, cínica, chispeante, epigramática: hubiera podido ser, en fin, un digno aprendiz de la escuela francesa, y aun un crítico respetado de bastidores adentro.

Los que le escuchaban eran jóvenes de su misma estofa.

El vizconde habia reservado para el final de su cuento una magnífica peripecia.

Aquella peripecia era un retrato de mujer.

El objeto, en fin, que la dama enlutada habia perdido al bajar del cabriolé del vizconde.

Aquel retrato, que era una magnífica miniatura, estaba encerrado en un estuche de tafilete, con forro de terciopelo blanco.

Representaba á una mujer muy jóven, cuya edad no podia marcarse.

Aquel retrato era de una hermosura brillante, en la que solo se

encontraba á la mujer por el desarrollo de las formas, y por lo melancólico y pensador de la espresion. Una cabeza de estátua antigua, de una pureza y una correccion de formas admirables, con profusos cabellos negros, entre los cuales se veía una dalia roja; cuyos ojos negros y rasgados, en vez de mirar al espectador, como en la generalidad de los retratos, estaban abstraidos; y en aquellos ojos...

¿Quién podia haber sido el artífice de aquel retrato, que parecia tener bulto, vida, sangre bajo la epidermis, aliento en el pecho, aire en las ropas, sobre aquel pequeño fondo azul, que parecia perderse en la inmensidad? ¿quién podia haber sido el que habia dado brillo y pensamiento á aquellos ojos tan poderosos, en cuyo foco ardia un deseo inquieto que no podia definirse, un sufrimiento recóndito, una impaciencia mal contenida, una altivez incontrastable, y envolviéndolo todo esto una espresion de pureza inmaculada, y el fuego casi divino de una aspiracion no satisfecha, dulce, suspirante, enamorada, ardiente, infinita?

Aquel retrato vivia: faltábale solo el movimiento: parecia imposible que aquella obra tan admirablemente concebida y ejecutada fuese la obra de un hombre.

Habia en aquel retrato algo de maravilloso, algo que espantaba.

El retrato dió vuelta en silencio á la mesa: la envidia hacia callar á los amigos del vizconde: no podia dudarse de su fortuna: una mujer como aquella solo podia haber dado ese retrato á un hombre que la hubiese vuelto loca.

—¿Creeis ahora mi aventura? dijo el vizconde, que gozaba con el efecto que el retrato habia producido en sus amigos.

—Ahora menos que nunca, dijo una voz vibrante, pasando por cima de las cabezas del corro.

Era quien habia pronunciado estas palabras un hombre que estaba de pie frente al lugar en que se sentaba el vizconde; un hombre vestido de negro, alto, muy demacrado, muy pálido, cuyos ojos, de una espresion singular, parecian despedir un brillo fosforescente entre la sombra proyectada por la ancha ala de su sombrero.

—¿Hablaba usted conmigo? dijo con cierta fiereza el vizconde.

—Ciertamente, puesto que usted es el fingido héroe de esa supuesta aventura.

—¡Ah! ¡ah! ¡esto es chistoso! ¿pretende usted estar mejor informado que yo?

:

—Lo estoy tanto como usted, porque como usted sé que ese retrato es robado.

—¡Robado! esclamaron los del corro.

—¡Robado! gritó el vizconde poniéndose pálido, mas pálido de lo que generalmente estaba. ¿Querrá usted esplicar esas palabras, caballero?

—Son demasiado terminantes para que necesiten esplicarse.

—¡Conoce usted á esta señora! ¿es su parienta de usted acaso? dijo con una insolente ironía el vizconde.

—Porque la conozco; porque yo soy quien ha pintado ese retrato; porque sé que si hubiera usted poseido á Luisa...

—¡Luisa! esclamó el vizconde.

—Sí:—porque sé que si hubiera usted poseido á Luisa, hubiera muerto, niego su aventura. Y porque sé que Luisa no daria su retrato á un hombre á quien no amase con toda su alma, digo, repito y sostengo que ese retrato es robado.

—Pues bien, señor mio, repuso el vizconde, que se veía obligado á sostener su cuento, aunque le desconcertaba la sangre fria de su interlocutor, y un no sé qué estraño que emanaba de él: en todo lo que ha dicho usted ha mentido.

—¡Ah! ¡no he comprendido bien!

—Digo que miente usted.

—¡Paff!

Este ¡*paff*! es un sonido de que el autor se vale para introducir en el diálogo una bofetada: en ciertas situaciones, una bofetada es una frase que vale tanto como otra cualquiera, y que á veces dá á una disputa una acentuacion *sui generis*, pero decisiva, enérgica, inmejorable.

Comprendemos que se dé una bofetada; pero comprendiendo la razon que abofetea, no comprendemos la razon que dá á cambio de una bofetada una tarjeta.

La tarjeta es inútil ó debia serlo.

Pero hoy se dán en semejantes casos tarjetas.

Con una gran calma, el vizconde, medio pálido, porque le habia puesto encarnada la mejilla izquierda la bofetada del incógnito, sacó una tarjeta y se la alargó.

—Es inútil, dijo el hombre feroz; usted y dos de estos señores, dentro de una hora en el camino de Alcalá, mas allá de la venta del Espíritu Santo. Yo estaré allí. Hasta luego.

—Hasta luego.

El hombre alto y negro rompió el círculo de curiosos que el ruido de la bofetada habia llevado al rededor de la mesa, y salió solo del café.

Tras él salieron el vizconde y dos de sus amigos.

. . . .

Media hora despues, dos carruages de plaza, el uno tras el otro, pasaron de la venta del Espíritu Santo y se detuvieron.

De cada uno de aquellos coches salieron tres hombres, que se apartaron del camino y fueron á encontrarse en un pequeño barranco ú hondonada.

Hacia tiempo que habia cesado la tormenta, el cielo estaba despejado y lucía la luna llena.

La tierra estaba mojada, y se oía cuajarse la escarcha y crujir, bajo un frio intenso.

Dos hombres de cada uno de los grupos adelantaron hasta encontrarse; otros dos hombres quedaron inmóviles á alguna distancia.

Saludáronse los que se habian aproximado.

—Nosotros somos, dijeron dos de ellos, los testigos del señor vizconde de Rudaguas.

—Y nosotros los de su adversario, dijeron los otros dos, tan vestidos de negro como aquel á quien representaban, y de aspecto tan estraño como él.

—Nosotros creemos, dijeron los amigos del vizconde, que nuestro representado tiene derecho á establecer las condiciones.

—Nosotros no estamos autorizados para convenir en nada, dijeron los otros; nuestro amigo quiere entenderse directamente con el vizconde.

Uno de los testigos del vizconde fué á participarle esta exigencia de su enemigo.

—Sea como querais, dijo el vizconde.

Y fué al encuentro del otro, que le acortó la distancia viniendo hácia él.

Cuando se encontraron, el desconocido asió del brazo al vizconde.

—La noche está fria, dijo, y si á usted le parece, y puesto que están cerca los carruages, podremos hablar dentro de ellos.

—Como usted quiera.

—Nuestros amigos pueden entrar en uno, mientras nosotros ocuparemos el otro.

—Me es indiferente.

—Vamos pues.

—Vamos.

El desconocido y el vizconde entraron en uno de los coches y se sentaron frente á frente.

—Estamos en una de esas situaciones absurdas en que se encuentra con suma facilidad un hombre que quiere pasar por hombre de honor, dijo el desconocido: en cuanto á mí, siento verme obligado á castigar á usted, no por usted, que me importa muy poco, sino por la persona que tan sin pensarlo es la causa de nuestro encuentro.

—Ante todo, dijo el vizconde con acento grosero y agresivo, en el lugar en que nos encontramos, necesito saber el nombre de la persona con quien he de batirme.

—¿Y para qué quiere usted saber mi nombre? yo soy... ¡el diablo!

Habia tal ironía en el acento del desconocido, que el vizconde se irritó.

—Concluyamos de una vez, dijo, porque acostumbro invertir en estos casos el menos tiempo posible: ¿su nombre de usted?

—El baron del Destierro.

—No conozco ese título.

—Lo que no impide que sea tan bueno como cualquier otro.

—¿Qué derecho tiene usted sobre esa Luisa?

—Soy su tutor.

—¡Ah! ¡su tutor y su retratista!

—Lo uno no escluye lo otro.

—¿Y está usted seguro de que no es cierta la aventura que he dicho me ha acontecido con ella?

—Tan seguro estoy, como que sé que han bastado unas tijeras para contener á usted.

—¡Ah! ¡no era un puñal!

—Hace mucho tiempo que las señoras españolas no van tan armadas: Luisa llevaba por casualidad sus tijeras en el bolsillo... ó tal vez, tal vez... se las puse yo...

—¿Está usted resuelto á hacerme creer en lo maravilloso?

—¿No ha encontrado usted á Luisa en un cementerio?

—Creo que nuestra conversacion se prolonga demasiado.

—Yo no tengo prisa; ¿usted gusta?

—¿De qué?

—De un cigarro.

—Gracias.

—Sea como usted quiera, dijo el baron, encendiendo un fósforo, y en él un enorme cigarro; y puesto que usted se impacienta, entremos de lleno en el arreglo del lance. ¿Cómo ha de ser su terminacion?

—A muerte.

—Será á primera sangre, porque yo no quiero matar á usted, solo quiero señalarle.

—Me parece usted un poco fanfarron.

—Allá lo veremos. Resta que elija usted armas, á cuyo efecto he traido conmigo todas las que yo he usado en semejantes lances.

—Me es indiferente el arma.

—Hace ciento noventa y ocho años tuve yo un duelo muy singular, dijo el baron.

—¡Ciento noventa y ocho años! esclamó asombrado el vizconde.

—Sí, sí por cierto, ciento noventa y ocho años, insistió el baron, arrojando una bocanada de humo luminoso: en los últimos tiempos del reinado de Felipe IV; el duelo fué á muerte, y la lucha una partida de dados.

—¿Y la terminacion?

—Mi adversario era el primer vizconde de Rudaguas: me habia hecho una ofensa semejante á la que usted me ha hecho.

—¿Se trataba de otra pupila de usted?

—Poco mas ó menos.

—¿Y era parienta de Luisa?

—Sí, era su sétima abuela.

—¡Ah!

—El vizconde y yo convinimos en que el que perdiese la partida apuraria el vino que contenia una copa de oro colocada entre los dos encima de la mesa. El vizconde sacó un punto bastante alto: ocho; pero yo saqué otro mas alto: nueve.

—¿Y el vizconde bebió?

—Bebió y murió. Ahora bien, la copa está ahí, y el contenido que ha de llenarla. Solo que como yo no quiero que usted muera, el veneno está preparado de tal modo, que solo quedará usted perlático.

—Renuncio á ese medio, dijo el vizconde, de quien se iba apoderando una estraña fascinacion.

—Hay además en la caja que he traido un dogal, ensebado: en él

murió ahorcado otro abuelo de usted: jugamos la vida á pares y á nones.

—Concluyamos de una vez, dijo con angustia el vizconde, que se sentia mal.

—Traigo conmigo las pistolas con una de las cuales levanté la tapa de los sesos á su visabuelo de usted.

—¡Ah!

—Quedan dos floretes y dos sables: con el uno de los floretes atravesé el pulmon derecho á su abuelo de usted, y con uno de los sables partí el cráneo á su padre.

—Pues bien, elijo el sable y á muerte, dijo el vizconde;—y se precipitó fuera del carruage.

El baron le siguió.

Al verlos fuera salieron del otro carruage los testigos.

—¡Los sables! dijo el baron.

Y se puso á probar un terreno.

—Este piso es á propósito, dijo; es de arena firme. ¡Ah! ¡los sables! ¡eso es! ¡en guardia, vizconde!... ¡vamos á concluir muy pronto!

—¿De veras? dijo el vizconde acometiendo al baron.

—¿Que si es de veras? esclamó el baron con un acento tal que hizo temblar al vizconde y sus testigos; ¡que te quite Dios el sambenito que te pongo en la cara por infame!

Y cruzó el rostro con la punta de su sable al vizconde.

El herido dió un grito, arrojó el sable, se llevó las manos á la cara, que se habia cubierto de sangre, y cayó.

Sus amigos acudieron á él.

Cuando le alzaron y miraron en torno suyo, se encontraron solos con el vizconde.

El baron, sus dos testigos y los dos sables del duelo habian desaparecido.

. . . .

Cuando se hizo la primera cura al vizconde, se vió que su adversario le habia dado dos cuchilladas cruzadas, que empezaban en la parte superior de la frente y concluían en el estremo de la mejilla: estas dos líneas sangrientas, cuya interseccion estaba en el entrecejo, producian un aspa perfecta, una cruz de San Andrés.

Todos sabemos que la cruz de San Andrés era el signo de infamia con que la Inquisicion marcaba á sus penitenciados.

Esta cruz era lo que se llamaba sambenito.

Notóse además otra cosa estraña al desnudar al vizconde.

El retrato de Luisa, que habia llevado consigo, habia desaparecido.

Cuando el vizconde supo que quedaba irremediablemente señalado, se volvió á desmayar.

No podia haber sido mas funesta para él la visita de Emilia al cementerio de San Ginés y San Luis, y su capricho por tener la cartera de Luisa.

Porque aquel capricho habia producido el funesto encuentro del vizconde con la dama del cementerio, con aquella misteriosa Luisa, á quien servia de campeon el no menos misterioso baron del Destierro; el hombre que, á ser cierto cuanto habia dicho, venia á ser el ángel esterminadór de los Rudaguas.

CAPITULO III.

Una casa por fuera y por dentro.—Una mujer por fuera.—Esposicion.

Luisa, pues ya sabemos su nombre, al bajar del carruage habia entrado en una de las mejores casas de la calle de Alcalá; pero no pasó de la subida de las escaleras.

Cuando oyó rodar el cabriolé del vizconde, bajó de nuevo, llegó á la portería, y dijo al portero:

— Vaya usted á buscarme un carruage al momento.

Poco despues Luisa entraba en un carruage de plaza.

— A la iglesia de los Italianos, dijo al cochero.

Cuando llegó, Luisa penetró en el templo sin levantarse el velo, y se arrodilló cerca del presbiterio: pero no rezó por el momento.

Estaba demasiado preocupada.

Cuando se tranquilizó, levantó su corazon á Dios y oró conmovida.

Dios la habia salvado de uno de esos peligros que mas estremecen á las mujeres que aman.

Luisa amaba á Juan, al hombre que habia esperado en el cementerio, y con quien habia equivocado al vizconde.

Luisa se hubiera dejado matar antes que pertenecer á otro hombre que al que amaba.

¿Pero por qué Juan no habia ido al cementerio?

Acaso al ver la tormenta habria supuesto que ella no habria ido.

En ese caso Juan debia ir á las ocho á esperarla, segun costumbre, á la puerta de los Italianos.

Desde allí Luisa, cubierta con su velo, y apoyada en su brazo, se encaminaría lo mas lentamente posible á su casa.

Luisa esperó á que diesen las ocho.

A aquella hora se cerraba la iglesia de los Italianos.

Esperó impaciente, entregada á profundos pensamientos, y gravemente preocupada, porque se encontràba en la situacion mas dificil de su vida.

Oyóse al fin ruido de llaves, y una voz gangosa que decia:

—¡Señores! ¡se va á cerrar!

Eran, pues, las ocho.

Luisa salió con impaciencia y arrojó una mirada á la esquina inmediata á la puerta de la iglesia.

Juan no estaba allí.

—Tal vez esté mas allá: en algun portal: hace frio, dijo Luisa con angustia.

Y siguió adelante hácia la Puerta del Sol.

Pero en ningun portal encontró á Juan.

Entonces despechada, llegó á un carruage de plaza, y dijo al cochero:

—¡A la plazuela de San Andrés!

El coche partió.

Cuando llegó á la plazuela de San Andrés, y salió de él Luisa, encaminóse al laberinto de callejas de aquella antigua parte de la villa, y se perdió por él, deteniéndose en el portalon de una gran casa, al cual llamó.

Abrió un anciano que traía un farol.

Luisa entró y atravesó un patio.

La puerta volvió á cerrarse.

La casa en que habia entrado era demasiado singular para que no la examinemos.

La luna llena, inundándola de luz, nos facilita el exámen.

Una tapia alta, con un caballete denegrido, con un portalon de dos hojas con un postigo, era todo lo que constituía la fachada esterior.

A pesar de los negros rastros de la lluvia que cubrian á trechos de arriba abajo, con ráfagas verdinegras, aquella pared esterior, se notaba que en otro tiempo debió estar pintada, y sobre el dintel berroqueño de la puerta se veía un escudo prominente, sin yelmo ni corona, en campo liso con una banda diagonal; pero diagonal de derecha á izquierda, lo que, segun la ciencia del blason, representaba bastardía.

Si aquellas eran las armas de la familia de Luisa, aquella banda

diagonal de derecha á izquierda demostraba que descendia de una rama bastarda.

Pero como aquel escudo no tenia colores, no podia asegurarse si aquella bastardía era ó no lo que se llamaba bastardía *real*.

Pasando el postigo de aquella puerta, se entraba en un patio ó vestíbulo cuadrado, á cuyo frente se alzaba una fachada sencilla y severa, compuesta en el piso bajo de una puerta sobre tres anchas gradas de piedra, entre dos rejas voladas y enormes; y en el piso superior, de tres balcones, sobre los cuales corria un enorme alero.

A los costados habia algunas puertas, dos de ellas cocheras.

En un ángulo se veía el brocal de piedra de un pozo y un pescante de hierro: cuatro arbolillos raquíticos morian de tristeza entre aquellas paredes umbrías, colocados dos á cada largo de una ancha faja de losas resquebrajadas, que conducia desde el portalon á la puerta principal, y por último el resto del patio, que estaba empedrado, dejaba ver un revestimento verdinegro, húmedo, estendido como una alfombra vieja y sumamente resbaladizo.

Este portalon, este patio ó vestíbulo, esta fachada severa, tenian no sé qué de triste, de glacial, que prevenia mal en favor de la parte de adentro, y que, sin embargo, tenia cierto color aristocrático de casa noble y rica.

Pasando de la segunda puerta, se veía con asombro, porque no esperaba verse, el ingreso de una magnífica escalera de azulejos con balaustrada del gusto del renacimiento y alto techo de ensambladura: en el testero de aquella escalera habia en un cuadro un escuson pintado, por el que se salia de duda acerca del género de la bastardía de la familia de Luisa: por él se veía que el campo del escudo era de gules (sangre) y la banda diagonal de derecha á izquierda de oro.

Esto queria decir que la bastardía de la ascendencia de Luisa era bastardía real.

Es decir, que provenia su rama, de la manceba, de la querida de un rey.

Prescindimos de visitar la casa corredor por corredor y pieza por pieza, y nos entramos de rondon en un gabinete donde, sentada junto á una chimenea, estaba Luisa.

Pero habia variado notablemente.

No estaba vestida de luto, sino con un bellísimo trage de raso blanco: estaba sencillamente prendida, pero entre sus negros cabellos se veía una dalia roja.

Tenia los pies apoyados en un morrillo de la chimenea, cruzadas las manos y abandonadas sobre su falda, y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Estaba tan inmóvil que parecia un maniquí de cera vestido.

Cerca de ella, en un sillon de terciopelo de Utrech, habia una cartera de tafilete abierta, y sobre ella una llave dorada.

El gabinete era lo mas elegante, sencillo y rico que podia darse: no habia en él aglomeracion de muebles, pero estos eran ricos y bellos: las paredes estaban barnizadas de blanco con delgados filetes dorados y frisos dorados tambien: el techo estaba admirablemente pintado al fresco; el pavimento cubierto por una alfombra de los Gobelinos: sobre el abaco de la chimenea un reloj enorme de bronce cincelado, un fanal, y á ambos lados dos estátuas, asímismo de bronce cincelado: sobre el reloj un gigantesco espejo de Venecia, y por último, junto á la jóven un velador de maqué, y sobre el velador una lámpara de bronce con bomba de cristal opaco, y algunos libros y periódicos.

Por el contesto de uno de los libros que estaba abierto se veía que era un ejemplar en italiano de la *Divina comedia.*

Aquel pasage era el episodio del conde Ugolino, cuando fallece de hambre con sus hijos.

A la cabeza de esta página se leía:

Ambe le mani nell dolor me morsi...

Por algun tiempo despues de que la presentamos en escena, Luisa permaneció inmóvil y en silencio.

Al fin levantó la cabeza, y arrojó una mirada anhelante y triste á la esfera del reloj.

—¡Las nueve! ¡no mas que las nueve! esclamó: ¡todavía tres horas!

Y con un movimiento nervioso de impaciencia, se apoyó en el velador y tomó la *Divina comedia*, en la que se puso á leer.

Pero leían solo sus ojos.

Al cabo arrojó con despecho el libro, se levantó y se puso á pasear á lo largo del gabinete.

—¡Juan! ¿por qué no habrá ido Juan, ni al cementerio, ni á los Italianos? y luego, ¿dónde habré yo perdido mi retrato?... ¡Dios mio!

Siguió paseando en silencio.

—Pero al fin, murmuró, dentro de tres horas podré abrir esa

misteriosa puerta (y las miradas de Luisa se fijaban en una magnífica puerta de ébano de dos hojas con cerradura dorada que se veía al fondo del gabinete), podré abrir esa puerta y saber lo que va á ser de mí.

La situacion y las palabras de Luisa necesitan una esplicacion, y vamos á darla á nuestros lectores.

Luisa Clara María, únicos nombres que sin apellido se hallan en su partida de bautismo, en la que solo figuraba el nombre de su madre (Luisa Adelaida Clara), tenia diez y ocho años. Como en su partida de bautismo estaba solo el nombre de su madre, de la misma manera solo á su madre habia visto en la casa materna Luisa.

Solo á su madre y á tres criados, que ya se habian hecho viejos. Anselmo, que servia á un tiempo de cochero y mayordomo; Pedro, lacayo, criado universal aplicado á todos los usos, y Marta, cocinera y doncella á un tiempo.

Esta, que era la mas jóven, tenia ya cuarenta años.

Todos estos domésticos habian visto nacer á Luisa.

Pero ninguno habia conocido á su padre.

En la casa, su madre habia vivido desde su juventud en una soledad absoluta, y nunca habia salido mas que en carruage.

Todo era sistemático, todo inmutable en la casa, á escepcion de los muebles, que se renovaban todos los años, de los trenes, que se tenian siempre al uso, y de las habitaciones, que se doraban, se entapizaban y se pintaban de tres en tres años.

Era aquella casa un sepulcro, tétrico en el esterior, abrillantado, dorado, matizado, sujeto rigorosamente á las prescripciones del buen gusto y de la moda en el interior.

Pero á pesar de su buen gusto y de su riqueza, aquellas suntuosas habitaciones, donde nadie entraba mas que Luisa y sus criados, tenian ese colorido fantástico que dán la soledad y el silencio, en recintos donde las pisadas encuentran un eco particular, el eco de las casas vacías, ese eco que acaso se singulariza porque le escuchamos en medio del mas completo aislamiento: el sol, cuando penetraba por los balcones interiores de aquella casa, parecia tener otro color; el ruido de la vida esterna entraba allí, ténue, perdido, como modificado: allí todo era paz, todo misterio: allí no se vivia, se vegetaba: allí el pensamiento debia tomar un giro estraño, especial, eminentemente romancesco, pero de una manera fantástica, escepcional, característica. Luisa se habia criado en medio de aquella grandeza muda, al lado de otra grandeza viviente: su madre.

Luisa, pues, era una jóven de espíritu eminentemente romancesco y apasionado por lo bello, pero por lo bello de cierto género: por el sentimiento melancólico, profundo, dulce, poético...

Pero no anticipemos la calificacion de Luisa.

Su manera de sentir y de obrar nos dirán lo que era.

Luisa habia recibido una educacion completa: cuanto concierne á la mujer como elemento doméstico, cuanto contribuye á levantar su espíritu, todo le habia sido enseñado; los mejores maestros habian sido llamados y pagados espléndidamente: Luisa desde los cuatro años, en que habia empezado su educacion, hasta los diez y siete, al cumplir los cuales habia perdido á su madre, aprendió, á mas de las faenas puramente mujeriles, cuanto necesita saber una mujer para pasar por bien educada.

Cantaba admirablemente: sabia arrancar del teclado de un piano magníficas armonías: conocia la historia patria, y la literatura general: hablaba correctamente el francés y el italiano, y traducia bien el inglés y el aleman: dibujaba y pintaba lo bastante para haberse formado un gusto esquisito respecto á las artes: bailaba y montaba á caballo.

Sabia, pues, mas que lo que necesitaba saber, porque si solo poseía completamente la música y algunos idiomas, tenia nociones generales de todos los diferentes ramos del saber humano.

Unia á esto una imaginacion demasiado viva, un sentimiento esquisito de lo bello, y un gran corazon.

Pero su primera y principal maestra, la que habia formado su espíritu como mujer, habia sido su madre.

Luisa Adelaida Clara habia sido en figura, respecto á su hija, lo que una copia nueva, hecha por una mano maestra, de un magnífico original antiguo.

Diferenciábanse en la edad, y en esa huella profunda que dejan los sufrimientos.

Luisa Adelaida Clara debia haber sufrido mucho: Luisa Clara María solo habia esperimentado el sufrimiento de reflejo que la enviaba su madre, lo que no es un mismo sufrimiento: porque no es lo mismo recordar dolores propios, que compadecer los agenos; conocerlos que sentirlos.

La madre de Luisa jamás se reía, pero tampoco lloraba jamás; nunca estaba alegre, pero tampoco su hija la habia visto nunca triste.

La espresion general, inalterable del semblante de Luisa Adelaida, era una dulce melancolía.

Cuando Luisa llegó á la edad en que se piensa, hizo á su madre una pregunta que su madre esperaba. Le preguntó el nombre de su padre.

—No le conozco, respondió Luisa Adelaida.

Luisa quiso saber algo mas. Su mádre la hizo comprender que una hija debe respetar los secretos de su madre.

Luisa no volvió á preguntar á su madre nada acerca de su historia; pero aquel misterio, gravitando sobre un alma jóven, fué ya un sufrimiento que apareció sobre su candoroso semblante de niña, dándole una espresion ligeramente melancólica y pensadora.

Por lo demás, la madre llevaba á la hija á todas partes; á los teatros, á los paseos: á todas partes, menos á la casa agena, porque Luisa Adelaida no tenia parientes, ó no los conocia, ó no los trataba, ni relaciones de ningun género.

Cuando una amistad la buscaba, Luisa Adelaida la rechazaba sin ofenderla, manteniéndose en su aislamiento.

Cuando Luisa tuvo quince años, por su hermosura, por su espresion, por lo fastuoso de los carruages en que se presentaba, por la riqueza de los trages que vestía, atrajo sobre sí las miradas de los hombres y de las mujeres.

Los hombres la codiciaron, las mujeres la envidiaron.

Los que se creyeron mas en situacion de aspirar á la mano de aquella niña, que á mas de ser admirablemente hermosa parecia ser inmensamente rica, procuraron ponerse en contacto con las dos señoras; pero esto era dificilísimo, porque, como hemos dicho, estaban absolutamente aisladas; algunos se atrevieron á llamar á su puerta, pero Anselmo les dijo que la señora no recibia.

Quisieron corromper á Anselmo, y Anselmo rechazó el oro, diciendo que no le hacia falta: se enviaron repetidas cartas por el correo, y Anselmo dijo á uno y otro cartero que no recibia las cartas, porque, añadia para sus adentros: —Nadie en el mundo tiene derecho á escribir á la señora.

Y esto no lo decia Anselmo porque conociera ni en lo mas mínimo la historia de Luisa Adelaida, sino porque en una ocasion en que habia presentado á su señora una carta traida por el cartero, le habia dicho:

—Devuélvela al correo: nadie en el mundo tiene derecho á escribirme.

Sin embargo, todos los meses se recibia una carta, y á veces mas que una carta: objetos; pero estas cartas y estos objetos los traía un

lacayo muy demacrado, muy sério y muy grave, que vestía una librea encarnada.

Y en cierto modo, á pesar de recibir aquellas cartas y aquellos objetos, Luisa Adelaida debia tener razon cuando negaba á todo el mundo el derecho de escribirla, porque en aquellas cartas, ó mejor dicho, en el interior de aquellos sobres solo venian billetes de banco, pero ni dos dedos de papel, ni una sola letra, ni aun en el sobre, que no tenia sobrescrito.

El lacayo portador decia únicamente:

—Para la señora.

Y Anselmo, que tenia órden de recibir lo que el lacayo rojo trajese, recibia las cartas blancas y los paquetes y los cajones cerrados.

Desesperados de sus inútiles gestiones, los adoradores de Luisa llegaron hasta el punto inconveniente de pretender penetrar en su palco en los teatros: pero siempre encontraron cerrada la puerta por dentro, y si alguna vez faltó esta circunstancia dieron con Anselmo, que estaba inmediatamente detrás de la puerta.

Se pretendió averiguar la historia de estas dos mujeres y nada se sacó en claro.

Al cabo la curiosidad, los empeños y la maledicencia, cansados de no obtener resultado alguno, dejaron de ocuparse de ellas.

Luisa, educada de este modo, llegó á hacerse una mujer escepcional en cuya fisonomía se reflejaba el espíritu romancesco, melancólico, ardiente, apasionado, que habian formado en ella su educacion y su aislamiento.

Luisa pasaba los años estudiando, pensando y amando á su madre, y se acercó á los diez y siete.

Hacia ya algun tiempo que su madre enlanguidecia: que los últimos restos de su hermosura y el último brillo de sus ojos empalidecian, se borraban.

Sin embargo, Luisa Adelaida Clara no era vieja, puesto que solo contaba cuarenta y siete años.

Llamáronse médicos, mas porque Luisa lo pedia ardientemente, que porque su madre lo pidiese.

Los médicos no comprendieron la enfermedad de Luisa Adelaida.

Era una enfermedad estraña, muy semejante á la tisis, pero que no era la tisis.

Enfermedad que fué debilitando gradualmente á la enferma, hasta agotar su vida.

La misma noche en que Luisa cumplia diez y siete años, su ma-

dre murió, sin que los médicos se atreviesen á decir de qué habia muerto.

Murió como se apaga una lámpara.

Pero algunos dias antes de morir hizo sentar á su hija á la cabecera de su lecho.

—En esta alcoba, dijo la enferma con voz débil, han muerto seis abuelas tuyas, hija mia: ¡dichosa tú si no mueres en ella!

Luisa se echó á llorar.

—No llores, la dijo tranquilamente su madre: nosotras no nos separamos; mi espíritu quedará contigo.

El llanto de Luisa se hizo mas fuerte.

—Tampoco quedarás abandonada: toda la diferencia consistirá en que no me verás como ahora.

—¡Ah! ¡madre mia! ¡madre de mi alma! esclamó Luisa.

—Escúchame, y no me obligues á hablar demasiado, hija mia: cuando yo muera, no te cuides de entierro, ni de ninguno de esos tristes deberes de los que sobreviven á las personas que aman. Todo lo que sea necesario hacerse, lo hará nuestro protector.

—¡Nuestro protector! ¡nunca me has hablado de él!

—Nada puedo decirte, sino que tienes un protector poderoso, demasiado poderoso, pero cuya proteccion, si no has de perderla, te obliga á ser muy discreta. Todos los meses recibirás una carta sin sobre y dentro de ella una fuerte cantidad en billetes de banco.

—¡Ah, madre mia! ¿ese protector tan generoso es acaso mi padre?

—No, no es tu padre, contestó Luisa Adelaida estremeciéndose; pero no me interrumpas. Á veces no serán solos billetes de banco lo que recibas, sino joyas, aderezos, trages. No pretendas nunca averiguar de dónde provienen esos regalos. Gasta cuanto quieras; pero nunca dejes esta casa: renueva su mueblage y su adorno, si quieres cada mes, pero no toques al esterior. No pretendas nunca abrir la puerta de ébano que está en mi gabinete, que desde el momento en que yo muera será el tuyo. Esa puerta se abrirá para tí... si Dios quiere que se abra: entre tanto respeta esa puerta. Del mismo modo guarda cerrado tu corazon, y si amas alguna vez, porque el amor es independiente de la voluntad, guarda tu amor, huye de quien te lo inspire, y espera, porque no te perteneces.

La voz de Luisa Adelaida, que á medida que hablaba se apagaba, se estinguió del todo. Apenas su hija pudo escuchar sus últimas palabras.

Algunos dias despues murió.

La misma noche en que su hija cumplia diez y siete años.

Luisa al ver á su madre muerta se desmayó.

Cuando volvió en sí, su madre ya no estaba en la casa.

Pregunto qué gentes se la habian llevado, y Anselmo la contestó que el cura y los clérigos de la parroquia, á quienes precedia el eterno lacayo portador de las cartas.

El lacayo de librea encarnada.

Luisa lloró mucho, y estuvo muchos dias sin salir á la calle.

Un dia pensó en salir para ir á visitar á su madre en su último lecho, y llamó á Anselmo.

—¿En qué cementerio han enterrado á la señora? le preguntó.

—No lo sé, contestó el anciano.

—¿Que no lo sabes?

—No señora; será necesario preguntarlo al cura de la parroquia.

—Vé y pregunta.

Anselmo salió y volvió.

El cura habia contestado que por encargo de un pariente á quien no conocia, se habia hecho un funeral de primera clase á la difunta: que habia habido la singularidad de que no habia asistido ni una sola persona al duelo: que al carro fúnebre habia seguido un infinito número de coches, pero todos vacíos, y que por último, no sabia á qué cementerio habia sido conducida.

Luisa se desesperó: la circunstancia de no saber el lugar de su tumba, le hacia doblemente dolorosa la pérdida de su madre.

En los momentos en que mas entregada estaba á su llanto y á su desesperacion, entró Anselmo con una carta.

Aquella carta no tenia sobrescrito.

Abrió Luisa la carta y vió que decia:

«Tu madre está enterrada en el cementerio de San Ginés y San Luis, en un nicho de la primera galería de la derecha: solo tiene el nicho una lápida de mármol negro y el nombre de tu madre en letras de oro: delante un cristal en un marco de ébano: el conserge te dará la llave de ese marco.»

Estas líneas estaban compuestas por letras redondas exactamente iguales y con una precision tal, que daban la idea de una mano poderosa.

Luisa llamó á su vieja doncella, se vistió un trage de luto, una capota con velo, y se dirigió á las escaleras.

—¿Va á salir la señora á pie? dijo Anselmo.

:

—Sí, contestó Luisa.

—¿Sola?

—Sola.

Anselmo salió: bajó delante de su jóven ama las escaleras, atravesó el patio y abrió la puerta.

Luisa calló, y no volvió hasta cerca del oscurecer.

Desde entonces, todos los dias pasaba tres horas en el cementerio.

Luego comia, se encerraba en el gabinete de su madre, y pasaba la noche, hasta una hora muy avanzada, leyendo ó estudiando.

Algunas veces, y de una manera involuntaria, dejaba la lectura, volvia la cabeza, miraba á la misteriosa puerta de ébano, y se estremecia: parecíala tener á sus espaldas un vacío hostil.

Así, sin salir mas que á misa por las mañanas temprano, y por las tardes sola y á pié para ir á visitar la tumba de su madre, pasaron dos meses.

El tiempo, que es el mejor bálsamo para las heridas del corazon, habia templado el dolor de Luisa, gastando su impresion aguda, y reduciéndole á un sentimiento íntimo, profundo, que á veces se exacerbaba por algunos momentos; pero si bien el tiempo habia mitigado su dolor, la hacia sentir progresivamente mas, la impresion desconsoladora de su aislamiento.

Luisa, alma tierna, nacida para el amor, no podia resistir sin un sufrimiento angustioso aquella horfandad, aquel aislamiento, aquel silencio forzado: al faltarla el afecto de su madre, pensó en otro afecto, mejor dicho, sintió la necesidad de otro afecto, y al sentirlo amó... pero de una manera vaga, misteriosa, á un sér á quien no conocia, á un sér hijo de su imaginacion y de su deseo: á un sér que no era un hombre ni una mujer, porque era un ángel: un ángel á quien Luisa soñaba bajo la figura de un hombre.

Al cambiar de faz la existencia de la jóven, se habia operado en ella una transformacion: hasta entonces se habia apoyado en su madre; desde la muerte de su madre habia estendido los brazos buscando otro apoyo, y sus brazos habián encontrado el vacío.

Para una mujer, la pérdida de su madre es irreparable, porque...

Prescindimos de dar la razon: las huérfanas nos comprenderán; las que sienten aun sobre sus mejillas el beso de su madre antes de entregarse al sueño, no pueden comprendernos.

Los hombres nos comprenderian menos.

Para un hombre, su madre es solamente la mujer que le ha llevado en su seno.

Pero para una mujer...

¿En dónde depositar esas tiernas confianzas, esas primeras alarmas del corazon, esos pequeños disgustos, esas penas pasageras que forman el tejido de la vida de una jóven en sus primeros pasos por el mundo?

¿Y si las penas son verdaderas, si nacen de la desgracia, dónde puede verter su llanto con mas esperanza de consuelo una mujer que en los brazos de su madre?

Si la mujer considerada bajo una de sus fases es el hermoso medio de que el Criador se ha valido para realizar la vida de la humanidad, para modificar los instintos bravíos del hombre, para resumir en sí, como un último término, todas las aspiraciones, todas las virtudes, todas las vanidades del hombre; si antes de ser madre es el poema animado donde el hombre lée ó cree leer las páginas mas hermosas de su historia, cuando la mujer llega á ser madre, adquiere una importancia social altísima: crecen sus derechos al par que sus deberes: un nuevo amor, cuya pureza solo puede compararse á su intensidad, modifica su manera de ser, porque modifica su manera de sentir; deja de vivir para sí misma, viviendo para sus hijos: con ellos sufre y con ellos ríe; su sér se ha multiplicado; su porvenir es el porvenir de sus hijos: todo lo arrostra; de todo es capaz por ellos; ella les enseña á dar sus primeros pasos; ella les ensaya su primer monosílabo, su primera palabra; ella les hace murmurar su primera oracion al Eterno; ella forma su espíritu, ella siembra el fruto que ha de recoger despues la sociedad.

Cualquiera que sea la faz bajo que se las considere, las madres son siempre augustas.

Para un hombre la pérdida de su madre es un dolor.

Para una mujer la pérdida de su madre es una desgracia.

Y cuando una mujer se encuentra en la situacion especial en que se encontraba Luisa, la pérdida de su madre es una desgracia inmensa.

Sintió comprimida su alma, y no se atrevió á lanzar una mirada á su porvenir.

Miró en torno suyo y se encontró sola.

Deseó algo que reemplazára á su madre, y todos sus deseos la parecieron imposibles, porque todo lo que deseaba la parecia insuficiente.

Y entonces, como hemos dicho, su aislamiento la llevó al primer pensamiento de amor; al deseo de reunir en un sér amado to-

das sus aspiraciones, todos sus pensamientos, su alma entera.

Luisa, preparada de tal modo por la desgracia para el amor, debia amar con toda su alma.

Y para amar, necesitaba encontrar un sér capaz de impresionar su imaginacion romancesca, apasionada, entusiasta por lo bello y por lo grande.

Luisa habia encontrado ó creido encontrar ese sér, porque ya hemos dicho anteriormente que Luisa amaba.

Hemos dicho tambion que el hombre á quien amaba se llamaba Juan.

¿Quién era Juan?

¿Era digno del amor de Luisa?

Las memorias que Luisa habia escrito despues de la muerte de su madre, nos dirán, además de otras muchas cosas, cómo habia conocido á Juan, y por qué le habia amado.

Hélas aquí á continuacion.

CAPITULO IV.

Memorias de Luisa.

Estoy todavía aturdida.

Cuando me levanto despues de una noche de insomnio, con la cabeza pesada, con los labios áridos, con los ojos lastimados por el llanto, mis pasos se dirigen á la alcoba de mi madre.

¡Creo que aun vive!

¡No puedo convencerme de que ha muerto!

¡No concibo su muerte!

Yo no habia pensado jamás en que llegaria á verme sola; en que para estar al lado de mi madre tendria que apoyarme en su tumba.

—

Cuando mi madre vivia, nunca se me ocurrió fijar en un papel mi pensamiento y mis impresiones.

Despues de que mi madre ha muerto, he tenido necesidad de exhalar mis pensamientos, de espresarlos, de comunicarlos... ¿á quién?

Yo no lo sé.

Pero cuando escribo, me parece que alguien me escucha y que me compadece.

Anselmo es bueno; Marta es buena tambien. Pero no me comprenderian.

¡Pobres gentes acostumbradas á la servidumbre, en las cuales el amor jamás se separa de un respeto servil!

Indudablemente, ellos y yo pertenecemos á la gran familia de la humanidad.

Pero la educacion y la condicion los separan de mí contra mi voluntad.

No me comprenden.

Ellos creen que una mujer rica y jóven, cuando pierde á su madre, pierde solo una compañera, un afecto.

Ellos creen, porque no tienen oro, que el oro lo cura todo.

Ellos no saben que el oro, cuando se trata del corazon, no sirve para nada.

Estoy, pues, sola, absolutamente sola.

—

Han pasado dos meses desde que murió mi madre.

He recibido durante ellos, dos paquetes gruesos á manera de cartas.

Bajo estos sobres blancos sin nombre, he encontrado dos fuertes cantidades en billetes de banco.

En el secreter de mi madre he encontrado otra multitud de billetes.

En los cajones de su tocador, en estuches, y en otros muebles, he encontrado un número considerable de joyas: muy antiguas las unas, menos antiguas las otras, de buen gusto, ricas, bellas, de moda, otro gran número.

En los armarios he encontrado trages que se han puesto antiguos en corte.

Este oro acumulado, esta profusion de alhajas y de telas, me han hecho pensar de una manera profunda en quién será ese protector misterioso que de una manera tan profusa nos llena de dinero y de regalos.

Mi madre me dijo que no era mi padre.

¿Quién será pues?

Cuando me hago esta pregunta, mis miradas se vuelven involuntariamente á la puerta de ébano del gabinete de mi madre, y me estremece no sé qué terror indefinible.

Cuando pienso en que aquella puerta puede abrirse, me parece ver tras ella algo horrible.

¿Se abrirá algun dia para mí?

—

La soledad de esta casa se me hace á cada momento mas insoportable.

Empieza á causarme miedo.

Cuando cruzo por esos salones vacíos y sonoros, creo que el eco de mis pasos tiene algo de fantástico.

Si mi madre en sus últimas palabras no me hubiese prohibido abandonar este edificio, yo huiría de él.

Me iría al campo.

Al campo, que es tan hermoso: al campo, que por árido que sea, tiene lo infinito de los horizontes y la luz del dia, que se desparrama y lo inunda todo.

En esta casa entra la luz como con pena.

La misma riqueza de sus muebles, de sus adornos, de sus pinturas, de sus tapices antiguos, la dán un aspecto singular, sombrío, pesado, insoportable.

Yo, para defenderme de esta soledad, duermo lo mas que puedo, y cuando no duermo, busco una compañía en los libros: estudio ó escribo.

Además, como mi madre no me ha prohibido que salga, desde el mediodia hasta la caida de la tarde, me escapo, á pie, sola, cubierto el semblante, y me voy al cementerio.

Y cosa estraña, aquel recinto horrible me parece mas tolerable que mi casa.

Allí, junto al nicho de mi madre, me parece que no estoy sola.

La hablo, y creo que mi madre me escucha y que me contesta, infiltrando su espíritu en mi espíritu.

Cuando dejo el cementerio, le dejo con pena.

Cuando entro en mi casa, me parece que entro en una tumba.

—

He encontrado un nuevo medio de distraerme.

Este medio consiste en dar salida á esos billetes de banco acumulados, que para nada me sirven.

He encargado á Anselmo que busque un sacerdote.

Como yo comprendo que debe ser un sacerdote.

Anselmo ha invertido tres dias en sus pesquisas, y al fin me ha traido el nombre de un eclesiástico que, segun sus informes, es un santo.

Este eclesiástico se llama el padre Quirós, y vive únicamente de decir misa y de cantar en los entierros.

—

He escrito al padre Quirós, suplicándole que venga á verme.

Media hora despues de haber llevado Anselmo la carta, se me

ha presentado el padre Quirós, tímido, cortado, asombrado del lujo de la habitacion en que se encontraba.

Le he obligado á sentarse, y se ha sentado con miedo, como temeroso de manchar con sus hábitos la seda del sillon.

Parece muy pobre.

Su sotana está raida y grasienta, pelado y grasiento su sombrero, transparente su manteo, y remendados sus gruesos zapatos.

Pero tiene algo de grande, de sublime, el padre Quirós en la espresion de su semblante: algo en sus ojos que santifica su miseria; y parece inteligente, instruido, hombre de sentimiento y de corazon.

Tiene por lo menos sesenta años, los cabellos blancos, el semblante pálido y flaco, y los ojos melancólicos, tristes, pero con la tristeza de la resignacion.

El padre Quirós es una hermosa figura.

Al verle se concibe la virtud.

Algunas veces brilla en su mirada el valor incontrastable de la abnegacion, y en su boca una sonrisa de bondad y de benevolencia.

Hemos hablado muy poco.

—He suplicado á usted que venga á verme, le he dicho, para hacerle un importante encargo.

El padre Quirós se ha inclinado con la mayor finura.

—Este encargo consiste en averiguar dónde hay familias pobres y dignas de amparo.

El padre Quirós ha fijado en mis ojos una mirada equivalente á una bendicion.

—Usted se encargará de llevar á esas familias...

El padre Quirós me ha interrumpido con vivacidad:

—Yo no, yo no, señora: no me será difícil buscar y encontrar familias honradas y pobres, pero usted será quien las socorra directamente.

He comprendido la delicadeza de la réplica del padre Quirós y no he insistido.

El padre Quirós me ha prometido averiguar lo que deseo, y se ha despedido de mí.

—

Al dia siguiente el padre Quirós me trajo noticias de unas familias desgraciadas, y sus señas.

Inmediatamente he enviado á Anselmo con algunas cartas, dentro de cada una de las que iba un billete de cuatro mil reales.

—

He recibido por el mismo conducto que las demás cartas, esto es, por medio del lacayo con librea encarnada, la estraña carta siguiente:

«Luisa: estás dando á mi dinero una inversion enteramente opuesta á mis inclinaciones y á mis deseos. Lo estás invirtiendo en obras de caridad. Pero como esto es cosa tuya, no tengo que avergonzarme absolutamente ante Dios de la mas pequeña debilidad. He contraido el compromiso voluntario de proveerte de oro sin tasa, con arreglo á tus deseos, ó mejor dicho, has heredado de tu madre el derecho á este compromiso, y todo se reducirá á que yo aumente tu asignacion. Pero cuenta con lo que haces, porque la caridad indiscreta es uno de los vicios mas perjudiciales y que mas ofenden á Dios.»

Como comprobacion de una frase de esta carta, la acompañaban billetes por valor de cinco mil duros.

A los pocos dias de haber conocido al padre Quirós, se me presentó este, pálido, mas pálido que generalmente, y profundamente conmovido.

—¡Oh! ¡qué desgracia! ¡qué desgracia tan horrible, señora! me contestó cuando le pregunté la causa de su conmocion.

—¿Una desgracia irreparable? le dije.

—No, por fortuna. Es una desgracia, hija de la condicion social á que se encuentran reducidos algunos infelices, y de la falta de resignacion, de fé, de esperanza, de fortaleza, que solo pueden inspirar las creencias bien comprendidas. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Pero ¿qué sucede?

Se trata del envenenamiento de una jóven por medio del fósforo.

—¡Ah! ¡un envenenamiento por amores!

—No, no señora: por miseria.

—¿Y existen desgraciados, que para dejar de serlo recurren al suicidio? ¡oh qué horror! ¡pero usted dice que por fortuna ese crímen no se ha consumado!

—Se ha acudido á tiempo; se la ha podido salvar; pero está en el hospital en calidad de presa: ¡ha confesado su intencion de suicidarse... y la ley!...

—¡La ley, que no alcanza á precaver, castiga!

—El suicidio no puede precaverse: es hijo de la condicion de nuestra sociedad actual: le causan, la miseria por una parte, el escepticismo por otra, los malos libros, cien circunstancias fatales: un suicidio es un acontecimiento que ya á nadie sorprende, porque se

repite su ejemplo con una frecuencia verdaderamente aterradora, singularmente entre las mujeres: la condicion de la mujer obrera, es ocasionada á todos los vicios, á todos los crímenes, á todas las relajaciones: apenas ganan para comprar un alimento insuficiente: y al menos ¡si siempre tuvieran trabajo!...

—¿Y dice usted que por miseria, y no por amores, ha pretendido suicidarse esa infeliz?

—Sí señora: la historia de Antonia es muy sencilla.

—¡Ah! ¡se llama Antonia!

—Sí señora: se llama Antonia y es espósita.

La paridad de circunstancias que hasta cierto punto existe entre Antonia y yo, me ha conmovido y me ha hecho interesarme por ella.

Ella no conoce á sus padres, yo solo he conocido á mi madre; como esa pobre Antonia, yo no tengo apellido.

—Su historia, como ya he dicho á usted, ha continuado el padre Quirós, es muy sencilla, una de esas historias vulgares que se encuentran por todas partes y á cada paso: un matrimonio pobre, que no habia tenido hijos, sacó hace diez y seis años á esa niña de la Inclusa, y la adoptó. Como si Dios hubiera bendecido á los esposos por esta obra de caridad, su industria (eran zapateros) empezó á procurarles mas de lo necesario; creció, ahorró el buen Andrés; y María, su mujer, pudo ya llevar un vestido de seda: pudieron enviar su hija adoptiva á un colegio, y educarla como si hubiera sido una señorita rica: el pobre Andrés contaba con el porvenir, y su amor á Antonia le hizo indiscreto, imprudente: con una educacion superior á la posicion que debia ocupar, educacion que debia crearla y la ha creado necesidades que despues no ha podido satisfacer, ha preparado á Antonia un porvenir dudoso, un porvenir de lucha, como si ya no fuesen bastantes las pruebas á que se encuentra sentenciado el pobre. Antonia, que se creía hija legítima de los que la habian adoptado, contrajo las costumbres del colegio: la necesidad de buena mesa, de buena casa, de buenos trages; cuando salió del colegio era una señorita completa, y Andrés y María se llenaban de orgullo, cuando la oían cantar, cuando la veían elegante y hermosa, atrayendo sobre sí las miradas de los hombres y la envidia de las mujeres: Antonia era el vicio de Andrés: para satisfacer las necesidades que él mismo habia creado en aquella niña, hizo gastos dispendiosos: por último, habiendo salido por fiador de un bribon, se vió arruinado, reducido á la indigencia y murió de dolor: María no tardó en seguirle, y Antonia recibió de una vez dos golpes terribles: supo que

no era hija de los que habia creido sus padres, y se vió puesta en la calle por los acreedores: hace un año que la pobre Antonia se encontró huérfana y abandonada: hace un año, que reducida á una boardilla, á un trabajo penoso, á unas ropas miserables, ha apurado la miseria, ha pasado noches de frio y de hambre, ha resistido al vicio que la ha buscado, se ha conservado pura, pero no ha sabido tener la resignacion y el sufrimiento del mártir: no ha podido tenerla, porque se la habia arrojado al mundo desarmada; porque su corazon se habia formado bajo el exagerado amor de los que la adoptaron; porque su imaginacion se habia nutrido en la lectura de una y otra novela, de uno y otro de esos libros en que se presenta al mundo, no solo como no es, sino tambien como no debe ser: habia soñado una existencia imposible, y al ver la verdad, la verdad desnuda, estraviada, escéptica, desesperada, ha retrocedido ante la prueba, ha buscado el descanso en la muerte.

—Pero una mujer que en medio de una horrible miseria rechaza al vicio, que la busca, es esencialmente buena.

—¡Oh! ¿quién lo duda? me ha dicho el padre Quirós.

—Pues bien: yo salvaré á esa mujer. Ahora mismo vamos á verla al hospital.

—Será necesario obtener un permiso, porque está presa.

—Pues bien, procure usted ese permiso, y venga usted.

—

Hoy ha venido el padre Quirós con un permiso en forma.

Hemos ido al hospital.

Yo nunca habia estado en un hospital.

Un hospital es horrible.

Allí se ven la desgracia, el sufrimiento, el estigma fatal que la sociedad pone sobre la frente del pobre, estereotipados en todos los semblantes.

Al entrar en el hospital, no puede menos de sentirse una amarga decepcion: la decepcion de una de nuestras mas hermosas ilusiones: del poder de nuestra caridad: cuando salís del hospital, donde habeis visto acumulada, concentrada, la miseria humana, salís con el doloroso sentimiento de no poder remediar tanta desdicha.

Allí habeis visto miradas ansiosas, sufrimientos desconsolados, moribundos de cuyo lecho aparta á la familia un reglamento, necesario sin duda, pero que sentencia á una criatura á morir sin ver en torno suyo, durante su agonía, mas que semblantes indiferentes.

La caridad administrada por los hospitales, es una caridad oficial, una caridad formulada, reglamentada, fria, indiferente.

¿Llegará un dia en que se practique de otro modo la beneficencia pública?

¿En que el pobre tenga seguridad de morir entre los cuidados de su familia?

—

Hemos entrado en una sala cuya puerta está guardada por un centinela.

En una cama, colocada bajo un número, en el centro de una larga fila de camas, ocupadas por mujeres degradadas, á las cuales sigue la ley hasta el hospital, he visto una jóven dormida.

Su aspecto me ha conmovido.

Tenia fuera de las mantas un hombro y un brazo, blancos, con esa blancura de las mujeres del mediodia, en que la sangre dá á la piel un ligero tinte nacarado, ardiente, que no se encuentra jamás en las mujeres del norte: dos gruesas trenzas rubias con un rubio dorado y brillante, cubrian en parte su cuello y su frente, desordenadas, descuidadas, pero desordonadas con gracia, y contribuyendo á hacer mas bello un semblante encantador, que se veía á medias bajo aquellos cabellos.

Yo me he adelantado al padre Quirós.

Al ver la enfermera que me seguia un hombre, ha cubierto los hombros y el cuello á la enferma, y ha apartado con una solicitud cariñosa la pesada trenza que medio cubria su semblante.

La enferma ha despertado y me ha dejado ver dos hermosísimos ojos color de cielo: ojos de ángel, melancólicos, dulces, llenos de vida, pero de una vida desesperada.

Al verme junto á sí, Antonia se ha sonrojado no sé por qué y ha pronunciado algunos monosílabos ininteligibles.

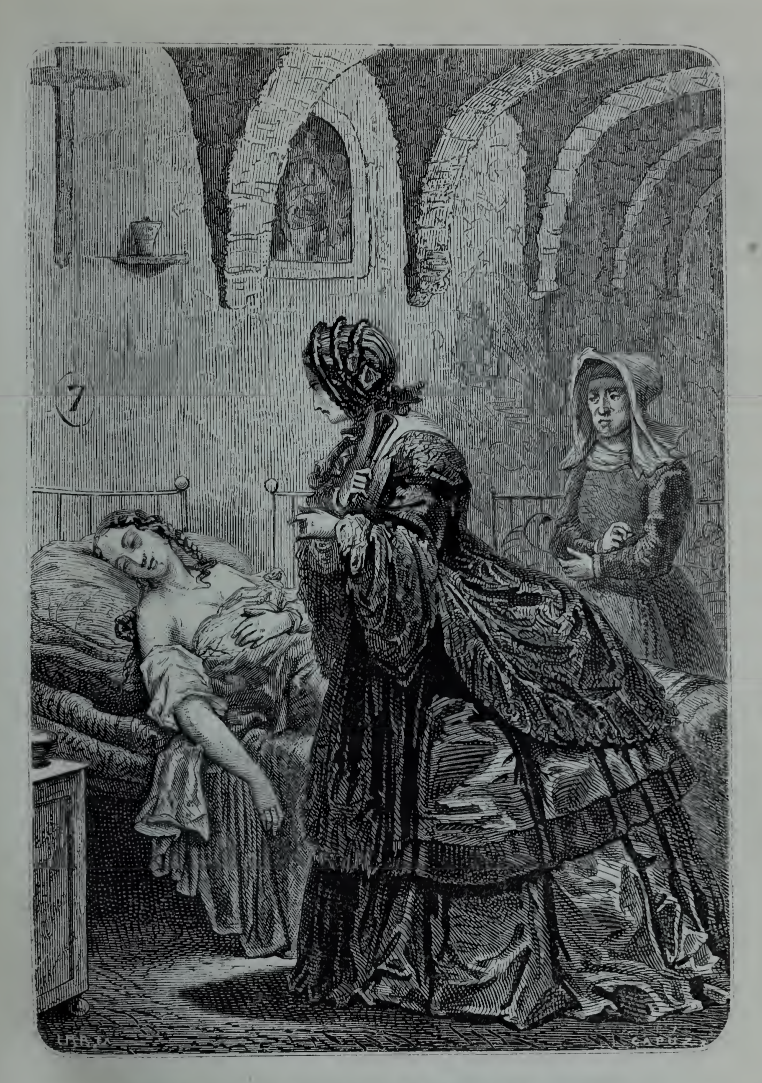
El padre Quirós ha sido mi introductor.

— Hija mia, ha dicho á Antonia, esta señora que me acompaña, es la persona de quien he hablado á usted.

Antonia sacó una hermosa mano de debajo de la sábana y la estendió hácia mí; yo estreché aquella mano que ardía, y estrechaba fuertemente mi mano.

Antonia murmuró algunas palabras que no pude entender, y luego rompió á llorar.

Comprendí que prolongar nuestra visitá era mortificarla, y me despedí de ella prometiéndola volver.



LUISA CONTEMPLANDO A ANTONIA DORMIDA.

Antonia me dió las gracias con una mirada y estrechó otra vez fuertemente mi mano.

Despues hemos salido: la he recomendado eficazmente á la enfermera, y al alejarnos de aquella puerta, me ha dicho el padre Quirós:

—He aquí el resultado de su educacion, su posicion la humilla; la proteccion agena la mortifica. Se la ha salvado por el momento, pero será necesario trabajar mucho con ella.

. . . .

Nunca, nunca me he apoyado con el corazon tan dilatado como hoy en la tumba de mi madre.

Nunca he sentido infiltrarse el espíritu de mi madre en el mio como hoy, y acariciarle como diciéndome:

—Bien, hija mia, bien: has hecho una buena accion.

—

No he podido olvidar á Antonia.

He vuelto del cementerio y apenas he comido.

Me he puesto á leer no sé qué libro, y entre el libro y yo se ha colocado el recuerdo de Antonia.

Me inspira una viva compasion.

Está allí sola; acaso desesperada, acaso temblando por el fallo de la ley.

Voy á mandar poner un carruage.

Voy á pedir permiso para pasar la noche al lado de Antonia.

Si el director me niega ese permiso, probaré si el dinero puede abrirme la sala de presas del hospital.

—

He pasado en el hospital la noche mas hermosa de mi vida.

El director ha estado sumamente fino conmigo.

Se ha informado de si Antonia estaba en comunicacion, y habiendo sabido que sí, me ha permitido pasar la noche junto al lecho de Antonia.

He subido precipitadamente las escaleras, he pasado, latiéndome vivamente el corazon, aquel rastrillo, y no ha sido necesario que nadie me guie á su lecho.

Antonia estaba despierta.

Al verme me ha reconocido.

—¡Ah, señora, y cuánta bondad! me ha dicho.

Yo he estrechado sus manos.

—¿Cómo se siente usted? la he preguntado.

—Dios no ha querido que muera, me ha dicho, y en mi salvacion ha habido algo de estraordinario, algo de milagroso: la cantidad de fósforo que habia tomado...

—No hablemos de eso... debe usted olvidarse de eso. Si hace poco tiempo la desesperacion pudo llevarla á usted á tan lamentable estravío, hoy es distinto: hoy no está usted sola en el mundo: tiene usted en mí una hermana.

—¡Sí! ¡sí! ¡hay Dios! ha murmurado con voz conmovida Antonia.

—¡Pues qué! la he dicho: ¡habia usted dudado de Dios!

—He llegado á no creer en él: he llegado á creer que la casualidad, vaga, caprichosa, ciega é injusta, es la que preside la vida del hombre, y singularmente la de la mujer.

—¡Oh! ¡qué estravío!

—¡Sí! ¡tener vida, alma, pensamiento, deseos, esperanza, y no poder satisfacer las necesidades de nada de esto! ¡volver en derredor la vista, y no encontrar mas que personas friamente interesadas! ¡saber que se tiene una madre y no conocerla! ¡trabajar dia y noche, con frio, con calor, con hambre! ¡no encontrar para respirar mas que un aire nauseabundo, infecto, corrompido! ¡y si fuese eso solo! ¡si la dejasen á una morir en paz! pero al veros pobre, todos se creen autorizados para insultaros: las proposiciones mas infames resuenan en vuestros oidos: como os falta el alimento del cuerpo, os falta el alimento del espíritu: sentís ofendida rudamente vuestra dignidad, desgarrado vuestro orgullo: comprendeis, en fin, que sois una cosa abandonada sobre un muladar, y como teneis nobles aspiraciones, como habeis soñado lo que no existe, al renunciar á vuestro sueño, negais á Dios, y no esperando paz ni consuelo en la vida, no creyendo en un premio despues de la muerte, preferís el no ser al ser horrible: pedís prestados cuatro cuartos á una vecina; si no os los dá, que bien puede ser, vendeis vuestro último pañuelo, comprais dos cuartos de aguardiente, y otros dos de fósforos, disolveis los unos en el otro, y bebeis, bebeis, con la cabeza convertida en un volcan, y el corazon en un infierno, porque para no padecer no encontrais otro recurso que morir.

Antonia ha pronunciado estas palabras con una vehemencia fria, sarcástica, en acento declamatorio, con una amargura que me ha estremecido.

—¡Y usted ha hecho todo eso! la he dicho por decirla algo, porque estaba aturdida por aquella pasion viva, palpitante, por aquel inmenso infortunio.

—Sí lo he hecho, y lo he hecho con la conciencia de que hacia bien, de que practicaba un hecho heróico... ¿qué derecho tenia la sociedad á mi vida, cuando la sociedad no era bastante para asegurarme una existencia honrada? Sin embargo, á los gritos que me arrancaba el dolor, acudió la sociedad: me socorrió en nombre de la humanidad, y luego me trajo al hospital presa, en nombre de la ley. Si me hubiera prostituido, la ley me hubiera amparado: acaso, si hubiera sabido prostituirme, la sociedad no me hubiera despreciado: ¡acaso hubiese encontrado un marido complaciente, si un viejo rico necesitaba un hombre que diese un nombre á los hijos de su querida! ¡Oh! ¡tal vez he podido ser rica, respetada, admitida en ese ancho círculo de rameras ilustres, que todo lo invaden, que en todas partes se encuentran, y que se horrorizan cuando oyen decir que una pobre jóven se ha suicidado, y la llaman infame!

—Es necesario olvidar todo eso, la he dicho. Yo soy huérfana como usted; como usted no conozco á mi padre, ni sé si existe; como usted no tengo apellido; como usted estoy sola en el mundo.

—¡Sola! ¡sola como yo! ha dicho Antonia fijando en mí, con una espresion imposible de hacer apreciar, sus grandes y hermosísimos ojos azules.

—¡Sí, sola! sola hasta ahora que la he conocido á usted.

Los ojos de Antonia se han llenado de lágrimas.

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! ha repetido; ¡hay Dios! ¡un Dios que une á los desgraciados para que se amen y se consuelen! ¡yo tampoco estoy sola ya en el mundo, porque... no sé... no sé qué sentimiento vago, íntimo, me dice que somos hermanas!

¡Somos hermanas! esta palabra ha producido en mí un efecto inesplicable.

Y luego, cuando en su necesidad de espansion, Antonia, por un movimiento involuntario, se ha incorporado en su lecho, me ha mirado de hito en hito, con una mirada impregnada de ternura, y ha asido mi cabeza y me ha besado en la boca, he sentido... yo no puedo esplicarme lo que he sentido; pero me parece que me he duplicado, que vivo en Antonia, y que ella vive en mí.

Solo puedo esplicarme este fenómeno por la necesidad voraz que tengo de un afecto puro: solo suponiendo otra necesidad semejante puedo esplicarme el beso de Antonia.

Sea como quiera, que su hermosura, que es magnífica, casi ideal, unida á su abandono y á su desgracia, haya hablado fuertemente á mi alma, sea cualquiera otra la causa, yo la miro desde

anoche como una hermana querida que me enorgullece, y la amo como si hubiera nacido con ella, como si nuestros cuerpos y nuestros espíritus fuesen gemelos.

—¡Sola! ¡enteramente sola! repitió Antonia. ¿Nunca ha amado usted?

—No.

—Yo tampoco he amado.

—He vivido completamente aislada.

—Yo no; yo, cuando vivian los que creía mis padres, he ido á todas partes, he bailado; muchos hombres me han asegurado que me amaban, pero yo no he encontrado todavía el hombre á quien yo podria amar. ¿Pero á qué hablar de esto? Estoy ya buena, y probablemente mañana me sacarán del hospital para llevarme á la galera.

—¡Ah! ¡No! ¡No! la he dicho. Soy demasiado rica para que usted pueda salir mañana libre. Espero que el padre Quirós habrá hecho cuanto sea necesario hacer, y que mañana saldrá usted libre y honrada.

—¿Y qué he de hacer? ¿adónde he de ir cuando salga de aquí?

—¡No somos hermanas!

—¡Ah, no, no! volveré á la miseria y la sufriré, la sufriré con resignacion: si muero, no seré yo quien me mate... Dios tendrá compasion de mi martirio... espero... espero en Dios y estoy tranquila.

. . . .

. . . .

He dormido esta noche reclinada mi cabeza sobre la almohada de Antonia; al despertar por la mañana la he visto apoyada de su brazo y contemplándome con interés.

. . . .

. . . .

Hemos almorzado juntas leche con bizcochos.

He mandado á un practicante que cambie los billetes que llevaba en el bolsillo, y he repartido el dinero entre las presas.

Despues he salido del hospital con el corazon dilatado; casi feliz.

—

Todo se ha arreglado.

Como no habia parte agraviada, se ha rasgado la causa de Antonia.

He tomado, loca de alegría, la órden de libertad; he escogido un trage completo entre los mejores de mi guardaropa, y he pensado

mas de una hora los colores que la sentarán mejor: al cabo me he decidido por un trage negro.

He puesto estas ropas en un escusabarajas, y con ellas un neceser; he mandado á Anselmo que ponga el escusabarajas en el carruage, y el padre Quirós, á quien ha contaminado mi alegría, y yo, hemos entrado en el carruage y nos hemos trasladado al hospital.

Cuando llegamos, hemos encontrado á Antonia, que sabia de antemano que habiamos de ir por ella, sentada en la cama y completamente vestida, con una bata de percal, un manton de lana y un velo de tul.

Pero su peinado era magnífico.

No porque hubiese puesto en él cuidado alguno, sino porque sus cabellos son tan hermosos, tan abundantes, tan graciosos, por decirlo así, que Antonia no puede estar nunca mal peinada.

Sus cabellos se peinan solos.

—

Me ha costado un gran trabajo hacerla consentir en que mude de trage.

Al fin, la he llevado al cuarto de una de las enfermeras, y la he servido de doncella y de peinadora.

Cuando ha visto los pendientes y las pulseras de brillantes, no ha podido contener una espresion de deseo, y me ha dicho:

—No, no; esto es ya demasiado: yo nunca he usado tan buenas alhajas: además usted está de luto...

—Pero estos pendientes y estas pulseras son necesarias, la he dicho, para completar el trage: si este fuera sencillo, bien... pero no lo es... y ya no es tiempo de cambiarle...

Antonia ha cedido.

Cuando ha estado completamente vestida, de una manera elegante, rica y sencilla, he comprendido hasta qué punto es hermosa.

Es una criatura alta, esbelta, admirablemente formada, en cuyo conjunto hay un no sé qué de hechicera indolencia; que al andar parece que nunca ha pisado mas que alfombras; que tiene la conciencia de su hermosura, y que sabe hacerla brillar sin afectacion, sin vanidad, sin pretensiones: no he conocido mas que á otra mujer que sepa llevar de aquella manera un trage y hacerse simpática, por su figura, por su manera, por su aspecto, por su mirada, por su sonrisa: aquella mujer era mi madre.

Indudablemente Antonia, al recurrir al suicidio, habia sido una heroina del pudor y de la dignidad.

:

He comprendido la influencia que Antonia puede ejercer sobre las gentes: no tanto por el efecto que han causado en mí su distincion, y el perfume singular que emana de ella, sino por la espresion de asombro, de respeto, y al mismo tiempo de envidia que ha aparecido en el semblante de la enfermera, que es una mujer jóven y bastante graciosa, al ver la transformacion de Antonia.

Está algo flaca y sumamente pálida, pero esto aumenta su hermosura, porque hasta cierto punto la espiritualiza.

Lo repito: estoy orgullosa de mi hermana adoptiva.

Me la he llevado del hospital con el mismo placer que si me la hubiera llevado robada.

Al salir, Antonia se ha detenido junto á la puerta, ha vuelto la cabeza hácia el interior, y ha lanzado al hospital una mirada indescribible; luego ha levantado los ojos al cielo, han asomado á ellos dos lágrimas, y se ha asido á mi brazo estrechándole fuertemente.

La he sentido estremecerse.

—¿Por qué esa conmocion? la he dicho.

—Yo no he debido salir del hospital por esta puerta, vestida de tal modo, y apoyada en tal brazo, me ha contestado: esto ha sido milagroso. Creo que soy una muerta resucitada. Yo he debido salir envuelta en una sábana, para ir á ocupar una mesa de diseccion. Esto ha sido un milagro; una resurreccion completa.

Y se ha estremecido mas fuertemente.

Yo me he estremecido tambien.

Aquella observacion tenia no sé qué de terrible y fantástico.

«¡Yo soy una muerta resucitada!»

Me he dominado y he procurado desimpresionarla.

La he hecho entrar en mi carretela.

El padre Quirós no ha querido acompañarnos.

Se ha disculpado conque necesitaba ocuparse de que acabasen de preparar la casa donde debe vivir Antonia.

—

Hemos ido á la Fuente Castellana.

El dia ha estado hermosísimo.

Un sol ardiente inundaba con su luz dorada la tierra y el espacio, y daba el efecto de un bello esmalte al primer verdor de los árboles, que empiezan á vestirse su manto primaveral.

Al llegar á la glorieta hemos bajado del carruage, y apoyadas la una en la otra, hemos vagado por los jardines y por los laberintos.

Antonia ha estado taciturna y preocupada; me he visto obligada

á hacer el gasto de la conversacion, y solo la he arrancado alguna que otra frase: con frecuencia la he sentido estremecerse.

Al sentarnos en un banco de piedra, me ha mirado de una manera lúcida y profunda.

—¿Cree usted en los milagros? me ha dicho.

Esta pregunta, demasiado estraña y embarazosa, me ha sorprendido.

Antonia ha tomado mi silencio por una respuesta, y ha continuado como hubiera continuado tras una negacion mia:

—Yo tampoco creía en ellos: es verdad que yo no creía en nada, en nada mas que en la fatalidad ciega. Si yo no he aceptado todas las consecuencias de la fatalidad, obrando como tantas otras hubieran obrado en mi caso, no ha sido por virtud, no, sino por egoismo: entre dos sacrificios he elegido el que me era menos costoso: morir.

Nuestra conversacion no podia ser mas séria, ni mas lúgubre.

—Y eso, ha continuado, que yo no tenia que dar ningun paso hácia esa vida incomprensible que apuran ciertas mujeres: tenia junto á mí la tentacion: una tentacion dorada: un jóven hermoso, rico, de posicion brillante, por todos conceptos: yo sabia que era demasiado hermosa para esclavizar á aquel hombre, para convertirle en amante perpétuo, para arruinarle, si hubiera querido.

Antonia hablaba, depuesta enteramente la hipocresía social que se llama modestia, con la palabra reposada y fria, como pudiera haber hablado un alma del otro mundo: reconocia el poder de su hermosura y le confesaba: volvia la vista á su terrible pasado, y le contemplaba de una manera fria, impasible.

—¿Y por qué no ha procurado usted hacer de ese hombre su marido, la he dicho, puesto que tanta influencia tiene usted sobre él?

—¿Se hubiera usted casado por necesidad con un hombre que la repugnase, con un hombre que la inspirase una antipatía mortal? ¿hubiera usted hecho el sacrificio de su alma por salvar su cuerpo?

—¡Ah! ¡no! la he respondido, dominada por la fria pregunta de Antonia.

—Las solicitudes importunas de ese hombre, del que no podia librarme, forzaron mi desesperacion. Cuando abria la puerta por la mañana, le veía salir del cuarto de una vecina y entrar en el mio.

—¿Pero porqué abrir la puerta?

—Para tener luz; necesitaba trabajar, y en mi cuarto no podia

entrar la luz sino por la puerta. Cuando adopté mi postrera y terrible resolucion, hacia tres dias que no habia comido. Habia llevado aquella mañana una obra, esperando que me la pagasen, y en vez de pagarme me reprendieron, y me intimaron que la volviese á hacer porque estaba mal hecha. Y tenian razon, porque se trabaja muy mal cuando se trabaja llorando, con hambre, con desesperacion... volví, y encontré ya junto á mi puerta al vizconde de Rudaguas: al miserable fátuo, que habia llegado á convertirse para mí en un tormento insoportable. Las vecinas le habian informado de mi estado, porque en las casas de vecindad no puede ocultarse nada. El vizconde abordó la cuestion de frente; me dijo que no podia permitir que yo sufriese tan terrible miseria, arrojó sobre mi cama, único mueble que con una silla poseía, algunas monedas de oro y salió.

La desesperacion de que estaba poseida y aquella proteccion humillante, acabaron de estraviar mi razon: tenia delante oro, y sin embargo, pedí prestados á una vecina cuatro cuartos: me los negó, y vendí á otra el pañuelo conque me enjugaba las lágrimas. Luego, cuando tuve los fósforos y el aguardiente, me encerré en mi cuarto, bebí, me eché en la cama sobre aquel oro, que habia sido la última gota de hiel que habia caido sobre mi corazon, y esperé la muerte. Pero yo no contaba con lo agudo de los dolores: sentí primero un ardor punzante: despues como si un volcan quemase mi estómago, como si le punzasen con agujas: sufrí, esperando que aquello acabaria pronto, pero no pude resistir ya á lo insoportable, á lo inmenso del dolor, y grité... Acudieron y me llevaron al hospital. Despues... despues de dolores insoportables, acabó todo.

—¿Qué acabó? he esclamado, mirando con espanto á Antonia.

—Sí, sí; yo creo que he estado muerta, me ha contestado. Recuerdo no sé qué cosa fria, pesada, negra, horrible, confusa; no sé cuánto tiempo he estado así; pero he vuelto en mí vomitando, y al despertar he visto junto á mí un hombre...

Antonia se ha detenido al pronunciar estas palabras y se ha estremecido toda.

—¿Vió usted junto á sí un hombre?... he dicho escitada por mi curiosidad.

—Sí, un hombre vestido de negro.

—¡Un médico!

—No, no por cierto: aquel hombre era mas que médico, estoy segura de ello... y luego la hora... los médicos no van á tales horas al hospital... era un hombre muy hermoso, yo no recuerdo haber

visto jamás otro hombre semejante... me imponia miedo... tenia algo de terrible: sus grandes ojos azules fijos en mí, parecian penetrar en mi alma: sus labios estaban contraidos por una sonrisa fria que me helaba la sangre: tenia sostenida mi cabeza con una de sus manos y me daba á beber el contenido de un vaso, que producia el vómito milagroso que me salvaba: aquel hombre estuvo á mi lado algun tiempo, y recuerdo que las únicas palabras que le oí pronunciar con una voz sonora y vibrante, fueron estas:

—¡Pobre vaso de vidrio que no ha podido resistir al primer choque!

Al fin aquel hombre me cubrió cuidadosamente y se alejó. Dios me perdone, si aquel hombre no se desvaneció entre la sombra al fondo de la sala.

—Me está usted contando, la dije, un suceso fuertemente fantástico.

—¡Oh! sí, tan fantástico, como que creo y creeré siempre que Dios ha hecho un milagro: que he estado muerta y que he resucitado.

. . . .

Por la misteriosa revelacion que me habia hecho mi madre al morir; por esa terrible puerta de ébano cuyo misterio deseo tanto esclarecer, estoy terriblemente predispuesta á creer en lo maravilloso.

No puedo esplicarme el efecto fantástico, que despues de la conversacion estraña que he tenido con ella, produce en mí Antonia.

Todo lo que me rodea es real, efectivo.

Yo toco los cuerpos.

Yo veo levantarse el sol por la mañana en un horizonte, elevarse, llegar á su zenit, descender despues, y desaparecer tras otro horizonte.

Yo oigo á los pájaros que cantan; escucho el rumor de las hojas de los árboles agitadas por el viento; veo las nubes que cruzan el espacio; siento la tierra bajo mis pies.

Veo pasar viejos, jóvenes y niños; les oigo hablar de sus negocios; tengo, en fin, ante mí, el espectáculo de la vida.

Y sin embargo, hay momentos en que creo que no existo, que no existe nada de cuanto toco, de cuanto miro, de cuanto escucho; que me finjo un mundo ilusorio.

—

Hemos comido en el campo.

Despues, á la caida de la tarde, hemos tomado la carretela y hemos venido á casa.

—¡Oh! ¡qué triste es esto! me ha dicho Antonia, al atravesar mis salones sonoros. Yo no podria vivir aquí.

—Yo he pasado en esta casa toda mi vida: he nacido en ella, y acaso en ella moriré, la he contestado.

Antonia estaba muy fatigada; hemos pasado algun tiempo en mi gabinete al lado de la chimenea, y despues la he desnudado y la he acostado en mi mismo lecho.

Despues me he puesto á escribir como de costumbre mis impresiones del dia.

He concluido por hoy.

En este momento oigo la suave respiracion de Antonia que duerme.

Yo tambien tengo sueño.

Voy á dormir junto á una muerta, ó mejor dicho, junto á una resucitada.

¡Qué estraño conocimiento el mio con esta criatura!

—

Al fin hoy ha estado corriente la casa destinada para Antonia.

Su mueblaje se ha elegido entre lo mas elegante de la mia.

El padre Quirós ha venido á avisarnos á las diez.

Todavía dormíamos.

Yo he despertado la primera al sentir los pasos de Marta, que venia á llamarme.

Mi primera mirada ha sido para Antonia.

Cuando dormimos, cuando ningun dominio tenemos sobre nosotros mismos, el estado de nuestra alma se refleja en nuestro semblante: el de Antonia espresaba una tristeza profunda, una ansiedad vaga, y una aspiracion ardiente.

Al poco espacio de estarla yo contemplando, ha despertado, me ha lanzado una mirada de profundo cariño, y su boca me ha sonreido al mismo tiempo que sus ojos.

El descanso de un sueño tranquilo, la ha embellecido.

Un color de rosa ha dado á su semblante una nueva vida.

No puede concebirse una muerta mas hechicera, de mirada mas poderosa, en cuya hermosura haya tal exuberancia de vida.

Es estraño el efecto que han causado en mí las estrañas palabras de Antonia.

«¡Yo soy una muerta resucitada!»

—

Hemos ido con el padre Quirós, primero á la iglesia, y despues á la casa en que debe vivir Antonia.

Está cerca de la mia: en la calle mas inmediata.

Es un segundo piso con balcones á la calle, y ventanas en el interior á un gran jardin.

La entra la luz por todas partes.

Es un cuartito sumamente alegre, y está perfectamente amueblado.

Antonia ha mirado sin conmoverse, los muebles, las alfombras y las colgaduras, y me ha dicho:

—Puesto que he vuelto á la vida sin que en ello haya tenido parte mi voluntad, me entrego sin resistencia á mi nueva suerte: hoy acepto este aspecto opulento: mañana aceptaré sin quejarme la mas horrible miseria.

He llegado á pensar, y esta es sin duda la verdad, que la cabeza de Antonia se ha resentido por su dolencia, y que si me han causado un estraño efecto sus palabras, ha sido porque estoy predispuesta á lo maravilloso.

—

Han pasado algunos dias.

Lentamente los pensamientos lúgubres de Antonia han ido variando de color, por decirlo así.

Ya me habla de tú. Cuando voy á verla, una inmensa alegría ilumina su semblante; me abraza con efusion, me besa suspirando en la boca, me lleva á su gabinete, me sienta sobre sus rodillas, y me llama su hermana, su querida hermana.

He llegado á contraer respecto á Antonia una verdadera pasion: una pasion fraternal.

Yo me la traería á mi casa, para tenerla siempre á mi lado; pero mi casa le parece triste, y yo no quiero entristecerla.

La considero como si fuera mi hermana menor, aunque tenemos la misma edad; y lo repito, estoy orgullosa de ella.

Desde que he contraido esta nueva obligacion, en las cartas que me envía mi protector desconocido, viene aparte bajo un sobre un billete de banco de cuatro mil reales.

Sobre aquel sobre se lée:

«Para tu hermana.»

¡Para mi hermana!

¿Será que efectivamente Antonia sea hermana mia? ¿que una misma sangre corra por nuestras venas?

¡Oh! ¡y cuánto tarda en abrirse esa sombría puerta de ébano!

—

Algunas veces aplico el oido á esa puerta y me parece percibir tras ella el silencio de la eternidad.

—

Antonia acepta los billetes, las joyas y los trages que la envío: los toma sin pronunciar una sola palabra; viste los trages, usa las joyas, y segun me ha dicho el padre Quirós, con referencia á noticias obtenidas de la criada que la sirve, tiene buena mesa.

Nunca sale sino cuando sale conmigo, y generalmente salimos en carruage.

Hoy fuimos al Prado.

Como de costumbre, muchos jóvenes han puesto sus caballos al paso, junto á nuestra carretela.

Hoy uno ha saludado con una insolente fijeza á Antonia.

Es un jóven hermoso, pero gastado y antipático. Un sér repugnante, á lo menos para mí.

Al notar su saludo Antonia ha palidecido.

—¿Quién es ese fátuo? he preguntado á Antonia.

—Es el vizconde de Rudaguas, me ha contestado.

¡El vizconde de Rudaguas! ese nombre me hace tanto daño como repugnancia me causa el hombre que lo lleva.

—

Casi siempre que salimos encontramos al vizconde, que nunca deja de saludarnos con su acostumbrada impertinencia.

—

Antonia ha perdido al fin de todo punto su aspecto fantástico. Ríe, charla, canta, me cuenta sus pequeñas aventuras del colegio, y no se la ocurre ni por asomo, decir que ha resucitado.

Pero bajo esta alegría, hay algo que me espanta.

Yo creo adivinar en Antonia una altivez dominada, una resignacion fria al lujo y á las comodidades de que yo la rodeo: una especie de asentimiento forzado á todas mis opiniones, á todas mis palabras, á todos mis gustos.

Me parece ver brillar de nuevo en sus ojos la espresion fria del escepticismo.

No importa, el tiempo, mis cuidados y mi amor, irán gastando en ella estos últimos restos de la educacion inconveniente que la dieron sus padres adoptivos.

—

Mientras ha durado en mí la impresion punzante del afecto que me inspiró desde el momento en que la vi Antonia, he tenido el corazon llenó. Nada he deseado mas que hacer grata, cuanto me fuese posible, la vida de esa desdichada.

Despues, y á medida que he ido acostumbrándome á ese afecto, he sentido indicarse en mi álma, desarrollarse, crecer otra nueva necesidad que no es ni el amor de una madre, ni el de una hermana.

¿Será que mi corazon, vírgen aun, se abra al amor?

Pero yo no he visto ante mí un solo hombre que haya podido inspirarme tal sentimiento.

Y sin embargo, cuando yo me he hecho esta pregunta he visto en mi pensamiento un hombre, pero un hombre que es un sueño, un hombre que no existe mas que en mi imaginacion.

—

¡Ay! creo que he encontrado á ese hombre.

Creo que amo.

—

Ayer iba yo, como de costumbre, sola y á pie á hacer á mi madre mi visita cuotidiana.

Al pasar por la calle de la Montera, vi un pequeño retrato al óleo puesto como muestra.

Pero un retrato admirable.

Nunca habia yo visto una obra tan maravillosa en artes.

No era una pintura; era un sér vivo é inmóvil.

Y no era tampoco una jóven.

Era una anciana de cabellos blancos, de semblante cándido, con la mirada llena de bondad.

Por bajo del retrato se leía:

«Retratos á ochenta reales: el memorialista del portal dará razon del pintor.»

¿Quién podia ser el desdichado que por ochenta reales prometia hacer una obra tan maravillosa como el retrato que servia de muestra?

¿Cómo podia concebirse que tal artista se viese obligado á prostituir de tal modo su talento?

¿Estaban ciegos los que veían aquel retrato, cuando no corrian á hacerse retratar de tal modo?

Me entré en el portal y pregunté al memorialista las señas del pintor.

—Es un pobre demonio, me dijo, que se ha empeñado en vivir

haciendo retratos: como nadie ha querido dejarse retratar por él, porque es un pinta-monas, ha retratado á su madre: pero usted sin duda no le buscará para que la retrate, sino para que la sirva.

—¡Cómo!

—Sí, sí, señora: como que hace dos meses que tiene puesta la muestra y nadie ha preguntado el nombre del pintor, y su madre y él están muy necesitados...

—¿Necesitados, dice usted?

—Como que se pasan con mucha frecuencia veinticuatro horas sin comer, y cuando comen, lo deben á la caridad de los vecinos.

—Parece imposible, murmuré.

—¡Pues! por lo mismo, desesperado el pobre me ha encargado que le procure una casa para servir de ayuda de cámara, ó de lacayo, ó de cualquier cosa.

—Bien, bien: pero sus señas.

—Juan de Castro, calle de Gravina, núm. 18, bohardilla.

Escribí estas señas en mi libro de memorias, y me retiraba, cuando oí que el memorialista me decia:

—Se acostumbra dar una gratificacion, señora.

Gratifiqué á aquel grotesco calumniador de un grande artista, y maravillándome de que un hombre que tanto valia, se viese reducido á una situacion tan miserable, tomé la calle de la Montera arriba.

Era temprano; tenia tiempo de ir á casa del pintor, y me he dirigido sin vacilar al número 18 de la calle de Gravina.

Al fin, despues de subir ciento veinte escalones, me he encontrado en las bohardillas.

He llamado á la primera puerta que he encontrado, y me ha abierto una anciana.

No he podido dudar, al ver esta anciana, de que en aquella bohardilla vivia Juan de Castro.

Aquella anciana era el original indudable del retrato puesto de muestra en la calle de la Montera.

Al verme la anciana, se ha sorprendido.

—¿En qué puedo complacer á usted, señora? me ha dicho.

—Necesito ver á su hijo de usted.

—¿Pues qué, usted conoce á mi hijo? ha replicado con cierto asombro la buena mujer.

—No, no por cierto; pero sé que el retrato que tiene puesto de muestra en la calle de la Montera, es el de su madre, y usted es indudablemente el original de aquel retrato.

—Ya decia yo que el retrato se me parecia, á pesar de que todas las vecinas decian que no se me parecia en nada. Tienen telarañas en los ojos. Pero dispénseme usted, señora: la estoy haciendo á usted esperar á la puerta. Pase usted, pase usted, pero baje usted un poco la cabeza; nuestro mechinal es muy bajo de techo, pero como está alto tiene muy buenas luces. ¡Juan! una señora te busca. Pase usted, pase usted, está trabajando.

Yo adelanté con cierta impaciencia hácia una pequeña puerta: esperaba encontrar al grande artista ocupado de una obra de importancia.

Pero cuando abrí la puerta vi que estaba ocupado en pintar con fajas amarillas y rojas... ¡aros de pandero!

Un número infinito de estos aros, ocupaban casi enteramente un pequeño cuarto ahumado, con techo vertical, alumbrado por la fuerte luz directa que penetraba por una ancha ventana.

Pero ni vi caballete, ni cuadros en las paredes, ni nada por lo que se pudiera venir en conocimiento de que allí vivia un artista.

—Tendrá el estudio en otra parte, me he dicho.

Juan de Castro es un jóven como de veinticuatro años: es hermoso, pero tiene en el semblante el sello de la miseria y de la tisis, y está muy pobremente vestido.

Su aspecto me ha causado una gran compasion.

Yo no comprendo que un hombre de talento sea pobre.

El talento es una aristocracia como otra cualquiera, pero una aristocracia legítima.

Yo creía que á la aristocracia de un gran talento debia ir unida la aristocracia del dinero.

Sin embargo, ese pobre Juan, que indudablemente es un artista consumado, ofrece al público admirables retratos por ochenta reales, y no teniendo, sin duda, retratos que hacer, se ocupa en pintar aros de pandero.

No puedo comprender esto.

Lo rechaza mi razon.

Lo encuentro absurdo.

—

Juan es un jóven alto, de maneras distinguidas; las formas de su semblante son sumamente correctas, aunque un tanto afiladas por una gran demacracion; sus ojos, negros y ardientes, tienen esa lucidez

febril de la tisis, y sus cabellos, largos, rizados y muy negros, contrastan enérgicamente con la blancura mate de su frente, y de sus mejillas sumamente pálidas.

Su trage consiste en una especie de saco raido, antiguo y muy limpio, en el que se pueden contar los hilos de la tela, abrochado hasta el cuello, por cima del cual se ve únicamente una corbata de raso negro con ese brillo particular que dá á la seda un largo y contínuo uso; sus pantalones y su calzado no están en mejor estado que el saco, y en cuanto á camisa, está sin duda tan oculta, que no se ven señales de ella.

Su madre, es una viejecita como de setenta años, que parece persona decente, que tiene un trage de lana y un pañolon, muy raidos tambien, y el pelo enteramente blanco y cogido hácia arriba: sus ojos, como los de Juan, son grandes, negros, vivos, elocuentes, y todo indica en ella que en su juventud ha debido ser muy hermosa.

Al verme Juan, se ha sobrecogido, ha arrojado el aro y la brocha que tenia en la mano, como si le hubiese avergonzado que yo le viese en tal ocupacion; sus mejillas se han colorado ligeramente, me ha saludado con encogimiento, y me ha ofrecido la mala silla en que se sentaba.

Su madre se ha sentado junto á la ventana, al lado de un canastillo de labor, y Juan ha ido á sentarse en un baul viejo.

No hay mas muebles en aquel aposento: faltan algunos vidrios á la ventana, y entra por ella un aire que hiela.

Es la primera vez que veo la miseria en todo su esplendor.

Nuestra situacion por el momento ha sido embarazosa: todos hemos guardado silencio.

La madre de Juan, contemplándome con curiosidad: Juan, con asombro, con un asombro del género de los que hacen conocer á la mujer que es objeto de ellos, que ha causado una poderosa impresion en quien la mira; yo, dominada por la impresion punzante de tanta pobreza.

Yo he comprendido que debia hacer cesar lo embarazoso de aquella situacion, y he roto la primera el silencio.

—¿Usted es pintor? dije á Juan, que continuaba contemplándome con una creciente admiracion.

—Sí, sí, señora, soy pintor... de puertas y ventanas, me ha contestado sonriendo de una manera dolorosa.

Yo he visto en aquella contestacion, ilustrada por aquella sonrisa, un sarcasmo del artista á su mala fortuna.

—Sí, sí, señora, ha dicho la anciana: mi pobre hijo se ve reducido á pintar aros de pandero, aunque ha estado seis años en la academia, y sabe hacer muy buenos retratos.

—¡Admirables! me he apresurado á decir.

Juan me ha mirado con una dolorosa espresion.

—¿Ha visto usted alguna obra *admirable mia*, señora? me ha preguntado.

—Sí, he visto el retrato de su madre de usted que está puesto de muestra en la calle de la Montera.

—¡Ah! sí; un retrato verdaderamente admirable, por lo malo, contestó repitiendo su dolorosa sonrisa.

—Yo le encuentro exactamente parecido, dibujado con vigor, pintado con maestría, con color verdadero: hay en él frescura y transparencia; es el mejor retrato que he visto.

—Lo que yo digo, Juan, esclamó la madre; mi retrato á pesar de tu modestia, y de la estupidez de las vecinas, que han tenido la desvergüenza de decir que es un mamarracho, es un buen retrato. Soy de la misma opinion que esta señora.

—Sin embargo, insistió Juan, nadie á pesar de lo módico del precio ha querido verse *admirablemente retratado*, á pesar de que hace dos meses está espuesta al público *mi obra maestra:* afortunadamente no he puesto bajo ella mi nombre, lo cual hubiera sido lo mismo que ponerle á la vergüenza.

Yo no acertaba á comprender una modestia tan exagerada, y lo que mas me estrañaba era el fondo fuertemente amargo y sarcástico de las respuestas de Juan.

—Pues bien, sea como quiera, le dije, yo espero que usted tenga la bondad de retratarme.

La palidez de Juan al escuchar estas palabras se ha hecho mas densa; me ha mirado dolorosamente y ha esclamado:

—¿No se chancea usted, señora?

—Yo no acostumbro á chancearme nunca.

—Dispénseme usted, pero me asombra... no puedo comprender... ¿Usted cree que yo pueda reproducir una fisonomía como la de usted? ¿una mirada como la suya?

Juan ha pronunciado estas palabras con acento trémulo, con la mirada entumecida, vaga y cobarde.

No sé qué efecto ha causado en mí la turbacion de ese jóven.

Me parece que me he turbado tanto como él.

—Indudablemente, dije, creo que no le sea á usted difícil...

— Si resucitára Vandyk se estremecería ante el peligro de retratar á usted.

— Es que usted vale tanto como Vandyk.

Una espresion de angustia, como la de quien se ve sujeto á un malestar profundo, se ha pintado en el semblante de Juan, al mismo tiempo que en el de su madre una espresion de curiosidad interesada.

— Sé lo bastante, pienso lo bastante, dijo Juan, para sentir todo el sufrimiento de mi impotencia. Yo he nacido indudablemente pintor y poeta; pero un pintor y un poeta que no encuentra medios para espresar lo que siente, lo que concibe. Cuando quiero escribir, mi pensamiento huye de mi pluma, la resiste: cuando quiero dibujar, mi lápiz va por donde quiere: cuando me pongo á pintar, no encuentro el color; no atino con el claro-oscuro. Yo he nacido para morir gastado por el fuego interno de un deseo, que no encuentra la fórmula; de creaciones volcánicas, que no puedo trasladar al lienzo: yo amo lo bello y lo sublime, yo lo siento, yo lo aspiro, yo lo veo en el fondo de mi alma, revolviéndose como en un caos, pero no puedo llegar á su manifestacion: concibo, pero no produzco: deseo, y la impotencia me mata; es necesario vivir, y... soy un obrero, no mas que un obrero vulgar: lo que pienso no lo ejecuto: lo que hago lo hace cualquiera. Es necesario que mi madre viva, y pinto... puertas y ventanas.

— ¡Si tu padre no hubiera muerto!... ha dicho la anciana, y sus ojos se han llenado de lágrimas.

Yo tambien me he conmovido.

— Su padre, ha continuado la buena mujer, fué en sus tiempos un famoso abogado; tuvo una numerosa clientela: se hizo rico... pero murió hace veinte años. Mi Juan solo tenia cuatro. Ha recibido una educacion esmerada. Pero yo, viuda y sola, me vi obligada á entregar á manos estrañas el cuidado de nuestros intereses; hemos sido robados. Hace ya algun tiempo que somos pobres. Juan no ha podido concluir su carrera: nuestro último dinero se ha invertido en librarle de la suerte de soldado. El pobre tiene muy mala suerte, y se ve reducido á una condicion precaria.

La pobre anciana se enjugó las lágrimas.

— ¡Pero qué hemos de hacerle! añadió; ¡Dios lo quiere así!... ¡yo que no he trabajado nunca, hace seis años que trabajo!... ¡que se cumpla la voluntad de Dios!

— Mi madre se ha empeñado en que yo me haga retratista... murmuró Juan.

—Pues bien, séalo usted, le he dicho; ha empezado usted por su madre; continúe usted conmigo.

—¿Tiene usted empeño formal en que yo la retrate? me ha dicho con timidez.

—Sí, sí señor: quiero un retrato en miniatura.

—Me es muy doloroso decir á usted que me es imposible.

—¡Imposible! ¿y por qué?

—Prescindiendo de mi impotencia artística, hay otra impotencia material, esclamó con acento amargo: ni tengo marfil, ni pinceles, ni colores... ni dinero para procurármelos. Es, pues, de todo punto imposible.

—Dispénseme usted, dije sacando mi portamonedas y tomando de él un billete de mil reales, si le anticipo parte del precio del retrato.

Juan se ha puesto encarnado hasta lo blanco de los ojos.

—¿Se vale usted acaso de un pretesto, me ha dicho, para hacer una obra de caridad, ó es que Dios nos envía un ángel en figura de mujer?

Yo me he levantado, y me he dirigido á la salida.

—Permítame usted, señora, me ha dicho Juan, levantándose y pugnando por hacerme tomar el billete, yo no puedo permitir...

—¡Adios! ¡Adios! le he dicho, mañana vendré: es necesario que mañana se empiece mi retrato: téngalo usted preparado todo. Adios.

Y he escapado.

Pero conmovida, preocupada, aterrada por no sé qué temor.

—

He llorado apoyada en la tumba de mi madre; despues me he vuelto lentamente á casa, y á duras penas he podido consignar en mis memorias los detalles de mi conocimiento con Juan.

—

No he podido dormir.

He recordado á Juan.

Me parece que él llena el vacío de mi alma; que si en Antonia he encontrado una hermana, Juan me ha inspirado, de una manera vaga, es cierto, pero persistente, ese otro sentimiento que se llama amor.

He deseado que sea de dia, y cuando ha sido de dia, que llegue la hora conveniente para ir á casa de Juan.

A aquella casa me llevó ayer mi entusiasmo : hoy me ha llevado un deseo: el deseo de verle.

—

No sé por qué he cuidado mas de mi trage y de mi peinado que otros dias.

He ido al fin, y he subido con temor, con ansiedad, la escalera, y me he visto obligada á detenerme delante de la puerta para dominarme, para prepararme.

Yo no conocia el amor, y no creía que se manifestase de una manera tan profunda.

Solo he visto una vez á Juan, y ya me acerco á él con ansiedad y con temor.

¡Oh! ¿será que la mujer ame antes de conocer al hombre de su amor?

Yo no lo sé: pero sé que Juan ha causado en mí una sensacion incomprensible, que me obliga á recordarle, y á desear volverle á ver.

—

He encontrado á Juan tan pobremente vestido como ayer, y á su madre haciendo lábor.

El mueblage se ha aumentado con una silla y una mesa.

Sobre la mesa habia una caja de colores, una hoja de marfil, un plato y un vaso de agua.

Juan me ha saludado con una triste sonrisa, y su madre con sumo afecto.

He creido notar en los ojos de Juan señales de insomnio.

Nuestra situacion era mútuamente embarazosa, y para salir de ella he invitado á Juan á que empiece su obra.

—¿Pero está usted decidida? me ha dicho: ¿no teme usted ver calumniada su hermosura por un atrevimiento mio?

Aquella calificacion directa de mis cualidades físicas, me ha causado una sensacion de íntima alegría: ha pronunciado *su hermosura* de una manera irreflexiva: ha sido una frase producida por su pensamiento, no por su galantería.

Le parezco indudablemente hermosa.

¿Y qué mujer no se siente satisfecha de parecer hermosa al hombre á quien ama, ó por quien á lo menos se interesa?

Y ha sido una frase que no ha podido contener, porque al pronunciarla, se ha puesto vivamente encendido.

Yo creo que Juan tiene el corazon tan vírgen como el mio: creo que no ha amado nunca: que me dice amores sin quererlo.

Yo procuro hacerme indiferente, pero no sé si lo consigo: no sé si doy involuntariamente ocasion con mi mirada, á que Juan conozca que no me disgusta que me diga su amor de ese modo.

—

Al fin he podido conseguir que se ponga á ejecutar mi retrato.

Ha empezado con una especie de temor.

Despues se ha animado, y ha aparecido en su semblante una espresion de asombro.

—¡Es estraño! ha murmurado: dibujo, y dibujo admirablemente... ¡oh! ¿qué es esto, Dios mio?

Y se ha detenido, y ha dejado el lápiz con terror, como espantado de sí mismo.

Su madre y yo nos hemos levantado, y hemos mirado la hoja de marfil que Juan habia abandonado sobre la mesa.

En ella hemos visto mis cabellos, mi frente y mis ojos admirablemente reproducidos: aunque Juan no hubiese continuado, aquel hubiese sido ya un retrato admirable.

—¡Ah! ya sabia yo que Juan haria á usted un buen retrato, dijo con un orgullo disculpable en una madre, la anciana.

—Sí, un buen retrato, dijo Juan incorporándose de nuevo sobre la mesa, y mirando su obra: pero este retrato no le hago yo; estoy seguro de ello.

—¿Quién le hace pues? he dicho sonriéndome.

—No lo sé: pero me parece que un poder estraño lleva mi mano, que la lleva á la fuerza, no por donde quiere ir, sino por donde debe ir: me parece que siento otro sér dentro de mi sér, y además, señora, ha añadido mirándome con asombro, yo no la veo á usted como la veia ayer.

—¿Pues cómo me ve usted?

—¡Cómo! como transfigurada, como rodeada de una aureola luminosa.

Yo no he podido ya sonreirme. Juan ha pronunciado sus últimas palabras con suma seriedad, y con un acento lleno de angustia; su madre le ha mirado en silencio, pero con ansiedad.

Sin duda, lo pálido, lo conmovido, lo desencajado del semblante de su hijo, la daban miedo.

¡Dios mio! ¿estaré yo sentenciada á tratar con locos, ó hay algo de sobrenatural, de terrible, en mi destino?

:

Antonia se cree, ó se ha creido, una muerta resucitada.

Juan, al retratarme, se cree poseido de un espíritu misterioso; lleno de un poder sobrenatural.

. . . .
. . . .

—Continuemos, ha dicho Juan, poniéndose de nuevo á dibujar con un ardor febril.

Su madre y yo callábamos, dominadas por la espresion singular del semblante de Juan: ardía en sus ojos una inspiracion calenturienta, respiraba de una manera jadeante.

¿Qué podia ser aquello?

¿El artista dominado por el fuego de la inspiracion?

Acaso.

Pero entonces, la inspiracion del genio debe ser un tósigo lento que devore la existencia del hombre inspirado.

No lo sé.

—

Juan se ha detenido de repente, se ha apretado las sienes con las manos, y ha dicho con voz ronca:

—Al fin ya está: pero no puedo mas: se me parte la cabeza, me siento malo. Mañana continuarémos.

Salí profundamente preocupada.

No he podido olvidar un solo instante á Juan.

No sé cómo calificar el recuerdo que me inspira.

Solo sé que deseo volverle á ver.

—

Ha llegado el momento, y he ido.

Le he encontrado trabajando con ardor.

Cuando yo entré concluía un fondo de cielo, diáfano, radiante, por el que parecia infiltrarse la luz de un ardiente dia de primavera.

Juan estaba mas tranquilo.

Al verme ha palidecido.

Al darme la mano he sentido que su mano temblaba.

Se ha puesto á trabajar; pero aunque en su mirada ha aparecido la inspiracion, se ha dominado y no se han repetido los estraños detalles de ayer.

Ha trabajado sin descansar cuatro horas.

Entonces me ha mostrado el marfil sonriendo.

—Ciertamente, me ha dicho, tenia usted razon en desear que yo

la retratase, señora; hé aquí una obra incomparable hecha, no sé por qué maravilla, por mí, pintor de puertas y ventanas: si continúo trabajando así, dentro de poco seré una respetabilísima celebridad. Está usted aquí, viva, respirando casi, con toda su hermosura, con todo el brillo, con toda la espresion indefinible de su mirada... con esa fuerza de vida que...

—Basta, basta de galanterías, caballero, le he dicho: estoy aquí tal cual soy, y esto basta: es imposible hacer mas que lo que usted ha hecho: pero el retrato no está concluido enteramente; le faltan las ropas.

—Es verdad; pero supongo que usted no pretenderá perpetuar su luto en su retrato.

—Tiene usted razon: pero como yo no puedo salir con otro trage, será necesario que tenga usted la bondad de ir á concluirle á mi casa.

Y saqué mi cartera, escribí las señas, arranqué la hoja y la entregué á Juan.

Despues me despedí y salí.

Necesitaba ir á llorar junto á la tumba de mi madre.

A llorar, porque me ahoga una angustia desconocida.

Porque el recuerdo de Juan se va haciendo cada vez mas doloroso para mí.

Desde que le conozco, y solo hace tres dias, mi tristeza y mi angustia crecen progresivamente.

—

Hoy ha venido Juan á las doce á casa.

Yo le esperaba vestida con un bello trage de color de rosa descotado con encajes de Alenzon, y con una dalia roja, criada en mi invernadero, en los cabellos.

Juan, antes de saludarme, ha mirado con ansiedad á su alrededor como temeroso de verse solo conmigo.

He comprendido este temor en su mirada.

Apenas ha podido saludarme, y ha permanecido de pie á alguna distancia de mí, inmóvil, mudo, abarcándome en una mirada tan elocuente, tan descuidada, tan involuntaria, que no he podido dudar de que...

De que me ama, de que está enamorado de mí con toda su alma, y al notarlo, he notado...

Que yo tambien le amo, cuanto él pueda amarme á mí.

Al comprender esto he vuelto con terror y de una manera im-

premeditada la cabeza para mirar á esa terrible puerta de ébano.

De improviso me he sentido asida una mano, y sobre aquella mano ardientes besos.

He visto á Juan de rodillas, con los ojos llenos de lágrimas, fijando en mis hombros desnudos una mirada que me ha causado miedo, y que me ha obligado á levantarme.

Juan tenia en sus ojos toda la espresion de un loco.

Se ha levantado tambien confuso y avergonzado.

—Arrójeme usted de su casa, me ha dicho: pero yo no tengo la culpa. ¿Por qué me ha recibido usted á solas?

—Concluyamos el retrato, le he dicho friamente.

—El retrato está concluido, señora, y por cierto que el espíritu que me ha inspirado para hacerlo, ha adivinado el trage que usted tendria puesto, la dalia roja que se destaca entre sus cabellos, y... hasta el dibujo de los encajes y la cinceladura de las pulseras.

—¿Qué dice usted?

—Mire usted.

Y me mostró el retrato, guardado ya dentro de un estuche con forro de terciopelo blanco.

La vista del retrato me aterró.

Estaban en él reproducidos exactamente el trage y los sencillos adornos que tenia sobre mí.

¿Tenia Juan acaso el don de la doble vista, de la adivinacion?

—¿Qué es esto? le dije: ¿cómo ha podido usted hacer esto?

—No lo sé, me contestó, como no sé lo que me sucede hace tres dias. Esto debe ser un sueño. Adios, señora, adios.

Y como quien huye de un peligro de muerte, ha escapado.

Yo no he tenido valor para detenerle.

He vuelto á ponerme mis ropas de luto; despues he llamado á Anselmo y le he dado una carta para Juan, con ocho mil reales en billetes de banco.

Anselmo ha vuelto con una carta de Juan en que solo se leian estas palabras:

«Acepto el precio de una obra que no he hecho, porque tengo una madre anciana. Gracias.—Juan de Castro.»

—

Ya no tengo duda.

Amo, y amo sin esperanza.

Este amor me vuelve loca, me desespera, porque recuerdo las últimas palabras de mi madre moribunda:

«Guarda cerrado tu corazon, y si alguna vez amas, porque el amor es independiente de la voluntad, guarda tu amor, huye de quien te lo inspire, y espera, porque no te perteneces.»

Juan se ha alejado desesperado de mí; y yo, que he quedado tambien desesperada, no le buscaré, no procuraré verle, pero si él me busca...

¡Oh! si él me busca, no sé si tendré valor para cumplir la última voluntad de mi madre.

. . . .

CAPITULO V.

En que el autor sigue contando por su cuenta.

Luisa cumplió religiosamente lo que se habia propuesto al final de sus memorias.

No buscó á Juan.

Por su parte Juan tampoco se atrevió á buscar á Luisa.

Luisa sabia que no se pertenecia.

Juan no se atrevia á esperar que Luisa le perteneciese.

El amor contrariado llega á hacerse violento.

Luisa luchaba con un deseo exigente, contínuo, cuya fuerza aumentaba cada dia, con el deseo de volver á ver á Juan; de decirle «yo te amo,» y unirse á él para no volver á separarse de él mas.

Su imaginacion era su mayor enemigo: suponia en Juan cualidades maravillosas; habia soñado en él el tipo del hombre perfecto: es verdad que Juan era débil, que estaba enfermo, que su vida se gastaba bajo una dolencia lenta y terrible: pero en sus ojos, en sus hermosos y melancólicos ojos negros, Luisa creía ver las manifestaciones de un alma toda amor, toda entusiasmo por lo grande, por lo noble, por lo bello, por lo sublime.

Luisa, como todo el que posee por desgracia una imaginacion romancesca, alimentada con sueños, soñaba en Juan un ideal imposible, un poema animado, un sér fabuloso.

Lentamente su amor, puesto en lucha con su temor, fué dominando á este.

Llegó un dia en que á pesar del último encargo de su madre moribunda, lanzó una mirada de reto á la puerta de ébano de su gabinete.

—¿Y qué importa? dijo: ¿qué puede haber para mí tras esa puerta que sea mas terrible que renunciar á él?

La mujer cuando ama lo sacrifica todo á su amor.

A tal punto puede llegar su amor que le sacrifique su alma.

Cuando Luisa adoptó la resolucion de aceptar á todo trance los amores de Juan, se sintió mas tranquila.

Una intuicion misteriosa, mas que el recuerdo de su última escena con Juan, la decia que era amada; que del mismo modo que ella pensaba en él, él pensaba en ella; que llegaria un dia en que se encontrarian, en que se aceptarian mútuamente como la única felicidad posible el uno respecto al otro.

Luisa le sentia acercarse.

Podia haberle buscado, pero un sentimiento irresistible de pudor y de dignidad la contenia.

Esperaba á que la casualidad los pusiese frente á frente ó á que él diese el primer paso.

Pero entre tanto, sufria.

El padre Quirós veía con consternacion la profunda melancolía de Luisa, creía adivinar la causa, pero Luisa no le hacia la mas leve confianza, y respetaba su secreto sin permitirse una pregunta indiscreta.

Pero Antonia no se mantuvo en la misma línea de conducta.

Los primeros dias calló.

Despues su cariño se hizo mas solícito para Luisa: al fin, un mes despues del dia en que se vieron por última vez Luisa y Juan, Antonia fué á casa de Luisa una mañana temprano.

La encontró en la cama.

—Vengo por tí, hermana mia, la dijo besándola en la boca.

—¡Por mí! ¿y para qué? dijo lánguidamente Luisa.

—¡Para qué! Dios sonríe con un hermoso dia á la tierra. Mira qué sol tan radiante. Estamos en lo mejor de la primavera, y el campo estará admirable. Quiero comer en el campo, Luisa: en el campo, y contigo.

Y saliendo al gabinete tiró fuertemente de una campanilla.

Presentóse Marta.

—A Anselmo, dijo Antonia, que enganche: á Pedro, que vaya á la mejor fonda, y que mande preparar una comida para dos personas: que lleve la comida en otro carruage á la Fuente Castellana... y pronto, buena Marta, pronto.

—Muy bien, señorita, al momento, contestó la vieja doncella,

que se alejó murmurando: ¡qué hermosa y qué viva es la señorita Antonia!... ¡si lográra alegrar á mi pobre señora!...

Luisa se dejó vestir y peinar maquinalmente por Antonia, y una hora despues atravesaban á Madrid en una carretela abierta, en direccion á la Fuente Castellana.

Durante el camino, Luisa solo contestó de una manera distraida á la cariñosa charla de Antonia: esta se preocupaba cada vez mas con la profunda melancolía de Luisa, y se veía obligada á hacer grandes esfuerzos para sostener su alegría ficticia.

Cuando llegaron á la glorieta, bajaron del carruage.

Luisa asió maquinalmente el brazo de Antonia, y maquinalmente se dejó conducir: Antonia, siempre habladora y cariñosa, recorrió los laberintos y los jardines, y fué á sentarse con Luisa en el mismo banco en que se sentaron el dia en que Luisa sacó á Antonia del hospital.

Luisa al sentarse, inclinó la cabeza sobre el pecho, y quedó profundamente pensativa.

Antonia la contemplaba con ansiedad.

Al fin asió una mano de Luisa, y la dijo con acento grave y sério:

—Tú sufres, pobre hermana mia, y sufres demasiado.

Luisa levantó la cabeza, y fijó una mirada profundamente interrogadora en el semblante de Antonia.

—Sí, es verdad, dijo despues de algunos momentos de silencio; sufro.

—¿Te acuerdas? dijo Antonia.

—¿De qué?

—Hace tres meses vinimos á sentarnos en este mismo banco: entonces empezaba la primavera; el viento era fresco, leve, estaba impregnado de la primera fragancia de las flores, y agitaba tus hermosos cabellos sobre tu frente serena; sonreías como sonreía el sol, como sonreía el cielo, como sonreía la tierra; tus palabras eran dulces, como el canto de los pájaros que resonaba allá abajo entre los árboles; consoladoras, como la fresca luz que Dios arrojaba sobre la tierra: junto á tí habia una pobre criatura, salvada, primero por la misericordia de Dios, despues por tu caridad: aquella criatura abria los ojos, asombrados aun por un horrible letargo de muerte, á otra vida nueva, á una vida de regeneracion, de resignacion, de creencias, de esperanza: aquella criatura era un alma arrancada de no sé qué horrible destino, un alma que se apoyaba en Dios, con su

fé, en tí con su amor: porque yo te amé, Luisa, desde el momento en que te vi, porque desde el momento en que te vi, creí encontrar en tí mi ángel de redencion.

Luisa escuchaba con una atencion anhelante á Antonia.

Esta continuó:

—Digo que creí ver en tí mi ángel de redencion y de esperanza, porque al verte, Luisa, conmovida, hermosa, jóven, llena de vida y de pureza, inclinando sobre mí tu semblante, fijando en mí tus ojos, en que brillaba una ardiente caridad, confesé á Dios: creí en él.

Acuérdate, Luisa. Cuando me sacaste de mi lecho de miseria, no te satisfaciste con lo que habias hecho: al llamarme hermana, no pronunciaste una palabra vacía: partiste conmigo tus galas, tus joyas, tu dinero: me rodeaste de comodidades; me levantaste á tu altura; te uniste estrechamente á mí; me prodigaste todos los consuelos de tu alma; me hiciste tolerable la vida.

Yo me uní á tí con el mismo afan, con el mismo ardor con que el náufrago se aferra á la tabla que le salva, que le lleva sobre las olas á la playa apetecida.

Y al unirme á tí, uní á la tuya mi alma entera.

Luisa: yo no puedo ser feliz, si tú no lo eres.

¡Luisa! yo no puedo verte sufrir sin sufrir contigo, y de una manera mas ansiosa, porque no sé, porque no puedo adivinar la causa de tus sufrimientos.

Y luego, Luisa, si yo me habia resignado á la vida, era porque tú me dabas el ejemplo de tu fortaleza. Si tú vacilas, vacilaré yo; si tú te doblegas, me doblegaré yo tambien: mis creencias mas arraigadas se desvanecerán: volveré á creer en la fatalidad ciega: blasfemaré: caeré contigo.

—¡Ah! ¡no! ¡no! esclamó Luisa: tengo valor, resignacion: ¡pero sufro tanto!

—¡Sufres! ¿y por qué? hace un mes que te has transformado, que estás triste; que tu tristeza crece de dia en dia: yo he seguido cuidadosa el desarrollo de esa tristeza que ha llegado al fin á espantarme, y te he traido aquí cuando te veo desesperada, al mismo lugar donde cuando yo estaba desesperada, me trajiste. Necesito conocer la causa de tus penas, porque quiero probar si puedo consolarte. Luisa, no me hagas dudar de tu cariño teniendo para mí secretos: no hay nada, por terrible que sea, que no puedas decirme: yo me siento por tí capaz de todo... de todo... me siento valiente y fuerte, y si por desdicha...

—¡Has llegado á creer!...

—Tu desesperacion es tal, que hay que temerlo todo. Tú sales sola, Luisa.

—¡Ah!

—Tú eres cándida, pura, no conoces el mundo: si un infame se ha puesto en tu camino... si te ha fascinado... si ha decidido tu porvenir...

—¡Ah! ¡no! ¡te has engañado! esclamó Luisa, cuyas mejillas se coloraron de rubor.

—¡Ah! ¡gracias á Dios! esclamó Antonia, respirando como si su alma se hubiese aliviado de un peso insoportable.

—¿Pero qué motivo has tenido para sospechar?

—¡Oh! no he sospechado sin fundamento. ¿Te acuerdas del vizconde de Rudaguas?

—¡El vizconde de Rudaguas! ¿y qué tiene que ver conmigo ese hombre? contestó Luisa con un desprecio marcado.

—En las diferentes veces que le hemos encontrado en paseo, ¿no has reparado que dejó de fijar su atencion en mí para fijarla en tí con una insistencia insolente?

Luisa contestó con un movimiento de repugnancia y de desprecio.

—Si yo no te hubiese amado, me hubiera alegrado mucho de que el vizconde te prefiriese, porque su preferencia me libraba de él: pero cuando noté en la conducta del vizconde respecto á tí, en la espresion con que te miraba, que habia tomado por empeño tu amor, me estremecí. Me estremecí... porque por desgracia conozco demasiado al vizconde: porque puedo decir que él fué la causa principal de mi estravío, ó por lo menos la mano que me empujó á él... porque sé que es un infame... capáz de todo.

Luisa volvió á contestar á Antonia con una espresion de desprecio.

—¡Oh! me alegro, repuso Antonia, porque por grave que sea lo que te suceda, no puede ser peor que lo que sería si te hubieses enamorado del vizconde... y era posible... es hermoso: sabe cubrirse con una bella y dulce apariencia... sabe fingirse conmovido, enamorado... es peligroso... yo le rechacé por instinto... me atreveria á afirmar que existia dentro de mí una misteriosa repugnancia á ser la amante de ese hombre... sin saber por qué, al solo pensamiento de pertenecerle, me estremecía...

—No hablemos mas de esto, Antonia mia; dispénsame, pero el

recuerdo de ese hombre, en la situacion en que me encuentro, me hace daño.

—Bien; no te hablaré mas de él: pero... es necesario que yo sepa la causa de la situacion en que te encuentras, de tu tristeza, de tu desolacion.

—Amo y amo sin esperanza, contestó tristemente Luisa.

—¿Amas acaso á un hombre indigno de tí?

—Nunca encuentra una mujer indigno de ella al hombre á quien ama.

—¿Es casado?

—No.

—¿Ama á otra?

—No.

—¿Y te conoce ese hombre?

—Sí.

—Un hombre que te conoce y que no te ama, es indigno de que tú le ames, esclamó con una suprema espresion de altivez ofendida, Antonia. ¿Está ese hombre ciego?... ¿serás capaz de amar á un loco ó á un imbécil?

—Es que él me ama tambien, esclamó suspirando Luisa; me ama con toda su alma; he tenido necesidad de mostrarme indiferente con él, de apartarle de mí, para que su amor no se desborde.

—Pues entonces... tú le amas, él te ama, y sin embargo, tú le rechazas y sufres. ¿Acaso no eres libre, Luisa?

—¡Ay! ¡no!

—Tú me dijiste hace tres meses que nunca habias amado. Una mujer puede casarse sin amor. Yo no conozco tu historia... ¿serás tal vez casada?

—No... este amor que me mata, es mi primer amor... mi último amor.

—Repito que en la posicion en que te encuentras, no comprendo tu conducta.

—Te he dicho que no conozco á mi padre, dijo dolorosamente Luisa.

—¿Eso quiere decir que tu padre te ha abandonado?

—¿Quién sabe?

—Continúa, porque aun no te comprendo.

—Mi madre al morir, me dijo: si alguna vez amas, huye del hombre de tu amor, porque no te perteneces.

—¿Y es esa la única razon que tienes para sentenciarte á esa horrible desesperacion?

—No, no; mi amor ha luchado con mi deber, y le ha vencido; pero me estremece un terror indefinible; creo que faltando al encargo de mi madre moribunda, llamo una horrible desgracia sobre él y sobre mí... no sé... no sé... pero estoy loca, Antonia... se me parte el corazon... soy la mujer mas desgraciada del mundo.

—¿Merece ese hombre ser amado?

—¡Oh! ¡sí!

—Pues entonces, dijo Antonia despues de un momento de silencio, rompe por todos tus escrúpulos... únete á él... eres rica... puedes ser feliz... y en cuanto á esos temores... Dios te protegerá, Luisa, porque eres buena... porque Dios no abandona ni puede abandonar al que tiene caridad.

—Estoy resuelta, sí, estoy resuelta... he tomado un partido decisivo.

—Pues bien, al cumplirse el luto, la boda. Tendré dos hermanos en vez de uno... no llores mas... alégrate... y alégrame, porque tu tristeza me atormenta, me hace sufrir mas que mi propia tristeza.

—Hace un mes que no le veo, Antonia.

—Si te ama, él vendrá.

—Le quité toda esperanza.

—Búscale.

—¡Yo!

—Como puede buscar una mujer á un hombre... ponte á su paso.

—¿Y cómo?

—Yo lo arreglaré. ¿Cómo se llama tu tirano?

—Juan.

—¿Juan de qué?

—Juan de Castro.

—¿Y qué es nuestro hombre?

—Pintor.

—¡Ah! ¿es artista?

—Y un artista consumado.

—Ya decia yo que algo debia valer cuando de tal modo le amabas. Pues bien, la cosa está hecha. Le llamaré para que me retrate. ¿Donde vive?

—Vivia hace un mes en la calle de Gravina, número 18, bohardilla.

—Supongo que vivirá en una bohardilla por tener buenas luces.

—No, vive en una bohardilla porque es pobre.

—¡Gran artista y pobre! hé aquí una acusacion terrible á la ponderada civilizacion de nuestro siglo, ¡un siglo que deja que se mueran de hambre los grandes artistas! ¡Civilizacion de doublé! ¡cobre dorado! ¡todo mentira! ¡El buen gusto: mentira! ¡la virtud: farsa! ¡bien decia yo cuando dije que este siglo no merece que se sentencie uno por él al trabajo de vivir.

Luisa no contestó.

—Mucho me temo, dijo Antonia, despues de un momento de silencio, que no te engañes acerca de ese hombre.

—¡Oh! ¡si me engañára! dijo Luisa.

—Si te engañáras, sería una primera leccion de amor que te serviria de mucho. Yo no he amado aun; pero te juro que no me entregaría como tú al dolor de una pasion contrariada, por un hombre que me hubiese sido mas ó menos simpático, que me hubiese impresionado mas ó menos. La mujer, Luisa, no debe abrir su corazon de tal modo al amor, sino cuando esté segura de que no espone su corazon á ser maltratado.

Estos eran buenos consejos; consejos de la razon fria, y Luisa los escuchó en silencio, pero con el disgusto mal encubierto con que siempre escuchamos lo que nos contraría.

Antonia conoció el mal efecto que sus palabras producian en Luisa, por mas que esta se esforzase en disimularlo, y cortó prudentemente su aconsejador discurso. Prefirió por el momento seguir la corriente, y ganar poco á poco terreno.

—Y puede suceder, dijo, que ese jóven sea muy digno de tí: ya lo veremos. Si lo es, te repetiré lo que te he dicho: no debes sacrificarte por obedecer un encargo de tu madre demasiado vago, demasiado misterioso. Puesto que ese señor es artista, con pretesto de que me retrate, le llamaré, le conoceré, le observaré á sangre fria: no hablemos mas de esto: el dia está hermoso; paseemos.

Y esforzándose por distraer á Luisa, se levantó, la asió del brazo, y la llevó consigo á través de los jardines.

Pero la tristeza de Luisa impresionaba á Antonia, y la dominaba á su despecho.

El paseo fué triste. La comida, aunque en el campo, y en medio de un bello paisage, fué triste tambien.

A las tres de la tarde, Luisa espresó su deseo de ir, como de costumbre, á visitar la tumba de su madre.

Ningun dia habia faltado Luisa á este piadoso deber que se habia impuesto.

Subieron en el carruage y se encaminaron al cementerio.

Nunca habia acompañado Antonia á aquel lugar á Luisa.

Era la primera vez que la jóven se acercaba acompañada á su madre.

Luisa, apenas estuvo en el cementerio, se encaminó apresuradamente al lugar donde su madre estaba sepultada.

Antonia se quedó atrás: parecióla que debia dejar libre en aquella situacion á Luisa, y fué á sentarse en un banco de piedra en una de las calles del jardin inmediata á la tumba de la madre de Luisa.

Esta se habia arrodillado, y aunque estaba de espaldas á Luisa, Antonia comprendia que lloraba.

—¡Tan jóven, tan hermosa, tan rica, sola en el mundo, y ya desgraciada! pensó con dolor Antonia.

Y se enjugó una lágrima.

Despues quedó con la cabeza inclinada sobre el pecho y profundamente pensativa.

De improviso vino á sacarla de su meditacion el áspero rechinar de la verja del cementerio y las voces de algunos hombres.

Poco despues, por un estremo de la galería donde estaba arrodillada Luisa, adelantaron cuatro sepultureros que llevaban un ataud: delante iba un hombre indiferente, detrás otro hombre; un jóven vestido de negro, lloroso y como agobiado por el dolor.

Antonia se puso instintivamente de pie, adelantó hácia Luisa y la llamó.

Luisa volvió la cabeza á mirar á su amiga, y al volverse vió el cortejo fúnebre, se levantó y vino apresuradamente á unirse á Antonia, contra la cual se estrechó.

Luisa miraba con una espresion indefinible no á los sepultureros ni al ataud, sino al jóven que marchaba cabizbajo y lloroso detrás de aquel ataud.

—¡Oh! ¡qué horrible casualidad! esclamó: ¡acaso su madre! ¡Dios mio!

—¿Será acaso ese jóven?... dijo Antonia, que habia escuchado las palabras de Luisa.

—Sí, sí, ¡él es! ¡Juan! vámonos de aquí: este espectáculo me contrista... vámonos.

Y tiró de Antonia con una precipitacion febril, salió del cementerio, entró en la carretela, y dijo á Anselmo con voz conmovida:

—A casa.

CAPITULO VI.

De como Luisa y Juan tuvieron un mismo y tristísimo motivo para verse todos los dias.

A la tarde siguiente, Luisa, vestida con cierta coquetería á pesar de su luto, fué sola al cementerio.

La sombría tristeza, que el dia anterior nublaba su rostro, habia desaparecido en parte.

Tenia esperanza.

Contaba con encontrar á Juan en el cementerio.

Cuando entró, arrojó una ávida mirada á la galería de la derecha.

Algunos pasos mas allá del lugar donde estaba situado el nicho de su madre, unos albañiles ponian una lápida sobre otro nicho.

Pero los albañiles estaban solos.

Cuando concluyeron, Luisa fué á ver aquella lápida.

Era de mármol negro, enteramente semejante á la de su madre.

Como en la de su madre, solo se veía en ella un nombre en letras de oro: Magdalena.

Luisa no conocia el nombre de la madre de. Juan, y dudó.

Recorrió la galería buscando otra tumba nueva, y no la halló.

Recorrió las otras galerías, y tampoco halló ninguna tumba nueva.

Era indudable que el nicho cerrado con la lápida negra en que se leía el nombre de Magdalena, contenia el cadáver que habia acompañado el dia anterior Juan.

¿Pero sería el de su madre?

¿No podia ser el de una parienta?

En estas preguntas que se habia hecho Luisa, habia un fondo marcado de egoismo, aunque la jóven no se apercibiese de ello.

Si aquella era la tumba de la madre de Juan, era casi seguro que Juan iría con frecuencia al cementerio; pero si era una parienta... en ese caso Juan no volvería...

Luisa esperó: avanzó la tarde, traspuso el sol, Juan no fué.

Al dia siguiente, Luisa esperó tambien en vano.

Al fin, al tercer dia, cuando ya Luisa desesperada se dirigía á la verja, se cruzó con ella un hombre vestido de negro.

Tan distraidos iban el uno y el otro, que tropezaron.

Al tropezar, retrocedieron.

Al retroceder, se miraron.

Al mirarse se pusieron pálidos, y lanzaron una esclamacion de sorpresa.

El hombre con quien habia tropezado Luisa, era Juan.

Juan se habia sobrecogido, y apenas pudo balbucear algunos monosílabos.

—¡Ah, señora! esclamó: ¿usted aquí?

—Sí, yo... hace mucho tiempo, desde que murió mi madre... vengo todos los dias...

—Desde que mi pobre madre ha muerto, dijo Juan, mas repuesto, es la segunda vez que vengo.

Obligada por la situacion en que recíprocamente se encontraban, Luisa sostuvo con Juan una de esas embarazosas conversaciones, que se sostienen mal, porque no se sabe qué palabras pronunciar para no aumentar el dolor del que acaba de esperimentar una pérdida irreparable; la pérdida de una madre.

Despues se separaron sin citarse, pero considerándose citados.

En efecto, á pesar de su dolor, Juan fué la tarde siguiente mucho antes que Luisa al cementerio.

La conversacion fué aquella tarde mas larga y mas íntima entre los dos jóvenes.

Al fin, á los ocho dias, Juan se atrevió á pronunciar algunas palabras un tanto intencionadas.

Luisa contestó á aquellas palabras, poniéndose encendida y bajando los ojos.

Alentado Juan, se atrevió á la tarde siguiente á ofrecerla el brazo.

Luisa aceptó y Juan la acompañó hasta su casa.

Un mes despues, los jóvenes hablaban con la mayor formalidad del mundo de su amor, y formaban proyectos acerca de su porvenir.

CAPITULO VII.

Como Juan vino á ser una cuña, interpuesta entre Luisa y Antonia.

La amistad de Antonia y de Luisa se habia modificado.

Luisa veía poco á Antonia.

Pero no dejaba de cuidar de ella con una estrema solicitud.

Antonia recibia con suma frecuencia, trages, alhajas y dinero.

Antonia guardaba los trages en corte en un armario, las alhajas en su tocador, y el dinero en uno de sus cofres.

Cada vez que Antonia recibia un regalo de Luisa, aparecia en su hermosa boca una indicacion de sonrisa triste y amarga.

El alejamiento de Luisa no provenia ciertamente de que la distrajesen los amores de Juan.

Tenia otra causa mas grave.

Antonia, para conocer á Juan, para poder formar un juicio acerca de él con conocimiento de causa, habia enviado á su criada á casa del pintor con una carta muy atenta.

Aquella carta decia:

«He visto el retrato que tiene usted puesto de muestra en la calle de la Montera, y deseo que haga usted el mio.»

Seguian las señas de la habitacion de Antonia, y su nombre, sin apellido, por firma.

La criada volvió con la siguiente respuesta, escrita en papel vitela inglés con los cortes dorados:

«Señora: la reciente pérdida de mi madre, me impide ir al momento á ponerme á sus pies, pero dentro de algunos dias tendré ese placer.»

Seguian los cumplidos de fórmula, y la firma.

—¡Es estraño! dijo Antonia: ¡un pobre diablo que ayer no tenia

que comer, que acaba de perder á su madre, y que para contestar á la carta de una mujer, busca papel de moda con cortes dorados, use de frases galantes, y selle la carta sobre lacre con un escudo de armas! Mucho me temo que el amor de Luisa por este *artista*, no sea un capricho lamentable.

Sin embargo, Antonia antes de formar un juicio mas decisivo, esperó.

A los cuatro dias, á las doce de la mañana, llamaron á la puerta de Antonia, y Micaela, su criada, la entró una tarjeta con un pico doblado, en que bajo el mismo escudo de armas que habia traido el lacre de la carta, se leía: Juan de Castro.

Antonia se quedó profundamente pensativa, levantó al fin la cabeza, apareció en sus ojos la espresion de una resolucion decidida, se sentó en una butaca, adoptó una actitud sumamente voluptuosa y mandó á Micaela que introdujese al artista.

Entró un jóven alto, delgado, pálido, rigorosamente vestido de luto, pero con elegancia, se detuvo como sorprendido por la vista de Antonia, á poca distancia de la puerta del gabinete y la saludó, fijando sobre ella una mirada de asombro, pero intencionada y harto significativa. Antonia, á su vez, arrojó sobre el pintor una de esas largas miradas con que las coquetas prueban el efecto que causan sobre un hombre.

Juan palideció profundamente y sus ojos tomaron un aspecto singular.

—Pues señor, dijo para sí Antonia, mientras el jóven la hablaba con cierta torpeza hija de su turbacion, este pobre Juan no puede sostener su serenidad delante de ninguna mujer.

Y contestando al saludo de Juan, le invitó á que se sentase.

Juan se sentó á alguna distancia de Antonia, sin dejar de fijar en ella su mirada singular.

—Creo que usted me conoce, que me ha visto con frecuencia en alguna parte, dijo Antonia acercando su butaca á la del pintor.

—Yo... señora... es la primera vez que gozo la felicidad de ver á usted, contestó Juan, con una mezcla de turbacion y de galantería inoportuna.

—¡Ah! ¡la felicidad! ¡y es una primera felicidad! dijo con ligereza y de una manera tentadora Antonia. Pues en la insistencia con que usted me mira he creido comprender que luchaba usted con un recuerdo confuso.

—Sí, sí, señora, dijo Juan con impertinencia, escitado por la

traidora sonrisa de Antonia. Creo haberla visto á usted en mis sueños bajo la figura de un ángel.

—Usted debe ser poeta, caballero, repuso Antonia.

—¡Poeta! ¡sí! ¡poeta de corazon! contestó con acento sentimental Juan.

—Ya decia yo: y como ustedes los poetas viven soñando, y soñando con ángeles, tienen ustedes con mucha frecuencia la galantería de creernos ángeles á nosotras, pobres mortales.

—Usted, señora...

—¿Pretenderá usted que me enorgullezca?

—Orgullo legítimo sería el de usted, como ha sido en mí natural mi sorpresa al verla.

—Y... ¿se sorprende usted con mucha frecuencia, caballero?...

—Me sorprendería frecuentemente si no fuera muy raro encontrar una jóven que poseyese la suma de encantos que usted posee.

—¡Ah! ¿no ha encontrado usted en Madrid, donde abundan tanto las mujeres hermosas, usted, un artista... como si dijéramos, una personificacion del buen gusto, una jóven que valga... tanto como yo?

Antonia pronunció estas palabras con una intencion que Juan no pudo comprender.

Porque ni este sabia que Antonia era amiga de Luisa, ni podia por lo tanto ver en las incalificables palabras, en la actitud voluptuosa, y en las lánguidas miradas de Antonia, otra cosa que una aventura afortunadísima con una jóven soberanamente hermosa.

Juan, alentado por el aspecto de Antonia, acercó mas su sillon.

—No solo no he visto otra belleza semejante á la que usted posee, señora, dijo, sino que si la viese á usted retratada, y no viviendo delante de mí, creería que el retrato era la fiebre de un pintor, su sueño de gloria.

Y se incorporó sobre el sillon, acercando su cabeza á la de Antonia.

La jóven sintió hervir la indignacion mas profunda dentro de sí; tuvo tentaciones de levantarse y de decir á Juan:

—¡No conoce usted á Luisa! ¿no está usted enamorado de Luisa, de mi querida hermana, de una mujer cien veces mas hermosa que yo?

Pero se contuvo porque queria conocer á Juan.

—Ciertamente, caballero, dijo Antonia bajando los ojos y afec-

tando una grata turbacion, que nos hemos metido sin saber cómo en una conversacion que...

—¿La desagrada á usted que nos ocupemos de su belleza sobrehumana?

—Sentiria hacerme vanidosa creyéndole á usted.

Juan hizo un movimiento.

Aquel movimiento tenia sin duda por objeto asir á Antonia una mano, que esta habia abandonado á sabiendas sobre el brazo de su sillon.

Antonia retiró aquella mano, y dijo friamente á Juan:

—Le he llamado á usted para que me retrate.

Juan se puso encendido, y sintió que sus orejas ardian; tan brusco habia sido el cambio de palabra, de acento y de actitud de Antonia: solo habia quedado ante él una jóven de diez y ocho años, hermosísima, elegante, pero tan severa como hermosa.

—Dispense usted, señora, dijo Juan: pero... el efecto inesplicable que usted ha causado en mí...

—¿Ha traido usted consigo lo que es necesario para empezar el retrato? dijo Antonia con la misma indiferente pero atenta entonacion que hubiera usado, si no hubiese tenido lugar su anterior y estraño diálogo con Juan.

—Sí, sí, señora, dijo este, sin atreverse á recaer en la conversacion anterior, sacando de la parte interior de su levita un estuche.

—¿Y podrá usted empezar desde ahora mismo? añadió Antonia.

—Como usted guste.

—¿Y está usted seguro de poder retratarme?

—Creo que sí.

—¿Ha hecho usted algun otro retrato tan dificil como el mio? añadió Antonia con un acento singular.

—¡Oh! ¡sí! contestó Juan; y si el espíritu que me favoreció entonces, me favorece ahora, espero que quedará usted contenta.

—¡Ah! ¿está usted en comunicacion con un espíritu superior y estraordinario? dijo Antonia soltando una carcajada, hasta cierto punto burlona y agresiva.

Juan, al verse tan duramente castigado por su equivocacion anterior, frunció el ceño, y se puso pálido; pero no encontrando otra salida mejor, sacó del estuche una hoja de marfil, una caja de colores y una paleta de porcelana, los puso sobre un velador, acercó aquel velador al balcon, y dijo con la voz opaca:

—Necesito un vaso de agua.

Antonia llamó á Micaela y la pidió un vaso de agua.

La doméstica trajo instantáneamente dos vasos de cristal de roca, un frasco con esencia de azahar y algunos panales en una bandeja de plata cincelada, regalo todo de Luisa á Antonia, y de un gusto esquisito.

—Solo necesito el agua para disolver los colores, dijo con cierta precipitacion Juan, al ver el servicio.

—Como usted guste, dijo Antonia, poniendo el servicio por sí misma sobre el velador.

—Estoy á las órdenes de usted, señora, dijo Juan sentándose detrás del velador.

Antonia fué á sentarse delante de él.

—¿Estoy así bien? dijo.

—Un poco mas á la izquierda la cabeza, dijo Juan mientras afilaba el lápiz. Perfectamente.

Inclinó la cabeza sobre el marfil y se puso á trabajar.

Pero al poco espacio se detuvo y levantó la cabeza.

Su semblante estaba desencajado.

—¿Qué le sucede á usted, caballero?

—Me sucede, dijo Juan trémulo, que no sé dibujar.

—¡Cómo! ¿y se llama usted artista, y se dice inspirado por un espíritu? dijo, acompañando sus palabras con una cruda sonrisa, Antonia.

—¡Oh! ¡el espíritu! ¡el espíritu! murmuró Juan como hablando consigo mismo.

—¿Pero tan falto de inspiracion se encuentra usted? repuso Antonia: para hacer un retrato como los que comunmente se hacen hoy, no se necesita inspiracion: basta con copiar medianamente; y el retrato que usted tiene puesto de muestra en la calle de la Montera...

Es de advertir que Antonia no habia visto la tal muestra, y que solo hablaba de ella por referencia de Luisa, que la habia contado su aventura del conocimiento con Juan, pero suprimiendo lo maravilloso de haber adivinado Juan su trage. Antonia habia visto el retrato de Luisa, y al verle, al encontrarle la obra de un artista de gran genio, de gran inspiracion, habia comprendido el amor desesperado de Luisa hácia el pintor.

Para ella, pues, habia sido una sorpresa la conducta estraña que habia observado Juan con ella á primera vista, y otra sorpresa que Juan se confesase al cabo impotente, que esclamase desesperado: «¡No sé dibujar!»

—¡Es estraño! ¡muy estraño! repitió Juan: yo creía por un resultado lisonjeramente satisfactorio, haber vencido todas las dificultades. ¡El espíritu! ¡el misterioso espíritu! añadió como hablando consigo mismo.

—¡Querrá usted decir la inspiracion! dijo Antonia.

—Sí, sí, señora, eso es, la inspiracion. Me encuentro hoy enteramente desprovisto de ella.

—Pues bien, no importa: yo no quiero un retrato inspirado, que probablemente sería una bella mentira, sino una copia exacta de lo que soy, con todos mis defectos.

—Es que usted no tiene defectos, se atrevió á decir Juan.

—Pues bien, caballero, repuso Antonia, una copia lisa y llana de mis perfecciones, y nada mas.

—Pues juro á Dios, señora, dijo con arranque Juan, que he de retratarla á usted.

—Vamos, á lo menos, dijo para sí Antonia, tiene fuerza de voluntad, ó es testarudo, lo que son dos cosas distintas: pues bien, continúe usted, añadió en voz alta.

Juan se puso de nuevo á trabajar.

Una angustia mortal se pintaba en su rostro, mientras trabajaba; el sudor corria por su frente. Luchaba contra su impotencia y se obstinaba.

Porque Juan, el mismo que habia hecho en el retrato de Luisa una obra incomparable, era entonces impotente.

La cabeza que habia dibujado, ó que por mejor decir, habia señalado sobre el marfil, tenia un parecido sorprendente respecto á la de Antonia; pero el parecido de la caricatura, una caricatura á la cual no se podia llamar dibujo, porque la faltaban no ya solo el vigor, sino hasta la seguridad del trazo.

—¡Ah! esclamó Juan irritado, olvidándose hasta de las conveniencias sociales, y tirando el marfil sobre la mesa. Este es un mamarracho como el retrato de mi madre.

Pero el marfil en vez de romperse, botó sobre el velador y fué á caer en la falda de Antonia.

—¡Oh! ¡admirable! dijo la jóven mirando aquel absurdo, aquella blasfemia negra á las artes; pero creo que me ha favorecido usted demasiado; creo que no soy ni con mucho tan hermosa.

Y soltó una sonora carcajada.

Pasó algo terrible por el semblante de Juan: arrojó á Antonia una mirada de odio, se puso de pie, vaciló, y luego recogió brusca-

mente la caja de colores y la paleta, tomó el sombrero, y salió sin saludar á la jóven.

Poco despues, Antonia oyó un portazo, que nos atreverémos á llamar insolente, y despues un paso violento y precipitado por las escaleras.

Antonia se reía aun, y miraba la obra de Juan.

Al fin, una grave seriedad reemplazó á su risa: se acordó de que aquel hombre á quien tan duramente habia humillado, llenaba el corazon de su amiga, de su bienhechora, de su hermana: que era su sueño, su esperanza, acaso su porvenir. Midió profundamente las consecuencias del enlace de aquel hombre con Luisa, y se estremeció en un movimiento de repulsion y de repugnancia, como si se hubiera tratado de ella misma.

—Es peor, cien veces peor el artista que el vizconde, pensó Antonia; ó por lo menos tan malo es el uno como el otro. Se diferencian en la manera, porque se diferencian en la fortuna. El vizconde embiste de frente, con el dinero en la mano, con las promesas y la seduccion en los labios. Este no puede ver á una mujer hermosa sin ponerse al momento en campaña de una manera absurda, insolente. Tan necio es el uno como el otro. Los dos son bellos, pero con una belleza que repugna: el vizconde, gastado, degradado, envejecido á los veinte y cuatro años: este á los veinte y cuatro años tísico, con sus enormes ojos lúcidos, melancólicos, con su franqueza de mal género, ó por mejor decir, con la espresion repugnante de una codicia sórdida por la mujer... el vizconde al menos tiene mundo, y no apela á los recursos estremos, sino cuando todos los demás recursos han sido insuficientes; pero nuestro pintor, con su inesperiencia y su insoportable candidez de niño consentido, ofende mucho mas... ¿qué concepto formó de mí ese hombre?... acaso le provoqué demasiado... pero no importa: le he dado una buena leccion, y sobre todo le he conocido.

Antonia miró de nuevo el trabajo de Juan.

—¡El gran artista! ¡el gran retratista! esclamó: héme aquí transformada en una vizcaina; pero no en una de esas hermosísimas vizcainas que parecen el trasunto de un ángel, sino en una vizcaina de ese otro tipo de formas magras y largas, que parecen representar la miseria personificada, el recelo estereotipado, el alma estrecha, por decirlo así. Y este dibujo como está, es un insulto: porque se me parece; es mi caricatura hecha de mala fé; mi semblante ridiculizado, exagerado, sacado de quicio de una manera absurda. Si yo no

hubiera notado su turbacion y su despecho al producir este aborto, creeria que habia querido vengarse de mí. Vamos, es necesario llevar esta obra maestra á Luisa: es necesario hacerla despertar de su sueño, presentarla ese hombre tal cual es; curarla, en fin, de su enfermedad.

Antonia pidió á Micaela una mantilla, envolvió en un papel su caricatura, y salió.

Como vivia cerca de Luisa, se encontró muy pronto delante de ella, en su gabinete.

Luisa leía y estaba tranquila.

Cuando vió á Antonia, arrojó el libro sobre el velador, se levantó, sonrió á su amiga, y la besó en la boca.

Luego la sentó junto á sí.

Antonia, asidas las manos de Luisa, la miraba con placer.

—¿Qué es esto, Luisa? la dijo: ayer te dejé triste, y hoy te encuentro tranquila, casi alegre.

—¡Ah! sí, dijo Luisa; casi, casi, soy feliz.

—¡Feliz! ¡oh! ¡si eso fuera cierto, si no te engañáras!...

—¡Engañarme! no: tengo por consejero, por director, por amigo, á un hombre tal como el padre Quirós: tú, Antonia mia, ocupas en mi corazon el lugar de una hermana querida, y el único vacío que en mi corazon quedaba... se ha llenado.

Luisa, al decir sus últimas palabras, se puso vivamente encendida.

—¡Se trata de tu pintor! esclamó con cierto desden Antonia.

—Sí, respondió Luisa estrechando las manos de su amiga y poniéndose mas encendida; me ama, me lo ha jurado al pie de la tumba de su madre.

—Yo creo que sueñas, Luisa, dijo Antonia.

—No, no sueño. Nos vemos todos los dias en el cementerio: su alma sale á sus ojos.

—Ese hombre no merece tu amor, Luisa.

Luisa palideció.

—Porque ese hombre no te ama.

Creció la palidez de Luisa.

—Ese hombre ama en tí la hermosura, y acaso la riqueza: el dia que conozca á otra tan hermosa ó tan rica como tú, la amará del mismo modo.

—¿Le conoces tú? dijo alentando apenas Luisa.

—Sí: ¿no habiamos determinado que le llamase para que hiciese mi retrato?

—Sí.

—Pues bien, le he llamado, y hé aquí su obra.

Antonia mostró á Luisa el marfil que llevaba consigo.

—Y bien, dijo Luisa: esta cabeza es la tuya, Antonia.

—¡Mi cabeza este mamarracho!

—Sí, sí por cierto, dijo Luisa levantándose precipitadamente, abriendo un cajon y sacando de él su retrato: ¿qué diferencia, como obra artística, encuentras entre mi retrato y el tuyo?

—La diferencia que existe entre lo admirablemente bello y lo terriblemente ridículo: la diferencia que hay entre la creacion ordenada y el caos; entre la verdad y la mentira; entre lo bueno y lo malo. La diferencia que hay entre el hombre que has soñado y ese pintor incomprensible, que produce dos obras tan diferentes: que á tí te parece un poema, y á mí una ridícula y repugnante parodia: entre un hombre superior y un hombre vulgarísimo. Luisa, en tu conocimiento con ese hombre, como en tu conocimiento conmigo, hay algo de estraordinario que no comprendo: yo, por una voluntad misteriosa é incomprensible, he vuelto á la vida, sin duda para servirte de algo: ese pintor, aparece ante tí de una manera falsa, enloquecedora, casi fantástica, para influir sin duda en tu destino. Creo que representamos entre todos un milagro puesto en accion; mas claro, que somos los personages reales y efectivos de una historia muy semejante en su género á los cuentos de Hoffman.

—Y yo creo, dijo Luisa, fijando de una manera grave su mirada en la de Antonia, que tú, desde el momento en que te llevó la desesperacion al suicidio, no tienes completa razon.

—¡Luisa! esclamó Antonia, ofendida por lo descarnado y hasta cierto punto duro de las palabras de su amiga.

Luisa estaba ofendida en su amor de una manera directa, y en su amor propio de rechazo, y no dulcificó ni su manera ni sus palabras.

—Sí, sí, creo que tu cabeza ha quedado resentida: creo mas: que obras muy de buena fé, diciéndome que conoces á Juan.

—¿Querrás suponer que he soñado verle?

—¿Y por qué no, cuando le calumnias?

—¡Que calumnio yo á ese quidam! ¡á ese hombre singular por lo torpe, por lo vulgar, por lo ridículo! ¡á ese hombre que al verme ha palidecido y temblado, como palideció y tembló cuando te vió por primera vez, y que me ha hecho el amor de la manera mas estúpida del mundo!

—¡Antonia, tú sueñas! dijo con un acento indefinible y marcadamente tembloroso Luisa; sueñas ó te has equivocado: tal vez has llamado á otro hombre.

—Juan de Castro, calle de Gravina, número 18, bohardilla, dijo friamente Antonia: un chico pálido, delgado, alto, romántico, con largas melenas, vestido de negro, que podria ser hermoso si la tisis no le hubiese demacrado, y si su mirada no espresase un sentimentalismo insoportable de melodrama; un hombre que no es ni artista ni poeta, y que tiene todas las insoportables pretensiones de los genios modernos: una especie de Amadís ridículo, cuya galantería haria reir si no fastidiase; una especie de mono sabio; un pobre demonio viciado por una mala educacion; que ni aun tiene dominio sobre sí mismo, y del cual se burlaria una niña acabada de salir del colegio. ¿No es ese tu poema viviente, el sublime artista, el gran corazon, el hombre todo espíritu, y espíritu noble y levantado, el señor don Juan de Castro?

—Creo que haces su caricatura repugnante, por mejor decir, que das un nombre y algunos rasgos de su fisonomía á un hombre enteramente distinto.

—¿Crees que yo me engaño, ó que tengo algun interés en engañarte?

—No sé lo que creo; pero me estás ofendiendo, Antonia.

—¿Es decir, que yo he de olvidar todo lo que te debo para dejarte entregada á ese estraño capricho?

—Te suplico que no hablemos mas de esto, dijo Luisa, conteniendo mal la dureza de su acento, y tomando de nuevo el libro que habia dejado á la entrada de Antonia.

—Bien, no hablemos mas de ello, y como solo á eso he venido, como he tenido la desgracia de ofenderte, y de dar ocasion para ser ofendida, te dejo libre de mis importunidades; pero escucha, Luisa: si por desgracia es para tí fatal tu obcecacion por ese hombre, yo, que por tí soy capaz de todo... de todo... yo, que fuí capaz de buscar la muerte, si llega ese caso lamentable, haré lo que debo hacer. ¡Adios!

—Adios, contestó friamente Luisa.

Antonia salió llorando, y se echó sobre el rostro el velo de su mantilla para que nadie viese su llanto.

Luisa quedó profundamente disgustada.

—Le ha desagradado Juan, dijo, y quiere imponerme su voluntad: afortunadamente yo tengo fuerza de voluntad bastante para no

dejarme dominar: seguiré cumpliendo con ella los deberes que me he impuesto; pero por caridad, solo por caridad.

Poco despues, se puso su capota de crespon, se echó el velo como de costumbre, y se encaminó al cementerio.

Allí encontró á Juan, esperándola.

Luisa, por delicadeza y por amor, no le dijo ni una sola palabra acerca de su conversacion con Antonia; pero notó que Juan estaba profundamente preocupado.

Por lo que se ve, entre Luisa y Antonia habia habido un verdadero rompimiento de relaciones, á causa de Juan.

Sin embargo, como hemos dicho antes, Luisa siguió enviando alhajas, dinero y trages á su hermana adoptiva, que los recibia con una vaga sonrisa, y los guardaba, como si solo los hubiera recibido en depósito.

CAPITULO VIII.

En que el autor concluye su esposicion.

Pasó el tiempo.

Luisa, cada dia mas enamorada de Juan, miraba cada dia con mas terror la puerta de ébano de su gabinete, tras la cual suponia se ocultaba la resolucion de su destino.

Juan, cada dia mas empeñado por Luisa, cuya hermosura le fascinaba y cuya riqueza era una fuertísima tentacion para él, por su propension al lujo y á los placeres, la instaba para que cuanto antes se efectuára su casamiento.

—Porque yo, decia, he logrado vencer mi mala suerte: me hacen encargos, y á pesar de que mis obras son malas, me las pagan á buen precio.

Luisa se encantaba con lo que creía modestia de su Juan, le aseguraba que su única felicidad, su única ambicion, era llevar su nombre, pero se obstinaba en esperar á que se cumpliera su luto por su madre.

Los amores de los dos jóvenes continuaban siendo purísimos: un estraño respeto, mejor dicho, un poder superior, independiente de su voluntad, contenia á Juan en los límites del mas absoluto respeto con Luisa: su amor no pasaba de ser un idilio, parafraseado hasta lo infinito; amor puro, casto, tranquilo, decoroso en la espresion; amor que no habia empañado con la mas leve sombra el alma blanca y cándida de Luisa.

Del mismo modo que era estraña esta conducta en Juan, era estraño que hubiera quien le comprase sus mamarrachos, y mas estraña la persona que se los encargaba y se los llevaba despues de pagárselos espléndidamente, y siempre en billetes de banco.

Aquella persona era un lacayo, muy sério, muy grave, muy singular, que vestía una librea encarnada, y que no hablaba mas palabras que las necesarias para desempeñar su cometido.

Un dia que le preguntó Juan quién era la persona que se habia propuesto hacer un museo con sus obras, le contestó el lacayo:

—Es un alto personage que tiene interés en que usted no carezca de nada.

—Pero su nombre...

—No estoy autorizado para revelarle.

—Quisiera conocerle.

—Eso dependerá de la voluntad de mi señor.

—Esprésele usted mi deseo.

—Le conoce.

—¡Cómo!

—Sí, está mas cerca de usted, que lo que usted cree.

Juan no preguntó mas, porque creyó haber recibido una respuesta esplícita.

Creyó que el lacayo aludía á Luisa.

¿Quién sino ella, enamorada de él, podia tener tanto interés en favorecerle?

¿Quién podria hacerlo de una manera tan delicada?

Sin embargo, á pesar de esta delicadísima conducta, atribuida á Luisa, Juan gastaba en disipaciones el dinero que creía provenir de ella.

Habia tomado un cuarto principal en un punto céntrico, y un ayuda de cámara.

Comia en la mejor fonda, y se hacia vestir por el mejor sastre.

Estaba enorgullecido por su fortuna, que atribuía á sus cúalidades físicas y á su talento, miraba en su fondo interno á Luisa como un objeto de placer por hermosa, y de conveniencia por rica, y se indemnizaba con amores comprados del estraño respeto con que á pesar suyo se veía obligado á tratar á la jóven.

Sin embargo, Juan no estaba contento.

Lo que adquiria, ó mejor dicho, lo que le regalaban, bastaba para sostener cierta apariencia, pero no para vivir con lujo.

Juan no podia tener carruage, ni aun caballo; solo podia mantener una habitacion elegante con muebles alquilados, un ayuda de cámara, y procurarse algunas disipaciones vulgares.

Juan sufria porque su ambicion pedia mas.

Juan queria la mano de Luisa, primero, porque Luisa era para él un empeño, y segundo, porque suponia que Luisa era inmensamente rica.

Pasó así el tiempo: Juan veía, con una impaciencia creciente, acercarse el dia que Luisa habia señalado para realizar su casamiento, esto es, el dia siguiente á aquel en que se cumpliera un año despues de la muerte de su madre.

Luisa le veía acercarse con una inquietud vaga; la puerta de ébano permanecia cerrada, y muda, como una ciega amenaza, y los regalos mensuales seguian, con mas los cuatro mil reales para Antonia, bajo un sobre en que siempre se leía:

«Para tu hermana.»

La amistad de las dos jóvenes continuaba en la situacion retraida á que la habia llevado su disputa acerca de Juan.

Se veían de tarde en tarde, y aun así de una manera violenta: estaban ofendidas la una de la otra, ninguna habia cedido, aquel estado tirante tenia visos de convertirse en costumbre y de prolongarse hasta lo infinito.

Muchas veces, cuando Luisa iba á casa de Antonia, no la encontraba.

Luisa se separaba sin pena de la puerta.

Cuando volvia Antonia á su casa, y la decian que habia estado su amiga á verla, los ojos de Antonia se llenaban de lágrimas.

El padre Quirós continuaba llevando á Luisa noticias de familias desventuradas, y Anselmo llevaba continuamente, ya á esta miserable vivienda, ya á la otra, cartas anónimas con billetes de banco.

Luisa, pues, era feliz, amaba, creía cumplir con su deber respecto Antonia, enjugaba cuantas lágrimas podia, y casi, casi, se habia olvidado de su estraña dependencia de un misterio que no se aclaraba.

Al fin se acercó el plazo decisivo para el porvenir de Luisa; solo faltaban tres dias para que se cumpliese el año desde la muerte de Luisa Adelaida, cuando el lacayo encarnado llamó á la puerta de la casa y dejó una carta para Luisa.

Aquella carta decia:

«Has olvidado los consejos de tu madre: has amado y has concedido tu amor á un hombre: no has sabido resistir á la prueba.

Lo que está escrito se cumplirá.

Pasado mañana se cumple un año desde el dia en que murió tu madre.

Pasado mañana encontrarás entre el cristal y la lápida de su tumba una cartera: en esa cartera habrá una llave: esa llave será la de la puerta de ébano de tu gabinete.

Tomarás esa cartera.

Luego te vestirás de blanco, y esperarás á que dén las doce de la noche.

En aquel mismo punto abrirás la puerta de ébano con la llave dorada.

Lo que ha de suceder sucederá.»

Esta misteriosa carta heló la sangre á Luisa.

Su contenido era amenazador.

Aquella tarde estuvo triste en su entrevista con Juan.

A la tarde siguiente le reveló su sencilla y misteriosa historia y se separó de él llorando.

Al tercer dia, esto es, al cumplirse el plazo fatal, Luisa antes de salir de su casa, tomó su retrato.

—No sé lo que va á ser de mí, dijo guardando el retrato en su bolsillo; pero si no volvemos á vernos, le quedará á lo menos este recuerdo mio.

Luisa se encaminó al cementerio.

Ya sabemos lo que la aconteció: su equivocacion, su encuentro con el vizconde de Rudaguas, el estraño desenlace de aquella aventura, y la impaciencia con que esperaba vestida de blanco en su gabinete á que llegase la hora en que debia abrirse la puerta de ébano.

Sonó al fin en el reloj de la chimenea la primera campanada de las doce.

Parecia que aquella campana tenia un sonido particular lúgubre, fatídico.

Luisa se puso pálida y se estremeció.

Tomó alterada la llave de oro, y con el corazon yerto, con la frente cubierta de sudor frio, se dirigió á la puerta de ébano, metió la llave en la cerradura y la dió vuelta.

La llave encontró resistencia.

El reloj continuaba marcando lentamente la media noche, entre un silencio denso, profundísimo.

Al espirar la última campanada, la puerta se abrió sin ruido y como por sí misma.

Luisa se detuvo un momento en el dintel y lanzó al fondo una medrosa mirada.

Lo que se habia presentado á su vista, no tenia nada de estraordinario.

Era un estenso salon, en el que apenas desvanecia las tinieblas un quinqué de luz opaca, colocado al fondo sobre un velador delante de una chimenea, en que apenas relucia un fuego amortiguado.

De una manera confusa, se veían las dos altas y largas paredes de los costados y la del fondo, cubiertas de una tapicería roja, y de grandes cuadros.

A cada lado habia tres, y otro al fondo sobre la chimenea.

El mueblage y la alfombra eran antiguos.

A pesar de la escasa luz, se comprendia á primera vista por el aspecto y el mueblage del salon que pertenecia al gusto del siglo XVII.

Luisa adelantó hácia el fondo, sobre una gruesa alfombra que apagaba el leve ruido de sus pasos.

A medida que adelantaba, se iban determinando para ella los objetos.

Entre el velador y la chimenea, sentado en un ancho sillon, estaba un hombre vestido de negro.

Enfrente habia otro sillon, igual á aquel en que el hombre estaba sentado, y vacío.

Aquel hombre fijaba en Luisa una mirada benévola, pero lúcida, que brillaba, que se dejaba ver clara y distinta á pesar de la opaca luz del quinqué y del débil reflejo de la chimenea.

Luisa se sentia atraer por aquella mirada, y siguió andando hasta quedar detrás del velador.

Los ojos del hombre la sonrieron con amor.

—Siéntate, la dijo con una voz sumamente sonora y simpática, señalándola el sillon vacío.

Luisa se sentó, y continuó mirando fascinada á aquel estraño personage.

Nunca habia visto Luisa un hombre tan hermoso, y cuya hermosura estuviese al mismo tiempo tan marchitada, tan empalidecida.

Era, ó parecia serlo, muy jóven; pero en la espresion profunda y penetrante de sus grandes ojos azules, parecia revelar toda la esperiencia de un hombre que ha vivido muchos años.

Sus cabellos rubios y descuidados, rizados y brillantes, caían agrupados con suma belleza sobre sus hombros, dejando descubierta una frente ancha, magestuosa, pálida, delante de la cual parecia flo-

tar una nube fatídica; sus ojos, su boca, la inflexion de su semblante, revelaban la existencia en aquel hombre de un dolor profundo, roedor, agudo, insoportable, pero dominado y cubierto por una sonrisa amarga de orgullo y de fuerza.

Estaba vestido con una levita negra, abrochada, con pantalones ajustados y botas barnizadas: tenia guantes blancos, y en una de sus manos apoyaba su cabeza, que miraba fijamente y sonriendo á Luisa.

Luisa se rehizo y perdió enteramente su temor ante aquel hombre, que la sonreía, que era tan hermoso, que parecia tan desventurado, y en el cual nada se encontraba de sobrenatural, como no fuese la mirada y la sonrisa.

—Has temido mucho, antes de venir, Luisa, ¿no es verdad? la dijo aquel hombre.

—¡Oh! sí, sí, señor, contestó Luisa; pero ya nada temo: al ver á usted me he tranquilizado.

—¿Por qué me hablas de usted? dijo el hombre.

Luisa no supo qué contestar.

—¿Hablarias de usted á tu conciencia?

—Pero usted... es...

—No te atormentes buscando la frase, Luisa: yo no soy un hombre, soy un dios que para tí ha tomado la forma de un hombre, y se ha vestido con arreglo á la costumbre.

—¡Un dios! ¡á qué esa estravagancia! yo no veo en usted nada de sobrenatural, no tengo miedo, contestó sonriendo Luisa.

—A mí no me temen mas que los que no me conocen, los que hablan de mí por tradicion, los que creen que el diablo, ó Satanás, ó Luzbel, ó el dios del mal, como mejor quieras, tiene cuernos y rabo, y alas de murciélago, y ojos y aliento de fuego: y sin embargo, me están viendo todos los dias sin temblar, sin temor, con el corazon ardiente; en los ojos de la mujer que aman, en el oro que amontonan, en los esclavos á quienes mandan, en todo cuanto halaga sus pasiones. Hace ocho meses que me estás viendo, sin estremecerte, en los ojos de Juan, que me estás escuchando en sus palabras, que estás viviendo en mí en sus amores.

—Afirmo á usted que no comprendo el objeto...

—¡Pobre inteligencia humana, que necesita ver para creer! dijo aquel estraordinario personage. Pues bien, mira y cree.

Apenas habia escuchado Luisa estas palabras, cuando se encontró envuelta en una atmósfera donde todo era luz, pero una luz diá-

fana, radiante, mil y mil y mil veces, hasta lo infinito, mas clara que la luz del sol: luz que no lastimaba la vista, sino que la prestaba una fuerza portentosa, una vida nueva: aire que Luisa respiraba con delicia, que dilataba su sér, que lo transfiguraba: y en medio de aquella atmósfera de gloria, un mancebo con cabellera de oro purísimo y brillante sobre todos los resplandores, hermoso sobre todas las hermosuras, puro sobre todas las purezas, tranquilo con la tranquilidad de la ventura suprema, con la divina cabeza inclinada sobre el pecho, y con los brazos cruzados, en la actitud de adorar á otra belleza, á otra hermosura, á otra santidad mayor. Luisa lo veía aquello con los ojos de su alma, y se sentia tan feliz como el arcángel, y como él tan pura, y como él tan santa.

Aquello duró un instante, pero un instante equivalente á una eternidad.

Luego, de improviso, el arcángel levantó la cabeza, sacudió la cabellera, que lanzó de sí un océano de resplandores, y miró á la altura, con una espresion de soberbia y de mandato infinitos: sus ojos azules tomaron una terrible espresion de reto, y sus labios dejaron oir, contraidos por la espresion de un orgullo infinito, las terribles palabras

—¡Quién como yo!

Palabras que resonaron con un estruendo horrísono en los oidos de Luisa, que la aturdieron como si hubiesen estallado en derredor de su cabeza millones de truenos.

Y al mismo tiempo Luisa se sintió anonadada, confundida, herida, como si un rayo hubiese roto su frente, y sintió arder su corazon en un fuego devorador, el fuego de todas las ardientes pasiones que devoran el corazon humano, un infierno lleno de cuantos desèos ardientes, de cuantas realizaciones mágicas, conmueven, hacen vacilar la razon.

Todo candente, todo embriagador, todo saturado de goces, pero de goces aspirados en medio de una atmósfera abrasadora, y tras los cuales quedaba un vacío terrible, una ansiedad dolorosa, una sed inestinguible.

Luego se sintió descender, y vió que el arcángel descendia con ella; y á medida que descendia, la hermosura del arcángel perdia su espresion divina: se degradaba, y seguia descendiendo y degradándose, hasta quedar reducido á aquel hombre hermoso, vestido de negro, que estaba sentado en un sillon delante de ella.

Y habia vuelto la lobreguez de la habitacion, apenas desvaneci-

da por aquel quinqué que se apagaba, por el brillo sombrío y opaco de aquellos tizones que se requemaban en la chimenea.

—¿Me conoces ya? dijo aquel hombre: ¿crees que yo soy Satanás, á pesar de que me he presentado á tí sin alas de murciélago y sin rabo?

—Sí, sí: lo que he visto me obliga á reconocerte, dijo Luisa, pero lo que es muy estraño es que no me inspiras terror.

—Eso consiste en que yo no quiero aterrarte. Mi conocimiento contigo y con los tuyos tiene una causa estraña.

—¿Pesa alguna maldicion sobre nuestra familia?

—Sí, contestó el diablo: una de tus abuelas me llamó, olvidándose de Dios, en un momento de desesperacion.

—¡Una abuela mia!

—Sí, tu sesta abuela, Luisa Inés María.

—¡Se llamaba Luisa como yo!

—Desde esa sesta abuela tuya, Luisas han sido todas las mujeres de tu familia: desde esa sesta abuela tuya, yo he sido el protector de todas esas mujeres, y he hecho por ellas un gran sacrificio.

—¿Cuál?

—El de mis propensiones.

—¿Es decir que para los mios has sido bueno?

—He procurado serlo, como puedo ser bueno yo: perdonando mi parte.

—No te entiendo.

—He procurado apartar de ellas cuanto me ha sido posible la tentacion: las he dejado solas con su corazon: las he dado cuanto he podido darlas: oro: las he aconsejado cuanto podia aconsejarlas:—Apartaos del mundo: aislaos.

—Pero al darlas oro, las has dado un peligro.

—El que tiene cuanto oro quiere y no es bueno, no merece el perdon de Dios.

—Ahora te comprendo menos, dijo Luisa: me habia maravillado de que siendo quien eres no me impusieses terror, y ahora me maravilla, que tú, Satanás incomprensible, confieses á Dios.

—Sí, yo conozco á Dios, le conozco tanto, como que hace centenares de siglos que lucho con él: yo no le confieso, le reconozco como mi enemigo, y nada mas: somos dos dioses: él todo bien, yo todo mal: no podemos existir el uno sin el otro...

—Tú blasfemas.

—La blasfemia es mi pecado.

—¿Y por qué no te arrepientes?

—Porque no quiero arrepentirme.

—¿Aceptas tu sufrimiento?

—Con mi sufrimiento sufre Dios.

—¡Ah! me horroriza lo que estamos hablando.

—Esa es la condicion humana: de lo que mas habla el hombre es de aquello que le repugna; lo que mas busca es lo repugnante: lo que mas practica es lo que no debia practicar: por eso mi enemigo es el Dios de los cielos, y yo soy el dios de la tierra: la humanidad es mia.

—Creo que estoy soñando, dijo Luisa, dilatando sus ojos para mirar al diablo, que seguia sonriéndola con amor.

—Puede ser: vives, y no ha habido uno solo de esos que pretenden ser filósofos, esto es, conocedor de la ciencia de la verdad, que no haya dicho que la vida es sueño: pero ¿sabes tú acaso dónde te encontrarás al despertar?

—No: y quiero saberlo: dímelo tú.

—¿Sé yo acaso lo que guarda el porvenir? Yo puedo referirte el pasado, hacerte ver el presente; pero en cuanto al porvenir, solo conozco una verdad: la eternidad de mi lucha con Dios.

—Si no puedes decirme nada acerca de mi porvenir...

—Sí, sí puedo decirte algo, pero de una manera vaga: por ejemplo, puedo decirte que mi proteccion hácia tí, va á cambiar de forma.

—No te comprendo.

—Hasta ahora te he protegido apartando de tí, por medio del oro, las miserias materiales: desde ahora voy á protegerte arrojándote á todas las luchas, á todos los azares de la pobreza.

—¡Ah! ¿estás ofendido conmigo porque he desobedecido tus órdenes?

—Tú no puedes ofender al que no es igual tuyo, contestó Satanás con acento ronco.

—¡Ah! esclamó de una manera indeterminada Luisa.

—Pero estamos hablando de cosas demasiado vagas: para que pudieras comprenderme, sería necesario que hubiese paridad entre nuestras inteligencias: tú solo conoces las cosas de una manera relativa: yo las conozco de una manera absoluta: tú eres la duda, yo soy la ciencia. Entremos, pues, en el terreno en que puedes comprenderme: en el terreno de los hechos humanos acontecidos á tu familia: vengamos á la causa que te ha hecho heredera de la proteccion

que yo concedí á tu familia. Ya te he indicado que tu sesta abuela, en una situacion desesperada, se olvidó de Dios y me llamó. Antes de darte á conocer su historia, quiero que la conozcas á ella. Mira.

El diablo quitó la pantalla al quinqué; atizó la mecha con los dedos, y del quinqué brotó una luz brillante.

El diablo alzó el quinqué, y el cuadro gigantesto que estaba colocado sobre el abaco de la chimenea se iluminó de lleno.

Luisa se habia levantado y miraba con asombro el cuadro.

Representaba á una mujer como de veinticuatro á treinta años.

Mejor dicho, una dama principal con un magnífico trage de corte á la moda de los últimos años del reinado de Felipe IV.

Mas que una pintura parecia una mujer real y efectiva, asomada á un marco de ébano con entalladuras y filetes dorados.

Aquel marco parecia una ventana abierta sobre un fondo oscuro, profundo, infinito.

Hemos dicho que la dama que aparecia dentro del marco tenia todo el efecto, todo el bulto, toda la frescura, toda la valentía de claro-oscuro que podia suponerse en una mujer viva é inmóvil, iluminada por una luz blanda, indirecta, proveniente de lo alto.

Por el reposo, por la tranquilidad que se notaba en el dibujo, en el color y en los accidentes de aquella figura; por su dulce y armónica entonacion; por la brava manera con que estaban reproducidos los encajes, las joyas, la seda del ancho guarda-infante, el pañuelo que sostenia con un admirable descuido una admirable mano; por su colorido general, menos brillante, menos dorado que el del Tiziano, pero mas verdadero, se comprendia que aquel retrato era obra del genio y de la mano de Velazquez.

Por de demás, la dama representada en el cuadro era un retrato exacto de Luisa, blanca, pálida, altiva, de espresion dolorosa, pero con un dolor mal dominado, que parecia sintetizar, reunir en una espresion de angustia y de impaciencia, una vida de sufrimiento agudo, infinito; un drama sombrío, un misterio.

Aquella mujer, hermosísima por sus formas, se hacia fuertemente simpática por su espresion, y por la doble grandeza de posicion y de infortunio que revelaban su trage y su semblante.

Aunque eran exactamente parecidas en la forma, en el color y en la gentileza, Luisa y la dama del retrato, diferenciábanse, sin embargo, de una manera decidida en la espresion: el semblante de Luisa representaba sufrimiento, pero un sufrimiento aceptado, contenido, dominado por la resignacion y por la costumbre: en la mi-

rada de Luisa habia mas vida, mas aspiraciones, mas luz: la vida, las aspiraciones y la luz de siete generaciones reunidas, que habian pasado, que se habian interpuesto entre la Luisa pintada y la Luisa viva, entre la abuela y la nieta.

Habia además en la mirada de aquella Luisa pintada, algo de bravío, algo de duro: sus grandes ojos negros parecian guardar en su foco la vida de otras generaciones, el espíritu de otras razas distintas de las que vivian espresadas en los ojos, tambien negros y magníficos, de la Luisa del presente.

Luisa Clara María habia heredado el tipo completo de su sesta abuela, Luisa Inés María; pero indudablemente en la familia habia habido un cruzamiento de raza, que habia dado por resultado la dulcificacion, por decirlo así, en la nieta, de los enérgicos y hasta cierto punto bravíos rasgos de la fisonomía de la abuela.

En este cuadro no se veía blason alguno, y solo podia deducirse la nobleza de Luisa Inés María, por lo rico y cortesano de su trage.

Durante cinco minutos, el diablo permaneció de pie, levantando la luz, é inundando con ella el retrato.

Durante cinco minutos, Luisa Clara María estuvo contemplando fijamente y en silencio el retrato maravilloso de su sesta abuela.

El diablo dejó al fin el quinqué sobre el velador y se sentó en el sillon.

La brillante luz del quinqué disminuyó hasta hacerse opaca.

El salon volvió á su lobreguez, apenas desvanecida en un reducido espacio por la amortiguada luz del quinqué y por el débil, mate y rojo reflejo del fuego de la chimenea.

Luisa se sentó en silencio en su sillon.

El diablo cruzó una pierna sobre la otra, apoyó en un brazo del sillon un brazo, y con la cabeza echada atrás dijo con voz indolente:

— Voy á contarte la historia de tu abuela Luisa Inés María, á la manera de un folletinista moderno. Esta historia se llama

CAPITULO IX.

Judía, gitana y mártir.

I.

Una noche, ya tarde, en una callejuela cercana á la costanilla de S. Andrés en Madrid, sonaron de repente tajos y reveses, y se vieron entre lo oscuro las brillantes chispas que arrojaban de sí al chocarse dos espadas.

Estos fugitivos destellos y este estridor áspero, solo duraron algunos segundos; oyóse al fin un grito doloroso, una esclamacion terrible, un ¡Dios me valga! desesperado, luego el sordo ruido de un cuerpo que caía desplomado en tierra, despues los pasos de un hombre que se alejaba á toda prisa, y por último un silencio profundo.

Poco despues el reloj del alcázar dió las tres de la mañana.

La noche era cerrada y fria: á las tres y media arreció el viento; á las cuatro empezó á llover á mares.

Al amanecer, las gentes que salian de su casa encontraron junto al postigo de una casa grande, á un caballero muerto, con la parte superior de la frente abierta de un tajo, vueltos para fuera y lívidos los bordes de la herida, y lavada la sangre por la lluvia, que habia caido y caía á torrentes sobre el cadáver.

—Es el señor Ruy Perez, cuartel-maestre del rey, dijo una vieja que formaba parte del corro que se agrupaba en derredor del difunto.

—¡Es mi pobre señor! dijo un escudero que acababa de salir por

el postigo de la casa grande junto á cuyo dintel habia caido el cuartel-maestre.

—¡Dios me confunda, dijo para su embozo y alejándose un perdonavidas del barrio con rostro de asesino, si no le ha costado la vida la hermosura de su mujer!

II.

No hay efecto que no provenga de una causa: no hay causa que no sea efecto de otra.

La causa de la muerte del cuartel-maestre de los ejércitos de S. M. el rey don Felipe IV, es necesario ir á buscarla veinte y seis años antes.

La fecha veinte y seis años anterior á la muerte de Ruy Perez, era el año de 1628.

Por aquel tiempo contaba Ruy Perez treinta años y era capitan de infantería en los tercios españoles que hacian la guerra en el Monferrato.

Una mañana al amanecer, cuando la vanguardia de los españoles estaba casi á la vista de Cassal, sobre cuya ciudad iban á establecer un sitio, uno de los ginetes delanteros detuvo su caballo y se estremeció á la vista de un grupo miserable.

Al pie de un árbol, al lado del camino habia dos cadáveres cruzado el uno sobre el otro.

Eran ó habian sido una mujer y un hombre.

Estaban cubiertos de andrajos, y se comprendia que habian muerto de hambre.

El hombre parecia contar treinta años, la mujer veinte y cuatro.

Junto al cadáver de la mujer, asida á uno de sus pechos, procurando alimentarse y llorando débilmente, estenuada, medio muerta, habia una niña de un año, pálida, flaca, casi desnuda, estremeciéndose de frio y de hambre.

El soldado se tiró del caballo abajo y corrió con las lágrimas en los ojos, á socorrer á la única persona viva de aquel grupo.

—¿Qué es eso? ¿adónde va ese ginete? gritó una voz robusta



— MIRE VUESAMERCÉ, SEÑOR CAPITAN RUY PEREZ.

entre las primeras filas de la infantería, que marchaba en pos de los ocho flanqueadores de á caballo.

—Mire vuesamerced á lo que iba, señor capitan Ruy Perez, dijo el ginete volviendo con la niña, á quien procuraba abrigar con la falda de su casaca encarnada.

—¡Diablo! ¡diablo! dijo el capitan conmoviéndose: eso es distinto, por esa causa bien se os puede perdonar el que os hayais detenido y echado pie á tierra, sargento Santibañez; ¿qué haremos con ese engendro? ¡pobre arrapiezo! marchamos sobre la ciudad, y mucho será que antes de poco no tengamos danza: pero ¡vive Dios! que parece que el general nos adivina la intencion. Oid las trompetas que tocan alto. ¡Eh, alto, compañía! al suelo los arcabuces, y que coma y beba el que tenga qué. Sargento Santibañez, allá, á un tiro de arcabuz, hay un caserío; mucho será que no encontremos una mujer que socorra á esa criatura.

—Pero los franceses hierven, señor Ruy Perez, y si salen de entre esos setos y nos cortan...

—¡Eh! ¡cuando uno hace una obra de caridad le resguarda Dios! Además, que no somos ni ciegos ni mancos: ¡eh! cuatro ginetes adelante hácia aquel caserío, veinte arcabuceros conmigo; sargento Santibañez, vamos allá, y á la buena de Dios.

—¿Y esos dos? dijo el sargento señalando á los cadáveres que estaban al pie del árbol.

—Esos no necesitan de nadie: y ha debido ser muy hermosa esa pobre gitana: y se parece á ese pobre arrapiezo como una gota de agua á otra gota. Dios perdone á los padres: nosotros veamos si podemos salvar á la hija.

Y el capitan, precedido de cuatro ginetes, acompañado de Santibañez, que se esforzaba por comunicar su calor á la niña, como pudiera haberlo hecho una mujer caritativa, á pesar de que tenia el mas completo rostro de soldadote aventurero, y acompañado de los veinte arcabuceros, y de otros muchos soldados que habian acudido é interesádose por lo lastimoso del caso, se encaminó al cercano caserío.

Pero apenas vieron que los españoles tomaban aquella direccion, tres hombres y dos mujeres que estaban á la puerta se dieron á huir por los campos hácia Montiglio, que se veía á lo lejos, temerosos sin duda de algun tropiezo.

Ruy Perez y los soldados adelantaron hácia el caserío del cual pretendia alejarse en vano una vieja decrépita.

Cuando llegaron los españoles, la vieja dió un grito de terror.

—Aquí no tenemos franceses, ni somos amigos de ellos, y hareis muy mal en matarme, dijo la vieja juntando las manos temblorosas.

—Nosotros no matamos mas que á los espías y á los encubridores, dijo el capitan Ruy Perez, y no se trata ahora de eso, sino de que nos procureis socorros para esta infeliz criatura.

—¿Desde cuándo acá, dijo la vieja posando sus ojillos grises en el capitan, son tan compasivos los españoles?

—¡Ah! ¡bruja maldita! esclamó el sargento Santibañez: consiento en que me dén un trato de cuerda, si no eres espía de los franceses.

Y adelantó hácia ella con el puño levantado.

—¡Eh! señor Santibañez, dijo el capitan Ruy Perez; dejadme hacer, estamos en guerra, y es natural que estas pobres gentes tengan miedo; no se trata de haceros daño, sino de que nos ayudeis á socorrer á esta criatura que se muere de hambre y de frio.

—¡La hija del judío y de la gitana! esclamó con un marcado horror la vieja: ¡la hija de los malditos! arrojad esa criatura al Pó y ganareis mucho: quien la socorra traerá sobre sí la cólera de Dios.

Oyóse entonces el mugido de una vaca en el interior, y el sargento Santibañez se entró en la casa y corrió al establo.

El capitan Ruy Perez y los soldados continuaron rodeando á la vieja.

—¿Decís que los padres de esa niña eran malditos? esclamó el capitan Ruy Perez.

—Ya lo creo, dijo la vieja: como que estaban escomulgados por el arzobispo de Milan.

—¿Y por qué escomulgó su reverencia á esos infelices?

—Él era judío, y vendia untos: ella era gitana, y bailaba en las plazas danzas deshonestas; esa criatura que habeis traido medio muerta, á pesar de su corta edad, sabia decir ya la buenaventura. No sabeis lo que habeis hecho con recoger esa criatura.

—Pues juro á Dios, ya que no me ha dado hijos en mi mujer Genoveva, tomar por hija á esa judía-gitana, dijo el capitan.

—Haced lo que querais, repuso la vieja, pero si la adoptais, ella causará vuestra muerte.

—¡Albricias, capitan, albricias! esclamó el sargento Santibañez, saliendo de la casa seguido de una hermosa vaca blanca: hemos encontrado la mejor nodriza del mundo para este muñeco: no parece

sino que este buen animal conoce el desamparo de esta criatura y tiene caridad: mirad cómo la huele, y cómo se viene tras mí: ¡Dios de Dios! he de ponerte por adorno el penacho del primer gendarme francés que mate, añadió el sargento acariciando á la vaca.

—¿Y os llevais así nuestra hacienda? esclamó la vieja, fijando una mirada desesperada en la vaca: Dios está irritado contra nosotros, y nos azota á un tiempo con la peste, con el hambre, con los españoles y con los franceses.

—Dice bien, esclamó el capitan: si se tratára de comernos la vaca, sería distinto, porque los habitantes del Monferrato y del Milanesado favorecen á los franceses; pero como solo tratamos de hacer una obra de caridad, es necesario que, para que sea meritoria esta obra, nos cueste algun sacrificio. ¡Eh! ¿no digo bien, camaradas?

—Sí, sí, señor capitan Ruy Perez, contestaron los soldados, que adivinando la intencion del capitan, echaron mano á sus bolsas.

—Hé aquí, que solo tengo un ducado, dijo Ruy Perez, y bien vale diez ducados esta vaca: acepto vuestro guante, camaradas; pero sépase lo que cada cual dá, á fin de que yo pueda devolvérselo en mejores tiempos.

Esprimidas las bolsas de *tutti quanti*, el sargento Santibañez, que tomaba nota de los nombres y de las cantidades, halló que se habian reunido once ducados, que entregó á la vieja.

—Esa niña causará tu muerte, capitan español, dijo la vieja retirándose lentamente á la casa, despues de haber recibido con codicia el dinero.

El capitan Ruy Perez se encogió de hombros al escuchar la prediccion de la vieja, como hombre á quien importaban poco estos augurios, y se volvió con sus gentes, con la niña y con la vaca al lugar de donde habia partido.

Un momento despues, la trompeta del general tocaba marcha, y los pesados trenes de artillería adelantaban hácia Cassal, cuyos muros estaban cubiertos de soldados.

III.

El capitan Ruy Perez no se metió en averiguar lo que habian sido los padres de la niña.

Esto le importaba muy poco, puesto que aquellos infelices no eran nobles, ni ricos.

¡Un judío y una gitana! su historia estaba esplicada en estas palabras: dos séres humanos malditos, que habian sucumbido bajo la proscripcion y el anatema que pesaba sobre esta clase de gentes en paises tan fanáticos como Italia y España.

Supuso que no estaba bautizada, y el beneficiado castrense de su tercio la bautizó *sub conditione*, poniéndola tres nombres: Luisa Inés María. Luisa, porque habia sido encontrada el dia de San Luis; Inés, porque este habia sido el nombre de la madre del capitan; María, porque toda mujer debe llevar el nombre de la santa Vírgen madre de Dios.

Durante todo el sitio de Cassal, y las demás operaciones de los españoles en el Monferrato, donde quiera acampaba la compañía del capitan Ruy Perez, por donde quiera marchaba, se veía una hermosa vaca blanca, sobre cuyo lomo, en una especie de jamugas huecas, iba una hermosa niña, que sonreía á los soldados, y estendia hácia ellos sus manecitas.

Aquella niña era Luisa Inés María; la judía-gitana, la hija adoptiva del capitan Ruy Perez, la hija, en fin, de la compañía.

Entre los cuernos de la vaca se veía, balanceando continuamente, un penacho de plumas encarnadas.

El sargento Santibañez habia cumplido su palabra empeñada á la vaca: aquel era el penacho de un gendarme francés.

Al fin, cuando al encargarse del mando del ejército español el marqués de Espinosa, se terminó la guerra del Monferrato, el capitan Ruy Perez, relevado por otra compañía, volvió á la corte de España, trayéndose consigo á Luisa Inés María.

No se sabe lo que fué de la vaca, su nodriza, pero creemos que debieron comérsela los soldados en muestra de aprecio.

IV.

No era lo mas á propósito la crianza de una niña para un hombre que solo sabia mandar gentes de guerra y asaltar murallas.

Encontróse además con otro inconveniente.

Este consistia en que Genoveva, la virtuosa y estéril consorte del capitan, podia muy bien creer que Luisa no era una criatura recogida por caridad, sino el fruto de algunos amores italianos de su marido.

Por este doble motivo, el capitan Ruy Perez se decidió á entregar á manos agenas la educacion de Luisa, y á guardar un profundo secreto acerca de ella para con su esposa.

Ruy Perez tenia un primo, bendito sugeto, muy rezador, muy devoto, muy inofensivo y muy caritativo, capellan de las madres Vallecas en Madrid.

Ruy Perez, sin quitarse el lodo del camino, tomó á Luisa Inés María bajo su capa, y antes de ir á su casa, donde le esperaba su esposa, se fué en derechura á casa de su primo Sancho Perez, que ciertamente no le esperaba, y mostrándole la niña, que fijó en él sus grandes ojos negros, le dijo:

—Hé aquí mi hija, señor primo, una hija que os traigo para que me la crieis.

Sancho Perez levantó la cabeza, que tenia inclinada sobre el brasero mientras le removia, y miró á su primo abriendo enormemente los ojos, con la espresion mas cándidamente estúpida del mundo.

—¿Qué, no creeis que yo puedo tener una hija tan hermosa, señor primo? dijo el capitan, riendo y levantando sobre su sombrero castoreño á Luisa, que tendió sus manos á las plumas encarnadas.

—Creo que nuestra buena Genoveva, dijo con su estrema candidez el capellan de las Vallecas, no ha dado indicio alguno de maternidad, á mas de que yo creo que vos habeis andado dos años en las guerras de Italia.

—Pues esta chiquita, que me estropea las plumas y me empaña el coselete, es el único tesoro que he traido de allá, mi buen Sancho Perez.

—Pues yo creía que os habia ido muy bien por esas tierras de Dios, dijo Sancho Perez, cuya pudibundez se habia alarmado, y queria eludir aquella conversacion.

—¡Cá! os han engañado, primo: lo que se pesca en el ejército de Italia es cada coscorron que canta el Credo; pero dinero... ¡cá! ¡no señor! las pagas andan por el aire, y en cuanto á sacos... juzgad vos cómo estará aquello, cuando hace dos años que lo están merodeando franceses y españoles.

—Pues nuestra buena Genoveva, repuso el capellan, esperaba que viniéseis mas proveido.

—Proveido y mas que proveido viniera, si hubiera sido proveedor.

—¡Ah! con que los proveedores...

—Sí: en lo primero que piensa un proveedor es en proveerse á sí propio. Por lo mismo yo me he venido de Italia á la corte para procurarme una plaza de proveedor de los ejércitos de S. M.

—Y haceis muy bien, primo, porque aunque no teneis hijos...

—¿Cómo que no tengo hijos? ¿pues qué os parece que es, si no, esta muñeca que juega con mis mostachos?

Y el buen capitan Ruy Perez dió un ruidoso beso en la rosada boca de Luisa Inés María.

—He querido deciros que no teniendo hijos de vuestra mujer...

—Vamos claros, señor Sancho Perez, primo: yo no he tenido hijos de mujer alguna, y si llamo hija á esa pobrecilla, es porque la amo como á tal, y porque sus padres han muerto: yo la encontré en el suelo de un caserío en el Monferrato... las llamas la rodeaban, sus padres habian sido pasados á cuchillo...

Ruy Perez mentia con la mayor serenidad del mundo; mentia por amor á Luisa; no queria que nadie supiese que era judía y gitana: él mismo dudaba de ello porque no queria creerlo, pero mal pesase á su deseo, habia quedado claro y distinto, como daguerreotipado en su memoria, el semblante de aquella infeliz gitana muerta: aquel semblante tan enérgicamente parecido al de Luisa Inés María; pero el que el capitan no pudiese dudar de la mala procedencia de su hija adoptiva, no queria decir que la confesase á nadie: así es que mentia con el mayor aplomo del mundo.

—¡Ah! ¡pobre criatura! dijo el capellan conmoviéndose y mirando con menos prevencion á la niña; ¡con que la encontrásteis junto á sus padres degollados!

—Os lo juro bajo mi fé de cristiano, y por el hábito de Santiago que me tiene prometido el Conde-duque en premio de mis servicios.

—¡Ah! ¿con que su escelencia os ha prometido?... ¡ved qué buena fortuna para nuestra Genoveva! ¡y para la familia qué honra! ¡tener en ella un caballero santiaguista! ya no os llamareis Ruy Perez á secas, sino el señor don Ruy Perez, y el rey os tratará de vos.

—Prometer no es dar, y sobre todo, prefiero el oficio de proveedor: con una cruz de Santiago puede uno morirse de hambre, mientras que con buenos escudos de oro, no hace falta el don para nada.

—Pero la nobleza que os aumentaria el hábito...

—Estamos perdiendo el tiempo, primo, en hablar del aire, y si he de deciros la verdad, me punza el deseo de abrazar á mi Genoveva: para ello es necesario que me desembarace de este pequeño estorbo (y dió un nuevo beso á la niña); es necesario que vos quedeis encargado de ella.

—¿Y qué he de hacer yo, miserable de mí, que soy tan pobre como vos?

—Ahí están las madres.

—¡Ah! ¡sí! ¡es verdad! ¡las buenas madres! ¿pero qué pretesto he de tomar?...

—Decidlas la verdad: que un soldado, á quien vos conoceis, os ha entregado bajo confesion esta niña; que la encontró cubierta de ropas muy ricas, y aun con mas ricas joyas...

—¿Pero y esas joyas, primo Ruy Perez?

—Me sirvieron para poder sufrir la falta de pagas.

El capitan seguia, pues, mintiendo, por ennoblecer á Luisa.

—¿Y valian mucho esas alhajas, primo Ruy Perez? dijo el capellan, que era un tanto avaro.

—Podrian valer mil escudos, dijo el capitan atusándose el mostacho. Ya veis, añadió, que por conciencia estoy obligado á criar esta niña.

—¿Y no sabeis absolutamente el nombre de sus padres?

—No he podido averiguarlo por mas que he hecho.

—Pues mirad, primo, todo lo que yo puedo hacer por esa criatura, es llevaros al locutorio y llamar á la madre Purificacion, que es muy apasionada á niños.

—¡Ah! ¡buena madre! ¿y creeis que la madre Purificacion?...

—Indudablemente: al ver una criatura tan hermosa...

—Pues entonces, primo, vamos cuanto antes, porque estoy impaciente por ver á mi Genoveva.

Sancho Perez se puso su manteo y su bonete, y Ruy Perez se apretó el chapeo, se arrolló la capa, cubrió cuidadosamente con ella, porque hacia frio, á Luisa Inés María, y entrambos primos entraban poco despues en el locutorio de las monjas.

V.

La madre Purificacion, que era una buena madre, como habia dicho el capitan Ruy Perez, escuchó con la boca abierta y con las lágrimas en los ojos la supuesta historia del encuentro de Luisa Inés María en Italia, junto á sus padres degollados, y concluyó por hacerse cargo de la niña, que fué introducida por el torno en el convento.

VI.

Pasaron no menos que veinte años.

Durante estos veinte años, Ruy Perez fué sucesivamente proveedor de los ejércitos de S. M. el rey don Felipe IV, coronel, por gracia de los doblones de que se habia provisto, y por último no menos que cuartel-maestre, con su correspondiente tratamiento de señoría.

Durante estos veinte años, Luisa Inés María habia sido niña, jóven y mujer.

Durante estos veinte años, habia muerto Genoveva, la mujer de Ruy Perez, su primo Sancho y la madre Purificacion.

Luisa Inés María habia quedado sola en el mundo.

Faltábala el cariño de Genoveva, porque es de advertir, que la esposa de Ruy Perez habia sabido al fin, por indiscreciones de Sancho Perez, la adopcion de la niña por su esposo, y en vez de sospechar, y de incomodarse, y de producir una riña escandalosa, se habia alegrado de ello, habia querido conocer á la niña, la habia conocido y la habia amado.

Luisa Inés María se habia desarrollado de una manera magnífica. A los quince años, sus ojos de gitana, sus admirables ojos negros, enamoraban á las mismas monjas.

Se la habia repetido tanto, á consecuencia de la mentira de Ruy

Perez, que era hija de padres nobles aunque desconocidos, y se la habia repetido tanto que habia sido encontrada junto á sus padres degollados por los españoles, que habia concluido por contraer un orgullo incontrastable y un odio ciego á los asesinos de sus padres.

A los veinte y dos años, alta, hermosa, magnífica, con su continente de reina, y la sombría espresion de su semblante, se la veía discurrir con paso lento por las largas crujías del monasterio, arrastrando la larga cola de su trage de terciopelo negro, y dejando ver bajo su toquilla de tul de plata las admirables trenzas de su cabellos, brillantes y densos como el ébano, que servian de marco á un semblante pálido, blanco y terso como el marfil.

Luisa Inés María, que habia resistido de todo punto á las seducciones de las monjas, y que habia declarado una y otra vez de la manera mas firme que jamás tomaria el hábito, estaba considerada como una señora de piso, ó lo que es lo mismo, como huéspeda del convento.

Tenia un gran aposento, magníficamente amueblado, dos doncellas para servirla, y ricos trages y joyas que se ponia continuamente, aunque de nadie mas que de las monjas podia ser vista.

Todos estos gastos los sufragaba el señor cuartel-maestre Ruy Perez, que habia llegado á ser mucha persona, y que, preciso es decirlo, á sus cincuenta años habia acabado por enamorarse perdidamente de doña Luisa, como se llamaba á la gitana-judía en el convento.

Á pesar de que el cuartel-maestre conservaba sus dientes, sus cabellos, aunque grises, la esbeltez de su persona, la marcialidad de su aspecto, y llevaba admirablemente su sombrero negro con magníficas plumas blancas, y joyel de diamantes, inclinado sobre la ceja derecha; aunque se ajustaba notablemente á su talle una hermosa casaca de terciopelo negro, galoneada de oro; aunque sabia llevar como nadie su capa de grana haldialzada por un largo espadon con empuñadura de plata dorada y cincelada; aunque sus medias de seda encarnada con cuchillos de oro, dejaban ver una pierna correctamente modelada, y sus zapatos con lazos, un pie de que podia hacer gala cualquier gentil-hombre; aunque podia llamarse un gallo buen mozo, aunque de durísimos espolones, comprendia el cuartel-maestre que Luisa Inés María, la mujer mas hermosa, mas altiva, y mas pura del mundo á sus ojos, no podia ser feliz ni aun satisfacerse con sus amores: que era poco menos que un delirio pensar en casarse con

ella, y poco menos que un infierno el pensar que ella se casase con otro.

Este último pensamiento, cuando ocurria al buen cuartel-maestre, le ponia de un humor endiablado, que se resolvia á cintarazos sobre los lomos de sus lacayos, á poco motivo que los desdichados diesen.

Pero como el verdadero amor es todo abnegacion, Ruy Perez acabó por comprender que Luisa Inés María estaba sacrificada en el convento, que allí no habia aire para ella, que se ahogaba.

Sabia que sacarla del convento era aventurado para su sosiego, porque no teniendo padres doña Luisa, siendo él viudo y hombre de no muy buena reputacion como galanteador, no podia estar decorosamente á su lado su hija adoptiva. Era necesario, pues, procurarla un noble arrimo, y este arrimo no podia ser otro que la reina.

Ruy Perez estaba en posicion de conseguir que doña Luisa fuese nombrada dama de S. M.

Pero asaltábanle un millon de recelos.

En primer lugar la corte de España estaba corrompida hasta el punto de no poderse sufrir el mal olor moral: el Conde-duque era enamorado, y el rey, á pesar de sus cuarenta y dos años, enamoradísimo. Los señores de la corte eran cada uno un don Juan, y las damas cada una, una cortesana. Meter á doña Luisa en aquel círculo infecto, era lo mismo que arrojarla á un muladar; pero es el caso que doña Inés enlanguidecía en el convento, se marchitaba, sufria, se ahogaba, en una palabra.

Ruy Perez arrostró por todo despues de muchas vacilaciones, y al fin un dia se puso su mejor uniforme, se afeitó cuidadosamente, se tiñó los cabellos, las cejas y los bigotes, se terció la capa, y lleno de ansiedad y de dudas se entró por el locutorio del convento y pidió que llamasen á doña Luisa.

Poco despues la jóven estaba delante de él, fijando de una manera singular en su semblante las miradas de sus grandes ojos de gitana.

Luisa Inés María habia hecho esperar mas de una hora á su padre adoptivo, que habia acabado por desesperarse; pero al ver á la jóven dió un grito de sorpresa, y se puso pálido, y tembló, y hubo de asirse á la reja del locutorio.

—¡Luisa! ¡Luisa! ¡hija mia! dijo, fijando en ella una mirada indescribible, y con la voz opaca y trémula. ¡Yo no sabia que eras tan hermosa!

Para comprender esta salida inconveniente de Ruy Perez, inconveniente de todo punto, puesto que Luisa Inés María era casi su hija, hay necesidad de decir cómo se habia presentado á Ruy Perez.

Sus cabellos sedosos, brillantes, densos, rodeaban su semblante, y caían hasta sus hombros sus rizados bucles, dando una fuerza maravillosa á la nítida blancura de su frente y de sus mejillas, coloradas por no sabemos qué febril escitacion: sus ojos estaban fijos sobre los de Ruy Perez, absorbiendo con una fuerza infinita su mirada; sus labios, sumamente rojos y entreabiertos, parecian dar salida á un hálito ardiente; una gargantilla de perlas cubria casi con sus dobles vueltas su garganta, y la cruz de diamantes que de ella pendia, descansaba entre su magnífico pecho, casi descubierto por el exagerado descote de un trage de brocado de oro sobre verde. Los brazos, admirablemente formados, estaban descubiertos hasta el codo, con brazaletes de perlas, y cuajadas de anillos las hermosas manos; su talle, maravillosamente reducido y esbelto, estaba ceñido por un joyel de oro y piedras, y de las anchas y redondas caderas caía la magestuosa plegadura de su falda de brocado.

Luisa habia entrado en el locutorio cubierta con un manto de terciopelo, sin duda para no escandalizar á las monjas con lo profano, y para decirlo de una vez, deshonesto de su trage, y habia arrojado aquel manto al entrar en el locutorio, presentándose de repente como una tentacion á los ojos del cuartel-maestre.

Se comprendia por qué Luisa habia hecho esperar una hora á Ruy Perez.

Éste, que estaba enamoradísimo, perdió los estribos ante aquella tentacion viviente, y llegó en su olvido hasta el punto de requebrar á su hija adoptiva.

Luisa, en vez de bajar los ojos á aquel requiebro, forzó mas y mas su mirada.

—¡Ah! dijo: ¡con que os parezco hermosa, señor! pues yo habia creido que me mirábais de una manera indiferente.

—¿Por qué te has vestido así, Luisa? dijo Ruy Perez, sin dejar los hierros de la reja, ni apartar su mirada de Luisa.

—¡Ah! ¿por qué? Decidme vos por qué me haceis esa pregunta.

—Vamos, vamos, dejémonos de locuras, Luisa: tú tienes veinte y dos años, y yo cincuenta: cada vez que me acuerdo que te he tenido en mis brazos, pequeña como una mano de mortero...

—¿De qué locuras quereis hablar, señor? esclamó Luisa; ¿qué quiere decir eso de que yo tengo veinte y dos años y vos cincuenta?

Esplicaos: quiero que os espliqueis: yo veo en vos algo que necesita esplicacion.

—Esto debe ser un sueño, Luisa.

—¡Sueño! ¿y por qué? yo os veo delante de mí, pálido, trémulo, es verdad, pero despierto.

—¡Luisa! ¡Luisa! ¡mira lo que dices!

—¡Ah! digo lo que he pensado hace mucho tiempo: pero dudaba; dudaba y deseaba salir de dudas.

—Pero ¿de qué dudabas?... esclamó Ruy Perez con la misma entonacion que si le estuvieran dando tormento.

—Yo creo, dijo con altivez Luisa, que he hecho y he dicho, para que me entendais, mas de lo que debe hacer y decir una dama.

El cuartel-maestre apretó convulsivamente los hierros de la reja.

—Me has tendido una celada, dijo; me has cogido en ella, y me estás matando, Luisa.

—Pues juro á Dios que no quiero mataros, que daria mi vida por vos.

—¿Y tu alma, Luisa?

—Y mi alma.

—Es decir, que si yo te dijese...

—¿Y qué me habíais de decir?

—¡Diablo! esclamó el cuartel-maestre; me he arrojado mas de cien veces sobre los escuadrones enemigos, sin vacilar, ni detenerme, ni pensar en que podia quedar hecho pedazos, y te confieso que tú... me impones mas miedo que una batería: temo entrar á la carga y caer muerto, Luisa.

—Pues á fé, á fé, que yo os creía mejor capitan.

Hubo un momento de silencio, durante el cual el cuartel-maestre se puso siete veces amarillo y colorado.

Al fin, haciendo un supremo esfuerzo, dijo, pronunciando mal las palabras, como si hubiera estado borracho:

—Luisa, ¿quieres ser mi mujer?

—Sí, contestó Luisa con acento vibrante y seguro.

—¡Que quieres ser mi esposa! esclamó el cuartel-maestre, exhalando un grito de alegría. ¿Con que me amas?

—Sí, repitió Luisa.

—¿Habias comprendido que yo te amaba?

—Sí.

—¿Y para obligarme á hablar te me has presentado como un sol sin nubes?

—Sí.

—¡Luisa! ¡si me engañas, que te perdone Dios!

Y Ruy Perez soltó los hierros de la reja, se cubrió el rostro con las manos, se dejó caer maquinalmente sobre el sillon colocado junto á la reja del locutorio, y rompió á llorar como un niño.

—Procurad que no haya por medio de nosotros una reja, para que yo pueda consolaros, dijo la jóven.

—Adios, dijo el cuartel-maestre, levantándose y mirando de una manera suprema á Luisa. Yo no puedo continuar aquí. Adios, Luisa, adios: no nos veremos hasta el dia en que salgas del convento para ser mi esposa.

Y salió del locutorio, sin volver la cabeza para mirar á Luisa Inés María.

Esta recogió su manto, le cruzó sobre sus hombros desnudos, y dijo saliendo á su vez del locutorio:

—Véame yo fuera de esta tumba de vivos, á cualquier precio, que despues... despues, Dios dirá.

VII.

El buen Ruy Perez estuvo á punto de volverse loco.

Luisa Inés María tenia sobre él una doble influencia.

La amaba como hija y como mujer.

La amaba por orgullo, por amor propio.

—Lo que es me lo debe, se decia: yo la puse en lugar donde la han criado como á una dama: yo, mintiendo, haciéndola pasar por hija de padres nobles, la he dado esa altivez que tanto realza su hermosura: mios son esos ricos vestidos, esas hermosas joyas que tan bien la sientan. Resulta, pues, que yo he criado una mujer para mí; una mujer de cuya pureza no puedo dudar, y que es, sin disputa, la mujer mas hermosa de la corte.

Y ella me ama, continuaba, mientras se dirigia á buen paso á palacio: no tengo duda de ello: ella misma me lo ha dicho: ¡y yo que creía que no podia ser amado!... ¡Bah! ¡el diablo que entienda á las mujeres! ¡en ellas todo es capricho! tanto son capaces de amar al feo como al hermoso, al jóven como al viejo: todo consiste en que se las ponga en la cabeza. Pero aquí hay una causa palpable: yo hice

una grande obra de caridad, y Dios me premia. Dios quiere que mi juventud renazca en sus amores: mi gitanilla es para mí un hermoso dia de primavera, que aparece de repente en medio de mi invierno.

A este punto, el cuartel-maestre se entró en el alcázar por la puerta de las Meninas, y se encaminó á la secretaría de Estado, donde por fortuna encontró al Conde-duque de Olivares.

A primera vista podia comprenderse que Ruy Perez habia prestado grandes servicios al Conde-duque, porque este le recibió con suma afabilidad, y dejando unos papeles, con los cuales se ocupaba, le pidió por la causa de su ida.

—Voy á casarme, escelentísimo señor, dijo el cuartel-maestre.

—¡Ah! ¡os casais! ¿y sin duda venís á solicitar la licencia de S. M.?

—Sí señor.

—Pues tenedla por concedida: mañana... hoy mismo la pondré al despacho.

—Muchas gracias, señor.

—¿Y casais bien?

—Mejor no pudiera casar.

—¿Es rica?

—Tengo lo bastante, escelentísimo señor, para no tener que pensar en la dote de mi mujer.

—¡Ah! ¡es un casamiento por amor!

—Y por amores muy antiguos.

—¡Diablo! pues mucho nos habíais recatado vuestros amores.

—No por cierto, señor; vuecencia sabe que tengo una hija adoptiva.

—¡Ah! ¡doña Luisa, la señora de piso de las Vallecas! ¡diablo!

Y por el semblante y por la boca del Conde-duque pasaron, pero con la rapidez del relámpago, una espresion y una sonrisa singulares, que no se escaparon al cuartel-maestre.

—¿Qué diablos habrá aquí? dijo para su casaca Ruy Perez.

—Y... ¿os ama doña Luisa?

—Si no me amára, señor, yo no pretenderia casarme con ella.

—Necesitais mas que la licencia del rey, porque se trata de una jóven á quien habeis adoptado: se necesita de gran favor en Roma.

—Cuento con que vuecencia interpondrá por mí su favor con el nuncio.

—Contad con ello: se procurará que la dispensa venga despachada lo mas barato y lo mas pronto posible: dentro de dos meses á lo mas.

—Invertiré ese tiempo en preparar una casa digna para mi mujer, y permítame vuecencia que le dé las gracias, y me retire: para vuecencia, que tanto mira por el bien de España y el servicio de S. M., los momentos son preciosos.

—Id, id con Dios, y contad con toda mi proteccion, señor cuartel-maestre.

—Beso las manos á vuecencia, contestó Ruy Perez inclinándose profundamente, y salió.

—¡Es estraño! dijo el Conde-duque cuando se quedó solo: ¡haberse enamorado ese pobre diablo de una mujer de quien está perdidamente enamorado S. M.!

Ruy Perez murmuraba á su vez saliendo del alcázar:

—¡Diablo! ¡diablo! ¿por qué y cómo conoce el Conde-duque á Luisa?

VIII.

Dos meses despues, en un casaron enorme que Ruy Perez habia comprado y alhajado rica y noblemente, situado en la villa, cuya puerta principal estaba en un patio resguardado por un muro, como si el celoso cuartel-maestre hubiese temido que los balcones de la casa donde debia vivir su mujer diesen á la calle, y cuyo postigo caía á la Costanilla de S. Andrés, se daba una gran fiesta.

Casábase el cuartel-maestre de los ejércitos de S. M., Ruy Perez, con doña Luisa Inés María, que acababa de salir del monasterio de las Vallecas, donde se habia criado.

Sabíase hasta la saciedad en la corte la sencilla historia de Luisa Inés María, y nadie dudaba, ó si dudaba se guardaba muy bien de espresar sus dudas, de que Luisa era hija de padres nobles italianos, aunque por circunstancias puramente fortuitas no habia podido saberse su nombre.

El rey, con el pretesto plausible de los muchos y buenos servicios prestados á su corona por Ruy Perez, habia querido ser el padrino de la boda.

Tenian para esto su representacion, la jóven y bella marquesa de la Fábara, dama de la reina, como madrina, y por el rey el pri–

mer vizconde de Rudaguas, jóven muy conocido en la corte por el favor que le dispensaba el Conde-duque, y por la terrible fama de seductor que se habia hecho á costa de la desgracia de las mas conocidas y nobles hermosuras.

El rey habia enviado como presente de bodas á Ruy Perez un hábito de Santiago, y la reina un nombramiento de dama de honor á Luisa Inés María.

Habian asistido á la ceremonia el Conde-duque, los padrinos, la camarera mayor de la reina y lo principal de la corte.

Luisa Inés María habia sido un sol que habia salido entre luceros oscureciéndolos.

Hubo sarao, con todas sus consecuencias, hasta la una, en cuya hora, la madrina y algunas jóvenes damas llevaron á la desposada á la cámara nupcial.

Despues, cada uno de los concurrentes fué despidiéndose con envidia de Ruy Perez y deseándole felicidades, y al fin, el dichoso cuartel-maestre se vió solo y con la mano puesta en el pestillo de la cámara de su esposa.

Aquella puerta era de ébano.

Ante su negra y brillante superficie, yo no sé qué negro presentimiento pasó por el alma del cuartel-maestre.

Al fin, dominándose, empujó la puerta y entró.

Luisa Inés María le esperaba sentada indolentemente en un sillon, entre un velador redondo, en que ardía un quinqué, y una chimenea en que se quemaban algunos trozos de encina.

En frente de Luisa Inés María habia otro sillon vacío.

Luisa esperó sentada á que llegase su esposo á cierta distancia, y entonces le señaló el otro sillon, y le dijo:

—Sentaos.

Ruy Perez miró con asombro y con miedo á Luisa, que al pronunciar aquella palabra, tenia el rostro mas glacial del mundo.

—Sentaos y escuchad, repitió la jóven con acento acerado.

Ruy Perez se sentó, sin atreverse á darse cuenta de lo que le acontecia.

Cuando se hubo sentado, Luisa le miró frente á frente, y le dijo:

— Sois mi esposo, pero jamás sereis mi marido.

Ruy Perez no contestó, pero su mirada se hizo vaga, se estravió, mostró algo de doloroso, de desesperado.

—Lo que acabo de deciros, continuó Luisa Inés María, necesita esplicacion, y voy á dárosla.

Ruy Perez persistió en su doloroso siliencio.

—Yo no os amo, dijo Luisa Inés María.

Ruy Perez se puso letalmente pálido.

—Yo os aborrezco con toda mi alma, añadió con su terrible y fria calma Luisa.

Ruy Perez lanzó una esclamacion semejante á un quejido, tembló todo, y se puso involuntariamente de pie.

—Sentaos, sentaos, y seguidme escuchando, dijo sin alterar su acento en lo mas mínimo Luisa Inés María.

El cuartel-maestre se sentó, como dominado por una fuerza invencible.

—Os aborrezco con toda mi alma, continuó Luisa, porque sois la causa de todas mis desdichas, porque sois, en fin, mi verdugo.

—¡Yo! esclamó con angustia y con indignacion Ruy Perez; ¡yo tu verdugo, Luisa!

—¡Qué ciegos son los hombres cuando solo escuchan la voz de sus pasiones! dijo con un doloroso sarcasmo Luisa: ¿con que no comprendeis por qué sois mi verdugo?

—Lo que no comprendo, Luisa, es cuanto me has dicho, cuanto me estás diciendo, desde que he pasado de esa puerta maldita.

—¿Quién soy yo? preguntó la jóven con autoridad.

—Tú... tú eres... una niña á quien yo encontré moribunda.

—¡Junto á mis padres degollados por los españoles! ¡Degollados acaso por vos!

Ruy Perez empezó á ver claro, y se aterró: su mentira, forjada para ennoblecer á Luisa, á la judía-gitana, empezaba á producir una verdad horrible: la venganza de Luisa.

Tan cierto es que las mentiras, cuando son importantes, producen lógicamente terribles verdades.

Sorprendido Ruy Perez, no supo por el momento qué contestar.

Luisa Inés María desplomaba sobre él una mirada candente.

—Lo que me sucede es horrible, dijo con angustia Ruy Perez: no sabia yo que podia pagarse tan cara una obra de caridad.

Los ojos de Luisa destellaron un relámpago sombrío.

—¡Ah! continuó Ruy Perez: bien me lo dijo aquella vieja del Monferrato: capitan español, esa niña que recoges, te matará.

Luisa se reclinó en el sillon, y dejó ver en su semblante una marcada espresion de desden al escuchar las últimas palabras de Ruy Perez.

—Si morís por causa de la hija, contestó friamente, no habreis

hecho mas que pagar la deuda que contrajísteis con los padres.

—¡Pero de qué padres hablas, desdichada! ¿crees tú que tus padres fueron nobles y ricos?

—Vos me lo habeis repetido mil veces: mil veces me habeis dicho: en uno de nuestros saqueos en el Monferrato, tus padres fueron degollados: yo te levanté de sobre su sangre.

—¡Mentira! ¡mentira caritativa, que como era necia y vana se vuelve contra mí! esclamó con desesperacion el cuartel-maestre: yo encontré á tus padres cubiertos de andrajos, muertos de hambre, al pie de un árbol, á la vista de Cassal, y te recogí medio muerta. ¡Tus padres estaban malditos, escomulgados! ¡él era judío: ella gitana!

—Mentís cobardemente, esclamó Luisa Inés María: mentís por salvaros. No es eso lo que me habeis dicho con el acento de la verdad tantas veces, como ponderándome una obra meritoria hecha por vos en favor mio: y luego, la sangre que me alienta debe ser noble, porque es valiente; porque me ha infundido valor para hacer un terrible sacrificio.

—¡Es tu terrible sangre de gitana! esclamó acreciendo en desesperacion Ruy Perez.

—Despues de haber causado mi desdicha, quereis causar mi deshonra, atribuyéndome un infame orígen: ¡bien! ¡muy bien, padre mio, mi generoso libertador! Pero no hablemos mas de esto. Dejadme concluir, dejadme que os esplique hasta el fin las razones que tengo para aborreceros, y las que por aborrecimiento y por necesidad me han obligado á casarme con vos. Podrá suceder que hayais mentido antes, y que digais la verdad ahora. Pero si es cierto que soy judía y gitana, vos me habeis hecho, por vuestra insensata caridad, mártir.

—Yo...

—Sí, vos. ¿Creeis que yo no tengo corazon?

—No te comprendo.

—¿Creeis que en los conventos no entra el amor del mundo?

—¡Luisa!

—Yo amo á un hombre.

—¿Que amas á un hombre?

—Sí, y le amo con toda mi alma.

—¿Y quién es ese hombre? esclamó Ruy Perez, no escuchando otra voz que la de sus celos.

—Ese hombre se llama don Cristóbal de Vives.

—¡El vizconde de Rudaguas! esclamó con rabia Ruy Perez. ¿Y estás segura de que él te ama?

—¿Creeis que un hombre que quiere casarse con una mujer pobre y sin padres conocidos, no la dá una indudable prueba de amor?

—¡Eso es imposible! ¡imposible de todo punto!

—Leed y creed, dijo Luisa, señalando con un dedo implacable un paquete de cartas que, atadas con una cinta roja, estaban sobre el velador.

Ruy Perez tomó las cartas con la mano trémula de ansiedad, y las desenvolvió de la cinta. Aquellas cartas estaban puestas por su órden.

La primera databa de dos años antes: estaba escrita en verso, y era conceptuosa, hiperbólica, metafísica, llena de rasgos magníficos, de pensamientos profundos, y un tanto argumentista y gongórica.

Ruy Perez no la entendió.

—Aquí comparan al amor con un rio que nace en una fuentecica, que corre primero entre flores, que se aumenta despues y crece, y ruge, dijo con desesperacion Ruy Perez: yo no entiendo bien esto, hay aquí palabras que suenan mucho, pero que no dicen nada: ¡cuidado con llamar á tus ojos sagitarios, y á tu cuello bucentáuro de marfil! ¿Y cómo te has podido enamorar de quien te ha escrito esa carta?

—Esa carta la ha escrito don Pedro Calderon de la Barca.

—¡Ah! ¡don Pedro Calderon! Pero aquí firma don Cristóbal de Vives.

—Sí, pero Calderon ruega á su nombre, y don Cristóbal firma, como pretendiente.

—¡Estraño modo de enamorar, por procurador!

—Don Cristóbal no creía digna su musa de mi hermosura, dijo friamente Luisa, y ha importunado la amistad de don Pedro; esto es todo.

—Pues yo, que soy amigo de don Francisco de Quevedo, le haré que me escriba un romance contra Calderon y contra el vizconde.

—Seguid, seguid leyendo: en las restantes cartas, el vizconde me habla por sí mismo.

—¡Ah! ¡con que don Pedro solo sirvió!...

—Para el prólogo, caballero.

—Pues si los demás capítulos de estos amores son tan malos como el prólogo, no doy por ellos el trabajo de leerlos.

—Leed, leed, que no perdereis nada: sabreis al menos que vuestra esposa ha desesperado á ese hermoso y temible vizconde.

—¡Cómo! ¿sabes que el vizconde es temible?

—¿Sois vos de los que creen que en los conventos no se sabe nada?

—Yo creía...

—Pues os habeis engañado: no hay aventura que suceda en el mundo que no retumbe en el claustro. Yo sabia que el vizconde de Rudaguas era un hombre acostumbrado á triunfar de las virtudes mas severas, de las mujeres mas difíciles.

—¿Y aterrada por la desgracia de las otras, te rendiste sin combatir?

—Por el contrario, indignada de que el vizconde me tuviese por cosa tan fácil como las demás, me propuse humillarle, y no contesté á ninguna de sus cartas.

—¡Ah! ¡no le amabas!

—Por el contrario: mi triunfo es meritorio por el sacrificio que me cuesta; porque habeis de saber, que antes que me diera su primera carta el vizconde, le amaba.

—¿Y dónde le habias visto?

—En el locutorio de la madre Ágreda.

—¡Ah! ¡ah! la madre Ágreda pasa por santa: la visitan los mas grandes señores, especialmente el Conde-duque, y aun dicen que el mismo rey...

—Sí, sí señor: he visto al vizconde acompañando al Conde-duque, y al Conde-duque acompañando al rey.

—¡Ah! pues ahora comprendo... dijo involuntariamente Ruy Perez, la manera particular con que me contestó el Conde-duque, cuando le pedí licencia para casarme contigo.

—Comprendereis, pues, por qué SS. MM. han apadrinado nuestras bodas: por qué se nos ha hecho la gracia á vos del hábito de Santiago, y á mí de la almohada como dama de honor de S. M. la reina: debeis renunciar á ese hábito, por vuestra parte, y por la mia, al nombramiento de dama de la reina.

—No os comprendo.

—Pues comprended de una vez: el rey está enamorado y empeñado por mí.

—¿Te ha dicho eso S. M.? dijo alentando apenas Ruy Perez.

—Me lo ha dicho con los ojos, contestó la jóven.

—Puedes haberte equivocado.

—Para que no pueda equivocarme, me lo ha dicho á solas en el locutorio de la madre Ágreda, y en nombre de S. M., el Conde-duque.

—¡Ah! ¡ah! ¡con que el Conde-duque!...

—El Conde-duque es muy buen vasallo del rey.

—¿Y qué contestaste tú al Conde-duque?

—Lo que frey Félix Lope de Vega Carpio hace decir á un rey, refiriéndose á la respuesta de una dama, en su comedia «La Estrella de Sevilla.»

—¡Ah! ¡tambien en los conventos se léen comedias!

—Las comedias de Lope las lée todo el mundo.

—Perdona, Luisa, todo el mundo no, porque yo no las leo. Por lo mismo quisiera saber...

—¿Lo que el rey don Sancho dijo á su favorito, refiriéndose á la contestacion de doña Estrella? Pues oid: con unos hermosos versos habla el rey:

Paréceme que aun la escucho:
Soy, dijo, á mi orgullo loco,
Para esposa vuestra poco,
Para dama vuestra mucho.

—¡Ah! ¡ah! nos hemos metido sin pensar en un laberinto que...

—Resulta que yo, enamorada, perdidamente enamorada del vizconde de Rudaguas, le he devuelto una por una sus cartas rotas.

—¡Cómo sus cartas rotas! ¿pues y estas?

—Son copias mias de las cartas del vizconde.

—¡Ah! ¡las mujeres! ¡las mujeres! esclamó el cuartel-maestre: ¿quién cree en las mujeres?

—Vos podeis creer cuanto malo querais de ellas, pero no podeis dudar de mi altivez ni de mi honra. Yo he desesperado á un hombre á quien amo, hasta el punto de no querer ser su esposa; yo he despreciado los amores de Felipe IV: yo, esposa vuestra, os he aconsejado que devolvais al rey el hábito de Santiago y el nombramiento de dama de honor de su esposa, que respectivamente nos ha concedido. No podeis, pues, buenamente quejaros de mí.

—¡Que no me queje de tí, y me has desgarrado el corazon!

—No he hecho mas que lo que vos habeis hecho conmigo.

—Luisa, yo daria por tí mi vida y mi alma.

—No quiero tanto: dadme la felicidad, si no la felicidad, el reposo, y os perdono: soy vuestra.

—¿Pero, hija mia, qué daño te he hecho yo?

—¿Qué daño me habeis hecho? Supongamos que pór ennoblecerme habeis inventado una funesta mentira: que mis padres no fueron

nobles, ni los degollaron los españoles: supongamos, creamos que mis padres fueron un judío y una gitana. ¿Por qué me habeis levantado á una altura en donde no encuentro aire que respirar, donde no puedo vivir sino sufriendo un martirio sin fin, una agonía lenta?

—Pero Luisa, todo el mundo cree que eres noble... víctima de la guerra...

—¿El nombre de mis padres?

—¡No lo sé!

—¡Ah! ¡no lo sabeis! ¡es decir, que si yo tuviera hijos, mis hijos serían de cuna desconocida por parte de su madre!

—¡Luisa!

—Hé aquí porque no he querido ser esposa del vizconde.

—Pero...

—¡No! basta con suponer que un dia mis hijos podian ser afrentados por una culpa que no era suya.

—¡Y si yo te hubiese criado de una manera humilde; si yo te hubiera dicho: tu padre era judío, tu madre gitana!

—Entonces os hubiera dicho: ¿por qué, si me encontrásteis moribunda, no me dejásteis morir?

—¡Oh! esto es horrible, esclamó el cuartel-maestre: ¿con que yo debí dejarte abandonada?... ¿con que yo hice una mala accion salvándote? ¿con que yo, para no hacerte daño, debí ser asesino?... ¡oh! ¡no! ¡no! ¡Dios me perdone! pero para hacer eso sería necesario no creer en Dios: sería necesario ser un miserable... y yo no lo he sido nunca... soldado franco y rudo, eso sí; pero leal y valiente: sirviendo al rey como bueno, me he ennoblecido, y puedo entrar en el palacio de mis reyes con la frente alta, porque me he abierto su puerta vertiendo mi sangre en los campos de batalla. He servido á Dios y al rey, y no creía yo que el premio de mis servicios fuese una desesperacion horrible en mi vejez. ¡Oh! ¡Luisa! ¡Luisa! ¡yo no puedo acusarte porque te amo demasiado, pero temo, hija mia, que por tu crueldad conmigo te castigue Dios!

El semblante del cuartel-maestre se contrajo: luchó por contener el llanto, y al fin, impotente contra su dolor, rompió á llorar como una mujer, con la cabeza doblada sobre sus rodillas.

Luisa Inés María abarcó con una mirada fija, dilatada, incomprensible, al cuartel-maestre, que parecia anonadado, y esperó en silencio á que pasase aquella especie de parasismo.

—¡Y qué hemos de hacer! dijo al fin Ruy Perez levantando la cabeza y devorando sus lágrimas.

—Juradme por vuestra salvacion que no habeis tenido parte en la muerte de mis padres; que eran un judío y una gitana; que me recogísteis moribunda; que habeis mentido por indiscrecion.

—¡Oh! ¡lo juro, lo juro por mi fé de cristiano, por mi honor sin mancha!

—Pues bien: yo os juro que os perdono, dijo Luisa impasible.

—¡Qué me perdonas!

—Sí, os perdono el mal que me habeis hecho; pero no puedo, no debo evitar sus consecuencias: sé que me amais, que estais loco por mí; sufrid, sed mártir como lo soy yò. En cambio, podeis tener la seguridad de que vuestra esposa, por mas que se encuentre perseguida por el rey, lo arrostrará todo, todo, hasta la muerte, antes que deshonraros: por un funesto capricho me habeis hecho dama: la pobre gitana os hubiera amado como á su padre, pero la gitana ennoblecida, y levantada por vuestra vanidad, no puede amaros, no puede mas que perdonaros, y velar cuidadosa por vuestra honra. No me pidais mas, porque sería inútil: delante de las gentes procuraré que todos os crean un marido feliz: á solas... evitad que nos veamos á solas, señor, porque... á mi despecho nunca podré miraros sin odio... procuraré sin embargo vencer ese odio... y acaso...

—¡Me dás una esperanza, Luisa, hija mia!

—¿Acaso puedo yo quitaros la esperanza? ¿Sé lo que Dios querrá hacer de nosotros? No puedo deciros mas, sino que procuraré recompensar vuestro amor, ese amor que me ha hecho mártir: entre tanto, nos presentarémos juntos y tranquilos delante de todo el mundo, pero en vuestra casa... no volvais á pasar de la puerta por donde habeis entrado, hasta que paseis de ella llevándoos de la mano yo.

—Afortunadamente aun no hemos perdido á Flandes, y tenemos guerra en Italia: un soldado del rey tiene donde hacerse matar con honra... y yo te juro, Luisa, que pronto serás viuda.

—Vos no saldreis de Madrid, dijo Luisa: vos permaneceréis aquí.

—¡Devorado por mi desesperacion!

—Evitando murmuraciones.

—¡Necesitas mi completo sacrificio!

—Así lo quiere nuestra suerte.

—Pues bien, permaneceré aquí. ¡Adios, Luisa, adios!

Y el cuartel-maestre salió con el alma desgarrada.

—Ninguno de los dos tenemos la culpa: la culpa es de nuestra comun desgracia, dijo Luisa, y levantándose del sillon, se encaminó lentamente á una puerta vidriera, tras la cual se perdió.

IX.

Luisa Inés María no habia tenido caridad para Ruy Perez.

Le atribuía la desgracia de la posicion dificil en que se encontraba colocada, y hacia caer sobre él de una manera implacable las consecuencias de esta desgracia.

Ruy Perez, cada vez mas enamorado de Luisa, cada vez mas desesperado, pretendia en vano esplicarse por qué una obra de caridad, que él habia creido tan meritoria, le producia tan funestas consecuencias.

Ruy Perez no comprendia la terrible influencia de las costumbres, del espíritu social, sobre los séres: no comprendia que el mundo está lleno de vanidad, que generalmente es injusto, y que castiga en los hijos las culpas ó las desgracias de los padres.

Luisa, cuyo corazon era altivo, tenia razon: conocia, á pesar de haberse criado en un convento, la sociedad en que se encontraba: porque la vanidad humana, que no respeta sagrado, penetra hasta ese lugar donde parece debia morir todo lo mundano, donde solo debia vivir el espíritu alzado á la contemplacion de Dios: el claustro. Las mismas monjas, vástagos nobilísimos sacrificados por la vanidad de sus familias, la habian dejado sentir lo triste de su posicion, con reticencias, con intenciones mal embozadas, con esos mil alfilerazos que acaban por ensangrentar el corazon que continuamente sufre sus punzaduras. Luisa se volvia á la causa de aquel desprecio mal encubierto: Ruy Perez era aquella causa: soldado feroz, segun el juicio de Luisa, se habia conmovido por casualidad ante la vista de un sér inocente y abandonado, pero se habia olvidado de todo lo demás: no se habia cuidado de legitimar con una prueba su nombre; la habia arrancado, casi espósita, de su solar incendiado y humeante con la sangre de los suyos; la habia educado ni mas ni menos que á una dama, y la habia sentenciado á un sufrimiento horrible.

Luisa Inés María tenia el espíritu noble y levantado, y un talento superior: habia comprendido de una manera exacta su posicion. Ella era un sér sacrificado: no podia pensar en el amor ni en

la familia: era una espósita, uno de esos séres tan injustamente castigados por el mundo.

Luisa Inés María aborrecia, pues, al hombre causador, segun ella, de su desdicha, y al conocer que aquel hombre la amaba, porque ninguna mujer deja de conocer la influencia que ejerce sobre un hombre, se propuso vengarse, escitando los amores de Ruy Perez, envenenándole el alma, sentenciándole despues al lento martirio de un amor estéril, sin goces, desesperado.

La venganza de Luisa Inés María era horrible.

Pero segun el juicio que la jóven habia formado fatalmente acerca de Ruy Perez, aquella venganza era justa.

Ya sabemos cómo provocó á Ruy Perez, cómo le hizo su esposo, cómo empezó su venganza la misma noche de sus bodas.

Otra cualquier mujer hubiera tenido compasion del intenso dolor, de la desesperacion del cuartel-maestre; pero Luisa Inés María tenia el corazon duro: era pura, es verdad, pero por instinto; honrada por dignidad; altiva por costumbre; pero pedirla sentimientos dulces, hubiera sido lo mismo que pedir lágrimas á una roca. Se habia criado en la horfandad, viéndose, desde que tuvo uso de razon, objeto de una humillante lástima, y este sufrimiento que se la habia impuesto desde sus primeros años, habia elaborado lentamente la dureza de su carácter: amó al vizconde de Rudaguas, porque era mujer, y la mujer nace casi esclusivamente para amar: pero dura para con los demás, fué tambien dura para consigo misma: se prohibió aquel amor que no podia satisfacer dignamente, humilló al altivo seductor, y colmó su humillacion casándose con un hombre rudo, y ya casi viejo: enamorado de ella el voluntarioso Felipe IV, le hizo sentir su desden: humilló al Conde-duque, despreciando sus ofertas hechas á nombre del monarca, y apenas casada con Ruy Perez, una de sus primeras exigencias fué que devolviese al rey las mercedes que á entrambos esposos, y como regalo de boda, habia hecho.

Luisa Inés María era un sér fuertemente escepcional, ya se atendiese á su maravillosa hermosura, ya á la incontrastable y dura firmeza de su carácter: habia nacido no solo para ser mártir, sino tambien para martirizar á cuantos por un afecto cualquiera se pusiesen en contacto con ella.

Demasiado terrible ya Luisa Inés María, se hizo mas terrible con la descarnada revelacion que el despecho habia arrancado á Ruy Perez.

Al saber Luisa Inés María que no era hija de padres nobles, que el cuartel-maestre habia mentido por ennoblecerla, que no era ni mas ni menos que el fruto desventurado de los amores, acaso malditos, de un judío y de una gitana, el carácter de Luisa Inés María acabó de determinarse. Se sintió herida de muerte en su amor propio, y sujeta á la para ella humillante proteccion de un soldado, que segun el juicio escéntricamente soberbio de Luisa Inés María, debió haberla dejado morir junto á los cadáveres de sus padres.

Porque esta, segun Luisa Inés María, hubiera sido la única obra de caridad que podia haberse efectuado con ella.

«Porque ¿para qué quiere vivir, decia Luisa, un sér que ha heredado, al ver la luz, la infamia y el desprecio de todo el mundo?»

Ruy Perez habia acabado de hacerse odioso para Luisa Inés María, porque habiéndola procurado una vida de sufrimiento, de horrible martirio, solo odio le debia ella por aquella merced maldita.

El mal estaba en que Luisa, con arreglo á su posicion natural, habia sido mal educada: pero el mal no tenia ya remedio; Ruy Perez sufria las consecuencias de su falta de prevision, y lo que era peor, porque Ruy Perez tenia el alma mas generosa y noble del mundo, escondida bajo la ruda corteza de sus maneras y de sus costumbres de soldado, sufria con el intenso, aunque dominado sufrimiento de Luisa, porque la amaba de una manera doble, cuanto puede amar un sér humano á otro sér humano; como padre y como amante, con alma, vida y corazon.

Sufria además el mas cruel de los dolores, el mas desesperado, el mas horrible, el mas mortal: el de sentirse intensamente aborrecido por la mujer á quien tan intensamente amaba.

Sin embargo, entrambos altivos, entrambos valientes, habian logrado lo que raras veces logra un hijo de Eva: encerrar dentro de sí sus penas, y no dar el espectáculo de ellas al mundo, que siempre goza ó se ríe con los dolores humanos.

Porque el mundo, considerado colectivamente, es malo.

Hasta tal punto habian logrado dominarse entrambos esposos, que al verlos juntos en la corte, ó asistiendo en los corrales á las representaciones dramáticas, ó paseando asidos del brazo por el prado de S. Gerónimo, ó discurriendo por las espesuras del Buen-Retiro, solian decir los que los conocian:

—¡Lo que son las mujeres! ¿qué habrá encontrado la hermosa doña Luisa en su viejo marido, para amarle de ese modo?

De lo que se deduce, que el mundo, que siempre está fabricando

burlas á los necios, merece por necio, que el menos avisado de sus individuos se burle de él.

X.

Pasaron de este modo seis años.

La casa de Ruy Perez, en el interior, era un infierno tranquilo, donde los condenados no gritaban, ni se retorcian, ni tenian mala cara.

El matrimonio, en el esterior, seguia edificando á las gentes, hasta el punto de llegar á ser su buena armonía y su felicidad aparentes, un proverbio.

Cuando se queria ponderar el amor conyugal de algunos, se decia:

— Están tan enamorados, y son tan felices, como el cuartel-maestre Ruy Perez y su mujer.

Si se trataba de ponderar la virtud de una dama, se tomaba por objeto de comparacion á Luisa Inés María.

Todo marchaba bien: el martirio interno, cada dia mas agudo, y el aspecto esterno cada vez mas respetado.

Sin embargo de esto, don Cristóbal de Vives, vizconde de Rudaguas, que ya en aquella fecha habia cumplido sus treinta años, seguia tenazmente solicitando á Luisa Inés María.

Como los criados de Ruy Perez no eran, ni con mucho, tan incontrastables y bravíos como su señora, el oro del vizconde de Rudaguas lograba que apareciesen sus cartas sobre el tocador, ó entre los libros de devocion de Luisa.

Cuando Luisa encontraba una de estas cartas, se ponia pálida, dos ardientes lágrimas brotaban á sus ojos, lágrimas que instantáneamente eran absorbidas, como por una plancha candente, por su altivez, y luego llamaba á su marido, y le entregaba la carta cerrada. Ruy Perez se ponia pálido á su vez, devoraba otras dos lágrimas, abria la carta, y sin leerla, la devolvia á su mujer y salia.

Luisa leía la carta con una impasibilidad de semblante mas terrible que pudiera haberlo sido el dolor mas ruidoso, y despues de leerla, la quemaba.

Estos detalles, que llegaban á los oidos del vizconde de Rudaguas, porque siempre habia un espía vendido á su oro en la servidumbre de Luisa, le desesperaban: acabó, por fin, de convencerse de que combatia una roca, de que mordia una lima, y un dia, en que acababan de notificarle un éxito semejante, obtenido por una carta suya, desesperado, se fué en derechura al palacio del Conde-duque.

Inmediatamente fué introducido á la presencia del ministro universal de Felipe IV.

Cuando el favorito le vió ante sí, le dijo con grandísima fijeza, y como si se tratase del asunto mas importante del mundo:

—Y bien, ¿teneis alguna buena noticia que darme?

—Ninguna, señor: por el contrario: esa mujer persiste en su estraña conducta: ha entregado, como todas las anteriores, mi última carta á su marido; este, como de costumbre, la ha abierto y la ha entregado á doña Luisa, dejándola sola: doña Luisa ha leido despues impasible mi carta, y la ha quemado: juro á vuecencia que, aunque mucho le debo, este negocio, ya demasiado largo, se me va haciendo odioso; que estoy á punto de arrostrar por todo... por todo... hasta el punto de dar en estocadas.

—Esto es grave, muy grave, dijo el Conde-duque; el rey está obstinado por esa mujer; obstinado de una manera, que me causa recelos: se muestra conmigo sério y grave, y por aburrimiento, sin duda, se dedica á los negocios, y disgustado conmigo, empieza á escuchar las sugestiones de la reina: nuestras armas sufren reveses en todas partes, y es necesario entretener al rey: nadie mas que vos, que gozais mi confianza, que sabeis hasta qué punto recompenso esta clase de servicios, está en posicion de servirme. Os repito que es urgente...

—Yo creo que lo que mas invencible hace á doña Luisa es su decoro de mujer casada, dijo con una profunda intencion el vizconde.

—De modo que si fuese viuda...

—Creo que no sería tan dificil hacerla consentir en un segundo casamiento conmigo.

—Pero es el caso que el señor Ruy Perez lleva visos de vivir muchos años.

—Sin embargo, cosas pueden acontecerle...

—Componéos como mejor podais.

—Es necesario que vuecencia me ayude...

—¡Que os ayude yo!

—Sí, ciertamente... si Ruy Perez pasase una noche fuera de su casa...

—¿Cuándo quereis que sea esa noche?

—Esta misma.

—La pasará separado de su esposa.

—Pues me basta con eso.

—¿Creeis que se conseguirá?...

—Se dará el primer paso.

—¡Ved cómo dais ese paso, don Cristóbal!

—Descuide vuecencia, que bien sé cómo se manejan estos negocios.

—Tened en cuenta que ahora mis enemigos son muchos y mas fuertes que nunca.

—En todo caso la culpa caerá sobre mí solo.

—Entonces bien... ¿con que necesitais que el cuartel-maestre duerma fuera de su casa?

—De todo punto.

—Pues bien, dormirá fuera de ella.

—Adios, señor, y hasta mañana, dijo el vizconde.

—Id con Dios, don Cristóbal, y procurad traerme mañana mejores noticias que hoy.

—Apenas habia salido el vizconde cuando el Conde-duque llamó.

—Vé á casa del cuartel-maestre Ruy Perez, dijo á uno de sus altos criados, y dile que le espero esta noche á las doce para un asunto sumamente grave en la secretaría de Estado.

—Paréceme que no volvereis á abrir mas cartas mias, señor Ruy Perez, decia entre tanto el vizconde de Rudaguas, saliendo del palacio del Conde-duque.

Poco despues entraba en una casa de mala facha en una de las callejas inmediatas á la calle de Toledo.

XI.

El buen Ruy Perez, á fuer de soldado viejo, cumplimentó rígidamente las órdenes del Conde-duque.

A las doce en punto se hacia anunciar al ministro en la secretaría de Estado.

El Conde-duque le hizo sentar al otro lado de su mesa, sobre la cual estaba estendida la carta geográfica del Milanesado.

—Vos habeis andado mucho por aquí, señor Ruy Perez, dijo el ministro señalándole la carta.

—Pluguiera á Dios, señor, que nunca hubiera yo pisado esa tierra maldita, contestó Ruy Perez, acordándose de que en ella habia encontrado á Luisa Inés María.

—Pero debeis conocerla á palmos, como que habeis hecho en ella mucho tiempo la guerra.

—El que esa guerra se prolongue, el que los franceses no hayan sido ya arrojados de Italia, consiste en la torpeza de nuestros generales.

—¿Y os atreveríais vos?...

—¡Yo! ¡escelentísimo señor! dijo con asombro Ruy Perez.

—Sí, vos: ¿qué tiene eso de estraño? los generales se hacen de los cuartel-maestres.

—Me alegraría, escelentísimo señor, de tener ocasion de hacerme matar sirviendo á S. M., dijo Ruy Perez, con acento desesperado.

—Pues veamos cómo vos haríais la guerra sobre este pais, dijo el Conde-duque poniendo un dedo en la carta.

El objeto era entretener al cuartel-maestre.

El Conde-duque sin embargo al entretenerle no sabia para qué efecto era aquel entretenimiento.

Ruy Perez invirtió dos horas largas en indicar un plan de campaña, y no encontrando ya medio plausible de entretenerle el Conde-duque, le dejó ir.

Ruy Perez salió del alcázar, triste y preocupado, á las dos de la mañana.

—¡General yo en el Milanesado! ¡general con hombres y dineros bastantes! El príncipe de Condé es un gran general, pero los españoles son unos grandes soldados. Sobre todo, morir como general es morir noblemente. Luisa no tiene derecho á prolongar mi martirio. Y luego, muerto yo... podrá amar sin rubor á ese hombre... decididamente acepto el mando del ejército del Milanesado.

Llegaba casi al postigo de su casa.

De repente del hueco de aquel mismo postigo salió un hombre.

—¡La bolsa! dijo á Ruy Perez, poniéndole la punta de una espada al pecho.

Ruy Perez no era hombre que se dejase robar, y saltó atrás y desnudó su espada.

Algunos segundos despues caía muerto de un tajo en la frente, junto al postigo de su casa.

Al dia siguiente, el vizconde de Rudaguas decia al Conde-duque:

—Una endiablada casualidad nos ha favorecido: el cuartel-maestre Ruy Perez, ha tenido anoche un mal encuentro y se le ha encontrado muerto junto al postigo de su casa. La llave de ese postigo se ha encontrado por la justicia en uno de los bolsillos del cuartel-maestre, y está aquí.

El vizconde entregó una gruesa llave al Conde-duque.

Al llegar á este punto el diablo, se detuvo, y dijo cambiando el tono narrativo por el familiar:

—Como puedes comprender, Luisa, la historia de tu sesta abuela Luisa Inés María, está terminada.

—¿El rey entró por aquel postigo? dijo con repugnancia Luisa.

—Sí, un mes despues de la muerte del cuartel-maestre.

—¿Y mi abuela?...

—Sola, sorprendida, víctima de una violencia brutal, fué manceba del rey. Hace ciento noventa y ocho años que aconteció esto; ciento noventa y ocho años, desde que soy el protector de tu familia.

—Pero...

—¿Quieres mas detalles? en buen hora. Escucha: me encontraba yo en Roma, por aquellos tiempos, disfrazado de capuchino, ayudando á bien morir á un cardenal. El buen cardenal tenia la agonía dura, se resistia á morir como un desesperado: eran las tres de la mañana. De repente, y como viniendo de muy lejos, oí una voz desesperada que me llamaba, una criatura humana que me ofrecia su alma.

—¡Satanás! ¡Satanás! ¡socórreme, líbrame de este infame, y mi alma es tuya!

Volví mi vista al lugar distante donde resonaba la voz, y vi una alcoba oscura, entre cuyas tinieblas brillaba, como un punto rojizo, el pábilo de una luz que se acababa de apagar.

En aquel dormitorio, una mujer hermosa se defendia desesperada, aunque impotentemente, de un hombre.

Aquella mujer era Luisa Inés María.

Aquel hombre era el buen rey don Felipe IV.

En aquellos momentos, el ángel de la misericordia me disputaba el alma del cardenal; un alma demasiado importante para mí.

El cardenal espiraba. Al fin me apoderé de él, y ya libre, corrí á proteger á Luisa Inés María.

Pero llegüé tarde.

Solo pude ahuyentar al rey dando golpes en la puerta de la cámara de tu abuela.

El rey huyó por allí, añadió el diablo señalando una pequeña puerta situada detrás del sillon de Luisa.

—¿Por allí? dijo la jóven.

—Sí, por esa puerta se sale á unas escaleras, á cuyo pie está el postigo junto al cual cayó muerto Ruy Perez.

Luisa miró con terror aquella puerta.

—La puerta en que yo hice ruido para ahuyentar á Felipe IV, fué la puerta de ébano por donde has entrado en esta cámara.

—¡Ah! ¿y despues?...

—Despues encontré á tu abuela desolada. Al verme, se irritó porque creyó que yo era el hombre que la habia ofendido; en efecto, yo me presenté á ella completamente vestido de negro, á la moda de aquel tiempo, y con una cruz de Santiago al pecho.

—¿Qué quereis aquí? dijo trémula de furor Luisa Inés María.

—Me has llamado, la contesté.

—¡Que os he llamado yo! repuso.

—Yo soy Satanás, la dije.

—¡Satanás! ¡que vos sois Satanás! esclamó tu abuela: ¡sí, solo Satanás podia haber cometido la infamia que habeis cometido vos!

Y tu abuela me miraba con los ojos centellantes de cólera.

Es de advertir que al entrar yo en la alcoba habia encendido la luz con una mirada.

Tu abuela, pues, me veía perfectamente y yo la veía á ella.

Si yo hubiese sido hombre, me hubiera enamorado de Luisa Inés María, que en su abandono, en su desórden, en su desolacion, en su cólera, me hubiera parecido hermosísima.

Pero para mí nada hay hermoso en la tierra.

—Yo no soy, la dije, uno de esos pequeños satanases humanos que se alimentan con un poco de mal: yo soy el Satanás del cielo; el espíritu eterno del mal; el arcángel desterrado.

Y en una sola mirada la hice conocer lo divino de mi orígen, como te lo he hecho conocer á tí en una brevísima vision.

—¡Con que hay Dios! dijo Luisa Inés María.

—Sí, puesto que hay diablo, la contesté: conocida la antítesis, está conocida la tésis.

— ¡Hay Dios! ¡y Dios me ha abandonado!

— ¡Tú no has tenido caridad!

— ¡Caridad!

— Tú has secado uno á uno todos los manantiales de consuelo de tu alma; tú has roto una á una todas las fibras del corazon de un hombre que ha sido para tí todo caridad, desde la mas grosera á la mas delicada: tú has sido la causa de la muerte de ese hombre.

— ¡Yo!

— Sí, tú: le han muerto los amores del rey hácia tí.

— Yo no he sucumbido á los amores del rey.

— Has sucumbido á las malas artes de sus miserables cortesanos.

— ¡Cómo! ¡el hombre que me ha ofendido!...

— Ese hombre era el rey.

Tu abuela dió un grito horrible, uno de esos gritos que es necesario oir para poderlos comprender: la revelacion ruda de que su deshonra provenia del rey, habia sido una puñalada para ella.

Pero aun la quedaba que recibir otra puñalada mas cruel.

— ¡El rey! esclamó: ¡yo habia creido que ese hombre era!...

— Sí, tú habias creido que ese hombre era el vizconde de Rudaguas, el hombre á quien amas, que irritado por tu desden, desesperado, apelaba á una infamia. Te has engañado, Luisa, porque el vizconde de Rudaguas, ni te ama ni te ha amado nunca.

Luisa Inés María, al recibir la segunda puñalada, no gritó, no se retorció los brazos: únicamente se puso pálida como una difunta, flaquearon sus rodillas, cayó sobre ellas, y quedó doblegada ante mí con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Tuve compasion de ella. ¡Compasion yo!

Luisa nada me preguntaba: alentaba apenas: derrocada su soberbia ante mi fria revelacion, lloraba.

Yo continué.

— Vióte un dia el Conde-duque en las Vallecas: le admiró tu hermosura: necesitaba un entretenimiento para el rey, y te creyó un entretenimiento digno. Habló de tí con encarecimiento al rey, y el débil, el sensual Felipe IV deseó conocerte, y te conoció. Al conocerte, se enamoró de tí. Al rechazarle tú, su enamoramiento se convirtió en empeño; al insistir tú en tu negativa, su empeño creció: fué amor, pasion luego, frenesí, locura al cabo. Tu firmeza y el estado en que se encontraba el rey, inspiraron al Conde-duque una de las degradantes intrigas á que está acostumbrado. Tenia entre su servidumbre un hidalgo que le servia para todo... para todo absoluta-

mente. Este hidalgo se nombraba simplemente Cristóbal de Vives, se llamaba con insolencia criado del Conde-duque; por él pasaban los cohechos, los regalos, las traiciones, hasta los asesinatos: en fin, toda la horrible balumba de los negocios íntimos del favorito: buen mozo, valiente, arrojado, audaz, galanteador, ensoberbecido con ser favorito del favorito del rey, Cristóbal de Vives se habia atrevido á todo: respetábanle los mas altos personages por el favor que gozaba con el Conde-duque, y las mujeres le favorecian, y le daban un prestigio tal, que habia llegado á creerse nuestro hombre semejante á don Juan Tenorio, á esa hermosa y magnífica personificacion mia. A este hombre, pues, encargó Olivares el negocio de los amores del rey hácia tí. Pero como el ministro habia comprendido que eras altiva y orgullosa, quiso ennoblecer á su instrumento. Dió cuenta de sus proyectos al rey, y solo para que tu vanidad se satisfaciese, para aumentar incentivos á Vives, se le creó, con un pretesto miserable, vizconde de Rudaguas, y se le llamó por lo tanto desde entonces don Cristóbal. El proyecto era casarte con el vizconde, para que el vizconde te cediese al rey. Puedo jurarte que yo no tuve ninguna parte en esos proyectos. Las bajezas y las miserias de los hombres me repugnan, jamás desciendo á ellas. Ellas me dán su fruto, y yo recojo ese fruto como quien acepta una cosecha que no ha sembrado. Pero estas bajezas no produjeron resultado, porque tú eres altiva sobre todas las altiveces. Has amado al vizconde creyéndote amada por él, y le has rechazado porque no tenias un nombre materno para tus hijos: sin embargo, Dios, que castiga la soberbia y la crueldad, te ha castigado humillando tu soberbia, y dándote una hija que no tendrá nombre de padre ni de madre: porque tú tendrás una hija, Luisa.

—¡Oh! ¡pobre abuela mia! dijo la jóven interrumpiendo al diablo.

—Yo no habia causado sus desgracias: tan no habia causado sus desgracias, como que no la conocia. Cuando me llamó necesité arrojar una mirada al pasado para conocer su historia.

—Fuiste cruel, á lo menos, en presentarla de una manera violenta toda la horrorosa verdad de su situacion.

—Yo no sé mentir, ni me parece decente endulzar las verdades y desfigurarlas á fin de que hagan menos daño. Eso puede tolerarse en los hombres, pero no en mí. El que tiene valor para hablar conmigo, debe tenerle para conocer la verdad desnuda de su situacion.

—¿Y tuvo mi abuela ese valor?

—En aquel tiempo, nadie, por desgraciado que fuese, pensaba en el suicidio. El suicidio es el crímen mas repugnante, mas ilógico y mas absurdo que han podido inventar los hombres; cuando un suicida entra en mis dominios, se le relega al lugar mas despreciable.

—Yo creo que el suicidio proviene de la locura.

—¿Y se sabe lo que es la locura? ¿se sabe lo que es la razon? mas claro: ¿puede nadie asegurar si el hombre que parece mas cuerdo no está loco, ó si el que parece el loco mas rematado no es el mas cuerdo de los hombres? Se conoce el espíritu humano: sábese de dónde proviene: pero no se sabe cómo vive en el hombre, bajo qué condiciones, con qué destino: él mismo se desconoce: es esclavo, y se llama libre...

—¡Esclavo! esclamó Luisa.

—Sí, esclavo de la materia que le contiene, y del espacio en que vive.

—¿Niegas á Dios?

—No: la perfecta armonía entre el espíritu y la materia, entre el hombre y la atmósfera: la relacion invariable de un átomo con otro átomo, de un principio con otro principio: la consecuencia necesaria de los sucesos, son otras tantas pruebas de lo perfecto de la obra de Dios.—Pero nos estraviamos, Luisa: tú no puedes comprenderme, sino dentro de la esfera de tus conocimientos.—Te decia que tu madre no tuvo ni el mas leve pensamiento de acabar con su vida sus miserias: no pensó en la muerte de su cuerpo, pero pretendió suicidarse en el alma, volvió á ofrecérmela.

—¿Y tú?...

—No la acepté...

—¡Cómo!

—Soy bastante rico de almas para que me afane mucho por una. Además, me habia propuesto entablar por la infinitésima vez una lucha tremenda con Dios, lucha terrible porque consiste en hacerme instrumento del bien, ¡yo... Satanás!

—¿Y has conseguido alguna vez producir el bien?

—No, dijo el diablo: los que yo he protegido, á mi despecho se han condenado.

Estremecióse Luisa.

—Pero tú te salvarás, y salvarás á tu familia, repuso el diablo; pero por un medio independiente de mi voluntad. Por la caridad.

—¡Por la caridad!

—Sí, por la virtud que mas aborrezco: todas las virtudes reunidas no bastan para salvar á una criatura, si estas virtudes no están envueltas, dirigidas, sostenidas, alimentadas por la caridad: la caridad es la vida de cuanto existe, esceptuándome siempre á mí y á los mios: la caridad es la santidad: la caridad es Dios: el espíritu que tiene caridad es una parte infinita del espíritu de Dios, y acabada su peregrinacion vuelve á Dios, de donde ha salido. La caridad es la virtud que hace sufrir al hombre antes que por sus propios dolores por los agenos: la caridad es la que llora con todos los que lloran: la caridad del pobre, la verdadera, la inmensa caridad, es la madre enflaquecida que dá la sangre de su pecho exhausto al hijo hambriento: ¡oh! ¡si yo hubiera tenido caridad, yo sería Dios!

—Tú has tenido compasion de mi familia...

—Y he sido al mismo tiempo cruel con ella. ¿No es esto?

—No te comprendo.

—Mi compasion hácia tu sesta abuela fué una compasion como mia, una compasion que tú no puedes comprender, porque yo amo y aborrezco... á mi manera.

—¿Y amabas á mi abuela?

—Sí, porque la soberbia y la crueldad de Luisa Inés María y las mias eran iguales relativamente: la soberbia y la crueldad mayores que pueden existir en la vida, como las mias, son la soberbia y la crueldad mas indomables de que pueden jactarse los ángeles rebeldes mis hermanos.—La amé por eso y tuve compasion de ella, mas claro, quise probar si podia obrar el bien.—La protegí.

—¿Y cómo?

—La volví loca.

—¡Ah!

—Para que tu abuela olvidase era necesario que enloqueciese.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó la jóven.

—Hice mas: para que los herederos de Ruy Perez, que habia muerto intestado, no la arrojasen de su casa, tomé una forma mortal; la forma de un rico indiano; compré por lo que me pidieron esta casa, con sus muebles, con todo cuanto contenia... y dejé á tu abuela en quieta y pacífica posesion de ella; como estaba loca, puse á su lado algunas buenas gentes que la sirviesen, me fingí su pariente y acudí á todos sus gastos. Pero no bastaba esto, era preciso vengarla.

—¿Y la vengaste?

—Sí; yo la vengué del Conde-duque haciéndole caer de la gra-

cia del rey y matándole lentamente entre la desesperacion y los remordimientos, apartado de la corte: la vengué del rey, haciendo sentir á Felipe IV su impotencia como soberano, arrebatándole uno tras otro todos sus sueños, haciéndole comprender en sus últimos años que habia sido el constante juguete de favoritos miserables y de impuras rameras: me vengué de él presentando á sus ojos la verdad severa, desnuda, la verdad que mata: Felipe IV murió gimiendo, y bajó con el corazon carcomido por una rabia impotente, al panteon del Escorial. En cuanto al vizconde de Rudaguas, fué distinto: le casé con una aventurera, le hice probar todas las amarguras que él habia hecho probar á sus semejantes, y al fin le ahorqué como merecia un miserable como él.

—¡Oh! quisiera saber los detalles de tu venganza sobre el vizconde.

—¡Ah! esa es una historia distinta, y voy á referírtela: aun tenemos tiempo; te he dedicado toda la noche, y hasta el amanecer falta un buen espacio. La historia que voy á referirte...

—¿Otra historia?...

—Sí; quieres saber los detalles de mi venganza, ó de mi justicia sobre el vizconde de Rudaguas, y estos detalles constituyen una historia aparte.

—Pero aun no has concluido la historia de mi sesta abuela.

—Ya la concluiré, y en muy pocas palabras: entre tanto escucha la historia que voy á referirte; esta historia se llama

---

CAPITULO X.

La honra del verdugo.

I.

Veinte años antes de la muerte del cuartel-maestre Ruy Perez, esto es, el de 1634, un hombre, que caminaba solo, con la cabeza baja, en paso lento, y envuelto en una gran capa, por una estrechísima calleja de la villa de Madrid, escuchó abrirse de repente un balcon, y poco despues cayó ante él un bulto negro, que quedó inmóvil.

El bulto que habia caido tenia forma humana: la forma de una mujer.

Apenas aquella mujer habia caido á la calle, cuando resonó en el aposento á que correspondia el balcon por donde se habia arrojado, ruido de espadas, tras el cual sobrevino al poco espacio un profundo silencio.

El hombre á quien habia detenido por un momento aquel incidente estrañísimo, permaneció por algun tiempo inmóvil, luego se desembozó, sacó una linterna de debajo de su capa, y acercó la luz al rostro de la mujer.

Aquel hombre murmuró estas solas palabras:

—¡Doña María!

Y como si hubiese temido la presencia de algun testigo, miró á la oscura calle en sus dos direcciones, y luego, ocultando de nuevo su linterna, asió á la mujer que yacía por tierra, y dió á correr con ella hasta una revuelta sin salida, á cuyo fin habia una estrecha y profunda puerta.

Abrió aquella puerta el hombre, se perdió por ella con su carga, y la puerta volvió á cerrarse.

Todo quedó en silencio.

Sonó á punto á lo lejos un reloj.

Eran las doce de la noche.

II.

¿Qué habia sucedido en aquella casa?

¿Por qué habia ido á parar doña María, segun la habia nombrado el incógnito, á manos del incógnito?

Un autor humano, un escritor de novelas te diria, Luisa, yo no sé la causa, ó te contaria un cuento mas; pero yo, que soy el diablo, yo que no escribo, sino que cuento historias, puedo decirte de una manera segura la causa de que doña María se arrojase á la calle desde el balcon de su dormitorio, y de que á seguida sonase ruido de espadas en aquel dormitorio.

Tén mucha cuenta, Luisa, con no perder ni una sola palabra de mi relato, porque un dia le recordarás, y será necesario que le hayac somprendido, que le encuentres ordènado en tu imaginacion, para que comprendas el enlace de todas las historias que he de contarte, con la tuya: cuando se inventa una novela, el autor escoge los personages que necesita, los pone en contacto, y con un número dado de sucesos, redondea una accion mas ó menos larga, mas ó menos interesante; Dios, que hace las historias, pone en relacion á veces personas que han vivido en dos distintas épocas, separadas por centenares de años: el lazo que une á estos personages tan apartados por el tiempo es la fatalidad, ó mejor dicho, las consecuencias: para buscar la relacion de la historia comun de la humanidad con el primer hombre, es necesario llegar hasta el pecado de Adan.

Entre tí y la hermosa doña María de Sarabia hay sucesos relacionados, consecuencias, una fatalidad, en fin, que mas tarde conocerás.

Doña María de Sarabia acababa de cumplir en la noche en que se arrojó á la calle por el balcon de su dormitorio, veinte y un años; cinco antes se habia casado con un viejo rico, y para casarse con él habia cometido una infamia.

Aquella infamia habia perdido en cuerpo y en alma á un hombre.

Hija doña María de una de esas viudas pobres, que llevan á todas partes á sus hijas con el objeto de venderlas á pretesto de matrimonio, doña María, que era hermosísima y estaba además aleccio—

nada por su madre, habia tenido muchos adoradores: los pobres habian sido desdeñados, y los ricos rodeados de seducciones; pero como doña María, considerada como mujer solo adsequible bajo la forma del matrimonio, tenia la horrible fealdad de la pobreza, habia pasado un año, desde los quince en que su madre la puso en campaña, desdeñando pobres y viendo escaparse á ricos, sin que ni rico ni pobre hubiese logrado interesarla ni conmoverla.

Pero el amor impuro, el deseo, existia en ella: un dia vió en una huerta, donde á caza de galanes paseaba con su madre, un jóven vestido de negro, cubierta la cabeza con un bonete, envuelto en un manteo, y leyendo á la sombra de una higuera en un enorme libro *in folio.*

Aquel jóven llevaba el trage de los estudiantes de la Universidad de Alcalá; era pálido, simpático, hermoso, y emanaba de él cierto no sé qué de sufrimiento resignado, que interesó á doña María, que jamás se habia interesado por nadie.

El estudiante no habia reparado en ella.

Ella sintió no haber sido el objeto de la admiracion del estudiante, y quiso serlo.

Pretestó cansancio y se sentó con su madre á poca distancia del estudiante, frente á él, al otro lado de la avenida tortuosa y campestre en que se encontraban.

El estudiante seguia abismado en su lectura.

Doña María empezó á impacientarse.

Levantó la voz en su conversacion con su madre, y tampoco logró con este recurso hacer levantar al jóven los ojos de su libro.

Entonces, y trayendo la conversacion á la última zarzuela que habia visto representar en el corral de la Pacheca (hoy vuestro teatro del Príncipe, Luisa) y elogiando uno de los pasages, se puso á cantarle á media voz.

Era la de doña María, pura, fresca, argentina, y no pudo menos de sacar de la abstraccion de su estudio al jóven.

Levantó la cabeza y miró al lugar de donde partia la voz, con suma fijeza: el estudiante se puso pálido.

Pálido como el que recibe una estocada de muerte.

Por la primera vez, el estudiante habia reparado en la hermosura de una mujer; tenia el alma vírgen, y perdió en un punto la virginidad de sù alma.

Amó y deseó.

Y deseó y amó con no sé qué angustia, qué ánsia desconocida.



ENCUENTRO DE LUIS DE QUIÑONES Y DE DOÑA MARIA.

Temió con un temor nunca por él esperimentado.

Sintió que los ojos de aquella mujer, que permanecian fijos en los suyos de una manera avarienta, absorbian su vida, su alma, todo su sér.

Se turbó, tembló y volvió á mirar el libro.

Pero el libro no tenia ya letras.

Estaba encantado.

En vez de las interminables conclusiones teológicas, le presentaba el semblante blanco y pálido, los cabellos castaños y los ojos garzos de doña María: sus labios rojos y húmedos contraidos por cierta espresion de deleite, por cierta avaricia de placer: el alma impura de aquella vírgen habia trasmitido por su mirada todo su veneno al alma inesperta del estudiante: la habia profanado.

Luis de Quiñones, que así se llamaba nuestro hombre, habia entrado en una nueva faz de su vida; amaba, pero amaba con ánsia; deseaba, y deseaba con impaciencia, miraba, en una palabra, á doña María, como doña María le miraba á él.

Pero habia una gran diferencia en los amores que sentian entrambos jóvenes; el de doña María era uno de esos caprichos pasageros que suelen engañar á la mujer mas esperimentada, haciéndola creer que su corazon ha encontrado al fin el objeto ansiado: el amor de Luis empezaba entonces, por mas violento que fuese el empiezo: despues debia ser empeño, luego pasion, al fin locura.

El porvenir del estudiante se habia decidido.

Su vida entera, sus aspiraciones, su ambicion, habian sido resumidas en doña María.

Y bajando la cabeza, é inclinando la vista sobre el libro, y levantándola á poco, y volviendo sus ojos á doña María, que le escitaba siempre y le decia cada vez mas claro con su mirada: «Me enamoras,» pasó algun tiempo, hasta que la madre hubo de sorprender una mútua mirada entre los dos jóvenes, y levantó el campo, toda alarmada ante el aspecto de pobreza del estudiante.

Al pasar junto á él doña María, le dijo de una manera inequívoca, con una de esas miradas elocuentes con que solo saben hablar las mujeres: «Seguidme.»

El jóven obedeció á aquella mirada, y de igual modo hubiera seguido á doña María, aunque esta no se lo hubiera pedido.

A despecho de la madre, á quien fastidiaba soberanamente el ser escoltada por el estudiante, y con gran contentamiento de doña María, nuestro jóven las siguió por el Prado y la Carrera de S. Geró-

nimo, se entró con ellas á oir misa en la iglesia del Buen Suceso, aguantó una hora y media que la prudente madre invirtió no en sus devociones, sino pretendiendo cansar al galan, y al fin desesperada asió de su hija, y se la llevó á la calle de la Montera.

Al entrar en un zaguan lóbrego, doña María volvió la cabeza y lanzó una mirada al jóven: el amor es sobremanera inteligente, y Luis de Quiñones comprendió, sin que le quedára la menor duda, que doña María habia querido decirle: «Esperad: no vivimos aquí.»

El estudiante, para esperar mejor, esto es, en situacion de que no pudieran escapársele, entró en el mismo zaguan, se sentó en un poyo que encontró á mano, y entretuvo su espera recordando á doña María, y preguntándose á sí mismo qué afecto era aquel que tan de improviso le habia inspirado aquella niña, apenas vista cuando deseada.

Los hombres de imaginacion, es decir, los soñadores, los que unen á esta predisposicion de soñar despiertos, candor en el alma y fé en el corazon; los que no ven lo bello mas que á la luz de la antorcha del entusiasmo, de esa fascinacion del espíritu; los que han nacido, en una palabra, poetas, esto es, apreciadores de lo bello por el sentimiento, estos hombres que nunca dejan de ser niños, mejor: estos pobres locos que tienen levantado un altar desconocido y vacío en lo recóndito de su espíritu, á todas las creencias nobles y santas, empezando por Dios y por la patria, y concluyendo por la amante y por el amigo; estos séres escepcionales, nacidos para exhalar en versos, ó para reproducir en lienzos las figuras imposibles que sueñan; estos hombres, cuyas obras guarda una generacion y las trasmite á otra, que las clasifica y las presenta á la admiracion de otras generaciones; estos hombres, pobres locos á quienes la humanidad, inficionada por los resultados tentadores de su locura, llama Homero ó Apeles, Dante ó Rafael, Calderon ó Murillo, estos hombres han nacido para amar, y para ser desgraciados en amor.

Mentiras hacen verdades: esta manera falsa de ver y de sentir produce funestísimos resultados para el que de tal modo ve y siente: nuestro estudiante no habia visto en doña María una niña hermosa, fresca, pura, graciosa, traviesa, voluntariosa, impresionable; una verdadera jugadora del corazon; una pluma de colores lanzada al capricho del viento; una mariposa de alas de púrpura; una tentacion animada, en fin; habia visto mas que eso, habia transfigurado en su imaginacion á doña María, habia visto el poema de la forma modelado por Fidias, y animado por el soplo de Dios: el arcángel

de fuego guardador de la gloria de un hombre sobre la tierra: la realizacion inesperada, la resolucion, la esplicacion de sus misteriosos sueños de loco; se habia sentido arrastrar como por una magia poderosa á doña María, y la amaba ya con todo su deseo, porque hacia mucho tiempo que amaba á un sér soñado por su alma, á una mujer divina, y doña María habia realizado de repente aquel sueño.

La jóven, pues, se habia levantado pura y resplandeciente á la vista de Luis de Quiñones no como una mujer, sino como una musa, como la ardiente y poderosa hada de su imaginacion de poeta.

Mentiras hacen verdades: todo lo que el estudiante veía en la jóven era mentira: la forma y el espíritu: doña María no era otra cosa que una muchacha fuertemente incitante por su juventud y por su hermosura: otro hombre hubiera encontrado su mirada demasiado atrevida: Luis de Quiñones no vió atrevimiento, falta de pudor en la mirada de doña María, porque sus ojos eran hermosos y embellecian el vicio: el vicio, sí; la sensualidad del espíritu de la vírgen, que todo lo sabe, que todo lo ha gozado con la imaginacion; que todo lo ha adivinado con el deseo: de la prostituta desconocida, que ha gastado su alma antes de gastar su cuerpo, que lo ha materializado todo, que ha envilecido y desnaturalizado todos sus sentimientos; de la mujer viciada por la educacion y á quien se ha hecho oir continuamente este raciocinio impío: «El dinero es el dios del mundo: por el dinero todo: el dinero es el talisman que convierte las piedras en panes, y hace brotar el agua de la roca del desierto: el dinero es la honra, el dinero es la virtud, el dinero es el alma, el dinero es todo: quien tiene dinero es libre, poderoso, respetado, señor, rey: el dinero es la única aspiracion juiciosa del deseo humano.»

¡Oh! ¡las madres! ¡las madres, que inoculan en el jóven corazon de sus hijas el cieno corrompido de su asquerosa esperiencia de viejas! ¡con madres de ese género, y abundan por desgracia, yo soy inútil, enteramente inútil; es mas, insuficiente!

No hay Satanás mas repugnante que una vieja endurecida al entusiasmo, á la caridad, á la pureza: que todo lo ve á través de groseras materialidades; que no comprende los goces del alma, sino por medio del sensualismo miserable y nauseabundo del cuerpo: ¡las madres de ese género! ¡oh! ¡esas madres son los verdaderos reclamos del infierno! ¡son la peste mortífera del alma de sus hijas!

Mentiras hacen verdades: Luis de Quiñones, en vez de ver tras

la fúlgida y ardiente mirada de doña María, el vicio, y el deseo voraz, impuro, exagerado, y como exagerado pasagero, vió un océano de amor divino, brotando de los para él divinos ojos de aquella niña: creyó en aquello de la conjuncion de luminares, que se decia entonces, en la predestinacion: si hubiera vivido en estos tiempos, hubiera apelado para esplicar la mirada ardiente y enamorada de doña María, á los milagros del magnetismo: soñó una mentira, y con aquella mentira se creó una verdad terrible: su porvenir se habia decidido, su porvenir estaba en relacion directa con la conducta que con él observase doña María.

Luis de Quiñones, en una palabra, estaba envenenado.

La madre de doña María, esperimentada y astuta, al reparar en la espresion de la mirada que su hija fijaba en el estudiante, y en la de la que el estudiante fijaba en su hija, se aterró: la vieja miró aquello por su verdadera faz: vió que su hija cometia una locura, que hacia un mal negocio, que destruía su porvenir enamorándose de un pobre, y al conocer esto, tomó la única resolucion que podia tomar: la de levantar el campo, la de huir, la de prevenir, de la única manera posible, el peligro.

Intentó primero cansar al enamorado, y permaneció dos horas en la iglesia: persistiendo Luis de Quiñones, adoptó el recurso de desorientarle, metiéndose en una casa que no era la suya.

Pero no contaba la vieja con la perspicacia de su hija, ni con la inteligencia del estudiante. Una vez dentro de la morada de una beata amiga suya, se asomó con un pretesto al balcon, y miró á la calle. Luis estaba en el zaguan, y doña Catalina, así se llamaba la vieja, no podia verle, y respiró. Con no volver en mucho tiempo á aquella casa ni á la iglesia del Buen Suceso, ni á las huertas de Atocha, era casi seguro que no volveria á ver al estudiante, que no viéndole su hija, le olvidaria, y acaso entre tanto se presentase á la jóven un buen partido.

Á pesar de la casi seguridad que tenia doña Catalina de que el estudiante se habia retirado, pensando que doña María vivia en la casa donde habia entrado, la vieja no se atrevió á salir, porque temia que el enamorado apareciese cuando menos se pensase, con el objeto de rondar los balcones de la niña; pero la vieja tomó una resolucion que acabó de tranquilizarla, inspirada por su esperiencia.

En aquellos tiempos solo habia tres clases de estudiantes.

El estudiante genuino, característico, especial, era el que se conocia con el nombre de sopista.

Este estudiante nómada, que empleaba las vacaciones en recorrer la España entera asido á una guitarra y á una pandereta, pidiendo limosna de una manera desenfadada, con coplas llenas de chispa, con diabluras originalísimas, con improvisaciones brillantes, y que sabia sacar los maravedises de la bolsa mas cerrada; esta aristocracia vergonzante, que desdeñando el trabajo rudo del menestral, asaltaba por su base las posiciones reservadas á la ciencia, ya en la Iglesia, ya en el Estado; esta clase simpática para el pueblo, porque representaba la tendencia de elevacion del pueblo, libre como el aire, como el aire vaga, graciosa, viva, valiente, entusiasta, resignada á su largo noviciado científico, alimentándose de la limosna pública y de la pública sopa de los conventos; inquilino asíduo de los pajares de las posadas; con sus harapientas bayetas de estudiante, y sus bonetes destrozados, era una raza especial que se conocia á primera vista, de la que no podia dudarse, porque su fisonomía picaresca y audaz era un complemento de su trage desvergonzado: el sopista ó el estudiante de la tuna, calificaciones sinónimas, era un sér de raza pura, que tenia su figura, su olor y su color particulares.

Habia otra clase de estudiantes, mas modesta, menos ruidosa, mas recogida, característica tambien, y hasta cierto punto simpática al pueblo, hija de la clase media pobre, que asaltaba tambien las altas dignidades de la Iglesia y del Estado por medio de la ciencia: esta segunda clase de estudiantes, se amparaban para cursar en las aulas, de los prelados, de los canónigos, de los grandes señores, á quienes servian como pages ó como ayudas de cámara: por resultado de su servidumbre y por decoro de sus señores, estos estudiantes vestían de manera diferente, esto es, llevaban sus bayetas limpias y sin roturas, sus bonetes sin grasa, lustrados los zapatos y sus medias sin puntos: iban con recogimiento y con modestia por la calle, y si se les encontraba alguna vez en los paseos solitarios, se les veía siempre solos, asidos de un librote, estudiando en él á mas y mejor, y sin levantar los ojos del libro para nada del mundo.

Habia, en fin, otra clase de estudiantes: la aristocracia: los hijos de la gente noble y rica: de estos estudiantes salian los escándalos mas ruidosos y mas lúgubres de las universidades: ellos causaban el terror de los maridos, padres y hermanos: ellos eran las delicias de las damas galantes y el peligro de las muchachas honestas: este estudiante penetraba en busca de un empeño allí donde penetraba el aire, sirviéndole de llave, ya el oro, ya el acero: vestía de una manera peculiar; su manteo tenia algo de manto; su bonete

algo de corona; su zapato era de escelente género, y su media de seda: su sotana se ceñia por un cinturon tachonado de plata, y de aquel cinturon pendian tres cosas respetables: una limosnera provista siempre de oro, una larga espada de gavilanes y una daga de ganchos.

De modo que, en aquel mundo aparte que ya no existe, la Universidad antigua, estaba representada la sociedad de su tiempo: la aristocracia, infatuada con su oro y con sus privilegios; la clase media, con sus tendencias aristocráticas y su servidumbre forzada, y el pueblo, con sus instintos de elevacion, y su libertad salvage, su espíritu de independencia, su audacia, su valentía, su miseria aceptada y sus arapos llevados con orgullo.

Ahora bien: doña Catalina, que conocia perfectamente estas tres razas, porque las conocia todo el mundo, no pudo dudar acerca de la posicion particular de Luis de Quiñones. Pertenecia, sin disputa, á la clase media universitaria: era, á no dudarlo, page de algun dignatario eclesiástico, ó ayuda de cámara de algun gran señor.

En este concepto, á las doce de la mañana, hora en que, invariablemente, comian todos los españoles que tenian qué, incluso el rey, el estudiante debia dejar la calle franca, para ir á servir la mesa ó á acompañar en ella á su señor.

Doña Catalina entretuvo la conversacion hasta aquella hora con la beata, no sin gran impaciencia de la niña, que temia que el amor naciente del estudiante no resistiese á tan larga espera, y al fin cuando dieron las doce, doña Catalina se despidió, asió del brazo á su hija y bajó con ella triunfalmente las escaleras, creyéndose segura de haber alejado de sí, con un recurso de madre esperimentada, el contratiempo á cuyo borde la habia puesto el capricho de doña María.

¿Pero cuál no fué su sorpresa cuando al bajar el último peldaño de la escalera, vió en el zaguan al estudiante inmóvil, sentado en el poyo, recostado contra la pared, estendidas las piernas y superpuesta la una á la otra?

Doña Catalina no habia comprendido que el heroismo del amor, ó mejor dicho, la fuerza del deseo, podia haber resignado al estudiante al peligro de ser despedido, ó al menos de ser duramente reconvenido por su señor.

La vieja rugió, y se puso verde.

Doña María se puso pálida.

El estudiante en pie de un salto.

Doña Catalina tiró el zaguan afuera, arrojando una mirada de hiena hambrienta á Luis de Quiñones.

Para consolarle de lo antipático de la mirada de la madre, la hija, al pasar junto al estudiante, le dió las gracias con los ojos, y con una sonrisa, que inundó de una felicidad desconocida el alma del estudiante, y en una segunda mirada, le hizo comprender de una manera clara é indudable estas palabras:

« Vamos á casa, seguidnos.»

El estudiante las siguió.

La vieja andaba cuanto de prisa podia, inventando mil medios para eludir la persecucion de Luis de Quiñones, pero una hora en que todos están consagrados á comer, no es la mas á propósito para ir á ninguna parte.

Ni aun la quedaba el recurso de meterse en una iglesia, porque en aquellos tiempos, como ahora, las iglesias se cerraban á las doce.

Resignóse, pues, y en Puerta de Moros, la vieja se detuvo mal su grado delante de la puerta de una pequeña casa de un solo piso, sacó una llave de su bolsillo, abrió la puerta, y empujó rudamente dentro á su hija.

Pero antes de que la madre entrase á su vez y cerrase, doña María tuvo tiempo de decir con los ojos al estudiante, que estaba á tres pasos de ella,

«Esta es mi casa: esperad.»

La vieja entró, lanzó una mirada de odio salvage á Luis de Quiñones, cerró la puerta violentamente, y dió, de una manera nerviosa, tres vueltas á la llave.

III.

Luis de Quiñones tuvo el buen tacto de quedarse esperando, pegado á aquella misma puerta, embebido en su dintel.

Poco despues sonó la vidriera de un balcon que se abria.

El jóven tuvo el acierto de no salir de su alveolo, porque supuso, y no se engañaba, que la que abria el balcon no era la hija, sino la madre.

La vieja no pudo ver á Luis de Quiñones, porque el dintel de la puerta era profundo: el estudiante, previendo lo que sucedia, se ha-

bia embebido y reducido al menor grueso que le fué posible, y doña Catalina no podia verle humanamente.

La vieja supuso que aquel maldito amante que se le habia llovido, se habia dado por seguro con saber dónde vivia la señora de su pensamiento, y se habia retirado.

Doña Catalina, en consecuencia, habia hecho el raciocinio siguiente:

«Aun tiene el mal remedio, encierro á mi hija; no la dejo salir de su encierro durante un mes: entre tanto, y á horas en que no pueda verme salir ese maldito estudiante, busco una casa retirada, y me mudo á ella de noche. Entre tanto ella y él se olvidan de su empeño, que no puede ser muy tenaz, puesto que no se han visto mas que una vez, y de este modo salimos del apuro.»

Pero doña Catalina habia contado sin la huéspeda, esto es, sin la astucia de su hija: apenas habia cerrado el balcon, cuando la sobrecogieron unos desaforados gritos, dados por doña María en su aposento.

Eran unos gritos dolorosos, agudos: cuando doña Catalina acudió, encontró á su hija con ambas manos puestas sobre el estómago, encogida, con el cuello estendido, con la boca abierta y contraida, con los ojos en blanco.

Doña Catalina se engañó: creyó presa á su hija de un grave accidente, y el único pensamiento que en aquellos momentos le ocurrió á la vieja, fué el siguiente:

«Si se me muere, ¿qué va á ser de mí?»

Doña María seguia gritando y cada vez mas fuerte; retorciéndose cada vez con mas angustia, y desencajando los ojos de tal modo que daba miedo.

La madre comprendió ó creyó comprender que los remedios caseros eran de todo punto inútiles, cogió el manto y la llave y bajó desaladamente por las escaleras.

Luis de Quiñones, que estaba pegado de espaldas á la puerta, y temeroso de ser visto, escapó y fué á ocultarse en un zaguan inmediato; poco despues, desde el fondo del zaguan, vió pasar á la vieja, que corria como alma que me llevo yo.

Entonces salió, y vió asomada en el balcon á doña María: fué á saludarla; pero esta, sin darle tiempo, le dijo, inclinándose hácia él para ser oida mejor, y con una sonrisa capaz de dar la vida á cien amantes desesperados:

—Poneos junto á la puerta, y esperad un momento.

Y sin decir mas, se entró y cerró.

Luis de Quiñones fué á ponerse en la puerta, todo admirado y lleno de confusiones, porque no atinaba con lo que pensaba hacer doña María.

Al fin, transcurridos algunos minutos, oyó un golpecito por dentro de la puerta.

—¿Estais ahí? dijo con una dulcísima voz doña María.

—Aquí estoy, señora de mis ojos, esperando desesperado, contestó el estudiante.

—Tomad lo que encontraréis debajo de la puerta, é idos, que importa, dijo doña María.

El estudiante buscó bajo la puerta y encontró... un papel, y teniendo aquel papel, una mano pequeña, mórbida, ardiente y suave como el raso.

El estudiante estrechó aquella mano, que á su vez apretó espresivamente la suya, y tomó el papel.

—Idos, repitió la niña, y haced, sin faltar un punto, lo que os aviso.

—Lo haré, señora mia... pero una palabra...

—Tiempo tendremos sobrado de hablar: idos.

Y la hermosa mano se retiró de la del estudiante, y se oyó dentro el crujido de un trage de seda y los pasos de la niña, que se alejaba.

El estudiante se alejó tambien en direccion opuesta á la que habia visto tomar á la madre de su encanto, y al volver la esquina, desdobló el papel que llevaba guardado en el puño como un tesoro.

Luis de Quiñones dió un grito de sorpresa al ver que la carta estaba escrita con sangre.

—¡Con sangre! esclamó Luisa interrumpiendo al diablo.

—Sí, con sangre, que á falta de otra es una tinta escelente.

—¡Comprendo! la madre, recelando de su hija, tenia escondido sin duda el recado de escribir.

—No por cierto: doña Catalina tenia un tintero de cuerno con un pedazo de pluma, que la servia únicamente para hacer la lista de las prendas que entregaba á la lavandera. Como este tintero solo se usaba de quince en quince dias, resecábase y era necesario para usarlo echarle agua. Cuando doña María fué á servirse del tintero, le encontró seco; parecióle muy entretenido ir á la cocina, que estaba en lo último de la casa, por agua, y encontró mas pronto rasgarse un dedo con un alfiler: la sangre brotó: doña María echó mano de la

última lista de la ropa, que estaba sobre la mesa, y en su respaldo escribió las siguientes palabras, con una letra redondita, menuda, igual, clara y muy semejante á los caractéres de imprenta:

«Os amo: os amo; no sé por qué, pero os juro la firmeza de mi amor por mi sangre, con que os escribo. Mi madre ha comprendido cuánto os amo. Para que mi madre confíe, no parezcais en tres noches. Dentro de tres noches, venid á las doce, y tocad quedo á mi puerta. Os amo y estoy segura de vuestro amor.—María de Sarabia.»

Tres cosas maravillaron al estudiante: el estar escrita con sangre esta halagüeña carta; el tener el papel en que estaba contenida una lista de ropa blanca por el reverso; y por último, el carácter particular de la letra de doña María.

—En efecto, dijo Luisa, es estraño que aquella mujer escribiese de una manera tan semejante á los caractéres tipográficos.

—Voy á esplicarte la razon de esa singularidad, dijo el diablo: en aquellos tiempos se tenia por un principio de buena educacion el que las jóvenes no supiesen escribir. Creían preservarlas con esto de las seducciones por medio de las cartas, sin considerar que una dueña, una criada ó un aguador, eran cartas vivientes, que entraban en todas partes, y que estaban siempre á disposicion de los enamorados. Doña María, pues, segun las costumbres de su tiempo no habia sido enseñada á escribir, pero sí á mal leer, con el fin de que pudiese llevar un libro de devociones á la iglesia.

Porque un libro de devociones y un abanico, son dos cosas, mejor dicho, dos armas terribles en las manos de una mujer educada ó consagrada para la vida galante.

—Pero no te comprendo, dijo Luisa; si á esta vergonzosa vida se destinaba á doña María, ¿qué objeto pudo tener su madre en que no aprendiese á escribir?

—Doña Catalina queria que su hija no pudiese hacer nada por su cuenta propia.

—¡Ah!

—Y la redujo cuanto pudo los medios de obrar por sí misma.

—Comprendido.

—Ahora bien, doña María no quiso estar tan descansada; comprendió, á pesar de sus pocos años, que alguna vez le podia ser útil saber escribir, y aprendió á escribir copiando con un alfiler sobre las paredes, sobre un pedazo de papel que habia por casualidad á las manos, las letras de imprenta de su libro de devociones.

Cuando se ejercitaba en la pared, raspaba en seguida las frases

que habia escrito, y tanto estudió y tanto raspó, que al fin su madre reparó en las raspaduras, y la dijo:

—No comas yeso, hija mia: este es un vicio repugnante de que suelen adolecer las doncellas, y que acabará, si no te corriges, por quitarte tus hermosos colores, y enflaquecer tus mejillas y tu seno: te pondrás fea y no podrás enamorar á nadie. Una doncella pobre debe cuidar mucho su hermosura, porque ella es su único tesoro.

Doña María dejó de estudiar y de practicar en la pared, y estudió en las baldosas del pavimento, de las cuales borraba despues lo que habia escrito.

Y así, ocultándose de su madre, estudiando de una manera asídua y tenaz, logró aprender á escribir en seis meses.

—Al menos tenia constancia y firmeza, dijo Luisa.

—Sí, constancia y firmeza para procurarse los medios de obrar por su cuenta; de poder engañar á su madre.

Su madre, pues, ignoraba de todo punto que su hija poseía la poderosa arma de la escritura.

Las mismas dificultades que doña María encontró para hacerse entender del estudiante de una manera esplícita, fueron fatales para este.

Si doña María le hubiese escrito con tinta comun, tal vez Luis de Quiñones hubiera meditado á sangre fria en los tres dias de plazo de la cita, y hubiera comprendido que no le convenian de ningun modo los amores de doña María.

Sus circunstancias eran especialísimas. Hijo de un hidalgo pobre y de una honrada dueña, habia quedado huérfano y sin parientes en sus primeros años. La caridad de los vecinos se habia hecho cargo de él durante algun tiempo; pero es necesario tener mucha virtud para persistir en la caridad de una manera contínua, y los vecinos no fueron tan virtuosos. Un dia espusieron al pobre niño en la puerta de un canónigo muy rico, llamado don Gil Bustillos, hombre grave y docto, que no por caridad, sino por tener un entretenimiento, por formar un hombre, adoptó al pequeño Luis y le crió, enderezando su educacion á que fuese clérigo.

Luis creció en Toledo al lado de su protector: este, cuando llegó á los quince años, y supo latin y filosofía, le envió á la Universidad de Alcalá á que estudiase teología.

Cuando volvia Luis, terminado el año escolar, á Toledo, servia como page á don Gil, y le tenia al par por maestro avanzado de las materias que habia de cursar en las aulas el año siguiente.

De despierto ingenio, dócil y sencillo, el jóven se hizo no solo un

escelente estudiante, sino tambien un mozo sufrido, humilde, paciente, y lo que contribuía á darle valor, y pertenecia á la naturaleza, un hermoso mancebo.

Pero dentro de aquella alma descuidada, tranquila, entregada á la meditacion y al estudio, dormian pasiones vehementes, concentradas, que debian producir una esplosion á la presencia de la primera causa que las despertase. Para nada era menos á propósito Luis que para la Iglesia. Cuando veía pasar por delante de sí un soldado, con su castoreño blanco, su coleto amarillo, sus calzas de grana, sus zapatos con lazos, tizona y daga al cinto, la mano en la cadera y la capa derribada al lado izquierdo, sentia no sé qué estremecimiento de impaciencia: cuando los traviesos ojos de una toledana se detenian con una espresion demasiado trasparente en su rosado y juvenil semblante, Luis sentia una impresion desconocida, que hacia latir á su corazon y enrojecerse á sus mejillas: pero era muy jóven, y estas impresiones pasaban por su alma como un leve vientecillo sobre la tersa superficie de un lago: rizando, conmoviendo levemente su superficie, sin remover el fondo.

No habia conocido mas pueblos que Toledo y Alcalá: la una, ciudad monástica y realista, donde por todas partes en venerables monumentos, se levantaban las tradiciones santas y gloriosas del antiguo altar, de la antigua monarquía: la otra, ciudad escolástica y bulliciosa, donde por todas partes flotaban el *ergo* irritado de la dialéctica, y el eco escandaloso de las estocadas, y de las incesantes aventuras de amores de los estudiantes.

Luis se habia hecho pensador, filósofo, poeta, valiente y sensual, pero con un sensualismo concentrado en su alma, indefinido, incomprendido, que se referia á un sér soñado, indefinido, incomprendido tambien para Luis, pero que debia dejarse ver en fin, manifestado, sintetizado, en una mujer.

Si Luis no habia amado hasta que vió á doña María, fué porque no habia encontrado una mujer que estuviese en relacion íntima con su sueño, que fuese su interpretacion, su traduccion.

Tuvo necesidad el doctor don Gil Bustillos, canónigo penitenciario de la catedral de Toledo, de venir á la corte á gestionar sobre ciertos pleitos cuantiosos que andaban en las Mil y Quinientas, y se trajo consigo á Luis.

Solo hacia una semana que el canónigo y Luis habian llegado á la corte, cuando el estudiante vió en una mañanita de julio, en las huertas de Atocha, á la hermosa doña María de Sarabia.

Á la interpretacion, á la traduccion, á la realizacion viva, ardiente, palpitante, de su misterioso ensueño de sensualidad.

IV.

Lo repito: si doña María hubiera escrito su carta con tinta, tal vez el estudiante, haciendo un violento esfuerzo, hubiera dominado la terrible impresion que habia causado en él la hermosura, la provocadora facilidad de la jóven, la irresistible relacion que á primera vista se habia revelado entre ambos.

¡Pero aquella carta escrita con sangre!

El estudiante estaba muy lejos de sospechar que doña María se hubiese valido de aquella preciosa tinta, á falta de tinta comun: creyó mas que nunca en lo de la conjuncion de luminares, y vió en aquella sangre una prueba indudable de la pasion de doña María, porque, segun el juicio hasta cierto punto lógico del estudiante, doña María al escribirle con su propia sangre habia querido decirle: «Os amo como á mí misma.»

No necesitaba tanto Luis de Quiñones para volverse loco: besó una y otra vez frenético la carta de doña María, y juró consagrarse á ella en cuerpo y en alma, á pesar de sus estudios canónicos, del canónigo don Gil, y de todos los cánones é inconvenientes habidos y por haber.

Fuése á casa de su Mecenas, y sufrió con una paciencia heróica, el largo sermon que, nutrido de testos latinos, le administró el buen canónigo, acerca de lo perjudicial de retardar, contra la costumbre diaria, la hora del comer: disculpóse con que engolfado en las profundidades de una argumentacion teológica, para lo cual exhibió como prueba el libro que aun tenia bajo el brazo, no habia sentido transcurrir el tiempo, y el buen canónigo le perdonó, en gracia á la causa alegada de su tardanza.

Y decia el bueno del eclesiástico, á tiempo que salia de la habitacion Luis de Quiñones:

—Este muchacho será una lumbrera de la Iglesia: yo he estudiado ciertamente mucho; pero nunca el estudio me ha hecho olvidarme de las horas del comer.

Durente dos dias, Luis de Quiñones no salió de casa de don Gil; pero cuando era la media noche por filo del dia tercero, salió de su aposento á oscuras, y con los zapatos en la mano para no ser sentido, bajó al huerto, escaló la tapia, valiéndose para ello de una higuera, y calzándose en la calle, se encaminó en paso rápido á Puerta de Moros, y llegó con el corazon agitado á la puerta de la casa de doña María.

Dió en ella tres golpes.

—¿Sois vos? dijo una voz juvenil y fresca desde adentro.

—¡Ah! ¿me esperábais, lucero hermoso de mi noche oscura? dijo el estudiante, que era muy poeta.

—Sí, os esperaba, señor mio, dijo la jóven, con cierta dulzura, porque estaba cierta de que habíais de venir.

—¡Oh! ¿y si supiérais lo que he tenido que hacer para venir? dijo cándidamente el estudiante.

—Cuanto mas hayais hecho, mejor para mí.

—No os entiendo.

—Porque será señal de que me amais mucho.

—¡Ah señora! estoy muerto por vos.

—No hablemos de muertos á la media noche, porque me dán miedo.

—¡Miedo!

—Sí; ¡está esto tan oscuro!...

—¡Si yo os acompañára!...

—No tendria ciertamente miedo; pero esta noche no me podeis acompañar.

—¿Y por qué no?

—Porque no tengo la llave de la puerta.

—¡Ah!

—Pero podré tenerla mañana á la noche, si vos me ayudais.

—¿Y puedo yo ayudaros á que tengais esa llave?

—Sí.

—Pues no se me ocurre cómo.

—¿Conoceis algun boticario?

—¡Un boticario! un boticario precisamente no, pero en la botica del hospital de S. Juan de Dios, está de mancebo un paisano mio.

—¡Ah! pues entonces tenemos la llave.

—Ahora os entiendo menos. ¿Qué tiene que ver mi paisano el mancebo de la botica del hospital, con la llave de la puerta de vuestra casa?

—Tiene que ver, porque mi madre tiene el sueño muy ligero.

—¡Ah!

—Y vuestro paisano el boticario puede daros unos polvos que hagan dormir á mi madre toda la noche como una piedra.

—¡Qué discreta sois! ¡tan discreta como hermosa! esclamó Luis de Quiñones restregándose las manos, porque los polvos narcóticos que doña María habia buscado como recurso para quitar á su madre la llave de la puerta, venian á ser para él la puerta del paraiso.

—Mañana por la mañana, y mientras estamos en misa mi madre y yo, continuó doña María, vendreis y pondreis los polvos debajo de la puerta, junto al quicio.

—¿Y á qué hora ireis á misa, gloria de mi vida?

—Entre ocho y nueve, señor mio.

Y doña María pronunció de tal manera aquel «señor mio,» que el estudiante entendió claramente en estas dos palabras estas otras dos inapreciables: «Soy vuestra.»

—Pero aquella mujer habia perdido enteramente el pudor, dijo Luisa interrumpiendo de nuevo al diablo.

—No, de ningun modo, replicó Satanás, doña María no perdió el pudor.

—¿Es decir que sin ofender su decoro pudo hablar de tal modo al estudiante?

—Doña María no pudo perder el pudor, porque no le habia tenido nunca, contestó con el mayor aplomo el diablo. Su madre la habia educado para...

—Continúa, dijo Luisa.

—Doña María, continuó el diablo, á pretesto de que su madre podia despertar, despidió al estudiante, que se volvió á su aposento por el mismo camino por donde habia salido, sin que lo sintiera el canónigo, porque el buen don Gil de Bustillos cuando se ponia á comer ó á dormir lo hacia de veras.

Al dia siguiente se levantó muy temprano Luis de Quiñones, y sintiendo no tener alas, se trasladó cuanto de prisa le fué posible al hospital de S. Juan de Dios, y se entró en la botica, donde encontró confeccionando una cantárida á su paisano.

Preguntóle si podia oirlos alguien, y cuando su amigo le respondió que no, le confió su negocio sin nombrar partes, y acabó por suplicarle le proporcionase algo que pusiese á la vieja mas dormida que lo estuvieron los Siete Durmientes, aunque para ello fuese necesario sangrar de una manera dolorosa su bolsa de estudiante.

Oyóle atentamente y sin pestañear el aprendiz de farmacéutico, y cuando Luis de Quiñones hubo concluido, se dirigió en silencio, y con un aspecto semiheróico, á un bote, tomó de él unos granos blancos, los pulverizó en el mortero, los envolvió cuidadosamente en un papel, y dijo con acento profundo á su amigo esta frase, digna de Júpiter:

—¡Toma y sé feliz!

Luis de Quiñones sacó un ducado de su bolsillo, que el mancebo trasladó al suyo, y cuando el jóven salió, una sonrisa diabólica plegó los sutiles labios del aprendiz de boticario.

—¡Cómo! esclamó con repugnancia Luisa: ¿dió acaso al estudiante en vez de un narcótico un veneno?

—Le dió otra cosa peor.

—¿Peor?

—Escucha, y no te prives con una esplicacion prematura del interés de mi historia.—El estudiante se fué á casa de doña María, y puso debajo de la puerta junto al quicio el papel que contenia los polvos.

Retiróse despues, y pasó un infernal dia de impaciencia.

Al fin sonaron las doce de la noche.

Con el mismo recato que la noche anterior, Luis de Quiñones salió de la casa del canónigo, y se fué á la de doña María. Tocó recatadamente á la puerta, y á seguida sonó una llave en la cerradura y la puerta se abrió.

El estudiante se precipitó dentro.

La puerta volvió á cerrarse, y una mano buscó la mano del estudiante.

Aquella mano era pequeñita, tersa, mórbida y ardía, pero no temblaba.

—Venid conmigo, señor de mi alma, dijo doña María: ¡oh! ¡y cuánto he sufrido y esperado por vos!

—¡Ah! ¡señora! ¿y cómo os podré pagar?...

—Con amarme mucho.

—Yo os adoro... pero no puedo esplicarme cómo vos en tan poco tiempo podeis amarme tanto.

—Ni yo tampoco... pero la verdad es que os amo mucho, y que sois el primero á quien amo.

Luis de Quiñones era novicio, y se contentó con estrechar fuertemente la mano de doña María.

Esta le guió á oscuras por unas escaleras y le introdujo en una sala, á cuyo fondo se veía una puerta vidriera.

Una lamparilla, colocada delante de una imágen, era la única luz que habia en la habitacion.

Pero aunque aquella luz no fuese muy viva, bastaba para apreciar el aspecto de doña María, y la nueva hermosura con que una sobrescitacion poderosa habia aumentado su hermosura ya resplandeciente.

Vestía un hermoso trage de *raja* de Florencia, tan sumamente descotado, que dejaba descubiertos sus hombros y la mitad de su seno; al rededor de su cuello, con su lasciva blancura, se veía una gargantilla de perlas, y estaba admirablemente peinada.

Doña María llevó á Luis de Quiñones á una especie de canapé ó sofá de almohadones de damasco amarillo, se sentó junto á él y retuvo sus manos entre las suyas.

—Nuestra casa es muy pequeña, dijo; en aquella alcoba duerme mi madre, y allí duermo tambien yo. Me ha sido forzoso recibiros aquí. Mi madre, merced á los polvos que trajísteis y que he echado en la leche que toma todas las noches, duerme como un tronco. Podemos, pues, disponer de la noche entera.

Y doña María infiltraba en los ojos del estudiante todo el fuego de su alma enamorada.

Luis de Quiñones la contemplaba pálido y convulso, apretaba mucho las manos de la jóven entre las suyas, y nada mas.

Y tanto apretó aquellas preciosas manos, que doña María dió un ligero grito.

—¡Ah! ¿qué os sucede? dijo el estudiante.

—Me habeis lastimado, dijo doña María.

—¡Ah! ¡lo siento!

—Sí: me habeis apretado tanto las manos, que... tengo un dedo herido.

Y la jóven mostró á Luis de Quiñones el diminuto índice de su mano izquierda, que estaba envuelto por una cinta negra.

—¡Ah! dijo el estudiante.

Y besó suspirando aquel dedo.

Aquel dedo que habia venido á ser para él un tintero.

—¿No habeis amado nunca? le dijo con un acento singular doña María.

—No, dijo el estudiante.

—¿Ni habeis asido nunca así las manos de otra mujer?

—No: vos sois la primera...

—¡Oh! vos tambien sois el primero.

:

—No amaré á otra que á vos.

—No seré de otro hombre que de vos.

—¿Y cuándo nos casaremos? ¿cuándo sereis mia?

La jóven hizo un gesto de impaciencia y de disgusto.

—¿Pues qué, no soy vuestra? dijo.

—¡Mia! esclamó el estudiante.

—Sí, vuestra, con toda mi alma, contestó doña María.

En aquel mismo momento salió un horrible grito de dolor de la alcoba, al que sucedieron otros, y se oyó la angustiosa voz de doña Catalina, que gritaba:

—¡María! ¡María! ¡hija! ¡yo me muero, se me arrancan las entrañas!

Quedaron los dos jóvenes como petrificados.

Oyóse el golpe que dió doña Catalina al arrojarse de la cama.

—¿Dónde estás, María? ¿dónde estás? añadió doña Catalina.

Y de repente, se abrió la puerta vidriera, y envuelta en la cubierta de cotonía de su cama, apareció la vieja en la sala.

Doña María se puso aterrada de pie, y esclamó con angustia dirigiéndose al jóven:

—¡Ah! ¡me habeis engañado!

—¡Me ha engañado ese infame mancebo! contestó pudiendo articular apenas las palabras Luis de Quiñones.

En tanto la vieja, que habia visto á su hija engalanada, y al estudiante junto á ella, gritaba de dolor, blasfemaba de rabia, amenazaba, se quejaba, se apretaba el estómago con las manos, y ponia el alarido en el cielo, esclamando:

—¡La infame! ¡la mujerzuela! ¡me ha envenenado para lograr sus amores!

La frase «me ha envenenado» aterró al estudiante y á doña María.

—¿Con que era al fin un veneno? dijo Luisa sin poderse contener.

—No, dijo el diablo: era peor que un veneno: era... una purga violenta.

—¡Ah! pues no veo que hubiera sido mejor un veneno que una purga, dijo Luisa.

—Si hubiera sido un veneno, doña Catalina hubiera muerto; hubieran ahorcado á doña María y al estudiante, y una vez ahorcados, se hubieran librado de un porvenir horrible.

—Pero se hubieran condenado.

— No, porque ellos habian obrado impremeditadamente y nada mas. Continuando: la vieja vomitó largamente, y cuando hubo vomitado se serenó. Entonces, y á pesar de que la purga la habia dejado quebrantada, reparó en el estudiante, que dominado por la situacion no habia pensado siquiera en ocultarse, y en el esmero, y hasta lujo, con que estaba vestida doña María.

La vieja era una mujer terrible; como si nada la hubiese acontecido, como si no hubiera acabado de arrojar, como suele decirse, las entrañas, empezó á dar gritos y á mesarse los cabellos.

— ¡Ah Dios mio! esclamó: ¿y qué desventura es esta que sucede en mi casa? ¡quitárame Dios la vida antes de que tal vieran mis ojos! ¡y eres tú, la hija á quien yo he criado con tanto recato, la que dá en tal liviandad y licencia! ¡quítate de mis ojos, infame, y que no te vea yo mas! ¡si tu padre viviera, á fé, á fé que de otro modo lo pasáras! ¡pero yo haré tal, que ó no habrá justicia en la tierra, ó seré vengada como conviene á mi honra!

Luis de Quiñones estaba aturdido, y hubiera sido feliz si en aquel mismo punto le hubiera tragado la tierra.

Doña María por el contrario, repuesta del miedo que la habia causado el accidente de doña Catalina, estaba completamente serena, y esperaba con gran calma á que la vieja acabase sus declamaciones.

Cuando se detuvo para tomar aliento, doña María dijo con gran reposo, y con una seguridad que la hacia honor:

— Dejémonos de gritos y de alharacas, madre, que lo que sucede no es para tanto: este amante que veis, será mi marido.

Y asió de la mano á Luis de Quiñones, que temblaba como un azogado.

— ¡Tu marido ese! esclamó lívida de furor la vieja: ¡buen guarda-infante echarás con tal arrimo! ¡y que haya yo criado una hija mia para un fin tan desastrado!

— Madre, dijo doña María, yo le amo desde que le vi, y él me ama. Vos me guardais para lo que yo me sé, y yo me he desguardado de vos para lo que he querido. Este mancebo es mi esposo, y solo falta que nos echen las bendiciones.

A todo esto, Luis de Quiñones callaba sin saber qué pensar de lo que le sucedia.

— ¡Con que es tu esposo! dijo con una intencion transparente la vieja. ¡Con que todo se ha perdido!

— No por cierto, señora madre: todo se ha ganado, porque me caso á gusto.

—¿Y sabes tú si ese barbilucio de tu amante tiene con que mantenerte?

—Viviremos como podamos, dijo heróicamente doña María: por lo pronto yo tengo alhajas...

—No he gastado yo la hacienda de tu padre y la mia en comprarte galas y en ponerte hermosa, para que malgastes esa hacienda con el primer desarrapado que...

—Yo, señora, dijo Luis de Quiñones, que no pudo contenerse, soy en verdad muy pobre, pero tambien soy honrado: amo á vuestra hija; la amo con toda mi alma, y me casaré con ella, pero será cuando pueda mantenerla.

Miró de una manera singular doña María al estudiante.

Empezaba á desencantarse.

Ella hubiera querido que Luis de Quiñones hubiera arrostrado por todo.

—¿Qué quereis decir, señor mio? dijo la jóven con un acento que desconcertó al estudiante.

—Os pido un plazo para buscar fortuna.

—¡Ah! ¡vos pensais como mi madre! dijo doña María.

—No quiero que vuestra madre, señora, me acuse de vuestra desgracia.

—Dice bien este caballero, añadió la vieja, que veía un respiro en el plazo pedido por el estudiante; casarse no es sorberse un huevo; hay que pensar en el dia de mañana: este caballero dice bien... y puesto que os amais...

—¡Oh! sí, yo daría por ella mi alma, esclamó con entusiasmo el estudiante.

—Y yo por él mi vida, dijo con acento singular doña María.

—¿Y cuánto tiempo necesitais para haceros rico? dijo la vieja.

—Dos años, contestó con la audacia de la juventud, que todo lo ve fácil, el estudiante.

—¿Y adónde pensais ir, amigo mio, á buscar la fortuna? dijo con un ligero sarcasmo la jóven.

—¡A las Indias!

—¡A las Indias! ¡pero si las Indias están para vos en esta casa! dijo doña María.

La vieja lanzó una mirada terrible á su hija.

—Os aseguro que con el dote que me dejó mi padre, y con lo que tenemos en casas y algunas tierras, tenemos para vivir en paz y en gracia de Dios, y honrada y buenamente, madre.

—Tú dices eso, esclamó la vieja, porque no sabes que estoy empeñada hasta los ojos, para que tú no pases estrecheces, para que lleves cada dia una gala, y cada mes una joya nueva. Tú no sabes lo que te dices, hija.

—En esto nada teneis que ver, madre; es asunto de nosotros dos.

Y luego añadió tomando una mano del estudiante, y hablándole con gran ternura:

—¿No es verdad, Luis, que á nosotros para ser ricos nos basta con nuestro amor?

—Sí, pero dejadme ir á buscar fortuna. Os juro no olvidaros; no mirar á ninguna mujer mientras esté ausente de vos.

Doña María se puso pálida de orgullo.

—Partid, dijo con acento opaco, partid en buen hora á buscar una riqueza que yo no os pido, pero...

Doña María se contuvo; un pensamiento de venganza pasó por su alma, y modificó su acento hasta hacerle enamorado.

—Pero yo os esperaré, rogando por vos, llorando por vos, amándoos, contando por siglos los minutos de vuestra ausencia.

—¿Me jurais, doña María, guardarme vuestra palabra hasta dentro de dos años? dijo con anhelo el estudiante.

Doña María le asió de la mano, y llevándole á la mesa donde ardía la lámpara delante de una imágen, esclamó:

—Juro ser vuestra esposa dentro de dos años, que volvais rico ó pobre; os lo juro ante este bendito Ecce-Homo, y pongo por testigo de ello á la Vírgen María en los cielos, á mi madre en la tierra.

Luis cayó de rodillas, y cubriendo de lágrimas las manos de doña María, esclamó:

—Y yo os juro por Jesus Sacramentado y por la salvacion de mi alma, vivir solo por vos y para vos.

—Que Dios castigue al que falte: y si la falta fuese mia, que Dios me entregue indefensa á vuestra venganza.

—Así sea, dijo maquinalmente Luis de Quiñones.

La vieja temblaba, porque le parecian demasiado solemnes aquellos juramentos para ser quebrantados.

—Adios, pues, dijo Luis de Quiñones todo conmovido: hasta dentro de dos años.

Y precedido por doña María y seguido por la madre, que no queria perder de vista á los jóvenes, bajó las escaleras, doña María abrió la puerta, repitióse una espresiva despedida, y el estudiante se alejó, loco de amor, de dolor y de esperanza.

Cuando la madre se vió sola con la hija su furor no conocia límites: pero la cortó la palabra una sonora carcajada de doña María.

—¿Qué es eso? ¡y tienes alma para reirte! dijo la vieja.

—Sí por cierto, contestó la jóven; he estado soñando tres dias con un fantasma: ese hombre no es para mí.

—Pero has sido suya.

—No lo creais, madre: me estoy como me estaba.

—¿Pero por qué le has metido en la casa?...

—Ha sido un sueño.

—Pero esos juramentos...

—Sueño tambien... para él: necesitaba vengarme: ¡tonto! mas que tonto; estúpido: ¿cómo se puede amar á un hombre así?

—No me fio, dijo la vieja; pienso que hablas de ese modo para engañarme mejor.

—¿Quereis una prueba, madre?

—¿Cuál?

—¿No me habeis dicho que nuestro vecino el viejo indiano, ese hombre tan rico, muere por mí?

—¡Cierto!

—¿Que desea casarse conmigo?

—Sí, esclamó con alegría la madre: ¿serías tan buena que hicieses venturosa mi vejez?

—Sí por cierto, y me caso con él: ¡iba á decíroslo el mismo dia que conocí á ese pobre diablo!

—¿Y qué te ha podido hacer variar de opinion?

—Primero el verme despreciada, pospuesta á consideraciones á que jamás atiende el amor, por ese hombre: despues una carta del indiano que recibí en misa antes de ir á la huerta donde conocí al estudiante.

—¿Y esa carta?...

—Me asegura de que seré muy feliz con mi viejo marido.

—¿Y dónde está esa carta?

—La quemé, dijo doña María.

—Solo siento que hayas consentido de tal modo á ese pobre mancebo.

—Dejaos de lástimas que no sentís, madre, yo necesito vengarme y me vengo. Cuando el señor Luis haya partido me caso con el indiano, y laus Deo. Ahora vámonos á dormir, y demos gracias á Dios de que esto no ha sido mas que una broma.

Y doña María, soltándose los herretes del hermoso vestido que se

habia puesto para agradar á Luis de Quiñones, se metió en la alcoba.

Su madre, envuelta aun en la cubierta de la cama, se metió tambien en la alcoba murmurando:

—Dios quiera que lo del casamiento con el indiano no sea una nueva ventolera. Esta hija me va á quitar la vida.

V.

—¿Y se casó aquella mujer? dijo Luisa.

—Sí, pero despues de tener una estraña entrevista á solas con su futuro.

—Una entrevista...

—Sí, permíteme que pase por alto esta entrevista.

—¿Por qué?...

—Por muchas razones: una de ellas porque no quiero matar el interés de mi cuento.

—Sea como quieras: ¿y Luis de Quiñones?

—Empezó á procurarse los medios de obtener á doña María siendo ingrato con el hombre que le habia recogido, que le habia criado, que le habia procurado un porvenir: luego huyó de la casa del canónigo don Gil, se enganchó en una bandera que partia para Méjico, y...

—¿Se hizo rico?

—No: los tiempos en que con solo poner las plantas en América, se enriquecian los españoles, habian pasado. Sin embargo, hizo una mediana fortuna esponiendo para ello cien veces la vida en contínuos combates con los indígenas, y recibiendo un hachazo en el rostro, que de hermoso que era, le tornó feo. A pesar de que en Méjico abundaban las hermosas criollas y magníficas aventureras que habian dejado á España tambien en busca de fortuna; á pesar de que la tentacion le rodeó por todas partes, Luis de Quiñones se conservó vírgen en cuerpo y en alma para doña María, á quien no olvidó un punto, amándola con ese amor de los sueños que solo sienten los locos. En el término preciso, y contando con el tiempo que debia invertir en la travesía, Luis de Quiñones se embarcó con su pequeño tesoro de doblones mejicanos, y su riquísimo tesoro de esperanzas, en una galera real que se tornaba á España.

Durante la travesía los dias le parecieron años, las noches siglos. Al cabo, como todo tiene fin en el mundo, terminó el viaje, tomó tierra en Sevilla nuestro estudiante, y metiendo su tesoro en dos pesadas maletas, y corriendo postas, llegó á Madrid en ocho dias, y dos antes que se cumpliesen los dos años pactados.

Al atravesar la calle de Toledo, y cuando su corazon latía mas impaciente, atravesósele algo que le heló la sangre por no sé qué temor supersticioso.

Lo que se habia atravesado á su paso era un entierro.

Iban delante en dos hileras penitentes con túnicas y capuces morados y hachas encendidas; detrás multitud de clérigos; luego, en hombros de cuatro pobres, un ataud, sobre cuya parte superior se veían la muceta y el bonete de un dector en teología.

Has de advertir, Luisa, que si el estudiante no hubiera abandonado la Iglesia por la mujer, segun los proyectos del canónigo, don Gil, debia haberse graduado ya de doctor y haber obtenido un beneficio eclesiástico.

Luis de Quiñones vió en aquel bonete y aquella muceta algo que tenia cierta relacion con él, y creyó que aquel entierro que le salia al paso cuando iba á buscar el logro de sus amores, era un augurio funesto y se aterró vagámente.

Quiso esclarecer algo aquel misterio, y preguntó á un penitente:

—¿Cuyo es el cadáver que acompañais?

—Es el canónigo don Gil Bustillos, contestó el agonizante, y siguió.

En aquel momento, la sombría vigilia de difuntos hendió ronca y grave los aires saliendo de las bocas de todos los agonizantes del entierro, y las campanas de S. Millan doblaron á clamor herido.

Luis de Quiñones se arrojó instintivamente de la mula, se descubrió temblando, y se arridilló: al pasar el cadáver parecióle oir una voz severa que salia del féretro, y que le decia:

«Ingrato: yo te arranqué de tu horfandad y de tu miseria: fecundé tu alma con la ciencia, te enseñé honor y virtud, y no te he visto cuando te he buscado junto á mi lecho de agonía; no has oido mi voz cuando te he llamado; tu mano no ha cerrado mis ojos, ni tus ojos me han llorado.»

Hubo un momento de vértigo para Luis de Quiñones: cuando el vértigo se desvaneció habia pasado el entierro, como pasa una pesadilla, y un ardiente y dorado sol inundaba de luz el espacio: ni se

oía la vigilia ni el doble de las campanas. Todos pasaban indiferentes en pos de sus negocios, y algunas damas busconas, al lado de sus galanes, se encaminaban en paso reposado hácia la puerta de Toledo.

El dia estaba hermosísimo, el mas á propósito para solazarse al sol en las huertas del Manzanares.

Luis de Quiñones se pasó la mano por los ojos, como para borrar la última huella de la terrible impresion que habia causado en él el entierro, se puso el sombrero, y sirviendo de guia al mozo de mulas que le acompañaba, tiró hácia Puerta de Moros.

Pero tan distraido iba, que al volver una esquina tropezó rudamente con una dama jóven y hermosa que iba asida del brazo de un viejo.

—¡Qué descorteses y qué bestias son estos soldados! dijo la dama, con un acento agresivo, insolente y escesivamente duro.

Al sonido de aquella voz, Luis de Quiñones sintió en su corazon un sacudimiento tal que creyó morir.

Habia reconocido en aquella voz de mujer irritada y grosera, la voz de doña María de Sarabia.

La miró, y la vió... mas hermosa que dos años antes, y al parecer mas pura.

El hombre que la acompañaba era un viejo horrible.

Quiso hablar el estudiante, y no pudo.

La dama pasó.

Cuando quiso seguirla, es decir, cuando pudo ser dueño de sus acciones, doña María y el viejo que la acompañaba habian desaparecido.

Luis de Quiñones, sin embargo, los buscó á la carrera, primero la calle abajo, despues en todas direcciones, sin lograr dar con ellos.

—Es un sueño, dijo al fin: eso no puede ser; ella me amaba, sí: ella me juró por el nombre de Dios que me esperaria: ella votó que Dios la castigase entregándola indefensa á mi venganza si faltaba á su juramento. No, eso no puede ser. Yo me he engañado.

Y siguió hácia Puerta de Moros.

Cuando llegó á la casa de doña María, llamó.

Abrióse una vidriera, y se asomó al balcon una jóven rubia y hermosa, pero que no era la que el estudiante buscaba.

—¿Qué se os ofrece, señor soldado? dijo la niña.

—¿Vive aquí doña María de Sarabia?

—No por cierto, señor, vivimos únicamente mi madre y yo.

—Hace dos años vivia aquí la persona á quien yo busco.

—Bien puede ser: nosotras solo vivimos en esta casa hace dos meses.

—¿Y no podeis darme noticias?...

—Yo no: pero el tendero de la esquina, que es viejo en la vecindad, y que conoce á todos los que en ella han vivido, os dará razon.

—Gracias, y que el cielo os guarde, señora.

—Guárdeos él, señor soldado, dijo la niña, y cerró el balcon murmurando: yo no sé á qué quieren ir los hombres á la guerra para que los pongan tan feos.

Luis de Quiñones se dirigió á la tienda con el alma, como suele decirse, en un hilo, y se encaró con un viejezuelo cuyas narices estaban coloradas como un pimiento, y que defendia su calva del frio de la estacion con un gorro de lana azul.

—Tengo que haceros una grave pregunta, le dijo el estudiante.

—Pregunte vuesa merced, dijo el hombrecillo.

—¿Conocísteis en la vecindad á doña Catalina?...

—He conocido muchas Catalinas.

—¿Que tenia una hija muy hermosa?

—Conozco muchas muchachas hermosas hijas de Catalinas.

—¿Que se llamaba doña María de Sarabia?

—¡Ah! ¡la mujer del indiano!

—¡Con que es verdad! dijo pálido como un difunto Luis de Quiñones.

—¿Y qué ha de ser verdad? repuso el tendero.

—Que doña María se ha casado.

—Toma, toma: pues ya hace dos años que se casó.

—Es imposible: no lo puedo creer: esa doña María que yo digo es mi esposa.

—¡Ah! ¡pues sería bueno! ¡tener dos maridos!

—Debeis equivocaros.

—Vamos claros, dijo el tendero saliendo del mostrador y de la tienda hasta la calle: ¿esa dama por quien me preguntais vivia hace dos años en aquella casa?

—Justamente, replicó Luis.

—Pues entonces me afirmo en lo dicho. Doña María se casó hace dos años con un indiano muy viejo y muy rico que vive allí en esotra esquina. Si doña María es vuestra esposa (y habeis debido casaros de secreto, porque yo no tengo noticia del primer casamiento de doña María), buscad á la justicia y dadla parte. ¡Vaya un caso raro! pero ya comprendo: teneis una cuchillada en el rostro que os debe

haber tenido á la muerte: si han llegado noticias falsas... id á la justicia: pero os aconsejo que no os metais con el indiano, porque aunque viejo, es terrible y muy celoso. ¿Pero á quién estoy hablando yo? ¡calla! se ha ido á meter en el zaguan de enfrente de la casa del indiano. Aquí va á pasar algo: casada con dos: ¡si aquella doña Catalina, á quien Dios perdone, era el diablo!

Luis de Quiñones en el zaguan, y el tendero en su tienda, estuvieron esperando impacientes mas de dos horas. Luis de Quiñones, porque en adquirir la certeza de la traicion de doña María, le iba algo mas que la vida, el alma: el tendero, porque aquel era un escándalo del cual no debia perderse ni el mas mínimo detalle.

Asomaron al fin, viniendo de la calle de Toledo, doña María y el viejo esposo, asidos del brazo, en paso reposado y con un aspecto de felicidad doméstica, que daba envidia y causaba estrañeza. Porque ¿cómo suponer sin ella, que aquella jóven, que de tal manera lucía su hermosura, con el manto abierto, alta la frente, chispeantes los ojos, riente la boca, podia de buena fé mirar y sonreir de aquel modo á su viejo marido, especie de espectro ambulante, de representacion magra, añeja, amojamada, de una humanidad horrible?

Y sin embargo, doña María solo tenia miradas ardientes y sonrisas amantes para su esposo.

—¿Amaria acaso aquella mujer á su marido? dijo Luisa.

—En primer lugar, Melchor de Arévalo, que así se llamaba el indiano, contestó Satanás, no era marido de doña María.

—¡Ah! no comprendo...

—Doña María estaba tan vírgen como cuando conoció al estudiante; el indiano solo era su esposo, porque no podia ser su marido.

—No te comprendo mas que antes.

—Mas vale así. Melchor de Arévalo era para doña María lo que una oruga para una flor, lo que un caracol para una planta lozana. Doña María le aborrecía con toda su alma; el indiano miraba con el mas profundo recelo á doña María: ella se habia casado por los doblones del viejo, creyendo poder burlarle; el viejo se habia casado con ella para tener en su casa un objeto de lujo que añadir á su papagayo, á su mono y á su esclavo negro: la vanidad, no el amor, habia unido á aquellos dos séres tan contrapuestos en todo lo demás: doña María gastaba brocados, perlas, diamantes; iba á los mejores aposentos (palcos se llaman ahora) á ver las comedias: entraba radiante de hermosura y de joyas en las casas mas altas, en las fiestas mas aristocráticas, porque el dinero entra en todas partes, pero

siempre asida al brazo del viejo esposo. Tenia una habitacion admirable por su riqueza, pero siempre desierta: en su mesa se servian los manjares mas raros y costosos, pero nada calmaba el hambre rabiosa del corazon de aquella mujer, toda voluptuosidad, esclava del deleite, nacida para ser una de esas copas de oro envenenadas que se brindan á todos los labios sedientos, y abandonada y vacía en el rincon de un armario.

Y no creas que doña María estaba desprovista de un amante por falta de adoradores: la cercaban, la asediaban, iban tras ella á todas partes, porque doña María además de ser escesivamente hermosa, era escesivamente difícil; pero todos aquellos adoradores, entre los cuales se encontraban altísimos personages, no habian podido decirla su amor mas que con los ojos, y por medio de músicas y de rondaduras; el viejo y horrible indiano era una sombra, un adherente eterno de su jóven y seductora esposa, y parecia como que gozaba con los empeños inútiles y desesperados de los amantes en pena de doña María.

Esta, por su parte, tenia demasiada astucia, demasiado talento para abstenerse de contestar con una sola mirada á las ansiosas miradas de sus sitiadores, y para afectar de la manera mas perfecta un amor solícito y desinteresado al hombre con quien se habia unido, y un estremado celo por su honra: pero la astucia y el talento de doña María no bastaban para encubrir á los ojos de su verdugo, la verdadera situacion del alma de su víctima; Melchor de Arévalo comprendia perfectamente que doña María estaba desesperada, arrepentida de todo corazon de haberse unido á él, ansiosa de una ocasion propicia para huir de un hombre á quien aborrecia de muerte, y afectuosa, buena, tranquila y contenta en la apariencia para confiarle.

El indiano, sentenciado por sus desórdenes multiplicados, por la posibilidad que le daba su oro, á vivir en el mundo en un aislamiento horrible, se vengaba, por mejor decir, se consolaba de su miseria, sentenciando á la misma miseria á doña María.

Y esta lucha horrible, miserable, vergonzosa, existia oculta sin que nadie pudiese adivinarla, comprendida y gozada solo por el indiano, sufrida solo por doña María.

En cuanto al mundo, como sucede casi siempre, se engañaba, veía un fenómeno en el amor de aquella niña hácia aquel viejo, y nada mas.

Luis de Quiñones se engañó, como se habia engañado el mundo, al ver desde su escondite del zaguan, llegar á los dos esposos á su

casa: doña María se apoyaba con indolencia, casi con delicia, en el brazo del indiano, reía, charlaba alegremente con él, y le miraba enamorada ni mas ni menos que podría haberlo estado una jóven casada con el hombre de su amor, durante ese espacio de delirio y de fascinacion que se llama la luna de miel en nuestros tiempos, y que entonces hacia decir á nuestros abuelos cuando veían á dos enamorados de esta especie: « No se les ha acabado todavía el pan de la boda. »

Engañóse, pues, nuestro jóven, y cuando los esposos se hubieron perdido en el zaguan de su casa, salió desesperado de su acechadero, y con las mulas y el mozo, que esperaban en una esquina, fué á dar consigo en un meson, encerróse en su aposento, y con la cabeza volcanizada por una fiebre horrible empezó á meditar su venganza.

Esto es, empezó á meditar un recurso para hacerse daño á sí mismo.

Otro hombre, pasada la primera é inevitable fiebre, hubiera considerado que una mujer que vende su corazon al oro, siquiera sea poniendo como condicion de su venta el matrimonio, es una prostituta que ha hecho mercancía de sí misma, é indigna por lo tanto no ya del amor, sino tambien del respeto de un hombre honrado: no comprendió que, en vez de entristecerse, debia alegrarse y dar gracias á la suerte, que le habia libertado de ser como marido la víctima de aquel sér degradado, y en vez de tomar un partido prudente se obstinó, y se puso en una lucha dolorosa é inútil contra lo que ningun hombre puede luchar: contra su destino.

—¡Amaba! dijo Luisa.

—Luis de Quiñones te es simpático, observó el diablo, porque te le presento soñador como tú, empeñado en mirar el amor por una de sus mas falsas fases: tú amas como Luis de Quiñones: tú que estás espuesta á sufrir un desengaño tan terrible como el suyo, te obstinarás como él...

—¿Que yo sufriré un desengaño? esclamó Luisa: es decir que Juan...

—No hablemos ahora de Juan, ni de tus amores, sino de los amores de Luis de Quiñones, dijo Satanás.

—Pero esa historia me interesa muy poco ó nada: si pude escuchar con atencion la de mi abuela, esta empieza á cansarme y tengo mucho que preguntarte.

—Me he propuesto invertir toda la noche á tu lado, y para ello necesito materiales, que encuentro cómodamente en la historia que

te estoy refiriendo: además, algun dia conocerás la tremenda relacion que tiene contigo esa historia: sé, pues, menos impaciente y escucha: todo lo que puedo hacer es concentrar un tanto mi relato: prosigamos.

Luis de Quiñones rondó mucho á doña María, la siguió á todas partes, la asedió, y logró lo que ningun amante habia logrado; corromper á la dueña de doña María, y hacer que llegase á ella una carta suya.

La contestacion fué breve: la dueña, despedida de la casa, se le presentó con la carta abierta, señal clara de que habia sido leida, y la relacion siguiente:

« Decid á ese caballero, que no le conozco, que no le he visto en mi vida; que los sucesos á que en su carta se refiere deben haberle acontecido con otra; que esa equivocacion me ofende, porque me supone miserable y perjura: que si yo le hubiese amado y jurado esperarle, no me habria casado con el único hombre á quien he amado, amo y amaré.»

Á tanta audacia, Luis de Quiñones no supo hacer otra cosa que bajar la cabeza aterrado, y ponerse de tal manera enfermo que su vida estuvo en peligro.

¡ El amor! ¡ oh! ¡ el amor de los hombres, ese sueño de la imaginacion, esa locura heredada, es la pasion mas funesta, y que peores consecuencias puede traer sobre la sociedad y sobre la familia! Un empeño de amor puede llevar á todas las infamias, á todos los crímenes, á todas las bajezas, y Luis de Quiñones, desesperado por el amor, dió en el abismo mas profundo en que puede caer un sér humano.

No pensó en vengarse de doña María, porque la amaba demasiado: su amor por ella, llegó hasta el punto de respetar al hombre de quien doña María se fingía tan enamorada, por no amargar con un dolor incurable á la mujer de su amor. ¡ Oh! ¡ insensato! ¡ insensato! ¡ si hubiera leido en el corazon de doña María! ella, comprendiendo su amor desesperado, le habia irritado, pensando en hacer de él un instrumento de muerte para el indiano: ¡ si el estudiante hubiera comprendido á doña María!

Porque ella, que se habia equivocado al casarse con aquel hombre; que habia creido hacer un negocio beneficiosísimo, sin sacrificio alguno por su parte; que se habia creido bastante poderosa para engañar al indiano, y aun para hacerle un esposo resignado; al conocer su error se desesperó: desesperada, al ver al estudiante se ale-

gró, porque dijo: «Mi desden le irritará: me ama cuanto puede amar un hombre: sentirá horribles celos: sus celos le harán necesaria la muerte de este hombre, le provocará, le matará, se perderá por mí, y yo quedaré viuda, rica y libre de un amante tonto, que si no dá en manos de la justicia, se verá obligado á huir, y de este horrible cadáver viviente con quien me uní en mal hora.

El pensamiento de doña María no podia ser mas infame.

Pero se engañó.

Luis de Quiñones no podia vengarse de ella, ni matar al indiano; Luis de Quiñones fué infame no con los que tenian la culpa de su desdicha, sino con los que ninguna parte tenian en ella.

Sedujo, ya por el amor, ya por la conveniencia, á cuantas mujeres pudo: se gozó en las lágrimas, en la desesperacion y en el despecho: hizo de su vida una contínua degradacion: y á medida que se degradaba, iba creciendo su odio hácia la humanidad, y su desesperado amor á doña María. Llegó al punto de que gastado su último doblon, se encontró miserable é impotente para practicar el mal; entonces una casualidad horrible le abrió un nuevo y espantoso camino para gozar en los dolores de la humanidad, para embotar en ellos los suyos.

El tio Antoñete, verdugo de la villa de Madrid, habia muerto asesinado por un compadre suyo.

Luis de Quiñones se presentó solicitando la plaza vacante: aunque tuvo muchos opositores, la espresion de ferocidad que habia dado á su semblante la desgracia, siempre sentida en aumento, siempre exasperada, y la tremenda cicatriz que le cruzaba el rostro, le dieron la supremacía sobre los demás.

Los buenos regidores perpétuos comprendieron que ya era avaricia pretender encontrar un sér humano de aspecto mas avieso y que mas en armonía estuviese con el patíbulo, que desde entonces debia ser su trono. La plaza de verdugo jurado de la villa de Madrid, fué proveida definitivamente en Luis de Quiñones.

La primera vez que con su trage negro de bayeta y la escalera de la horca puesta como divisa en el sombrero, se presentó Luis de Quiñones á doña María, esta se estremeció.

Habia visto al estudiante muchas veces pasar delante de ella, ébrio, acompañado de mujerzuelas, dejando oir el lenguage repugnante de la degradacion mas cínica: habia comprendido que la desesperacion le habia llevado hasta aquel límite vergonzoso; pero cuando le vió trasformado en verdugo tuvo miedo: quien á tanto habia llegado, no pu-

diendo forzar mas lo horrible, debia concluir por volverse, perdido todo freno, todo temor, contra aquel imposible que le irritaba: pero doña María se engañó tambien: la protegia un talisman poderoso: el amor del verdugo: el amor, siempre inmenso, abnegado, poético, puro, que como una lámpara alimentada por el fuego sagrado en un vaso de oro, ardía en el alma de Luis de Quiñones.

Este comprendió el terror de doña María, no como terror, sino como repugnancia, y dejó de ponerse á su paso; se aisló en su infamia.

Y pasaron los años.

Doña María siempre esclava y siempre sonriente.

El indiano siempre cruel y celoso con su víctima.

Luis de Quiñones, tornándose cada dia mas feroz y mas degradado, porque ninguna pasion, ninguna virtud, ningun crímen, ninguna bajeza tienen límites.

No lo hice yo, hízolo el acaso, que á los cinco años de su matrimonio con doña María, se encontrase de repente en su casa el indiano, con un sobrino suyo, jóven, buen mozo, y sobre todo, riquísimo, que armado de sendos doblones, venia á pretender á la corte una vara de alcalde para la audiencia de Méjico.

El sobrino tenia veinte y cuatro años, y por cada año de su edad contaba un millon de pesos fuertes; en hacienda era diez veces mas rico que su tio; delante de él habian entrado hasta una docena de pesadísimos cajones, que habian fijado la codiciosa mirada del viejo.

Si Diego de Arévalo, que así se llamaba el jóven, hubiese llegado solo, su tio no le hubiera acogido en su casa; pero para que saliese el sobrino, era necesario que los cajones saliesen tambien: esto no podia ser: sin darse la razon de cómo ni á qué precio, un instinto misterioso habia dicho al avaro viejo que aquellos cajones serían suyos.

El sobrino se quedó en la casa.

Doña María solo tenia veinte y un años, y estaba en todo el esplendor de su hermosura.

Diego de Arévalo no fué poderoso, al verla, de otra cosa que enamorarse locamente de ella.

Ella sintió hácia Diego lo mismo que cinco años antes habia esperimentado por Luis de Quiñones. Supo, mas esperimentada, dar á entender su amor al jóven, sin que lo notase el viejo Argos; cruzáronse cartas, y por último, se concertaron unas vistas.

Pero estas vistas eran imposibles; situadas en dos estremos opues-

tos de la casa las habitaciones de entrambos jóvenes, y siendo de todo punto necesario pasar, para trasladarse de la una á la otra, por las habitaciones del viejo, no habia que pensar en ello.

Pero el amor discurre.

Diego habia oido hablar continuamente á su tio, y con gran deseo de su adquisicion, de una hermosa huerta de Aranjuez, por la cual su dueño pedia una suma exhorbitante.

Diego se valió de una tercera persona, pagó por medio de ella, y adquiriendo á nombre del agente la huerta, hizo que este mismo agente propusiese ya como propietario, la venta de la huerta al indiano.

Hízose el trato, compró la huerta el viejo, y como era indispensable su toma de posesion, el marido anunció á su esposa que se preparase para acompañarle á Aranjuez; pero doña María se habia puesto mala, y pretestó que no podia.

Aquella enfermedad repentina en su esposa, que siempre habia gozado de una salud á toda prueba, hizo recelar al viejo, pero se guardó muy bien de espresar su recelo: detuvo el viaje, llamó al médico, y al dia siguiente, mientras su sobrino estaba en palacio ocupado en sus pretensiones, y doña María en la cama sujeta por su pretendida enfermedad, detuvo al médico y se encerró con él.

Ofrecióle, dióle, y el médico, ya vencido, le declaró que su esposa estaba perfectamente buena, y en estado de emprender no ya un viaje á Aranjuez, sino al fin del mundo.

Melchor de Arévalo dió otro puñado de oro al médico porque guardase un profundo secreto acerca de su entrevista, y en seguida llamó á la dueña de doña María, la ofreció oro á montones, y concertó con ella una sorpresa á su esposa y á su amante.

Al dia siguiente, fingiéndose lo mas solícito del mundo, el viejo dijo á doña María, que puesto que su indisposicion era leve, que si bien la impedia el viaje á Aranjuez, no ofrecia peligro alguno, y quedando como quedaban para asistirla su servidumbre y su sobrino, habia resuelto no dilatar mas la toma de posesion de la huerta, y que iba á partir en seguida.

Doña María le despidió con el mayor afecto, rogándole que volviese cuanto antes; y montando el indiano en una mula de paso, acompañado de un escribano y de un mozo de esquina, y acompañado por su sobrino hasta el puente de Toledo, tomó el camino de Aranjuez.

Durante todo el dia, los jóvenes permanecieron separados; pero

cerca ya de las doce de la noche, doña María despidió á su dueña, se puso un trage de viaje, metió en una maleta sus joyas y alguna ropa blanca, y poco despues apareció Diego de Arévalo.

—¿Lo habeis dispuesto ya todo? dijo doña María.

—Sí, las mulas esperan en la calle de Toledo, luz de mis ojos, dijo el enamorado mancebo, acercándose resueltamente y con inequívocas intenciones de abrazar á doña María.

—Teneos, dijo esta: estoy en casa de mi esposo: dejadme que respete su honra mientras esté en ella: tiempo sobrado tendremos lejos de España. Pero ¿y vuestro dinero... le vais á dejar?...

—Para que se consuele mi tio...

—¡Ah!

—¿Qué importa ese poco de oro comparado con vos? ¿á qué ese embarazo por los caminos? Dejad, pues, eso, y ya que dilatais mi felicidad hasta encontraros fuera de esta casa, salgamos de ella cuanto antes.

Doña María tendió la mano al jóven; pero en aquel momento se abrió con estruendo una puerta, y apareció Melchor de Arévalo, furioso, espada en mano, y tiró una estocada á doña María, que errada por la cólera, fué á herirla en un hombro, deteniéndose la punta en el hueso.

Diego tiró de su espada, y se interpuso.

Doña María, aterrada, no teniendo por donde huir, abrió el balcon... y se arrojó á la calle, ciega por el miedo, á tiempo que pasaba por ella Luis de Quiñones.

Luis de Quiñones, que cada vez mas enamorado, sino se presentaba á doña María, elegía las altas horas de la noche para acercarse á ella cuanto le era posible.

Entre tanto el tio y el sobrino se habian vuelto el uno contra el otro, y fuese que Melchor fuera mas diestro, ó Diego mas desgraciado, este cayó al suelo muerto, atravesado de parte á parte de una estocada.

Melchor cerró el balcon.

Y entonces, á pesar del terror y de la rabia que le habia causado la traicion de doña María y la muerte de su sobrino, sobreponiéndose en él á todo su avaricia, esclamó:

—He perdido á mi esposa, he muerto á mi sobrino, pero me queda el tesoro que mi sobrino ha traido de las Indias.

VI.

Cuando Luis de Quiñones se vió solo en su infame tabuco con doña María, con la única mujer á quien habia amado, en vez de alegrarse, se aterró.

Porque ya te he dicho, Luisa, que el amor del verdugo era un amor de raza pura, una enfermedad incurable, sobrepuesto á todo, que todo lo dominaba en el alma del jóven.

Primero le aterró el estado de doña María. Estaba desmayada y ensangrentada, y el verdugo recordaba que el balcon por donde se habia arrojado era alto, lo bastante para temer por la vida de doña María.

Solo, sin auxilios de ningun género, porque no se atrevió á llamar á nadie, á buscar en un socorro una prueba tal vez contra doña María, se redujo á auxiliarla por sí mismo, y al cabo doña María abrió los ojos: miró en torno suyo y reconoció á su antiguo y tenaz amante.

Un terror frio, horrible; un doble terror por el estado en que se encontraba, y por verse al lado de Luis de Quiñones sin que pudiese esplicarse la causa, helaron su corazon.

Y sin embargo, aquella mujer terrible, á pesar de su lamentable estado y de su espanto, tuvo fuerzas para dominar la situacion, para tender la mano al verdugo, y para decirle con voz conmovida:

—¡Luis! ¡Luis! ¿cómo es que me encuentro á vuestro lado dolorida, ensangrentada, medio muerta? ¡Ah! ¡Dios mio!

Luis creyó morir al contacto de aquella mano temblorosa y fria, al sonido de aquella voz dolorosa, triste, desesperada.

—Pasaba por debajo de vuestros balcones, dijo el verdugo, como he pasado todas las noches durante dos años.

La voz de Luis de Quiñones temblaba.

—¡Oh! ¡sí! ¡recuerdo! ¡mi infame esposo!

—¡Vuestro esposo! ¡le llamais infame! ¡y hace tres años me asegurásteis que le amábais!

—Os engañé: me obligaron á que os engañase. ¡Qué horrible desgracia! ¡pero me muero! ¡siento horribles dolores!

En efecto, doña María sufria de una manera aguda: habia recibido una estocada en un hombro y habia caido á la calle desde una altura de quince pies: por fortuna ó por desgracia para doña María, la mayor parte de las calles de Madrid no estaban empedradas, y habia caido sobre un terreno natural reblandecido además por las lluvias.

Á medida que pasaba el tiempo, se iban haciendo mas agudos los dolores de doña María: hubo al fin un momento en que el dolor la fué insoportable, y rompió á llorar desesperada y á pedir que la curasen, aunque para curarla hubiese de dar de nuevo en las manos de su esposo.

Luis de Quiñones comprendió tambien que doña María no podia continuar en tal estado y buscó en su imaginacion un medio. Entonces se acordó de que el pregonero, gitano viejo redomado, con quien por razon de su oficio estaba en íntima armonía, era un famoso curandero. Consoló el jóven á su mal parada amante, la ofreció que volvia al momento con un médico, tomó su capa y su sombrero, y sin tocar casi con los pies el suelo, se trasladó á casa del compadre Rejoncillo, que dormía á pierna suelta, harto ageno de que nadie fuese á buscarle.

Pero aunque hubiera estado entregado á un sueño semejante al de los Siete Durmientes, los desaforados golpes que Luis de Quiñones daba á la puerta, y las desaforadas voces con que le llamaba, sacáronle primero de su sueño, luego de la cama, y por último, á la ventana.

Díjole el verdugo que abriese, ponderóle, despues de entrado, el compromiso en que se encontraba con una dama maltratada en su casa, que, segun dijo, le habia llevado un hidalgo por considerar su casa mas segura de pesquisas que otra alguna, y al cabo el tio Rejoncillo se vistió, tomó ciertos untos, y liándose en su ancha capa, siguió á su camarada á buen paso, y al fin, entraron en casa del verdugo.

Doña María se quejaba de una manera horrible.

Detúvose un tanto en el piso bajo Luis de Quiñones, subió á la habitacion donde en su mismo lecho estaba doña María, y la dijo:

—Conmigo viene quien os curará: es necesario, sin embargo, que no os vea el rostro. Dadme vuestro pañuelo.

—¡Ah Dios mio! ¡no puedo moverme! dijo la jóven. Tapadme el rostro con cualquier cosa.

Entonces la vista de Luis de Quiñones se fijó en un paño colgado

de un clavo en la pared; un paño de franela negra. Doña María lloraba, era necesario curarla cuanto antes, y Luis de Quiñones tomó aquel paño negro, y se le puso sobre el rostro.

Aquel paño era el que servia para cubrir el rostro de los ahorcados.

—¡Qué horror! esclamó Luisa.

—Lo horrible solo existe en la imaginacion, dijo Satanás: aquel paño era tan bueno como otro cualquiera: tal vez mejor que otro, porque venia á ser un símbolo.

—¡Un símbolo!

—Sí: el de la ejecucion moral de doña María, porque doña María al entrar en la casa del verdugo, habia muerto para el mundo.

Pero continúo: una vez preparada doña María para que el tio Rejoncillo no pudiese reconocerla, Luis de Quiñones hizo subir á aquel médico estraño.

—¿Dónde os duele, señora? dijo el gitano.

—Me duele todo, y me duele de una manera horrible: me parece que tengo rotos todos los huesos.

—¿Habeis dado alguna caida?

—Sí: he caido de lo alto de unas escaleras. Además tengo una herida en un hombro.

—¡Veamos! ¡veamos! dijo el gitano con la misma prosopopeya que podia haber demostrado un doctor *in utroque;* primero la herida.

Y el magnífico hombro de doña María y parte de su seno, quedaron descubiertos.

Luis de Quiñones se estremeció, suponiendo un escesivo rubor en el semblante de doña María tras el velo negro de los ajusticiados; pero yo sé que doña María no se ruborizó, sino que se puso pálida de miedo al sentir sobre su hombro la mano del pregonero.

—¡Vamos! lo que es esto no es nada, dijo el tio Rejoncillo; rasga una de tus camisas, compadre, y empapa un pedazo en agua fresca. No tembleis, señora, que yo os pondré un bálsamo que os refrescará la herida, y os la cerrará en tres dias. ¡Y qué real moza es esta dama! murmuró para sí el gitano: ¡qué carne de nácar! ¡bribon de Luisillo! ¿dónde habrá pillado esta ganga?

Y entre tanto curaba la herida con mas destreza y práctica que la hubieran curado muchos cirujanos de nuestros dias.

Despues inspeccionó, reconoció miembro por miembro el cuerpo de la jóven.

Esta inspeccion fué un tormento horrible para Luis de Quiñones, que suponia siempre en doña María un sentimiento de que doña María carecia enteramente.

—No hay hueso roto ni dislocado, dijo el pregonero; solo hay un magullamiento general: esto no es nada: voy á frotaros con cierto unto, y lo dicho, dentro de poco no sentireis nada, y dentro de tres dias podreis dejar el lecho.

Siguió la cura, y á las tres de la mañana el verdugo despedia al pregonero, y subia á ponerse á la cabecera de la cama de la jóven.

VII.

Como habia dicho muy bien el tio Rejoncillo, doña María estuvo en disposicion á los pocos dias de dejar el lecho.

Y entonces, cuando se vió sana y fuerte, fué cuando concibió lo horrible de su situacion.

La situacion de Luis de Quiñones se empeoró tambien en lo moral y en lo físico.

En lo moral, porque tenia á su lado una mujer que le embriagaba, á quien habia amado desde que la vió, y que, como si Dios hubiera querido sujetarle á una prueba dolorosa, á un horrible suplicio de Tántalo, estaba infinitamente mas hermosa que cuando la conoció Luis de Quiñones.

Á los diez y seis años, doña María habia sido una niña hermosa y desarrollada, pero á los veinte y uno, era una mujer admirable: sus ojos brillaban de una manera ardiente: su frente pálida, tersa, magestuosa, coronada por unos brillantes y riquísimos cabellos, era la frente de una deidad pagana, soñada por el genio poético de la Grecia: como para demostrar que su palidez era una palidez producida por un temperamento poderoso, no por enfermedad, sus labios eran puramente rojos, con el rojo transparente y límpido de la flor del granado: su cuello aseguraba por su forma voluptuosa la existencia de encantos incomparables; vibraba al andar su redonda cintura, y sus manos y sus brazos, mórbidos, modelados de una manera hechicera, parecian robados á una bella estátua antigua de mármol de Paros. Su cuerpo daba á las plegaduras de sus ropas algo de

régio, algo de soberano, de esa soberanía que reciben de la naturaleza las mujeres verdaderamente hermosas.

Y toda esta incitante suma de belleza estaba aumentada para Luis de Quiñones, por la conducta tentadora que con él observaba doña María.

Sonreíale de una manera que los hombres llamarian satánica, y que yo llamo falaz, puesto que aquella sonrisa representaba amistad, solicitud, y aun algunas veces, amor; y doña María, si sentia algo por Luis de Quiñones, era repugnancia: y obligada á vivir á su lado, aquella repugnancia no tardó en convertirse en aborrecimiento, y en aborrecimiento mortal: á mas de esta sonrisa pérfida, cuando Luis de Quiñones estaba distraido, profundamente pensativo, doña María le miraba con una mirada de deseo, mirada que, al volver la cabeza el verdugo para contemplar á doña María, le parecia divina, y, sin embargo, aquella mirada era tan embustera, tan falsa, como la sonrisa. Cuando Luis de Quiñones estaba mas triste, mas sombrío que de ordinario, doña María le consolaba llamándole su amigo, su querido amigo, su libertador, con un acento tan dulce como su sonrisa y como su mirada, y tan falso como ambas. Por último, doña María procuraba por cuantos medios estaban á su alcance forzar la fascinacion, el culto idólatra que por ella sentia el jóven.

He dicho antes que doña María estaba obligada á vivir al lado del verdugo, y voy á decirte la causa.

En el momento en que doña María, calmados los agudos dolores causados por su caida, pudo quedarse sola, que hasta entonces, á pretesto de enfermedad, no se movió el jóven de su lado, este salió á tomar, como suele decirse, lenguas acerca de lo que habia sucedido en casa del indiano.

Por una de esas casualidades estrañas, que parecen á veces acontecidas para satisfacer los deseos humanos, lo primero que encontró Luis de Quiñones, al atravesar la Puerta de Moros, fué á Melchor de Arévalo, que muy de prisa, al parecer muy alterado, iba hablando mano á mano con un corchete, famoso por lo pícaro, á quien llamaban Redondela.

Al ver Luis de Quiñones á maese Redondela, no se tomó ya mas trabajo. Volvió á su casa, dijo á doña María que habia encontrado á su marido en la calle, sano y bueno, y que aquella noche la daria mas noticias.

En efecto, en cuanto las campanas tocaron á la oracion de las ánimas aquella noche, Luis de Quiñones se envolvió en su capa, sa-

lió de su casa, y se fué á una taberna subterránea, para bajar á la cual servian diez escalones, situada en una callejuela de la calle de Segovia, y donde se reunian varios compadres que nada tenian que perder mas que la vida, y á quienes, estando siempre próximos á la contingencia de ser azotados, interesaba estar bien con el pregonero y con el verdugo, á fin de que el primero no menudease sus pregones, que siempre iban acompañados de un vapuleo, y de que el segundo no cargase la mano demasiado en los azotes.

(Entre paréntesis: era una cosa que me hacia mucha gracia el ver á la humanidad azotada por sí misma, y siento que la humanidad, al civilizarse, haya dado al olvido aquella moda.)

Luis de Quiñones arrojó una mirada en derredor de aquel antro, cuando dentro de él estuvo, y allá, en un rincon retirado, vió devorando un plato de uñas de vaca, ayudado por sendos tragos de un jarro de estaño, á un hombrecillo regordete, de ojos malignos y de sonrisa de cantárida.

Aquel honrado sugeto era á quien buscaba el verdugo.

Acercóse á la mesa Luis de Quiñones, y se sentó sin ceremonia delante del hombre que comia.

—¡Hola, amigo ejecutor, brazo secular de la justicia, escarmentador de pícaros, y sacudidor de espaldas dañadas! dijo el hombrecillo: ¿qué diablos habeis tenido, que en la villa se ha hablado de vos porque no se os veía, y no habeis parecido por estos lugares?

—Un pasmo, señor ministro Redondela, dijo Luis de Quiñones. Un pasmo que aun no me ha salido del cuerpo.

—En verdad, en verdad, dijo el corchete acariciando con los dientes un huesecillo de pezuña, en verdad que hace un frio tal, y tan homicida, que casi le dán á uno ganas de ser solfeado por vuesa merced, á fin de entrar en calor.

—Pues por eso no quede, compadre, dijo Luis de Quiñones, que antes han de faltar vuestras espaldas, que mi sacapolvo, y no es menester echar memoriales para cantar á compas por esas calles con edificacion de las gentes. Pero ni vos sois hombre á quien pueda justamente azotarse, ni yo mismo sé si tendria valor para tocar á tan respetables espaldas: y si por entrar en calor lo desea vuesa merced, yo sé de qué manera pueden ponerse dos amigos mas calientes que un horno. ¡Hola! ¡señora Mónica! ¡prenda! ¡traednos acá cuatro raciones de caracoles con picante, y dos cuartillos de aguardiente!

Y como el corchete mirase con cierto terror inequívoco al verdugo, á causa de su pedido, Luis de Quiñones dijo con un acento de proteccion, que hubiera hecho honor á un grande de España:

—Yo pago.

—Y ¿quién se muere? ¿á quién heredais, maese? dijo con curiosidad el alguacil.

—Me han dado cuatro escudos, dijo en voz baja Luis de Quiñones, porque ahorque bien á ese camarada que van á meter en capilla un dia de estos.

—Buen oficio teneis, maese, y se parece algo al de los médicos, porque os pagan para que mateis bien.

—No hay oficio que no tenga sus provechos, como tambien sus quiebras: si no acordaos de aquel tunante que cuando fuí á pedirle perdon, como es costumbre, porque me mandaban ahorcarle, se me tiró al cuello, á pesar de los grillos y de las cadenas, y me atenazó tal bocado en un hombro, que me durará la cicatriz para mientras viva: sin contar la mala moneda en que me pagan, y las desvergüenzas que me dicen cuando voy á los puestos por la mañana á cobrar los cuatro maravedises.

A este tiempo la señora Mónica trajo una enorme fuente, cuyo solo vaho hubiera hecho estornudar; dos enormes alfileres que entregó á cada uno de los comensales, y una botella de vidrio llena de aguardiente tambien picante.

El corchete y el verdugo se aplicaron, tenedor en mano, á la gustosa tarea de devorar los caracoles, y siguió el diálogo interrumpido un momento.

—Sí, ciertamente que no hay oficio que no tenga sus quiebras, dijo el corchete, pero las del vuestro son tortas y pan pintado, comparadas con las del mio: á vos os dán los criminales atados y encadenados para que los finiquiteis: nosotros tenemos que apoderarnos de ellos y atarlos, lo que no siempre se hace á mansalva, soliendo acontecer, que en la prision que se cree mas llana y hacedera, queda un ministro sin respiracion, ó cuando menos, tuerto, ó manco, ó cojo, ó estropeado: pues ¿y las rondas, y las verbenas, y las romerías? ¿Sabeis vos lo que es ir á poner paz entre dos hidalgos que riñen? Tajo, y revés, y cintarazo se pierde para ir á parar á nuestra cabeza, á nuestro rostro ó á nuestras espaldas, que el que, despues de recibirlo, puede contar que lo recibió, se dá por feliz y contento. Y sin eso, mil impertinencias, y mil disgustos, y contínuas contrariedades, y noches al sereno, y dias al sol. Vamos, es

necesario ser de hierro, y tener mucha alma para ser ministro de justicia en estos tiempos.

—Todo eso es verdad, maese Redondela, todo eso es verdad; pero tambien se gozan buenos ratos con las mozas busconas y entretenidas, y buenas meriendas con la gente alegre, y alguna que otra adehala que saca de mal de año. Sin mas andar, esta mañana os vi mano á mano con cierto señor muy rico, que segun os hablaba, mucho será que no os necesite para asunto de cuantía.

—¡Bah! ¡el indiano de Puerta de Moros! ¡el rico mas ruin que conozco, y que cree que por un real de vellon, está obligado un hombre de bien á correr por él de Ceca en Meca! ¡un hombre que se ha empeñado en que le busque su mujer!

—¡Que le busqueis su mujer!

—Sí señor: su mujer, y aun su sobrino, que se ha largado de casa con ella.

—¿Pero ha tenido mas que dar parte á la justicia?

—Y la ha dado: pero como la justicia ha buscado y no ha encontrado, y viendo que no encuentra, ha dejado de buscar, el indiano ha llegado á mí, particularmente, y afirmándome que ama á su mujer, y mucho mas á su honra, me ha encargado que busque á la niña perdida.

—¿Con que un sobrino del indiano le ha robado su mujer? ¿tan mal guardada la tenia?

—¿Y quién guarda á las mujeres, si ellas mismas no saben guardarse?

—Guardar sabré yo á doña María, dijo para sí Luis de Quiñones, y de tal modo, que todas las justicias del mundo no puedan dar con ella.

Y como sabia ya lo que necesitaba saber, y como habian dado fondo los caracoles y el aguardiente, abrevió la conversacion con el corchete, pagó y se volvió á su casa á decir á doña María que su marido revolvia, por buscarla, hasta las piedras de Madrid.

—¿Y qué puede sucederme si me encuentra? dijo doña María.

—Puede sucederos que os acusen de adúltera...

—Es que yo no lo soy. Es que no puedo serlo, dijo doña María.

—Pero habeis huido de su casa: al encontraros sola en mi casa conmigo, nos acusarian á los dos de adulterio, y nos tendrian presos toda nuestra vida.

La prision perpétua hubiera sido preferible para doña María, á vivir con Luis de Quiñones, que le repugnaba y le causaba horror. ¡Pero una acusacion de adulterio con el verdugo!

Esto estremecia á doña María: hubiera preferido que la enterrasen viva.

Y sin embargo, ella era la causa de la degradacion, de la infamia de aquel hombre.

Por esa razon he dicho que doña María se veía obligada á vivir en casa del verdugo, y á vivir oculta.

—Pero ¿no habia muerto el indiano á su sobrino? dijo Luisa.

—Sí.

—¿Y por qué buscaba entonces á su sobrino y á su mujer?

—Cabalmente porque la justicia, viéndole tan solícito en buscarlos, no le acusase de su pérdida.

—¡Pero el cadáver!

—Vamos, Luisa, tú eres como aquellos lectores que exigen del autor que todo lo justifique, que todo lo razone, y que invierta muchas páginas en justificar y razonar; con decir que Diego de Arévalo se habia perdido, está dicho todo: te diré, sin embargo, cómo se perdió. Su tio era avaro; como avaro calculista; como calculista de resolucion fria, segura: cuando vió muerto á su sobrino, se asomó al balcon; nadie habia en la calle, porque Luis de Quiñones se habia llevado ya á doña María: entonces cerró el balcon; y abriendo silenciosamente las puertas que por aquel lado comunicaban con los sótanos, y cerrando con igual silencio las que correspondian á las otras habitaciones de la casa, cargó con el cadáver, le bajó á los sótanos, abrió una sepultura, y le enterró. Despues invirtió lo que quedaba de la noche en lavar la sangre, y antes del amanecer salió secretamente de la casa como habia entrado, y se fué á tomar posesion tranquilamente de su huerta de Aranjuez.

Cuando volvió, al darle cuenta sus criados, que nada habian sentido de la catástrofe, de que su esposa y su sobrino habian desaparecido, dió parte á la justicia, y se apoderó de los cajones del difunto, que encontró llenos de pesos mejicanos.

El viejo hizo un buen negocio, y templado su dolor por la pérdida de su esposa, con la posesion del tesoro que habia traido de Méjico su sobrino, durmió tranquilamente.

—¿Pero cómo podia dormir tranquilo aquel hombre, sabiendo que la dueña que le habia introducido furtivamente en su casa sabia su crímen? dijo con una lógica inflexible Luisa.

—¡Otra justificacion mas! dijo con impaciencia el diablo; si seguimos así, no acabarémos nunca. La dueña era un cabo suelto que dejaba la Providencia de Dios, y que debia servir en su dia. En

cuanto al indiano, como la dueña estaba tan interesada en el secreto como él, nada receló.

Volvamos á Luis de Quiñones.

Nos ocupábamos de su padecimiento moral al lado de doña María. Continuemos.

La situacion terrible en que la jóven se encontraba, requeria suma prevision. Ni aun podia vivir en la casa del verdugo, que era pequeña, y frecuentada continuamente por el pregonero, por los atormentadores, tanto de la justicia secular como del tribunal de la Inquisicion, y por vagos y perdidos que no desdeñaban tratarse con tales gentes.

Luis de Quiñones, sin esponerse á escitar sospechas, no podia variar sus costumbres: no podia tampoco dejar ver á doña María, por la cual le preguntaba insidiosamente el tio Rejoncillo. El verdugo contestaba, que aquella dama, por resultado de una aventura amorosa, le habia sido confiada por un hidalgo para que la tuviese oculta y la curase; que despues de haber sido curada, el hidalgo le habia pagado, se habia llevado la dama en una litera, y que no habia vuelto á saber mas de ella.

El tio Rejoncillo, al oir esta contestacion, miraba maliciosamente á Luis de Quiñones, y se callaba.

Mientras la casa del verdugo tenia dentro de sí alguno de los que la frecuentaban, doña María estaba escondida en un desvan, situado encima de la habitacion donde los amigos del verdugo se reunian. Luis de Quiñones habia adoptado este partido: el techo de aquella habitacion era de tablas superpuestas á tres vigas de pino. Luis de Quiñones habia levantado dos de aquellas tablas, y por la abertura que dejaban practicable, y por medio de una escalera de mano, doña María se ocultaba en el momento en que llamaban á la puerta de la casa del verdugo; recogia la escalera, colocaba las dos tablas en su sitio, y solo entonces abria la puerta de su casa Luis de Quiñones.

Esto sucedia á cada momento todos los dias: ya era un alguacil que buscaba de oficio al verdugo; ya era un enamorado que venia encubierto en busca de bebedizos; ya los compadres cuotidianos, que acompañados generalmente de rameras, venian á hacer un garito de la casa de Luis de Quiñones, donde se jugaba, se comia, se bebia, y se cometian todo género de licencias, pero en silencio, á fin de que el rumor de la degradacion y del vicio no traspirase á la calle, y llegase á oidos de la justicia.

Otras veces eran ladrones que iban á depositar alhajas ó dinero robado en los sótanos de la casa.

Porque Luis de Quiñones, escitado por la desesperacion que habia causado en su alma la traicion de doña María, habia bajado á todas las degradaciones, á todos los crímenes, no quedándole por cometer mas que uno solo: el asesinato.

Doña María, oculta en su chiribitil, oía toda la horrible jerga de aquella sociedad monstruosa, en que se revolvian los ministros de justicia, esto es, los alguaciles, el pregonero y el verdugo, con rameras, rufianes, ladrones y vagabundos. Oía la jóven lo que nunca habia oido, y sufria Luis de Quiñones lo que no habia sufrido nunca, tan horrible, tan desesperado, al ver testigo de su degradacion y de su infamia á la mujer ante cuyos ojos hubiera querido aparecer el hombre mas noble y grande de la tierra.

Doña María, sin embargo, cuando estaban solos, le sonreía siempre, seguia llamándole su querido amigo, su libertador, su hermano, el hombre á quien todo lo debia.

Y Luis de Quiñones se admiraba de aquella conducta, y se admiraba de sí mismo, porque habia llegado á tener esperanzas.

Y estas esperanzas le torturaban tanto como le habia torturado su desesperacion; porque para llegar al amor de doña María, se habia visto obligado á atravesar un lago horrible de lodo y sangre.

El padecimiento, pues, del alma de Luis de Quiñones, no podia ser mas agudo, mas frio, mas insoportable. Pero no era menor su padecimiento físico.

Pero para procurar á doña María la mayor suma de comodidades que le era posible, habia acabado por privarse de todo, hasta de lo mas necesario. Habia hecho del desvan, y por sí mismo, una habitacion aceptable, abrigada, limpia, si bien estravagante por su forma, é incómoda por lo deprimido de su techumbre: Luis de Quiñones habia forrado de seda aquellas vigas, habia puesto una alfombra sobre aquellas tablas: habia abierto una ancha ventana, y la habia guarnecido de cristales: un lecho cómodo, limpio, que casi podia llamarse rico, ocupaba un ángulo de aquel desvan forrado: un espejo permitia á la jóven cerciorarse de si su hermosura empalidecia ó no: los perfumes mas costosos, las esencias, los artículos de tocador, en fin, que se usaban en aquella época, los tenia doña María. Por todas partes la rodeaban las muestras del amor mas delicado, mas respetuoso, mas ciego.

Una comida sana, variada, abundante, venia para ella bajo la

capa del verdugo, de la mejor hostería de Madrid, y entre tanto Luis de Quiñones comia pan solo, solo bebia agua; dejaba romperse su ropa mas de lo justo, y temblaba de frio de noche, en su cama, desprovista de abrigo.

Era el amor de Luis de Quiñones el amor en toda su intensidad, considerado desde el punto de vista del sacrificio.

Y sin embargo, doña María aborrecia mas y mas á cada momento al verdugo; y á medida que su aborrecimiento se determinaba mas, sus muestras de afecto hácia Luis de Quiñones se hacian mas francas, mas provocadoras; y como todo es infinito, á medida que el odio de doña María se refinaba mas en su alma contra el verdugo, el verdugo, engañado por la horrible y sostenida mentira de la jóven, llevaba su pasion á un límite desconocido de los hombres, y hasta el cual yo mismo he visto llegar á muy pocos.

El secuestro en que se encontraba, reducida á un espacio en que la faltaba aire, sin ver á nadie mas que al verdugo, sin escuchar otra cosa que la repugnante espresion de la orgía vergonzosa que cuotidianamente tenia lugar en aquella casa, habia llegado á hacerse insoportable á doña María.

Cuando llegó á este punto, comparando su horrible situacion con otra cualquiera mas desembarazada, aunque para procurársela la fuese necesario hacer el sacrificio de satisfacer los amores del verdugo, encontró este sacrificio menor que su permanencia en aquel estado.

«Él me ama, dijo, cuanto un hombre es capaz de amar á una mujer. Pero es necesario acabar de enloquecerle, ó de llevar su locura hasta donde me conviene. Pues bien, haré un sacrificio, y seré libre.»

La misma noche del dia en que la jóven tomó esta resolucion, cuando, ya tarde, volvió á su casa Luis de Quiñones, doña María levantó una de las tablas de su zaquizamí, y dijo con una voz dulcísima, sonora, ardiente:

—¡Luis!

El verdugo levantó la cabeza, y pálido, y tembloroso, contestó:

—¿Estais enferma, señora? ¿necesitais algo?

—Sí, dijo doña María, cuyo acento creció en fascinacion: necesito, quiero, deseo, que subais y me hagais compañía: estoy triste.

—¡Ah! ¿y puedo yo alegrar vuestra tristeza?

—¡Oh Dios mio! ¡sí! como yo puedo alegrar la vuestra.

—Yo no estoy triste, dijo Luis de Quiñones, desmintiendo con su acento y con su sonrisa sus palabras.

—Vos morís, dijo doña María, y yo no quiero que murais. Pero subid, subid y no tembleis de ese modo.

Luis de Quiñones subió, y se sentó en el suelo á la usanza mora, porque en aquel zaquizamí no habia altura bastante para una persona sentada en una silla.

Doña María estaba hechiceramente recostada, medio hundida en su blando lecho.

Te dispenso del diálogo que pasó entre aquellos dos séres: enloquecido el uno, perversa la otra, doña María supo disculparse de su conducta anterior: Luis de Quiñones la creyó, porque necesitaba creerla, y doña María vino á caer fatalmente en los brazos del verdugo, como podia haber caido en un tormento: pura, purísima en lo material; en lo moral convertida ya en uno de esos vulgares demonios humanos, que siempre unen lo perverso á lo hediondo.

Pero en cambio, Luis de Quiñones fué feliz.

Doña María logró lo que deseaba.

Luis de Quiñones no fué ya solo encubridor de ladrones, fué ladron.

El dia en que reuniera cierta cantidad, ella y él debian huir de España.

Este dia sería el de la libertad de doña María, y el del terrible desengaño, el del desengaño de muerte de Luis de Quiñones.

Pero ni doña María se vió libre, ni Luis de Quiñones desengañado.

Las cosas debian suceder de otro modo.

Un dia la jóven, afectando un hechicero rubor, anunció á Luis de Quiñones que era madre.

Luis de Quiñones, al recibir esta noticia, estuvo á punto de perder el poco juicio que le quedaba, y dijo á doña María:

—Juro á Dios que nuestro hijo no nacerá en España.

—¿Y podremos, amado de mi alma, dijo doña María, que estaba impaciente por salir de su prision, emprender ese viaje antes de que mi estado se haga mas embarazoso?

—¡Veremos! dijo el verdugo: tengo pendiente un negocio que se ha de resolver esta noche, y si se resuelve bien, dentro de algunos dias partiremos para Francia.

Y Luis de Quiñones tomó su capa y su espada, se puso su antifaz y salió de su casa.

VIII.

¿Cuál era el negocio con cuya resolucion contaba para huir Luis de Quiñones?

Escucha, Luisa, y verás como la fatalidad es el medio de que se vale la Providencia, ó como la fatalidad es la Providencia misma.

El asunto que habia indicado Luis de Quiñones á doña María era un golpe de mano contra Melchor de Arévalo, el esposo de doña María. Un robo.

El proyecto de este robo pertenecia al tio Rejoncillo el pregonero; el medio de este robo, era maese Redondela el corchete.

La ocasion de este robo, el haber sido preso por una acusacion criminal Melchor de Arévalo.

Quien habia pronunciado esta acusacion de asesinato, *in articulo mortis*, escitada por su conciencia, era la dueña de la cual en otro tiempo se habia valido el indiano para sorprender, en el momento de su fuga, á su esposa y á su sobrino.

La justicia, en vista de la declaracion de la dueña, habia ido una noche, escondidas las linternas bajo las capas; habia preso en el lecho á Melchor, le habia llevado á la cárcel, habia registrado y embargado cuanto encontró en la casa, y aunque nada se habia hallado, mas que muebles, y ropa blanca y algunas alhajuelas en los cofres, se habia dejado un alguacil de guardia.

Un dia irremisiblemente debia tocar á maese Redondela dar la guardia en casa del indiano.

Maese Redondela, que era la sagacidad sublimada, contenida en el alma de un alguacil; que tenia muchos antecedentes acerca de Melchor de Arévalo, y que habiéndose hallado en la prision del indiano y en el registro de su casa, habia notado ciertas singularidades; el dia antes de aquel en que debia entrar de guardia en la casa del preso, llamó á un lugar retirado y segurísimo á Luis de Quiñones y al tio Rejoncillo, y les habló de esta manera:

—Natural cosa es, amigos mios, que el que se halle enfermo busque la salud, y el malaventurado la fortuna. Dígolo porque entrambos á tres padecemos la enfermedad de la pobreza y la mala aven-

tura de tener oficios que, sea dicho entre nosotros, mas tienen de ruines que de honrados, y que mas que á unos valientes sujetos como nosotros lo somos, convienen á pelgares de poco mas ó menos. Disimular debe y mostrarse contento el que, siendo discreto, hacer otra cosa no puede, pero cuando la masa se le viene á las manos recibirla y volverla en su provecho debe, y salir de una vez de miserias y de empachos; que quien dineros tiene, tiene patria en todas partes, y la ocasion no tiene mas que un pelo, y este sutil y quebradizo. Quiéroos decir, y para ello os he llamado, que ocasion se nos presenta en que podemos rellenarnos de oro.

—¿Y dónde? ¿cuándo? ¿cómo? esclamaron á un tiempo el pregonero y el verdugo.

—Mañana entro de guardia en casa del indiano.

—¿Y qué?

—¿Habeis descubierto algun escondite?

—Y aun escondites.

—¿Pero cómo es que la justicia no ha dado con ellos?

—¡Cómo! siendo un necio el alcalde Rufo que hizo el registro, y corto de vista, aunque no tonto, el escribano Grijalba que le acompañaba, y unos zotes los tres ministros con quienes iba yo. Pero yo, que no soy ni lerdo como el alcalde, ni cegato como el escribano, ni bestia como los tres ministros, reparé, cuando bajamos á los sótanos, primero: que las escaleras no tenian en el centro telarañas; segundo: que la puerta se abria sin dificultad; y tercero: que habia como á manchas grandes diferencias en el empedrado del suelo, y unos lugares mas húmedos que otros. Allí no habia que bajar á nada, porque no habia ni carbon ni leña, ni mas que algunas sillas viejas, y tan viejas que no habia para qué bajar allí en la vida; luego si habia señales de que allí se bajaba con frecuencia, claro está que para algo se bajaba.

—¿Y creeis?...

—Creo que allí tiene escondido un tesoro el indiano.

—¡Un tesoro!

—¡Apostaria la cabeza! Ahora bien: mañana entro yo de guardia: mañana á la noche, á las doce, id vosotros por el postigo de la casa del indiano, que dá á la calle de la Alcantarilla; yo iré provisto de herramientas para abrir el postigo: llevad vosotros herramientas para desenterrar *el muerto*.

Aquel muerto, queria decir: el tesoro.

Despues de combinar su plan, retiráronse los tres camaradas, y

á la noche siguiente, á las doce, el pregonero y el verdugo fueron á ponerse junto al postigo de la casa del indiano. El pregonero llevaba un azadon.

Pero estaba escrito, como dicen los musulmanes, que entrambos á tres, como decia maese Redondela, no saliesen de pobres, y no entrasen en la cárcel por un milagro de Dios.

Cuando Redondela los hubo introducido en los sótanos, les señaló, en medio de ellos, un lugar ancho y largo, en que el empedrado tenia diferencias notables con el resto del que servia de corteza al suelo.

—Aquí debe estar el muerto, dijo el alguacil: cavemos todos: cuando se canse el uno que siga el otro; y manos á la obra.

El gitano, esto es, el pregonero, se puso con un ardor febril, con la sed del oro, á cavar, y de tal modo cavó, que al poco tiempo su azadon dió en un cuerpo como talego, que cedió bajo el instrumento.

—Pues si este es el muerto, dijo el gitano, ni tiene caja, ni suena á oro.

—Descubrid, descubrid, maese Rejoncillo, dijo el alguacil.

—¡Ah! ¡diablo! ¡qué es esto! dijo el gitano mirando un objeto que habia salido arrollado por el azadon. ¡Un sombrero negro!

—¡Sí, vive Dios! pero en ese sombrero hay un joyel de diamantes, dijo el alguacil, echando mano á una joya que cerraba la cinta del sombrero.

—Y decís bien, maese, dijo examinándola el gitano; pero si no encontrais mas que eso, no salimos de pobres: lo mas que vale ese joyel son diez doblones.

—Sigamos, sigamos, que un hallazgo de diez doblones no es malo para principio: acabemos de descubrir *el muerto*.

—Y ahora que hablais de muerto, dijo el pregonero con la repugnancia exagerada y tradicional que los gitanos tienen hácia los cadáveres, repugnancia que llega hasta el terror pánico, ¿sabeis, señor Redondela, que sale de ese hoyo un olorcillo nada agradable?

—¿Habeis visto que algun muerto huela bien? dijo riendo el alguacil.

Luis de Quiñones guardaba un silencio sombrío: recordaba lo de las estocadas que resonaron en la habitacion alta la noche en que doña María se tiró por el balcon, y veía en aquel hoyo removido mas de lo que veían el pregonero y el alguacil.

—Dadme, dadme acá, tio Rejoncillo, dijo tomando el azadon de

manos del pregonero: estais cansado: yo acabaré de descubrir al muerto.

Se puso á levantar la tierra á lo largo: al poco espacio apareció una mano de hombre, luego un brazo, al fin una cabeza desmazalada y horrible.

Al ver que era verdaderamente un muerto lo que habian desenterrado, el tio Rejoncillo dió un alarido de horror, y escapó; el alguacil Redondela se quedó como el que ve visiones, y el verdugo contemplando sombriamente el cadáver, apoyado en el hastil de su azadon.

De repente una fuerte aldabada retumbó á la puerta de aquella casa vacía.

—¡Oh! esclamó Redondela: se acabó: nuestro proyecto se ha frustrado: yo estaba seguro, lo estoy, de que aquí hay enterrado oro, aunque no me habia atrevido á sospechar que tambien hubiese enterrado un muerto. Vamos, maese, vamos. Cargad con ese azadon y escapemos: es decir, yo voy á daros suelta por el postigo: la que llama por la puerta principal debe ser la justicia.

Subieron precipitadamente las escaleras, llegaron al postigo, junto al cual, y pugnando por abrirle, estaba el tio Rejoncillo, estremecido de terror por el recuerdo de aquel muerto que se le habia venido encima cuando creía encontrar un tesoro, y el alguacil Redondela les dió suelta, y cerró el postigo.

Los dos camaradas, pregonero y vergudo, se alejaron blasfemando, y andando á buen paso, mientras el alguacil Redondela, mostrándose todo soñoliento y sorprendido, abria la puerta principal, en la que seguian retumbando cada vez mas repetidos los golpes.

En efecto, no se habia engañado Redondela: la que se presentaba á la puerta de la casa del indiano, era la justicia, esto es, un alcalde de casa y corte, un escribano y cuatro alguaciles.

—¿Sois vos el ministro que está de guardia en la casa de Melchor de Arévalo? dijo el alcalde con acento severo.

—Sí señor, contestó todo humillacion Redondela.

—¡Dormíais!

—Estuve anoche de ronda, señor, dijo con doble humildad el corchete.

—Pues ireis de ronda cuatro noches consecutivas, dijo todo severidad y todo autoridad el alcalde.

—Muy bien, señor.

—Guiad á los sótanos de la casa.

Despegóse la carne de los huesos del corchete, y se quedó por un momento perplejo; pero conociendo que aquella perplejidad le denunciaba, se rehizo y dijo cerrando la puerta esterior cuando la justicia hubo entrado en el zaguan:

—Sígame vuesa merced.

Al bajar por las escaleras del sótano, el alcalde se detuvo.

—¡Muy mal huele! dijo.

—Será la humedad, repuso el escribano.

—Es peor que humedad, insistió el alcalde tapándose las narices.

—¡Es el muerto! dijo para sí Redondela, estremeciéndose de terror.

—Paréceme, añadió el alcalde, que la vieja dueña se ha equivocado en su última declaracion. Esto no huele á tesoro, paréceme mejor que huele á difunto.

—Pues adelante, señor alcalde, y puesto que huele mal, acabemos lo mas pronto posible, dijo el escribano.

Todos siguieron bajando con las manos en las narices, escepto Redondela, á quien el miedo habia embotado el olfato.

Cuando entraron en los sótanos, lo primero en que reflejaron las luces de las linternas de los alguaciles, fué en el hoyo removido, en cuyo fondo yacía el cadáver de Diego de Arévalo.

El rostro del cadáver estaba enteramente descubierto, y como si hubiera acabado de perder la vida. Túvose á milagro, pero no lo era, sino un resultado físico, necesario: aquella tierra húmeda, sin transpiracion, habia conservado el cadáver, ó por mejor decir, habia operado muy lentamente su descomposicion.

—¡Y este era el tesoro! esclamó sin poder disimular su despecho el alcalde.

—Si esa vieja no hubiera muerto esta tarde, merecia que se la prendiera por haber burlado así la justicia, dijo uno de los alguaciles entrometiéndose en aquella conversacion judicial.

—Pero si no hemos encontrado un tesoro, que hubiera ido al de Su Majestad, dijo con acento de reprension el alcalde, hemos encontrado la prueba de un gran crímen. Una prueba milagrosa, porque aquí no habrá entrado nadie, añadió el alcalde volviéndose á Redondela.

—Al menos, señor, mientras yo he estado de guardia, nadie ha entrado.

—¿Ni vos habeis abierto esta sepultura?

—¡Cómo! ¡señor! ¡yo!

—Milagro, milagro patente de Dios, que no quiere que quede

oculto ningun crímen: sí señor, milagro de Dios, que ha abierto esa sepultura ante la justicia. El reo negaba la acusacion, y la ha negado tres veces consecutivas en el tormento: esa vieja que ha muerto esta tarde no habia presentado prueba alguna de su acusacion, y el reo la habia acusado á su vez de calumniadora: si Dios no nos presenta esta prueba, hubiera sido necesario soltar como inocente á un gran criminal.

—Y tan grande, dijo Redondela, alentado ya por el sesgo que tomaba el negocio: tan grande como que hay aquí una prueba de que el señor Melchor de Arévalo ha cometido este asesinato por robar al difunto. De aquí se ve claro que se ha arrancado un joyel.

Y mostraba al alcalde el sombrero húmedo y hediondo del difunto, con la mitad de la cinta de oro de la presilla descosida y rota.

—Dad fé de eso mas, secretario, dijo el alcalde: salgamos de aquí, vamos adonde huela mejor, y que un alguacil vaya á llamar de órden de la justicia á dos cirujanos, que vengan con los instrumentos competentes para reconocer un cadáver que se presume muerto á hierro.

Por último, los facultativos acudieron al llamamiento de la justicia, y declararon por ante Dios y su conciencia, que aquel difunto lo habia sido por una estocada recibida por medio del costado derecho, que juzgaban que debian haber pasado ocho meses desde que se habia cometido aquel crímen, y que tenian á milagro que el cadáver no se hubiera descompuesto en aquel tiempo.

Melchor de Arévalo fué sacado aquella misma noche de su calabozo, porque eran muy activos los alcaldes de aquellos tiempos cuando se trataba de encontrar una prueba bastante para ahorcar á un prójimo, y el indiano, que no sabia dónde le llevaban, conservó toda su serenidad, aun cuando llegó á su casa. Pero cuando vió que sin encaminarse á las escaleras, le bajaban á los sótanos, su valor se desvaneció, tembló, parecíale al bajar por los resbaladizos escalones que allá en el fondo retumbaba la voz de Diego de Arévalo llamándole asesino: que entre la oscura penumbra del descenso se agitaba una forma ensangrentada, y que fijaba en él dos ojos de mirada terrible y relucientes como dos ascuas: al cabo, cuando se vió en el sótano, y delante de la tumba abierta de su sobrino, la voz de lo que vosotros los mortales llamais conciencia, se sobrepuso en él al instinto de su conservacion, y esclamó sin acordarse de que su esclamacion le llevaba en derechura á la horca:

—¡Es él! ¡es mi sobrino! ¡sí! ¡sí! ¡le maté yo!

IX.

Un mes despues, y como á las once del dia, Luis de Quiñones se vistió de gala.

Esto es, se puso su trage mas nuevo y mas completo de verdugo, y tomó un saco y lo guardó bajo la capa.

Despues miró profundamente á doña María, y exclamó:

— ¡ Esto es horrible ! ¡ horrible ! ¡ estoy maldito de Dios !

— ¿ Pero qué es lo horrible ? dijo la jóven : ¿ por qué dices que Dios te ha maldecido ?

— Adios, dijo Luis de Quiñones ; y escapó.

Pasaron algunas horas antes de que el verdugo volviese á su casa.

Doña María estaba profundamente pensativa, sentada en su chiribitil, cuando sintió abrir la puerta y oyó pasos de algunas personas en las escaleras, que entraron en la habitacion, sobre la cual estaba el desvan que ocupaba doña María.

Esta, segun su costumbre, levantó por un lado la alfombra y miró á la habitacion inferior por una rendija de las tablas.

Luis de Quiñones habia venido acompañado del tio Rejoncillo, de un bribon malcarado llamado Taladro, del alguacil Redondela, de tres mujerzuelas y de dos rufianes.

Una de ellas se ocupaba en estender un mantel sobre la mesa; cuando el mantel estuvo estendido, el tio Rejoncillo sacó una cesta que llevaba debajo de la capa, y empezó á sacar de ella algunos objetos de forma irregular envueltos en papeles.

— Hé aquí, decia sucesivamente, un pernil de carnero asado por las manos de la Gacuhuela,—y el gitano miró guiñando un ojo á una de las mozas,—que huele tal y tan bien, que está diciendo comedme. Hé aquí una merluza frita por la Anguila,—y miró picarescamente á otra de las mozuelas,—que no parece sino que ha venido del cielo: la buena pieza de la Tuerta, ha comprado por encargo mio esta empanada de ranas en la hostería del Zurdo, — y lanzó una mirada á la tercera moza: — el señor Taladro ha costeado el pan y las aceitunas, el señor Redondela desembuchará su parte...

—¡Y como que desembucharé! dijo el corchete; hé aquí doce botellas grandes del manchego, que con mejores entrañas no se pone á la mesa del mismísimo rey nuestro señor.

Y sacó á plaza de otra cesta que llevaba debajo de la capa las doce botellas anunciadas, poniéndolas en dos filas á lo largo de la mesa.

—De modo que, dijo el pregonero, todos hemos contribuido con lo que hemos tenido, y Garabato y el Bizco, que por su pobreza notoria no han sido poderosos para contribuir con maravedises, traen su vihuela, su bandurria y sus buenas manos, todo para comer, beber y divertirnos como es justo, por el alma del bienaventurado que acaba de despachar sus asuntos en la horca.

—¡Callad! dijo con acento hueco, terrible, casi sobrenatural, Luis de Quiñones, que se habia retirado al fondo de la estancia y estaba sentado sobre su cama.

—¿No dice el catecismo que son bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia? dijo la Anguila, que castañeteaba los dedos al compas de la bandurria que habia empezado á tocar el Bizco, haciendo resonar los alegres compases de la *chacona*.

—¡Callad! repitió Luis de Quiñones poniéndose de pie, mirando, pálido y desencajado, no al cielo, sino al techo donde suponia estaba viéndolo y escuchándolo todo doña María.

—¡Ah! es verdad, dijo el tio Rejoncillo: no estás bueno, Luis amigo: nunca te he visto trabajar tan mal: sin duda te araña allá dentro la mala muerte que has dado á ese pobre Melchor de Arévalo.

Al decir estas palabras, el pregonero, y todos los que con él estaban, oyeron un grito agudo, un grito de horror, grito lanzado sin duda alguna por una mujer, y luego el ruido sordo de un cuerpo que caía por tierra.

—¡Y está la escalera arriba! ¡y no puedo subir á socorrerla! esclamó Luis de Quiñones.

—¡Ah! ¿con que arriba hay una mujer oculta? dijo la Tuerta.

—Tal vez una hermosa dama, esclamó el tio Rejoncillo, recordando á la que algunos meses antes habia curado en aquel mismo aposento.

—¡La viuda del ajusticiado! esclamó sombriamente Luis de Quiñones.

Lo que te cuento es una historia, Luisa, no una novela: la historia de una de las justicias mas aterradoras de Dios, y en la que yo no tuve hasta despues parte alguna.

—¡Oh! una historia horrible, dijo estremeciéndose Luisa.

—Nada hay horrible: todo es bello, dijo el diablo. Pero continúo:

—Luis de Quiñones no habia podido evitar la entrada de aquella gente feroz en su casa: cuando volvió de la cárcel, adonde, llenando una fórmula legal, se lleva siempre al verdugo despues de una ejecucion, para acusarle de la muerte que ha hecho, á lo que contesta el verdugo descargándose de la acusacion con esta frase terrible: *No le he matado yo, sino su delito*, despues de lo cual, el verdugo es puesto en libertad; cuando volvia de la cárcel Luis de Quiñones, repito, se encontró ya junto á la puerta, á la alegre cofradía que le esperaba para celebrar alegremente el banquete mortuorio del indiano, sentadas en el dintel las tres mujerzuelas, agrupados el pregonero y los tres rufianes delante de ellas, y el alguacil Redondela escondido en un zaguan, á fin de que las gentes no le vieran con tan mala compañía.

Luis de Quiñones volvia á su casa preocupado, aterrado, fuera de sí.

Desde el momento en que supo que un reo habia sido puesto en capilla, y que aquel reo era Melchor de Arévalo el indiano, un horror frio, comprensible solo para el que lo ha sentido, una insoportable angustia del alma, un malestar, mas que un malestar, una agonía infinita, se apoderaron de él.

Parecióle horrible, y en efecto lo era, ser él mismo el instrumento vil, pagado por la ley, de la viudez de su querida: quiso huir, pero no queria huir sin doña María, y huir con ella era imposible: no tenia dinero: quedarse y negarse á ejecutar al indiano, era desobedecer á la ley, era sentenciarse á ser separado por una prision de doña María: el resto de conciencia, de corazon, que habia quedado en él, se sublevaron contra aquella espantosa fatalidad; pero la fatalidad, la lógica necesaria, inflexible, invariable, de los sucesos, le tenia en cadenado: como se habia degradado por el amor, marchó hácia el crímen, viéndole, con los ojos fijos en él: por amor tambien á doña María, fué cobarde y débil...

—¡Y se condenó! esclamó Luisa.

—Sí, se condenó á una terrible expiación, porque Dios no puede perdonar á quien á sangre fria comete un horrible crímen, y mucho menos cuando ese crímen es tal como el que cometió Luis de Quiñones. ¿Qué responderán los verdugos en el juicio cuando se presenten rojos ante Dios? Hemos matado, sin pasion, sin odio,

sin peligro, por un precio vil, hombres atados, aterrados, estremecidos.

. . . .

Luis de Quiñones arrójó vigorosamente las botellas y los manjares que cubrian la mesa, y que cayeron al suelo con estruendo; puso sobre la mesa un taburete y se alzó sobre aquella especie de andamio que le permitia alcanzar al techo; levantó una de las tablas, se asió con ambas manos á una viga, y se izó hasta encaramarse por la abertura en el desvan.

Los de abajo, mas curiosos que conmovidos, esperaban á ver en qué quedaba aquello.

Luis de Quiñones, entre tanto, pálido y demudado, rociaba con agua el rostro de doña María.

Cuando esta volvió en sí, cuando vió á Luis de Quiñones junto á ella, se estremeció, dejóse ver en sus ojos una espresion de odio y de repugnancia invencibles, y esclamó:

—¡Maldita sea la hora en que nací! ¡maldito sea el hijo que llevo en mis entrañas!

—¡Ah! esclamó en un grito de horror Luisa.

—Y maldito fué el fruto de las entrañas de aquella mujer, porque Dios oyó la maldicion de doña María; y porque su hija fué maldita, es maldita la ascendencia de tu hermana Antonia.

—¡Mi hermana! pero su padre, el mio...

—Aun no es tiempo, dijo el diablo. Te he referido la historia de doña María de Sarabia, porque es la sesta abuela de tu hermana Antonia. Pero esa historia ha concluido ya: la queda poco y la sigue la tristísima historia de su hija.

—¡Su hija!

—Sí, la *Honra del verdugo*, como dieron en llamarla por su hermosura.

Luis de Quiñones y doña María se casaron.

Doña María no tenia ya por qué ocultarse, ni la ley podia perseguirla, porque Melchor de Arévalo, en la hora de su muerte, la habia esculpado de todo punto; ni sus conocimientos podian reconocerla, porque la habian desfigurado horriblemente unas viruelas malignas.

Doña María vivió públicamente con el verdugo, casada con él, y oyéndose llamar por todos la tia María.

Diez años vivió unida á la infamia del verdugo, al cabo de los cuales murió.

—¿Y se condenó?

—Tuvo la misma suerte que Luisa Inés María.

—¿Pero si no me has dicho lo que fué de mi sesta abuela?

—Es verdad: tu abuela murió loca al dar á luz una niña, que se llamó Luisa Gabriela María; tus abuelas y tu madre, como las abuelas y la madre de tu hermana Antonia, esperan un ángel cuyo martirio las redima ante la misericordia de Dios.

X.

Detúvose el diablo, inclinó la cabeza sobre el pecho meditabundo como pudiera haberlo hecho un sér humano, y luego, levantando la cabeza, dijo:

—Es necesario concluir: solo queda una hora de noche, y dentro de una hora habrá empezado para tí una nueva vida.

Luisa miró con ansiedad al diablo.

—Yo no te abandonaré, no dejaré de protegerte: pero continúo:

Cuando murió doña María, quedóle á Luis de Quiñones una hermosísima niña de diez años.

Esta niña habia heredado toda la hermosura de su madre, pero en aumento.

Con sus blondos cabellos sueltos y rizados, su justillo de belludo negro, y su saya encarnada, corta, ancha, dejando ver, bajo ella, una pierna deliciosamente contornada, y un pie diminuto, calzado con un zapatito de cordoban color de rosa sobre una media blanca, Consuelo, que así se llamaba, parecia lo que vosotros llamais un ángel.

Consuelo tenia además una cosa, de que siempre habia carecido su madre, ó por mejor decir, dos cosas: pudor y corazon, esto es, sentimiento.

Sobre la pura frente de Consuelo habia un no sé qué fatídico, una tinta vaga, indefinible, que un poeta romántico creeria haber dado á conocer llamándola una nube siniestra, un estigma de maldicion.

Y en lo de la maldicion hubiera acertado, porque el no sé qué impreso sobre la frente de Consuelo, era la maldicion de su madre.

Y no porque una maldion se imprima por el solo hecho de la maldicion sobre una frente humana: lo maravilloso no existe en la esfera de los séres vivientes y humanos: nada sucede, sino porque debe suceder; y una madre que maldice al hijo inocente que lleva en su seno, es un sér maldito, un sér escepcional, un sér que parece absurdo: una madre que aborrece al hijo, carne de su carne, hueso de su hueso, sangre de su sangre.

Doña María, que al pertenecer á Luis de Quiñones, habia apurado de un trago, como quien toma por necesidad nna pócima repugnante, el contenido de una copa cuya amargura no estás tú en estado de apreciar; doña María, que habia visto esterilizado por la fatalidad aquel recurso supremo; doña María, que se habia visto sentenciada, primero á la muerte de su alma, despues á la muerte de su hermosura; doña María, en cuyo corazon habian hervido las lágrimas de un despecho rabioso, hasta convertirse en un tósigo que debia matarla lentamente; al ver á su hija recien nacida entre sus brazos, la miró con horror: Consuelo, en quien su padre, personificando con aquel nombre una antítesis, vió un cielo y un infierno á un mismo tiempo, fué para su madre el resúmen de una historia de miseria, de sacrificios infecundos, de tormentos insoportables: la aborreció, como al testimonio de uno de sus mas dolorosos sacrificios; la amamantó con un pecho envenenado: si la besó alguna vez, fué por temor á Luis de Quiñones, y si la crió, si no la martirizó, si no pretendió matarla, no fué por amor, sino por temor al infierno; pero el amor ó el aborrecimiento no estaban en su mano, y aborrecia á su hija como aborrecia al padre de su hija: con un aborrecimiento implacable, concentrado, inestinguible, que acrecia con el tiempo, que se sublimaba, que se volvia contra ella misma.

Doña María no llegó al crímen que hace cadáveres, por cobardía.

Luisa: los niños, como las flores, necesitan del tibio sol de la mañana para levantarse perfumadas sobre su tallo, humedecidas por el rocío: para un niño el rocío, y el sol, y las auras, son esas caricias ardientes, esos murmurios dulces, inarticulados, que convertidas en niñas, murmuran las madres en la boca de sus hijos: esas lágrimas, acaso augurios de dolor, que vierten tranquilas sobre las rosadas mejillas de los pequeñuelos, cada una de las cuales es un diamante purísimo que cae en el regazo de Dios.

Cuando á un niño faltan estas caricias...

Pero tambien en una roca pelada por el contínuo azote del huracan y de las olas, en medio de un perpétuo frio, bajo un cielo siem-

pre nublado, y acaso entre las grietas de un hielo empedernido, prende en el légamo la semilla llevada por el viento de otras regiones, y aquella semilla produce un tallo, y aquel tallo hojas, y entre aquellas hojas aparece un boton que se transforma en una flor; acaso en una flor hermosa.

Pero el seno en que se arraiga, es ingrato: la flor lucha con la inclemencia de la atmósfera, y con el embate del huracan, y si no muere, adquiere un no sé qué de salvage, un no sé qué de sombrío, que la distingue de las otras flores de su raza que han nacido con mejores condiciones de existencia.

Consuelo habia nacido en una roca, donde por casualidad habia germinado: habia crecido bajo la influencia del frio despego del aborrecimiento de su madre: habia sufrido como la pobre flor, su imágen, el huracan del espacio, el contínuo embate de la mirada de odio de su madre; su alma se habia replegado, se habia concentrado, como huyendo, como pretendiendo librarse de aquel martirio, y la pobre Consuelo, nunca acariciada, nunca consolada, no habia llorado nunca, pero tampoco nunca habia sonreido.

Era, pues, el de Consuelo, á pesar de su hermosura, uno de esos semblantes inmóviles, de mirada inalterable, densamente pálido.

Pero te confieso que me es muy difícil su descripcion, y como quiero que la conozcas, voy á arrancarla del pasado y á presentártela en una de las situaciones mas tristes de su vida, mas terribles. Voy á presentarte la pobre flor salvage, cortada de su tallo por el huracan, pero fresca aun, pura, y mas hermosa que nunca lo fué: no vas á ver una niña, sino una mujer: no vas tampoco á ver una figura de esas que parecen estar sirviendo de modelo para un retrato; vas á ver un cuadro en que solo hay una figura, pero un cuadro de sentimiento punzante, crudo, frio, amargo: y á pesar de esto, en el cuadro hay luz, hay sol, átomos dorados que vuelan y se agitan sin cesar sobre un fondo azul luminoso: es lo que se llama un cuadro entonado, caliente, magnífico, al que se pueden comparar por la brillantez de su color los cuadros del Tiziano: y sin embargo, cuándo veas ese cuadro verás si lo que pintan, lo que iluminan, lo que dibujan, lo que componen Dios y el dolor, puede reproducirse por los hombres.

¡Mira!

El diablo desapareció; desapareció el sillon en que estaba sentado, desapareció el fondo negro que se levantaba poco antes tras aquel sillon, y apareció un calabozo.

Un rayo de sol, que penetraba por un agujero circular, se absorbia todo, se apoyaba, terminaba en la cabeza de una mujer que estaba sentada, doblegada sobre las rodillas, apoyada la cabeza en una mano, y el brazo de aquella mano en una rodilla: el otro brazo caía abandonado, inerte, hasta tocar un pavimento húmedo, viscoso, verdinegro. Solo se veía uno de sus pies y parte de su pierna; pie y piernas desnudos, blancos, bellísimos, pero contraidos por el frio, profanados por un aro de hierro mohoso, al que se unia el último eslabon de una cadena, cuyo primer eslabon estaba contenido por una gruesa argolla fija en la pared.

Un trage sucio, roto, andrajoso, dejaba descubierto un hombro mórbido y nacarado, y parte de su seno, que no alcanzaba á cubrir un pequeño y deshilachado pañuelo que rodeaba su cuello: insuficiente defensa del pudor y del frio, últimos harapos de la miseria, accesorios dignos de todo aquel horror concentrado en un espacio de seis pies.

La cabeza y el semblante de aquella mujer estaban de perfil, y se recortaban de una manera magnífica sobre el tono azulado del rayo del sol que los iluminaba vigorosamente: el resto del cuerpo, el cántaro negro, las paredes y el suelo húmedos, estaban iluminados por el reflejo de aquel rayo de átomos luminosos.

Y aquel perfil, con la inflexion vigorosa, pura, que adoró la Grecia antigua; aquella cabellera larga, sedosa, rica, que brillaba como el oro al contacto del sol; aquella carne nacarada, mórbida, contrastando su magnífica belleza con los miserables harapos que no alcanzaban á cubrirla enteramente; aquellos ojos negros, grandes, poderosos, fijos, inmóviles, que parecian contener dentro de sí una superabundancia de vida, de pasion, de desesperacion, de dolor, exhalándose todo junto en una mirada que era una blasfemia muda, valiente, mas que valiente, soberbia, terrible, lanzada para no ser recogida, inmensa, con su inmovilidad profunda, con su impotencia comprendida; aquel poema horrible, espresado por la actitud de aquel cuerpo replegado, por la espresion de aquellos ojos terribles, por aquella frente pálida y mate que parecia desafiar al rayo, por aquella boca cuyos labios se unian fuertemente, por aquellos harapos, por aquella cadena, por aquel cántaro negro, por aquel calabozo húmedo, poema ilustrado por la maravillosa hermosura de Consuelo, y por aquel rayo de sol que daba luz, calor, vida, contrastes á aquella tumba, cuyo cadáver era un alma humana, que habia dejado de existir para todo lo que constituye la vida del corazon; todo

esto, repetimos, se presentó ante Luisa, inmenso, sobrenatural, fantástico, con todo el prestigio del horror, con todo lo punzante de la miseria, con todo lo doloroso del infortunio, con todo lo horrible de la desesperacion.

Y luego Consuelo se parecia á Antonia, como Luisa se parecia á su abuela Luisa Inés María.

Luisa se estremeció, sintió frio, pareciòla sentir todo lo que Consuelo sentia, y esclamó con el acento de una conmiseracion profunda, cobarde, hija del horror:

—¡No mas! ¡no mas! ¡esta es una mentira horrible!

—Espera, espera, dijo el diablo, cuya voz sonaba detrás del sillon de Luisa: el cuadro está inmóvil, y va á ponerse en movimiento: está mudo y va á tener voz. Espera.

Y apenas habia pronunciado el diablo estas palabras, cuando se oyeron pesados pasos, cuyo ruido acreció lentamente, que se detuvieron al fin, y á cuyo ruido sucedió el del choque de hierro contra hierro: despues resonaron una tras otra tres llaves en tres cerraduras, y uno tras otro se descorrieron chirriando tres cerrojos: oyóse despues un ruido sordo, como el de una puerta que hinchada por la humedad se desajusta con esfuerzo de su marco, el chirrido áspero de unos goznes mohosos, y por último los dobles pasos de un hombre y de un perro dentro del calabozo.

Cortóse de repente el rayo de sol que inundaba el semblante de Consuelo; y esta se estremeció ligeramente: luego apareció un hombre vestido de bayeta negra, con un cinturon de cuero de que pendian un puñal, un haz de llaves y un rosario: hombre de los calabozos con su pesada figura, su espresion abyecta, estúpida, congelada, inalterable, de la que se exhalaba cierto olor, cierto carácter clerical; este hombre llevaba bajo el brazo izquierdo un pan negro, y con la mano derecha tenia una cadena que iba á parar en el ancho collar de cuero de un hermoso perro de presa de piel rodada: el carcelero dejó el pan sobre la boca del cántaro, sacó de su ropilla un billete, y le puso sobre el pan, y mientras esto hacia, el perro acercó su hocico á la inmóvil cabeza de Consuelo, gruñó dulce y dolorosamente, y lamió, moviendo la cola, la hermosa mejilla de la jóven.

Consuelo no tuvo una caricia para aquel noble animal que parecia comprender su desdicha, y que á su manera la consolaba.

Consuelo permaneció inmóvil.

El carcelero se volvió en silencio, tiró del perro, el rayo de sol volvió á inundar de nuevo la cabeza de la jóven, que apareció otra

vez sola en el cuadro; volvieron á rechinar los goznes de la puerta, que gimió al ajustarse; chirriaron los tres cerrojos, crujieron las tres llaves, sucedió el rumor pesado de los pasos del carcelero, que se estinguió al fin, y todo quedó en silencio.

Consuelo permaneció inmóvil.

Poco despues se levantó lentamente, y se apoyó en la pared para dirigirse al cántaro: vacilaba sobre sus pies, y tres veces, en el reducidísimo espacio que la separaba del cántaro, se detuvo para tomar fuerzas.

Luego estendió su mano hácia el pan.

—¡Oh! ¡infeliz! ¡tiene hambre! dijo Luisa.

—Sí, contestó el diablo detrás del sillon, Consuelo tenia hambre, pero no comió.

—¡No comió!

—Tenia sed, y no bebió.

—¡Ah! ¡Dios mio!

—Mira, añadió el diablo.

Consuelo tomó la carta que estaba sobre el pan, y la echó en el cántaro.

—¿Por qué hace eso? dijo Luisa.

—Consuelo arrojó al cántaro diez cartas como esta, dijo el diablo, una por dia, desde que tomó la resolucion de suicidarse.

—¡De suicidarse! ¿y cómo?

—Mira, repitió el diablo.

Consuelo tomó el pan, volvió á sentarse de nuevo al rayo del sol, y partió el pan, y se puso á desmigajarlo en pequeñas partículas, hasta que le desmenuzó enteramente; luego se puso sobre sus manos y sobre sus rodillas, y esparció aquel monton de negras y ásperas migajas sobre el pavimento mojado por la humedad, y las incorporó, las hizo desaparecer á la vista, estendiéndolas sobre aquel lodo viscoso.

Despues se limpió las manos en sus andrajos, volvió á sentarse bajo el rayo del sol, á apoyar su codo en su rodilla y su barba en su mano, y permaneció inmóvil.

—¡Un suicidio por hambre! esclamó con horror Luisa.

—Y un suicidio consumado, porque Consuelo murió la noche del mismo dia en que la presento á tus ojos.

—¡No mas! ¡no mas! dijo Luisa: quítame de delante esa vision, porque me hace daño.

—Y sin embargo, continuó el diablo, Consuelo pudo salvarse.

—¡Salvarse! ¿pero de qué? ¿qué calabozo es ese?

—Era un calabozo de la Inquisicion de Toledo, y Consuelo estaba en él acusada de hechicera.

—¡Ah! ¿y cómo pudo salvarse esa infeliz?

—Toma, dijo el diablo, dando á Luisa por cima de su hombro una carta.

—¿Y qué es esto? dijo Luisa tomándola.

—La última carta que Consuelo echó en el cántaro. Abrela y léela.

Luisa abrió temblándola las manos aquella carta.

Estaba escrita en papel áspero y moreno, con letra gorda, y bajo una cruz y los nombres de Jesus, María y José, se leía lo siguiente:

«Pasado mañana es el auto de fé: si te arrepientes serás perdonada y libre: si continúas en tu obstinacion, pasado mañana el fuego te habrá reducido á cenizas.»

—Esta carta no tiene firma.

—Esa carta fué escrita por el maestro fray Tomás de Acebo, calificador de la Inquisicion.

—Me parece traslucir algo horrible, dijo Luisa.

—¿Que el padre Acebo estuviese enamorado de Consuelo?

—Sí.

—Tú has leido á Nuestra Señora de París, y has visto representar á Cárlos II el hechizado: en la obra de arte, en la obra de sentimiento, una gitana acusada de hechicera, sufre las terribles consecuencias de la pasion sacrílega, desesperada, del arcediano Claudio Frollo: en la rapsodia de Nuestra Señora de París, en Cárlos II el hechizado, el padre Froilan Diez sacrifica de igual modo á su rabia amorosa á una pobre jóven acusada de hechicería. El recuerdo de esas dos exageraciones, de esos dos absurdos de la escuela romántica, te ha hecho suponer, que el padre Acebo sentia por Consuelo una pasion tan repugnante, como Claudio Frollo por Esmeralda, como Froilan Diez por Inés. Te has equivocado: la carta del inquisidor á Consuelo, no queria decir mas que lo que decia. No habia nada oculto bajo sus palabras. El padre Acebo era caritativo, conocia las desgracias de Consuelo, se interesaba por ella y queria salvarla. Pero era fanático, é inquisidor: creía en los hechizos, y en las brujas, y en los íncubos, y en los súcubos, y en los trasgos, y en los vestiglos, y en los duendes, en toda esa caterva de séres fantásticos, producto soñado de la imaginacion meridional y supersticiosa de los

españoles. Tomaba con horror en sus manos, como si hubiera tomado un reptil venenoso, esos inmundos contratos que la insensatez y el vicio han pretendido hacer conmigo, escritos con sangre humana, y con una forma fuertemente ridícula. Él, sacerdote cristiano, veía augurios en las señales del cielo, en los mugidos mas ó menos agudos del viento, en el canto de las cornejas, en los ahullidos nocturnos de los perros.

Él, cuando en medio del silencio de la noche, solo en su celda, calificando algun proceso de brujas ó blasfemos, creía verme allá en un ángulo haciéndole muecas con cuernos de macho cabrío, alas de murciélago y cuerpo de serpiente, temblaba, se santiguaba, buscaba trémulo y pálido la caldereta del agua bendita, y sacudia en todas direcciones el hisopo, murmurando entre tanto el exorcismo. Él creía en todo aquello, era fanático y supersticioso, pero no era impuro ni infame. Queria salvar á Consuelo, pero salvarla por medio de la conviccion, de la retractacion, del arrepentimiento. Si Consuelo no se arrepentia, si no se retractaba, su conciencia, su voluntad, como él de buena fé lo comprendia, le vedaban salvarla. En tal caso, Consuelo, como hechicera impenitente, debia ser relajada, esto es, sentenciada á la hoguera, donde debia ser arrojada viva.

—¿Y por qué no se retractó esa desdichada?

—¿Podia ella retractarse de su desdicha? Cuando se la juzgó, cuando se la preguntó, solo contestó estas palabras: «Matadme pronto.» Cuando la llevaron al tormento para arrancarla la confesion de sus pretendidos delitos, Consuelo, antes de ser puesta á la prueba, dijo: «Sí, soy todo lo que decís: hechicera, bruja, endemoniada, manceba impura de Satanás: todo lo que me acusan es cierto: matadme pronto.»

—¿Y era verdad? ¿habia incurrido en esos delitos Consuelo?

—El delito mayor de Consuelo, valiéndome de una frase de Calderon, fué el haber nacido. Si confesaba otro delito, era porque habia apurado toda la amargura de la desgracia, estaba desesperada y queria morir.

—¡Ah!

—Mírala por última vez, replegada en sí misma, inmóvil, terrible: mírala: una indicacion de sonrisa triste, suprema, ha pasado por sus labios, y sus ojos se han levantado al cielo, enviándole una mirada de gratitud. Consuelo ha conocido que su vida se apaga, que está próxima á estinguirse, y dá por ello gracias á Dios. No

quiero presentarte el horrible espectáculo de Consuelo muriendo, como una lámpara falta de pábulo, luchando con la agonía.

—¡Ah! ¡no! ¡no!

—Mira: ¿qué ves ahora?

La vision cambió como un cuadro disolvente, y en vez del calabozo, apareció la esquina de una calle.

Sentado sobre un guarda-canton, habia un mendigo cubierto de harapos, descubierta la calva frente, que cruzaba prolongándose hasta el rostro una larga cicatriz: el sol heria fuertemente su calva, y reflejaba en unos ojos turbios, empañados, mates, sin luz, en los cuales temblaba una eterna lágrima: el ciego, á pesar de inundarle el sol, se estremecia de frio, como si el frio de su alma fuese tal que no pudiese templarle el ardiente rayo del sol: su voz trémula, acompañada del puntear inseguro de una negra guitarra, cantaba un romance religioso: un milagro de la Vírgen del Cármen: junto á sí tenia un báculo nudoso, reluciente, ferrado, y á sus pies un ancho y grasiento sombrero de alas quebradas.

A un lado, recostada indolentemente en la pared, meditabunda y triste, vestida con un trage de sayal y peinados los rubios cabellos en anchas trenzas, blanca y pálida, con sus grandes ojos negros abstraidos en una mirada sin objeto, habia una jóven hermosísima, como de veinte años.

En las manos tenia un cepillo de hoja de lata, y de tiempo en tiempo cuando el ciego habia cantado algunas coplas, salia de su inmovilidad, y dirigiéndose al círculo de soldados, vagos, rufianes, mujerzuelas y gente menuda que hacian el corro, decia con una voz sonora, digna, casi magestuosa:

—Hermanos: una limosna por Dios para el pobre ciego.

Y no habia maton ni mujercilla, ni estudiante ni soldado, que al adelantar la hermosa jóven, presentando el cepillo, coronada por la doble magestad de la belleza y del infortunio, no escurriese su bolsa y aumentase con un negro maravedí aquella miserable colecta.

Despues, la jóven volvia á reclinarse en la pared, á abstraerse, y el ciego seguia cantando.

Al ver esta segunda vision, Luisa se conmovió dolorosamente.

—Esa jóven es Consuelo, esclamó.

—Sí, Consuelo es, dijo el diablo.

—¡Infeliz! ¡reducida á servir á un ciego!

—Ese ciego es mas infeliz que Consuelo, porque es Luis de Quiñones.



CONSUELO Y SU PADRE.

—¡El verdugo!

—Sí, el hombre perdido por su funesto amor á doña María.

Luisa no contestó: durante algunos minutos, estuvo contemplando fascinada el cuadro que tenia á la vista.

De repente Luisa se levantó, en un movimiento nervioso, del sillon.

—¡El vizconde de Rudaguas! esclamó.

La vision se habia aumentado con una persona mas: con un hidalgo como de treinta y cinco años, hermoso, y ricamente vestido, que fijaba, ó por mejor decir, cruzaba una mirada enamorada, con otra mirada anhelante, triste, desesperada, de Consuelo.

—Sí, ese es el vizconde de Rudaguas, dijo el diablo: el ascendiente y el descendiente, el abuelo y el nieto se parecen tanto que has creido ver en un hidalgo, vestido á la moda del tiempo de Felipe IV, á ese jóven fátuo y elegante, con quien al principio de esta noche has estado sola en un cabriolé. En efecto, ese que tienes delante es don Cristóbal de Vives, el infame que causó la desgracia y la muerte de tu sesta abuela: el miserable que debia matar á la *Honra del verdugo.*

—¡Á la honra del verdugo!

—¿Te olvidas de que llamaban así en la villa, por hermosa, á Consuelo?

—¡Ah!

—Observa la mirada con que contesta la pobre niña á la encendida mirada del vizconde: ¿qué te dice la mirada de Consuelo?

—Que está enamorada con toda su alma de ese hombre.

—Tu instinto de mujer no te ha engañado: en efecto, Consuelo, que habia visto muchas veces al vizconde, que muchas veces habia escuchado sus demandas de amor, le amaba con toda la ternura, con toda la insistencia, con toda la ansiedad con que aman los desgraciados.

Y sin embargo, Consuelo habia luchado y luchaba poderosamente con aquel amor, porque comprendia que ella, hija del verdugo, era un sér escepcional, un sér desterrado de todo lo que constituye la vida social, que viene á reflejar, á ser la vida del corazon de los séres: que su patrimonio era la infamia: que nadie mas que un sér degradado, repugnante, deforme en lo moral y en lo físico, una escrecencia humana, podia compartir aquella infamia aumentándola, y que las tenaces solicitudes del vizconde, no podian ser otra cosa que la insistencia del deseo, el amor de un dia, el rayo del sol que rom-

pe por un momento los apiñados y negros nubarrones de la tempestad.

¡Y cuán diferente el amor que ella sentia por el vizconde! amor irritado por la imposibilidad de ser satisfecho, intenso, profundo, que absorbia su alma, que la concentraba, que la sintetizaba en un solo sentimiento: que solo tenia una aspiracion, que solo vivia para un objeto, que la presentaba eternamente el recuerdo del vizconde, y el encendido pensamiento de la felicidad de que aquel amor podria inundarla, si en vez de verdugo, su padre hubiera sido un magnate, si en vez de tener que bajar hasta ella el vizconde, ella hubiera tenido necesidad de bajar hasta él.

Y Consuelo guardaba como en un santuario en el fondo de su alma aquel amor sin esperanza; aquel dulce y ardiente amor de vírgen que por la primera vez se hacia sentir en su alma; aquel deseo inquieto, roedor, siempre activo, siempre tentador, que acrecia con el combate, que se revelaba en la lucha, que mandaba tiránica y despiadadamente como el señor al esclavo.

Resistia Consuelo por egoismo, porque sabia que cediendo á aquel amor, le sucederia otro tormento mas cruel: el del recuerdo de la felicidad perdida, el sufrimiento del desprecio y el abandono del sér amado.

El despotismo de la sociedad es terrible: ha puesto en lucha lo convenientemente social como lo individualmente necesario: ha dicho á sus hijos lo que el espíritu de la Compañía de Jesus á los suyos: «*In manus meas eris sicut cadavera.* (Tú serás entre mis manos como cadáver.)»

Pero sobre la sociedad, sobre los hombres, sobre lo perecedero, sobre lo absurdo, sobre lo terrible, están lo infinito, lo divino, lo eterno, lo justo, lo verdadero, lo sublime, lo consolador, lo sumo.

¡Está Dios!

Dios, que recoge las lágrimas de los mártires, y que en el dia de la libertad y de la justicia los coloca á su derecha, como á sus hijos predilectos.

—¡Satanás! ¡Satanás! esclamó Luisa: eres una negacion de tí mismo: adoras á Dios.

—Le reconozco, pero no le adoro. Yo no soy como los hombres que nada conceden á su enemigo. Yo estoy vencido, pero no rendido. Yo soy... lo que tú no puedes comprender: el mártir de mi grandeza.

—¡Blasfemas!

—Y bien: continuemos.

Consuelo, la pobrecilla, sostenia con su alma una lucha de conservacion, para la cual no contaba con fuerzas bastantes.

Y no sabes tú con cuánta fé, con cuánto valor, con cuánta voluntad luchó la pobre mártir: no sabes tú cuántos rudos combates sostuvo su corazon con su cabeza, y cuán lastimada, cuán jadeante salió de cada uno de ellos: tú no sabes cuánta virtud, cuánta pureza, cuántos tesoros inapreciables de sentimiento gastó en aquella larga y dolorosa batalla: no sabes, no puedes comprender que cuando se rindió, exhaustas enteramente sus fuerzas, tenia deshecho, metafóricamente hablando, el corazon.

—¡Se rindió!

—Sí: la noche del mismo dia en que la ves, acompañando á su padre ciego y viejo, mas que por los años, por las desdichas: la noche del mismo dia en que, no pudiendo contener mas su amor, le dejó ver entero al vizconde en esa larga y dolorosa mirada que estás contemplando.

Ahora, no va á ser mi voz la que continúe esa historia de lágrimas, sino sus mismos personages, que yo he evocado para tí de la tumba.

Mira, y escucha.

Luisa concentró su atencion en sus ojos y en sus oidos, y vió...

Consuelo, fascinada, cambiando su mirada con el vizconde, que sonreía de una manera indefinible, triunfante, llena de infinita alegría al comprender su triunfo, Consuelo, repetimos, se habia olvidado de renovar su colecta: Luis de Quiñones habia cantado su última tanda de tres coplas, y descansaba.

Como no oía la voz de su hija pidiendo á los circunstantes, se puso pálido, por no sabemos qué temor, y dijo:

—Consuelo, hija mia, ¿no imploras la caridad de estos buenos señores?

Profundamente abstraida Consuelo, no oyó á su padre.

La palidez de Luis de Quiñones creció, tembló su ciega pupila, se contrajeron los músculos de su semblante en una espresion de terror, y esclamó con angustia, volviendo al par una mano trémula, adonde suponia se encontraba la jóven:

—¡Consuelo! ¡hija mia! ¡dónde estás!

Y al mismo tiempo tocó el brazo de la jóven, y su semblante se dilató de nuevo, y respiró, sonrió, como quien busca un tesoro que cree perdido, y le halla junto á sí.

Consuelo despertó de su fascinacion, y contestó:

—Estoy aquí, padre mio, junto á vos.

Y luego, adelantando gentil y modesta al grupo de curiosos que habia tomado parte en aquella breve escena de pasion, y la habia comprendido, porque el pueblo posee en general un corazon que siente y que comprende los mas recónditos misterios del sentimiento, dijo con voz sonora y dulce:

—Una limosna, por Dios, para el pobre ciego.

Y maravedises y ochavos segovianos cayeron en el cepillo, y entre ellos una reluciente moneda de oro.

La niña levantó la vista del cepillo, para ver quién era el que tan caritativo se mostraba, y vió, delante de sí, pálido, conmovido, al vizconde de Rudaguas, que guardaba el bolsillo de donde habia sacado aquella moneda.

—¡Oh! esclamó Luisa al ver esto. Ese hombre no era tan infame como tú supones, Satanás.

—De la roca mas dura puede brotar una gota de agua, contestó el diablo; hay situaciones que conmueven por un momento al corazon mas friamente egoista.

Continúa mirando y oyendo.

Consuelo sonrió, exhalando todo el agradecimiento, todo el amor, todos los perfumes que contenia su alma, en una mirada que fué á devorar la mirada del vizconde; y luego, para quitar de delante de su amor toda sombra de interés, dijo á un mendigo, tullido, repugnante, asqueroso, que pegado como un reptil á la tierra, miraba con una doble envidia la hermosura y la salud de Consuelo, y el cepillo que tenia en las manos:

—Toma tú, que eres mas pobre que nosotros.

Y le dió el doblon de á ocho que habia sacado del cepillo.

El tullido produjo un gruñido sordo, inarticulado, y empezó á alejarse á rastra, temeroso, sin duda, de que aquel otro mendigo se arrepintiese de su generosidad.

—¿Qué es eso, hija mia? dijo Luis de Quiñones. ¿Quién es mas pobre que nosotros?

Y habia una conviccion tal y tan amarga de su completa miseria en el acento de Luis de Quiñones, que daba espanto.

—Es un desdichado que se arrastra por el suelo como una culebra, padre mio, respondió Consuelo, y le he dado un ochavo.

—¡Uno que se arrastra como una culebra! murmuró de una manera ininteligible Luis de Quiñones; ¡pero no habrá sido verdugo!

¡verdugo! ¡oh Dios mio! Y luego añadió en voz alta: Has hecho bien, hija mia, has hecho bien: la caridad es la puerta del cielo: ¡oh! ¡si yo hubiese tenido caridad!

Y metiéndose la guitarra debajo de la capa, y recogiendo torpemente su sombrero, y cubriendo con él su calva cabeza, se asió del brazo de la jóven.

—Vámonos, hija mia, vámonos; no sé, no sé qué siento; pero tengo frio, no puedo trabajar mas, vámonos.

Y se pusieron en marcha.

Él, encorvado, con la cabeza inclinada, como fatigado por un peso horrible y material: ella sosteniéndole, con solicitud, con paciencia, con esa paciencia dulce del amor.

El círculo de curiosos se disolvió, y solo el vizconde siguió á lo largo á aquella infeliz pareja, alentado por una mirada de Consuelo.

—He sufrido en un momento una eternidad de penas, dijo Luis de Quiñones á su hija: creí... ¡oh! perdóname, Consuelo, hija mia, pero creí que me habias abandonado.

—¡Abandonaros yo! contestó la jóven estremeciéndose, como en un remordimiento anticipado.

Inútil es decir á nuestros lectores que la vision permanecia delante de Luisa, que veía marchar á la hija y al padre, apoyado el uno en la otra; que los seguia, en una palabra, sin moverse de su sillon.

—Tú amas, Consuelo, la dijo su padre.

—¡Yo! ¡que amo yo! esclamó Consuelo: ¿y quién os lo ha dicho?

—¡Tú!

—¡Yo!

—Sí, tú. Escucha, hija mia: de noche... cuando tú duermes... yo no puedo dormir... paso las noches en vela: ¡oh! desde que murió tu madre...

Luis de Quiñones calló, y guardó silencio por un corto espacio.

—¡Oh! ¡y que no pueda yo olvidar aquel momento horrible, el momento en que aquella mujer quedó inmóvil, y se fué poniendo helada! ¡Aquella mujer... siempre aquí... aquí!...

Y Luis de Quiñones se golpeó la frente con la mano.

—¿Por qué decís aquella mujer, cuando hablais de mi madre? dijo Consuelo.

—¡Oh! no puedes comprender esto: yo no lo comprendí hasta despues de que tu madre murió... al principio creí morir tambien...

pero despues... despues... como si Dios me hubiese curado de un encanto, de un maléfico, me pareció que despertaba de un sueño, de un sueño horrible... me encontré verdugo, degradado, maldito, con una hija desventurada, heredera de mi infamia... ¡oh! esto habia sido un sueño horrible... pero á pesar de haberse desvanecido el sueño, continuaban sus consecuencias; yo era verdugo: sobre mi frente caía, caía, y siguió cayendo, y cae, un chorro de sangre tibia.

Luis de Quiñones se detuvo de nuevo.

Luego continuó:

—Y por eso no duermo, y por eso el aire que me dá en el rostro me huele á sangre, el pan que como me sabe á sangre, y en mi ceguera, no veo tinieblas, no; veo un espacio infinito, un espacio color de sangre. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡y todo, todo, por el amor de aquella mujer!

Hizo otra nueva pausa Luis de Quiñones.

Consuelo lloraba en silencio, porque amaba á su padre, y la partia el corazon el dolor intenso, desesperado, incurable, que á su padre atormentaba.

—Escucha: como no duermo, como sufro, como tú eres mi único consuelo, hija mia, de noche suelo levantarme muy quedo, y acercarme á tu aposento, á tu lecho. Tú duermes, pero duermes llorando: tú murmuras palabras entre sueños que no puedo entender, pero que comprendo: te revuelves, te agitas, suspiras... tú amas, y amas sin esperanza, como yo amé á tu madre.

—¡Ah! esclamó la jóven.

—Yo, como tú, he pasado noches horribles, noches de fiebre, noches de desesperacion: yo por aquella mujer, desesperado, loco, me olvidé de todo, lo aborrecí todo, todo menos ella, y por aborrecimiento á todo me hice verdugo... porque no encontré otra cosa mas horrible, mas infame... ¡oh! ¡hija mia! ¡hija mia! al heredar mi infamia, has heredado mi corazon... amas como yo he amado, y como yo he sido capaz de todo por mi amor, tú serás por el tuyo capaz de todo.

Consuelo no contestó.

—Por eso cuando te llamé y no me contestaste, temblé, me sentí castigado por Dios, con el último castigo que Dios puede imponerme: con el de encontrarme solo, abandonado por tí, que eres mi corazon.

—¡Ah! no, no, padre mio, esclamó estremecida Consuelo.

—No hablemos, no hablemos mas de esto. Que se cumpla la voluntad de Dios. Yo merezco todas las desdichas, todos los dolores, y estoy resignado á todo. Creo que hemos llegado, Consuelo.

—Sí, padre mio, dijo la jóven, deteniéndose en una callejuela de la Morería junto á la puerta de un casucho negro y miserable.

Sacó la jóven una llave de su bolsillo, y abrió aquella puerta.

Hija y padre entraron, y la puerta volvió á cerrarse.

Entonces, á poca distancia de aquella puerta, apareció el vizconde de Rudaguas, que miró con anhelo, con el anhelo de un hombre completamente enamorado, á la puerta por donde Consuelo habia desaparecido.

—Voy á seguir mi esposicion de cuadros ante tí, dijo Satanás, siempre detrás del sillon: el vizconde de Rudaguas estuvo parado en esa esquina como le ves, una hora larga que empleó Consuelo en luchar, y ser vencida por su amor.

Zumbaban en su oido, amargaban su corazon las dolorosas palabras de su padre. Pero Consuelo amaba al vizconde sobre todas las cosas: Consuelo no podia combatir su destino sino hasta cierto punto, y acabó por rendirse á él.

Su padre dormia, Consuelo abrió la puerta y salió.

Mírala: escucha lo que esos dos séres van á hablar.

Consuelo habia salido ruborosa, magnífica, embellecida por el embarazo en que la ponia el paso que iba á dar, y pasó temblando junto al vizconde.

—Escuchadme, la dijo este; escuchadme por la última vez.

—¡Por la última vez! dijo Consuelo: no, os escucho por la primera.

—Pues bien...

—Es inútil...

El vizconde interrumpió á Consuelo.

—Ved que me matais, dijo.

—Tal vez os mate, dijo la jóven, porque creo que pesa sobre mí una maldicion, que debe caer sobre las personas á quienes me una.

—¡Cómo! esclamó con alegría el vizconde.

—Dejadme continuar. Habia dicho que es inútil y lo repito que me hableis de vuestro amor: sé que me amais, aunque no sé de qué modo. No os conozco mas que de vista, pero hace ya un año que os veo por todas partes, que me seguís por todas partes, que me acosais con vuestros amores. Pues bien, voy á deciros la verdad, porque yo no sé mentir. Hace un año que lucho con vuestro amor... no

me interrumpais... que lucho, y ya no puedo mas. Soy vuestra, vuestra sin condiciones.

—¡Mia! ¡no me engañais!

—Yo no engaño á nadie. Por lo mismo, tampoco engañaré á mi padre.

—¡Á vuestro padre! ¡pero vuestro padre!... ¡qué necesidad hay de que vuestro padre sepa!...

—Yo no sé mentir. Si me recato de ir con vos por la calle, no será por mí: yo no puedo ser mas infame que lo que lo soy...

—¡Ah! ¡no digais eso!

—¿Conoceis á mi padre, caballero?

—Sé que es un pobre ciego, un mendigo.

—¡Mendigo y ciego! sí, es verdad. Hace cuatro años, dos despues de la muerte de mi madre, hacia un hermoso dia. El sol penetraba por la ventana; un hermoso sol de primavera: hacia ya tiempo que yo me habia levantado, y me peinaba, cuando oí la voz de mi padre que me llamaba. Fuí á su aposento, estaba despierto, y me miraba de una manera que me dió no sé qué temor, por la fijeza y la inmovilidad de sus ojos.—¿Qué es esto? dijo: los vendedores andan gritando por la calle, siento la gente que pasa, la sierra del carpintero de enfrente, y aun es de noche.—No, padre mio, no, respondí con espanto, sin comprender lo que me espantaba: son las nueve de la mañana, y hace un sol hermosísimo.—¡Oh! pues abre la ventana, hija mia, me voy á levantar.—Pero si la ventana está abierta, la abrí cuando me levanté, y el sol entra hasta cerca de vuestra cama.—Entonces mi padre dió un grito, un grito horrible, se llevó las manos á los ojos, se los restregó, saltó de la cama, corrió desatentado á la ventana, levantó el rostro al cielo, y esclamó:—Sí, sí, hace sol, le siento sobre mi cara, en mis ojos... ¡pero no le veo!...—Y tembló todo, todo, de una manera que daba espanto, y luego, cubriéndose el rostro con las manos, esclamó con una angustia horrible:—¡Ciego!... ¡ciego!...

Consuelo se limpió con el estremo de su delantal una lágrima y continuó:

—De repente mi padre cesó de temblar, su semblante se tranquilizó, y dijo con acento ronco:—¿Y bien? ¿para qué quiero yo la vista? ¿para ver que todos apartan de mí la suya con terror? ¿para contemplar rojo, triste, sombrío, todo lo que me rodea? Debo dar gracias á Dios: él me redime cegándome; ya no soy verdugo.

—¡Verdugo! esclamó el vizconde de Rudaguas con repugnancia.

—¡Qué! ¿no sabíais, dijo con amargura Consuelo, que á mí, no sé por qué, me llaman la *Honra del verdugo?*

—Y bien, ¿qué importa? dijo el vizconde, que se habia repuesto. Yo os amo.

—Amadme en buen hora, dijo tristemente Consuelo, y plegue á Dios que dure mucho tiempo vuestro amor.

Consuelo y el vizconde continuaron hablando, él satisfecho, alegre, transportado como quien ha vencido un grande empeño: ella triste, preocupada, abstraida, como quien aborda una gran desdicha.

Al cabo de media hora se separaron, dejando concertada una cita para aquella noche: Consuelo tomó el camino de su casa, cabizbaja, pálida y pensativa; y el vizconde una direccion opuesta, atusándose satisfecho el bigote, y dejando ver en su encendida mirada, no sé qué terrible.

—¡Pobre Consuelo! esclamó Luisa.

—Voy á efectuar una nueva mutacion, dijo el diablo.

É inmediatamente apareció ante Luisa un cuartucho pequeño, en el cual habia una mesa, sobre la mesa un mantel limpio, sobre el mantel un potage humeante en una cazuela, un pan, un jarro con agua y dos cucharas de madera: un candil, adherido por el rabo á la pared, ardía sobre la mesa, y en dos taburetes de pino estaban sentados Luis de Quiñones y Consuelo.

No habia mas muebles en aquella habitacion, irregular, húmeda, de paredes ennegrecidas y pavimento resquebrajado.

Dos puertas desiguales, una en cada costado, daban paso á otros aposentos.

Luis de Quiñones estaba rígido, mudo, inmóvil, con los ciegos ojos fijos: de tiempo en tiempo, los músculos de su semblante temblaban, y un poderoso esfuerzo contenia aquel temblor.

Consuelo miraba á su padre con solicitud, con temor, y aun podemos decir con vergüenza: comprendia que debia sacrificarse entera á su padre, y sin embargo, una fuerza irresistible la empujaba, y su corazon la decia: *Anda.*

Consuelo se sobrepuso al fin á su abstraccion y dijo á Luis de Quiñones:

—¿No cenais, padre mio?

—No tengo hambre, dijo el infeliz: ¡cuánto tarda ese hombre!

Consuelo no contestó.

—¿Por qué callas, hija mia? dijo Luis de Quiñones. ¿Hay algo acaso de vergonzoso en la resolucion que has tomado? ¿Tienes acaso

honra alguna que perder? ¿y porque no tengas honra, porque hayas tenido la desgracia de ser mi hija, has de renunciar al amor? ¿al amor, que tarde ó temprano habia de conmover tu corazon, que le ha conmovido al fin y que ha llegado á ser tu vida? ¿Por qué gastar el corazon en una lucha horrible, desesperada, que acabaria por enloquecerte? ¡Oh! ¡yo no quiero que mueras! ¡tú no debes morir! ¡tú no debes pasar esas horribles noches de insomnio! ¿cómo he de acriminar yo tu resolucion, cuando he sido testigo de tu lucha? ¿cómo he de culparte yo, cuando el amor á tu madre ha sido la causa de mi perdicion... y de la tuya? ¿Puedes estar mas despreciada de lo que lo estás solo por ser hija mia? No podemos ser mas infames que lo que lo somos: ¿por qué sacrificarnos, pues, á una honra que yo he perdido, que yo al darte el sér te he robado? ¿ni qué voluntad puedo tener yo, para pedirte un horrible sacrificio? Sé feliz hasta el punto que Dios quiera que lo seas, y no hablemos mas de esto: yo estoy contento y amo al hombre que te ama, porque se ha atrevido á amarte: ¡oh! y debe amarte mucho, hija mia, cuando baja hasta nuestra infamia.

—¡Ah! ¡padre! ¡padre mio! esclamó Consuelo arrojándose al cuello del ciego: perdonadme, porque yo estoy loca; perdonadme, porque no puedo hacer otra cosa que la que hago.

Luis de Quiñones besó con no sabemos qué ansia, con no sabemos qué agonía, la frente de su hija: la besó una y otra vez como si hubiera querido absorber con sus labios, guardar dentro de su alma la pureza de aquella frente.

Consuelo lloraba abrazada á su padre.

Luis de Quiñones sentia que se le rompia el corazon.

De improviso sonaron dos golpes, á la puerta de la casa, y el padre y la hija se estremecieron.

Repitiéronse aquellos dos golpes y Luis de Quiñones separó de sí á su hija.

—Ya está ahí, dijo con voz ahogada. Muchas veces en un momento terrible he dicho yo á un sentenciado: «ya es la hora.» Dios me dice en este momento: «ya es la hora, Luis.» Vé, hija mia, vé.

—¡Ah! ¡no! ¡no! ¡primero vos!

—¿Me obligarás á que yo le abra?

Llamaron por la tercera vez.

Entonces Consuelo se alzó pálida, besó á su padre y le dijo:

—Adios, padre mio.

—Adios, sí, pero... hasta mañana.

—¡Oh! ¡sí, Dios mio! ¡hasta mañana!

Y Consuelo se dirigió á la puerta, se detuvo irresoluta; pero la mano de la fatalidad la empujó, su corazon la dijo: *Anda;* y se precipitó á la puerta esterior, la abrió, y se arrojó sollozando en los brazos de un hombre.

Aquel hombre era el vizconde de Rudaguas.

Ella y él se perdieron por el fondo de la oscura calleja.

Luis de Quiñones quedó solo y en el mismo lugar donde le habia dejado su hija.

Luisa oyó dar las doce de la noche.

Luis de Quiñones permaneció ante ella inmovil, mudo, estremeciéndose de tiempo en tiempo y llorando silenciosamente.

Pasó el tiempo, y la luz del candil empezó á estinguirse, vaciló, al fin se apagó, y solo quedó ante Luisa, en un fondo de tinieblas, un punto rojo; el fuego del pábilo del candil.

—¿Para qué queria Luis de Quiñones luz? dijo la voz del diablo detrás del sillon.

—¡Oh! ¡infeliz! ¡infeliz!

—La noche que pasó por Luis de Quiñones fué una eternidad en el infierno.

Mira las huellas que aquella noche horrible dejó en el desventurado.

Volvió á aparecer la vision.

La luz del sol iluminaba el cuadro.

Luis de Quiñones estaba en el mismo sitio.

Temblando, pero silencioso; pálido, pero secos los ojos: habia llorado aquella noche todas las lágrimas que le quedaban; sus escasos cabellos habian acabado de encanecer, sus arrugas se habian multiplicado, y una horrible calma habia sustituido á su ansiedad.

Estaba resignado, y resignado á una cosa horrible.

Creía que no iba á volver á ver á su hija.

De repente se animó, se iluminó con una fruicion inmensa el semblante del ciego: habia oido el ruido de la cerradura de la puerta al abrirse, y poco despues los pasos precipitados, que tanto conocia, los pasos de Consuelo, que entró en la habitacion.

Luis de Quiñones quiso levantarse y no pudo, y sentó junto á sí á su hija, que le abrazaba y le decia conmovida:

—¡Oh padre, padre mio! ¡qué feliz soy! ¡me ama, me ama y quiere sacrificarlo todo por mí!

—¡Oh! ¡bendita seas, hija mia! dijo el ciego, que has venido á consolar á tu padre.

Y una sonrisa inefable, una sonrisa de vida, pasó por los labios de Luis de Quiñones.

Habia creido no volver á ver á su hija, y su hija se creía feliz, y no le habia abandonado.

Aquella vision se borró de repente, y apareció otra.

Sentado al pie de un guarda-canton, estaba Luis de Quiñones, envuelto en una capa andrajosa, tendido el sombrero boca arriba sobre la halda de la capa, y la cabeza tan doblegada, que solo se veía su calva; aquella cabeza temblaba; temblaba tambien su cuerpo, temblaba la mano que tenia estendida hácia arriba, y con los dedos crispados. Estaba solo. Las gentes pasaban indiferentes junto á él.

Luisa, al ver esto, dió un grito de horror.

—Sí, dijo el diablo: le ha abandonado su hi a.

—¡Infame! murmuró Luisa.

—¿Por qué llamas infame á la pobre Consuelo?

—¡Abandonar á su padre anciano, ciego!...

—¿No crees tú que se ama mas á un hijo que á un padre?

—¡Ah!

—Consuelo se habia sentido madre. Cuando percibió los primeros indicios de maternidad, se estremeció. Vió que solo podia dar á su hijo un nombre infame: nieto del verdugo. Recordó su propia historia dia por dia, hora por hora, minuto por minuto: pesó todas sus humillaciones, todos sus dolores, toda su desesperacion, y no quiso cargar aquel horrible peso sobre la cabeza de su hijo.

Entre Luis de Quiñones y el fruto de sus entrañas, optó por lo que en iguales circunstancias hubiera optado toda mujer. La madre se sobrepuso á la hija, pero quedando destrozada, herida de muerte la hija por la madre. Entonces lloró porque no se habia sacrificado por completo: tuvo remordimiento de haber amado, se arrepintió, pero su arrepentimiento fué como todos los arrepentimientos humanos: tardío.

Meditó profundamente lo que era, y lo que por ella podia llegar á ser su hija. Recordó su juventud perdida en el aislamiento, la mirada de todo el mundo fija en ella con desprecio: la palabra que los que la conocian murmuraban al pasar: la *Honra del verdugo.*

Sarcasmo del mundo, arrancado al mundo por su belleza: frase horrible que la condenaba á renunciar á todos los afectos que constituyen la vida del corazon; espresion contínua, manifestacion im-

placable de un estigma social, lanzado, impreso sobre su frente por las preocupaciones humanas; consecuencia terrible de la doble maldicion del cielo y de la tierra, evocada por su padre, al convertirse en sacrificador de hombres; en ese terrible ministro de la ley que se llama verdugo.

—Si yo abandono á mi padre, mi padre morirá; pero si no le abandono morirá mi hijo... pensó Consuelo; y con el corazon deshecho por el dolor, se decidió, y abandonó á su padre.

Una mañana el pobre ciego la esperó en vano.

Dieron las ocho, las nueve, las diez... nunca habia tardado tanto Consuelo.

Consuelo, el apoyo de su padre: Consuelo, de una manera tan estraña, y por tan fatales circunstancias, enlazada á un noble caballero.

Luis de Quiñones no se atrevió á creer que su hija le habia abandonado: creyó mas bien, que una circunstancia imprevista la detendria.

Y esperó.

Esperó muriendo, y pasaron las horas, y llegó la tarde, y llegó la noche, y Consuelo no parecia.

Esto era ya demasiado, y Luis de Quiñones lo temió todo; todo lo mas horrible.

Entonces se levantó, salió á tientas de su tabuco, entró en el patio de vecindad, y llamó á grandes voces:

—¡Cristobalillo, hijo, ven, ven, y te daré un maravedí!

Á las voces de Luis de Quiñones contestó desde un corredor alto una voz atiplada de muchacho, desenfadada, fria, con el acento peculiar de los tunantuelos desarrapados que hacian el aprendizaje de ladrones, á vuelta del oficio menudo de esportilleros.

—¿Qué muela os duele, tio Luis, que á tal hora y con tales voces me llamais? dijo desde lo alto el muchacho.

—Baja, hijo, baja, que en lo que quiero puedes hallar algun provecho, dijo el ciego cuya voz temblaba.

Oyéronse pasos en los corredores, y luego en las escaleras, y al cabo llegó junto á Luis de Quiñones un muchacho como de diez á doce años.

—Ven acá, hijo, ven acá, dijo Luis de Quiñones. Cuando te mandé que siguieses á mi hija, ¿no me dijiste que se habia ido con un caballero?

—Eso es: con un señor que olía á noble, rico y valiente, buen

mozo, que llevaba calzas de grana, y un ferreruelo de terciopelo con una cruz de Santiago.

—¿Y dónde me dijiste que aquel caballero se habia metido con mi hija?

—Os dije... os voy á decir todo lo que os dije: pues... os dije que aquel caballero habia ido con vuestra hija á una casa en la parroquia de San Pedro, que se habia entrado en ella por un postigo, que yo habia dado la vuelta á la casa, y que en la puerta principal habia preguntado á un lacayo, con buena maña, y que habia averiguado que aquel caballero se llamaba...

—Sí... sí... el señor vizconde de Rudaguas...

—Pues mirad, ya no me acordaba yo de tal nombre... pero de lo que sí me acuerdo muy bien, es de que por aquella diligencia me dísteis un real.

—Y dos te daré, y mas, si me llevas ahora mismo á casa de ese caballero.

—¿Y cómo si haré? esperad, tio Luis: voy por mi chapeo y por mi capilla, que la noche está cruda, y se pilla antes un pasmo que un ducado.

Y subió como una ardilla las escaleras, y volvió á bajar con la misma rapidez.

—Asíos á mi hombro, tio Luis, y vamos, dijo al ciego.

Luis de Quiñones, vacilante, trémulo, débil, por la falta de alimento en veinte y cuatro horas, transido el corazon de terror, se asió al hombro del pilluelo, y se puso en marcha.

—Aprisa, aprisa, hijo, decia el ciego impaciente, que me importa mucho ver á ese caballero.

Y Cristobalillo andaba cuanto de prisa podia andar Luis de Quiñones.

Atravesando una parte de la villa, y el barranco de Segovia, se hace en poco tiempo el camino desde la Morería á la parroquia de San Pedro; no tardaron, pues, mucho en llegar á una gran casa Cristobalillo y Luis de Quiñones.

—Aquí es, dijo el muchacho.

—¿Hay portero en esta casa?

—Y aun porteros.

—Pues éntrame en el zaguan, hijo.

—¿Adónde vais? ¡eh! no se dá limosna hoy, y mucho menos á estas horas. Volved el sábado por la mañana, dijo una voz lacayuna.

—No vengo á pedir limosna, dijo Luis de Quiñones, sino á ver á vuestro amo.

—¿Á ver á su escelencia? ¡ta! ¡ta! ¡ta! ¡como si no hubiera mas que ver al señor vizconde!

—Si quereis decirle mi nombre, yo sé que me recibiria.

—¡Recibiros! ¡puede ser! pero lo que es por hoy, no podemos saberlo, porque su escelencia se ha ido á Toledo.

—No me engañeis, porque importa tanto á su escelencia el que yo le hable, que si sabe que no me habeis querido anunciar podrá pesaros.

—Os digo que su escelencia ha marchado esta noche á Toledo, pero volved dentro de tres dias que habrá vuelto.

Luis de Quiñones pasó tres dias de ansiedad, de agonía, de duda, tres dias en que gastó veinte años de vida: tres dias como no los ha pasado jamás ningun hombre tan desesperados: y luego sin comer, sin dormir, con fiebre.

Pero el tiempo, por terrible y lento que sea su paso, pasa al fin.

Pasaron los tres dias.

Luis de Quiñones, llevado por Cristobalillo, volvió á la casa del vizconde de Rudaguas.

El vizconde habia vuelto, pero no se encontraba en su casa.

Luis de Quiñones esperó.

Una hora, dos, tres, cinco.

Cristobalillo, que le acompañaba, para avisarle cuando asomaba el vizconde, hacia mucho tiempo que estaba impaciente, y Luis de Quiñones, para retenerle, se veía obligado á darle algunos maravedises.

Era aquella una de las innumerables esplotaciones del débil por el fuerte.

Al fin Cristobalillo dijo:

—Por allí viene el señor vizconde.

—Llévame, llévame á atajarle el paso, dijo el verdugo.

Y en paso apresurado, guiado por el muchacho, adelantó hasta que el muchacho dijo:

—¡Ahora, tio Luis, ahora.

—¡Caballero! ¡oidme por Dios! esclamó Luis de Quiñones con una ansiedad tal, que el vizconde se detuvo, y al verle se puso pálido.

Que no hay hombre tan malvado que no se sienta conmovido por un momento ante una desgracia tal como la de Luis de Quiñones.

—¿Qué quereis? dijo con acento breve y seco.

—No quiero que me deis limosna, no, esclamó con la voz trémula, precipitada, casi ininteligible, Luis de Quiñones: no quiero causaros disgusto... pero... retírate, Cristobalillo, hijo; pero... añadió en voz baja... tened compasion de mí... soy padre... ¿y mi hija?... ¡mi Consuelo!... decidme por Dios, qué ha sido de mi hija, señor: ¡compadézcase vuecencia de mí!

—¿Estais loco, viejo? qué tengo yo que ver con vos ni con vuestra hija.

— Mi hija, señor, es Consuelo: ¿no lo habeis oido? mi hija... mi pobre hija que os ama... á quien yo permití que se arrojase en vuestros brazos...

— ¡Estais loco! ¡yo no conozco á vuestra hija!

—Es que no quiero pediros nada... es que si no quereis que viva conmigo... no vivirá... pero quiero saber de ella... decídmelo.

—Os repito que os engañais.

—¿No sois el vizconde de Rudaguas?

—Sí.

—Pues bien: dadme á mi hija.

Y Luis de Quiñones se asió al ferreruelo del vizconde, y le miró de una manera horrible con sus ojos ciegos, con las mejillas temblorosas, con la boca entreabierta por la ansiedad, con las manos crispadas.

El vizconde no contestó, sacudió rudamente de sí á Luis de Quiñones, que dió contra la pared cercana, y se hirió en la cabeza.

—¡Oh! ¡maldito seais vos, que arrebatais una hija á su padre, y negais á su mismo padre su hija!

El vizconde pasó.

La sangre corria de la cabeza de Luis de Quiñones.

Algunas personas caritativas recogieron al mendigo, que se habia desmayado, y le condujeron á una barbería, donde le curaron.

Ocho dias despues, Luis de Quiñones, mal curado, entraba en un carromato en Toledo, por la puerta del Sol.

Cuando el carromato hubo llegado á la plaza de Zocodover, Luis de Quiñones bajó de él.

Se encontraba solo, sin asilo.

Pero en Toledo al menos no le conocian.

Era un mendigo como otro cualquiera.

Alquiló un miserable cuartucho bajo, húmedo, frio, y tan oscuro, que solo podia ser habitado por un ciego, en una casa de vecin-

dad en la parroquia de Santa Leocadia, contigua á la iglesia, y de allí todas las mañanas, despues de una noche sin sueño, sin alimento y sin abrigo, salia á ponerse en la puerta de una iglesia, tropezando aquí, cayendo allá, vacilando, asiéndose á las paredes, porque el desdichado estaba acostumbrado al apoyo de su hija, de su hija, que le habia abandonado, á quien no habia maldecido; de su hija, su último amor, su amor intenso, idólatra, que habia crecido en vez de amenguarse con la desaparicion de Consuelo.

Un dia, ya habian pasado dos meses desde la ida de Luis de Quiñones á Toledo, un dia en que estaba sentado pidiendo limosna en la iglesia parroquial de San Miguel, sintió Luis de Quiñones que junto á él se detenia una mujer: aquella mujer dejó caer en silencio una moneda en el sombrero de Quiñones, y pasó:

El verdugo oyó crujir un trage de seda.

Tomó la moneda, y por su peso, por su tamaño comprendió que era un doblon de á ocho.

Toda la sangre se reconcentró en el corazon del ciego.

—¿Será ella? ¿será mi hija? pensó.

Pero rechazó este pensamiento.

—Si ella hubiera sido, murmuró, se hubiera dado á conocer á su padre.

Y la duda, una duda cruel, empezó á roerle el corazon.

—Dígame, hermana, preguntó á una mendiga que rezaba junto á él: ¿ha visto una señora que acaba de darme limosna?

—Sí, sí por cierto, dijo con voz de caña hendida la interpelada; una hermosa dama y una hermosa limosna.

—¡Hermosa señora habeis dicho!

—¿Y qué os importa á vos?

—¡Ay! sí me importa. ¿Es rubia?

—Como el doblon que os ha dado.

—¿Con los ojos negros?...

—Vamos, yo no he reparado tanto.

—¿Y por qué no habeis reparado? esclamó con desesperacion Luis de Quiñones.

—Si el doblon es bueno, no debe importaros nada lo demás.

—¿Iba sola ó acompañada?

—Una dama principal nunca va sola. La acompañaba su doncella.

—Dios os pague vuestra contestacion, hermana.

—No hay por qué, hermano.

Y la vieja siguió rezando, y Luis de Quiñones pensando.

—No, no puede ser ella... rubia... pero bien, hay muchas mujeres rubias: pero dama principal... mi hija engalanada como una dama lo parecería. Tal vez no me ha dicho nada porque no iba sola.

Y Luis de Quiñones se levantó, y como pudo, hecho una máquina de pensamientos, de esperanzas y de deducciones contradictorias, se encaminó á su miserable vivienda.

Cuando llegó á su puerta, una voz de mujer le dijo:

—¿Vivís aquí, hermano?

—Aquí vivo: ¿quién os envía? añadió con ansia Luis de Quiñones.

—Una persona caritativa.

—¡Ah! decid á esa persona que me estoy muriendo.

—Bien se conoce, pobre viejo. Pero confiad en Dios, y quedad con él.

Luis de Quiñones, por temor de comprometer á su hija, no se atrevió á preguntar mas á aquella mujer, y se entró en su casa y esperó.

Pasó la mañana, pasó la tarde, llegó la noche: el ciego oyó tocar las Ave-Marías en la iglesia de Santa Leocadia, y esclamó:

—Ya no puede tardar.

Y como si el deseo de Luis de Quiñones hubiese sido una evocacion, oyó una voz que le conmovió todo, que casi le puso á punto de morir de alegría: que resonaba fresca, pura, sonora, grave, triste, en la desembocadura del corredor al patio, y que hablaba con una de las vecinas.

—¿Vive en esta casa, decia Consuelo, porque ella era, un mendigo forastero? ¿querreis decirme su aposento?

—En el corredor, la segunda puerta de la derecha, como se sale, contestó con estrañeza la vecina.

Y Luis de Quiñones, avalanzándose á la puerta de su vivienda, la abrió, y dijo con acento trémulo:

—Es aquí.

Consuelo fué, estremecida, palpitante, adonde sonaba la voz de su padre, entró á oscuras, y Luis de Quiñones cerró.

Y entonces abrazó á su hija, y Consuelo le abrazó á él, y se besaron, y lloraron, y todo esto en silencio, por temor de ser oidos de los vecinos.

—¡Oh! perdonadme, perdonadme, padre mio, esclamó Consuelo ahogada por el llanto.

—¿Y de qué te he de perdonar? ¿no has cumplido con un deber sagrado, apartando á tu hijo de nuestra infamia?

—¡Ah! ¡padre mio!

—Porque aquí no te conocerán: habrás cambiado de nombre como has cambiado de trage: nadie sabrá que eras la *Honra del verdugo*.

—¡Ah Dios mio!

—Y será pronto, esclamó Luis de Quiñones, despues de abrazar á su hija, pronto tendrás un hijo... y su padre... ¿te ama su padre?...

Consuelo calló.

—¡Que no te ama! ¡con que te habrá arrancado de mis brazos para hacerte infeliz!... ¡oh! yo le habia disculpado, porque él nada tenia que ver conmigo... habia disculpado su...

Luis de Quiñones iba á decir brutalidad, pero por no ofender á su hija, dió tortura á su pensamiento.

—Sí, le habia perdonado la soledad en que me dejaba.

—¡Ese hombre es un infame! dijo Consuelo.

—¡Cómo!... ¡hija mia!... ¡infame!...

—Me trata como su querida... como una de esas queridas en las cuales no se respeta el corazon... á las que se satisface con dinero... ese hombre hace ya tiempo que me es odioso... que es odiosa para mí la vida... y vivo por mi hijo... tomo el dinero que ese hombre me dá por mi hijo... y le sonrío, y devoro mis lágrimas, y sufro sus injurias... porque es el padre de mi hijo...

—¡Oh! ¡mis ojos! ¡mis ojos y mi juventud! esclamó Luis de Quiñones.

Y luego añadió:

—¿Con que eres infeliz?

—Como no ha habido otra criatura.

—¿Y por qué, por qué Dios ha de castigar en los hijos las culpas de los padres? esclamó con acento de blasfemia Luis de Quiñones.

—No hablemos mas de esto, padre mio: yo estoy resignada: Dios lo ha querido así: ¿qué le hemos de hacer?

Y reprimiendo sus lágrimas, cesó de llorar.

—Hablemos, hablemos de vos, dijo.

—¿Y qué importo yo?

—No podeis vivir así.

—En verdad, en verdad, que este cuarto es muy húmedo, y el estado en que te encuentras... y no he encendido luz; es verdad que

como no la necesito, no tengo con que encenderla: pero tú no puedes estar aquí, no...

Luis de Quiñones no tenia pensamientos mas que para su hija.

—¡Y vos, padre mio! ¡vos podeis vivir en esta sepultura infecta!... no, no: vive vuestra hija, y no dudeis de ella, no... yo trabajaba por traeros á Toledo... pero necesitaba hacerme con dinero bastante para enviar una persona á buscaros... y como esto tardaba, cada dia ha sido para mí un martirio lento... me parecia veros morir.

—No, no... te tengo á mi lado, te oigo, te tengo en mis brazos... y... todo lo he olvidado... yo no he sufrido nada... pero tú no volverás á perderte para tu padre, ¿no es verdad, hija mia, consuelo mio? Mira: soy viejo; he sufrido horriblemente... viviré poco, y no tardaré en dejar de ser una carga para tí.

—¡Oh! ¡padre!...

—Perdóname, hija mia: pero yo pienso que soy una carga hasta para la tierra que piso.

—¡Oh! ¡mi hijo! esclamó desesperada Consuelo.

—Sí, dices bien: tu hijo, tu hijo es lo primero... y no solo es lo primero para tí, sino tambien para mí: es necesario que ese inocente no nazca marcado con mi infamia: es necesario que nadie sepa en Toledo que eres hija mia: y mira: toma... toma el doblon de oro que me dejaste esta mañana... yo no necesito de nada... guárdalo para tu hijo...

—¡Oh! ¡padre!... ¡padre mio!

—Y oye: aunque no ames á ese hombre, muéstrale mucho amor... por tu hijo, Consuelo; y mira... procura sacarle mucho dinero... para tu hijo...

—¡Ah!

—Sí, sí, todo por él: y oye, vete: te podria ese hombre echar de menos, dudar de tí.

—Está en Madrid, dijo tristemente Consuelo.

—¡Le amas aun!

—Y deberia aborrecerle..

—Nosotros hemos nacido para sufrir. Sufre y espera: si yo como tú pudiera esperar...

—¿Y qué, no podeis esperar, padre mio?

—Mi infierno ha empezado: Dios no me puede perdonar.

Calló el diablo, que habia pronunciado estas palabras de su relato con voz lúgubre.

—¡Cómo! dijo Luisa, ¿ese infeliz habia perdido la fé en la misericordia de Dios?

—Sí. Pero continúo:

Despues de una conversacion desgarradora, el padre y la hija se separaron: obligado el padre por la hija, buscó una habitacion mas cómoda, donde se encerró, dejando de salir á pedir limosna.

Consuelo tenia una llave de aquella habitacion. Todas las noches despues de oscurecido, Consuelo iba á ver á su padre, le llevaba las mejores provisiones de su despensa, se las preparaba, le cuidaba, y pasaba con él un largo rato.

Luis de Quiñones, quebrantado por tantas desgracias, por tantos dolores, se habia visto al fin obligado á guardar el lecho, á no salir de él: sin embargo, veía todas las noches á su hija, la besaba en la frente, pasaba á su lado algunas horas, y... era feliz.

Pero con una felicidad de la que no puedes tener una idea; porque aquella felicidad era la reaccion de un infortunio de que no puedes hacerte ni aun aproximadamente cargo.

Era feliz porque Consuelo le engañaba.

Y sin embargo, Consuelo era mas infeliz cada dia: pero guardaba para sí toda su amargura.

Cuando su padre la decia, cuidadoso por ella:

—No vengas todas las noches, hija, ó al menos no permanezcas aquí tanto tiempo.

Consuelo le contestaba:

—El vizconde solo va á verme de dia.

Ó bien:

—El vizconde está en Madrid.

Y sin embargo, hacia ya mucho tiempo, meses, que Consuelo no veía al vizconde de Rudaguas ni de dia ni de noche.

—¡La habia abandonado! esclamó Luisa.

—Tomando por pretesto sus salidas de noche: una de ellas, cuando Consuelo rebozada en su manto, se volvia á su casa, encontró esperándola al vizconde.

—Basta con esto, dijo, para que no puedas culparme por la resolucion que voy á tomar.

—¡Una resolucion! contestó aterrada Consuelo.

—Sí, una resolucion irrevocable. Nos separamos buenamente, en paz. Otro te diria tal vez... te maltrataría... yo me satisfago con cederte á tu nuevo amante.

—Ese amante es mi padre, dijo con dignidad Consuelo.

—¡Tu padre! ¡es cierto! ¡ha venido el buen viejo á Toledo á servir de encubridor á su hija!...

—¡Cristóbal! esclamó llorando Consuelo; sube, ven: tú le conoces; registra esta pobre casa...

—Te cedo, te cedo sin dolor, contestó el vizconde: así como así estaba ya cansado de tus amores. Con que buena suerte, y adios.

Y se alejó.

La infeliz corrió tras él llamándole, pero Cristóbal de Vives apresuró el paso, y se perdió por las revueltas callejas de Toledo.

Consuelo fué á su casa con el corazon desgarrado: esperó dolorosamente que el vizconde se arrepintiese de su infame resolucion y la buscase; pero ni fué aquella noche, ni al dia siguiente.

Y á pesar de su desesperacion, Consuelo fué á ver á su padre y habló alegremente con él, y le dijo que era feliz.

Pasaron así algunos dias, despues algunas semanas, por último algunos meses.

Consuelo dió á luz una niña.

Consuelo envió aquella niña á la parroquia, y mandó que la llamasen Dolores, y que en su partida de bautismo pusiesen únicamente el nombre de su madre: Consuelo.

Luego, cuando pudo salir á la calle, llevó á su hija al lecho de su padre, y el verdugo, el mendigo, el ciego, lloró dolorosamente sobre el puro semblante de su nieta.

Consuelo, abandonada á sí misma, vendió primero las joyas que la habia dejado la generosidad insolente del vizconde. Despidió á su doncella, vendió todos sus muebles, menos los indispensables, alquiló otra casa mas pequeña, y procuró que el dinero durase mucho; pero continuó sustentando del mismo modo á su padre, diciéndole siempre que era feliz: se defendió mientras pudo de las pretensiones que atraía sobre ella su hermosura: pero llegó un dia en que vió que dentro de poco no podria llevar pan á su padre, que no podria alimentarse para amamantar bien á su hija, y apuró un sacrificio cruel para ella: tuvo uno de esos innobles amantes que alquilan á una mujer como se alquila un mueble, y vivió de la venta de sí misma.

Y continuó diciendo á su padre que era feliz.

Y una vez colocada en esta pendiente, á un amante rico siguió otro menos rico; y sucediéronse así los amantes, y multiplicándose, vino á ser Consuelo esa manceba pública que va por las calles con la frente alta é insolente, como un sarcasmo ambulante; y llegó un

dia tambien que descendió hasta el último escalon de esa gradería infame, y en que no bastándola ya la prostitucion mas abyecta para dar pan á su padre y á su hija, apeló á un oficio sumamente peligroso en España: al de hechicera.

Y sin embargo, continuaba diciendo á su padre:

—Soy feliz.

Y el pobre ciego era feliz por el reflejo de la felicidad de su hija.

Y habia un detalle horrible: para que Luis de Quiñones no se apercibiese de la verdad, Consuelo habia conservado su rico trage y unas sonoras arracadas de perlas: cuando dejaba su pintorreado trage de gitana que habia adoptado para su nuevo oficio, se ponia aquel crujiente vestido de dama, aquellas arracadas de perlas colgantes, y se envolvia en su manto de seda; es verdad que su ropa interior iba hecha girones: pero su padre no podia apercibirse de esto; era todavía para el pobre ciego, la querida mimada, acariciada por un hombre opulento, y como Luis de Quiñones sabia que su hija amaba al vizconde, y que el amor del vizconde hacia feliz á Consuelo, Luis de Quiñones era feliz de una manera condicional por la soñada felicidad de su hija.

Pero llegó un dia en que debia despertar de su sueño, y ver, si no con los ojos, con el alma, toda la horrible estension del abismo que su hija habia cubierto para él de flores.

Una noche no pareció Consuelo.

Su padre se aterró, porque supuso que estaria enferma.

Pasó el dia siguiente, llegó la noche, y Consuelo no pareció.

Consuelo no podia ir á ver á su padre: estaba presa.

—¡Presa! esclamó Luisa: ¿habia llegado esa infeliz impulsada por su desdicha á la última degradacion? ¿habia robado?

—No: un zapatero remendon habia dado en la manía de zurrar con suma frecuencia la badana á su mujer; estrañólo esta, no solo por lo doloroso que esto era en sí mismo, sino porque el zapatero nunca la habia maltratado. Es verdad que hasta antes de que el zapatero empezase su solfa, no habia dado el sacristan de la parroquia en la manía de pararse con demasiada frecuencia en la puerta de la casa á charlar con la zapatera.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con la prision de Consuelo? dijo Luisa.

—Escucha, y verás de cuán absurdos principios suelen venir grandes desdichas. Consuelo pasaba todos los dias con su bizarro trage de gitana por delante de la puerta del zapatero, y solia pararse

embobada, absorta, delante de la puerta. Lo que causaba las paradas de Consuelo, lo que la llamaba la atencion, era un hermosísimo niño de dos años, hijo de los zapateros, que se arrastraba sobre sus manecitas, al pie del banquillo de su padre, y le sonreía y le prodigaba con suma gracia sus caricias infantiles.

Consuelo era madre, madre de una infeliz niña, por la cual se habia visto obligada á abandonar á su padre, á cambiar de domicilio y de nombre, á bajar gradualmente á todos los sacrificios, á todas las degradaciones dolorosas á que puede llegar una mujer de corazon: Consuelo envidiaba, en nombre de su hija, al hijo del zapatero remendon, y envidiándole se detenia á contemplarle, y contemplándole sufria, y seguia su camino con las lágrimas en los ojos.

Y un dia y otro, Consuelo se paraba al pasar delante de la puerta del zapatero, y tanto pasó y tanto se detuvo, que la zapatera hubo de notarlo, y engañada por su superstícion, por el trage de Consuelo, y por su hermosura, que habia tomado algo de terrible bajo el contínuo azote de la desgracia, no adivinó en ella á la madre, á la mujer que sufria, que comparaba la suerte de aquel niño, aunque de humildísima cuna, incomparablemente mas afortunado que su hija: no vió mas que á la gitana, á la hechicera, y para ella, desde que reparó en la insistencia de las paradas de Consuelo delante de su casa, no fué ya un misterio la mala conducta de su marido para con ella: todo lo esplicaba la superticion: la gitana habia hechizado á su marido, y le habia convertido de bueno en malo.

Sucedió que un dia, despues de haber permanecido Consuelo parada algunos minutos, segun su costumbre, delante de la puerta del zapatero, acertó á pasar por la calle el sacristan á tiempo que la zapatera salia de la cocina al zaguan.

El zapatero se encontraba en mala disposicion de ánimo, y bastó aquella coincidencia para que perdiese de todo punto los estribos.

—¿Qué tienes tú que hacer aquí, Genoveva? la dijo con acento brutal: ¿será necesario que yo te caliente el hato?

—¿Qué, no puede una salir á la puerta, Blas? dijo la zapatera predispuesta á la rebeldía, por la creencia de que su marido estaba hechizado.

—Siempre sales cuando pasa cierta persona por la calle.

—Mas valiera que no pasára esa persona maldita, que no sirve mas que para desarreglar matrimonios, dijo la zapatera refiriéndose á Consuelo.

—De modo que si todas las mujeres fuesen honradas...

Era la primera vez que el zapatero en sus reyertas pronunciaba la palabra honra: hasta entonces las palizas habian sido anónimas.

—¿Y qué tienes tú que decir de mi honra? esclamó toda fosca y soliviantada Genoveva.

—Digo lo que puedo decir, dijo el zapatero levantándose y asiendo su tirapié.

—Y yo digo que si Dios consiente que se maltrate de este modo á una mujer honrada, Dios está dormido.

—Yo te diré si Dios duerme.

—Tú dirás y harás todo lo que quieras, porque estás endemoniado: pero yo veré si hay justicia, y si hay Inquisicion donde te saquen los malos.

No fué menester mas: el señor Blas, que necesitaba poco en el celoso estado en que se encontraba, se arrojó sobre su mujer como un tigre, sacudiendo el tirapié, la asió por los cabellos, la arrastró á la cocina, y allí la dió tal vuelta, tal soba, como dicen los españoles, la hirió tanto en la cabeza y en el rostro con la hebilla del tirapié, la trató, en fin, tan brutalmente, que si los vecinos no acuden á los gritos de la desdichada, se queda entre las furiosas manos de marido.

Y entonces Genoveva, al verse rodeada de gentes, al reparar entre ellas á un familiar del Santo Oficio, esclamó á voz en grito:

—¡Justicia del cielo y de la tierra! ¡mi marido tiene á Satanás en el cuerpo; le han hechizado, para que me mate, y la hechicería lo ha logrado! ¡yo me muero, vecinas! ¡yo me muero, señor ministro! ¡justicia de Dios y del rey! ¡justicia, si no quereis que yo me pierda, porque si no me hacen justicia creeré que no hay Dios!

Al pronunciar la zapatera, desesperada, su acusacion de hechicería contra Consuelo, y su blasfemia, todos cuantos estaban presentes fueron otros tantos oidos del Santo Oficio: inútil es, pues, decirte, Luisa, que el zapatero, como hechizado, fué preso, y conducido á la cárcel de la Inquisicion, que si la zapatera no fué presa, fué porque murió á consecuencia de la brutal paliza que habia recibido, y que se libró auto de prision contra Consuelo, pero con la singular adicion siguiente:

«Sígasela en secreto, obsérvesela, y véase lo que hace y dice, hasta tener pruebas bastantes del delito de que se la ha acusado, porque estas hechiceras suelen tener hechos tales pactos con el demonio, que el demonio les dá fuerzas para resistir el tormento, y nada se saca de ellas.»

Consuelo fué, pues, seguida por algunos familiares disfrazados,

sin que la infeliz se apercibiese de ello; viéronla decir á varias personas la buena-ventura, echar los naipes á algunas mujeres, y la oyeron pronunciar ensalmos sobre algunas criaturas raquíticas: todo esto lo habia aprendido Consuelo en los últimos tiempos de su dolorosa degradacion: la práctica de estas fórmulas absurdas era el único recurso que la quedaba.

Y á pesar de haber sido sorprendida, como quien dice *infraganti*, los familiares no la prendieron, sino que persistieron en su espionage todo aquel dia; cuando llegó la noche, Consuelo entró en una humilde casa, en un barrio apartado: los familiares esperaron: media hora despues salió de aquella casa una dama envuelta en un manto de raja de Florencia, y llevando un bulto bajo el manto: la Inquisicion no se engañó: aquella dama era Consuelo, que iba á representar junto á su padre su papel de mujer feliz.

Siguiéronla de nuevo hasta que entró en casa de su padre: entonces uno de los familiares fué á dar parte al inquisidor mayor del arzobispado de Toledo, de lo que habian visto y oido respecto á Consuelo.

Otros dos familiares se habian quedado rondando la casa.

El otro volvió con la órden terminante de prender á la hechicera, y con una silla de manos para conducirla secretamente á las cárceles del tribunal.

Hay que confesar que el Santo Oficio cumplia con su deber; pero tambien es necesario confesar, que Consuelo era muy desgraciada.

Apenas, ya tarde, habia puesto los pies fuera de la casa de su padre, cuando los familiares se arrojaron sobre ella, la taparon la boca, dieron con ella en la silla de manos, y despues en un calabozo del Santo Oficio.

El terrible despertar de Luis de Quiñones, fué saber que su hija habia sido presa por la Inquisicion, que la Inquisicion se habia apoderado de su nieta, y que su hija, al hacerla cargo de su entrada en casa de su padre, con su disfraz de dama, lo habia confesado todo por pudor ó por desesperacion.

Al leerle á Luis de Quiñones la declaracion de su hija, se aterró: Consuelo no habia ocultado nada: el infeliz padre siguió paso á paso todos los escalones descendentes que habia bajado su infeliz hija; supo que el amor de Consuelo le habia engañado; comprendió lo inmenso de aquel sacrificio, y su corazon no se deshizo en lágrimas, porque ya no las tenia, pero se rompió y le redujo á ese estado en que le ves allí, doblegado, inmóvil, abrumado bajo el peso de la jus-

ticia del cielo, junto á ese guardacanton, en una esquina de la cárcel del Santo Oficio en Toledo, cárcel que en el momento del pasado en que ves de nuevo á Luis de Quiñones, solo guardaba en Consuelo un cadáver.

—¡Ah! ¡Dios mio! ¿y por qué se suicidó esa desgraciada, teniendo un hijo?

—¿Acaso tenia su hija Consuelo?

—¡Cómo! ¿la infeliz criatura habia muerto tambien?

—Habia muerto... para Consuelo.

—¡Como!

—Ya te he dicho que el padre Acebo, era eminentemente caritativo.

—¡Dios mio!

—Me adivinas, Luisa: el padre Acebo, al saber que la pequeña Dolores era nieta de un verdugo, hija de una hechicera, sintió lo mismo que Consuelo habia sentido antes por su hija: y como Consuelo, por caridad á su hija, se habia robado á su padre, del mismo modo, por caridad hácia la pequeñuela, por librarla de la doble infamia de la procedencia de un verdugo, y del sambenito de la Inquisicion, el padre Acebo, por caridad, pero por una terrible caridad, robó á Consuelo su hija.

—¡Pobre mártir! esclamó Luisa.

—Dios ha dicho al hombre: «Yo soy el Señor tu Dios, fuerte, »celoso, que visitó la iniquidad de los padres sobre los hijos, hasta »la tercera y cuarta generacion de aquellos que me aborrecen,» contestó con acento ronco Satanás: la palabra de Dios es siempre grandilocuente y misteriosa, y al pronunciar para el hombre el primero y terrible precepto del decálogo, ha querido decirle: Ámame sobre todas las cosas, porque soy lo bueno, lo justo, lo santo; porque sino me amases, amarás lo malo, lo injusto, lo maldito, pecarás, y trasmitirás tus pecados á tus hijos, que por tí serán malditos como tú, porque tú les habrás enseñado el mal, y por tí habrán entrado en el camino de perdicion: es la ley inmutable de la fatalidad, Luisa, el lobo produce al lobo.

—Pero Consuelo era buena...

—Habia caido sobre ella la maldicion de su padre. Era buena, sí, pero era hija del verdugo, y el destino de su padre la arrastró al mal; Consuelo pudo haber sido mártir desde el principio: pero no tuvo valor para serlo. Consuelo debió haber matado, dominando al amor, la raza maldita de que su padre era la cabeza. Pero Consuelo era

mujer, y hé ahí la fatalidad: puesta en una situacion escepcional, no pudo ser una mujer escepcional, y las consecuencias cayeron terribles sobre ella. Un dia, el padre Acebo entró en su calabozo y la dijo: —«Tu hija ha muerto.» Y Consuelo lo creyó, y no lloró, no contestó una palabra, pero desde aquel momento empezó su suicidio por hambre.

—¡Drama horrible! esclamó Luisa.

—Y lo mas horrible de ese drama es que es verdad. Pero mira de nuevo á Luis de Quiñones, cuya vision permanece delante de tí.

—¡Oh! ¿y para qué?

—El final del drama se acerca. ¿No ves gentes que cruzan, que pasan, que se aumentan?

—Sí.

—Esas gentes van á ver salir de la cárcel á la hechicera que va á ser quemada.

—¡Ah!

—Quiero abreviar esta escena terrible. Mira: Luis de Quiñones continúa en su puesto: ¿no oyes ruido de timbales?

—Sí.

—Es la procesion del auto de fé que se acerca. ¿No ves esos alguaciles, con sus varas negras, á caballo, que pasan por delante de Luis de Quiñones?

—Sí.

—Se detienen, y se oye un pregon. Escucha.

Y Luisa escuchó una voz pausada, ronca, que gritaba:

—«El Santo Oficio de la general Inquisicion en este arzobispado, manda quemar en auto público de fé, el cadáver de la llamada Consuelo de Quiñones, hechicera, impenitente y relajada, en defensa de la fé católica, y para escarmiento de la herética pravedad. Quien tal hace, que tal pague.»

Y acabado el pregon, retumbaron á un tiempo los timbales y los salmos penitenciales de los sacerdotes.

Y Luis de Quiñones, que al parecer solo vivia con una vida orgánica, se levantó, rígido, terrible, centellaron sus ojos ciegos, y luego cayó desplomado de rodillas, se cubrió el rostro con las manos, y esclamó:

—¡Que se cumpla la voluntad de Dios!

Y luego soltó una larga, débil, trémula, convulsiva, dolorosa, horrible carcajada.

La procesion pasó, y entre ella el cadáver de Consuelo, con su

coroza y su sambenito, llevado en unas angarillas por cuatro sepultureros. Despues Luis de Quiñones se quedó solo, doblegado aun, se levantó al cabo, y asido de las paredes, vacilante, débil, se alejó lentamente soltando de tiempo en tiempo una de sus terribles carcajadas.

Y la vision se borró.

—¿Ha concluido ya ese drama de lágrimas, esa terrible espiacion del pecado de un hombre? dijo Luisa.

—Aun no, contestó el diablo, falta el *consumatum est*, y voy á mostrártelo: mira.

Y apareció ante Luisa, en el mismo lugar donde habian aparecido las visiones anteriores, un hombre ciego, viejo, repugnante, medio desnudo, medio envuelto en andrajos, sentado sobre un sucio jergon, en un ángulo de una habitacion desguarnecida y negra.

En el semblante de aquel sér humano se veía fuertemente marcada la espresion de un embrutecimiento absoluto, y de un ansia repugnante: tenia el rostro levantado y la nariz abierta al viento, como un animal aquejado por el hambre. Sus ojos abiertos, empañados, de un color gris impuro, en los cuales estaban como borradas las pupilas, se movian bajo la contraccion contínua de unos párpados desnudos de pestañas: su rostro denegrido estaba surcado en todas direcciones por profundas arrugas, y en su cabeza, cubierta de manchas, no se veía un solo cabello; orlaba sus labios una espuma impura, y se exhalaba de su pecho un rugido sordo, intermitente, semejante al del leon en la calentura.

Aquel hombre era Luis de Quiñones.

Luisa se estremeció.

—No hay por qué, dijo el diablo: Luis de Quiñones ha muerto.

—¡Muerto! yo le veo vivo, terrible, convertido en una fiera.

—Embrutecido por el dolor, replicó el diablo: al determinarse el embrutecimiento, el dolor ha cesado: ese hombre, ese miserable despojo viviente, no tiene corazon que sienta ni memoria que recuerde; solo le ha quedado estómago: estómago de buitre, siempre insaciable, siempre exigente: Luis de Quiñones solo sufre ya de una manera orgánica: pero sufre horriblemente, porque está en un hospicio y la racion no basta á su hambre: por eso ruge, por eso tiembla, por eso está replegado en sí mismo, como una fiera que se prepara á la acometida; por eso su nariz se contrae y se dilata, olfateando en busca de un alimento que tarda en llegar: por eso está sujeto por un pie á una gruesa cadena que tú no ves, porque la cubre con su cuerpo.

Vas á ver cómo ese hombre come, y si quieres te pondré al lado, para que compares un lobo hambriento que encuentra por acaso un lebrato perdido por un cazador.

—¡Ah! ¡no! ¡no!

—Es necesario que te hagas fuerte, mira.

Y apareció junto á Luis de Quiñones un hombre, un dependiente del hospicio, que traía en una mano una cazuela llena de un pote humeante, y en la otra mano un palo.

Antes de que aquel hombre llegase á él, los ojos, el semblante, la boca, todos los músculos de Luis de Quiñones se contrajeron de una manera poderosa, y saltó sobre sí mismo, atirantando la cadena, que rechinó, y rugiendo, estendiéndose amenazador hácia el hombre de la cazuela.

Aquel hombre sacudió un vigoroso palo sobre la espalda del miserable enfermo, que se contrajo y se retiró rugiendo y estremeciéndose con mas fuerza: entonces el hombre puso la cazuela á su alcance y se retiró: Luis de Quiñones, entonces, se avalanzó á la cazuela y devoró en dos segundos su contenido; la retuvo entre sus manos, la lamió y miró, ó por mejor decir, levantó su semblante hácia el hombre con una espresion amenazadora, porque su hambre no se habia satisfecho.

Y el hombre, para que soltase la cazuela, le golpeó con el palo en las manos, y el desdichado se replegó temblando con las manos estremecidas, agitado todo por una conmocion horrible.

Luisa cerró los ojos horrorizada y gimió, como quien no puede resistir á una horrible pesadilla.

—Mira otra vez, Luisa, y compara: vas á ver á Luis antes de su pecado, frente á sí mismo, durante la última y tremenda espiacion de su pecado.

Y Luisa, como obedeciendo á un poder superior á su voluntad, abrió los ojos y vió una duplicacion del sér de Luis de Quiñones, en dos lugares distintos, como cuando en el teatro vemos la escena partida en dos.

En un lado, á la derecha de Luisa, sentado en un poyo de piedra, bajo una higuera, delante del verde seto de una huerta, bajo un cielo radiante, alumbrado por el hermoso sol de una mañana de primavera, se veía á Luis de Quiñones, estudiando en un libro *in folio*, con la inteligente, hermosa, pura y tranquila fisonomía de su juventud sin cuidados, con su hermosa cabellera rizada, su frente blanca, pálida y brillante de juventud, y con sus hermosos ojos negros.

Al otro lado, al turbio reflejo de una lámpara, sobre su jergon podrido, en el ángulo del tétrico salon del hospicio, una criatura humana, enferma, degradada, embrutecida, doblegada, palpitante, dejando oir un estertor hervoroso, se mordía débilmente los brazos, como el conde Ugolino, de la *Divina comedia*, sentenciado á morir de hambre.

—Entre las dos situaciones de la vida del hombre que tienes delante, dijo el diablo, que continuaba apoyado en el respaldo del sillon de Luisa, han pasado veinte y cinco años: ese hermoso jóven estudia la ciencia de Dios esplicada por los hombres, y ese miserable muere de hambre perdida la conciencia no solo de Dios, sino de sí mismo: muere como un leon viejo que ya no puede cazar. Mira aun: abarca en una mirada á ese doble sér.

Y Luisa continuó mirando fascinada aquella doble vision.

De repente el estudiante levantó la cabeza de sobre el libro, palideció, y sus ojos irradiaron un relámpago de pasion.

Al mismo tiempo sobre el jergon del hospicio cayó como una masa inerte el miserable enfermo, y permaneció inmóvil, rígido, y dejó de escucharse su estertor.

—*Consumatum est*, dijo el diablo: Luis de Quiñones, en la primera parte de esa escena ha pecado: ha visto á doña María y ha olvidado á Dios por la mujer; es la contínua reproduccion, hecha por el hombre, de Adam perdiendo el paraiso: en la segunda parte, el verdugo, el ciego, el mendigo, el padre, el sér embrutecido, ha dejado de ser pobre y miserable, y ha muerto: todas las comedias de magia, y la vida del hombre no es otra cosa, tienen al final su gloria ó su infierno. Mira aun.

Y Luisa se sintió deslumbrada: vió un espacio radiante còmo el foco de un sol, y en medio de él á Luis de Quiñones, de rodillas, llorando, hermoso y jóven, y puro como nunca lo fué, y frente á él un mancébo, de una hermosura incomparable, con una balanza de diamante en la mano: en un platillo habia un dogal y un cuchillo ensangrentado, y un corazon desmazalado y negro. En el otro platillo una copa trasparente, rebosando un licor incoloro: el platillo de la balanza en que estaba la copa, habia descendido á lo mas bajo; el otro donde estaban el corazon, el dogal y el cuchillo, habia subido á lo mas alto.

—Las lágrimas de Luis de Quiñones pésaron ante Dios mas que sus pecados, dijo con una voz ronca, solemne, terrible, Satanás.

—¡Y Consuelo! esclamó Luisa.

—Díos ha perdonado á la mujer por el martirio de la madre, contestó el diablo. ¡La misericordia de Dios es infinita! ¡Dios! ¡Dios!

Y el diablo calló, y Luisa estremecida calló tambien.

Y la celeste vision se borró.

Durante un largo espacio, Luisa y el diablo continuaron callando.

Al fin, el diablo dió lentamente la vuelta al velador donde agonizaba ya la luz del quinqué, y se sentó de nuevo en el sillon frente á Luisa, donde permaneció aun algun tiempo inmóvil, severo, frio, con la cabeza apoyada entre las manos.

—Pronto se escuchará el primer canto del gallo á la alborada, y es necesario concluir, dijo al fin el diablo.

—¿Aun queda mas?

—Sí; cumplida la justicia de Dios, era necesario que se cumpliese mi venganza.

—¡Tu venganza!

—El vizconde de Rudaguas, perdiendo en la vida á Consuelo, y determinando su martirio y el de su padre en la tierra, les abrió las puertas de los cielos.

—Yo creía que tu venganza contra el vizconde de Rudaguas era hija de una causa mas noble.

—Fuese la que quisiese la causa: la desgracia y la locura de tu abuela Luisa Inés María, la horrible suerte de Luis de Quiñones y de su hija, ó mi rabia por su salvacion, nada importa: yo aborrecia al vizconde, que cargado de crímenes, porque habia seguido siendo un fiel servidor del Conde-Duque, estaba lo mas maduro que podia darse para el infierno, y quise tener el placer de matarle por mi mano.

—¡Y le mataste!

—Sí: una noche, y cuando el vizconde estaba fuera de su casa, tomé su figura.

—¿Y para qué?

—Para abreviar.

—No te entiendo.

—Ya te he dicho que mi primera venganza contra Cristóbal de Vives, fué casarle con una mujerzuela, con una perdida, que habia sido manceba del Conde-Duque, y á la cual amó como no habia amado á ninguna mujer, y la cual le injurió como ninguna mujer le habia injuriado.

Camila, hija de padres desconocidos, adoptada por un matrimonio humilde, que la encontró á la puerta de su casa, reciennacida, habia sido mal educada: creciendo en años, habia sido bailarina, cómica; siendo cómica, y perteneciendo á la misma compañía que la Calderona, la famosa querida de Felipe IV, madre del don Juan de Austria, remedo innoble por todos conceptos del don Juan de Austria, hijo de Cárlos V y de...

—Bárbara de Blomberg, dijo Luisa.

—Déjote lucir tu erudicion histórica, porque no quiero estremecer los huesos de Cárlos V, en su tumba del Escorial. Decia, pues, que perteneciendo la Camila á la misma compañía de la Calderona, y siendo esta querida de Felipe IV, conoció natural é íntimamente el Conde-Duque á la Camila: pero cuando la conoció, habíala ya conocido el vizconde de Rudaguas y enamorádose de ella.

La Camila era una de las comediantas mas famosas, si no por su talento, por su hermosura, hermosura brillante, abultada, voluptuosa, que lucía, en una casi desnudez, en los bailes mitológicos en el corral de la Pacheca, y aun en el del Buen-Retiro. Era alta, esbelta, de formas encantadoras, y hubiera parecido mucho mas hermosa á ser menos descarada. Sin embargo, sus ojos relampagueaban, y su boca sonreía en el baile acariciando al público; era una sílfide, una ondina, una maga de voluptuosidad, y aun no tenia diez y seis años cuando cayeron sobre ella solicitudes y ofrecimientos de parte de lo principal de la corte: pero la Camila habia levantado su mirada mas alto, tenia ante sí el ejemplo de la Calderona, menos hermosa que ella, y se propuso robarla su régio amante. Y se lo robó, pero solo por algunas semanas.

La Calderona tenia mas talento, supo valerse de la Inquisicion, y la Inquisicion arrancó á la Camila de los brazos del rey: el Conde-Duque sacó por sus buenos oficios de la Inquisicion á la Camila, que cobró miedo á los amores reales, y la hizo su querida, pero cuando ya el vizconde de Rudaguas estaba enamorado de ella.

Yo inspiré al Conde-Duque el pensamiento de casar á su favorito con su querida, y concluí aquel casamiento enloqueciendo al vizconde.

Probó este á su vez cuantas amarguras puede probar un hombre que con una tal mujer se casa.

Si Camila hubiera sido una muchacha honrada, Cristóbal de Vives la hubiera sacrificado, la hubiera hecho la mas infeliz de las mujeres; pero como Camila era una perdida y además la ayudaba yo, el vizconde de Rudaguas fué la víctima.

Á pesar de esto, y en el primer año de su matrimonio, tuvieron un hijo, que la Camila hizo pasar al Conde-Duque por suyo, y del cual hice yo que dudase el vizconde. Pero te afirmo que el jóven Juan de Vives era hijo legítimo, de legítimo matrimonio.

El vizconde de Rudaguas, infame con todas las mujeres, fué sin embargo durante mucho tiempo un modelo de fidelidad conyugal, á la cual faltó solo por una sola mujer: por la *Honra del verdugo*, por Consuelo.

Y era marido fiel y amante, porque su esposa era infiel y dura, y desapacible con él, y cada dia se empeñaba mas, y cada dia Camila le hacia mas su esclavo.

Por el tiempo en que yo me resolví á matar al vizconde, galanteaba á la Camila, pero sin obtener de ella mas que desdenes, un alcalde de casa y corte, terrible sentenciador de horca y galeras, inflexible en la aplicacion de la ley, y que siempre habia sido durísimo para el amor, á pesar de que era jóven y buen mozo.

Pero vió á la Camila, y el fuego de sus ojos derritió el hielo que hasta entonces habia cubierto el corazon del golilla.

Apeóse este de su gravedad, porque el amor no tiene otro entretenimiento mejor que humillar soberbios, rondó á la Camila, la acechó cuanto pudo, y tal hizo, que el marido se apercibió de ello, y cobró un odio de muerte á aquel tenacísimo amante, que daba sin recato alguno músicas á su esposa, y decia por todas partes, sin pizca de recato, que no habia de parar hasta castigar los crímenes del vizconde, siendo, si era preciso, él mismo su verdugo.

El vizconde y el alcalde se aborrecian, pues, á muerte, y solo estaban contenidos el uno respecto al otro, como suele decirse, por un cabello.

Una noche, repito, tomé yo la figura del vizconde de Rudaguas, y entré en su casa. Camila se habia recogido al lecho.

Me acerqué, y me senté junto á ella.

—¿Qué os ocurre, marido mio? me dijo Camila tomándome por el vizconde.

—Paréceme que te alegrarias mucho de quedar viuda, la dije.

—¡Yo!... ¡sin duda habeis bebido mas de lo justo!

—Escucha, contesté, tu marido llama á la puerta.

—¡Mi marido! esclamó Camila: ¿pues cuántos maridos tengo yo? ¿ó acaso vos no sois mi marido?

—Fuera mucho castigo el ser marido tuyo para mí: yo soy el diablo.

—¡El diablo!

—Sí, en la figura de tu marido.

—Os burlais, dijo Camila, incorporándose en el lecho, á tiempo que resonaban cerca los pasos del vizconde.

Entonces cambié instantáneamente de figura, y tomé la del alcalde de casa y corte, y como Camila estaba medio desnuda, sentada sobre el lecho, creyéndose sola con su marido, la abracé y la besé en la boca.

Camila dió un grito agudo: mi beso la habia abrasado el alma, porque era un beso mio, un beso de Satanás, y se desmayó. Cristóbal de Vives entraba en aquel momento en el dormitorio.

Yo, conservando la figura del alcalde, me levanté y le esperé inmóvil.

El vizconde puso furioso mano á su espada.

Una mirada mia le contuvo.

—Evitemos un escándalo, le dije: los dos no cabemos en la tierra; uno de nosotros debe morir.

—Me habeis ahorrado que yo os lo diga, seguidme.

—Os sigo, le contesté, saliendo tras él del dormitorio, y dejando á Camila desmayada.

Por una escalerilla de servicio salimos á la calle, y el vizconde, con la rabia de un marido ultrajado, me dijo:

—Seguidme.

Y tiró adelante.

Cuando llegamos al Prado de San Gerónimo, el vizconde se dirigió sin vacilar á un ángulo entrante de las tapias de una huerta.

Cuando estuvimos allí, desnudó la espada, y juzgándome un hombre, me embistió con la intencion de no darme tiempo de ponerme en defensa, pero su espada se quebró en mi pecho.

—¡Oh! ¡qué es esto! gritó el vizconde.

—Esto es, le contesté, que tú no me puedes matar.

—¡Oh! ¡que no puedo matarte! ¿te has puesto un coselete? ¡Pues bien! ¡toma!

Y sacando una pistola la disparó á quema-ropa sobre mi frente.

—Nosotros, le dije, no podemos matarnos así, ó por mejor decir, yo no quiero matarte así. Ven conmigo.

Y tiré hácia el rio.

Siguióme el vizconde dominado.

Entre una espesura de olmos, habia una casilla abandonada y destruida: entramos en ella, y en una habitacion desguarnecida en-

contramos dos sillones, entre los dos sillones una mesa, y sobre la mesa dos retratos con marcos de ébano, una copa de oro, un dado de marfil, un cubilete de plata, y una botella de cristal sanguíneo.

—¿Qué es esto? dijo el vizconde.

—El motivo de nuestro duelo, le contesté, y los medios de llevarle acabo. Siéntate.

El vizconde se sentó dominado; yo habia dejado la figura del alcalde de casa y corte, y tomado la mia: era, ni mas ni menos, que como me ves ahora, Luisa, solo que el trage era de terciopelo negro cortado á la moda de la época, unos guantes de ámbar y una gorra negra tambien con un carbunclo en el broche.

—Vos no sois el hombre que yo he encontrado en mi casa entre los brazos de Camila.

—¿Y qué te importa? le dije: ¿no he salido tras de tí? ¿no he venido á tu lado? ¿no has querido matarme junto á San Gerónimo? ¿no te traigo aquí para matarte?

—¡Pero Camila!

—Si no te hubiera ofendido jamás sino como te ha ofendido esta noche, serías el marido mas honrado del mundo.

Centellaron los ojos del vizconde.

—Concluyamos, dijo, ¿quién sois, y qué quereis?

—Soy quien quiere vengar á dos mujeres que tú has asesinado.

—¡Yo!...

—Sí, tú: mira esos dos retratos que están sobre la mesa.

—¡Luisa! ¡Consuelo! esclamó el vizconde levantándose, despues de haber mirado los retratos.

—Ha llegado, pues, el momento de que nos entendamos, de que aparezca el ángel vengador. Siéntate.

El vizconde se sentó dominado por mi mirada y por mi acento.

—He ahí las armas de nuestro duelo, le dije, señalándole el cubilete, el dado, la botella y la copa.

—No comprendo bien, me dijo.

—Esa botella encierra un veneno: ese dado la suerte: el que saque el punto mas bajo bebe.

Y llené la copa.

—Sea, dijo el vizconde con una resolucion febril.

—Pero eso era un asesinato, ó una ridiculez, dijo Luisa.

—No por cierto, dijo el diablo; yo no puedo matar á un hombre sino por los medios naturales: la suerte que debia decidir en la vida del vizconde, estaba en manos de Dios, y yo jugaba limpio.

—De modo que si el vizconde hubiera sacado el punto mas alto...

—No hubiera muerto en aquella ocasion: pero tiró y sacó el ocho: esto me contrarió y tomé de mal humor el cubilete; el vizconde me miraba con un gozo repugnante porque creía asegurada mi muerte: él no sabia que yo no podia morir. Tiré, repito, con desconfianza, y al levantar el cubilete vi... que habia sacado el nueve.

—¡Nueve! esclamó con espanto el vizconde.

Y luego, dominado por una mirada mia, que parecia decirle habeis perdido, bebed, asió la copa y la apuró de un trago.

—¿Y luego?... dijo Luisa.

—Cayó redondo del sillon á tierra: como que habia bebido ácido prúsico.

—¡Ácido prúsico!... ¡pero si creo que el invento de ese veneno es moderno!

—Para los hombres, concedido: para mí es tan antiguo como la creacion.

—Pero te vengaste como se vengan los hombres: matando.

—No podia vengarme de otro modo; el vizconde no tenia corazon: me vengué de él despues de muerto.

—Despues de muerto...

—El vizconde fué condenado, y su espíritu fué mio. Yo sentencié á aquel espíritu á estar siempre al rededor de la Camila. El espíritu del vizconde conservó las pasiones que habia alentado en vida. Vió con una rabia impotente, porque no podia hablar, ni obrar, ni hacerse sentir, que la Camila no vertió ni una sola lágrima por su muerte; que volvió descaradamente al teatro; que ni aun se puso de luto; la vió en los brazos de otros hombres, enamorada, loca; la oyó burlarse de él, é insultar su memoria; sintió todos los tormentos de la vanidad y del amor ofendidos; fué, en fin, un condenado completo. Cuando murió, algunos años despues, la Camila, uní á aquellos dos espíritus enemigos, que siguen unidos, y que estarán unidos eternamente siendo el uno el infierno del otro.

Calló el diablo, y permaneció algun tiempo en silencio.

—¡Oh! ¡qué horrible! qué horrible es todo eso que me has contado, dijo Luisa.

CAPITULO XI.

De como concluyó la entrevista de Luisa y del diablo.

—Nos hemos ocupado hasta ahora de tu abuela, y de la abuela de tu hermana.

—De mi hermana...

—Sí, de Antonia...

—¿Pero es hermana mia Antonia?

—Sí, las dos sois hijas de un mismo padre.

—¿Y cómo se llamaba mi padre? preguntó con ansia Luisa.

—Aun no es tiempo, dijo el diablo.

—¿Y no hubiera sido mas importante para mí el que me hubieras revelado la historia de mis padres y no la de mis abuelos?

—Primero era necesario que supieses de dónde venías: luego sabrás adónde vas.

—Decididamente, ¿no me revelarás el nombre de mi padre?

—No.

—¿Y entonces á qué has venido?

—Ya te lo he dicho: has amado á un hombre, le amas ó crees amarle; has dispuesto de tu porvenir.

—¿Juan?...

—Sí, Juan de Castro.

—¿Y me ama él?

Se sonrió el diablo.

—Tú lo verás, dijo.

—¡Que yo lo veré!

—Sí, porque yo te pondré en posicion de que lo veas.

—No te entiendo.

—Las mujeres jamás escuchan los buenos consejos; solo la espe-

riencia y los desengaños las enseñan, y aun algunas veces ni las desgracias ni los desengaños bastan. Tú, por ejemplo, amas ciegamente á Juan. Si yo pretendiera apartarte de esos amores, todo mi poder se estrellaría contra tu voluntad de mujer enamorada. Pues bien, voy á arrojarte á la lucha, pobre, desamparada, como otras tantas.

Luisa no se alteró.

—Sí, sí, ya sé, dijo el diablo, que tienes un gran corazon, un corazon valiente: pero no es lo mismo suponer una cosa, que verla, que sentirla. Te vas á ver arrojada á una lucha tan dura, como las que arrostraron Luisa Inés María, tu sesta abuela, y Consuelo, sesta abuela de tu hermana Antonia.

—¡Mi hermana! ¡mi hermana!

—¡Ah! ¡pobre hermana tuya!

—¡Pobre!

—Mas valiera haberla dejado morir en el hospital.

—¡Morir! ella cree que ha muerto, y que ha resucitado.

—Casi, casi. Pero los milagros solo puede hacerlos Dios, y quien ha curado á Antonia he sido yo.

—¿Tú?

—Sí, yo: vi á Antonia espirante, y se me ocurrió guardarla, conservarla para tí, porque Antonia es un ángel fuerte. Entonces vi su estómago á través de su piel: vi que aun era tiempo: cogí en un tejado una yerba, cuyas cualidades no conocen los hombres, á la que ninguno ha clasificado, una yerba desconocida aun, germinada por una de esas semillas impalpables que lleva consigo el viento, y que arraigan á veces entre las hendiduras de los árboles: esprimí su jugo y le dí á beber á Antonia, que moria, á Antonia, que vivió, y que vivió para tí.

El diablo inclinó la cabeza.

—Tú no sabes lo que es el agradecimiento en almas como la de Antonia, continuó Satanás: el agradecimiento las hace mártires: tú serás el martirio de Antonia, de tu hermana.

Luisa bajó la cabeza, porque recordó la posicion tirante en que por causa de Juan se habia puesto con Antonia.

—Te arrojo á la lucha, prosiguió Satanás, pero no te arrojo abandonada. He puesto á tu lado dos ángeles buenos: el padre Quirós, alma de santo, sacerdote del evangelio, espíritu de la caridad: Antonia, el amor personificado, la mujer fuerte despues de su primer estravío, la abnegacion, la paciencia, el sufrimiento, la dulzura.

Nunca dos séres tan hermosos han amado y consagrado su existencia á un sér humano. En contraposicion, he puesto junto á tí dos ángeles malos: Juan, á quien amas, espíritu vanidoso y débil, egoista, repugnante, miserable reptil que se arrastra con la cabeza levantada al cielo, fijando en él una mirada blasfema: vil figura de lodo pintado y encubierto por una bella apariencia: poeta ramplon, que murmura frases que no comprende, y que todo lo ve tras el prisma de un deseo impuro: fragmento de esa levadura maldita que corrompe el mundo, y le hace hediondo: pensamiento estrecho y tenaz, miseria viviente, caracol que solo busca las flores para mancharlas con su baba.

—¡Ah! dijo Luisa: ¡y yo amo á ese hombre!

—Y le amarás, y será tu prueba.

—Tú me engañas.

—En buen hora: crees que te engaño; el tiempo te dirá la verdad.

—Pero tú has confesado que nada ves en el porvenir.

—Pero deduzco; por lo conocido, voy á lo desconocido: conocida el alma de Juan, se puede deducir, sin temor de engañarse, que jamás producirá el bien, sino de una manera negativa, de una manera independiente de su voluntad.

—Dios está sobre tí.

—Sí, pero Dios no puede, ó no quiere, ó ni quiere ni puede, convertir el oro en carbon y el carbon en oro. Dios es infinito, pero tambien es inmutable: es todopoderoso, pero su poder está sujeto á sí mismo por leyes eternas, inmejorables, perfectas: Dios no puede deshacer ni en un átomo lo que hizo en la eternidad, porque Dios no puede engañarse, no se ha engañado, ni necesita corregir su obra. Juan es malo, nació maldito, y malo y maldito será lo que de Juan provenga.

—Tú te engañas, ó quieres engañarme, replicó la tenaz Luisa.

—En buen hora, contestó con su calma glacial el diablo. El otro ángel malo que he puesto junto á tí, es el vizconde de Rudaguas.

—¿Y qué puedo yo temer del vizconde de Rudaguas, cuando para salvarme de él esta noche, cuando por una equivocacion me encontraba sola, encerrada con él en su carruage, me han bastado unas tijeras?

—Teme á los cobardes, dijo el diablo; y sobre todo al vizconde de Rudaguas, á quien tú has causado una desgracia que no te perdonará nunca.

—¿Yo?

—Sí por cierto, tú: tú, que tomándole por Juan, entrastes en el

carruage del vizconde y dejaste en él tu retrato, que el vizconde encontró y mostró á todo el mundo en la mesa de un café.

—¡ Ah! ¡ mi retrato! ¿y está en poder de ese hombre?

—No, dijo el diablo, está aquí. Este precioso retrato que yo he pintado.

Y el diablo sacó de uno de los bolsillos de la levita, el retrato de Luisa, abrió la tapa de tafilete y le miró casi, casi, con vanidad humana.

—¿Qué hombre haria una obra tal? dijo.

Y entregó el retrato á Luisa.

—¡Y este retrato ha corrido de mano en mano! dijo la jóven contrariada, ¡y en un café!...

—Sí, esa es una primera desgracia, una primera prueba para tí: mañana, cuando te vea uno de los necios á quienes ha mostrado tu retrato el vizconde, no dirá al que le acompañe: esa ha sido querida del vizconde de Rudaguas, sino que dirá: esa ha sido querida mia... la abandoné porque... es demasiado fácil... temia qne me pusiese en ridículo.

—Pero, esclamó levantándose Luisa, eso no puede ser, eso es mentira.

—La calumnia hace mncho tiempo, siglos de siglos, que anda por el mundo, y no ha existido un solo sér que no sea calumniado... la calumnia... la tremenda ária del Barbero de Sevilla: (entre paréntesis) yo inspiré aquella ária á Rosini.

—Pero eso merece un castigo... un castigo severo.

—Ya he castigado al vizconde, y con harta severidad. Por eso te he dicho que has sido la causa de una gran desgracia acontecida al vizconde, y que no te perdonará nunca. Le he cruzado el rostro; he destruido su hermosura; he puesto sobre ella la cruz roja de San Andrés.

—¡Ah!

—Cruz indeleble; cruz que no podrá ocultar sino cubriéndose el rostro; cruz que sentencia al vizconde á huir de la sociedad, á vivir como un buho. Teme, teme al vizconde, Luisa: era necesario para que la prueba de tu virtud fuese digna, para que la lucha y la victoria sean meritorias, que estuvieses en choque con un enemigo formidable, y en el vizconde de Rudaguas le tienes. Te protejo cuanto puedo. Adios.

Y el diablo se puso en pie.

—¿Te vas? dijo Luisa.

—Sí, empieza á amanecer.

—Un momento, dime: ¿por qué no ha ido Juan al cementerio?

—Debes alegrarte; Juan hubiera sido para tí mas embarazoso que el vizconde.

—¿Pero por qué no ha ido?

—Iba, iba en un carruage de plaza... corria... pero yo, que no queria que llegase, aproveché la tormenta, hice pasar tronando una exhalacion junto á los caballos, que se deslumbraron, se salieron del camino y volcaron el carruage. Juan está en este momento con una pierna rota dando gritos.

—¡Ah Dios mio!

—Quedará un poquito cojo.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿y esa es tu proteccion hácia mí?

—Te protejo dándote medios para purificarte por el martirio. ¡Oh! ¡bienaventurados los que son mártires!

En aquel momento, en medio del silencio de la última hora de la noche, se oyó el canto del gallo.

Luisa se estremeció.

—Adios, dijo el diablo, y desapareció.

Luisa se dejó caer sobre el sillon, y se cubrió el rostro con las manos. Cuando levantó de nuevo la cabeza, se encontró en su gabinete. Una blanca y leve claridad se veía tras los cristales del balcon: la luz de la lámpara se habia estinguido; la chimenea se habia apagado.

—Me he dormido, dijo Luisa, y ya es de dia: y he soñado: sí, hé soñado, no sé qué cosa horrible... no recuerdo lo que he soñado... no... pero ha sido una pesadilla... la impresion de mi espectativa para abrir esa puerta de ébano.

Y entonces reparó en la llave dorada que estaba sobre la cartera, en un sillon de terciopelo blanco de Utrech.

Entonces recordó un período de la carta misteriosa que habia recibido cuatro dias antes.

«... Esperarás á que dén las doce de la noche.—En aquel mismo punto abrirás la puerta de ébano con la llave dorada.»

—¡Á las doce! esclamó Luisa: ¡y amanece! ¡oh! ¡Dios mio!

Y tomó la llave y abrió la puerta de ébano.

Tras ella no vió otra cosa que un reducido espacio colgado de terciopelo negro, y sobre un altar un Cristo crucificado de tamaño natural.

Luisa cayó de rodillas, y rezó por el alma de su madre.

CAPITULO XII.

Epílogo del prólogo.

Aun no habia amanecido enteramente, cuando la Costanilla de San Andrés presentaba un espectáculo animadísimo.

Municipales á caballo y á pie cubrian las boca-calles; comisarios y celadores, arquitectos y obreros, aguadores que entraban y salian, y algunos ginetes del ejército.

Al mismo tiempo las campanas de San Andrés repicaban, y á uno de los lados de la Costanilla, ardía una casa, arrojando llamas por todas partes, y llamas rugidoras, largas, inmensas, entre torbellinos de humo.

Aquella casa incendiada era la casa de Luisa.

Hacia mucho tiempo que no se habia visto en Madrid un incendio semejante; en vano los obreros intentaban entrar, en vano las bombas arrojaban sobre el incendio un diluvio. Aquello era terrible.

Y lo mas terrible eran tres personas que habian salido de aquella casa en los momentos del incendio; que se dirigian á todos, á las autoridades, á los obreros, á los soldados gritando desesperados:

—¡La señora está dentro! ¡nuestra doña Luisa! ¡y se va á quemar! ¡se va á quemar viva!

Aquellas tres personas eran Marta, Anselmo y Pedro.

Al ver la desesperacion de aquellos criados, los municipales, los obreros, los soldados embestian á la puerta, pero un torbellino de fuego les salia al encuentro y les abligaba á volverse. Para entrar allí era necesario ser una salamandra.

Y Anselmo, Marta y Pedro, gritaban con mas fuerza.

—¿Por qué gritan esas gentes? dijo á un municipal un jóven pá-

lido y bello, sujetos los cabellos rizados por una gorrita, y cubierto de una blusa, que acababa de salir de un taller de ebanistería.

—Gritan porque su señora se quema.

—¡Que se quema una persona, una mujer en esa casa, y nadie entra á salvarla! esclamó el jóven.

Y se lanzó dentro del círculo de soldados.

—¡Eh! dijo el municipal, no se puede pasar.

—Yo soy obrero, gritó el jóven: ¡yo soy Andrés el ebanista! y dirigiéndose á un arquitecto, dijo: ¡un hacha! ¡voy á buscar á esa señora!

Y arrancó un hacha á otro obrero que miraba atónito los progresos del incendio.

—¿Querrás tú hacer lo que no hemos podido hacer nosotros? dijo aquel hombre. Dame mi hacha.

—Déjele usted, Pepe, déjele usted, dijo el arquitecto; sino puede entrar se volverá.

—Si entra perecerá...

Pero Andrés ya no le escuchaba, se habia lanzado dentro de la casa por un boqueron abierto por el incendio.

Apenas entró el jóven ebanista, cuando por el boqueron por donde habia entrado salió un volcan escupiendo un torbellino de humo denso y negro, y produciendo un rugido salvage.

A poco se oyó el estruendo de un hundimiento.

Las paredes empezaron á cuartearse y á caer.

Nunca se habia visto un incendio mas voraz.

Parecia alimentado por el fuego del infierno.

Y arquitectos, obreros, autoridades, soldados, municipales, el gentío inmenso que se agolpaba á las boca-calles, todos se veían impotentes, todos estaban aterrados.

Unos llamaban loco á Andrés, que por salvar á una criatura se habia metido en aquel horno, otros le llamaban héroe.

Pero todos creían que habia perecido.

Pero de repente, Andrés apareció en un balcon que aun habia sido respetado por el fuego, trayendo en sus brazos una mujer desmayada.

Aquella mujer estaba vestida con un trage de raso blanco, admirablemente peinada; pero en sus cabellos faltaba la dalia roja.

Porque aquella mujer era Luisa.

Luisa, á quien Andrés habia encontrado desmayada en uno de

los magníficos salones, á cuya puerta rugía el incendio, y se revolvia como una serpiente irritada, pero sin avanzar.

Parecia que un poder incontrastable le contenia.

. . . .

¿Cómo habia llegado allí Andrés?

Él, al saber que un sér humano se quemaba, no se habia parado á considerar que para salvarla se esponia á perecer.

Y se lanzó al incendio.

Inmediatamente las llamas le cortaron la retirada, levantándose entre él y el lugar por donde habia entrado.

Y en el lugar donde se encontraba, sobre escombros ardientes, con el techo encendido sobre su cabeza, con las paredes incendiadas á su alrededor, las llamas llegaban hasta él, y le lamian, y le chamuscaban, y le ennegrecian con su humo.

Y Andrés saltaba hacha en mano hácia adelante, á la ventura, con el oido atento y el corazon sereno, procurando escuchar para que le sirviesen de guia los gritos de la persona á quien queria salvar.

Pero nada se oía mas que el crujido seco de las maderas que se quemaban y el zumbido retumbante y sordo de las paredes que caían.

Pero como si un poder sobrenatural protegiese á Andrés, parecíale ver siempre, entre la cortina de fuego que tenia delante y que se abria á su paso como las ondas del mar Rojo se abrieron á los israelitas, parecíale ver entre una niebla roja, una forma vaga, indeterminada, forma de ángel, ó de hombre, que marchaba siempre delante de él, determinándose y borrándose continuamente, y parecíale oir una voz que decia, vaga, infinita, recóndita, entre el estruendo del incendio:

—¡Por aquí! ¡por aquí!

Y Andrés seguia, y atravesaba habitaciones, y subia escaleras, cuyos peldaños caían apenas los habia dejado atrás el jóven, y al fin se encontró delante de una puerta cerrada.

Y parecióle oir tras aquella puerta la misma voz vaga, indecisa, infinita, que decia:

—¡Aquí! ¡aquí!

Andrés rompió en tres minutos la puerta á hachazos...

Entonces Luisa, que rezaba de rodillas en medio de aquel salon que respetaban las llamas, pero alrededor del cual rugian, vió entrar por aquella puerta como vomitado por fuego y humo á Andrés.

Dió un grito y se desmayó.

Y Andrés al llegar junto á ella, levantó su corazon á Dios, y le dió gracias por haber encontrado viva á aquella criatura, y luego le pidió que de la misma manera que habia podido llegar hasta ella, pudiera salvarla.

Despues se acercó á Luisa para tomarla en sus brazos.

Pero al ver su semblante embellecido por la palidez y por el terror, sus hombros desnudos, la magnífica hermosura, y la pureza que se exhalaban de Luisa, Andrés, que no habia temblado ante la muerte, tembló todo, se puso pálido, se sintió desvanecido, hincó una rodilla, y miró anhelante, mudo, fascinado, á Luisa.

Luego cogió la dalia roja que la jóven tenia en sus cabellos, y la guardó debajo de su blusa; despues asió de Luisa, vió ante sí una puerta por la que empezaba á asomar el incendio, y arrojó á ella una mirada de horror.

Luego miró el hechicero semblante de Luisa desmayada.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó: ¡he venido á salvarla y me he perdido!

Y cediendo á un impulso desesperado, estampó un ardiente beso en aquella entreabierta y purísima boca; y como si Luisa habiese tenido la conciencia de sí misma, se estremeció toda, y Andrés, como avergonzado de lo que habia hecho, partió con Luisa en los brazos en busca de una salida.

Un momento despues se encontró en el balcon.

Pero el fuego le habia maltratado, le habia puesto en una situacion deplorable, y solo tuvo fuerzas para gritar desde el balcon:

—¡Una escalera, y pronto, que la pared vacila! ¡una escalera!

Y cayó desmayado con Luisa, desmayada aun.

FIN DEL PRÓLOGO.

CAPITULO I.

El taller de ebanista.

En la embocadura de una calle que empezaba en la Costanilla de San Andrés, se veía por aquellos tiempos sobre el ancho portalon de una casa, una gran muestra de color oscuro, con grandes letras de relieve entalladas y doradas que decian: *Perez, ebanista;* pasando del portal, y de una puerta sobre la cual en letras negras se leía: *Entrada á los talleres*, se encontraba un gran salon con arcos encristalados que daban á un gran patio, y este salon todo lleno de bancos en que trabajaban los carpinteros, esto es, los que hacian las armaduras de pino ó de otras maderas comunes que debian ser enchapadas.

Mas adelante, en otro salon, estaban los enchapadores, y de aquel salon se pasaba por dos puertas al taller de los tallados y al obrador de tapicería.

Entremos en este último.

Antes de entrar, un coro de la última zarzuela cantada á voz en grito, os dirá que os vais á encontrar entre quince ó veinte ejemplares de ese tipo que se llama oficiala.

Y como supongo que sabreis lo que es una oficiala, y aun lo que es una aprendiza, supongo tambien que os arregláréis antes de entrar la corbata y los picos de la camisa, que lanzareis una mirada á vuestras botas para tranquilizaros, que, en fin, os prepararéis á una especie de combate, en que puede salir mal parado vuestro amor propio. Vais á ser el blanco de las miradas de quince ó veinte muchachas traviesas y burlonas, que tienen la gran virtud de estarse riendo siempre, á pesar de sus treinta cuartos de jornal, y de las trein-

ta mil privaciones á que las sentencia la inflexibilidad de los treinta cuartos.

Pero no importa, entrad: si teneis serenidad, si recibís con aplomo la primera andanada de miradas al soslayo, de sonrisas burlonas, y de frases que solo tienen de indirectas una camisa de gasa; si teneis la fortuna de encontrar una frase ingeniosa, un *no hay por qué* agudo, y al mismo tiempo delicado, porque al fin, las oficialas son mujeres, y sobre mujeres, españolas, cesará el ataque, sereis recibido á parlamento, y á poco que frecuenteis el salon, sereis amigo de las oficialas, y sabreis sus pequeñas historias.

La oficiala en general es buena: viva, ligera y burlona, eso sí: pero ¿cómo concebir que pudiera vivir de otro modo, sino como esos pájaros que cantan en todas las estaciones y en todos los terrenos, con su instintiva confianza en Dios, que cuida de todas sus criaturas?

Entrad sin temor: pero si encontrais entre esas muchachas alguna hermosa, ó que os lo parezca, dejadla en paz, os lo aconsejo, porque vuestra primera mirada de deseo, puede ser el principio de un drama lúgubre.

El dia á que nos referimos, sentadas sobre el entarimado de una habitacion estensa y alegre, alrededor de una magnífica tapicería que confeccionaban, habia como hasta veinte jóvenes.

Cantaban un coro del *Duende*, y trabajaban.

De tiempo en tiempo, cruzaba sobre la tapicería una palabra chispeante é intencionada, que iba á arrancar otra palabra del mismo género de boca de la muchacha á quien aquel saetazo iba dirigido.

Porque es de advertir, que la oficiala, cuando no tiene un estraño de quien burlarse, se burla de sí misma.

A veces un tiroteo de este género demasiado sostenido, *crescendo*, *crescendo*, solia entrar en no muy conveniente terreno. Entonces una señora, y decimos señora porque su aspecto y sus maneras la hacian digna de esta calificacion, una señora como de cuarenta y cinco años, que conservaba aun los vestigios de una gran hermosura, decia con marcado acento francés:

—¡Qué es eso, señoritas!

—Es la *señorita* Julia, que está hoy atroz, contestó la *caporala*, el gallo, por decirlo así, de aquella coleccion de gallinas bravas, que era una jóven como de veinte años, bella, esbelta, con precioso cuello, bonitos ojos, boca admirable, y la nariz ligeramente remangada:

y al pronunciar la frase *señorita*, habia en el acento de la muchacha cierto retintin, cierta burla, lanzada á aquella manera francesa de tratar á las oficialas:

—Es que María ha almorzado guindilla, y pica, saltó una morena de ojos negros y chispeantes.

—No, no señora, no lo crea usted: es que Ana está contando las vigas, para ver si son pares ó nones.

—Como que dicen que está enamorada y no sabe la casa.

—Y que hay hombres que tienen los ojos por adorno.

—Y que se va volviendo el mundo al revés.

—Que se calla el hombre y habla la mujer.

—Vamos, vamos, señoritas; dejen ustedes á la pobre Ana. Ana, venga usted acá.

La que habia sido llamada se levantó.

Era una niña como de diez y siete años, blanca, pálida, delgada, ó mas bien enflaquecida, pero espiritual y bella, con esa belleza suprema del sufrimiento aceptado, comprimido, sobrellevado sin lágrimas, y sin desesperacion: esa espresion divina que basta por sí sola para embellecer á una fea, y que transfigura á una hermosa.

Ana era una criatura transfigurada, paciente, triste, dulce, silenciosa, que tenia la fortaleza del sufrimiento, y contra la cual se estrellaban las poco caritativas andanadas de sus compañeras.

Ana callaba siempre, no como quien ha sido contrariada y se siente débil para la lucha y se encierra en el silencio, sino como el que no oye, ni acusa recibo, ni acepta la lucha.

Esto habia irritado el amor propio de las otras, que creían que sus acometidas merecian la pena de que se las contestase, y la pobrecilla niña estaba puesta en cuarentena.

Cuando llegó á la especie de tribuna, desde donde presidia el taller madama Eloisa, que así se llamaba la directora, esta bajó de su trono, abrió una puertecilla de comunicacion, y dijo á la jóven:

—Pase usted.

Al pasar Ana por aquella puerta, las otras oficialas tocaron la marcha real.

Madama Eloisa atravesó otro taller, en el cual no habia mas que un solo hombre sentado, junto á una mesa de trabajo; aquel trabajo consistia en tallar los adornos de sillas de pino que debian ser doradas.

Cuando entró madama Eloisa, el jóven, porque jóven era el

obrero, cerró precipitadamente un libro en que leía, y se puso á trabajar.

Madama Eloisa se acercó á él sonriendo.

—Buenos dias, Andrés, le dijo: ¿por qué ha cerrado usted ese libro cuando he entrado yo?... ¿á qué es ese temor? usted trabaja á destajo y no á jornal: hace usted en una hora, y admirablemente, lo que otros en un dia y mal. Le apreciamos á usted: ¿por qué esa violencia y ese temor?

El jóven levantó los ojos de sobre su trabajo, y al levantarlos, vió á Ana que tenia fijos en él los suyos con una espresion de ansiedad infinita, descuidada, superior á su reflexion. Andrés, al notar las miradas de Ana, se puso pálido.

—Es usted muy bondadosa, señora, dijo á madama Eloisa: leía la Julia y...

—¡Ah! ¡la Julia de Juan Jacobo!... dijo madama Eloisa; pues cuidado, Andrés, cuidado, que ese libro es muy peligroso. Sobre todo hágame usted el favor de no dejarlo donde le pueda ver mi hija.

Y saludando al jóven con una sonrisa, hizo á Ana seña de que la siguiera.

—¡Pobre muchacha! dijo Andrés, cuando Ana salió por una puerta siguiendo á madama Eloisa, y, sobre todo, ¡pobre de mí!

Entre tanto madama Eloisa llevó á Ana á un pequeño gabinete: en él, sola y pensativa, bordaba al tambor una jóven como de diez y ocho años, y parecia profundamente abstraida con la cabeza inclinada sobre el bordado, como si la fatigase el peso de sus cabellos negros.

—Leontina, dijo madama Eloisa, déjanos solas por un momento, hija mia.

Leontina se levantó, dejó sobre el sillon su labor, y salió por la puerta que conducia al taller donde trabajaba Andrés.

—Siéntese usted, Ana, dijo madama Eloisa cuando se quedaron solas; tengo que hablar con usted.

La jóven se sentó, y lanzó una rápida y tímida mirada de recelo á la puerta por donde habia salido Leontina.

—Usted no puede estar con esas locas, dijo madama Eloisa.

—¡Ah señora! contestó Ana, acreciendo en su palidez.

—Tranquilícese usted. Esto no quiere decir que usted salga de mi casa, hace un año que está usted en ella: entró usted sin saber nada, y hoy es usted una escelente oficiala. Gracias á Dios, mi marido y yo podemos servir de mucho á una jóven como usted, hon-

rada, sencilla, laboriosa. Hasta ahora ha entrado usted y salido en el taller como las otras oficialas. ¿Quiere usted quedarse de hecho en casa?

Ana miró á madama Eloisa, se puso de nuevo pálida, se la llenaron los ojos de lágrimas, y no contestó.

—¿Tiene usted algun inconveniente?... no conozco bien la situacion de usted, pero creo que está usted sola en el mundo.

—Cuando entré en el taller, por recomendacion de su confesor de usted, el padre Quirós, acababa de morir mi madre, señora, contestó Ana.

—¿Y no tiene usted parientes?

—Tengo padre.

—Yo creía que era usted completamente huérfana.

—Sí, sí, señora; pero yo llamo mi padre al padre Quirós.

—¡Ah!

—Sí, señora; era confesor de mi pobre madre: hacia mucho tiempo que una sucesion de desgracias nos habian conducido á la miseria.

—¡A la miseria! ¿pues qué era su padre de usted?

—Mi padre: ¡ah! es una historia muy triste, señora.

—¿Y no la inspiro yo á usted bastante confianza?...

—¡Ah! sí, señora: mi padre era marino.

—¡Marino! entonces su madre de usted debió tener viudedad, usted debe tener pension.

—No, no, señora: mi padre era capitan de la marina mercante.

—¡Ah! y... ¿hace mucho tiempo que murió su padre de usted?

—Hace cuatro años: naufragó en el cabo de Buena-Esperanza.

—¡Ah! yo no sabia eso, dijo conmovida madama Eloisa: habia notado en usted una educacion superior á la de las otras; pero atribuí esta diferencia á su carácter de usted mas dulce, mas sério. Lo comprendo, lo comprendo; una casa que se arruina, que se viene abajo...

Al decir estas palabras madama Eloisa, que tenia fijos los ojos en el lugar donde habia estado sentada su hija, se conmovió.

—Bien, bien, dijo; usted se ha reducido al trabajo, á un trabajo penoso: ha hecho usted bien, hija mia; hace mucho tiempo que la he cobrado á usted afecto. Desde hoy mismo, porque no creo que haya inconveniente alguno, se queda usted en mi casa como... como una hija.

Ana miró á madama Eloisa, se echó á llorar, y luego, por un mo-

vimiento que comprenderán todos los que tengan el alma delicada y espansiva, se levantó, se arrojó en los brazos de madama Eloisa, reclinó la cabeza en su hombro y continuó llorando.

Aquella era la aceptacion muda y mas elocuente de la adopcion de madama Eloisa.

En aquel momento dió la una en un reloj de sobremesa.

Ana se levantó.

—Me voy, dijo á madama Eloisa enjugándose las lágrimas.

—¡Cómo! ¿pues no acepta usted?

—Sí, sí, señora, volveré, pero necesito avisar al padre Quirós.

—¡Ah! eso es diferente, dijo sonriendo la buena señora. Pero espere usted un poco, serénese usted: deje usted que salgan las otras; ya no volverá usted á estar entre ellas, sino aquí con Leontina.

En aquel momento se abrió la puerta del taller donde trabajaba Andrés, y una criada dió una tarjeta á madama Eloisa.

—¿Espera la persona que ha traido esta tarjeta? dijo.

—Sí, señora, contestó la criada.

Madama Eloisa se levantó, dejó en el gabinete á Ana, y salió al taller donde trabajaba Andrés.

Hablando con este, de pie detrás de su silla, viéndole trabajar, estaba Leontina.

Madama Eloisa no pareció inquietarse por esto, atravesó el taller, y desapareció por otra puerta.

Leontina era una jóven á la que no podia llamarse hermosa, pero que poseía ese no sé qué fascinador que constituye la hermosura de las mujeres del mediodia de España: ese atractivo irresistible, esa magia, esa exuberancia de vida y de pasion, que lo suplen todo, que embellecen cada una de las partes de una de esas mujeres, y las reunen en un conjunto hechicero.

Tenia los ojos negros y grandes, anchas y arqueadas las cejas, largas y convexas las pestañas; pero la frente era un tanto deprimida y estrecha, la nariz un poco mas pequeña que lo que convenia, y la boca grande, pero de labios sumamente rojos, que al entreabrirse, ya en un suspiro, ya en una sonrisa, dejaba ver una preciosa dentadura: sus cabellos negros y sumamente finos y brillantes eran tan abultados, que ya lo hemos dicho, parecian fatigar su cabeza: lo que acababa de dar un poderoso encanto á Leontina eran sus formas, su cuello, sus hombros, su seno, sus manos, su talle, y sobre todo esto, la suavidad de su tez, su límpido color casi blanco, pro-

ducto de la union de una mujer de pura raza francesa y de un hombre de pura raza andaluza: y luego, Leontina sabia andar, sabia sentarse, sabia mirar, sabia sonreir, poseía el arte de agradar sin afectacion, y su voz era sonora, dulce, grave, una de esas voces que vibran en el corazon.

Y á pesar de esto, una persona de esquisito sentimiento hubiera notado en la voz de Leontina un ligero tinte de dominio y de voluntariedad; en su mirada algo de egoismo; en su sonrisa algo de punzante; pero tan leve, tan indeterminado todo, que debia pasar desapercibido para la generalidad.

Cuando Leontina salió del gabinete para dejar sola á su madre, se detuvo un momento en la puerta, y fijó una mirada profunda en Andrés, que trabajaba en el coronamiento del respaldo de una silla: en aquella mirada se marcaba la espresion de un gran interés, pero de un interés ofendido, no satisfecho, puesto en lucha.

Leontina permaneció un momento inmóvil contemplando de aquella manera particular á Andrés, y luego adelantó silenciosa y lentamente, y fué á colocarse tras el jóven.

Este, que no habia reparado en la aparicion en el taller de Leontina, tampoco notó su aproximacion.

Estaba profundamente distraido, abismado en su trabajo.

Aquel trabajo consistia en un adorno de hojas y flores, entre las cuales, y en la parte superior del coronamiento, se veía una cabeza de mujer, coronada de mirto como una musa, y hermosa, hermosísima.

Andrés trabajaba con delicia en aquella cabeza con un pequeño instrumento de corte, levantando en pequeñas hojas el pinabete, soplando blandamente, apreciando con el dedo el modelado, volviendo á tocar, y á levantar una sutil hoja; acariciando, en fin, su obra.

Leontina fijaba una mirada dura y envidiosa en aquella cabeza tallada entre flores, y coronada de mirtos.

Pero se dominó, compuso su semblante, que tomó una espresion pacífica, casi indiferente, y dijo con la mayor naturalidad.

—Bien, muy bien: hé ahí una hermosa mujer.

Andrés volvió la cabeza, vió á la jóven, y se puso levemente pálido.

—¡Ah! ¡es usted, señorita Leontina!

—Quisiera conocer á esa mujer, añadió la jóven.

—Esa mujer no existe, contestó Andrés.

—Pues yo la veo perfectamente, replicó Leontina.

— ¡ Un capricho !

— Ó un retrato.

Púsose fugitivamente encarnado Andrés.

—¿Y es efectivamente así el original? dijo Leontina: esa mujer debe ser blanca, y tener los cabellos y los ojos negros. ¿Cómo se llama, Andrés?

—Repito á usted, señorita Leontina, que no es un retrato, ni siquiera un recuerdo.

— ¡ Un recuerdo ! ¡ eso es ! usted ha pronunciado la espresion; yo no acertaba con ella: un recuerdo apurado en todos sentidos. Y sino mire usted esa fila de coronamientos :—y la jóven señaló uua docena de ellos que estaban sobre la mesa—en todos esa misma mujer: triste ó alegre, con la vista baja ó levantada al cielo; de frente, de perfil, dormida, hasta desmayada:—y la jóven señaló un coronamiento—desmayada con la boca entreabierta, y con una dalia, sí, es una dalia, entre los cabellos; y todas se parecen.

—Un capricho, repitió el jóven, cada vez mas contrariado.

Entonces fué cuando pasó por el taller la madre de Leontina.

—Pues es un bellísimo capricho, dijo la jóven, y deseo qne manden hacer otra sillería tallada, para ver si su capricho de usted varía.

—Por aquí, señora, dijo en aquel momento madama Eloisa abriendo la puerta por donde habia salido.

Y entró en el taller.

—Es esa señora que enseña lenguas, dijo madama Eloisa á Leontina, á tiempo que entraba una jóven vestida de negro en el taller.

Al verla, Andrés se puso de pie y tembló todo.

Leontina palideció, y pasó por sus ojos algo de estraño.

— ¡ Es ella ! murmuró Andrés.

— ¡ Ya sabia yo que era un retrato ! murmuró Leontina.

—Ya es mas de la una, Andrés, dijo madama Eloisa sin apercibirse de la impresion que habia causado en su hija y en el obrero la llegada de aquella jóven vestida de negro.

Leontina adelantó hácia ella y la saludó ceremoniosamente.

La jóven contestó con soltura y de una bella manera á Leontina.

Andrés tomó su gorra, saludó torpemente, y salió.

Entonces se abrió la puerta del gabinete, y salió Ana.

—¿Se va usted decididamente? dijo á esta última madama Eloisa.

—Sí, sí, señora; es la hora en que el padre Quirós come, y no quiero hacerle esperar.

—¡El padre Quirós! dijo la jóven recien llegada, que no habia visto á Ana, porque estaba oculta tras madama Eloisa.

Al escuchar la voz de la jóven, Ana se descubrió, la vió, la sonrió, y la abrazó diciendo:

—¡Ah! ¡Luisa! ¡mi querida Luisa! ¡usted aquí!

—Sí, mi querida Ana: esta señora ha tenido la bondad de escribirme, llamándome para dar lecciones de francés á esta señorita.

Leontina se inclinó.

—¡Oh! pues me alegro, dijo Ana, porque este es el taller donde yo trabajo: pero me voy... el padre Quirós me espera.

—Pues diga usted muchas cosas de mi parte al padre Quirós, dijo Luisa.

—¿Volverá usted pronto, no es verdad? dijo Leontina con precipitacion.

—¡Oh! sí, al momento, señorita Leontina.

Y Ana escapó.

—¡Se conocen ustedes! dijo madama Eloisa abriendo la puerta del gabinete, é invitando á Luisa á que pasara.

—Sí, sí, señora, dijo Luisa entrando: el padre Quirós es mi confesor, mi director, mi amigo, y esa pobre niña ha sido adóptada por él.

Entraban entonces en el gabinete.

Se abrió otra puerta, y un jóven, así como empleado de escritorio á juzgar por la pluma que tenia detrás de la oreja, dijo á madama Eloisa:

—Señora, don José necesita que venga usted al momento.

—¿Es urgente?

—Urgente de todo punto.

—Dispense usted, dijo madama Eloisa á Luisa: la dejo á usted un momento con mi hija. Ella dirá á usted, usted verá...

Madama Eloisa estaba violenta.

—Sí, sí, esta señorita y yo nos entenderémos perfectamente, dijo Luisa.

Madama Eloisa salió.

Quedaron solas las dos jóvenes, de pie, y frente á frente.

Luisa miraba á Leontina como se mira á una persona que no se conoce, y que á primera vista previene de una manera desfavorable.

Leontina agravaba esta desfavorable impresion con su mirada

agresiva: estaba viendo en Luisa el original de las bellas esculturas de Andrés.

Luisa estaba vestida de negro, pero no de luto: con un sencillo trage de gró, una cadena de oro, á cuyo estremo habia un pequeño reloj, un cuello de encaje, y una capotita adornada con flores; tenia tal distincion, y sobre todo, aparecia tan elegante y tan hermosa, que Leontina no podia ocultar su envidia.

—Siéntese usted, dijo al fin á Luisa, sin poder dominar enteramente su acento.

Luisa se sentó, y dejó sobre un sillon su sombrilla.

—Creo, dijo con acento dulce y natural, que hace mucho tiempo que ha dejado usted el estudio del francés.

—¿Le ha dicho á usted acaso eso la persona que la ha recomendado á mamá? dijo Leontina con intencion.

—No me ha recomendado nadie, señorita, dijo Luisa; su mamá de usted me ha escrito, apoyándose en un anuncio mio del «Diario,» y en su carta espresaba esa circunstancia.

—Yo creía que á usted la conocia alguno de los que trabajan en la casa.

—En efecto, me conoce mucho Ana, pero no ha tenido parte alguna en esto.

—Yo creía que fuese otra persona.

—¿Y hasta dónde habia usted llegado en las lecciones de francés?

—Leía... mal... le hablo porque mamá es francesa... pero mamá quiere que le conozca gramaticalmente. Fué necesario despedir al maestro porque era un fátuo...

—Una maestra es mas conveniente, dijo sonriendo Luisa.

—¿Usted no es francesa? repuso Leontina.

—No: ni aprendí lenguas para enseñarlas...

—Comprendo: la desgracia... dijo creciendo en su agresion Leontina.

Levantó con altivez la cabeza Luisa.

—Yo no soy desgraciada... tengo una profesion y... nada mas.

—¡Ah! ¡perdone usted!

—Si á usted la parece, veremos cómo se encuentra usted de gramática.

—Perdone usted, señora, pero antes me parece conveniente tratar del precio...

—¡Oh! ¡el precio! dijo Luisa.

Y su semblante se nubló.

Pero rehaciéndose, dijo:

—El precio importa poco.

—No por cierto: cuando á casa vienen á encargar una obra cuálquiera, antes de todo se trata del precio.

—Suplico á usted... dijo Luisa, que se encontraba sumamente contrariada.

Y no consistia su contrariedad en que violentasen á Luisa las condiciones de la manera de vivir que habia adoptado, sino en que la mirada de Leontina, fija en ella, era una mirada entumecida, por un no se qué estraño, agresiva, con una agresion punzante, y su acento era trémulo, desentonado, inseguro.

—¿Por qué me tratará así? pensó Luisa.

Y su duda acerca de la causa de aquel tratamiento estraño, inmotivado para Luisa, era lo que la contrariaba.

No sabia que sin quererlo habia herido el amor propio de Leontina, que habia visto en ella el original de aquella preciosa cabeza escultada, que tanto preocupaba á Andrés.

La actitud y la espresion que tomó Luisa al pronunciar sus últimas palabras impresionaron fuertemente á Leontina, que se apresuró á decir:

—Sea como usted quiera... no insisto. Pero dejaremos si á usted le parece para otro dia la primera leccion, me siento mala.

—Bien, dijo Luisa, en ese caso hasta pasado mañana. Tenga usted la bondad de despedirme... Y Luisa se levantó.

En aquel momento se abrió una puerta, y apareció madama Eloisa.

Venia pálida, preocupada, como bajo la influencia de una impresion dolorosa.

—Dispénsenos usted, señora, dijo con precipitacion á Luisa, si la dejamos un momento sola; Leontina, tu padre te necesita, es imprescindible... un negocio inesperado...

—¡Ah! yo me iba... dijo Luisa, dominada por lo que veía, y mas que por lo que veía, porque adivinaba algo grave, algo terrible en aquella casa, en la consternacion de madama Eloisa, como habia encontrado un misterio en la manera con que la habiá tratado Leontina; adios, pues, señoras; hasta pasado mañana.

Madama Eloisa se dominó, y acompañó á Luisa hasta la puerta de la calle.

Despues volvió precipitadamente al lado de su hija.

CAPITULO II.

Esplicaciones.

Andrés apenas salió de la casa, se detuvo en una esquina cerca de ella, en actitud de quien se pone á esperar.

Estaba pálido, impaciente.

Se comprendia que el motivo de su espera, era para él gravísimo: una cuestion de corazon.

Ya hemos dicho al final de nuestro prólogo, que Andrés era un jóven bello.

Pero no le describimos.

Era uno de estos jóvenes que á primera vista se hacen simpáticos; cuya habitual espresion es la franqueza y la confianza; que no pueden disimular, encubrir las sensaciones que conmueven su alma, que se ve á través de su mirada. A pesar de que sus maneras y su trage revelaban un hijo de la clase trabajadora, habia en él esa distincion que ni se hereda ni se adquiere. Era alto, esbelto, pálido, blanco, con cabellos negros rizados naturalmente, y ojos negros y grandes, en cuyo foco habia mucho de ese no sé qué característico de los hombres de genio: su frente despejada, alta, sin ser soberbia, parecia reflejar la fuerza, y lo fijo de su mirada esa conciencia del valor sereno, que jamás vacila, que todo lo emprende, que ve el peligro y le arrostra y le acomete: sobre todo esto, era jóven, cuando mas, llegado á los veinte y dos años: vestido de una manera mas rica, y suavizando sus manos que habian endurecido el trabajo, hubiera pasado muy bien por hijo de una de esas razas privilegiadas cuyo ocio se mantiene sobre el trabajo de los demás.

Andrés, á pesar de ser hermoso, robusto, jóven y valiente, no tenia pretensiones de nada de esto: vivia de la manera mas natural,

y si sufria, comprendíase que su sufrimiento le era grato, que no hubiera trocado por él la felicidad de otro.

Y que sufria se notaba en la impaciencia con que esperaba: y que aquella espera era por amor, en la espresion ardiente, profunda, é intensamente ansiosa de sus ojos fijos en la puerta del taller.

De vez en cuando, Andrés dejaba su inmovilidad y paseaba en un corto trecho, y luego volvia á pararse y á mirar á la puerta.

Estaba profundamente distraido, de modo que no veía á los que pasaban y cruzaban por la calle: pero á pesar de su distraccion, la voz de un muchacho que venia gritando por lo alto de la Costanilla de San Andrés, le estremeció con no sabemos qué estremecimiento.

Aquel muchacho decia:

—¡A dos cuartos, la lista de los números que han salido premiados en la lotería moderna!

Andrés detuvo al muchacho y le compró una lista.

Apenas hubo arrojado una mirada sobre ella Andrés, se puso pálido, vaciló, se cubrió los ojos con las manos, como sí en ellos hubiera brillado el fuego del cielo, y hubo de apoyarse en la pared.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó.

—¿Qué le sucede á usted, Andrés? dijo junto á él una voz de mujer.

Andrés guardó precipitadamente la lista, y se dominó.

Volvióse, y se encontró con Ana.

Con Ana, que le miraba anhelante.

—Sucederme, nada, contestó el jóven, que procuraba parecer sereno.

—No, no: está usted pálido... está usted malo.

—Sí... el calor... hace mucho calor, Ana.

—¿Y á qué pararse haciendo tanto calor en una esquina y al sol?

—Espero á...

—¿Á quién?

—Á Juan... el enchapador...

—No le conozco...

—Un buen muchacho... un amigo mio... no sé por qué tarda tanto.

—¡Ah! yo creía que usted esperaba...

—¿Á quien habia yo de esperar?... dijo con recelo Andrés.

—Le doy á usted la enhorabuena, dijo Ana sonriendo tristemente.

—¡La enhorabuena! esclamó alarmado Andrés. ¿La enhorabuena de qué?

—Se dice... sí, se dice que se va usted á casar.

—¡Yo!

—Con una jóven muy hermosa, dijo Ana, repitiendo su triste sonrisa.

—Yo no me caso, esclamó precipitadamente Andrés; no me casaré nunca.

—Pues decian... no sé qué motivo tendrán para ello, que don José iba á asociarse con usted, á darle parte de las ganancias del taller, y que la señorita Leontina...

—Si eso dicen, se engañan.

—Usted, y la señorita... por qué negarlo...

—Vamos, Ana... ¿y á usted qué le importa eso? dijo el jóven sonriendo.

Ana se puso encarnada hasta lo blanco de los ojos.

—Á mí, á mí no me importa nada... y me importa mucho... la señorita Leontina me parece buena: la quiero aunque no la he tratado, y quisiera que fuese feliz. Pero me estoy entreteniendo... y hace un calor... hasta luego, Andrés, hasta luego.

—Hasta luego, Ana, dijo Andrés con dulzura.

La jóven se alejó, y apenas volvió la espalda á Andrés, sus ojos se arrasaron en lágrimas.

—Pobre muchacha, dijo el jóven: si yo no hubiera conocido á la otra...

—¡Diablo! ¡diablo! ¿estás guardando sol para el invierno? dijo un hombrecillo vestido de negro, y que llevaba una carpeta debajo del brazo, deteniéndose junto á Andrés.

—¡Ah! ¡don Cosme! ¿tanto bueno por aquí? dijo Andrés.

—Nada de bueno llevo, sino de muy malo para alguien: pero me viene á las mil maravillas el encontrarte: tengo que hacerte algunas preguntas. Primeramente: ¿cómo está tu madre?

—Buena, muy buena, y muy feliz.

—Con tal hijo...

—Muchas gracias, don Cosme.

—Todos saben que eres un hombre de bien y muy trabajador, que cuidas de tu madre...

—Gracias á don José Perez, que cuando me tocó la suerte de soldado me puso un sustituto.

—Don José Perez es un hombre de bien, que para todo sirve menos para comerciante. ¡Qué lástima de familia!

—¿Qué dice usted?

—Vamos á las preguntas que tenia que hacerte. ¿Qué tal paga don José?

—¿Cómo ha de pagar? corriente, y aun adelantado.

—Bien, bien. Y... ¿hay en el almacen muchas existencias?

—¿Pero qué sucede?... cuando un escribano pregunta tanto...

—Tienes razon, y á tí te se puede decir todo: don José ha quebrado.

Andrés se puso pálido como un difunto.

—Pero eso no puede ser: imposible: nunca ha habido tantos pedidos como ahora, ni tan buenos. En lo que va de año, llevo yo hechas seis sillerías talladas, doradas... ajustadas cada una en veinte y cuatro mil reales: la casa vende...

—La casa fia...

—¡Que fia la casa! ¡es decir, que los ricos toman al fiado el lujo!

—Te engañas, Andrés: los que toman fiado el lujo no son ricos, sino pobres que quieren pasar por opulentos.

—¡Y su opulencia arruina á un hombre honrado!

—Es que hoy no se puede ser honrado, Andrés, dijo el escribano sacando una caja de plata, y tomando de ella un polvo.

—¿Y por cuánto quiebra don José?

—¡Bah! ¿qué te importa? ¿vas tú á solventar sus cuentas?

—No digo tanto: pero...

—Tú serías muy capaz: esto es verdad, eres un buen muchacho, pero don José quiebra por cuarenta mil duros.

—¡Ah! esclamó Andrés, poniéndose densamente pálido.

—¿Y qué le hemos de hacer? yo soy su amigo... es decir, me intereso mucho por él y voy á avisarle... porque el requerimiento que llevo para él no precediendo el embargo es un aviso... pero aunque salve sus existencias, simulando un embargo anterior...

—¡Don José no hará eso! dijo con vehemencia Andrés, don José es un hombre honrado.

—Demasiado honrado, dijo el escribano sonriendo de una manera sutil; en fin, yo cumplo con avisarle, y tú harás bien con darle un buen consejo. Hasta dentro de tres dias no se formalizará el embargo. Con que adios, y quítate de ese resistero, Andrés; vas á pillar un tabardillo, hijo: ¡ah! pasado mañana es el dia de mi parienta; vé á comer con nosotros y llévate la guitarra, habrá un poquito de baile y bajarán las vecinas del sotabanco. ¡Eh! con que adios.

Y el escribano, despues de haberse permitido una sonrisa pica-

resca al recordar á las vecinas de las alturas de su casa, atravesó deprisa la calle y fué á meterse en el portal del ebanista.

—¡Cuarenta mil duros! ¡una quiebra por cuarenta mil duros! esclamó profundamente Andrés: ¡oh Dios mio! ¡y mi madre! ¡y ella!

¿Y quién era ella?

Ella era Luisa.

Andrés estaba enamorado de ella desde aquel momento supremo en que la habia encontrado rodeada de fuego, en que habia anegado su mirada atónita en su hermosura, en que, desmayada aun, la habia besado en la boca.

Adoraba á Luisa.

La habia visto en casa de Perez, y esperaba á que saliese.

¿Para qué?

Para verla al pasar; para seguirla á lo lejos; para apurar el tormento de no ser conocido ni aun mirado por ella, por ella, que le debia la vida.

Porque Luisa, que sabia que habia sido salvada del incendio por un bombre, no conocia á aquel hombre.

Y no era porque Luisa no fuese agradecida; no por cierto: Luisa, cuando estuvo en situacion de sentir, de pensar, cuando la refirieron de qué milagrosa manera habia sido salvada, habia preguntado el nombre de su libertador.

Pero nadie lo sabia.

En otros paises el que ejecuta una accion tal, tan desinteresada y tan generosa, recibe una recompensa; pero como en España la caridad y el valor son virtudes muy comunes, un hecho así no causa una gran sensacion, nadie se admira de ello, porque todos son capaces de lo mismo, y es necesario que el que ha practicado aquella accion, ponga en movimiento por sí mismo las lenguas de la fama, que de otra manera permanecen mudas; cuando mas, los periódicos dán una noticia indeterminada ó inexacta, y punto concluido: la bella accion queda perdida en el pasado, y toda la recompensa del que la ha hecho, se reduce á la satisfaccion de su conciencia.

Hermoso premio que no todos aprecian, porque hay pocos que comprendan su valor.

Andrés no era de esos hombres que tienen el orgullo de la virtud, y que solo son virtuosos en público: Andrés obraba espontáneamente, se dejaba arrastrar por su corazon, y su corazon era bellísimo. Supo que en la casa incendiada se quemaba, segun su espre-

sion, « una criatura de Dios, » y se lanzó al fuego. La salvó, y huyó desde el punto en que pudo ser objeto de la admiracion de todos; nadie le conoció, nadie se cuidó de pedirle su nombre, y Andrés no se cuidó tampoco de que nadie lo supiese.

Por otra parte Andrés tenia el pudor de la virtud: jamás hablaba del bien que hacia. Cuando entró en el taller, ennegrecido, chamuscado, impresionado todavía por lo que le habia acontecido, contestó con estas solas palabras á las preguntas que le hacian Perez, su esposa, su hija, y los demás oficiales:

— He ido á trabajar al incendio.

Cuando oyó contar con encomio el hecho heróico que habia salvado á Luisa, no se le ocurrió decir: — Yo la he salvado.

Pero no se descuidó en averiguar qué habia sido de Luisa.

La amaba.

Á pesar de estar desmayada la jóven, cuando Andrés la besó, parecióle que, por aquella hermosísima boca entreabierta, el alma de la jóven se habia trasmitido á la suya; que la tenia dentro de sí, que su sér se habia duplicado: Andrés habia concebido el amor en su concepcion mas profunda. Andrés no se pertenecia, pertenecia á Luisa.

Tanto averiguó, aunque de una manera indirecta, que supo donde Luisa vivia.

Luisa vivia con Antonia.

Supo tambien que todo lo que poseía Luisa lo habia devorado el incendio: supo además, que cuando por un último recurso, Luisa habia querido vender el solar de su casa incendiada, se habia presentado un personage, grave y sério, vestido de negro, que habia presentado recibos de la madre de Luisa, por un valor mucho mayor que el del solar en venta.

Luisa habia hecho honor al nombre de su madre, habia reconocido los créditos de aquel acreedor póstumo, y se habia quedado sin nada.

Supo que Luisa se habia dedicado á enseñar lenguas: pero lo que no comprendia Andrés, era que una señora que tan pobre y tan sola se habia quedado en el mundo, hasta el punto de vivir en un pequeño cuarto, en compañía de una amiga modista, llevase, para dar sus lecciones, tan ricos trages como los que Luisa llevaba, y cadena de oro, reloj y brazaletes guarnecidos de brillantes.

Esto para Andrés, que no estaba en antecedentes, era con razon maravilloso. Nosotros sabemos que Antonia habia guardado todos

los regalos que Luisa la habia hecho, y habia llegado el caso de que volviesen á servir á su dueña.

Pero á pesar de que faltaban estos antecedentes á Andrés, á pesar del lujo de Luisa, jamás se le ocurrió dudar de ella: Luisa era para Andrés esa bella figura de nuestro primer sueño de amor, nubecilla mentirosa y leve que cruza por el espacio de nuestra alma límpida aun, y que pasa para no volver: Luisa para Andrés, era la hada, la encantadora, el genio de maravillosa influencia que dominaba su alma, la dilataba, la saturaba de perfumes, de frescura, de esperanza: Luisa era para Andrés la aspiracion infinita de un deseo ardiente, lánguido, vago, indeterminado, misterioso: Luisa, atenta á la voz de Andrés, mirando su mirada, escuchando su voz, sonriendo á su sonrisa, era para Andrés el sueño de una felicidad suprema.

Pero no sucedió así: Andrés, los dias en que no trabajaba, esto es, los dias de fiesta, que no son pocos en España, se iba por la mañana á ponerse en posicion, en acecho de la casa donde vivia Luisa: esperaba cuanto era necesario, hasta que salia; si iba á misa, entraba con ella en la iglesia, y si no iba á misa, iba indefectiblemente al cementerio de San Ginés y San Luis, adonde tambien, pero muy á lo lejos, la seguia Andrés.

Luisa no habia reparado ni podido reparar en el jóven, porque este evitaba cuidadosamente ser visto; pero Andrés habia notado varias circunstancias que le habian despedazado el corazon.

En primer lugar, Luisa no era feliz.

Su corazon, un no sé qué misterioso se lo habia dicho: Andrés habia leido en los ojos de Luisa una ansiedad ardiente, una melancolía profunda, una sed no satisfecha, un amor contrariado.

Muchas veces, cuando despues de salir Luisa del cementerio, Andrés iba á pararse un momento delante de aquella tumba que le era querida porque ante ella se arrodillaba Luisa, encontraba lágrimas en el marco de ébano donde la jóven habia reclinado su semblante: Andrés besaba aquellas lágrimas, las secaba con su boca, y luego salia del cementerio á buen paso, y seguia en él, hasta que veía á lo lejos á Luisa, sola, pensativa, inclinada la cabeza, en paso lento, arrastrando la ancha falda de seda sobre el polvo del camino.

Luego, cuando, al atravesar la poblacion, veía Andrés que algun sátiro callejero se ponia en seguimiento de Luisa, sobre todo cuando se aproximaba á ella, lo que sucedia con frecuencia, porque una mujer tan hermosa, tan jóven, y tan elegante como era Luisa, no atraviesa impunemente las calles de Madrid, Andrés apresuraba el

paso, estrechaba la distancia que de Luisa le separaba, con la cólera en el corazon, con la fiebre de no sabemos qué celos, y resuelto á escarmentar al importuno, en el momento en que Luisa hiciese un movimiento de desagrado, ó el perseguidor el atreverse á algo grave.

Pero Luisa, cuando acontecia uno de esos abordages, seguia impasible su camino, como una estátua ambulante, sorda, muda y ciega, y el pirata renunciaba, y se retiraba desengañado, sin dar lugar á la protectora intervencion de Andrés.

Acostumbróse Andrés hasta tal punto á estas contínuas acometidas, veía siempre una conducta tan digna en Luisa, que ya no se inquietaba cuando un enamorado del momento se ponia en demanda de la jóven.

Pero una tarde, la tarde anterior al dia en que Andrés esperaba á que Luisa saliese de la casa de Perez, un jóven, y por cierto elegante y bello, al ver á Luisa, apresuró el paso, se puso á nivel de ella, y la habló.

Andrés supuso que Luisa no contestaria.

Pero se engañó: Luisa contestó á aquel hombre, y no solo le contestó, sino que se asió á su brazo.

Entonces Andrés creyó morir.

No fueron ya celos vagos, sino celos crueles, horribles, los que se apoderaron de él: apresuró el paso, se aproximó á la pareja, y tanto que pudo oir algunas palabras sueltas.

Por aquellas palabras, comprendió Andrés que hablaban de amor, que Luisa se quejaba, reconvenia al jóven, y que se trataban de tú.

Hubo un momento terrible en la fiebre de sus celos; Andrés estuvo á punto de arrojarse sobre aquel jóven, de dar un escándalo.

—¿Y qué derecho tengo yo? dijo dominándose: si ella le ama... y bien, si ella le ama... ya se ve... es un caballero: viste con elegancia, y yo...

Por la primera vez le pareció á Andrés horrible su blusa: por la primera vez reparó en que sus manos eran ásperas, y suspiró acordándose de que su padre habia sido carpintero, y su abuelo albañil.

—¿Y qué importa, si ella no amára á nadie? dijo; ¿no está ahí el duque de... que hace algunos años iba arreando una recua de burros cargados de yeso?

Andrés se propuso ser duque.

¿Cómo? no lo sabia.

Pero indudablemente debia empezar por pulirse.

Andrés se propuso elevar su educacion.

Y todo esto se lo propuso, y se echó á volar por las regiones de la fantasía, siguiendo á Luisa, y al dichoso jóven.

La juventud es rica, opulenta.

La opulencia está en el corazon.

Para un jóven de alma impresionable y ardiente, nada hay imposible, es decir, nada existe imposible para su pensamiento.

¿Y cuántas veces un empeño de jóven, una mujer, una dificultad, un insulto, una injusticia, han producido un grande hombre?

Tambien es verdad que han producido grandes pícaros.

Andrés podia muy bien no alcanzar una brillante fortuna; pero era seguro que si la alcanzaba, no la alcanzaría ni por medio de bajezas, ni de crímenes.

Andrés se decia:

—Mi maestro no pasaba de ser un buen tallador. Yo lo soy tambien. Cuando mi maestro empezó á trabajar por su cuenta, no tenia un cuarto; á los dos años tenia algunos miles de duros: hoy es rico: ¿por qué no he de ser yo rico tambien?

Pero Andrés no sabia que lo que mata á la juventud es el tiempo, que es el tremendo enemigo con quien lidia. Puede un hombre laborioso, inteligente y honrado, llegar á ser rico; pero cuando llega á la riqueza, salvas algunas raras escepciones, es cuando ya empiezan á blanquear sus cabellos: ¿y para qué quiere la vejez el dinero? ¿para asegurarse algunos años de descanso y de paz antes de llegar á la paz y al descanso de la tumba? Para eso no es menester ser rico.

Andrés no contaba, pues, en sus cálculos, con la partida imprescindible del tiempo; su deseo, su amor, la valentía de sus veinte y un años, le hacian ver sus adelantos en progresion geométrica, multiplicados siempre por sí mismos: era preciso trabajar mucho; no importaba, se trabajaría; era necesario emprender mucho, se emprendería. Andrés tenia genio, era un hábil adornista, un buen ebanista, y creía en la suerte, y en el buen gusto, y en la buena fé, y en la honradez de todos los que debian comprar sus obras.

Andrés soñaba, siguiendo á la pareja que creía dichosa, y soñando se consolaba, y soñando, y consolándose, siguió hasta que ella y él se metieron en una casa.

Aquella entrada fué, para el sueño de Andrés, lo que un chaparron de agua de nieve para un calenturiento; se estremeció todo,

despertó, y esperó gimiendo apoyado en una de las pilastras del gran portal de aquella casa.

Pasó algun tiempo: Andrés no pensaba, estaba anonadado.

De repente oyó un violento portazo en el piso principal, despues rápidas y fuertes pisadas en las escaleras, al fin, Luisa pasó por delante de él como un relámpago, y sin embargo de esto, Andrés creyó haberla oido sollozar.

—¿Qué puede haberla sucedido? dijo Andrés poniéndose en su seguimiento.

Luisa, en paso precipitado, en ese paso rapidísimo de las mujeres, que parece inverosímil, y que solo puede apreciar el hombre que ha seguido á alguna y no ha podido alcanzarla, paso que (sea dicho entre paréntesis) protesta contra la calificacion de sexo débil que se dá á las mujeres, llegó á su casa, y desapareció por su estrecha escalera.

Andrés se volvió á la casa de donde habia salido sollozando Luisa, resuelto á averiguar lo que fuese posible acerca del hombre que habia entrado con Luisa en aquella casa.

Por fortuna suya, estaba en la puerta la portera.

—Dígame usted, jóven, dijo Andrés sonriéndose, lo que no sentó mal á la muchacha, porque, como sabemos, Andrés era buen mozo, y llevaba blusa, ¿vive en el cuarto principal un caballero jóven, pálido, delgado?...

—¡Ah! ¡sí! don Juan el pintor.

—¡El pintor! eso es: dijo Andrés. ¿Y está en casa?

—Debe estar, porque á esta hora come.

—Gracias, dijo Andrés; y trepó por las escaleras.

—Principal de la izquierda, dijo la servicial portera, levantando la voz para que la oyese Andrés.

Pero Andrés ya estaba tirando de la anilla del llamador.

—¿Vive aquí don Juan, el pintor?

— Sí señor, dijo desde adentro una voz de hombre.

—¿Está en casa?

—Es lo mismo que si no estuviera, porque no se le puede ver.

—¿Cómo que no se le puede ver?

—Está comiendo.

—Esperaré.

—Mi señor no recibe sino por la mañana de una á tres.

—Estaré llamando á la campanilla hasta que su señor de usted se aburra.

—Es que en ese caso le echaré á usted á palos.

—¡Á palos! ¿eh? pues lo veremos.

Y Andrés se puso á tirar de la campanilla con todas sus fuerzas, moviendo un estrépito infernal.

El criado, que sin duda no sospechaba con quién iba á habérselas, abrió la puerta, y pretendió arrojar á Andrés á empellones por las escaleras.

Pero Andrés le asió por el cuello de la especie de gaban lacayuno que vestía, le echó al medio del descanso, entró en el cuarto, y cerró la puerta diciendo:

—Ahora te toca á tí llamar, y si tu señor no tiene mas criado que tú, será necesario que salga á abrirte.

Y adelantó hácia un corredor, á cuyo fin se veía luz.

El criado habia tirado de la campanilla, y al mismo tiempo golpeaba la puerta.

—¿Qué campanilleo y qué estrépito es ese, Diego? dijo una voz que salia por la puerta que correspondia á la habitacion alumbrada.

—Es que su criado de usted se ha quedado fuera, y llama, dijo Andrés abriendo aquella puerta.

En un comedor, sentado á una mesa y comiendo, habia un jóven pálido y delgado, el mismo que habia acompañado á Luisa, envuelto en una ostentosa bata, digna del gran turco, y cubierta la cabeza con un gorro griego, digno compañero de la bata.

Aquel jóven, que no era otro que Juan de Castro, el amante de Luisa, se puso de pie, pálido y desconcertado, sin acertar á decir una palabra.

—Es cobarde, dijo para sí con cierta complacencia Andrés, me ha tomado por un ladron.

Y para tranquilizar á Juan, que le miraba aterrado, dijo:

—Soy un artista que vengo á buscar la proteccion de usted.

Sin embargo, Juan no se tranquilizó, porque un ladron puede ser considerado hasta cierto punto como un artista de cierto género, y porque además habia oido decir que habia ladrones muy atentos y muy bien educados.

La blusa y la gorrita de Andrés le impresionaban desfavorablemente, porque Juan, como sabemos, tenia humos aristocráticos, y juzgaba muy mal de los hombres de blusa.

Y en cuanto á blusas... hay blusas honradas y blusas infames: un conocedor distingue á primera vista esa elegante y hasta cierto punto coqueta blusa del obrero, de esa otra blusa desvergonzada,

sucia, cínica, del vago y del ladron: entre unas y otras blusas, hay las mismas diferencias que entre el frac ó la levita de los obreros de la inteligencia, y la levita ó el frac de los grandes vagos, de los grandes estafadores, de los grandes ladrones... la psicologia del frac y de la blusa, una especie de psicologia comparada, podria producir un bello libro... pero Juan de Castro no era psicólogo... para él, un hombre de blusa era un hombre despreciable, temible, monstruoso, antisocial... Andrés llevaba blusa... miraba frente á frente, aunque con su gorrita en la mano, á Juan, y Juan tenia miedo.

Para tranquilizarle, Andrés fué á abrir la puerta.

Diego entró irritado.

—Este hombre, dijo...

—Ha entrado en la casa por asalto, respondió Andrés interrumpiéndole.

—¿Y con qué derecho? dijo Juan tartamudeando.

—Es mi carácter. Soy impaciente, me urgía ver á usted, y me decian que volviese otro dia á una hora en que no puedo venir, porque estoy trabajando.

—¡Ah! ¡trabajando! ¿y en qué trabaja usted? dijo ya mas sereno, y con acento de superioridad, Juan, mientras Diego, sin separarse de la puerta del comedor, miraba de hito en hito á Andrés.

—Ya se lo he dicho á usted: soy artista.

—Hoy todo el mundo se llama artista; hasta los sastres, dijo con una perfecta fatuidad Juan, que al ver el giro de aquella aventura, se habia tranquilizado completamente, y habia proseguido su comida sin tomarse el trabajo de decir á Andrés que se sentára; y como todo el mundo se llama artista...

—Diré á usted, yo soy á un tiempo artista y artesano, dijo Andrés, sin tomarse la libertad de sentarse, y con una perfecta cortesanía.

—¡Artista y artesano! dijo Juan; no comprendo bien.

—Se necesita, por ejemplo, un mueble, y hay prisas en el taller, y faltan oficiales: yo trazo el mueble, dirijo á los carpinteros, y si es necesario hago la obra de carpintería: enchapo, tallo los adornos, y aun á veces un mueble sale enteramente de mis manos desde el primer pedazo de pino ó de cedro, segun... (el cedro es mejor para las armaduras que el pino) hasta la última mano de barniz... de modo que...

—¿Cree usted que puede llamarse artista al que ejecuta esos bár-

baros adornos de que están recargadas las obras españolas de ebanistería?

—Cierto; cuando se trata de muebles comunes, de muebles de surtido, cuando estos muebles están hechos por tallistas vulgares... en buen hora, acepto la calificacion de usted: una mesa ornamentada de cuatrocientos reales, debe necesariamente ser bárbara: pero cuando se trata de una sillería á lo Luis XV, de una estantería gótica, de una cama del Renacimiento; cuando cada uno de estos muebles invierte muchos dias de trabajo, muchas noches de vigilia; cuando su precio sube á muchos miles de reales; cuando en ellos todo es rico, todo es bueno, la materia y la forma, el que hace uno de esos muebles es un artista, un adornista, un arquitecto, un escultor.

—Necesítase cabalmente de la concurrencia de tres artistas, cada uno en su género, para hácer una de esas obras.

—Pues bien, yo solo, que soy un solo artista, las hago.

—¿Y necesita usted proteccion?

—Sí por cierto; no soy conocido.

—Tales serán sus obras de usted.

—No son un prodigio, pero merecen la pena de mirarse.

—En España no se sabe hacer nada.

—Sí, es verdad.

—¡París!... ¡París!... la moderna Atenas, es la que tiene la mision de acostumbrar al mundo á lo bello y á lo bueno, y para convencerle á usted, ya que se ha metido de una manera tan estraña en mi casa, y despues en tan estraña disputa, le voy á enseñar á usted un mueble francés.

—Los conozco: en Francia hay de todo, de todo menos pureza; la exageracion, el lujo, la cargazon de adornos...

—Venga usted y vea, y rectifique su opinion. Alumbra, Diego, á mi estudio.

Diego tomó una bugía, y precedió á su amo y á Andrés.

Entró por una puerta situada en un ángulo del recibimiento, y empezó á subir por una escalera en espiral, y tan alta que se comprendia que desde el piso principal ascendia á la parte superior de la casa.

Cuando hubieron subido, se encontraron en un magnífico estudio, estenso, con ventanas altas á todas las luces, cubierto por una tapicería oscura, y sobre esta tapicería, cuadros, mesas cargadas de bustos, de animales, de grupos; bajos relieves, estátuas, armaduras,

armas antiguas, esqueletos, anatomías en cera, maniquís, fragmentos de ornamentacion, vaciados bizantinos, góticos, árabes, del Renacimiento, de Churriguera; un magnífico calorífero de bronce; un estradillo para los modelos, y sobre él un maniquí vestido; una sillería dorada y perfilada de negro, de ese Churriguera, que no parece Churriguera por lo bello y por lo bueno, y un magnífico estante de ébano del Renacimiento, lleno de libros lujosamente encuadernados.

En el centro, á un lado del estradillo, sobre un colosal caballete, habia un cuadro de colosales dimensiones, casi concluido.

La luz de la bugía, al pasar por delante del cuadro Diego, le iluminó un momento de una manera incompleta.

—Pare usted, pare usted y alumbre, dijo Andrés deteniéndose delante del cuadro: quiero ver esta obra española de que no se me ha hablado, antes de ver esa otra estrangera que se me ha ponderado tanto.

—¡Ah! es mi cuadro de San Miguel, ó mejor dicho, del infierno de Satanás, dijo Juan; una obra que me hará honor.

Al decir Juan estas palabras, oyóse una carcajada lejana, singular, fria, burlona, que vibró de una manera terrible en los oidos de Andrés.

—¿Quién se rie de ese modo? dijo: parece la risa de un condenado.

—Serán las costureras de la boardilla, dijo Juan.

—Puede ser, dijo Andrés.

—Son unas muchachas muy alegres.

—Pues no tenia nada de alegre aquella carcajada.

Pronunció de una manera tal Andrés estas palabras, que Juan le miró con sorpresa. Por lo que antes habia oido á Andrés, y por la entonacion, y un no sé qué de estraño, de íntimo, de profundo, en la acentuacion de sus últimas palabras, temió habérselas con un loco.

—Este cuadro es el resultado de una apuesta, dijo Juan, tomando la bugía de manos de Diego, levantándola é iluminando de la mejor manera que le fué posible el cuadro.

—¡Dios mio! esclamó Andrés, cubriéndose los ojos con las manos: ¡tras aquella carcajada este cuadro!

Y volvió á mirar.

El cuadro era maravilloso.

Le componian tres figuras.

Dos en primer término, la tercera en la inmensidad, ardiendo en un relámpago, única luz del cuadro.

Y cada una de aquellas tres figuras era tan necesaria, que suprimir una, era suprimir el cuadro.

Figuraos en primer término la punta de una roca, socabada por delante, y que allá en la parte interna de su hueco profundo, profundísimo, deja ver el resplandor de un fuego sombrío.

Sobre el borde de esta roca, replegado en sí mismo, apoyados los dos codos en sus rodillas, las manos crispadas en las mejillas, en las que se ensangrientan las uñas, unidos, crispados los pies á la roca como asiéndose á ella, flotante la rubia cabellera; sombría, ceñuda, terrible la ancha frente; los ojos azules, fijos, con una fijeza espantosa, con una espresion indomable de valor y de cólera, de soberbia y de destruccion; pálidas las mejillas, que parecen agitadas por una convulsion leve, biliosa; entreabiertos los labios, lívidos, dejando ver una dentadura fuertemente apretada, habia una figura que parecia humana en la forma, y mas que humana en la espresion: su túnica manchada, impura, arrollada, sujeta á los accidentes de la posicion del cuerpo que vestía, dejaba, sin embargo, flotar un estremo de una manera vigorosa, como si fuese el huracan el que hiciese flotar aquel estremo. Y todo en aquella figura era sobrenatural: la hermosura, la espresion, la pasion: el vigor de las formas, el brillo de la mirada, la mate palidez, la exuberancia de vida y de sentimiento: aquella figura era Satanás.

No ese Satanás absurdo á quien han calumniado la mayor parte de los pintores, sino el dios terrible del mal, dominado, pero no vencido; un sér inmenso, el resúmen de todas las grandes pasiones en una sola figura, lo infinito, lo ideal de la soberbia.

La otra figura del primer término estaba de pie, junto á Satanás, suave, tranquila, hermosa, resplandeciente, divina; su blanca túnica caía en una magnífica plegadura á sus pies, sin que el viento la agitase; la rubia cabellera caía en profusos rizos sobre sus hombros, sin que un solo cabello fuese agitado por el viento: parecia que para aquella celestial figura no existia, no bramaba la tempestad: su hermosura era brillante, espléndida, espiritual, y sin embargo, entre el ángel glorioso y el ángel condenado, habia mucho de comun: se comprendia que en una misma situacion entrambos, Luzbel hubiera sido mas hermoso que Miguel; pero la rabia y la soberbia habian empañado, manchado el semblante y la mirada del primero, quedando solo de comun entre los dos un parecido vago, una especie de signo de raza, de familia.

Eran dos hermanos: el uno feliz, el otro desventurado, pero

aceptada su desventura, sufrida con un valor indómito, ostentada con un orgullo sin límites.

Ninguno de los dos ángeles, ni el bueno ni el malo, tenian alas; ni Miguel el guardian de Luzbel espada, ni Luzbel el prisionero de Miguel cadenas: bastaba para mantener aquella situacion respectiva la voluntad de Dios: los hombres son los que encadenan á sus presos y se arman de espadas para guardarlos: Miguel tenia por armas y escudo su gloria. Satanás por prision y por cadenas su infierno.

¿No os parece redículo ese arcángel de los pintores con sus alas de papagayo ó de paloma, y su espada de fuego, azotando á una especie de mónstruo de color de chocolate, con cuernos, rabo y alas de murciélago, y todo esto sobre un fondo de color de ladrillo?

Juan de Castro, ó el espíritu que le inspiraba, habia buscado lo grande, lo terrible del asunto en aquella tremenda epopeya de los cielos: Satanás vencido, exhalaba la rabia de su impotencia contra Dios en aquella mirada lúcida, sombría, terrible: Miguel, con los ojos levantados al cielo, fijos en Dios, que era la tercera figura del cuadro, colocada allá en lo infinito, ardiendo en el fuego de un relámpago, Miguel, repetimos, fijaba una mirada suplicante en Dios, rodaba por sus mejillas una lágrima, y señalaba al hermano condenado.

Dios, desde la inmensidad, sentenciaba.

Era el momento supremo de la gran epopeya: el momento del castigo.

Andrés miró con asombro y con envidia este cuadro: comprendió entonces que Luisa amase al pintor. El cuadro era inmenso, era un sueño de la eternidad, representado con cuanta fuerza, con cuanta verdad podia representarlo un hombre. Y algo mas: habia allí mucho de fantástico, de terrible: Satanás parecia vivir, se hubiera creido escuchar el ronco rugido de su rabia: su mirada causaba espanto; Miguel sentia, oraba, estaba conmovido; aquel divino anciano que dominaba el rayo, era un trasunto de la santidad de las santidades.

Andrés sintió vértigo delante de aquel cuadro, y repitió:

—¡Este cuadro tras aquella carcajada!

—¿Le asombra á usted mi lienzo? dijo Juan con una necedad incomprensible en un tal artista.

—Confieso á usted que no he visto nada que se le parezca; que si me entregase usted ese lienzo, temería no encontrarle cuando le fuese á buscar, porque hubiese desaparecido. ¡Qué dibujo! ¡qué

ropas! ¡qué color! ¡qué situacion! ¡qué luz! ¡qué pensamiento! y sobre todo, ¡cuántas dificultades vencidas! La verdosa luz del relámpago no ha matado al color, ni el color ha hecho perder de efecto al relámpago: esto no puede copiarse del natural, imposible: todo ha sido adivinado, creado: es usted un gran artista.

—Paréceme que usted lo es algo, dijo Juan, cuya vanidad estaba satisfecha.

—¿Qué sé yo? dijo Andrés: ¿qué sé yo? delante de este cuadro me he quedado pequeñito como un niño. ¿Y dice usted que ha sido el resultado de una apuesta?

—Sí; decian mis amigos que era una necedad pintar ángeles: que los ángeles son séres cuyo tipo no puede encontrarse en la hermosura humana, que, dígase cuanto se quiera, siempre es vulgar. Yo aposté á que haria dos ángeles y un Dios.

Volvió á resonar aquella carcajada, sarcástica, burlona, fria, que parecia provenir de la inmensidad.

—Y lo he conseguido, dijo Juan con cierto acento de soberbia, como contestando á aquella carcajada.

—Es estraño, dijo para sí Andrés: otra vez esa carcajada, que parece dirigirse á este hombre.

Pero Andrés no podia esplicarse lo maravilloso: Andrés no sabia que Juan, sin saberlo, estaba puesto en contacto con el protector de Luisa, con Satanás.

—Prescindiendo de mi cuadro, dijo Juan, vengamos al objeto que nos ha traido aquí, esto es, que usted, ebanista español, rectifique su juicio acerca de la ebanistería parisiense á la vista de una obra maestra. Alumbra, Diego.

Diego adelantó hácia el fondo, y la luz de la bugía brilló sobre un magnífico estante de ébano.

La primera impresion que aquel estante causaba era armoniosa: era un pequeño pensamiento arquitectónico que parecia haber sido inspirado por el genio del Renacimiento: todas sus partes, el relieve del tímpano, los adornos del cornisamento, los capiteles, las pilastras estriadas, los basamentos, los mil caprichos de la ornamentacion, todo era bello, ligero, lleno de carácter y de espíritu, y la parte material perfectamente ejecutada; era uno de esos muebles de gran lujo que nunca son antiguos, porque pertenecen enteramente al arte.

—Sí, sí, efectivamente, dijo Andrés; este estante es bantante bueno.

—Es admirable, dijo Juan.

—Como usted quiera.

—Para construir este mueble han sido necesarios, como deciamos antes, el arquitecto, el adornista, el escultor.

—Es verdad. ¿Y le ha comprado usted en París?

—No: le he comprado en Madrid.

—Sin duda lo ha traido alguien que, poco inteligente, ó necesitado, se ha deshecho de él.

—No, no por cierto; ha sido un mal cálculo de un almacenista de muebles. Le trajo de París, creyendo que aquí hubiera quien comprendiese el valor de esta joya. Pero nada: hubiera permanecido allí hasta la eternidad, porque nadie hubiera pagado por él el precio que el ebanista pedia, perdiendo el cincuenta por ciento.

—¡Ah! ¿el ebanista español ha perdido en este mueble?

—Indudablemente. ¿Cuánto cree usted que ese estante vale?

—Los objetos de arte son difíciles de apreciar: además, les dá valor el tiempo y el nombre del autor: este mueble está recientemente construido, y el nombre de su autor no le conoce nadie.

—¡Ah! ¿usted cree que los autores de este mueble no tienen nombre?

—He dicho autor.

—¿En qué se funda usted?

—Lo supongo: porque si el autor fuese conocido, no tendria usted aquí este mueble por el dinero que lo tiene.

—¡Ah! ¿usted pretende tambien saber?...

—Este mueble se empezó á construir hace cinco meses, y se vendió hace un mes en mil duros.

—¡Ah! comprendo, usted trabaja en el taller de Perez.

—Y he hecho yo solo ese estante.

—¡Cómo! ¿que usted ha hecho... este estante? dijo con estupefaccion Juan.

—Sí, sí por cierto.

—¿Y gasta usted blusa?

—¿Qué quiere usted? no gano mas que veinte reales diarios, y tengo madre, una pobre madre enferma, á quien cuido cuanto puedo.

—Permítame usted que dude.

—Ese estante está firmado.

—¡Firmado!

—Sí por cierto.

Y Andrés se acercó al estante, puso los dedos bajo la cornisa de su ático, tiró y sacó una lámina de bronce grabada.

—Lea usted, dijo á Juan mostrándole la lámina.

Juan leyó:

—«Andrés de Zoa, discípulo de la Academia de San Fernando, oficial de tallado y adorno en el taller de don José Perez, hizo este estante de ébano. Le empezó el dia de primero de Marzo de 18... y le concluyó el treinta de Junio del mismo año.»

—Es increible, imposible: yo compré este mueble el dia primero de Julio.

—Sí por cierto, al dia siguiente de estar concluido, dijo Andrés metiendo de nuevo en su sitio la lámina de bronce.

—Su maestro de usted me dijo que habia comprado este mueble en París.

—Para vender los buenos muebles españoles, es necesario decir que son franceses.

—Del mismo modo le hubiera comprado yo, aunque hubiera sabido que era español.

—Acaso no.

—Lo bueno no tiene patria.

—Pero hay patrias madres y patrias madrastras: las primeras hacen parecer buenos sus hijos malos: las segundas no pueden hacer comprender la belleza y las buenas cualidades de sus hijos. Este mueble es español, y porque es bueno, le tiene usted por francés; en este mueble ha ganado mi principal un ciento por ciento, y usted ha creido que perdia un cincuenta. ¿Quién tiene la culpa de que las gentes sean ciegas, y sobre todo, de que miren con un profundo desprecio lo que es español?

—Repito que no hay en España quien haga ese mueble: esa plancha grabada que existe en él, puede ser una supercheria.

Palideció densamente Andrés, y pasó por sus ojos algo sombrío, pero se contuvo.

—Hace cinco meses, dijo, vi yo en una ocasion solemne á una mujer, y al verla, sentí lo que nunca habia sentido: despecho por mi pobreza: pero me dije: el trabajo y el talento enaltecen al hombre, le dán oro y fama. Y pensando en esto, delineé distraido sobre el tablero de mi mesa de trabajo el primer pensamiento de ese estante. Cuando fijé mi atencion en él, me dije: esto puede ser una obra escelente: y de noche en mi casa le delineé, dibujé uno por uno los adornos, los relieves, los detalles... y mostré mi proyecto á don José.

—¿De qué quieres hacer este estante? me dijo.

—De ébano, le contesté.

—Vé al almacen, y que te dén lo que necesites.

Cuatro meses despues, el estante estaba á la venta: al dia siguiente don José entró en mi taller, y me regaló un billete de cuatro mil reales.

—¿Qué es esto? le dije.

—He vendido el estante en mil duros: he ganado un ciento por ciento, y justo es que tengas parte en la ganancia.

—Yo guardé el billete, y no he vuelto á hablar del estante hasta ahora que me le enseña usted como un producto del arte y de la industria francesa.

Movió la cabeza contrariado con un signo negativo Juan.

—¡Imposible! ¡imposible! dijo.

Andrés se irritó, metió una mano en el bolsillo interior de su blusa, y dijo mostrando á Juan un objeto:

—Hace cinco meses que esto era una bola de villar, y ahora es una caja de marfil, que vale mas que ese estante.

—¿Y qué es esto?

—La obra mas hermosa que ha salido de mis manos.

—Y mostró á Juan la caja.

Sobre su tapa, de relieve entero, dentro de un óvalo, orlado con una corona de flores, estaba un admirable retrato de Luisa, con el mismo peinado que tenia cuando Andrés la salvó del incendio, y con una dalia entre los cabellos.

El resto de la caja estaba afiligranado como esos pequeños objetos de marfil que vienen de Filipinas.

—¡Ah! ¡Luisa! esclamó con desprecio Juan.

Aquel acento de desprecio irritó á Andrés.

—Esa señora ha salido de aquí sollozando, dijo: ¿por qué sollozaba esa señora?

—¡Ah! ¡me pide usted cuenta!... ¡vaya una estravagancia!

—Sí, sí por cierto, y solo por ella he venido á su casa de usted.

—¿Y qué le importa á usted? ¿qué derechos tiene usted sobre una de mis queridas?

Oyóse por tercera vez la carcajada, lejana, fria, sarcástica, pero amenazadora.

—Esa es, esa, la contestacion á tan infame calumnia, dijo Andrés; esa carcajada.

—¡Salga usted de mi casa! dijo con irritacion Juan.

—Sí, sí, señor, me voy, pero... tenga usted en cuenta que esa señora no está sola en el mundo, ¿eh? que yo tengo unos puños muy fuertes, y que le haré arrepentirse de haber sido un miserable. No olvide usted esto: y... hasta mas ver.

Y se dirigió á la salida.

Pero al pasar por delante del cuadro, se detuvo.

—¡Calla! ¿qué es eso? dijo: ¿dónde está la magnífica, la sobrenatural pintura que cubria ese lienzo? ¿Dónde está el *infierno de Satanás?*

En efecto, la pintura habia desaparecido: solo quedaba el lienzo imprimado como si nadie hubiera tocado á él, y en medio escritas estas palabras con tinta roja:

Quien de ageno se viste, en la calle lo desnudan.

—¡Ah! ¿qué es esto? esclamó Juan, viendo la desaparicion de su cuadro, aterrado y trémulo.

—Pues no, no, dijo Andrés, asombrado y aterrado tambien porque no lo comprendia, yo no me lo he metido en el bolsillo.

Juan tomó la bugía de manos de Diego, y corrió alrededor del estudio, parándose sucesivamente delante de diez ó doce lienzos, porque en cada uno de ellos no se veia mas que la repeticion de las palabras:

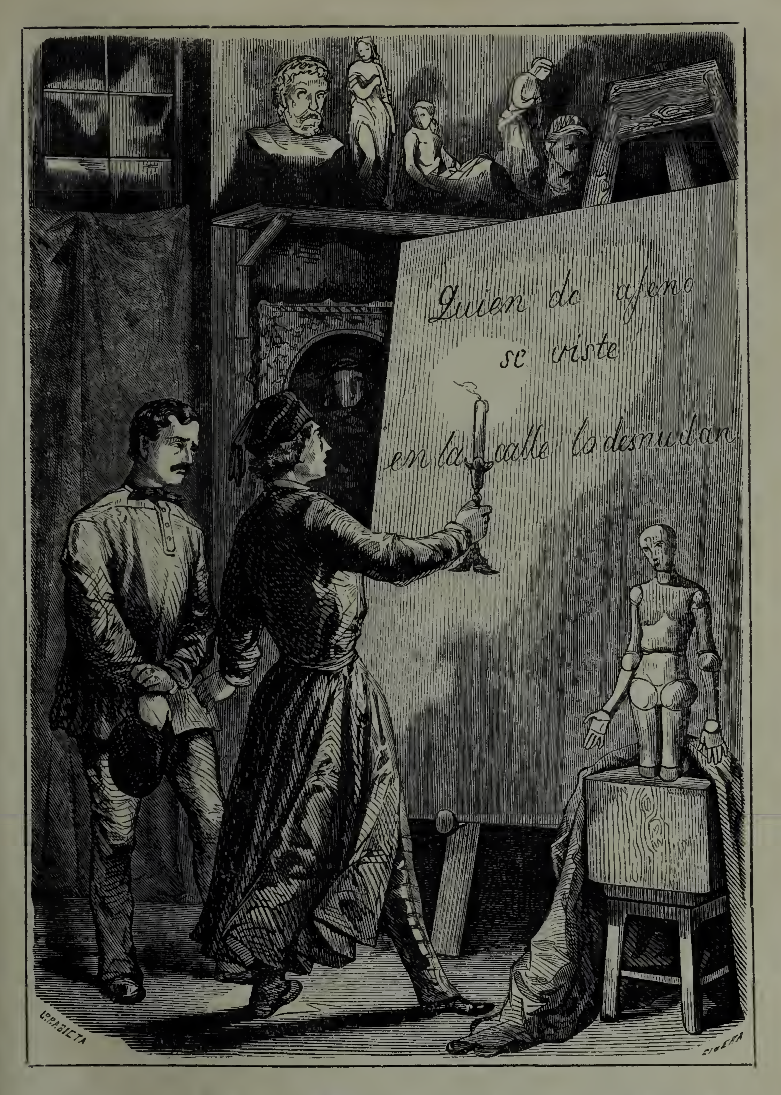
Quien de ageno se viste, en la calle lo desnudan.

Juan se llevó las manos á la cabeza, como temiendo haberse vuelto loco, y luego escapó.

Andrés y Diego le siguieron; el primero se dirigió cuando hubo bajado las escaleras á la puerta de salida, abrió y salió.

Cuando estuvo en la calle, esclamó, con el pensamiento envuelto en una vaguedad indefinible, con el corazon frio, con el andar vacilante, con los ojos turbios:

—¡Oh! ¡lo que he visto es un milagro! ¡sí! ¡un milagro patente! ¡ese hombre es un infame! Su talento le tenia enorgullecido, y Dios le ha castigado; le ha dicho: Nada de lo que el hombre hace es suyo; todo lo que existe es mio; tú no mereces la gloria que te habia concedido, y te la quito. ¡Oh! ¡Dios! ¡Dios! ¡y aquella carcajada... aquella horrible carcajada era la risa de Satanás! ¡y yo que tenia mi poco de orgullo por mi talento como escultor! ¡oh! ¡no! ¡no! ¡lo que yo hago no es mio! ¡es de Dios! ¡es un depósito! pues bien, ¡no le profanemos! ¡no le envilezcamos! ¡y ella! ¡ella! ¡por quien yo ansiaba ser conocido, ser respetado, ser rico! ¡ella, una de las mas hermosas obras de Dios, enamorada de ese infame! ¡calumniada por él!



QUIEN DE AGENO SE VISTE EN LA CALLE LO DESNUDAN.

[illegible] OF [illegible]

¡pues bien! velaré por ella, y si Dios me la entrega un dia, destrozada el alma, muerta para la felicidad, lloraré con ella, ¡seré su hermano!

Entre tanto se alejaba Andrés á lo largo de la calle, Juan recorria su casa.

Todos los cuadros que habia pintado habian sido borrados: en todos ellos se veía escrito el tremendo proverbio.

—¡Con que es decir que tú, espíritu maldito, que me habias inspirado, me abandonas! esclamó. ¡Con que es decir que vuelvo á ser aquel Juan *pinta-monas y embadurna-panderos*! ¡y cuando todo el mundo ha visitado mi estudio!... cuando he recibido sumas considerables por cuadros que sus dueños habian visto, pero que no habian salido aun de mi casa! ¡con que es decir que lo que únicamente me queda es una deuda enorme que no podré satisfacer! ¡que me veré obligado á huir de Madrid! ¡á pasar por un estafador!...

En aquel momento entró Diego y dijo:

—Aquel caballero que viene tan tapado, está en la sala.

—¡Oh! esclamó Juan: y en estos momentos... afortunadamente no tenia ninguno de mis cuadros en la sala.

Y arreglándose la bata y el gorro que en su furor se habia descompuesto, fué á recibir la visita que Diego le habia anunciado.

CAPITULO III.

Continuacion del anterior, es decir, continuacion de los antecedentes.

—¡Ah, señor vizconde! esclamó Juan, dirigiéndose á un jóven que estaba sentado en el sofá.

—¿Ha cerrado usted bien todas las puertas?

—Sí señor.

—¡Ah! ¡infame, infame suerte mia! Esto de tener que andar en coche y con las cortinillas echadas y andarme recatando de los criados! ¡esto es estar muerto!... solo por un breve espacio mientras no se seca esa pomada, esa pintura que usted me pone, puedo presentarme entre las gentes... pero despues la tirantez de la piel empieza á hacerse insufrible, necesito huir de las gentes, correr á esconderme á mi casa y á lavarme con aceite durante dos ó tres horas. ¡Oh! ¡oh! hubiera preferido que en aquel duelo fatal me hubiera partido mi contrario el corazon.

Quien así hablaba era el vizconde de Rudaguas.

—¿Y no ha podido usted encontrar á ese funesto baron del Destierro, con quien tuvo usted el duelo? dijo Juan, que estaba tan preocupado que hablaba á bulto.

—¡El baron del Destierro! esclamó el vizconde. Y luego pronunció, estremeciéndose y de una manera ininteligible: ¡Satanás!

Pero reponiéndose, añadió:

—Vamos á cuentas, amigo mio.

—¿De qué cuentas quiere usted hablar?

—Entre nosotros existe una especie de pacto: yo le encontré, ó mejor dicho, le vi á usted una noche con Luisa.

—¡Ah! ¡sí! ¡bien! dijo confundido Juan.

—La manera difícil que tiene usted de contestarme, me obliga á recordarle...

—No hay necesidad...

—Permítame usted. A veces, lo que me se olvida son los pequeños detalles, y estos generalmente sirven para fijar las cuestiones. Yo no amaba á Luisa, pero la deseaba. Mi deseo por ella, y una funesta aventura, me procuraron una terrible desgracia que ha hecho nacer en mí un deseo voraz de venganza contra esa mujer. Cuando le vi á usted con ella sentí celos. No sé de qué género, pero violentos...

—Que le obligaron á usted á esperarme y á acometerme apenas la dejé en su casa.

—La espresion no es exacta: yo no le acometí á usted.

—Es lo mismo; usted me desafió por el solo delito de ser favorecido por Luisa.

Centellaron los ojos del vizconde.

—Y usted, que es cobarde entre los cobardes, el cobarde por escelencia...

—¡Señor vizconde!

—Sí, cobarde, cobardísimo, esa es la espresion conveniente. Usted, que es miserablemente cobarde, creyó que una mujer no valia una bala, y se entregó usted á discrecion. Me prometió usted no volver á ver á Luisa.

—Es verdad, pero recuerde usted...

—Y tanto como recuerdo: yo estaba seguro de que por mí mismo, nada alcanzaria de ella: usted me dijo que ella le amaba.

—Es verdad.

—Yo, que sé que una mujer cuando ama llega allí adonde quiere que llegue el hombre amado...

—Se ha engañado usted respecto á Luisa: nos hemos engañado los dos.

—Déjeme usted continuar. Yo, que sé que una mujer que ama no es suya, sino del hombre á quien ama, me alegré de que Luisa amase á usted, y de que usted fuese miserable y cobarde.

—Suplico á usted, señor vizconde...

—Digo la verdad. Si la verdad ofende á usted, procure usted probar que no es cobarde. Yo siempre estoy dispuesto.

—Yo he servido á usted como un esclavo, dijo humillándose Juan.

—Continúo, pues, dijo el vizconde: yo pedí á usted la deshonra de Luisa.

—Y la he deshonrado, dijo Juan: la he llevado del brazo por to-

das partes; he citado á mis amigos, que se han puesto en acecho, y como ella me ama de tal manera que las apariencias la condenan, todos la han creido mi querida, es mas, al creerla mi querida, muchos han dicho que lo es suya, y Luisa está completamente deshonrada: pero la verdad es que yo nada he obtenido de ella.

—Si usted hubiera obtenido algo, si usted hubiera tocado á uno solo de sus cabellos, yo le hubiera levantado á usted la tapa de los sesos; porque en una palabra, yo la amo.

—¡Estraño amor que quiere la deshonra de la mujer amada!

—Usted es un fátuo que no puede comprender el odio y el amor que me inspira á un mismo tiempo Luisa. Pero continúo. Yo comprendí que hacia usted un sacrificio, de miedo, es cierto, pero sacrificio al fin, y creí justo recompensarlo. En la primera conversacion con usted supe que era usted pintor, y quise ver sus obras: las vi y me maravillaron, y lo que mas me maravilló, fué que quien tan valientemente concebia y ejecutaba, tuviese un alma tan abyecta. Pero era necesario pagar á usted ese sacrificio. Yo dí á conocer su talento de usted, le recomendé, le dí cartas para mis amigos, y llovieron sobre usted encargos y oro. Cuando se encontró usted en una posicion decente, creí que tenia derecho á pedir á usted un nuevo sacrificio: necesitaba que me entregase usted á Luisa.

—Hasta hoy no he logrado que entre en mi casa.

—Sí, sí: ya lo sé.

—Con el pretesto de que viese un cuadro mio...

—Lo sé. Donde quiera que va Luisa voy yo... cuento sus pasos: sé que ha estado en su casa de usted; y que ha salido de ella sollozando: ¿por qué sollozaba Luisa?

Era la segunda cuenta que se pedia de los sollozos de Luisa á Juan. Á Andrés habia contestado con insolencia, al vizconde no supo qué contestar.

Este volvió á repetir su pregunta.

—Cuando entré en mi estudio con ella quise cerrar la puerta...

—¿Y para qué? replicó severamente el vizconde

—Podia usted tardar, y queria...

—Es decir, quiso usted tenerla encerrada... para tenerla mas segura... una violencia... que ha podido traer sobre usted y sobre mí, por la cobardía de usted, consecuencias legales...

—Me he equivocado sin duda.

—Pues amigo mio, las equivocaciones se pagan.

—¿Y cómo puedo yo pagar esa equivocacion?

— De una manera muy sencilla. ¿Está usted seguro del amor de Luisa?

— Creo estarlo.

— Una mujer que ama perdona, y mucho mas cuando la ofensa es del género que supongo.

— ¡Ah! ¡supone usted!...

— Sí, supongo que al entrar aquí Luisa se olvidó usted de todos los compromisos conmigo, y quiso usted obrar por cuenta propia. Nada tiene de estraño; el estravío es disculpable, porque Luisa es muy hermosa.

— Aseguro á usted...

— Pero no sabia yo que fuese una virtud de tal calibre... ¡y pensar que hemos deshonrado á una mujer, que resiste á un hombre de quien está enamorada en una situacion decisiva!

— Usted se equivoca, vizconde... yo...

— Usted quiso cometer una infamia por su cuenta, y Luisa le rechazó y salió sollozando. Pues bien: me declaro protector de Luisa. Es necesario que usted repare su falta... casándose con ella...

— Yo...

— Sí por cierto... yo proporcionaré á usted una ocasion en que de una manera artificial pueda usted prestar un gran servicio á Luisa... salvarla de un peligro; despues de salvarla le será á usted fácil obtener su perdon por lo de esta noche, y usted la pedirá en seguida un enlace próximo. Esto desarmará á Luisa, que se creerá feliz casándose con usted.

— Es que yo no quiero casarme con ella.

— Medítelo usted, dijo glacialmente el vizconde.

— Luisa está deshonrada: Luisa pasa por una aventurera.

— No importa, todo el mundo verá en su casamiento de usted una reparacion. No es el primer hombre que se casa con su querida: será un ejemplo mas de moralidad.

— Mi casamiento con Luisa sería un nuevo ejemplo de escándalo, porque no soy el único amante que se la atribuye.

— No importa: la teología social del siglo XIX es eminentemente casuística; hoy lo esplican todo los fenómenos del corazon.

— Además, sabe usted que mis proyectos de matrimonio son otros.

— ¡Ah! mi prima Emilia... pero con mi prima se espone usted á estar puesto en ridículo antes que pase la luna de miel.

—La amo, y ella me ama.

—Es cierto, se aman ustedes; pero veamos qué es lo que usted ama en ella y qué es lo que ella ama en usted. Mi prima, no lo niego, es una rubia encantadora, lo sé tanto como que soy su amante desde hace mucho tiempo; cuando aun no la habian vestido de largo: ¡si usted la hubiera oido y visto hacer el amor cuando aun tenia pantaloncitos! ¡si hubiera usted podido comprender á la mujer en la niña amaestrada por el ejemplo de la madre!... se la cedo á usted sin dolor: es demasiado caprichosa... un capricho suyo me ha colocado en la difícil situacion en que me encuentro... aquella maldita cartera... además Emilia está muy mal educada... y luego, como engañaba siendo aun niña á su madre en mi favor, siendo mujer me ha engañado á mí en beneficio de otros. Emilia tiene sambradas algunas historias galantes... es cierto que aun no ha trascendido su fama; aun sale acompañada de su madre ó de un viejo criado... pero cuando se case y salga sola á tiendas... Pero me olvido de que hablo con usted. Emilia tiene una virtud dominante, que basta por sí sola para hacerla recomendable... para cubrir completamente sus demás defectos: tiene la altísima virtud de tres millones de dote, la no menos apreciable de ser hija única, y la inapreciabilísima de estar su padre muy enfermo, muy viejo, y de ser el propietario mas fuerte de Andalucía: además de eso, tiene un escudo de armas con mas colores que un prado, y mas animales que una historia natural: cuando muera su vieja y solterona tia doña Eufemia, será marquesa de Entrambos Rios, lo que la proporcionará si no un aumento de fortuna, un aumento de brillo. En resúmen, usted ama en Emilia no sus ojos garzos y ardientes, no su frente de... usted que es poeta puede buscar un símil... no esto y aquello, que como mujer, y solo como mujer, posee. Por lo tanto, continuó el vizconde, ni á usted le conviene casarse con mi prima, ni á mi prima casarse con usted. Entrambos están ustedes equivocados... Y luego, que aunque así no fuese, como un hombre no puede casarse mas que con una mujer, usted se casará con Luisa y no con Emilia.

—Me parece que se abroga usted demasiada autoridad sobre mí.

—Se me ha vendido usted en cuerpo y alma, y haré valer mis derechos.

—Sin embargo, hasta cierto punto...

—Entre nosotros no es posible fijar un límite.

—Rechazo de todo punto la proposicion de usted.

—¿Es decir que podremos considerar rota nuestra buena inteligencia? dijo con un acento singular el vizconde.

Juan no tuvo valor para replicar.

—Piénselo usted bien, dijo el vizconde, piénselo usted bien, y hasta mañana.

Y el vizconde se levantó.

—Lo pensaré, dijo Juan, pero es necesario que usted tambien lo medite: y luego, esto es un capricho; ¿qué le importa á usted que yo me case ó no con esa mujer?

—Es que casándose usted con ella, tendrá usted una potestad incontrastable sobre Luisa.

—¡Ah!

—Por algo sale el humo por las chimeneas. Con que piénselo usted bien, medite cuerdamente el pro y el contra de mi proposicion, y hasta mañana.

—¿No quiere usted que le cubra la cruz?

—No, no por cierto. Esta noche no voy á ver á nadie mas que á Emilia, y como la chica es tan escéntrica, y como sabe que este percance me ha acontecido por ella, y que me reduce á ella, mi cruz de San Andrés la enamora.

—Como usted guste.

—Con que piense usted bien en lo que hemos hablado, en lo que yo quiero, y adios. Hasta mañana.

—Pero para mañana no puedo haber hecho nada.

—Procure usted haberse decidido, y haber hablado á Luisa, y habrá hecho mucho. Con que adios.

—Adios.

El vizconde se levantó, y Juan le acompañó hasta la puerta.

Cuando Juan se quedó solo, se volvió maquinalmente á la sala.

—Lo que me propone ese hombre es infame. Es un abuso de fuerza horrible.

Cualquiera creerá que Juan al hablar de infamia y abuso de fuerza, se referia á Luisa. Pero no era así, se referia á sí mismo: la infamia y el abuso de fuerza, segun el egoismo de Juan, venian del vizconde de Rudaguas, y recaían en él.

—Me ha obligado á deshonrarla, esclamó, y yo he mentido, la he calumniado: he arrojado sobre la mesa de los cafés cartas suyas escritas con tal candor, que podian interpretarse; la he llevado á todas partes, todos mis amigos la han visto sonreirme, tratarme ni mas ni menos como un amante afortunado.

Juan se detuvo.

— ¡ Afortunado, cuando el único favor que he obtenido de ella es que apoye su brazo en el mio ! ¡ cuando ha resistido siempre mis exigencias !

Calló Juan de nuevo.

—Y la amo... mas bien, la deseo, no sé de qué modo... pero casarme con ella... con una mujer que no tiene nombre... y esto lo sabe todo el mundo, porque yo á todo el mundo se lo he dicho. Con una mujer pobre y acostumbrada al lujo... con una maestra de lenguas... para querida, escelente; pero para mujer... es cierto que es pura, pero el mundo no lo cree... es cierto que me ama... pero el amor... solo el amor no puede satisfacer mis aspiraciones... ¡ Emilia !... Emilia es distinto... no me ama como me ama Luisa, pero la deslumbro: podrá ser cierto que como dice el vizconde esté corrompida... pero nadie lo sabe... es rica... pertenece á una clase elevada... el matrimonio debe ser un negocio... y casarme con Emilia sería hacerlo completo; casarme con Luisa, una tontería: y casarme ahora bajo las condiciones del vizconde... no, no, eso no puede ser.

Juan vaciló mucho, luchó mucho, pasó la noche sin dormir; pero al recordar sus cuadros borrados y sus deudas, y que el vizconde era el único que podia sacarle de aquella situacion, se decidió á apurar la copa del sacrificio, y ya decidido, se durmió.

Al dia siguiente se levantó muy tarde, se vistió con esmero, y fué á ponerse en una esquina de la Puerta del Sol entre los corros de bolsistas, mineros, pretendientes, etc., etc., que son el acompañamiento obligado durante algunas horas del dia de la Puerta del Sol.

CAPITULO IV.

Lo que Andrés dijo á Luisa, lo que Luisa dijo á Andrés, y lo que Andrés vió siguiendo á Luisa.

Hemos concluido en el capítulo anterior parte de los antecedentes que necesitábamos dar á conocer.

Podemos volver á la esquina de la Costanilla de San Andrés, donde sin cuidarse del calor, esperaba Andrés á Luisa.

Porque á Luisa era á quien esperaba Andrés.

Debemos advertir tambien que el dia en que Andrés esperaba á la jóven, era el siguiente á la noche en que Luisa habia salido sollozando de casa de Juan.

Andrés no esperaba por cierto volver á ver tan pronto á Luisa; así es que al verla en casa de su principal, se conmovió, se puso pálido, tembló, y dejando su trabajo salió, y se puso á esperarla.

Á las tristísimas ideas que llenaban la imaginacion de Andrés mientras esperaba, á sus celos, á su despecho, por sus amores, sin esperanza, se unió el pesar de la tremenda noticia que le habia dado su conocido el escribano don Cosme:—« Don José Perez, ha quebrado. »—Entonces Andrés arrojaba una mirada desesperada á la lista de los números premiados de la lotería que tenia en la mano.

Hubo un momento en que abstraido en sus meditaciones el jóven, le sacó de su distraccion el crujido de la falda de seda y los pasos fuertemente marcados de una mujer.

Levantó la vista Andrés, y se puso de nuevo pálido y mortal.

Habia visto pasar á Luisa.

Luisa, que descendió rápidamente por la Costanilla y se dirigía á la calle de Segovia.

Andrés se puso en su seguimiento, y al hacerlo, una idea que le estremeció pasó por su pensamiento.

La idea que le habia estremecido era la de hablar á Luisa.

Y hablarla... era para Andrés una empresa mayor que la que acometió el dia en que, con peligro de su vida, la sacó de entre el incendio.

Porque Luisa no le conocia; Luisa no le habia visto nunca, porque él la habia seguido con sumo respeto, con suma discrecion; y no siendo conocido de Luisa, le parecia á Andrés el mayor de los atrevimientos hablarla.

Sin embargo, una idea caritativa vino en su socorro, y Andrés sonrió á aquella idea.

Apresuró el paso, y se puso al nivel de ella.

—¡Señora! dijo.

Luisa ni le oyó, ni le vió, y siguió andando. Tan distraida iba.

—¡Señora! repitió Andrés.

Luisa volvió la cabeza, le vió y dijo haciéndose atrás, y con un ligero acento de estrañeza:

—¿Qué se le ofrece á usted?

—Soy un obrero del taller de don José Perez, de donde usted acaba de salir, contestó Andrés, que tenia la gorrita en la mano.

—¿Me trae usted algun recado?

—Sí, sí, señora, pero un recado mio.

—¡Un recado de usted!

—Necesito que usted me proteja, señora, por caridad, y espero que usted me protejerá.

Al oir la palabra caridad, Luisa perdió su prevencion.

—Cúbrase usted, le dijo, el sol abrasa...

—Es verdad, y si usted tuviera la bondad de adelantar un poco hasta la sombra, y escucharme...

Luisa siguió andando despacio y con la vista fija en el suelo: Andrés hacia poderosos esfuerzos para que la espresion de su amor no saliese á sus ojos ni á su acento.

—No conozco á don José Perez, dijo Luisa; solo, y desde hace un momento, he conocido á su señora y á su hija, y me veo con sentimiento en la imposibilidad de servir á usted de medianera, si como supongo...

—No, no, señora, no se trata de eso, el señor Perez me quiere como á un hijo.

—Pues si no se trata de eso, dijo con severidad y con disgusto Luisa, ¿qué quiere usted de mí?

—Soy escultor.

—Y bien.

—Pero un escultor desconocido. Para darme á conocer necesitaría hacer una obra recomendable.

—Repito á usted que no le comprendo.

—Tengo madre, señora, repuso Andrés: una madre anciana y enferma, que necesita de muchos cuidados que yo no puedo procurarla con mi pobre jornal, y en usted consiste...

—¿Consiste en mí aliviar la suerte de su madre de usted?

—¡Oh! sí, señora.

—Pero yo soy pobre.

—Al contrario, señora, para lo que yo solicito de usted, es usted riquísima.

—No comprendo á usted.

—Si yo pudiese esponer, como muestra de un retrato de escultura, su busto de usted, de seguro al dia siguiente tendria trabajo.

—¡Ah! ¿es decir que usted quiere que me preste á ser su modelo?

—Sí, señora, y perdone usted, pero no me he atrevido á ir con esta pretension á ninguna otra señora: cuando usted entró en el taller, me pareció ver en el semblante de usted tanta bondad, que me dije: esperaré á esa señora, la hablaré, la pediré por caridad, y en nombre de Dios y de mi pobre madre, que me permita retratarla, y si consiente en ello, mi madre y yo la bendecirémos, y Dios se lo pagará.

No era menester tanto para que Luisa accediese: se conmovió, se arrasaron de lágrimas sus ojos, sacó una tarjeta y se la dió á Andrés.

—Yo trabajo tambien, amigo mio, le dijo, y no puedo disponer de mucho tiempo. ¿Pero usted se levantará temprano?

—¡Oh! sí, señora, al amanecer.

—¿Y á qué hora entra usted en el taller?

—Á las siete de la mañana.

—Pues bien, ¿tendrá usted bastante tiempo con dos horas cada dia?

—Me basta con una, señora.

—Pues bien, desde mañana, puesto que á tan poco precio puedo hacer algo por usted, disponga usted de mí, para modelo, desde las cinco y media hasta las seis y media.

—Que Dios bendiga á usted, señora, esclamó Andrés.

Y como aquel «Dios bendiga á usted» habia sido pronunciado

por el amor de Andrés, sonó en los oidos de Luisa de una manera singular, consoladora, dulce: parecióle que Dios la bendecia por la boca de un desgraciado.

—Adios, y hasta mañana, dijo.

Y siguió adelante á buen paso.

—Si yo no fuera quien soy, esto es, un pobre diablo de obrero, con mi blusa y mis manos ásperas, y mi falta de mundo; si mi padre hubiera sido rico, yo podria dirigirme á ella con la frente alta, y acaso me amára... pero así... y bien, ¿por qué me quejo? Me ha abierto su casa á título de protegido, cuando realmente soy su protector. Pues bien, veremos.

Y siguió á la larga tras Luisa, como arrastrado por un poder superior á su voluntad.

Luisa tomó por la calle de Segovia á Puerta Cerrada, y despues por la calle de Toledo, la Plaza, calle Mayor y Puerta del Sol; pero al pasar por delante de la casa de Correos, y entre los grupos, retrocedió de repente, y Andrés vió la palidez del temor y de la repugnancia en su semblante.

Un hombre, que estaba parado á poca distancia del lugar desde donde se habia vuelto Luisa, esplicó á Andrés aquella palidez.

Aquel hombre era Juan de Castro.

Por pronto que Luisa quiso perderse entre los grupos, que llenaban la parte de sombra de la Puerta del Sol, Juan, que la habia visto, se puso en su seguimiento.

Luisa lo notó, y apresuró el paso.

Pero Juan le apretó tambien, y llegó casi junto á ella.

Andrés creyó llegado el momento de intervenir.

Pero de repente un hombre vestido de negro, que apareció sin que Andrés supiera cómo, pasó junto á Luisa, la saludó, contestóle la jóven, y el hombre vestido de negro se puso delante de Juan, le detuvo y le habló.

Juan se detuvo, contrariado, delante de aquel hombre, y Andrés, que estaba á muy poca distancia, se detuvo tambien maquinalmente.

Entre tanto Luisa desapareció.

Juan, que estaba á poca distancia del hombre vestido de negro, le contemplaba con una fascinacion estraña.

Aquel hombre era blanco, rubio, hermoso, y tenia los ojos azules.

Vestía además con una sencillez, con una elegancia y con una distincion incomparables.

—Yo conozco á este caballero, dijo Juan; yo le he visto alguna vez, y aun le he hablado: ¿pero dónde, señor?

Y permanecia mirando á aquel hombre, como atraido por una fuerza irresistible.

—Perdone usted, caballero, decia entre tanto Juan de Castro al incógnito de modo que Andrés, que, como hemos dicho, estaba muy cerca, le oía, pero yo no conozco á usted.

—Yo sí, dijo aquel hombre; conozco á usted demasiado: usted ha sido pintor.

—¿Que he sido pintor?

—Sí por cierto.

—Es decir que ya no lo soy.

—Usted lo ha dicho.

—¿Querrá usted esplicarme?...

—Bastará una sola palabra. Yo soy el baron del Destierro.

—¡El enemigo del vizconde! esclamó aturdido Juan.

—Cabalmente; yo fuí el que le crucé de una manera indeleble. Soy, pues, el protector de Luisa, á quien usted perseguia hace poco.

—¡Caballero! todo lo que me está usted diciendo es estravagante, y no puedo esplicarme...

—En buen hora... pero escuche usted un consejo. Deje usted pasar algunos dias; escríbala usted algunas cartas... haga usted en fin las cosas como deben hacerse cuando se trata de una mujer de talento y de corazon como Luisa. Ahora que ella ha desaparecido, nada tengo que hacer con usted, con que adios; ofrezca usted un recuerdo mio al señor vizconde de Rudaguas.

Y el baron del Destierro dejó en libertad á Juan, que maquinalmente escapó hácia la calle de la Montera, por donde se habia alejado Luisa.

En tanto el baron se acercó á Andrés, le asió por el brazo, y le hizo andar junto á sí.

—¡Eh! ¡buen mozo! le dijo, Dios te guarde. ¿Qué tal te va?

—No muy bien.

—Tienes cara de enamorado incurable.

—Perdone usted, caballero, dijo Andrés, pero yo conozco á usted de una manera vaga; no sé cuándo ni dónde le he visto.

—¿Cuándo? hace cinco meses: ¿dónde? en un lugar en el que no se atrevió á entrar nadie mas que tú y yo. En el incendio de donde salvamos á Luisa.

—¡Salvamos!

—Sin mí no la hubieras salvado.

—Yo veía una sombra vaga entre las llamas, que parecia un capricho del fuego.

—Aquella sombra era yo.

—Yo creía oir una voz que me decia: ¡por aquí!

—Aquella voz era la mia.

—¿Y por qué no salvó usted solo á Luisa?

—Porque queria que la salvaras tú, como he querido que salves á tu maestro.

—Pero...

—Adios, buen mozo, adios. Ya me conoces. Cuando quieras verme, cuando te se ocurra algo, vente á estas horas por aquí; yo no falto á estas horas de este sitio. Con que adios, y no te olvides de que tu amigo don Cosme el escribano ha ido á ver, para ciertos negocios, á tu maestro don José Perez.

—Pero...

—Otro dia hablaremos mas despacio. Estoy de prisa. Me esperan en el Congreso de los Diputados. Con que adios.

Y se desasió de Andrés, se alejó, y se perdió entre los grupos.

—Sí, sí, dijo Andrés, despues de un momento de meditacion. Mi principal se encuentra en una gravísima situacion... yo estabá resuelto: solo habia retardado mi propósito... ella... ella es mi corazon, que me enloquece, que me lleva tras sí... vamos... vamos al taller.

Y Andrés tomó á buen paso el camino de la Costanilla del santo de su nombre.

CAPITULO V.

El corazon de un pobre.

Don José Perez era uno de esos andaluces francos, bonachones, confiados, pero vivos é inteligentes.

Conocíase á primera vista que en aquel hombre no habia mas que superficie, es decir, que en él no habia nada oculto, nada encerrado en el corazon.

Era uno de estos hombres que marchan confiadamente por el camino de la vida, con el alma abierta á las impresiones, que contraen con facilidad la amistad, que creen con facilidad esa eterna charla de la comedia humana que adula siempre á todo el que puede dar algo; esa farsa de la esplotacion del hombre sencillo y bueno, por los bribones de todo género; esa mentira nauseabunda, que no se quita el antifaz sino para lo que puede chupar.

Don José Perez habia vivido soñando.

Hijo de un ebanista honrado y laborioso, descendiente de una familia humilde, Perez habia crecido rodeado del cariño de sus buenos padres y de sus escelentes tios, todos artesanos, y todos honrados: el sol de Andalucía habia formado su imaginacion romancesca, y el océano que besa las murallas de Cádiz, su patria, habia inspirado con su eterna y melancólica grandeza en el alma de aquel niño una grandeza que debia dormir en ella, incomprendida, pero existente, preparada á demostrarse en un momento dado, como esos volcanes que hierven en el seno de una montaña, antes de abrir en una esplosion su cráter.

Perez era uno de esos poetas que no solo no han escrito ni pensado un solo verso, sino que ni aun han leido una obra poética, ni saben lo que es una poesía.

Perez era una poesía familiar, vulgar, viviente y ambulante, como otras tantas y tantas que el observador encuentra á cada paso en España, y especialmente en Andalucía.

Perez aprendió á leer y á escribir, lo que se aprendia en España en las escuelas á principios del siglo actual; pero su padre, nieto, hijo y hermano de artesano, tuvo el buen sentido de no querer que su hijo dejase de ser artesano, y cuando salió de la escuela, se guardó muy bien de hacerle estudiar latin. Por el contrario, cuando Pepito cumplió los doce años, le llevó á un banco de carpitero, le puso en las manos un pedazo de pino y una herramienta, y le dijo estas santas palabras:

—El hombre debe vivir honradamente del fruto de su trabajo: tu abuelo ha trabajado, yo he trabajado y trabajo: trabaja tú.

Perez fué sucesivamente carpintero, ebanista, tallista: cuando tuvo veinte años, cuando era un escelente oficial de ebanistería, su padre se encerró con él, y le dijo:

—Te he enseñado cuanto yo sabia; pero aun te queda que aprender: vete á París: aquí tienes dinero y un pasaporte, y esta carta de recomendacion para el señor Simon, ebanista, calle de Helder: despídete de tus amigos, y de tus compañeros, hijo mio: el lunes marcharás.

Perez fué á París.

Mr. Simon la Roquette era un hombre honrado, muy semejante al padre de Perez, pero infinitamente mejor ebanista.

Recibió muy bien al jóven español, y en tres años que estuvo en su casa, le trasmitió todos sus conocimientos teóricos y prácticos en ebanistería, y lo que era mejor, le dió por mujer á su hija Eloisa la Roquette.

Pero el buen Simon esperimentó sensibles desgracias, quebró, y murió por resultas de la quiebra.

Sus hijos, esto es, Perez y Eloisa, recien casados, apenas lograron reunir algun dinero para trasladarse á España.

Pero cuando llegaron, encontraron tambien la desgracia en la otra casa paterna.

El buen Diego Perez habia muerto de repente; la justicia se habia echado encima á solicitud de los acreedores de cuentas corrientes, y todas las existencias habian sido malvendidas.

Perez y su esposa se encontraron solos y pobres en España: pero él era un escelente ebanista, ella una escelente tapicera.

Perez buscó un obrador, y le encontró con facilidad: muy pron-

to la belleza y la elegancia de sus muebles le atrajeron una numerosa parroquia, como dicen los artesanos, y logró rodearse de ciertas comodidades, y pudo mirar sin inquietud, durmiendo sus sueños de ángel en una preciosa cuna, trabajada completamente por sus manos, á su pequeñita y preciosa Leontina, que habia nacido poco despues de su vuelta á España.

Gozaba el bueno de Perez cuando atravesaba sus talleres, sonoros con el ruido del trabajo, y con el acento y la alegre charla de numerosos obreros; cuando abria la puerta del taller de tapicería y veía á su hermosa Eloisa, jóven y amable, compartiendo su cuidado entre las oficialas y su hija, gozaba ese placer puro que siente el industrial honrado cuando ve en torno de sí un número considerable de personas laboriosas y honradas, á quienes mantiene su industria: vivia sencillamente, comia bien, porque era un tanto gloton, y despues de comer dormia su siesta, costumbre de que no prescinde un español que puede satisfacerla, y en particular un andaluz. Los domingos llevaba á su mujer y á su hija con la niñera á paseo, á la vuelta del paseo al café, donde leía un pedazo de periódico y fumaba un cigarro, y despues del café las llevaba al teatro.

Era una vida pacífica, feliz, que ninguna nube empañaba, ni aun la mas leve rencilla doméstica, porque Perez tenia muy buena pasta, y su mujer la tenia mejor.

No habia además motivo para rencillas: Perez no tenia vicios, no bebia, no jugaba, no andaba en francachelas, ni enamoraba á las oficialas, ni perseguia á las criadas, ni creía que para él existiese otra mujer en el mundo que su mujer.

Le amaban sus oficiales, porque Perez no los esplotaba, ni los trataba mal, ni dejaba de socorrerlos cuando les sucedia alguna desgracia; se llevaba bien con todo el mundo, y no tenia mas enemigos que los de su oficio, que procuraban desacreditarle: pero Perez se reía de muy buena fé de sus enemigos, porque decia con la fé mas acendrada y mas española del mundo, que Dios podia mas que los hombres.

En una palabra, el dorado sol de la felicidad inundaba la casa del ebanista.

Pasaron los años, y el crédito de Perez fué en aumento; de sus talleres se proveían las mejores casas de la corte, pagaban al contado, y le dejaban muy buena ganancia.

Pero llegó un tiempo, algunos años antes de la época en que marcha la accion de nuestro cuento, en que Perez empezó á probar sinsabores.

La salud de Eloisa empezó á resentirse.

Perez amaba de tal modo á su mujer por simpatía, por costumbre, por cuantos conceptos puede amar un marido á su mujer, que bastaba con que la viese pálida para que se aterrase.

Eloisa estaba con frecuencia enferma, y eran por lo tanto frecuentes los sustos del buen Perez.

Por otra parte, su hija, su hermosa Leontina, habia cumplido los catorce años, era una perlita, y habian empezado los cuidados.

Perez, que por ser bueno y confiado, no era ciego ni torpe, vió con disgusto que se habia equivocado al educar á su hija en uno de los primeros colegios de la corte.

Leontina habia contraido costumbres aristocráticas.

La gustaba levantarse tarde.

Cuando se levantaba, cuidaba de vestirse de una manera elegante aunque nadie debiese verla.

Despues, ó se dedicaba á una de esas labores de las mujeres ociosas, ó á leer una novela.

Era voluntariosa.

Se pasaba las tardes enteras en el balcon.

Detestaba la cocina.

Y por último, Perez notó en su hija una propension exagerada al amor.

El pobre padre se aterró.

De buena fé habia perdido á su hija al enviarla á un colegio aristocrático.

Concurrieron otras causas para alterar la felicidad de Perez.

La sociedad española habia progresado, si bien lentamente, de una manera que se hizo sentir en sus talleres.

En primer lugar, la aristocracia, por efecto de la revolucion, de la maldita revolucion, habia perdido mucho: la horrible ley de mayorazgos habia dado un golpe de gracia á sus rentas, que disminuyeron sin que al mismo tiempo disminuyeran sus necesidades; por el contrario se habian aumentado por el progresivo desarrollo de la industria universal, que para sostenerse, necesitaba la ayuda de esa reina absoluta: la moda.

En otros tiempos, la caoba era una escelente madera, y un mueblage de ella se ostentaba sin ser renovado un año, y otro, y otro, sin mas cuidado que periódicas composturas, en los mas altos salones; pero desde el momento en que la moda exageró sus tiranías y se dió á variar de formas y de trage á cada punto, la caoba fué re-

legada á la clase media, y sustituida por otras costosísimas maderas, por el pino dorado, por los mármoles: esto no era un mal en sí mismo sino en los resultados: los que pagaban bien mueblages que debian durarles diez años, cuando se hicieron necesarias por los decretos inapelables de la moda las frecuentes renovaciones, no dejaron de renovar: renovaron, sin regatear el precio... pero empezaron las dificultades en los pagos; la clase media, que hasta entonces se habia contentado con sus sillas de Vitoria ó de nogal, quiso ya por el desarrollo, por la generalizacion de las ideas civilizadoras y niveladoras, hombrearse con la alta clase, es decir, la clase media quiso elevarse levantándose no por medio de la virtud, sino por medio de la apariencia, y cayó sobre las tiendas y los talleres de lujo, comprando el lujo falso, el lujo de brocha gorda, y pagándolo al principio y dejándolo á deber despues. Se generalizó esta comezon que nos aflige de figurar todos mas de lo que somos y de lo que podemos ser, por medio de la vanidad, de los signos esteriores representados por muebles y trages, y Perez se vió acosado de deudores, y por consecuencia de acreedores. Llegó al fin un dia en que arrojó una mirada de terror á sus libros y no se atrevió á abrirlos: tras ellos se levantaba el espectro tremendo de la quiebra, que estendia los brazos descarnados, como preparándose á devorar los últimos restos de la fortuna de Perez.

Este se habia puesto de buena fé en tal situacion.

Era uno de esos hombres que sueñan despiertos, que tienen una gran valentía en el corazon, que no sirven para el cálculo.

Cuando Perez despertó, ya no habia remedio.

Estaba alcanzado en una cantidad enorme, y se vió obligado á pedir á los unos para pagar á los otros.

Los unos le hicieron firmar pagarés recargados por una enorme suma: los otros, como no pagaba al contado, ni aun en buenos plazos, le sobrecargaron el valor de las materias de construccion.

Los parroquianos de la alta clase y de la clase media siguieron tomando muebles al fiado, y no pagándolos.

Al fin Perez conoció que su ruina no tenia remedio.

Don Cosme, el escribano, se habia presentado varias veces como agente de una persona que habia adquirido todos los créditos contra Perez, y este se habia visto obligado á pedir plazos y mas plazos, á firmar nuevas obligaciones, á cerrarse hasta la última salida.

Penetremos en el despacho de Perez en el momento en que el dependiente, como recordarán nuestros lectores, llamó á madama Eloisa.

Cuando entró la buena señora, se aterró: su marido estaba sentado detrás de la mesa, pálido, conmovido, dominado por un terror intenso. Don Cosme, caladas las antiparras, leía unos papeles.

—Todo está vencido, todo, decia el escribano, y no encuentro ya medio para conjurar la tormenta, don José.

—¡Cuarenta mil duros! esclamó con voz ronca y temblorosa el ebanista.

—Ochocientos un mil doscientos cincuenta y siete reales con veinte y cinco maravedises, dijo el escribano consultando una nota.

Madama Eloisa se puso tan pálida como su marido.

—¿Y no hay un medio? dijo: ¿no podian renovarse esos pagarés? ¿no se satisfaria el baron del Destierro con percibir una cantidad... por ejemplo... diez mil duros?...

—El señor baron, dijo el escribano contestando á madama Eloisa, me ha dicho terminantemente:—Siento las medidas que me veo obligado á tomar: he consentido en que el señor Perez renueve tres veces los pagarés, no he recargado mi crédito contra él ni en un maravedí.

—Eso es verdad, dijo madama Eloisa, debemos á ese caballero grandes atenciones.

—¡Oh! ¡el señor baron! es todo un personage generoso, leal, compasivo; pero continuando en su nombre: el señor baron siente en el alma verse obligado, por sus asuntos particulares, á ejecutar...

—¡Mi hija! ¡mi pobre hija! esclamó Perez.

—Nuestra hija, dijo profundamente pensativa madama Eloisa: si nuestra hija quisiera...

—¡Qué, Eloisa! dijo Perez, ¿qué quieres decir?

—Nuestra hija posee...

—La herencia que la ha dejado tu hermano: una escasa herencia que, malvendida, apenas produciria cinco mil duros... no, no, eso no puede ser: yo no puedo, yo no debo envolver en mi ruina á nuestra pobre hija.

—Nuestra hija preferirá por patrimonio el honor de su padre.

—No, no, de ninguna manera, dijo Perez.

—Veamos, veamos, calculemos á sangre fria, dijo el escribano: ustedes pueden disponer de diez mil duros, que con los cinco mil de la herencia de ese señorita, suman quince mil... veremos... veremos...

—Voy á hacer venir á mi hija, dijo madama Eloisa.

—No, no, de ningun modo, esclamó Perez, jamás lo consentiré.

Pero madama Eloisa habia salido ya en busca de su hija, y habia vuelto con ella.

Al ver Leontina el aspecto de sus padres y á aquella ave de rapiña, vestida de negro, que se llamaba don Cosme, revolviendo sus papeles, comprendió algo de la verdad, y su semblante tomó una espresion que inquietó á su madre, que la desgarró el corazon.

Madama Eloisa comprendió que no podia contar con su hija; nunca lo habia supuesto ni aun sospechado, y al comprenderlo sintió desgarrada su alma por una dolorosa decepcion.

—Siéntate, hija mia, la dijo: es necesario que por la primera vez tomes parte en los asuntos de tu padre.

Leontina se sentó en silencio.

—Repito que nunca lo consentiré, dijo con energía Perez.

—Tu honor es lo primero, contestó con suma firmeza madama Eloisa, y á tu mujer y á tu hija toca salvarle.

—Pero, por Dios, mamá, dijo Leontina cada vez mas alarmada, ¿de qué se trata?

—Trátase de que su señor padre de usted, señorita, ha quebrado por cuarenta mil y mas duros, dijo el escribano.

Perez se desplomó sobre su sillon y calló.

—¿Y no hay existencias bastantes para cubrir esa cantidad?

—Malvendiendo las existencias... dijo madama Eloisa, apelando á mi dote y á lo que heredaste de tu tio...

—¿Lo que yo heredé de mi buen tio?... dijo con un acento singular Leontina.

—Y rebajando un cincuenta por ciento de su débito á algunos deudores, podremos reunir... quince mil duros.

—Pero esa cantidad es insuficiente, dijo Leontina.

—Tiene razon: es insuficiente, dijo su padre, y no hay que pensar en ello. Además, no se pueden malvender las existencias... eso sería acabar de matar nuestro crédito: sería el golpe de gracia, y yo estoy ya viejo para empezar de nuevo.

—Yo... no tengo por mi parte inconveniente, dijo Leontina: pero por la manera de pronunciar estas palabras, y por las lágrimas que se agolparon á sus ojos al pronunciarlas, se comprendia su completa falta de voluntad en sacrificar su herencia.

Podia muy bien la Providencia hacer un milagro, sacar de aquel compromiso al honrado ebanista, pero nada podia cerrar ya en el corazon de los pobres padres la herida que habia abierto en él el egoismo de su hija.

Ninguno de los dos dijo una sola palabra.

—No hay que pensar en eso, dijo el escribano: el medio á que ustedes apelan es ineficaz: además de que mi poderdante no se conformará con la cantidad que ustedes pueden reunir, necesita solventar sus cuentas en el improrogable término de tercero dia: ni en un mes podrian ustedes reunir ese dinero... con que es necesario echar por otro lado.

—¿Y qué otro recurso me queda? dijo con ansiedad Perez.

—¡Bah! lo que hace todo el mundo en circunstancias semejantes.

—¿Y qué hace todo el mundo, don Cosme?

—¿No tiene usted asegurados sus talleres y sus almacenes?

—No entiendo á usted; los tengo asegurados de incendio, pero no de quiebra.

—¿Y por cuánto los tiene usted asegurados?

—Por unos setenta mil duros.

—De modo que, quien de setenta mil, quita cuarenta mil, se queda con treinta mil. ¡Bonito negocio!

—Repito que no comprendo á usted.

—Es usted lo mas hombre de bien que conozco, señor Perez, dijo con una sonrisa singular el escribano. Á otro no hubiera sido necesario darle consejos: hubiera tomado uno de estos tres caminos: ó dotar á su mujer en una cantidad exhorbitante con fecha anterior á la de las obligaciones, para salir despues al encuentro de los acreedores con la carta de dote, ó hacerse embargar por una cantidad mayor del débito... ó lo que es mejor, incomparablemente mejor, porque no padece el crédito... pegar fuego á la casa, y que la compañía de seguros... que gana demasiado...

—Eso no lo hace mas que un infame, dijo Perez levantándose con energía, y yo no lo soy. La mayor desgracia que me ha sucedido hasta hoy, ha sido que haya habido un hombre que se haya atrevido á confundirme á mí, á un hombre honrado, con esos miserables ladrones, que roban á espaldas de la ley de una manera descarada y sin peligro... Váyase usted de mi casa, don Cosme... y diga usted al señor baron que obre como puede y debe... yo no me quejaré, no puedo quejarme; me ha esperado demasiado, y no ha sido suya la culpa, si á pesar de sus plazos no he podido alzarme. Dígaselo usted así. Todo lo que hay en mi casa, menos lo que pertenece á mi hija, pertenencia legítima que afortunadamente puedo probar, es suyo. En cuanto á usted, que se ha atrevido á insultarme, salga usted, salga usted, porque no respondo de mí mismo.

—Bien, muy bien, dijo flemáticamente el escribano, recogiendo sus terribles documentos. Me voy, pero lo repito, ser ya tan hombre de bien, es ser tonto.

Perez se levantó demudado y amenazador: madama Eloisa se interpuso, y el inalterable escribano saludó y salió.

Perez se sentó de nuevo sombrío y letal.

Su mujer y su hija estaban delante de la mesa de pie y consternadas.

Un silencio horrible, pues era horrible la situacion de que provenia, dominó por algunos momentos en el despacho de Perez.

—Y bien, dijo al fin este último, que vengan y se lo lleven todo... todo... yo entregaré mis libros corrientes, y traspasaré mis créditos. Despues volveré á trabajar como un obrero, y mucho será que no pueda daros de comer. Dejadme solo, y que entre Raimundo.

Madama Eloisa y Leontina salieron.

Poco despues entró el dependiente todo curioso.

—Es necesario, le dijo Perez, reunir nuestros créditos, ordenarlos, clasificarlos.

—Muy bien, don José.

—Será necesario que trabajes, que veles... ¿á cuánto asciende lo que me deben?...

Abrió un libro el dependiente.

—Un millon, ciento sesenta mil, doscientos treinta reales: suma total.

—Un millon al aire, sin garantías; un millon irrealizable... para mí que tengo el corazon blando... pero don Cosme sacará buen partido de estos créditos; no me quedará nada, es cierto, pero me quedará la honra...

—Yo daria este millon por quince mil duros, dijo el dependiente; hay aquí créditos á nuestro favor con fecha de diez años.

—A trabajar, á trabajar, Raimundo, y que sea lo que Dios quiera.

Y Perez salió por una puertecilla de escape.

—¡Pobre don José! dijo el dependiente cortando una pluma; si no fuera tan hombre de bien, no le sucederia lo que le sucede.

Y se puso á trabajar.

Perez entre tanto se habia encerrado en su cuarto y habia tomado el partido de la impotencia desesperada: se habia tendido en la cama.

Muchos que, en la situacion en que se encontraba Perez, no se habrian atrevido á cometer una infamia, habrian dado en otro estre-

mo: en el de librarse de la influencia fatal de su fortuna, apelando á la muerte.

Ni por asomo se ocurrió á Perez este pensamiento: por el contrario, recurrió á Dios, á su corazon y al trabajo.

—Tengo cuarenta y cinco años, dijo; aun soy fuerte: se lo llevarán todo, pero me dejarán un banco y alguna herramienta; si me dejan sin nada para trabajar, iré al taller de uno de mis compañeros, sin vergüenza, porque nadie puede decir sino que he sido desgraciado, y trabajaré dia y noche, á fin de que mi familia no carezca de nada... si Leontina se casára... entonces quedaríamos solos mi Eloisa y yo... ella, que me ayudó á hacer la fortuna que pierdo, me ayudará á sufrir mi pobreza... vamos, no soy tan desgraciado... tengo salud y honra... no nos apresuremos; acaso Dios solo ha querido darme una leccion... una buena leccion... que no echaré en saco roto... ¡pero mi hija!... ¡Leontina!... ¡hacerse una violencia para responder con lo suyo á las deudas de su padre, que al fin y al cabo solo son deudas de otros!... pero yo debo haberme engañado... ella no se negó... ¡Dios mio!

El pobre padre se hacia una violencia para no dudar del amor de su hija.

Todas las desgracias son llevaderas, menos las desgracias del corazon.

Perez le tenia desgarrado, y cuanto mas se esforzaba por curar aquella herida, mas la desgarraba, mas dolorosa la hacia.

Perez tenia fiebre.

De improviso se abrió la puerta y Raimundo asomó la cabeza.

—¡Don José! dijo.

—¿Qué diablos quieres? contestó el ebanista. Déjame dormir.

—Es que está ahí don Cosme el escribano.

—No quiero verle. Que me deje en paz.

—Es que trae los pagarés corrientes.

—¡Cómo corrientes!

—Satisfechos; con el recibo del señor baron del Destierro: en una palabra, no debe usted nada.

Dió un salto de la cama Perez, y corrió á su despacho.

—Estamos al corriente, le dijo don Cosme al verle.

—¡Al corriente!

—Sí, señor, ahí tiene usted: Recibí, Recibí, Recibí...

Y fué estendiendo los pagarés delante de la asombrada vista de Perez.

—Pero esto es imposible... imposible... ¿quién ha pagado esto?

—Doscientos buenos billetes de á cuatro mil reales, y un pico en buena moneda de oro y plata.

— Déjanos solos, Raimundo.

El dependiente salió.

Perez cerró por dentro las puertas de su despacho.

—Don Cosme, dijo al escribano encarándosele, y con acento de amenaza, necesito saber quién ha satisfecho mis deudas.

—¿Y á usted qué le importa? ¿no están ya saldadas?

—Aseguro á usted que no sale usted de aquí sin decirme el nombre de ese amigo á quien no conozco ; ¿es esta una generosidad del baron? Se cuentan de ese caballero cosas singulares: responda usted.

—El baron ha recibido el dinero, creyendo que se lo enviaba usted.

—¿Y entonces quién?...

—He prometido guardar el secreto.

—Afirmo á usted, que hubiera sufrido pacientemente una ejecucion, pero que no sufriré de igual modo este beneficio. Estoy dispuesto á todo. ¡El nombre de esa persona!

El escribano sintió miedo: Perez estaba sobrescitado, calenturiento, y sus ojos se fijaban amenazadores en el curial.

—Pues bien, dijo, esta es una violencia.

—Tengo derecho á saber quién se entromete en mis asuntos.

—Pues bien, quien ha pagado sus deudas de usted ha sido... Andrés.

—¡Qué Andrés!

—Andrés Zoa, el oficial de tallado.

—¡Andrés! ¡y Andrés tenia cuarenta mil duros!

—Le ha tocado hoy mismo el premio mayor de la lotería.

—¡Ah! esclamó Perez cubriéndose el rostro con las manos.

Y rompió á llorar.

—¡Vamos! dijo para sí don Cosme, esta clase de gentes no se usa hoy. Será capaz de incomodarse. Un hombre pobre que dá cuarenta mil duros que le tocan á la lotería, y *ainda mais* parte de sus ahorrillos, y un fabricante quebrado que llora cuando le dán el importe de su quiebra, son dos animales raros que debian conservarse en la *Historia natural*.

Y don Cosme, sin meterse en mas palabras, y viendo que nada tenia que hacer allí, saludó, y sin recibir la contestacion del saludo, se marchó.

—¡Andrés! ¡Andrés! esclamó Perez, como quien despierta de un sueño y limpiándose las lágrimas. ¡Andrés ha pagado mis deudas... con el importe del premio mayor de la lotería!... ¡por algo queria yo á ese muchacho! ¡por algo habia formado proyectos respecto á él!... pero yo no puedo consentir esto: es pobre: tiene una madre anciana... no, no lo debo permitir; ya habrá vuelto de comer... sí, sí, necesariamente... añadió despues de haber consultado un enorme reloj de oro; son las cuatro de la tarde.

Perez salió de su despacho, atravesó algunas habitaciones, y abrió una puerta.

Aquella puerta correspondia al taller de Andrés.

El jóven estaba trabajando, como si tal cosa, tranquilo, sereno, y cantaba un aire de zarzuela.

Perez le estuvo contemplando durante algun tiempo: Andrés no lo habia visto.

—¡Hola! ¡eh! ¡muchacho! dijo Perez: deja el trabajo y ven á mi despacho.

Andrés levantó la cabeza, y miró frente á frente á Perez.

—¿Para qué me quiere usted? dijo: he venido tarde: este trabajo corre prisa y no me gusta trabajar con luz artificial: déjeme usted, pues, don José.

—De ningun modo, contestó Perez. Tengo que reñirte donde nadie nos oiga.

—Voy, voy allá, dijo Andrés, levantándose y sacudiendo su mandil.

Poco despues Perez se encerraba con Andrés.

—¿Con que has visto hoy y has hablado con el escribano don Cosme? dijo bruscamente Perez.

Andrés se puso encarnado hasta lo blanco de los ojos.

—¿Por qué me pregunta usted eso, don José? contestó.

—Lo que has hecho, Andrés, dijo Perez conmovido, te honra, pero ni tú debes hacerlo, ni yo puedo admitirlo.

—¿Pero qué he hecho yo? dijo Andrés, á cada momento mas contrariado.

Perez estendió los pagarés encima de la mesa.

—¡Has pagado mis deudas! dijo.

Hubo un momento de silencio.

—Las ha pagado Dios, dijo al fin Andrés levantando la cabeza.

—Dios te ha dado una fortuna, y yo no acepto el sacrificio de esa fortuna en mi favor, dijo Perez con firmeza.

—Pues tendrá usted que aceptarlo mal que le pese, dijo Andrés; ya está hecho y no tiene vuelta... con que me voy á trabajar.

—No, tú no trabajarás ya mas en mi casa, dijo Perez.

—¿Me despide usted?

—Yo no puedo despedirte de unos talleres que son tuyos. Lo que voy á hacer, es darte á reconocer como dueño á los demás operarios.

—Hará usted muy mal, dijo Andrés; y de terco á terco, veamos quién es mas terco de los dos: ahora mismo me voy á buscar á don Cosme, y á avisarle que si vuelve á ser hablador le rompo la cabeza.

—¡Pero ven acá, loco! ¡ven acá! ¿qué interés tienes tú en hacer lo que has hecho?

—¿Qué interés? ¡Vamos, no hablemos mas!... he hecho lo que he querido hacer... y nada mas.

—Pues escucha: yo solo puedo aceptar este beneficio de un modo...

—Pero si ya está aceptado...

—No por cierto: nadie me impide que haga lo que estaba resuelto á hacer antes de que tú solventases mis cuentas... vendo todo lo que tengo por lo que me dén, me declaro deudor á tu favor, y entrego á la justicia el dinero que haya recogido para que te lo entreguen.

—¿Y sería usted capaz de hacer eso, don José? dijo Andrés poniéndose pálido.

—Como lo digo.

—¿Y qué remedio habria para que usted no lo hiciese?

—Que me respondas la verdad.

—Se la responderé á usted.

—Siento decirte esto, cuando acaba de suceder lo otro: pero te afirmo qne antes de ahora he pensado en ello: ¿quiéres casarte con Leontina?

—¿Que si quiero casarme con la señorita Leontina? dijo Andrés mirando de una manera estraviada á Perez.

—Ya sabia yo que la amabas, dijo el ebanista interpretando enteramente al contrario la conmocion, el terror, la pasion de Andrés; ó por mejor decir, añadió, ¡ya sabia yo que os amábais!

—¡Que nos amábamos!...

—Os he visto muchas veces hablando íntimamente como hablan los enamorados.

—Se equivoca usted, don José, se equivoca usted, esclamó Andrés con precipitacion.

—¡Ah! ¡ah! no importa, no importa: yo habia reparado esto,

pero me habia dicho: son el uno digno del otro: Leontina es muy jóven aun, y no debo casarla todavía: dejémosles que se conozcan, que se amen profundamente... dejemos que el tiempo haga su oficio... pero mi mas ardiente deseo era que fueses mi hijo...

—¿Pero sabe usted si la señorita Leontina?...

—¡La señorita Leontina! ¡la señorita Leontina! ¿la señorita? ¿la señoriteas tanto cuando hablas con ella allá en el taller á solas aprovechando un descuido de mi mujer?

—Sí, sí, señor... siempre la he tratado con respeto.

—Mucho mejor.

—Pero... ella... no pensará sin duda...

—¡Bah! ¡Leontina! estoy seguro de que no desea otra cosa. Y si no... ya verás...

Y Perez se levantó.

—¿Qué va usted á hacer, don José? dijo Andrés.

—¡Qué! ¿no puedo yo hacer en mi casa lo que mas me convenga?

Andrés fijó una mirada dudosa en Perez, que abrió una puerta, y llamó á su mujer y á su hija, que estaban en una habitacion inmediata.

Entraron tristes las dos y preocupadas.

—¡Sentaos! dijo Perez procurando encubrir bajo una afectada gravedad su alegría. Siéntate tú tambien, Andrés. Estamos en consejo de familia.

Todos se sentaron: cuidadosas la madre y la hija, porque no sabian lo que iba á decirlas Perez; Andrés lleno de ansiedad porque lo sabia demasiado.

—Estamos, pues, en consejo de familia, repitió Perez, y digo de familia, porque considero á Andrés como si fuera mi hijo.

Madama Eloisa hizo una señal de asentimiento, y Leontina se puso pálida.

—Se trata de Leontina, añadió Perez.

—¡De mí! añadió con un acento indefinible la jóven.

—Sí por cierto: tienes ya diez y ocho años: eres toda una buena moza, y hay cierto buen mozo que te ama, y te quiere por mujer.

Leontina, al escuchar estas palabras de su padre, fijó una mirada suprema en Andrés, que se puso pálido, tembló, y arrojó una mirada vaga, entumecida, llena de lágrimas, en el semblante de Leontina, que, como su padre, se engañó, tomando por amor el terror de Andrés.

—¡Ah! ¡padre mio! ¿y quién es ese hombre que me ama? dijo Leontina cambiando de acento, porque la alegría de la felicidad inundaba su alma.

—Vamos, dijo Perez, yo no sé disimular ni mentir: Andrés quiere ser tu marido, Leontina; quiere ser nuestro hijo, Eloisa.

—¿Pero sabe Andrés que estamos arruinados? dijo madama Eloisa.

—¡Arruinados! dijo alegremente Perez, no por cierto, no debemos nada á nadie, somos otra vez ricos. Mira, mis pagarés satisfechos, mi honra salvada.

—¿Y quién ha hecho eso?

—¿Quién? ¿quién puede haber sido mas que él, mas que mi hijo?

—¡Andrés! esclamaron la hija y la madre.

—Sí, sí, Andrés: ya sabes tú, Eloisa, que sin este motivo habiamos formado respecto á él dulces proyectos...

—¿Pero de dónde ha sacado Andrés?... dijo madama Eloisa, cuya palidez era intensa.

—¡La lotería!... ¡habia jugado á la lotería! dijo Andrés con acento trémulo.

—¡Ah! y usted pobre... usted jóven... usted lleno de talento y de genio... que podia haber puesto un taller por su cuenta... dijo madama Eloisa.

Andrés no contestó, estaba confundido.

—¿Y lo ha hecho usted todo por amor á mi hija?...

Andrés no tuvo valor para callar, era demasiado bueno...

—Sí, sí, señora...

—¡Oh! ¿me amaba usted de ese modo, Andrés? dijo Leontina, que apenas podia pronunciar sus palabras.

—Sí, sí, señorita... repitió Andrés, á quien la situacion dominaba.

La culpa era de Perez, que se habia engañado: Andrés no se habia atrevido á despreciar á la hija delante del padre, y se atrevió menos á decir la verdad delante de la madre y de la hija.

Aquello era fatal.

El único que no se engañaba era Andrés.

Y como Leontina, que, segun habrán comprendido nuestros lectores, amaba voluntariosamente al jóven, como casándose con él veía realizados todos sus deseos, así como habia concebido hácia Luisa unos celos mortales, y habia perdido la esperanza de que An-

drés la amase, al saber el sacrificio de Andrés, sacrificio que creía hecho por su amor, no tuvo fuerzas para contener su alegría, se apoyó en el seno de su madre, rompió á llorar, y se desmayó.

Su padre y Andrés acudieron á ella, llamaron á los criados, y cuando Leontina volvió en sí, su primera mirada fué para Andrés.

—¡Oh! ¡cuánto te ama! ¡qué feliz vas á ser! dijo Perez á Andrés.

—¡Infeliz! ¡infeliz de mí! murmuró el jóven.

Y despues de haber estado algun tiempo con su nueva familia, aprovechó un pretesto, y salió de la casa.

Al atravesar uno de los corredores sintió los pasos precipitados de una mujer, se volvió, y vió á Ana que cruzaba el corredor.

—¡Ah! dijo Andrés.

Ana se puso sumamente pálida.

—Doy á usted la enhorabuena, dijo: ya sabia yo que iba usted á casarse con la señorita.

Y escapó.

Pero antes de que escapase, Andrés vió lágrimas en sus ojos.

—¡Oh! esclamó saliendo de la casa. ¡La vida es un horrible martirio! ¡el mundo una cosa infame!

Y pasándose las manos por la frente como si hubiese querido arrancarse del pensamiento el recuerdo de una pesadilla, esclamó:

—¡El dinero, bien! ¡qué importa el dinero! ¡es un hombre honrado, un hombre á quien debo todo lo que soy, y no me pesa lo que he hecho! ¡Pero el alma, el corazon! ¡unirme yo á una mujer á quien no amo, y renunciar hasta la esperanza de la que adoro!... ¡no, no puede ser! ¡yo no puedo consumar ese horrible sacrificio!

Y ya mas tranquilo con su resolucion firmísima, decidido á todo antes que á sacrificarse por completo, se dirigió al cementerio de la sacramental de San Ginés y San Luis, donde esperaba ver á Luisa.

CAPITULO VI.

Mas antecedentes de como Luisa sintió por Andrés un nuevo afecto que no era amor ni dejaba de serlo.

Luisa habia sufrido mucho durante aquel dia.

La noche anterior no habia dormido, desvelada por el dolor que la habia causado el miserable atrevimiento de Juan.

Cuando volvió á su casa la noche anterior, triste, desesperada, avergonzada, no por sí misma, sino por la conducta de Juan, encontró á Antonia sentada junto á un velador, y cosiendo á toda prisa en un trage de seda.

Luisa fijó una mirada, conmovida, en la magnífica cabellera rubia de su hermana, que era lo único que se veía de su cabeza inclinada sobre su labor.

—Ella tenia razon, dijo: Juan es un infame. ¡Oh Dios mio! ¡cuán injusta he sido con ella! ¿quién lo hubiera creido?

Y con un acento mas cariñoso que de costumbre, y profundamente conmovida, saludó á su hermana.

Antonia levantó la cabeza.

—Buenas noches, Luisa, la dijo Antonia; pero ¡Dios mio! añadió de repente viendo el estado en que venia Luisa: ¿qué tienes, qué te ha sucedido? ¡Has tardado demasiado! ¡por estas callejas tan solitarias, y ese infame vizconde!

—¡No, no ha sido él! dijo Luisa, dejándose caer sobre un sillon. ¡No ha sido él! Tú tenias razon, Antonia.

—¡Que yo tenia razon! esclamó Antonia, dejando su labor y acercándose á Luisa, de cuya cabeza quitó la capotita, y besándola en la frente. ¿Que yo tenia razon? ¿y en qué?

—¡Juan!...

—¡Ah! dijo con disgusto Antonia; ese hombre... al fin despues de un siglo me hablas de él.

—Me he engañado, me he engañado, hermana mia, dijo Luisa, rodeando con los brazos el cuello de Antonia, y reuniendo su semblante al suyo.

—¡No quisiste creerme!...

—¡Oh! perdóname; por ese hombre te he tratado con dureza...

—No hablemos de eso... pero cuéntame...

—¡Oh! ¡qué vergüenza!... esclamó Luisa.

—Pero esplícate, por Dios.

—Hacia mucho tiempo que estaba empeñado en que yo fuese á su casa.

—¡Ah! ¡infame!

—Yo me habia negado, no porque desconfiase de él, sino porque no me parecia bien que me viesen entrar sola en la casa de un hombre.

—Pero al fin el autor... dijo con amargura Antonia.

—No, no; por mucho que yo haya amado á Juan, no me he olvidado nunca de mi dignidad. Pero esta tarde le encontré cuando volvia del cementerio. Le dí el brazo como de costumbre, y me habló de su impaciencia porque se realizára nuestra union. —Al fin, me dijo, van á cumplirse nuestros deseos, he acabado un magnífico cuadro, cuyo precio nos dará la felicidad. ¿No quieres verle, Luisa, antes de que se le lleven? ¿No merece esa obra mia, que nos procura los medios para unirnos, de que tú la veas antes de que se la lleven?—¿Y cuándo se van á llevar ese cuadro? le dije. —Mañana por la mañana, me contestó. —Pero lo espondrán. — No, se lo llevan al estrangero. —Me hablaba de tal manera Juan, siento yo... ó sentia tal entusiasmo por sus obras, que cedí á la tentacion de ver aquel cuadro, y... fuí á su casa.

—¡De la que habrás salido indignada ó perdida! esclamó profundamente Antonia.

—Indignada, sí, perdida, no, dijo con dignidad Luisa.

Y despues de un breve espacio de silencio, continuó:

—Subimos á su estudio solos... Juan cerró por dentro la puerta. Esto me desagradó, y me inspiró no sé qué vaga y horrible sospecha. Pero ya estaba allí, y por temor de ofenderle si me equivocaba, callé. — Juan adelantó, é iluminó un cuadro con la bugía que llevaba en la mano. Al ver aquella pintura dí un grito de sorpresa, de alegría, y al mismo tiempo de espanto.

—¡Ah! ¿y por qué todo eso?

—De sorpresa, porque aquel cuadro era una obra maestra; de alegría, porque aquella obra maestra habia sido soñada, creada, ejecutada por el hombre á quien amaba; de espanto, porque... mira: aquel cuadro representaba la condenacion de Satanás.

—¡Ah! ya: ¿y tu adorado, con ese gusto que ha querido Dios que tenga, habrá representado en un mónstruo horrible á Satanás?

—No, no, dijo Luisa con la voz trémula, con sobrealiento, casi con terror; Satanás era el arcángel caido de toda su sombría y terrible magestad: brillaban sus ojos, relucian, chispeaban, exhalando la espresion tremenda de la soberbia vencida; era una figura viva, palpitante, rugiente... y aquella figura, siniestra, sobrenatural, maravillosa, se parecia enteramente... á ese caballero, blanco, pálido, de ojos azules, que viste siempre de negro, á quien hemos encontrado y encontramos con suma frecuencia, que sin conocernos nos saludó un dia de tal manera, que nos obligó á devolverle su saludo; con quien nunca hemos hablado, y que sin embargo, sigue saludándonos ó saludándome cuando voy sola, y á cuyo saludo contestamos no sé por qué.

—¡Ese hombre! ¡el baron del Destierro!

—¡Cómo! ¿quién te ha dicho su nombre?

—Ha estado aquí esta tarde.

—¿Y ha hablado contigo?

—No: dió á Francisca una tarjeta, y la dijo que en un término breve vendria á ponerse á nuestros pies.—Yo, que le habia visto entrar desde el balcon, no tuve duda de que era él el que habia dejado la tarjeta: esta tarjeta, añadió Antonia tomando una de sobre la mesa, y mostrándola á Luisa.

Aquella tarjeta tenia en su ángulo izquierdo superior un escudo liso sin corona, en campo rojo, y en el centro una estrella negra partida y separadas sus dos mitades. En la tarjeta se leía en letras rojas: El Baron del Destierro.

—Esta tarjeta es tan sigular como el baron, dijo Antonia.

—¡Oh! dijo Luisa. ¡Y si hubieras visto aquel cuadro! ¡Un hombre que se hace retratar representando á Satanás, y que se llama el baron del Destierro! Esto es demasiado singular.

—Y yo conservo una idea confusa, vaga, de haber visto á ese hombre en otra parte, en una situacion angustiosa, en que el terror, el miedo la á muerte, helaban mi alma, en que los dolores mas crueles atormentaban mi cuerpo... ¡en el hospital!... ¡aquella no-

che en que, cuando estaba todo en silencio, se acercó á mí un hombre y me dió á beber no sé qué... un medicamento que me salvó milagrosamente: yo creo que aquel hombre, que me sostenia dulcemente con una mano, que con la otra me daba á beber una medicina salvadora... aquel hombre hermoso, que luego se desvaneció como una sombra en el fondo de la sala... era... no me atraveria á afirmarlo... pero al ver al baron recordé aquella noche, aquel hombre singular...

—Yo... yo tambien, dijo Luisa, recordaba á aquel hombre como si le hubiese visto en un sueño, pero de una manera indeterminada, vaga, misteriosa, debida á no sé qué pesadilla horrible... Cuando vi al baron reproducido en aquel cuadro, como una imágen tomada por un daguerreotipo, pero engrandecido con una magestad horrorosa, con la terrible espresion, con la incomprensible espresion de la rabia del arcángel condenado, sentí miedo: parecíame que aquella figura pintada, vivia, se despegaba del cuadro, adelantaba hácia mí... De repente me sentí asida por la cintura por unos brazos trémulos; dí un grito, me desasí, salté no sé cómo, como si hubiese recibido una herida, y vi delante de mí á Juan, pálido, trémulo, con una espresion repugnante... á Juan, transformado en un miserable.

—¡Dios mio! ¡y sola, encerrada con él! esclamó Antonia.

—¿Y qué importaba?... yo me resolví á todo. Y algo de terrible debió aparecer en mi semblante, porque Juan retrocedió acobardado, y me pidió perdon por un estravío que decia ser hijo de la violencia de su amor.

—¡Ah, miserable! ¡pues quién le impedia casarse contigo!

—¡Oh! no me lo puedo esplicar. ¡Él tan enamorado, tan respetuoso siempre!

—¡Me alegro! ¡me alegro! esclamó Antonia.

—¡Oh! yo no; yo no: me ha herido dolorosamente en el corazon, me ha despertado miserablemente de ese hermoso sueño... pero me ha quedado el recuerdo de ese sueño de gloria... para atormentarme... he perdido la esperanza de ser feliz... ¡oh, Dios mio!

—¿Y por qué? ¿Juan es todo el mundo? ¿á qué encerrarse en tan mezquino espacio? Aun no has cumplido diez y ocho años, eres hermosísima, cada dia mas hermosa, y si no hubieras amado de ese modo á Juan, entre la multitud de enamorados que te persiguen, hubieras encontrado, sin disputa, un hombre digno de tí; el mundo no es tan malo, Luisa. No lo creas. Todo consiste en tener paciencia para esperar, y tino para elegir. Si tú supieras... yo no he amado

nunca... ¿no es verdad? Pues bien, yo amo... pero de una manera tranquila, adurmiéndome en mi amor, gozándole yo sola, absorbiéndole dentro de mi alma.

—¿Amas, hermana mia? ¡oh, Dios te haga dichosa! esclamó Luisa.

—Continúa, continúa la relacion de tu nueva aventura, ó por mejor decir, de tu buena aventura con Juan.

—¡Oh! mi relacion está concluida. Á pesar de sus protestas y de sus lágrimas... porque... yo no creía que un hombre pudiera mentir de tal modo... cuando me vió indignada lloró, se arrodilló á mis pies, juntó sus manos... entonces recordé lo que me habias dicho: es un hombre vulgar, un poeta ramplon, un niño mal educado y voluntarioso.

—¡Oh! ¡me alegro! ¡me alegro! ya sabia yo que al fin le habias de conocer.

—Pero á qué precio... El dolor de ver desvanecidas mis hermosas ilusiones, el despecho de haberme engañado... porque tú no sabes qué aspecto tan repugnante, tan vergonzoso, fué el que tomó cuando quiso imponerme por la fuerza su voluntad. ¡Oh! yo no comprendo así el amor, no puedo comprenderle entre el cieno: yo no he nacido para amar así... yo habia concebido el amor de otro modo...

Luisa se puso vivamente encendida.

Antonia la atrajo á sí, la estrechó entre sus brazos y la besó suspirando en la boca.

—¡Oh! ¡hermana de mi alma!... tú eres un tesoro, esclamó; un tesoro de hermosura, de amor, de pureza... ¡y ser tú de ese miserable!

—Me sentí allí mal, pero valiente. No sé qué fuerza desconocida hasta entonces para mí, se levantó del fondo de mi alma. Rechacé á Juan, fuí á la puerta, la abrí, escapé... salí de la casa, loca, frenética, desesperada, y aquí estoy... aquí estoy junto á tí... desengañada... destrozada... ¡oh! ¡no volveré á amar! ¡estoy segura de ello!

—¡Tú amarás, Luisa mia! ¡tú has nacido para el amor!...

—Yo... creí encontrar un hombre digno de ser amado, y le amé con toda mi alma: yo no puedo amar mas que una vez... y he amado ya.

—¡Oh! no... lo dices... lo sientes ahora... pero pasará el tiempo... cada dia te irá alejando de ese recuerdo funesto... que empalidecerá lentamente, que pasará, que te dejará al fin libre... y cuando recobres tu libertad, querrás de nuevo ser esclava... querrás

consagrar tu vida á un hombre, solo que serás mas cauta, mas reservada, y no amarás sino despues de haberte asegurado de que el hombre de tu eleccion es digno de tu amor; Juan ha sido para tí un maestro, como lo ha sido para mí el vizconde de Rudaguas, con la diferencia de que tú has conocido á Juan amándole, y yo he conocido al hombre en el vizconde, rechazándole de una manera instintiva. Nosotras hemos sido mas afortunadas que otras, para quienes una leccion de esperiencia ha sido terrible, demasiado cara. No pensemos mas en ello: padecerás algun tiempo, pero despues... despues ya verás qué feliz eres. Vivirás, porque vivir como tú vivias, no era vivir.

—¡Ah! no sabes tú cuán feliz era yo cuando le tenia á mi lado, cuando me hablaba de su amor puro, tranquilo, satisfecho solo con verme, con hablarme... ¡oh! Dios mio, y atreverse despues... pero tienes razon; no debemos hablar mas de ello... ha sido un sueño que ha pasado... procuraré olvidar y... olvidaré, no lo dudes... ¿y tú, tú, Antonia... es digno de tí el hombre á quien amas? ¿Quién es?

—No sé su nombre, dijo Antonia, cuyas megillas se tiñeron con el leve color de una dulce escitacion; pero es hermoso, hermosísimo: ¡oh, Dios mio! sí, muy hermoso; blanco, pálido, con unos bellos ojos negros, de los que rebosan la franqueza, la benevolencia, la nobleza del alma, esa nobleza que no se hereda ni se compra. Es pobre, y tiene la dignidad de un príncipe; lleva generalmente una blusita muy limpia.

—¡Una blusa! dijo con cierta repugnancia Luisa.

—Pero la lleva con tanta elegancia... me gusta mucho mas su blusa que uno de esos sacos largos, desairados, que visten los elegantes, los que el mundo llama elegantes.

—¿Será un artesano?

—Sí; ¿y qué soy yo?... ¡una modista!

—No, no lo digo por eso... yo no puedo buscar en un hombre la cuna, porque yo no la tengo. Tú sabes que no tengo orgullo. Antes, cuando era rica, trataba con dulzura á mis criados, no me desdeñaba de hablar con ellos, los consideraba iguales á mí, como criaturas de Dios. Han sido harto ingratos conmigo... y me han dado una leccion: las costumbres, la educacion levantan ó degradan al alma: y esas pobres gentes, que han sido mal educadas, que han nacido para la servidumbre, para una servidumbre que venden sin dignidad, por que no tienen la idea de la dignidad... temo que tu artesano esté mal educado.

—Yo no: sus maneras... su espresion... todos los dias pasa por aquí á la una, aunque haga mucho calor. Yo estoy tras la cortina, duda, pero no me importa... le veo...

—¿Y él te mira?...

—Mira al balcon, y al verme, baja la cabeza desalentado, porque yo... aunque le veo... no le miro... tengo la cabeza inclinada sobre mi trabajo... y cuando veo que pasa desalentado, me rio, porque... porque se engaña... yo le amo, le amo... y él se pone triste porque no le miro.

—¿Y á qué atormentarle?...

—Llegará un dia, cuando yo esté segura de su amor, cuando á fuerza de verle le haya comprendido, llegará un dia en que le mire frente á frente dejando salir por mis ojos todo el amor que entonces tendré para él; y él comprenderá en aquella sola mirada que nada tiene que temer, que puede subir y decirme como si todo lo hubiéramos hablado:

—Tal dia nos casamos.

—¿Y no sabes cómo se llama?

—No: ¿y qué me importa el nombre? llámese como quiera, sea su profesion la que quiera.

—¿Y no te ha seguido nunca?

—No, ni quiero. Si me hablára en la calle, no sé lo que le diria, pero no me gustaría de seguro meterme en un noviajo. Además, soy de opinion de que las mujeres no deben provocar los acontecimientos, que deben dejarlos venir. Y además, ya te he dicho que mi amor es una especie de sueño dulce, tranquilo... que yo le halago y le guardo, y que este amor mudo, tiene para mí encantos indefinibles... Pero volviendo á tí, Luisa mia... estás triste, hace un calor que sofoca. ¿Quiéres que vayamos al Prado?

—No, no; me siento mala; tengo... creo que tengo fiebre... me voy á acostar... Pero si tú quieres, envía á Francisca á casa del padre Quirós y vete al Prado con Ana.

—¡No! ¡dejarte sola! ¡yo lo hacia por tí! por distraerte. Si no estuviesen cerrados los teatros te hubiera propuesto el teatro. Además, Ana está tambien triste... cada dia se va quedando mas delgada y mas pálida; me dá miedo esa pobre muchacha... no sé á qué atribuir su tristeza.

—¡Dolores del corazon! ¡contrariedades! la pobrecilla no habia trabajado nunca.

—Ni tú... ni yo... y el trabajo no nos mata.

—Ana es mas delicada qne nosotras; tiene el espíritu como el cuerpo, débil. Esa chica debe estar enamorada... apostaria cualquier cosa... y es reservada... yo la he preguntado y nada... cuando la hablo de su tristeza me contesta:—Echo de menos á mi madre.

—Pobrecilla... yo tambien, yo tambien echo de menos á mi madre.

—Y yo soy mas infeliz, porque no puedo recordar á mi madre.

Y las dos hermanas (nosotros sabemos que lo eran porque no hemos olvidado las revelaciones del diablo; pero ellas, si se llamaban hermanas era solo por cariño, por ternura: Antonia no habia escuchado la revelacion, y Luisa la habia olvidado), las dos hermanas siguieron hablando algun tiempo, y al cabo se retiraron cada una á su cuarto.

Antes de acostarse Antonia, apagó la luz y se asomó recatadamente al balcon y miró á la calle: hacia luna; en una esquina habia un hombre parado.

—Ahí está, dijo; casi, casi, siento remordimientos por hacerle sufrir.

Y permaneció algun tiempo en su acechadero, y luego se desnudó y se acostó suspirando.

Poco despues dormia y soñaba con su amante singular: con el hermoso jóven de la blusa.

Nuestros lectores habrán adivinado que aquel jóven blanco y pálido, de hermosos ojos negros, que con tanta elegancia llevaba su trage de obrero, era Andrés.

En efecto, Andrés era.

Pero si nuestras amables lectoras han creido lo que creía Antonia, esto es, que Andrés paseaba la calle por ella, que era uno de estos hombres que aunque enamorados de una no se abstienen de galantear á otra, y á diez, y á ciento, se habrán engañado como se engañaba Antonia. Es verdad que Andrés cuando salia del taller, que estaba próximo á la calle donde vivia Luisa, pasaba por ella, que miraba con ansiedad al balcon, y que bajaba la cabeza contrariado y confuso; y esto no era porque Antonia no le mirase, sino porque no veía á Luisa.

Es verdad que Andrés iba á ponerse todas las noches junto á la esquina donde Antonia acababa de verle; pero no era por estar cerca de Antonia, sino por estar cerca de Luisa.

Era uno de esos tristes recursos de los amantes desesperados.

Pero Antonia interpretaba en su favor aquel mudo galanteo, y

amaba á Andrés; y como le habia visto un dia y otro dia, como le era sumamente simpático, como habia visto su alma á través de su mirada, le amaba, pero con un amor profundo, concentrado, mas fuerte cuanto mas contenido, y la costaba ya sumo trabajo el no mirar frente á frente á Andrés, el no decirle con los ojos: yo te amo.

Antonia estaba próxima al doloroso despertar de su sueño.

Pero entre tanto soñaba con su amor.

Y era el suyo un sueño dulce, puro, tranquilo: suave alimento de su alma que aumentaba su lánguida hermosura.

Luisa entre tanto no dormia: lloraba.

La villana accion de Juan la habia despedazado el alma.

Buscaba á su fantasma perdido, y no encontrándole, su corazon se rompia.

Y las lágrimas, sangre del alma, salian á raudales de sus ojos.

Pasó la noche.

Luisa se levantó pálida y ojerosa.

Antonia, fresca, tranquila, embellecida por un nuevo sueño de amor.

Luisa salió á la hora acostumbrada á dar sus lecciones, y fué, como sabemos, á casa de Perez, de donde salió contrariada.

Despues, como saben tambien nuestros lectores, esperimentó otra nueva contrariedad al encontrar á Juan en la Puerta del Sol, y verse perseguida por él.

Merced al baron del Destierro, ó á Satanás, como queramos, se vió al fin libre, y se metió á rezar en una iglesia.

Y transida de dolor, casi arrancada de la vida material, de rodillas, cubierta con el velo de su capota, en una oscura capilla, estuvo sin saber cuánto tiempo, llorando en silencio, y en silencio rezando.

Un hombre cubierto el semblante con una venda y con un trapo cuadrado que de aquella venda pendia, como los que están muy enfermos de la vista, y vestido pobremente, estaba apoyado en una pilastra de la iglesia, mirando tenazmente, y al parecer con impaciencia, á la capilla donde estaba Luisa.

Otro hombre como de cuarenta años, moreno, enérgico, con el pelo negro y muy corto, y la barba negra y cerrada, vestido con una chaqueta azul de lienzo, una camisa blanca, un pantalon del mismo color y tela que la chaqueta, una faja gris á la cintura, y en la mano un sombrerito de hule muy chato con una larga cinta ne-

gra, miraba desde un ángulo bajo el coro y alternativamente al hombre del visillo sobre los ojos y á la capilla donde Luisa rezaba.

Pasaba el tiempo y llegaron las seis de la tarde.

Luisa se levantó maquinalmente, salió de la capilla y luego de la iglesia.

Inmediatamente el hombre del visillo se puso en su seguimiento.

—¡Rayos de Dios! dijo el hombre vestido de azul, que estaba bajo el coro: mucho será que ese tunante, que me parece disfrazado, no prepare alguna mala aventura á esa señora: pues no, Martin: para lo que vienes á Madrid, harto tiempo tienes: ya que casi, casi, has sorprendido una picardía, y tienes corazon y puños, y un rewolver y un cuchillo bajo tu faja, no permitas esa mala accion, sea la que fuere. Aquí hay algo... ¡Bah, sí señor! ¡truenos é infierno! ahí están, en aquel portal, los cuatro pelgares con quien habló el cegato cuando esa señora entró en la iglesia. Pues señor, á la maniobra: y si tenemos temporal, no le hace; de otros mas crudos nos ha sacado Dios.

Y aquel hombre se puso muy á la larga en seguimiento de Luisa, á la que seguia, apoyándose en un grueso baston el hombre del visillo.

Los otros cuatro que, el que se habia llamado á sí mismo Martin, habia visto agazapados en un portal, salieron y tomaron por una de las travesías inmediatas.

Solo quedaron siguiendo á Luisa el hombre del visillo, y mas á la larga, el del sombrerito de hule negro, y la chaqueta y el pantalon de lienzo azul.

Luisa salió á la calle de Fuencarral, la siguió, salió al campo, y se dirigió al cementerio de San Ginés y San Luis.

Como la tarde en que la vimos por la primera vez, el cielo se habia puesto revuelto: fuertes ráfagas de nordeste impulsaban enormes masas de negras nubes, solo que en vez de hacer frio, como en aquella tarde lejana, hacia un calor sofocante, y el viento arrastraba á lo largo del camino altos remolinos de polvo.

El sol se habia puesto.

Luisa marchaba harto deprisa, abstraida, preocupada.

El cegato la seguia.

Á larga distancia, el hombre azul seguia al cegato.

Al pasar por una tabernilla del camino, el hombre azul vió á su puerta á los cuatro perdidos que algun tiempo antes habia visto en Madrid en un portal.

—¿No lo decia yo? dijo el hombre azul. Otra vez aquellos. Se trata sin duda de una fechoría; pues nos veremos, señores, nos veremos. Cuatro aquí, y allá otro, cinco. No importa: cabalmente es de cinco tiros mi rewolver, y cuando se está acostumbrado á los abordages... ¡Bah! ¡bah! peor sería encontrarse con una fragata inglesa en medio del Pacífico. ¡Endiablado nordeste! aquí al menos no hay que coger rizos, ni amainar masteleros: todo se reduce á taparse los ojos: avante, avante, veamos dónde se mete la hermosa corbeta negra y el pirata que la dá caza: ¡ah! pero aquella verja por donde la corbeta se mete... es la verja de un cementerio... mal puerto, mal puerto... allá va, allá va tras ella el del visillo... pues señor, veamos si encontramos un barranco donde dar fondo, ó una roca tras la cual ponernos de apostadero. Voto al viejo Neptuno, que me va gustando esta aventura.

Y mirando en torno suyo, vió á poca distancia del cementerio un ventorrillo, y se fué en derechura á él.

—Hé aquí un buen apostadero, dijo, y donde encuentro víveres: fondeemos, pues, y pongámonos en observacion.

Y se sentó junto á una mesa, desde la cual veía perfectamente la puerta del cementerio, y pidió de comer y de beber.

Hacia poco tiempo que el hombre del sombrero de hule habia fondeado, segun su espresion, cuando otra persona llegó á la puerta del cementerio, se detuvo, y miró con interés á la galería de la derecha.

Aquel hombre era Andrés.

Andrés veía á lo lejos á Luisa en la galería, arrodillada delante del nicho de su madre.

Estuvo parado en la puerta mirándola algun tiempo, y luego, como quien se recata, entró en el cementerio, y se perdió entre los árboles por la izquierda.

—Paréceme aquella una vela sospechosa, dijo el hombre azul, haciendo crujir entre sus mandíbulas los huesos de un gorrion frito: ¿será un nuevo corsario, que dá tambien caza á la hermosa corbeta, ó un buque en corso que la convoya? Veremos, veremos... y me ha parecido la tal vela nueva un valiente falucho... cada vez me va gustando mas la aventura... mucho mas que este maldito vino... pero peor, mucho peor lo hemos bebido... otro cuartillo, buena moza, añadió, golpeando con el jarro sobre la mesa.

El marino siguió comiendo, bebiendo y observando.

Cuando hubo concluido de comer y de beber, echó mano á su

faja, y sacó de ella un bolsillo de seda verde muy abultado, en cuyas mallas se veían relucir monedas de oro.

—Aparejemos para estar prontos á levar el ancla, y á ponernos en franquía á la primera señal, dijo abriendo la bolsa, y sacando un napoleon: ¡eh! nostrama, cobre el gasto.

Y arrojó el napoleon sobre la mesa.

—No tengo cambio, dijo la tabernera.

—Pues salga y búsquele, contestó el marino.

Era tan franco, demostraba tal honradez el rostro de Martin, que la tabernera no temió el dejarle solo en su casa.

Apenas hubo quedado solo, cuando el marino se echó la mano atrás, y de entre su faja sacó un rewolver, que examinó cubriéndole con la mano.

—Reconozcamos nuestras piezas, dijo, y veamos si están prontas para entrar en combate: cinco balas cónicas y cinco pistones; los muelles juegan bien, perfectamente.

Y guardó de nuevo su rewolver, que quedó perfectamente oculto entre la faja y la ancha plegadura de los calzones.

La noche entre tanto adelantaba, y empezaba con ella una de esas tormentas de verano que retumban bravías, dejan caer un aguacero, y pasan.

Algunos relámpagos rojos temblaban un momento en la inmensidad.

Anchas gotas ardientes caían sobre el polvo del camino.

El calor era sofocante, y la oscuridad, aumentada por la tormenta, se habia hecho densa.

Entonces una silla de posta paró en el camino delante del cementerio: cuatro bultos se deslizaron por los costados de la silla, y adelantaron hácia la verja.

El marino habia salido de la taberna, se habia deslizado entre la oscuridad hasta la verja del cementerio, y se habia apoyado detrás de una de las anchas pilastras de su entrada.

—Hagamos zafarrancho, dijo una vez allí, sacando su rewolver, y estemos dispuestos.

Y se embebió, y esperó, aplicando el oido con atencion profunda.

Sonaron pasos.

Un hombre salió, y se ocultó como el marino en la opuesta pilastra de la entrada.

—Aun queda uno, dijo el marino, no sé si el cegato, ó el de la blusa rayada; tanto dá, la aventura se acerca.

Entre tanto, Luisa lloraba arrodillada al pie de la tumba de su madre: tenia el corazon desgarrado, y estaba agena á todo.

Parecia que la tormenta y la oscuridad no existian para ella.

En otros tiempos en que ella, como era rica, pagaba con profusion al guarda del cementerio, este la hubiera dejado dentro de él todo el tiempo que hubiera querido, hubiera velado esperándola, hubiera acudido solícito al ruido de sus pasos; pero hacia mucho tiempo que la pobre Luisa no podia ser tan espléndida con el guardian de los muertos; este no queria esperar, y fué á avisarla.

— Señora, la dijo con acento un tanto brusco, no puede usted estar mas tiempo; voy á cerrar.

Luisa volvió en sí de su abstraccion al sonido de aquella voz grosera, y se puso de pie.

Entonces notó la oscuridad de la noche, y que llovia á torrentes.

Pero no llevaba consigo un solo real, y no se atrevió á pedir un favor á aquel hombre con quien tan generosa habia sido.

Ahogó un supiro, y salió.

Al salir, salió inmediatamente tras ella Andrés.

Entonces sucedieron tres cosas á un tiempo.

Sonó un silbido.

Cuatro sombras avanzaron de la avenida del camino.

Un hombre asió á Luisa.

Seguidamente acontecieron otras tres cosas.

Luisa dió un grito agudo.

Sonó un pistoletazo.

La verja del cementerio se cerró con estruendo.

Á seguida Andrés se arrojó sobre el hombre que habia asido á Luisa, le echó por tierra, y asió á la vez á la jóven.

Esta se habia desmayado.

Sonó un segundo pistoletazo, tras él un grito de muerte, y algunos hombres partieron á correr en distintas direcciones.

La silla de posta que habia parado en el camino delante del cementerio, arrancó, y desapareció.

Solo quedó delante del cementerio un hombre revolviéndose y dando alaridos.

Pasó media hora.

Nadie acudió al campo donde acababa de darse aquella rápida batalla.

Al fin apareció un celador con cuatro agentes.

Por otro lado apareció una pareja de guardias civiles.

Habia pasado la tormenta, y brillaba la luna en todo su esplendor.

El comisario llegó al herido y le miró.

—¡Ah! ¡ah! las has pagado al fin, bribon, dijo: te han dado un buen tiro en la cabeza: es el *Rufete*, dijo á los agentes; de esta vez creo que no se escapará mas, ni nos hará andar tras él: ¡eh! tunante: ¿quién te ha herido?

El preguntado, que era un hombre de malísimas trazas, guardó silencio.

—¡Eh! ¿no oyes? repitió el comisario moviéndole bruscamente,

—¿Qué ha de oir, don Simon, dijo uno de los municipales, si está muerto como mi abuelo?

—Pues entonces, es necesario avisar al juez de primera instancia: ustedes dos quédense aquí, dijo á dos de los municipales: ustedes, añadió dirigiéndose á los guardias, á reconocer los alrededores y á ver si hay en ellos alguna persona sospechosa: Diaz, vaya usted á avisar al señor juez, y usted conmigo, Gutierrez, vamos á reconocer estas tabernas.

Cada cual partió á cumplir su encargo.

El cadáver quedó solo con dos municipales á la puerta del cementerio.

CAPITULO VII.

Continuacion del anterior.

Entre tanto, dos hombres en medio de un campo cuidaban de Luisa, que continuaba desmayada.

Aquellos dos hombres eran Andrés y el marino.

Como los dos eran francos, los dos espansivos, los dos leales, simpatizaron desde el punto en que pudieron verse á la luz de la luna.

—¡Cuánto tengo que agradecerle á usted, amigo mio! dijo Andrés á Martin, que ya sabemos que así se llamaba el marino: sin usted, yo no hubiera podido defenderme de aquellos cuatro hombres.

—Y en cambio, sin usted, que hizo presa del negrero, y le arrebató esa señora, el negrero hubiera huido mientras yo me bandeaba con los otros cuatro piratas.

—¿Conoce usted á esta señora? dijo Andrés.

—No por cierto: soy nuevo en estas aguas; pero la vi observada por algunos barcos sospechosos, y me dije: convoyémosla. Pude haber avisado á la policía, pero no me fié, y quise hacerlo por mí mismo.

—¡Oh! ¡qué feliz casualidad! ¡cuánto debo á usted!

—¿Es usted acaso pariente de esta señora?

—No, no por cierto.

—Se interesa usted de un modo tal por ella...

—La conozco mucho: va á casa de mi maestro. Yo soy ebanista.

—Por muchos años. Yo tambien tengo algo de ebanista.

—Yo le creía á usted marino.

—Eso no quita. He andado en el comercio del ébano vivo.

—¡Ah! dijo Andrés con cierta repugnancia: ¡negrero!

—Sí, sí por cierto: Martin Iglesias, alias el Moreno, contramaestre del bric-barc negrero el Alcion, que viene á Madrid á ciertos asuntos de su capitan.

—Pero no diga usted por Dios á nadie...

—¿Que soy negrero? ¡bah! ya sé á quién lo digo... á un bravo camarada... ¡eh! ¡diablo! ¡es lástima que no sea usted hombre de mar! Pero esta señora no vuelve en sí.

—Se ha asustado mucho; pero ya volverá. ¿Quiere usted hacerme un favor?

—Y ciento, y mil, y un millon; usted puede disponer de mí ¡rayos y tempestades!... ¡Cuando digo que le tomo á usted por camarada es todo lo que el Moreno puede decir! ¿Qué quiere usted?

—Ayúdeme usted á llevarla al lado de aquel camino de atraviesa.

—¡Con mil amores! ¡y cuerpo de Dios si es buena moza, y lo que pesa! Ya no me admira de que quisieran robarla. Y aquel sugeto del trapantojo de lienzo sobre la cara... si aquel no ve mas que una gabiota, que me perdone Dios mis culpas. ¿Y que no haya yo podido conocerle? Si no hubiera tenido en los brazos á esta señora, juro á Dios que no se me escapa.

Y entre tanto, el marino y Andrés llevaron á Luisa al sendero de un camino de atraviesa.

Cuando estuvieron allí, dijo Andrés al Moreno:

—Ahora deseo que me haga usted otro favor.

—Mande usted, camarada.

—Madrid está cerca: ¿si tuviera usted la bondad de ir por un coche de plaza?

—¿Y cómo no? iré y volveré por el aire. Pero tome usted mi rewolver: no sabemos lo que puede sobrevenir: aun le quedan tres tiros.

Andrés tomó el rewolver, y le guardó en un bolsillo interior.

El marino echó á andar y se perdió muy pronto de vista.

Luisa desmayada, y Andrés contemplándola con ansiedad, quedaron solos.

No asustaba á Andrés el accidente de Luisa.

Lo que le asustaba era su soledad con ella.

En aquel campo desierto, junto aquel camino estraviado por donde no pasaba, como suele decirse, un *alma*, el demonio de la tentacion rozó con sus alas el corazon de Andrés.

Tenia entre sus brazos á Luisa, inerte, mas hermosa con su



¡CUERPO DE DIOS SI ES BUENA MOZA Y LO QUE PESA!

palidez densa, y con la espresion de terror pintada en su semblante.

Andrés estaba loco por ella...

Y sin embargo, la respetó mas que el dia en que la salvó del incendio.

Aquel dia la habia besado en la boca...

Pero entonces habia cedido á una sorpresa; se encontraba sobrescitado por un peligro inminente: podia decirse que entonces se habia visto colocado con Luisa entre la vida y la muerte, entre el mundo y la eternidad.

Pero en aquella ocasion era diferente.

Habian pasado cinco meses desde que conoció á Luisa, y la amaba con toda la fuerza de su alma: la adoraba: Luisa, para Andrés, era ese sér sagrado, en el cual pensamos con recogimiento, del cual no levantamos el casto velo que le encubre, ni aun con el pensamiento: era esa mujer que llega á convertirse en la duplicacion del alma de un hombre: era para Andrés mas que una mujer: era parte de su vida, y la parte mas delicada.

Cuando se ama así, la felicidad se desprende con suma facilidad para el que ama, del sér amado: una mirada, una sonrisa, una palabra afectuosa de la mujer amada, son un siglo de gloria para el amante.

Y Luisa no miraba, porque no podia mirar á Andrés: no le sonreía, no le hablaba, porque no podia hablarle ni sonreirle: pero Andrés la contemplaba á su placer, á la dulce luz de la luna, que tanto aumenta la hermosura de ciertas mujeres, dándolas un tinte vago, espiritual, fantástico; era otra vez su salvador, si bien con ayuda de vecino, lo que no impedia que hubiese espuesto por segunda vez su vida por ella. Luisa se le hacia cada vez mas íntima, por decirlo así; su amor se sublimaba cada vez mas, y la tentacion pasó como el relámpago de una noche de verano.

Por otra parte, el amor, cuando llega á la intensidad del de Andrés, es generalmente puro y respetuoso, y si alguna vez el deseo le empaña, este amor es orgulloso, y no quiere deber nada á la casualidad ó á la fuerza. El amor no goza, no vive sino con la espansion de otro amor semejante: el amor que devora, no es amor, sino deseo; el verdadero amor es el que sufre, y que sufriendo goza.

Andrés al lado de Luisa, desmayada, abandonada entre sus brazos, gozaba un cielo.

Y la esperanza, el bello ángel que nos precede en el camino de la vida, le dejaba ver los dulces resplandores de sus blancas alas.

. . . .

Luisa suspiró.

Creyéndola próxima á volver en sí, Andrés la colocó lo mejor que pudo, apoyándola contra un cercano ribazo.

Luisa abrió al fin los ojos, miró con asombro en torno suyo, se incorporó, y se pasó las manos por la frente.

Su mirada intensa, serena, fija, se posó en Andrés, que estaba sentado á poca distancia de ella.

—¿Qué es esto? dijo: ¿qué ha sucedido? ¿por qué estoy aquí?

Andrés se estremeció al sonido de la voz de Luisa, y creyó morir cuando la jóven le dirigió de una manera marcada la palabra.

—Esto, señora, es... dijo balbuceando Andrés, que usted debe tener enemigos.

—Yo conozco á usted, dijo Luisa: yo le he visto alguna vez.

—Sí, sí, señora, se apresuró á decir Andrés: esta mañana tuvo usted la bondad...

—¡Oh! sí, recuerdo... ¿y cómo es que ahora estamos aquí juntos, solos, de noche, en medio de este campo?

—¡Qué! ¿no recuerda usted, señora?...

—Sí, sí; salia yo del cementerio de visitar á mi buena madre... estaba muy oscuro; llovia... ¡ah! ¡sí! me sentí asida...

—Un miserable, señora, tuvo la audacia de pretender robarla á usted; por una feliz casualidad, yo salia al mismo tiempo del cementerio...

—¡Gracias, amigo mio, gracias! dijo Luisa, tendiéndole la mano.

Andrés estrechó cobardemente la hermosa mano de Luisa, y vaciló, se vió obligado á hacer un esfuerzo para dominar su conmocion.

—Salgamos de aquí, dijo Luisa; este terreno está húmedo, y luego necesito volver á Madrid.

Luisa se dirigió al cercano camino.

—¡Ah! dijo, no puedo sostenerme bien: ¿tiene usted la bondad de darme su brazo?

—¡Oh! ¡Dios mio! murmuró Andrés, que tenia miedo de servir de apoyo á Luisa.

Luisa se apoyó en su brazo, con la hechicera confianza del descuido.

Porque el rostro de Andrés era tal y tan franco, tan simpático, que Luisa no abrigaba hácia él la menor desconfianza.

—El hombre que me ha ayudado á salvar á usted, señora, ha ido á Madrid por un carruage.

—¡Por un carruage! esclamó Luisa asustándose, porque no tenia dinero para pagarle.

Pero instantáneamente se acordó de que llevaba una sortija de brillantes y se tranquilizó.

—Y... ¿tendrá usted la bondad de decirme cómo ha sucedido esa estraña aventura? dijo Luisa andando lentamente á lo largo del camino apoyada en el brazo de Andrés.

—Estaba yo en el cementerio, dijo este, cuando se echó encima la tormenta y la oscuridad: no me gustaba mucho estar en aquel lugar á oscuras, y salí. Usted, señora, segun he visto despues, salía al mismo tiempo. De repente usted dió un grito de espanto: un hombre se habia apoderado de usted.

—¡Ah! sí, sí: ¿y no pudo usted conocer á aquel hombre? dijo Luisa pensando en Juan.

—Apostaria á que era una especie de mendigo, un hombre de mala traza que habia visto antes vagando por el cementerio, y que me habia prevenido muy mal.

—¿Pero en el momento del lance no vió usted al hombre que pretendió apoderarse de mí?

—No, no, señora, estaba muy oscuro; solo pude, guiado por los gritos de usted, acometer á aquel hombre, derribarle, apoderarme de usted... en aquel momento, y cuando yo la tenia á usted ya sobre mis hombros, sonó un pistoletazo...

—Es verdad, es verdad: entonces yo no sé lo que pasó por mí.

—Usted, señora, se desmayó. Yo dí á correr con usted sin saber adonde, con el solo objeto de apartarla de aquel lugar... sonó un segundo pistoletazo, y el grito de un hombre herido...

—¡Oh! ¡Dios mio!

—Yo apresuré mi carrera, y noté que me seguian: corrí mas: la tormenta empezaba á desvanecerse, y la luna salió. Entonces el que me seguia me dijo: —Detente ó te mato.

Yo me detuve.

Aquel hombre llegó á mí.

—¿Adónde llevas á esa señora? me preguntó.

—Á salvarla, le contesté.

—¡Ah! ¡ah! eso es enteramente distinto: perdone usted, camarada: yo creía que usted era uno de los compañeros del bribon á quien he dejado tendido allá abajo.

—Yo la dejé á usted entonces en el mismo sitio donde al fin ha

vuelto usted de su desmayo, señora: el otro y yo nos entendimos, y se ha ido en busca de un carruage para usted.

—¿Y quién es ese otro libertador mio?

—Un marino, un contramaestre de un buque mercante que ha venido á Madrid á unos negocios, que la vió á usted seguida por mala gente, segun me ha dicho, y que se vino tras usted resuelto á protegerla.

—¡Ah! ¡Dios se lo pague á él! ¡Dios se lo pague á usted! dijo conmovida Luisa. ¡Pero un hombre muerto!... dijo con terror la jóven, y se acordó de Juan.

—Merecido lo tiene si muere. ¿No es una infamia, una villanía, que merece cien muertes, pretender imponer así su voluntad á una mujer?

—Sí, sí, tiene usted razon, amigo mio, eso es infame... muy infame... el hombre que hace eso es un miserable que solo merece...

—El desprecio.

—Dice usted bien.

—¿Conoce usted á quien se ha atrevido á ese crímen? dijo Andrés.

—No, dijo con precipitacion Luisa.

—¿Ni tiene usted sospechas?

—¡Oh! tampoco, añadió con doble precipitacion.

Las dos respuestas de Luisa hirieron dolorosamente á Andrés.

Es que recordaba que ella habia salido sollozando la noche anterior de la casa de Juan, habia sospechado que Juan fuese el intentador de aquel rapto frustado: cuando notó la precipitacion y la turbacion de Luisa al contestarle, no tuvo duda de que el golpe provenia de Juan, y lo que era mas terrible aun, no pudo dudar de que Luisa le amaba, puesto que pretendia encubrirle.

Andrés calló, profundamente contrariado.

—Creo que no necesitaré el carruage, dijo Luisa: me siento fuerte... estamos cerca de Madrid.

—¿Y cómo ha de ir usted sola á su casa, despues de lo que ha sucedido?

—Usted me acompañará.

—¿Y si el hombre que me ha ayudado á salvar á usted no nos encontrára... y luego si la vieran á usted con un hombre de blusa? añadió dolorosamente Andrés.

—La primera es una razon, la segunda no lo es; nada importaría

su blusa de usted. ¡Cuántos valdrian mucho mas si tuvieran el corazon que usted tiene!

—¡Ah, señora! balbuceó Andrés.

—Por lo demás, debo esperar á ese valiente marino, para mostrarle mi agradecimiento, para ofrecerme á él.

—Creo que la mayor recompensa que podia esperar ese valiente hombre la tiene ya: la satisfaccion íntima de lo que ha hecho. Pero me parece que oigo su voz.

En efecto, se oía la voz bronca del Moreno, que decia:

—¡Eh! ¡torpe! al nordeste: por ese camino estrecho: enfila bien y adelante: quisiera yo ver á estos cocheros gobernando, en vez de un par de arañas con cascabeles y un cajon viejo, á un barco de treinta pies de puntal entre los bajíos del golfo de las Damas: ¡eh! á babor, torpe, á la derecha digo: ¡no ves que por estribor vas á encallar!

—Maldito si te entiendo una palabra, dijo la voz vinosa de un cochero: este caminejo está lleno de baches, y me voy á atollar si paso mas adelante.

—¡Que se detenga! ¡que se detenga, amigo mio! dijo Andrés: ya estamos cerca esta señora y yo.

—¡Ah! dijo el marino adelantando rápidamente, y quitándose el sombrerillo cuando llegó junto á Luisa: ¿con que ha pasado ya aquello, eh?... vamos, ha sido una aventura endiablada, voto á... un abordaje... perdone usted, señora... sin duda que podria esplicarme mejor... pero cuando estoy en tierra parezco un ballenato mareado... ¡eh! ¡qué diablo! yo soy así... pero hombre de bien, y capaz de hacerme matar por una mujer á quien insultasen... cien legiones... si se hubiera tratado de una negra de Guinea... pero una señora tan delicada y tan hermosa... vamos... cuando usted quiera volver al cementerio, y estar en él de noche ó de dia todo el tiempo que quiera... dígame usted... envíeme usted un recado: Moreno, venga usted á convoyarme... y á la hora me tiene usted en corso, dispuesto á irme á pique defendiéndola á usted.

—Gracias, amigo mio, gracias, dijo Luisa.

—¡Eh! ¡señora! lo que importa es que usted se meta en este carruage, y luego en Madrid: como que he visto algo parecido á un sombrero de tres picos, y galon blanco... que no me ha gustado mucho, andando por esos campos. Y como allá se ha quedado uno...

—¡Policía rondando los alrededores! dijo aterrado Andrés...

—¿Pero nosotros qué tenemos que temer?

—Mientras se averigua, ó no se averigua, si la presa es buena ó mala...

—Sí, sí, señora, dijo Andrés llevando á Luisa hácia el carruage.

Luisa, escitada por un terror vago, entró en el carruage.

Luisa se reclinó sobre la portezuela en una actitud hechicera, y dijo sonriendo de esa manera conmovida en que aparecen las lágrimas en los ojos al par que la sonrisa en la boca:

—Amigos mios, yo no os hablo de recompensa, porque eso sería ofenderos: la accion que acabais de hacer, el inmenso beneficio que acabais de practicar en mi favor, solo Dios puede recompensarlo: Dios, que ve los corazones y lée en ellos, que Dios os pague. En cuanto á mí, mi agradecimiento... ¡oh! no sabeis, no sabeis de cuán horrible desgracia me acabais de salvar.

La conmocion cortó la voz de Luisa, que tendió sus dos manos á Andrés y al Moreno, que las estrecharon con efusion.

Andrés notó, con no sabemos qué supersticiosa esperanza, que por un accidente de posicion le habia tocado en suerte la mano derecha de Luisa.

—¡Voto á!... esclamó el Moreno; ¡por el huracan y por el rayo, que hay mujeres que le hacen á uno parecer niño!

Y soltando la delicada mano de Luisa, se limpió los ojos con el envés de su membruda mano de marino.

Andrés no dijo una sola palabra: no podia decirla: soltó la mano de Luisa, y se apoyó en la caja del carruage.

Luisa se retiró al interior.

Pero de repente salió otra vez á la portezuela.

—¡Ah! me olvidaba, me olvidaba de deciros que quiero veros: estas son las señas de mi casa, dijo sacando dos tarjetas y dándoselas: id, id, amigos mios: cuando se ha trabado conocimiento como nosotros le hemos trabado, es necesario seguir tratándose: id á cualquier hora: si yo no estoy, mi amiga, mi hermana Antonia, os recibirá como si fuera yo: con que ¡adios! ¡adios!

Y cerró la portezuela.

El cochero arreó los caballos.

—Espera, le dijo Andrés. ¿Cuánto es tu trabajo?

—Ya está pagado, dijo el cochero.

—Muy cierto, dijo el marino; y oye: yo me quedo en la memoria con el número de tu carromato: si pides á esa señora un maravedí...

—Pues no faltaba mas, dijo el cochero.

—Pues en marcha, y no muy deprisa hasta que entres en Madrid.

El alquilon se puso en marcha.

Los dos nuevos amigos siguieron al carruage.

Luisa, reclinada en su interior, oraba dando gracias á Dios: despues de rendir este justo tributo de agradecimiento al Sér Supremo, que todo lo ve y todo lo dirige, su vista se volvió á la tierra.

Lo primero que encontró en sus recuerdos fué á Andrés.

Luisa sonrió, dentro de su alma conmovida, á aquel recuerdo.

—¡Oh! ¡ese jóven! esclamó: he aquí que la Providencia premia las buenas acciones, por pequeñas que sean: hoy por la mañana, ese jóven me pidió en nombre de su madre, anciana y enferma, que me prestase á servir de modelo, para darse á conocer como retratista en escultura: ello me fastidiaba un tanto: me obligaba á recibir de una manera casi inmotivada en mi casa á una persona desconocida; á levantarme mas temprano, á peinarme, á vestirme: y luego, el sacrificio de ser espuesta á la vista de la multitud... ¡pero un pobre artista, que pide con la humildad de un mendigo los medios para darse á conocer, para atender á la subsistencia de su pobre madre! no era posible negarse á esos pequeños sacrificios de comodidad y de amor propio; eran necesarios para producir acaso un gran bien... y ved ahí: á las pocas horas de haber yo consentido en lo que ese noble jóven me habia pedido, ese mismo jóven me salva... ¿y de qué, Dios mio, de qué? ¿para qué querian robar á una mujer?

Luisa se estremeció.

—¡Dios! ¡Dios! ¡y es posible que haya insensatos que no crean en Dios!

Y el pensamiento de Luisa volvió á recaer en Andrés.

Y el recuerdo de Andrés la consolaba; y el recuerdo de Juan, que aparecia tras el de Andrés, la desgarraba el alma.

Porque Luisa no amaba ya á Juan, pero esperimentaba por él un sentimiento, que Luisa, en su inesperiencia, equivocaba con el amor.

Lo que en Luisa se interesaba por Juan, no era el corazon, sino el amor propio.

Juan era un vasallo rebelde: la habia perdido el respeto; habia querido imponerla su voluntad: Luisa necesitaba recobrar su puro, su absoluto ascendiente sobre el rebelde, mejor

dicho, sobre el déspota; necesitaba vengarse: era necesario que Juan cayese á sus pies arrepentido; que la pidiese perdon; que espiase su falta.

Luisa se habia empeñado instintivamente en una lucha; pero el corazon obedece á una lógica inflexible; obra siempre como debe obrar, con arreglo á las impresiones que recibe: faltaba de parte de Luisa la cualidad analítica que debia dejarla ver claro el estado de su corazon, respecto á Juan, y como existia una lucha, en que por nada entraba la cabeza, Luisa equivocaba aquella lucha con el amor.

Lo repetimos, Luisa habia dejado absolutamente de amar á Juan, con aquel amor tranquilo, confiado, espansivo, puro, que era una necesidad de su alma, que era el único amor de Luisa: la quedaba el empeño febril, que debia escitarse, crecer, desbordarse, martirizándola, desesperándola, abrasando su alma, y enflaqueciendo y empalideciendo sus mejillas.

Y como cuando en el sagrado altar del sentimiento, una vez encendida la pira, es necesario que siga ardiendo, que se renueve si se apaga, si el frio del altar no ha de matar el alma, Luisa renovó aquella pira apagada por el vergonzoso proceder de Juan, sucediéndola con la llama de otro amor.

Luisa desde el momento en que habia visto á la luz de la luna á Andrés, solo con ella, tímido, poseido de un poético respeto, hermoso, dulce, sencillo, franco, le amó.

Le amó, sin darse la cuenta de aquel amor.

Y no debia dársela en mucho tiempo.

Acaso nunca.

Del mismo modo que Luisa no podia analizar el interés que le inspiraba Juan despues de sus faltas, del mismo modo no podia analizar y conocer el interés que le inspiraba Andrés despues del inmenso beneficio que acababa de dispensarla. Luisa, lo repetimos, tomaba por amor su empeño respecto á Juan.

Equivocándose del mismo modo, calificaba como agradecimiento el amor de raza pura que la inspiraba Andrés.

Y así, irritándose contra Juan, á quien atribuía, y no sin razon, aquella segunda fechoría, y reposando de aquella irritacion con el recuerdo de Andrés, llegó á su casa.

Al bajar del carruage, se dirigió al cochero con intencion de darle una prenda en pago de su servicio; pero el cochero, antes de que hablase, la dijo:

—Ya está pagado todo, hasta la propina.

Una lágrima brotó á los ojos de Luisa, y un suspiro, incomprensible para ella misma que lo habia exhalado, partió á conmover de una manera misteriosa el alma de Andrés.

Luego subió rápidamente las escaleras, tiró impaciente de la campanilla, y se arrojó sollozando entre los brazos de Antonia, que habia salido á abrir.

CAPITULO VIII.

En que se sabe á lo que habia ido á Madrid el Moreno, y que los asuntos que á él le habian llevado, tenian una relacion íntima con algunos de los personages de este cuento.

—¿Á qué se ha metido usted á pagar el carruage? dijo Andrés al Moreno, en el momento en que el vehículo se puso en marcha.

—¡Bah! ¡bah! esclamó el contramaestre del bric-barc negrero, entre camaradas, el que está mas á punto paga: ya le tocará á usted su vez.

—Sí, pero cuanto mas amigos mas claros.

—Dejémonos de simplezas, amigo: á mas de eso, yo soy barco en mejor lastre que usted.

—No comprendo á usted bien.

—¡Ah! me olvidaba de que estoy hablando con un hombre de tierra, que, eso sí, es mucha lástima que no sea un hombre de mar; valiente, sereno, pronto, y sobre todo franco. Magnífico oficial; y despues de algunos años de tratarse con el agua y con el viento, y de oler brea por la mañana, brea por la tarde, brea por la noche, pólvora alguna vez, sangre otras, y ron siempre, buen comandante de una hermosa corbeta de á diez y seis. Perezco por las corbetas... sobre todo para el tráfico de negros. ¿Pero no entendia usted lo del lastre? Quiere decir, que mi bolsa pesa mas que la de usted.

Andrés se calló.

Aquella mañana habia sido rico: cuando le hablaba el Moreno imponiéndole sin ofenderle con su ruda franqueza de marino, su superioridad, como hombre de dinero, se calló, porque Andrés, al me-

nos con arreglo á su conciencia y á su voluntad, casi era mas pobre que el dia anterior.

Se habia visto precisado á sacrificar sus pobres ahorros, como si dijéramos, el cimiento de su fortuna soñada, para completar con la fortuna que Dios providencialmente le habia dado la quiebra de su maestro, del hombre generoso, que cuando la patria llamó á Andrés para servirla, dijo : tú no irás, y la patria será servida : toma seis mil reales, y busca un hombre que vaya por tí : tu madre no tiene mas que un hijo.

Andrés, pues, no estaba pesaroso de haber sacrificado la fortuna que Dios le habia dado para salvar á quien antes le habia salvado á él; pero como se consideraba pobre, se calló ante el franco, ligero y locuaz alarde de riqueza del marino.

—Déme usted mi rewolver, añadió el Moreno, poniendo punto final á la conversacion anterior : aun no hemos llegado á Madrid, podriamos tener un encuentro, y yo entiendo perfectamente á ese bicho, tengo la mano segura, y le hago que muerda siempre. Como que no tenemos en qué entretenernos en las largas travesías, los ojos de los tiburones nos están sirviendo continuamente de blanco. De los dos disparos que he hecho, estoy seguro... vamos, si he sentido dos veces crujir la carne... solo que, como estábamos á oscuras y tiraba á tientas, no pude elegir sitio para las balas... pero si no... uno á lo menos no lo cuenta. El grito que dió... á estas horas está cenando con el diablo.

—Gracias á eso, que los aterró, dijo Andrés.

—Peor para ellos si no se hubieran aterrado: la zalagarda hubiera sido completa : para á oscuras no hay otra cosa que tanto sirva como un cuchillo. ¡ Bah ! y crea usted que si no hubiera sido tan hermosa esa señora... si no hubiera tenido para mí un no sé qué... como cuando se ve de repente una vela sobre el horizonte... se la desprecia, ó se la cobra aficion... el casco, el aparejo... y aquella manera de orzar, quiero decir, aquel movimiento de talle y de cabeza, y aquellos trapos... vamos, vamos, yo no podia dejar sola tan hermosa vela, que ni siquiera llevaba una carronada de á diez y seis... ha sido una rara casualidad. Si hubiera sido un bergantin viejo y averiado, yo no hubiera ido allá : pero es que ningun pirata sigue á tales estafermos.

—¿Con que le parece á usted hermosa esa señora? preguntó con el orgullo de un amante Andrés, y sin celos, porque segun hablaba el marino, no habia porque tenerlos.

— Mire usted, camarada, dijo socarronamente el Moreno, si á mí

me dieran esa hermosa corbeta, yo no la mandaria, ni siquiera entraria á bordo; pero la buscaria un buen comandante que mirase por ella; que cuidase de que no la rifase el viento; que pusiese en su tope con orgullo su gallardete de teniente de fragata cuando menos. Se la daria... á usted.

—¡Á mí!

—¡Bah! ¡bah! ¡y qué bien haria usted la travesía de la vida á bordo de esa corbeta!

—¿Usted cree?...

—Camarada: usted seguia á esa señora.

—¡Yo!...

—Es verdad: usted no la seguia, pero usted sabia á qué bahía iba á dar fondo, y se metió usted en sus aguas.

—Ha sido una casualidad.

—Convengo... pero hay casualidades que se buscan.

—Yo no puedo buscar á esa señora.

—Pues hace usted mal. ¡Es tan buena, tan campechana! ¡y le ha mirado á usted de un modo! Apuesto á que á la primera señal de usted se pone á parlamento.

—Usted se ha equivocado; no, no puede ser.

—Quien ansía desconfía, y el que espera desespera: para nada tenemos peores ojos, que para ver claro en lo que nos interesa: pero á mí nada me ciega...

—Usted se engaña.

—Lo veremos: usted la quiere... ¡vaya! ¡como un chiquillo, como un loco!... para que yo no lo conociera... y ella le ha echado á usted el anteojo de una manera...

—Esa mujer ama á otro hombre...

—Pues al abordaje, y si logra usted entrar á bordo, echa usted al otro y punto concluido: aferra usted el ancla en buen fondo, y se echa usted á dormir á popa, seguro de que no ha de venir nadie á echarle á usted.

—Dejemos esa conversacion, usted se equivoca, dijo Andrés.

—Dejémosla, porque veo, aunque no sé por qué, que esa conversacion le hace á usted daño. Pero ya que entramos en Madrid, y que no hacemos falta á esa señora, porque ningun pirata acomete á un buque en un puerto, vámonos á un café donde podamos beber y hablar.

—Ahí, en la calle de Hortaleza hay uno.

—Pues vamos allá.

—Hace mucho que llegó usted á Madrid?

—Hace cinco dias que tomé tierra en Cartagena, y uno que entré en la corte.

—¿Y no teme usted?

—¡Cá! ¿quién me conoce? Yo traigo mi pasaporte en regla desde Brest: soy el honrado contramaestre de la goleta mercante la Anunciacion, que se fué á pique en la Mancha. Ni ha habido tal goleta, ni tal naufragio; pero no importa: ello es el caso que yo navego por Madrid con el rol en regla, y no tengo que temer ninguna visita.

—¡Ah! de ese modo... pero ya estamos en el café. Entre usted.

Y Andrés abrió las vidrieras, y entró en un café modesto y pequeño.

En el mostrador habia una de esas montañesas del Norte de España, jóven y bella, que dirigía el despacho.

Dos mozos estaban charlando sentados junto á una mesa, porque la concurrencia era escasa.

—¡Mariano! dijo Andrés al entrar: tráenos una botella de ron al cuarto de las injurias.

El mozo se levantó, y Andrés llevó al Moreno á un cuartito situado á la izquierda de la primera pieza.

—¿Por qué llaman á este camarote el cuarto de las injurias? dijo el marino.

—¿Qué sé yo? me he encontrado cuando empecé á frecuentar este café, con que ya tenia ese nombre: yo creo que se lo han dado porque en él se metian ciertas parejas que no querian estar muy á la vista.

—¡Ah! ¡ya! ¡esta es una caleta de contrabandistas!

—Sobre poco mas ó menos.

—¡Ron superior de la Jamáica! dijo Mariano, poniendo sobre la mesa una botella, y sirviendo las copas.

—Pues diablo, dijo el Moreno, no sabia yo que Motril era la Jamáica: pero tanto dá: este ron y yo somos paisanos; del ingenio de la Vírgen de la Cabeza él, y yo de la hacienda de al lado: solo nos diferenciamos en la edad: yo nací allí hace cuarenta años, y él ha nacido, cuando mas tarde, el año pasado.

—Es un ron muy bueno, dijo el mozo.

—Como tú; pero lárgate á proa, y no acudas hasta nueva órden: cierra la puerta.

Mariano miró socarronamente al marino, y se fué.

—Hé ahí un tunante á quien le hacen falta de toda necesidad algunos chicotazos: á bordo del Alcion, le pondríamos blando como una estopa... estos tunantes de agua dulce me encocoran; pero ya que estamos solos voy á decirle á usted, camarada, á lo que he venido á Madrid, y espero que usted me servirá en lo que pueda.

—Cuente usted conmigo.

—Pues: yo no conozco estas aguas, y necesito un práctico. Sepamos: ¿conoce usted á una especie de corsario en grande que se llama el vizconde de Rudaguas?

—Creo haberle oido nombrar en casa de mi maestro.

—¿Y quién es su maestro de usted?

—Don José Perez.

—Pues es necesario que se informe usted de su maestro, á fin de que veamos el medio de echar el guante á ese barco que no se sabe por dónde navega. Ayer estuve tres veces en su casa... y ¡que si quieres! su escelencia no estaba, habia pasado la noche fuera... esta mañana estuve tambien: su escelencia habia salido temprano... pues no, como el escelentísimo se me ponga á tiro... tenemos que ajustar ciertas cuentas embrolladas, para lo que traigo poderes en regla de mi capitan, que es un bravo sugeto que no se anda por las ramas. «Moreno, me dijo un dia bebiendo un vaso de groog en una taberna de Liverpool: ya sabes lo que tienes que hacer: en cuanto eches el guante á ese canalla, finiquitas con él mis cuentas, ¿eh?—Y tanto, mi capitan, le contesté; ó ese tal se mete en las entrañas de la tierra, ó me lo sorbo como me sorbo esta copa, si me niega el saldo.» Y me tiré al coleto una copa de ron, como me tiro esta, solo que aquel ron era mejor que mi paisano.

Y el Moreno, acompañando la accion á la palabra, se tragó una copa, y se limpió los labios con el envés de la mano.

—Entre paréntesis, y ahora que se trata de cuentas, dijo Andrés, ¿no teme usted que la justicia quiera ajustar algunas con nosotros?

—¡Bah! yo no digo que la justicia no quiera, pero dudo mucho de que pueda. Hemos matado, ó por mejor decir, yo he matado á un hombre, porque estoy seguro de que le he matado, tanto como de que he tenido razon para matarle; pero como estaba oscuro, y nadie nos vió, y nadie nos conoce, y ellos iban á hacer una trastada, no tengo cuidado de ello... enterrarán al muerto para que no apeste, y gota de lluvia que cayó en el mar.

—Se conoce que está usted acostumbrado...

—¡Á matar! ¡bah! matar, es un oficio como otro cualquiera, y si no ahí están los médicos y los boticarios que no me dejarán mentir... y cuando solo se matan ingleses y bribones, no hay que acordarse de ello, como no sea para matar mas... por ejemplo, tratándose del señor vizconde de Rudaguas.

—Con que ese señor...

—Es peor que todos los cruceros ingleses juntos... y lo que es á mi capitan, le ha pegado una que ya... ya se ve... todo el mundo creyó que mi capitan era un hombre pasado por agua... y cuando se creen solas á una viuda y una huérfana... ¡Dios de Dios! los piratas mas terribles, mas sanguinarios, mas feroces, no son los que cruzan los mares luchando con los hombres y con las tempestades... son los que viven aquí, y en París, y en Lóndres, esas lagunas corrompidas donde no hay mas que culebras y gusarapos, donde todo huele mal, donde las mujeres de las montañas se ponen pálidas del rostro y del alma, y donde un marino se ahoga... son esos miserables que usan como arma de muerte su mala fé, á quienes la ley no castiga, porque matan á la sombra de la ley: son esos infames que abusan de la buena fé de un hombre honrado, y niegan á su viuda y á su huérfana el oro que el hombre de bien ha adquido con el sudor de su frente, arrostrando el peligro, con el corazon ancho como el firmamento de los mares: son esos viles que destruyen cuanto tocan, y que mantienen su vanidad y sus vicios, y se elevan, y brillan sobre sangre y lodo.

—¡Ah! ¡ah! ¿y ha sucedido una desgracia tal á su capitan de usted?

—Sí, sí por cierto: una desgracia horrible que se puede vengar, pero que no puede repararse. Otra copa, vamos, otra copa: maldito ron: es necesario, para no hacerle gestos, tener el tragadero de bronce.

—Yo no bebo mas.

—No insisto: porque para beber sin cuidado este veneno, es necesario ser lo que yo soy. Pero ya que no beba usted, escúcheme.

—Con mil amores: estoy interesado por su capitan de usted.

—¡Ah! ¡pobre don Julian! ¡y vale un mundo! ¡vamos! Dios debe de estar dormido algunas veces. Pues como decia, hace cuatro años nos cogió un chubasco en el golfo de las Damas.

—¿Á su capitan y á usted?

—Yo entonces no conocia á don Julian; era piloto de una goleta catalana: la *Sílfide:* buen barco, un poco pesado, y poco fuerte de

mura... pero vamos... servia. Dije que se nos habia echado encima un chubasco; pues bien: el chubasco se convirtió en un infierno; y en menos de dos horas, ¡adios goleta! empezó á hacer agua, y si no andamos listos y armamos la chalupa, no soy yo quien lo cuento; me almuerza un tiburon, y punto concluido. Pero en fin, despues de tres dias de agonía nos recogió un buque-correo, y nos llevó á la Habana.

Cuando yo me vi á bordo de una fragata real, ya fué distinto; me olvidé del naufragio como quien se olvida de una pesadilla; un hombre de mar como yo, que lleva treinta años dentro del agua, y que sabe su obligacion, tiene seguridad de encontrar acomodo en cualquier puerto, y la Habana es de los mejores; me vi hombre, y aunque solo tenia una camiseta, unos pantalones averiados, y unos zapatos rajados por el *agua amarga*, me dije: dentro de tres dias de seguro estamos á bordo aunque sea en una cáscara de nuez; y dicho y hecho: me paseaba yo un dia por la playa de la Punta, cuando hé aquí que me tocan en el hombro. Me vuelvo y veo á un marino como de cincuenta años, con las mejores trazas del mundo, pero poco mas ó menos tan estropeado como yo.

—¡Eh, muchacho! me dijo, ¿tú estás sin acomodo?

—Sí señor, mi capitan, le dije, porque aquel hombre tenia trazas de comandante.

—Vente conmigo.

Y tiró hácia la ciudad, y no paró hasta una casa de la calle de Compostela.

—Espera aquí, me dijo.

Yo me quedé fuera esperándole, y él entró en la casa.

Al cabo de una hora salió, y me dijo:

—Sígueme.

Volví á seguirle, y me llevó á la bahía.

—¿Ves aquel buque? me dijo.

Y me señaló un hermoso bric-barc, qne se balanceaba gallardamente sobre las aguas.

—Que no me oiga la Vírgen de la Cabeza cuando la llame, si aquel buque no acaba de salir de la dársena, mi comandante; magnífico, de á diez y seis bocas, y no es de la marina real.

—Es un buque de corso, camarada, me dijo don Julian; y vamos, ¿qué tripulacion crees necesaria para ese buen mozo?

—¡Bah! mi comandante, ya lo sabe usted; diez y seis hombres para la maniobra, y sesenta artilleros; un piloto, un contramaestre...

—Bien, bien; tú tienes buena traza de hombre de mar.

—Gracias, mi comandante.

—¿Por qué estás sin acomodo?

—Porque ha naufragado mi buque.

—¿Cómo se llamaba?

—La Sílfide.

—¿De qué matrícula?

—De la de Barcelona.

—¿Y la Sílfide era?...

—Goleta... no muy buena... pero en fin...

—¿Y cuál era tu plaza en la Sílfide?

—Piloto.

—Bien, bien; ya tengo piloto: ¿te atreverás tú á desempeñar la plaza de contramaestre?

—¡Bah! ¡ya lo creo!

—Pues bien, toma: y me dió cuatro onzas: cómprate ropa, y mañana al amanecer, en el muelle de Caballerías. Adios.

Y se me largó.

Yo me quedé confuso: un bric-barc con aquella facha, armado de tal modo, y que á tiro de cañon se conocia que era muy velero, no podia haberse construido mas que para la trata de negros; pero qué diablos... buque y capitan me habian entrado por el ojo derecho: compré los vestidos que necesitaba, y al dia siguiente á bordo del Alcion.

Cuando estuvimos en alta mar, el capitan me llamó á la cámara, se encerró conmigo, y me dijo:

—Ya sabrás adonde vamos.

—¡Bah! mi comandante, creo que vamos por mercancía negra.

—Eso es. Si no te conviene servir en un buque negrero, te dejaré en el primer puerto en que toquemos.

—Adelante, mi capitan.

—Pues no hay mas que decir.

Hicimos algunos viajes felizmente, sin tener mas que tres combates con los cruceros ingleses, y mi capitan se puso rico, y yo no escapé tampoco mal.

—Pero me parece mentira, dijo Andrés, que siendo usted tan honrado, y tan franco, y tan generoso, como ha demostrado de una manera indudable, haya usted comerciado con hombres.

—En primer lugar, los africanos de la costa de Guinea no son hombres.

—¡Ah!

—Son una especie de animales feroces, que sostienen entre sí una guerra contínua, y que cuando no tienen quien les compre los prisioneros, se los comen: al comprarlos se les salva la vida y el alma; se les trae á Cuba; trabajan, es verdad, pero se les civiliza; se les hace cristiãnos; y si son trabajadores y honrados, al cabo de cierto tiempo se emancipan por su propio trabajo...

—Pero se les trata muy mal... y la esclavitud...

—Será todo lo que usted quiera, pero no vamos á eso... yo veo que á los blancos se les trata como negros, y que esclavo y pobre es todo uno... yo iba á mi cuento, esto es, á la razon porque yo estoy en España y en Madrid, á cien leguas del mar, y bebiendo con usted ron: pues señor, un dia mi capitan, que me habia tomado mucho cariño, mejor dicho, una noche, en que navegábamos con una brisa fresca, y hacia una hermosa luna, sentado conmigo á popa, me dijo:

—¿Tienes tú familia, Moreno?

—¡Eh! no señor: yo lo llevo todo conmigo. Yo soy mi padre, y mi madre, y mi hermano, y mi hijo, todo junto.

—¿Han muerto los tuyos?

—Sí señor.

—¿Y has sido casado?

—No señor.

—¡Ah! pues si no has tenido mujer é hijos...

Y don Julian inclinó la cabeza, y suspiró tristemente.

—Vamos, mi comandante, le dije, los muertos están con Dios, y cuanto mas nos aman, se alegran mas de nuestra alegría. Á lo que Dios ha querido no hay mas que ánimo sereno...

—Sí, cuando Dios mata á nuestra esposa, y nos roba una hija: pero cuando quien las ha matado y perdido es un hombre...

—¡Ah! eso es ya distinto, dije.

—Hace dos años, mandaba yo un buque mercante: naufragué á la altura del cabo de Buena-Esperanza, y me salvé en una verga: dos dias estuve flotando desesperado, entumecido, moribundo: al fin me recogió un buque; pero aquel buque era un negrero portugués.

—¡Ah! le contesté: ¿y no pudo usted avisar á su familia?

—No, hasta un año despues, que desde el Brasil pasé á Cuba; entonces escribí; mis cartas no tuvieron contestacion: era imposible que mi buena Adelaida no hubiera contestado si hubiera recibido noticias mias: yo entre tanto ganaba una mezquina subsistencia en

una casa de comercio: ni de marinero logré encontrar acomodo para volver á España.

—¡Ah! ¡ah!

—Y entre tanto una inquietud mortal me devoraba: no sabia á qué atribuir el silencio de mi esposa: ¿me habria hecho traicion? ¿habria recibido una noticia falsa de mi muerte, y se habria unido á otro? ¿habria muerto, en fin? Este último temor me desgarraba el alma: y mi hija, mi pobre Ana, huérfana, abandonada... yo habia dejado, es verdad, una fortuna depositada en las manos de un amigo. ¿Pero quién sabia lo que habia sucedido por allá? No dormia, no reposaba, no vivia; luchaba impotente con mi ansiedad por volver á España. Al fin, un teniente de fragata con quien habia contraido amistad, y que iba con licencia á Madrid, se encargó de informarme, y de avisarme en llegando. El aviso fué horrible: se habian recibido en Madrid noticias de mi muerte: el vizconde de Rudaguas habia negado á mi pobre Adelaida la fortuna que yo habia dejado en depósito á aquel infame: la infeliz habia muerto seis meses despues; y no se sabia el paradero de mi hija.

—Pues si yo fuera, aseguro á usted no solo que el tal vizconde las habia de pagar todas juntas, sino que aunque su hija de usted estuviese escondida en los infiernos, la encontraria.

—Pues tú irás, me dijo don Julian, irás en cuanto desembarquemos en la Habana.

Y dicho y hecho, llegamos á la Habana; á los tres dias, provisto de un poder en forma, y de algunos documentos, y de letras por una cantidad considerable, me meto en un buque-correo, y con buen tiempo, héme aquí que llegué ayer á Madrid, que he tropezado con usted, y que usted conoce á quien conoce al señor vizconde de Rudaguas. Me alegro, ¡voto á! ya verá usted, ya verá usted quién es el Moreno.

Y el contramaestre negrero se bebió de un sorbo su sesta copa.

—El mundo es un tejido de infamias, dijo Andrés.

—Sí, pero peor para ellos, cuando dán con gentes como mi capitan ó como yo. ¡Dios de Dios! Mas le valiera al tal vizconde no haber nacido.

—¡Señor Andrés! dijo el mozo Mariano abriendo la puerta: ahí está don Cosme, ha preguntado por usted, y quiere hablarle.

—Pues que entre, que entre, dijo Andrés.

Entró inmediatamente el escribano.

—Tenia que hablarte á solas, dijo el curial, mirando con recelo al Moreno.

—No importa, dijo Andrés, hable usted cuanto quiera: el señor es amigo.

—Ya... ya... sí, bien... pero hay negocios...

—Vaya, dijo el Moreno, si estorbo me largo...

—¿Qué es estorbar? adivino de lo que viene usted á hablarme: de los asuntos de esta mañana: mejor es que no hablemos una palabra.

—Sí... ciertamente, pero tú estás loco.

—Pida usted, pida usted lo que quiera, y hablemos de otra cualquier cosa.

—Vaya, pues que me traigan lo de costumbre. Mariano, mi café con leche y mi marrasquino... pues como decia, Andrés, has sido un tonto.

—No hablemos mas de eso, don Cosme.

—Cuando esta mañana te me presentaste con un tesoro en las manos... vamos, vamos, Andrés.

—Beba usted, y calle, don Cosme.

—Vamos á ver, dijo el escribano, dirigiéndose al Moreno. ¿Se hubiera usted desprendido de cuarenta mil y tantos duros?

—Segun y como, dijo el Moreno, que habia sacado su bolsa de tabaco filipino, y rellenaba su pipa: segun y cómo...

—Si por ejemplo quebrára un hombre...

—Si yo debia grandes favores á ese hombre, y sin eso, si era honrado, y yo podia salvarle, ¡Dios de Dios! no digo yo cuarenta mil duros, ochenta mil... ¿para qué se quiere el dinero sino para gastarlo bien?

Y el Moreno encendió un fósforo, y con él la pipa, y se puso á chupar.

—Vamos, dijo para sí el escribano, Dios los cria y ellos se juntan. Hé aquí dos locos de atar. Pues á fé á fé que desde que soy escribano no he visto ni espero ver...

—Pero vamos claros, ¿qué ha hecho mi camarada?

—¡Qué ha hecho! pues ahí es nada: figúrese usted que juega á la lotería.

—Nunca he jugado á ella: al cané, á la banca, y al golfo, mucho, eso sí, mucho; pero vamos andando, Andrés jugó y le tocó.

—¡El premio grande! ¡cuarenta mil duros! ¡ayer! ¡hoy mismo!

—Buena suerte, amigo mio, dijo el marino chupando su pipa

con la mayor indiferencia, mientras al escribano se le salian los ojos del casco.

—Vea usted ahí lo que yo digo: la suerte se va ó á los que no la necesitan, ó á los que no la saben aprovechar. Cobra en seguida en buenos billetes de banco, y como sabia que su principal habia quebrado, me busca y recoge los créditos contra su maestro.

—Bien... bien, muy bien hecho, dijo el Moreno estrechando con su membruda mano la mano de Andrés.

—Pues yo digo que es muy mal hecho, dijo el curial.

—Usted es un bribon, dijo con la mayor lisura el contramaestre del Alcion, y nada tiene de estraño que encuentre muy mal hecho lo que no harian todos, es verdad, porque las buenas cosas las hacen pocos.

—¡Cómo que yo soy un bribon! esclamó amostazado don Cosme.

—Eso importa poco; pero le he oido á usted decir que es escribano, y siendo escribano y además bribon, que es lo mismo que si dijéramos hombre de trastienda, me conviene usted.

—¡Que le convengo yo á usted!

—Como á usted le convengo yo; y para que se persuada usted de ello, y para que haga boca, vaya, vaya esa media docena de onzejas.

El escribano abrió los ojos, la boca, las ventanillas de las narices y las manos, al ver la repleta bolsa de oro de donde habia sacado las seis onzas Martin.

—Supongo, dijo tomándolas y guardándolas, que usted me dará este dinero para algo.

—Indudablemente: si se tratára de gobernar un buque, yo no me vendria á usted; pero se trata de bribones, y me sirve usted de mucho. Por ahora no tenemos nada que hablar, pero mañana por la mañanita muy temprano...

—¿Dónde vive usted, amigo mio? dijo el escribano.

—En la posada de San Bruno, calle de Alcalá, cuarto número 15: Martin Iglesias, contramaestre de la goleta mercante la Anunciacion, que se fué á pique en el canal de la Mancha: con que hasta mañana, don Cosme.

Don Cosme comprendió que el marino queria quedarse solo con Andrés, y como las seis onzas que habia recibido le habian hecho muy servicial, se levantó, saludó, y salió del cuarto de las injurias, como sabemos que se llamaba aquel departamento del café.

—¿Con que esas tenemos? dijo el Moreno: ¿con que usted es uno

de esos bravos mozos que tienen el corazon á prueba de dinero? ¡Oh! ¡Dios de Dios! pues no le pese á usted, usted ha hecho fortuna: ¡cuernos del diablo! ¡y pensar que no es marino un buen muchacho que se lanza al peligro á oscuras, y que suelta un millon de reales lo mismo que yo suelto esta bocanada de humo! A la salud de usted, camarada, á la salud de usted y de la hermosa corbeta negra: ¡Dios de Dios!

Y el marino se bebió otra copa de ron, y se limpió los ojos con el envés de la mano.

—No hablemos mas de eso, dijo Andrés, que estaba sumamente cabizbajo, y vámonos: me siento malo, no sé lo que me duele.

—Mal de amores, mal de amores, dijo el Moreno; pero á bien que á Dios no le duelen prendas. Mañana iremos á ver á esa señora.

—Sí por cierto.

—¿Y dónde nos vemos?

—Yo tengo que ir al taller: á la una salgo, hasta las tres.

—Pues bien, á la una le espero á usted en mi posada; ¿ya sabe usted?

—Sí, parador de San Bruno, número 15.

—¡Hola! ¡eh! dijo el Moreno golpeando sobre la mesa. ¡Mozo!

Acudió Mariano.

—¿Qué se debe?

—Diez y ocho reales.

—Cuenta redonda, dijo el Moreno soltando un napoleon sobre la mesa.

Poco despues, Andrés y el marino salieron del café.

—Pues no, dijo el Moreno al salir, la niña del mostrador es una perlita.

En la calle, Andrés y el Marino se despidieron hasta el siguiente dia.

CAPITULO IX.

En que se sabe quién era el hombre del visillo.

Por este mismo tiempo llegó á la casa de Juan de Castro aquel mismo hombre que habia querido robar á Luisa en el cementerio, y tiró con fuerza de la campanilla.

Diego salió á abrir.

—¿Quién es? dijo.

—Abre, abre; ¿no me conoces? dijo el del visillo.

—Conozco á usted en la voz, dijo abriendo Diego: ¿pero quién habia de creer que con ese trage?... pero no está mi amo.

—Ya lo sé; pero vendrá. Llévame á la cama de tu amo.

—¿Pero qué le sucede á usted?

—Nada, nada, dijo el del visillo, cuyo paso era inseguro. Estoy muy malo; arrímate, me apoyaré en tí; llévame á la cama; ¡no oyes!

—Como usted guste, dijo Diego, llevándole primero á la sala y luego á la alcoba.

El del visillo se metió en la cama hasta con zapatos.

—Ahora, al momento, vé á buscar un médico.

—Mala hora es, dijo Diego; el médico del señor no estará en casa.

—Pues es preciso que busques á uno, que no vuelvas sin él. Estoy herido, muy mal herido, y me muero.

Al decir esto el del visillo, se deslió de una manta en que iba envuelto, y dejó ver su camisa, pobre y sucia, horriblemente ensangrentada.

Diego salió apresuradamente.

Al bajar por las escaleras, se dió un fuerte encontron con uno que subia.

—¡Eh! ¿Vas ciego? le dijo aquel hombre.

—Perdone usted, caballero, le dijo Diego; porque el tropezado lo parecia, y muy principal; pero iba á buscar un médico.

—¡Ah! ¿ibas á buscar un médico? ¡pues has tropezado con él!

—Pues si usted me hiciera el favor de subir al cuarto principal...

—Iba al cuarto segundo, pero iré despues. Vamos, sube.

Diego se volvió, abrió la puerta, y el médico entró.

—He encontrado un médico en las escaleras, dijo entrando en la alcoba, donde se encontraba el herido.

—¡Ah! pues toma, toma esos trapos que me he podido quitar con mucho trabajo, llévatelos, y que entre el médico.

Poco despues el médico entraba.

—¿Es usted médico-cirujano? dijo el herido.

—No hay médico hoy que no sea cirujano, caballero, dijo el médico descubriéndose. ¿Pero qué tiene usted?

—Una herida.

—Veamos, veamos. ¡Luz! dijo el médico.

Diego se acercó al lecho.

—¡Ah! ¡ah! ya lo sabia yo, murmuró aquel hombre.

—¿Y qué sabia usted? dijo el herido, que aun no habia mirado al médico.

—Deja ese candelero sobre la mesa de noche, y déjanos solos, dijo el médico á Diego.

Diego obedeció, fascinado por el acento del médico.

—Ya sabia yo que estabas gravemente herido, vizconde; ya lo sabia yo.

Entonces el herido miró al médico, y lanzó un grito de espanto.

—¡Satanás! esclamó, ¿eres tú?

—Pueden oirte y creerte loco: llámame el baron del Destierro.

—¿Qué quieres? dijo el vizconde de Rudaguas, que él era.

—No estás herido de muerte, dijo el diablo; si lo estuvieses no podria curarte; pero un médico humano te mataria, y yo no quiero que mueras: me sirves demasiado: con que estate quieto, te voy á curar.

Satanás sacó dos magníficas cajas de los bolsillos interiores de su levita.

La una contenia un estuche quirúrgico: la otra hilas, vendajes y medicamentos.



—SI, SI: GRITA BIEN: ¡ESO TE ALIVIARÁ!

Se apoderó del vizconde, y se puso á curarle ni mas ni menos que lo hubiera hecho un cirujano.

El vizconde gritaba.

—Sí, sí, decia Satanás, grita bien, eso te aliviará: la cura es durilla; hay que cortar alguna carne, hay que dilatar la herida: ya se ve, los hombres no encuentran perfectos los medios de destruccion nunca: ahora han encontrado la bala cónica y la espiral estriada del cañon: mañana envenenarán las balas.

—¿Pero es mortal la herida? dijo angustiadamente el vizconde.

—Ya te he dicho que no: vivirás lo bastante para que puedan al fin matarte.

—¿Y sabes quién me ha herido?

—Un hombre, en el cementerio de San Ginés y San Luis.

—Pero su nombre...

—No lo sé.

—¡Que no lo sabes, tú que lo sabes todo!

—Es lo mismo: no te lo quiero decir.

—¿De suerte que tengo un enemigo á quien no conozco?

—Él tampoco te conoce á tí.

—Y si no me conocia, ¿por qué intervino?...

—Luisa es muy hermosa, interesa á todo el mundo, menos á Juan; y ahí tienes la razon de que un hombre generoso, viéndola seguida por mala gente, la haya defendido, matando á uno de los tuyos é hiriéndote á tí.

—Estoy en desgracia con Luisa.

—Tu afan de vengarte de Luisa, por la cruz que á causa de ella te puse yo en el rostro, te va á costar cara. Y es el caso, que tu rabia contra Luisa va á crecer, como que has recibido por ella un nuevo golpe. Yo me contenté con señalarte; pero esta herida te dejará un largo rastro; padecerás de ella.

—¿Y no puedes curarme bien?

—Sí, sí, te curaré bien; pero no puedes librarte de los resultados de esta herida, que te hará débil, demasiado sensible á las variaciones atmosféricas: estás atravesado de parte á parte: ¡pobre vizconde!

—Te has declarado completamente en contra mia, dijo con desesperacion el vizconde.

—Pero como yo no puedo hacer milagros, hé aquí que no puedo influir en los sucesos. Vamos á ver: ¿qué sabia yo si podrias dar ocasion á Juan de Castro para hacer la comedia de salvar á

Luisa, para que Luisa le perdonase y consintiera casarse con él?

—¿Es decir que no conoces lo porvenir?

—No: conozco lo pasado y lo presente, nada mas: en cuanto al porvenir, estoy sujeto á las condiciones de la inteligencia humana, deduzco, y nada mas.

—¿Y qué deduces?

—En cuanto á tí...

—Ciertamente: ¿qué me importan los demás?

—Deduzco que morirás de mala muerte, como han muerto todos los vizcondes de Rudaguas; acaso á mis manos, ó acaso á las manos de un hombre. Ó tal vez á las de un médico.

—Pero dime, ¿á lo menos será mia Luisa?

—Por su voluntad, nunca.

—¿Es decir que solo podré vengarme de ella?

—Quién sabe.

—¿Pero qué Satanás eres tú?

—Yo soy el espíritu humano en la eternidad.

—¿Y á qué has venido entonces?

—He venido, porque me interesa que vivas.

—¡Ah! ¿te interesa que viva yo?

—¡Sí! porque tú eres la prueba mas difícil de la virtud de Luisa. Y como yo quiero que Luisa luche, y que se salve salvando á los suyos...

—No te comprendo, Satanás.

—Tengo mis caprichos.

—¿Y ha sido indispensable tu intervencion para que yo no muera de esta herida?

—De todo punto; otro cualquier cirujano te hubiera matado.

—¿Es decir que no moriré?

—De esta herida, no.

—Te doy las gracias por esa seguridad, porque te confieso que no me gustaria morir tan jóven.

—Paréceme (esta es una deduccion nada mas) que no morirás viejo.

—Tus deducciones me desesperan. Eres un diablo que no ves dos dedos mas allá de las narices.

—Paréceme que porque yo procuro que no te cause espanto mi presencia, me faltas al respeto.

—¡Ah! ¿consiste en tí el que no me causes espanto?

—Sí por cierto.

—¿Y podrias espantarme?

—Ya lo creo.

—¿Cómo?

—Lo vas á ver. ¿Te acuerdas de Adelaida?

El vizconde dió un grito.

—¿Lo ves? para espantarte no necesito mas que convertirme en tu remordimiento.

—¡Adelaida! ¡Adelaida!

—Te voy á contar su historia: me parece que la has olvidado.

—¡Ah! no, no.

—Soy el remordimiento y la fiebre, esclamó Satanás: escucha.

Y tocó con su dedo la frente del vizconde de Rudaguas, que quedó inmóvil, con los ojos dilatados, ardientes, fijos en el techo de la cama.

El diablo habia desaparecido, pero el vizconde escuchaba dentro de sí mismo una voz ronca, lúgubre, terrible, que hablaba de esta manera:

Un dia, por mejor decir, una mañana de primavera, un jóven que paseaba por el Buen Retiro de Madrid, encontró una familia.

La componian un hombre como de cuarenta á cuarenta y cinco años, una jóven como de veinte y cinco, y una niña como de once.

El hombre llevaba un frac azul con boton dorado, y en el boton un ancla, lo que demostraba que era marino.

Su fisonomía era grave, simpática, pero séria é inmóvil; tenia los cabellos entre canos, y hablaba poco.

La jóven que iba asida de su brazo era poderosamente hermosa, y vestía con suma elegancia un bello trage de mañana; jugaba con su sombrilla distraida, y contestaba con monosílabos á las breves palabras de su marido; porque el marino era marido de aquella hermosísima jóven.

La niña iba delante de sus padres, y era tan hermosa como su madre, y melancólica y grave como su padre.

El aspecto esterior de aquella familia tenia algo de fatal.

El gefe de ella, el marino, se llamaba don Julian de Olmedo, y era capitan de un buque mercante; su mujer Adelaida Orgáz, y su hija Ana.

Y así, silenciosos y pensativos los tres individuos de aquella familia, adelantaban por las umbrosas calles del Retiro, cuando encontraron al jóven, que paseaba tambien.

Al ver este jóven á aquella familia, pasó por su semblante una

rápida espresion que podia compararse á la de un lobo que encuentra una presa; pero aquella espresion pasó, y el jóven se adelantó hácia el marino y le saludó: eras tú, tú, vizconde de Rudaguas.

¡Acuérdate!

Eras entonces muy jóven, pero con una juventud precoz; eras un niño y parecias un hombre.

Y no solo un hombre, sino un hombre gastado, pero hipócrita, con toda la repugnante esperiencia de los viejos y con todos los instintos destructores del lobo.

Hacia ya algun tiempo que manejabas tus negocios.

Comprendias perfectamente todos los azares, todos los peligros, todas las pilladas, todos los engaños, de todos los juegos, desde el naipe hasta la bolsa.

Gran señor y rico, conocias muchas gentes: te acompañabas en público de las que podian honrarte, y te recatabas hábilmente para tratar á las que podian desprestigiarte.

Tenias empeñadas tus rentas, pero no lo sabia nadie.

Habias quedado huérfano en la cuna, te habian educado del peor modo posible, y á los catorce años habias aterrado á tu tutor, que te habia dejado el manejo de tus negocios.

Eras un pequeño hombre admirable.

Tu figura encubria tu edad.

Hace mucho tiempo que pareces lo que eres ahora; un jóven de veinte y tres á veinte y cuatro años que representa treinta.

Tu hipocresía perfecta, admirable, te hacia parecer un hombre simpático, y lo que era mucho mejor, honrado y formal.

Tú te has valido siempre de manos agenas para cometer tus infamias.

De modo que nadie mas que tus cómplices, Dios y yo, te conocíamos y te conocemos.

Don Julian, el marino, que conociendo solo tu firma, esto es, la firma de tu casa, habia depositado en ella sus ahorros, te se presentó al venir con licencia á Madrid y quedó encantado de tí, y de la manera como tenias montada tu casa bajo el punto de vista mercantil.

Tú pagaste su visita al marino, y quedaste encantado de su mujer.

Adelaida era una de esas poesías que atraviesan por el mundo encuadernadas, por decirlo así, en un bello trage.

Tenia veinte y cinco años, y la tristeza y el sufrimiento daban una gran fuerza á la mirada serena de sus ojos negros, y á la tranquila y resignada espresion de su semblante blanco y pálido.

Tú viste el sufrimiento de Adelaida, por mas que ella creyese que se dominaba hasta el punto de que no le notasen las gentes, y quisiste saber cuál era la causa de su sufrimiento.

Porque cuando una mujer enamora, el enamorado tiene una gran ventaja conociendo la parte íntima de la mujer que le enamora.

Y como en las casas que son casas hay siempre criados antiguos, y los criados, por antiguos que sean, nunca dejan de ser criados, tú encontraste en casa del marino una criada vieja que habia sido nodriza de su mujer.

Algunos regalos hechos oportunamente te captaron la confianza de la criada y supiste:

Que Adelaida era hija de un gefe de escuadra.

Que habia perdido al nacer á su madre, y que su padre, alejado por su posicion de su hija, la puso en un colegio.

Que Adelaida estuvo en un colegio hasta los catorce años.

Que el mismo dia en que Adelaida cumplió sus catorce años, se presentó en el colegio un caballero con uniforme de marino, y estuvo largo tiempo hablando con la directora.

Que despues llamaron á Adelaida, y esta se encontró con que aquel caballero, que la saludó de una manera ruda, tenia á lo menos treinta y cinco años.

Sin ser mal mozo, era un señor grave: hablaba poco y vestía el uniforme de alférez de navío.

Este hombre se llamaba don Julian.

Miró de alto á abajo á Adelaida, que era una preciosa niña, y luego sacó de la solapa interior de su uniforme una cartera, y de la cartera una carta que entregó á Adelaida.

Aquella carta era de su padre.

En ella la decia que el don Julian era un valiente marino muy amigo suyo y muy á propósito para casarse con ella: que dejaba la marina real para pasar con ventaja á la marina mercante: que entraba en una vida mas reposada, que habia visto el retrato de Adelaida y queria casarse con ella.

El gefe de escuadra concluía mandando á su hija, como hubiera mandado á tal ó cual servicio á uno de los buques de su division, que se casase con don Julian.

Adelaida, que no sabia lo que era amor, creyó que casarse no

era otra cosa que variar de colegio, y se casó sin amor, sin aficion, aun sin amistad con don Julian.

Don Julian la puso casa en Madrid, estuvo con ella un mes y se marchó á Barcelona, y desde allí escribió á su jóven esposa que en aquel momento entraba á bordo de una fragata mercante para hacer un viaje á Filipinas.

Adelaida leyó esta carta, que era tal y tan descarnada como pudiera haberlo sido un parte al comandante de un apostadero, sin conmocion, sin interés, como se habia casado con don Julian, y la arrojó en un cajon.

Toda la correspondencia recibida por Adelaida se reducia á la carta que su padre la habia escrito mandándola que se casase con don Julian, y á la otra carta en que don Julian la anunciaba su partida para Filipinas.

Cuando pasado un año, don Julian volvió á Madrid cargado de ricos productos de Manila y del Japon para su mujer, se encontró con que esta daba de mamar á una hermosa niña de cuatro meses.

Aquella niña era Ana, la pobre Ana, á quien tú, vizconde de Rudaguas, has reducido á la miseria.

Don Julian si se alegró no lo demostró: tomó la niña en sus brazos, admiró su robustez, la entregó de nuevo á su madre sin darla un beso, y luego se sentó, sacó su cartera y se puso á dar cuenta á su mujer del tanto por ciento que le habia dejado su comision y su pacotilla del viaje de ida y vuelta de Filipinas.

Don Julian estuvo otro mes en su casa, y partió de nuevo, dejando á su mujer algunos miles de duros.

Hizo otro viaje á Calcuta y volvió pasado un año.

Adelaida no era ya una niña, sino una mujer hechicera, embellecida por la maternidad.

Ana andaba ya y tartamudeaba algunas palabras.

Sin embargo, don Julian fué aquella vez el mismo hombre, grave, sério y silencioso, dió á su mujer una nueva carga de riquísimos regalos, y puso en la caja algunos miles mas de duros.

Al mes volvió á marchar.

Adelaida recibió otra carta.

Con aquella eran cuatro las de su correspondencia.

Don Julian marchaba á Cuba.

Y así sucesivamente: pasando un año en sus viajes, y un mes al lado de Adelaida, llegó esta á cumplir veinte y cinco años, y su hija once.

Hacia un mes que don Julian habia vuelto de un tercer viaje á Filipinas, cuando aquella mañana te encontró en el Retiro, hace seis años.

—¡Acuérdate!

Don Julian al verte, se alegró.

Adelaida se puso pálida.

Ana te miró con un recelo instintivo; con ese admirable instinto de los niños que nunca se engañan; con esa especie de juicio sintético que forman acerca de las personas con quienes se ponen en contacto.

Tú saludaste con respeto al marino, con galantería á Adelaida, y diste un beso á la pobre Ana.

El marino dejó el brazo de su mujer, y tomó el tuyo.

Adelaida tomó á su hija de la mano, y siguió andando delante de tí y de don Julian.

Don Julian te dijo:

—Almorzarémos juntos, y despues hablaremos un rato.

—Como usted quiera, contestaste tú.

—Me voy á América, y quiero poner en actividad mi capital muerto que tengo en casa. Cuento para ello con usted.

—Sí, sí, como usted quiera, dijiste tú: y dirigiéndote á Adelaida, añadiste: ¿Y esta señora no ha visto el mar?

—Me figuro lo que es, dijo Adelaida: un desierto infinito.

Pronunció de tal modo la jóven estas palabras, que tú comprendiste lo siguiente:

—Un desierto infinito, como mi corazon.

—¡Ah! ¡ah! sin embargo, ese desierto tiene vientos, y nubes, y olas, y horizontes; ese desierto se apoya en distintas playas; navegando, navegando, se llega á su límite.

—Ó se naufraga, dijo sin saber lo que se decia, y con la mejor buena fé del mundo, el marino.

—Por lo mismo, dijo Adelaida con una intencion que solo comprendiste tú, yo no me aventuraré á embarcarme, ni mucho menos á buscar el límite de ese océano.

—¿Por temor de naufragar? dijiste tú.

—No, no por cierto: por evitar las incomodidades de una lucha con los elementos: porque yo creo lo que dice Julian, cuando un buque es nuevo y fuerte, y está bien construido, y le manda un buen marino, un marino práctico, ese buque no naufraga, porque evita los escollos.

—En la tierra tambien hay tempestades, señora.

—Lo que yo digo á mi mujer cuando me aconseja que deje el mar, como si yo pudiera vivir fuera del agua: el peligro está en todas partes: en todas partes la muerte, cuando no nos protege la mano de Dios.

La conversacion era intencionada por parte de Adelaida y por la tuya; pero el bueno de don Julian no comprendia aquella intencion, porque las palabras estaban pronunciadas con volubilidad, alegremente, en medio de risas: la intencion estaba en el fondo, y el don Julian, cuando se trataba de fondos, solo comprendia los del mar.

Llegaron al fin al carruage de Adelaida, y digo de Adelaida, porque su marido solo venia á ser un huésped íntimo en su casa, que permanecia en ella durante muy poco tiempo.

Era además don Julian la persona á quien con menos confianza trataba su mujer.

Solo le veía de año á año durante un mes.

Y para eso, como don Julian era hombre de negocios, y traía siempre encargos, se pasaba el mes de su permanencia en Madrid de casa del ministro á casa del banquero, sin ir á la suya mas que á comer y á dormir.

Almorzaste aquel dia con aquella familia, cuya inmensa desgracia debias causar, y despues del almuerzo, don Julian se encerró contigo, te encargó sus negocios, y al dia siguiente pasaron á tu caja un millon seiscientos mil reales, que constituían toda la fortuna del marino.

Tú en cambio habias dado un simple recibo, que crees sin duda inutilizado por el mar.

Las relaciones bursátiles que habias contraido con don Julian, te habian puesto en posicion de intentar otras relaciones de distinto género con su mujer.

Tú te alegraste de aquellas relaciones, mas por Adelaida que por el millon y medio de reales que el marino habia metido en tu caja, como si dijéramos, en la boca del lobo.

Porque tú eres ladron, y un ladron insaciable de oro.

Como que eran insaciables tus vicios y tu vanidad.

Te enamoraban en Adelaida su magnífica hermosura y su virtud.

Porque la virtud de Adelaida era una de esas que salen á la cara: una de esas virtudes características que hacen decir á un hombre de mundo: esta mujer es una escepcion.

Pero tú, mas hombre de mundo que muchos de los que por ta-

les pasan, comprendiste al mismo tiempo en la virtud de Adelaida algunas otras cosas.

Que no amaba á su marido.

Que no podia amarle.

Que no habia amado.

Que necesitaba amar.

Que te temia.

Y cuando una mujer teme á un hombre, es por algo.

Este algo te inspiraba esperanzas.

Pero tu esperiencia te decia que estas esperanzas eran remotas, y á mas de remotas, problemáticas.

Tú, para asegurar mas tu triunfo, hiciste lo que pocos enamorados hubieran hecho.

Te mostraste indiferente á la hermosura de Adelaida, la visitaste de tarde en tarde, y aun así, haciendo tus visitas muy cortas, como de hombre de negocios.

Todos los meses ibas á dejarla su asignacion, la fuerte asignacion que don Julian pasaba á su mujer para vivir no solo con comodidad, sino con lujo, en la corte; la preguntabas afectuosamente por su marido como la hubieras preguntado por tu mejor amigo, y procurabas hacerte simpático á ella, y lo conseguiste.

Es mas, cuando Adelaida perdió la prevencion que la habias inspirado por instinto, sintió por tí lo que necesariamente debia sentir, simpatía: era una de esas criaturas que solo pueden amar ó aborrecer: de la simpatía pasó al afecto, del afecto pasó al amor: pero todo esto pasó por su alma sin que tú te apercibieses de ello. Y luchó la infeliz: tú habias sido la luz maldita que habia iluminado las tinieblas de su alma, de aquella alma sin amor hasta que tú se lo inspiraste; pero Adelaida era digna y buena: pertenecia á un hombre honrado, á quien no debia engañar: tenia una hija á quien no debia avergonzar un dia la historia impura de su madre; Adelaida ocultó su amor en el fondo de su alma; fué fuerte, y tú no conociste su amor. Llegó un dia en que desesperado estuviste á punto de desencantar á Adelaida: ella sabia que la amabas á pesar de tu reserva, y te agradecia tu respeto: sabia que tu amor (ella creía amor tu deseo) era íntimo, y tomaba por un inmenso sacrificio lo que por tu parte no era mas que una táctica hábil: si tú, desesperado, hubieras prescindido de esa táctica, si hubieras declarado tu amor á Adelaida, ella habria vuelto en sí, hubiera visto en tí un hombre que la exigia el sacrificio que jamás debe exigir un hombre á la mujer á

quien ama: el sacrificio de su dignidad: hubiera vuelto la antipatía, y puesta en lucha con el amor, le hubiera vencido. Pero una casualidad vino á protegerte y á perder á Adelaida: un dia, la infeliz recibió una carta con lacre negro. Aquella carta provenia del consulado de Barcelona. En ella se la participaba que su marido habia naufragado á la altura del cabo de Buena Esperanza, y que habia perecido. Acompañaba la partida de defuncion, testimoniada por la declaracion de cuatro marineros, únicos de la tripulacion del buque náufrago que habian logrado salvarse.

Adelaida no lloró á su marido como amante, sino como esposa, á nombre de su hija huérfana, por decirlo así. No se alegró porque era buena, pero respiró como el que sacado de un calabozo subterráneo, donde ha estado encerrado largo tiempo, respira el aire de vida de los cielos.

Y cuando pasó algun tiempo, ni ella fué ya reservada contigo, ni tú lo fuiste con ella. Os aproximásteis lentamente. Llegó un dia en que al fin se cruzó entre vosotros una palabra de amor, y como Adelaida era ó se creía libre, como habia luchado con tu amor durante tres años, como habia formado un gran concepto de tí, como tenia en tí una ciega confianza, cayó en tus brazos.

Fué tuya.

Y lo fué con toda su alma, con su corazon y con su cabeza.

Tú debiste casarte inmediatamente con ella; pero como tu amor era deseo, pasó al satisfacerse: habia algunas otras razones para que abandonases á Adelaida además de tu hastío.

Si te hubieras casado con ella, hubieras tenido necesidad de entregar mas de dos millones de reales á que ascendia el crédito del difunto contra tí.

Tú no querias perder tu libertad por una mujer que ya no te interesaba, ni entregar dos millones que no tenias.

Adelaida recibió á un mismo tiempo una doble y terrible herida.

Te negaste á casarte con ella cuando su honor estaba comprometido, porque se encontraba en cinta, y la negaste al mismo tiempo la fortuna de su hija.

No te rogó, no insistió, porque sabia que nada podria alcanzar de tí: puso á su hija en un colegio de una manera inmotivada, puesto que Ana tenia ya catorce años, y para ponerla en el colegio, se vió obligada á vender parte de sus alhajas. Despues, para ocultar su vergüenza, se fué á un pueblo, y en él murió maldiciéndote al dar á luz una niña muerta.

Tú habias matado á la madre y á la hija.

¡Acuérdate!

El vizconde se estremeció; quiso arrojar de sí aquella pesadilla, pero en vano: la fiebre le devoraba, un poder superior le retenia en aquel recuerdo, en aquel punzante remordimiento inexorable, y vió que estaba fijo, tremendo, en su memoria.

El diablo tornó á aparecer, y tocó de nuevo los ojos del vizconde.

—¡Oh, qué horrible sueño! esclamó despertando.

—¡Y bien! dijo Satanás, ¿me conoces ahora?

—¡Ana! ¿qué ha sido de Ana? dijo el vizconde sin atreverse á mirar al diablo.

—La hija de don Julian y de Adelaida, ¿no es verdad? dijo Satanás.

—Sí, sí; ¿qué ha sido de Ana?

—Una mujer y un viejo la han amparado.

—¡Una mujer y un viejo!

—Sí, Luisa y el padre Quirós.

—¡Luisa! ¡Luisa!... ¿y qué ha sido de Luisa?

—Ya te olvidas de Ana, y vuelves de nuevo á Luisa. Créeme, vizconde, Luisa será tu castigo, como sus abuelas lo han sido de tus abuelos.

—Creo que lo que me está sucediendo es un sueño.

—En otra ocasion soñaste, y el sueño te dejó como recuerdo una cruz de San Andrés en el rostro; este otro sueño te dejará por recuerdo dos cicatrices y una afeccion dolorosa.

—¡Oh, Dios mio!

—¿Por qué invocas á Dios? Por costumbre, ¿eh?

—Pues bien; Satanás, á pesar tuyo me vengaré de Luisa.

—Será lo que Dios quiera.

—¿Te resignas tú tambien por costumbre á la voluntad de Dios?

—Puede ser, pero te dejo.

—¿Que me dejas?

—Sí, se acerca Juan, y Juan no me conoce: yo solo me trato bajo mi verdadero nombre con Luisa y contigo. Sois mis dos personages; con que adios, vizconde.

—¿Y no volverás?

—Volveré á curarte todas las noches á media noche, cuando te encuentres solo.

—¿Y estás seguro de que no moriré de esta herida?

—¡Bah! ¿si creerás tú que yo soy alguno de esos médicos que pronostican á bulto? Yo no sé cuándo morirás, pero estoy seguro que no morirás de esa herida. Pero Juan se acerca. Adios.

Y aquella vez desapareció el diablo.

Abrióse la puerta de la alcoba y apareció otro hombre.

Era Juan.

Venia pálido, contraido.

—¿Y el médico? dijo al entrar. Me ha dicho Diego que estaba con usted.

—El médico ha salido, amigo mio, dijo el vizconde.

—Será necesario despedir á Diego, se ha vuelto estúpido.

—¿No se le ocurre á usted otra cosa que decirme? dijo el vizconde descargando su mal humor sobre Juan.

—¿Y qué quiere usted que le diga? Está usted herido; yo no tengo la culpa: ocurrencia de usted fué el lance de esta noche.

—Al cual usted ha faltado...

—No, no señor, otros han llegado antes que yo. Esto es todo.

—¿Y sabe usted quiénes sean esos otros?

—Me importa poco.

—Creo que te me atreves, pintorcillo, esclamó el vizconde.

—De ningun modo, no me atrevo á usted, pero estoy en el caso de declararle que me niego de todo punto á continuar en esta empresa, que no ayudaré á usted á obtener á Luisa, porque los medios no son honrosos.

—¡Ah! ¡ah! ¡crees que este es asunto concluido! ¡que de esta vez me lleva el diablo! ¡y te emancipas! Me alegro, porque así sé que debo prescindir de toda consideracion contigo y tratarte como un esclavo; ¡oh! ¡oh! ¿con que has creido que muero? Pues te engañas, querido mio; y además, eres un torpe: mi muerte deberia espantarte: si yo muero, ¿quién te sacará del horrible compromiso en que te encuentras?

—¡Ah!

—Sí por cierto: ¿qué dirás á los que te han encargado cuadros cuando vengan á pedirte esos cuadros? No los tengo concluidos: esto sería lo de menos: pero te has dado tanta prisa á gastar, has montado tu casa de tal modo, que necesitas de mi bolsa, porque los que te han adelantado dinero no te adelantarán mas. Apuesto á que todo tu capital lo tienes en tu bolsillo.

Juan se aterró.

Acordóse de que el diablo le habia destituido de pintor; que sus

cuadros habian sido borrados; que no tenia mas recurso que la bolsa del vizconde, y para ello comprendió que tenia que reducirse á su voluntad, á ser su esclavo.

—Y bien, dijo, supongamos que yo lo arrostro todo...

—Tú no arrostrarás nada; tú eres vanidoso y fátuo, y antes que volver á tu antiguo estado, no habrá bajeza á que no te prestes. Si yo no te hiciera falta, serías capaz de asesinarme para verte libre de mí... ¿eh? pero si yo no hubiera estado seguro de que me necesitas, no hubiera venido á tu casa.

—Me hace usted muy poco favor, formando ese horrible concepto de mí.

—Dejémonos de farsas: tú y yo hemos nacido el uno para el otro: yo para mandarte, tú para servirme. Desempeñamos, pues, cada uno nuestra parte verdadera. Yo no corro absolutamente peligro.

—Me alegro mucho.

—¡Eh! ¡gracias! pero aunque no corro peligro, me llevaré lo menos un mes en la cama. ¡Ha sido un buen pistoletazo! ¡Y que no sepa yo quiénes han sido los protectores de Luisa! Es necesario que espies á Luisa, que sepas qué personas tratan con ella.

—¡Bien, sí... la espiaré!

—Además, como durante un mes no puedo salir á la calle, es necesario que digas á mi prima Emilia que he salido repentinamente á Andalucía... á negocios... allí tengo tierras... y que me ha sido imposible ir á verla y me valgo de tí para decírselo.

—La veré...

—Además, procura que nadie pueda apercibirse de que yo estoy aquí, sobre todo, que nadie esté á mi lado de noche... desde la media noche en adelante.

—¡Estando gravemente herido!

—No importa; déjame solo.

Juan salió admirado por lo que veía, y el vizconde de Rudaguas se quedó solo, pensando en el diablo.

CAPITULO X.

El baron del Destierro.

Para figurar mas de ocho dias en las grandes capitales, llamando la atencion, siendo el objeto de todas las conversaciones, se necesita tal suma de circunstancias, que es casi imposible que una persona, sea la que fuese, consiga permanecer destacada en primera línea, en ese círculo en que las notabilidades se suceden con la rapidez de los figurines de modas.

Aunque os hagais brujo, aunque evoqueis los muertos, aunque adivineis los mas recónditos misterios, aunque, haciendo maravillas, logreis que os detenga en vuestro viaje, y os meta en la cárcel un alcalde de lugar, dareis, cuando mas, ocasion á que se escriban acerca de vos quince ó veinte gacetillas: á que hablen de vos las mujeres ociosas quince ó veinte dias.

El siglo XIX es eminentemente orgulloso y escéptico: no conoce mas ciencia que su ciencia colectiva, no cree mas que lo que quiere creer. Si el diablo se le presentára, creería que el diablo, por verdadero que fuese, era un diablo falsificado.

El siglo XIX busca la razon de todo; sino la encuentra, no concede lo maravilloso: deja la resolucion del misterio á los adelantos de la ciencia, y se cruza de brazos.

De lo que resulta que el siglo XIX es el siglo de los siglos, segun la opinion que él mismo se ha formado de sí propio; es un siglo eminentemente racionalista.

Y contra su racionalismo no hay creencias, no hay tradiciones, no hay costumbres que puedan, porque ha armonizado, y hé aquí lo maravilloso, la ciencia con la tradicion, y las costumbres con la razon.

El siglo XIX, que habla en nombre de la libertad del hombre, que reconoce la virtud y el vicio, que determina las penas y las recompensas, que rechaza la fatalidad, es sin embargo puramente fatalista, por lo mismo que es eminentemente racionalista.

Y cuando usamos la palabra fatalidad, entiéndase que nos referimos á la lógica necesaria é infalible de los sucesos, con relacion á sus causas.

Así es, que el milagro ha quedado entre nosotros reducido á servir de asunto á la leyenda: hoy se cree que todo sucede porque debe suceder, porque es preciso que suceda.

No se sabe por qué sucede una cosa: supongamos que echa á andar la torre de Santa Cruz de la coronada villa: ¿sabeis lo que se diria? Este es un fenómeno que tiene sin duda su razon.

He aquí por qué entre nosotros las notabilidades no son notabilidades sino mientras dura la primera impresion.

Pero cuando esta impresion está sostenida un dia y otro por un misterio; cuando los misterios aumentan, la curiosidad pública no cesa, y la persona á quien el misterio envuelve viene á ser el tema forzado de las conversaciones de ciertos círculos.

—Hoy he visto al baron del Destierro, dice uno.

—¿Y dónde?

—Corriendo liebres como un inglés en Alcovendas: llevaba mas de doscientos lebreles, y mas de cincuenta criados, todos vestidos de blanco en caballos enteramente negros.

—¡Ah! ¡ah!

Y siguen las descripciones minuciosas, y durante una hora no se habla de otra cosa.

Al dia siguiente, en otra reunion dice otro noticiero:

—Hoy he visto al baron del Destierro.

—¿Y dónde, dónde? dicen todos.

—En el soto de Migas-calientes.

—¡Vaya un baron campestre! dice una solterona.

—¿Y qué hacia en el soto de Migas-calientes?

—Se paseaba.

—¿Herborizando?

—No por cierto: enamorando mas bien.

—¿Á algun chopo?

—No por cierto. Á una magnífica mujer que le acompañaba.

—¡Por aquellos sitios!

—El amor busca la soledad.

—¿Y conocia usted á la mujer que iba con el baron?

—No la he visto nunca.

—¡Usted que conoce á todo el mundo!

—Pues ahí verá usted.

—¡Alguna costurera! el baron es muy escéntrico.

—No conozco costurera que lleve trages de brocado blanco.

—¡Brocado blanco!

—Alguna cómica que se ha vestido como para salir á la escena.

—¡Cá! no: una negra.

—¡Una negra!

—Hermosísima, y admirablemente prendida.

—Usted debe haberse equivocado.

—¡Equivocarme! estaba yo en mi puesto esperando la entrada de una perdiz, cuando sentí que me tocaban en el hombro. Me volví, y vi... al baron y á su compañera...

—¡La negra!

—¡Pero qué negra, Dios mio! No espero ver mujer mas hermosa.

—Usted soñaba...

—Oigan ustedes, el baron se volvió á su compañera y la dijo: querida mia, te presento á mi amigo don Cárlos Alvarez.

—¡Ah! ¡es usted amigo del baron!... ¡Habrá usted estado en su casa!

—¡Qué, no señora! ¡si no le habia hablado en mi vida!

—Pero estó es atroz.

—El baron tomó mi escopeta y se la dió á la negra: entonces el baron tiró una piedra á la perdiz, que revolaba al rededor del reclamo, y la negra apuntó rápidamente, tiró, y aunque la perdiz habia salido de través, y estaba fuera de tiro, la mató. El baron me devolvió la escopeta, me dió un cigarro como no he fumado dos en mi vida, la negrita me saludó sonriendo, me estrechó la mano el baron y se alejaron.

—¡Vaya una singularidad!

—¡Cosas del baron!

—Ese hombre se ha propuesto estar siempre en espectáculo.

—Y hay que confesar que sabe dar interés á las representaciones.

—Pues no es esto todo, continuó el noticiero.

—¡Pues qué! ¿hay mas? ¿hay mas?

—¡Veis esta sortija!

—¡Magnífica alhaja!

—¡Maravillosa!

—¡Asombrosa!

—Está montado el brillante con un gusto, con una novedad...

—Esta es una limosna del baron.

—¿Le ha dado á usted el baron una limosna?...

—¡Á mí! no por cierto: esta sortija me ha costado cinco mil duros... y hubiera dado diez mil.

—Pero esplíquese usted.

—Voy á esplicarme. Cuando el baron y su divina negra...

—¡Divina! esclamó una polluela con pretensiones de reina de la hermosura.

—Y divina he dicho á falta de otra frase mas superlativa: es mucha mujer.

—Pero una mujer negra...

—Que la describa...

—¿Pero quién describe el sol? ¿un cuerpo que deslumbra?...

—¡Un sol tizon!...

—Si la lleva el baron al Prado os convenceréis.

—Volvamos á la sortija.

—Sí, sí, nos estraviamos.

—Pues bien; volviendo á la sortija, cuando el baron se alejó con su hermosísima compañera, encontró á un mendigo á corta distancia. Dióle limosna y siguió; poco despues el mendigo estaba delante de mí.

—Caballero, me dijo, mostrándome la sortija: mire usted lo que aquel caballero acaba de darme de limosna. ¿Es esto bueno?

—Cuánto quieres por esa sortija.

—No lo sé.

—Ni yo tampoco; pero iremos á un joyero, y la tasará.

Fuimos, en efecto, á casa de un joyero, que despues de admirar el cincelado y el esmalte de oro, la montura y la limpieza del brillante, tasó la sortija en cinco mil duros: poco despues la sortija era mia.

—¡Una limosna de cinco mil duros!

—Ese hombre es un Nadab.

—Esto tiene algo de los cuentos de las *Mil y una noche.*

—Habrá encontrado ese hombre un tesoro como *Monte-Cristo.*

—¡Ah!

—¡Oh!

—¡Eh!

—Es un hombre verdaderamente singular.

Y todos los dias un nuevo noticion, una nueva maravilla venia á enaltecer la fama del baron del Destierro.

Su mismo título era ya una escentricidad.

¿Cómo se llamaba áquel hombre?

Nadie lo sabia.

¿Era español ó estrangero?

Su título no estaba en la guia; luego no era español ó no era título.

Por lo demás, su semblante no representaba ningun tipo determinado; no acusaba ninguna nacionalidad.

Sabíase que se llamaba el baron del Destierro, no se sabia cómo.

Escitada la curiosidad de los ociosos de alto coturno, se inventaron cuantos medios son imaginables para sorprender al baron.

Llegaron algunas hermosuras de fama hasta el punto de favorecerle con *avances* marcados cuando paseaba por el Prado al lado de sus carretelas, sobre un maravilloso caballo negro, seguido de cuatro lacayos con librea encarnada, y caballos negros, tambien, como la noche.

Pero los hombres que se habian propuesto abordarle, al llegar á cierta distancia de él habian desistido de su propósito, admirados por no sabemos qué temor vago, incomprensible: y en cuanto á los *avances* de ellas, no habian hecho sobre el baron mas efecto que el que hubieran hecho sobre una estátua.

Llegaron hasta el punto inconveniente de seguirle.

Ya fuera en carruage, ya á caballo, el baron salia de Madrid, indistintamente, por cualquiera de sus puertas, y en el momento en que se encontraban en el camino sus caballos, volaban, se perdian, no habia medio de seguirle.

Con mucha frecuencia, cuando el baron era seguido, él y su comitiva se perdian, aun dentro de la poblacion, al revolver una esquina, en la calle mas larga y mas derecha.

Aparecia en los teatros siempre solo: estaba un momento y desaparecia.

No visitaba á nadie.

Él solo desplegaba en sus rápidas apariciones mas fausto que todas las personas faustosas de la corte.

Nunca se le vió dos veces en un mismo carruage.

Nunca dos veces se le vió seguido de los mismos lacayos.

Nunca montaba un mismo caballo.

Solo llevaba siempre el mismo trage.

Un frac negro abrochado hasta el cuello; un pantalon estrecho, negro tambien, y guantes blancos y sombrero negro.

Pero en su corbata aparecia cada dia una nueva y riquísima joya.

Los lacayos eran de una misma estatura, de una misma robustez; llevaban siempre la librea encarnada; montaban siempre caballos negros; eran siempre cuatro, pero cada dia desconocidos: hubo quien tuvo la paciencia de contar los lacayos desde que se notó esta singularidad, y cuatro á cuatro, montaban ya en la época en que marcha nuestra accion á mas de quinientos.

Aquel misterioso baron se hacia servir por un ejército.

Hubo alguno que se atrevió, que intentó corromper á los lacayos, cuando esperaban á su señor á la puerta del teatro. Pero el que á tal cosa se atrevió, retrocedió antes de hablar, contenido por una severísima y grave, y podríamos decir, terrible mirada del sirviente rojo.

Esto era horrible: esto no podia tolerarse: el asunto iba haciéndose de la incumbencia de la policía.

Y en efecto, la policía terció en el negocio.

Un dia el baron se vió detenido.

Un comisario se le habia puesto delante.

El baron sacó una cartera, de la cartera un papel, y le entregó glacialmente al comisario.

El comisario leyó el papel, se puso pálido, devolvió el papel al baron, se deshizo en escusas, y saludando cortesmente se alejó.

—No puedo decir á ustedes quién es ese caballero, dijo á los que se habian valido de él.

—¿Pero qué ha respondido á usted? ¿qué papel era el que ha presentado á usted?

—¡No puedo! ¡no puedo!

—Pero amigo mio...

—Me comprometo. Adios, señores, adios.

Y el comisario escapó.

¿Qué habia visto el comisario en el papel que le habia presentado el baron del Destierro?

Únicamente un sello particular impreso con tinta roja: un trofeo con las armas de España en el centro, en cuya parte inferior se veía esta sola letra: S.

¿Qué significa aquellaS?

¿Silencio?

¿Secreto?

¿Subordinacion?

¿Superior?

¿Sátrapa?

No lo sabemos.

Lo único que sabia.e comisario era que debia obedecer ciegamente á la persona que aquel sello le presentase, y guardar un profunto secreto acerca de ella.

Aquel sello servia tambien para abrir, á quien le llevase, las mas difíciles entradas de las mas altas oficinas de la policía.

Ni aun podia decir á sus superiores que habia visto aquel sello, ni que habia hablado con la persona que le llevaba.

Como vemos, el sello que habia presentado al comisario el baron del Destierro, era una especie de talisman de virtudes especiales.

Inhabilitada la policía de entrometerse en las cosas del baron, se deduce fácilmente que la cuestion habia dado fondo; porque no hay que esforzarse en demostrar que, allí donde no alcanza el ojo de la policía, hay para los demás ojos un abismo insondable, impenetrable.

El baron continuó, pues, prodigando sus escentricidades.

Y como el baron solo se dejaba ver durante un momento, sus escentricidades producian mas efecto.

Nosotros sabemos que el baron era Satanás humanizado; pero lo que no podemos comprender bien es, por qué el diablo, personage indudablemente de muchísimos y complicados negocios, se entretenia en estas bromas.

Esto nos induce á creer que el diablo, á pesar de su gran ingenio, de su gran ciencia, de su gran esperiencia, de su altísima posicion, tiene sus caprichos, ni mas ni menos que los han tenido los mayores personages de la historia: no sabemos qué emperador romano se entretenia en cazar moscas... y á propósito de moscas y de diablo, esto nos recuerda aquel viejo y sabidísimo proverbio que dice:

«Cuando el diablo no tiene que hacer, con el rabo mata moscas.»

Bien mirado, mas digno es ocuparse en parecer escéntrico que ocuparse en matar insectos.

Sea como quiera, así nos dicta este cuento el diablo familiar que nos inspira.

Él no nos dice la razon de esta singularidad de Satanás.

Se la hemos preguntado y no ha querido respondernos.

Nos vemos, pues, reducidos, como nuestros lectores, á ignorar la razon de las escentricidades del diablo.

CAPITULO XI.

Antonia haciendo un sacrificio mas por Luisa.

Los amantes son impacientes y de todo prescinden.

El autor dice esto, á propósito de Andrés.

Nuestos lectores recordarán que el dia anterior, al salir Luisa de casa de Perez, Andrés, que la esperaba, se atrevió á hablarla y á pedirla proteccion.

Recordarán tambien que Luisa, viéndose rogada á nombre de la caridad, habia citado á Andrés para servirle de modelo, al dia siguiente por la mañana temprano.

Aunque los sucesos posteriores á la salida de Luisa del cementerio habian modificado la posicion recíproca de entrambos jóvenes, poniendo de repente sus relaciones en el peligroso terreno del sentimiento mútuo, Andrés no renunció á la primera cita: aquella noche, antes de acostarse, preparó barro del mas fino y del mejor color, le guardó en su saco, le cubrió con un trapo mojado para que no se secase, reunió sus instrumentos de modelar y se acostó, alarmando á su anciana madre, que era una viejecita muy alegre y muy limpia; y decimos alarmándola, porque Andrés habia hablado muy poco, y no habia cenado.

Esto, para la buena señora Juana, era una singularidad. Andrés la amaba con estremo, era comunicativo con ella, y, sobre todo, tenia siempre muy buen apetito.

Andrés no habia hablado ni habia cenado, y la señora Juana se habia asustado.

Porque una buena madre se asusta muy fácilmente cuando se trata de su hijo.

La pobre anciana no durmió.

—¿Qué tendrá mi Andrés? decia revolviéndose en su lecho: está pálido, callado y triste; y cuando los jóvenes no tienen apetito...

Andrés tampoco durmió.

Tenia una cita con Luisa, y la impaciencia le desvelaba.

Contaba con verdadera desesperacion las horas que daba con uniformidad inflexible el reloj de Palacio.

Porque Andrés vivía cerca de Palacio, en el sotabanco de una colmena acabada de construir.

¡Las doce!... ¡la una! ¡las dos! ¡las tres!...

¡Oh! el tiempo no tiene medida.

El tiempo no pasa.

Pasamos nosotros por él.

¡Cuán leve, cuando gozamos!

¡Cuán largo, cuando sufrimos!

Hay momentos que equivalen á una eternidad.

Hay dias que parecen un segundo.

El tiempo es el hombre.

Es la imaginacion.

Á medida que se acerca la hora en que debe cumplirse lo que deseamos, el tiempo, los instantes se hacen mas largos.

Para el autor los períodos mas largos de su trabajo folletinero de cada dia, son aquellos en que termina el folletin.

¡El tiempo! ¡el tiempo!

Ó por mejor decir, ¡nuestra imaginacion! ¡nuestro deseo!

. . . .

Amaneció al fin.

Andrés se levantó, se lavó, se puso una camisa limpia, observando con dolor que su camisa no tenia el corte de las de los elegantes; su mejor blusa, su pantalon negro y la gorra de los dias de fiesta: se lustró los zapatos, en todo lo cual invirtió mucho tiempo; desde el amanecer hasta poco antes de las seis y media, en que tomando el talego del barro y sus instrumentos se puso en marcha.

—¿Adónde vas, Andrés? dijo la señora Juana, que desde muy temprano estaba trasteando en la cocina.

—Tengo que hacer, madre, contestó disimulando su impaciencia Andrés.

—¿Y te vas sin almorzar? te estaba friendo unos menudillos.

—Almorzaré por ahí, madre.

—Pero si en un instante...

—Me está esperando una señora á quien tengo que retratar.

—¡Ah! esclamó la anciana.

Y entre tanto Andrés escapó.

—Le está esperando una señora, dijo la buena madre, y no ha cenado anoche, y se ha levantado al amanecer, y se ha estado componiendo... y por cierto que iba muy hermoso... mi Andrés es muy hermoso, como su padre á su edad... ¡una señora!... ¿si estará mi Andrés enamorado? alguna bribona... pero lo sabré.

Las madres cuando se trata de sus hijos son muy perspicaces; pero son tambien muy recelosas.

Entre tanto Andrés se encaminaba á buen paso á casa de Luisa.

Á medida que se acercaba, se desarrollaba en él, crecia, iba convirtiéndose en vértigo una sensacion profunda.

Sudaba, se estremecia, se ponia malo.

Andrés no podia amar mas.

Cuando llegó á la casa y entró en el portal, se detuvo al pie de la escalera, hizo una poderosa reaccion sobre sí mismo, y logró serenarse de una manera artificial.

Logró subir, sin temblar, las escaleras, llamar de una manera firme á la puerta de Luisa.

Oyó inmediatamente unas incitantes pisadas de mujer.

Unas pisadas de buena moza.

—¿Será ella? dijo Andrés: ¿no tendrá criada?

Se abrió la puerta, y se presentó á Andrés un ángel blanco y rubio.

Era Antonia.

Entonces sucedió una cosa singular, en la que por su propia turbacion no reparó Andrés.

Antonia se puso pálida como una difunta.

Le miró con asombro.

Por algunos segundos no pudo pronunciar una palabra.

—¿Vive aquí doña Luisa, maestra de lenguas? dijo Andrés mirando la tarjeta que Luisa le habia dado.

—Sí, sí, señor, aquí vive, contestó con voz trémula Antonia.

—Dígala usted... tenga usted la bondad de decirla, añadió Andrés con la voz mas trémula que Antonia, que está aquí... Andrés el escultor...

—¡Ah! dijo Antonia... no se ha levantado aun...

—¡Ah! en ese caso... volveré...

—No, no, dijo Antonia con la voz mas opaca: me ha encargado que en el momento que viniese usted, la avisase.

—De ningun modo, de ningun modo, no la incomode usted por mí, esclamó con precipitacion Andrés.

—¿No es usted uno de los dos hombres generosos que anoche la salvaron de un peligro?

—Yo... señora... tuve la fortuna...

—Pues bien, dijo Antonia, que habia logrado sobreponerse á la situacion; Luisa sentiria mucho, muchísimo, el no ver á usted. Pase usted, pase usted, y espere un momento.

Andrés pasó.

Se encontró en una salita empapelada con gusto y amueblada con lujo.

Á primera vista el ojo inteligente de Andrés conoció el subido valor de los muebles.

Aquellos muebles eran los que en los tiempos de su prosperidad habia regalado Luisa á Antonia.

Antonia entre tanto salió por una puertecilla de servicio.

—¡Era él! esclamó desolada: ¡era él el jóven de quien anoche me habló ella con tanto entusiasmo! ¡oh! ¡Dios mio!

. . . .

Poco despues se abrió una puerta vidriera, y pálida, recogidos con un hechicero descuido los cabellos, envuelta en una bata de seda, apareció Luisa.

Nunca la habia visto Andrés mas hermosa.

Su blancura, con la palidez, se habia hecho incomparable; en sus negros ojos habia una espresion escesivamente lánguida y ardiente, y el sufrimiento transfiguraba casi su semblante.

Era que Luisa tenia fiebre.

Que no habia dormido en toda la noche.

Que estaba sobrescitada.

La suelta plegadura de la bata dejaba conocer sus incomparables formas.

Andrés se sintió morir.

Antonia, á alguna distancia de Luisa, observaba profundamente á Andrés, que no tenia ojos mas que para Luisa.

Cuando Luisa dió á Andrés su mano, Andrés se estremeció todo.

La mano de Luisa quemaba.

La de Andrés por el contrario estaba fria como el hielo.

Toda la sangre se habia concentrado en su corazon.

Andrés sufria... ¿no ha sufrido así alguna vez alguno de nuestros lectores?

El que haya sufrido de tal modo, y con tan inmenso sufrimiento gozado, puede únicamente comprender el sufrimiento y la felicidad especial, relativa, de Andrés.

Andrés y Luisa, conmovidos por distintos sentimientos, dejaron pasar algun tiempo con las manos unidas y sin hablar una sola palabra.

Él escuchaba á su amor y callaba.

Ella escuchaba á su agradecimiento y callaba tambien.

—¡La ama! ¡la ama! decia entre tanto para sí misma Antonia; y la ama hace mucho tiempo: no era por mí... por ella era por quien rondaba la calle: su espresion de despecho cuando miraba al balcon no era porque yo no le miraba, sino porque no veía á Luisa... ¡á Luisa, Dios mio! ¡á Luisa!... sí, la ama... y ella acaso nunca le amará... ¡pobre Andrés! ¡pobre de mí! ¡oh! ¡qué equivocacion tan funesta! ¡qué sueño! ¡qué sueño tan horrible!

—Dispénseme usted, amigo mio, dijo Luisa, soltando la mano de Andrés: dispénseme usted si le he hecho esperar...

—¡Oh! ¡señora! yo soy, yo soy el que necesito ser dispensado: despues de lo que sucedió anoche yo debí suponer... sin duda... que usted no estaria en disposicion...

—Siéntese usted, siéntese usted, y tráteme como un antiguo amigo.

Andrés se sentó con encogimiento, sin soltar su talego de barro por temor de manchar un mueble, ó la bella alfombra, pintada, de verano.

—Es verdad, dijo Luisa, me siento mal, muy mal: no he dormido, tengo calentura. Abre ese balcon, Antonia: que pase el aire de la mañana: me parece que estoy en un horno.

Andrés se levantó.

—Siéntese usted, que yo se lo suplico, dijo con insistencia Luisa.

—No me perdonaré nunca el haber venido á incomodar á usted, dijo con voz turbada Andrés.

—No, no, por el contrario, dijo Luisa; el levantarme me ha hecho mucho bien; este aire fresco me alivia: solo siento no estar peinada para poder servir á usted de modelo.

—¿Y quién piensa ahora en eso?...

—Cuando se trata de aliviar la suerte de una madre...

—¡Oh! descuide usted, señora... descuide usted; mi situacion no es tan desesperada; tiempo tenemos... y en prueba de ello, me liberto del peso de que venia provisto.

Y Andrés arrojó por el balcon, sin saber lo que se hacia, el talego de barro, que fué á dar sobre la cuba de un asturiano.

—Otro dia... cuando usted esté completamente buena, dijo Andrés retirándose tan á tiempo del balcon, que el aguador, que se deshacia en maldiciones, no pudo ver de dónde le habia llovido aquel gredoso presente; otro dia empezarémos.

—Como usted guste, dijo Luisa, cuya palidez crecia, y que hablaba con trabajo.

—¡Dios mio! esclamó Antonia verdaderamente asustada; ¡Luisa de mi alma, te pones peor!

Luisa no contestó, se dejó caer sobre el respaldo del sillon.

La habia acometido un vértigo.

—¡Por favor! añadió Antonia, acudiendo á Luisa y dirigiéndose á Andrés: la criada está fuera, yo no puedo dejarla sola; hágame usted el favor de ir á buscar un médico.

Andrés, que se habia levantado de la silla al mismo tiempo que Antonia, partió desalado, olvidándose de tomar la gorra: bajó como un frenético las escaleras, y se lanzó en la calle con el corazon desgarrado, porque suponia que él tenia la culpa del accidente de Luisa.

Y Antonia, con esa múltiple y maravillosa actividad de la imaginacion de las mujeres, pensaba á un tiempo con un amor y un terror infinito en Luisa, en su sueño desvanecido, y con no sabemos qué sentimiento, en el amor inmenso, apasionado, loco, de Andrés hácia Luisa.

Andrés entre tanto corria por la calle preguntando en todas las tiendas dónde vivia un médico.

El mas cercano vivia en Puerta Cerrada.

De repente se puso delante de él un hombre vestido de negro.

Andrés, sobrecogido por una fascinacion estraña, se detuvo delante de aquel hombre.

Aquel hombre era el baron del Destierro.

—¡Eh! ¡Andrés! le dijo: Dios te guarde: ¿adónde vas espantado y con la cabeza descubierta? Te he oido preguntar en esa tienda por un médico... ¿te se muere tu madre ó tu querida?...

—Déjeme usted, caballero, déjeme usted; voy muy de prisa.

—Yo soy médico.

—¡Ah! pues venga usted conmigo, dijo Andrés, volviéndose hácia la casa de Luisa.

Satanás le siguió.

—¿Quién es ella? preguntó á Andrés.

—Es... aquella señora del incendio.

—¡Ah! ¡la mujer á quien amas!

—¿Quién le ha dicho á usted?...

—¿No la besaste en la boca hace cinco meses en medio de las llamas?

—¡Ah!

—¿No la quitaste una dalia roja que tenia en los cabellos?

—¡Dios mio! ¿pero cómo sabe usted?...

—Como sé que aquella dalia seca está encerrada en una caja de marfil, en cuya tapa está de relieve entero el retrato de Luisa, que llevas siempre sobre el corazon.

—Yo no he dicho á nadie ese secreto.

—Yo soy magnetizador.

—¡Ah! esclamó Andrés, que lo vió todo esplicado, porque acababa de leer la primera parte de la novela de Dumas, *Memorias de un Médico*, en que se habla largamente del magnetismo.

—¿Y quién sabe, añadió Satanás, si lo que acaba de pasar por Luisa, no es otra cosa que un resultado del magnetismo?

—¡Cómo! ¿acaso usted?...

—Sí, sí por cierto: estabas siendo demasiado imprudente: si yo no pongo á Luisa en el estado en que se encuentra, Luisa hubiera conocido que la amabas.

—¡Dios mio!

—¡Y es necesario que no lo conozca!

—¡Ah!

—No hablemos mas de esto: lugar sobrado tendremos de hablar; sube delante y llama.

Andrés subió de dos en dos las escaleras de la casa de Luisa; llegó á la puerta, tiró fuertemente de la campanilla, y cuando Antonia, aterrada, le abrió, se precipitó dentro.

Poco despues, y con paso mas reposado, entró el diablo.

Luisa permaneció en el mismo estado.

Parecia muerta.

—¡Ah! yo creía que era mi médico, y es usted... el baron del Destierro, dijo con angustia Antonia.

—Lo que nada prueba, dijo el diablo tomando el pulso á Luisa.

Luisa se estremeció al contacto de la mano de Satanás.

Hizo este por algunos segundos el papel de médico, y luego sacó de su bolsillo una caja de homeopatía.

— Un vaso con agua y una cuchara, dijo.

Antonia los trajo al momento.

El diablo disolvió tres glóbulos en medio vaso de agua.

— ¡La homeopatía! dijo Andrés: no creo en ella.

— Ve y cree, como Santo Tomás, dijo el diablo entreabriendo con el cabo de la cuchara la dentadura de Luisa, y haciéndola tomar una cucharada del medicamento.

Luisa abrió los ojos; la primera impresion que recibió fué la de la vista del diablo, que la miraba de hito en hito, y se puso de pie de una manera nerviosa, con el mismo vigor que sino acabase de pasar por ella un accidente penoso.

— Es singular, dijo; yo soñaba ó veía, yo estaba en otra parte.

— ¿Dónde, dónde? esclamaron á un tiempo Antonia y Andrés.

Luisa miró de nuevo al diablo, y tembló y calló.

— ¿Pero qué has soñado, que tanta impresion te ha hecho, dijo Antonia, que, tratándose de aquel señor hermoso de ojos azules, vestido de negro, estaba dispuesta á creerlo todo.

— Lo he olvidado, dijo Luisa pasándose la mano por la frente.

— ¿Creeis ahora en el buen resultado, en el resultado preciso de la homeopatía? dijo el diablo sacando á otro terreno la conversacion.

— Creo, sí... ciertamente.

— Esta señora puede decir...

— Es estraño, pero me siento buena, dijo Luisa: tan buena, como que solo me queda una impresion dolorosa, pero vaga, de... ¡Oh! ¡Dios mio!

— Esta segunda cucharada desterrará de usted los últimos vestigios de su accidente, dijo Satanás, dando otra cucharada á Luisa.

— ¡Ah! dijo esta: no sabia yo que usted era médico.

— En efecto, no lo soy, porque no soy médico de profesion. Mi profesion es mucho mas alta, y no es por cierto la de curar.

— Pues cura usted admirablemente, caballero.

— Algunas veces, dijo el diablo, cuando quiero yo, y cuando Dios quiere. ¿Pero qué haces tú ahí, Andrés, de pie con la gorra en la mano? ¿Te has olvidado ya de tu obligacion? Son... las siete, añadió el diablo, sacando un magnífico reloj y consultándolo: que no pueda decir don José Perez, que de ayer á hoy has variado: debes evitarlo esto de todo punto.

— ¡Ah! ¡sí! ¡sí! es verdad; hoy mas que nunca debo estar á una hora conveniente en el taller.

Andrés saludó y salió.

Satanás habia tomado, como quien dice, posesion de la casa; se habia sentado en un sillon, y aunque no fumaba, aunque no tomaba ninguna actitud que no fuera rígidamente conveniente, se desprendia de su aspecto una espresion de escesiva confianza respecto á las dos jóvenes, como pudiera haberla demostrado un hombre que las hubiese tratado desde niñas, toda su vida: y en medio de esto, habia en el diablo para con las dos jóvenes una solicitud casi paternal.

Luisa y Antonia aceptaron tácitamente la situacion en que se habia colocado respecto á ellas el baron del Destierro, por la única razon de que el baron del Destierro les era simpático.

—¿Y cómo se siente usted, Luisa?... dijo Satanás, inclinándose hácia ella.

¿Y para qué preguntaba esto Satanás? dirán nuestros lectores; ¿acaso Satanás no lo sabia todo?

Es necesario que no olvidemos que Satanás representaba un papel de hombre: que se veía obligado como todos los hombres á empezar de alguna manera una conversacion; porque para los mortales todo tiene principio y fin.

¿Y para qué necesitaba Sitanás tener una conversacion con Luisa y con Antonia?

Tratándose de los caprichos de este señor, ya hemos dicho anteriormente que no conocemos la razon de sus caprichos.

Así, pues, sigamos el diálogo empezado por el diablo.

—Me siento bien, muy bien, gracias á usted, dijo lánguidamente Luisa, y lo estraño, porque he sufrido mucho... anoche...

—Debió usted pasar una noche de fiebre, de insomnio.

—Sí, sí, es verdad; la estacion, el calor... lo impresionable que soy...

—Sí ciertamente; pero como se encuentra usted bien del cuerpo, ¿se encuentra usted bien del corazon?...

—¡Del corazon! dijo Luisa; ¡del corazon! sí, sí, señor.

Y á pesar de lo seguro de las palabras de Luisa, su entonacion las contradecia.

—¡Oh! sí, sí, dijo Antonia: ha sufrido y sufre mucho del corazon... está sola en el mundo...

—No, no está sola; en primer lugar, la tiene á usted.

—Una amiga no es una madre...

—Pero es á veces mejor que una hermana, dijo Satanás.

—¡Oh! sí, dijo de una manera ardiente Luisa.

— Sin embargo, la familia... dijo Antonia.

— La humanidad es una gran familia, dijo el diablo, y nadie que ha nacido es huérfano, no... porque hay un padre que no ha nacido, que nunca muere, siempre próvido... porque existe Dios.

— ¡Oh! ¡Dios! ¡es verdad! dijo Antonia. ¡Dios, que hace milagros!

— ¿Ha obrado Dios algun milagro con usted, Antonia?

— Pero, Dios mio, dijo Antonia admirándose de la pregunta del diablo: usted conoce nuestros nombres, y nosotras no se los hemos dicho: al menos yo...

— Ni yo, dijo con precipitacion Luisa.

— Existe un sér que se llama portero, que dice generalmente mas de lo que se le pregunta, en contraposicion á esta señorita, que guarda silencio cuando se la pregunta directamente.

— ¡Esa acusacion es injusta, señor baron!

— Ó que al menos esquiva hábilmente las respuestas, dijo sonriendo el diablo.

— No recuerdo... dijo Antonia.

— Hablábamos de Dios, de Dios vinimos á dar en los milagros, y yo pregunté á usted si habia usted sido la causa de algun milagro de Dios.

— Contestaré haciendo á usted una pregunta, dijo Antonia: ¿ha sido usted alguna vez médico del hospital?

— Dicen que soy escéntrico: es cierto, hago cosas que otros no hacen: en efecto, recuerdo que una noche moria una jóven hermosa como un ángel, y como un ángel caido desgraciada, en el hospital general.

— ¡Ah! ¿con que era usted?

— ¿El que curó á aquella jóven... mejor dicho, el que acudió á tiempo para impedir por medio de la ciencia, no por el milagro, que muriese? Sí, yo fuí.

— ¡Ah! ¡no ha sido un milagro!

— De ningun modo.

— Yo tenia la idea confusa de una muerta resucitada... de un espíritu... de un espíritu que se habia desvanecido... en una palabra... al verle á usted, me dije: yo le conozco: ¿dónde le he visto otra vez? y al cabo de recordar mucho, no pude tener duda de que sino le habia visto á usted en el hospital, habia visto á una persona muy semejante.

—Fuí yo... pero vea usted, yo no recordaba... que aquella niña tan hermosa fuera usted.

El diablo, como ven nuestros lectores, mentia sin conciencia.

—Pero para mí, dijo Antonia mientras Luisa callaba profundamente pensativa, aun queda en la aclaracion de usted un punto tenebroso.

—¿Por ejemplo, mi presencia en el hospital en altas horas de la noche á despecho del reglamento y del director? Esa no es una objecion á lo natural, á lo verosímil del suceso: yo entro en todas partes.

—¡En todas partes!

—Soy rico.

—¡Ah!

—Y ya que usted me ha dicho que conservaba de mí una idea vaga, debo decirle que yo conservaba otra idea semejante de usted, y que por esa razon las saludé un dia, he seguido saludándolas, y ayer, escitado por una desinteresada simpatía, me tomé la libertad de dejar á ustedes mi tarjeta.

—No, no, usted ha hecho bien... no ha habido libertad ni abuso.

—Luisa sufre, dijo el diablo señalando con una mirada á la jóven, que tenia inclinada la cabeza sobre el pecho.

—¡Ah! dijo Antonia.

Y aquel ¡ah! equivalia á esta frase:

—Yo sufro tambien.

Satanás miró de una manera singular á la jóven.

Y lo que fué mas singular, Antonia fijó en aquella mirada la suya; sus ojos se entumecieron, se cerraron, é inclinó la cabeza sobre el pecho.

Se durmió.

Y el diablo miró instantáneamente despues á Luisa.

Luisa se durmió tambien.

—Yo no puedo saber el porvenir por mí mismo, pero puedo saberlo por medio de la ciencia de Dios, como lo sabrá un dia el hombre, cuando el magnetismo deje de ser la charla de los embaucadores.

Hé aquí dos vírgenes inmaculadas hasta en el pensamiento.

Me he propuesto que la una de ellas sea el instrumento de accion en mi lucha con Dios: quiero saber si lo es efectivamente.

Y fijando su mirada en Antonia, dijo:

—¿Oyes?

—Oigo.

—¿Quién te habla?

Antonia se estremeció y no contestó.

—¿Quién te habla? repitió el diablo.

—Luzbel.

—¿Dejará de ser Luzbel lo que es?

—No.

—¿Quiere dejar de serlo?

—No.

—¿Es poderoso?

—No.

—¡Que no es poderoso! Esclamó con voz cavernosa Satanás.

—No hay mas poderoso que Dios.

—¿No soy yo el espíritu del mal?

—Sí.

—Pues si soy el espíritu del mal, ¿cómo no he de ser poderoso para causar el mal?

—No puedes obrar sino cuando Dios te lo permita, para castigo de una criatura.

—Luisa es buena; ¿por qué me ha permitido Dios obrar respecto de ella?

—Para que seas su prueba.

—¡Ah! ¿de modo que si se salva?...

—La habrá salvado la virtud.

—¿No la habré salvado yo?

—No.

—De modo, que soy impotente.

—Sí. No hay mas poderoso que Dios.

—Yo soy el deseo; yo hablo á los mortales con la voz de sus pasiones; yo soy la mirada de amor de la vírgen que sueña su primer deseo; yo soy ese labio árido y ardiente que imprime sobre sus labios húmedos y candorosos el primer beso de amor; yo soy ese ardiente fantasma que ve entre la sombra de su alcoba, al través de sus párpados adormidos, en el fondo de su alma, que reposa; yo soy el que lleva en sus manos la llama ardiente de la vida; yo soy aquel tras cuyas pisadas pone las suyas la muerte; yo he teñido la púrpura de los reyes y el manto de los guerreros con el ardiente color rojo de mi infierno; yo, el que ha fabricado sus coronas y sus espadas, que pesan; yo soy el que ha inventado la vanidad, despertando á Eva en el Paraiso; yo soy el que he encendido la envidia sobre la

tierra, encendiendo el ara de Abel; mios son esos libros escritos por el error; mias esas torres, esas murallas, esas pirámides, esas esfinges, que desafian el tiempo; mias las pagodas de la India, mios los templos de Grecia, mias las mezquitas de Oriente; yo he multiplicado los dioses, disputando á Dios su imperio; yo he inspirado al alarife de la edad media mi caricatura, y el alarife me ha dado un puesto sobre la aguja mas alta, sobre el último doselete de la cruz calada de la catedral gótica; mas allá de mí, solo se ha estendido el firmamento vacío, las estrellas que tiemblan, los opacos planetas que reflejan el sol, las nubes que pasan impelidas por el viento.

—Pero sobre esa cruz calada, sobre esas nubes pardas que el viento impele gimiendo, sobre esos planetas que reflejan los soles, sobre esos soles brillantes, sobre esos astros que tiemblan en su inmensidad, sobre ese firmamento, mas alto, mas alto, mas allá, está el trono de Dios, esclamó Antonia con voz sonora y grave.

—Yo he dado al hombre mi soberbia y mi avaricia; yo soy el océano sobre cuyas irritadas ondas lleva su barquilla; el océano sin límites que se confunde con la eternidad: yo he obligado á Cristo á bajar al Gólgota, y despues de Cristo yo soy el que impele á la humanidad á su eterno calvario. Si yo no soy el Dios único, soy la mitad mas poderosa de un Dios incontrastable. ¿Y yo soy impotente? Por tu boca no habla la ciencia eterna, inmutable, ciega, que no se engaña, que no puede engañarse; por tu boca habla un enemigo orgulloso; yo escucho en tu boca las palabras del Dios de los cielos que responde á su enemigo el Dios del infierno: no, tú no me engañas, Jehovah... ¡yo te conozco! esa mujer es tu palabra; esa ciencia, tu mentira.

—El dia en que tú, Satanás, conozcas la verdad y la confieses, dejarás de ser lo que eres: tú te engañas; tu soberbia te hace creer en tu poder: ¡tu poder! tú estás solo, solo contigo en tu inmensidad: el poder de que te jactas, es una contradiccion de tí mismo; tú no eres ni un hombre ni un Dios; tú no eres mas que un espejo opaco, donde se reflejan las debilidades, los vicios y los crímenes de la humanidad; tú no eres un sol, sino un planeta; tú no eres un señor, sino un esclavo; tú no eres el océano, ni el huracan, sino el vacío en medio del cual se revuelven el huracan y el océano. Sobre la cruz de la catedral gótica, solo está tu mueca petrificada, risible, impotente; tú no has inspirado al hombre; el hombre te ha presentido como el mar presiente la tempestad, como la golondrina la lluvia, como la flor la noche: el hombre ha sentido horror á tu vacío,

y te ha materializado en una forma grotesca, y te ha atribuido una alma grotesca, y te ha maldecido; porque maldito de los cielos, debias ser maldito de la tierra; tú eres el escabel eterno donde el Señor pone su planta, y tú no serás, no puedes ser; porque no será, no puede ser la nada. Tú eres impotente, Satanás; tu destino es vivir en el caos de tu soberbia vencida, y tu soberbia es la sangre de tus venas: si un dia tu soberbia te abandonase, tú dejarias de ser; perderias la memoria de tí mismo, y cuando un ángel mas entonase su hosanna, el arcángel no sabria que su puesto habia estado reemplazado por otro arcángel durante los tiempos; ni los otros arcángeles guardarian memoria del arcángel ausente, porque no se darian cuenta de tu vuelta: el arcángel de la humanidad ocupa tu lugar en los cielos, y cuando tú desaparecieses del universo, la humanidad perdonada sería Luzbel glorificado. Eres impotente: ni aun en los cielos has podido dejar tu lugar vacío: vete, maldito, vete, y déjame descansar.

—¡Ah! ¡tú la de los rubios cabellos y frente pura! ¡espíritu de ángel en un cuerpo de mujer! tú niegas mi potestad: pues bien; tú serás mi prueba; tú serás mi víctima: yo habia querido salvarte á tí y á tu hermana, porque Dios debiese dos almas á mi hastío; pero ya que me acusas de impotencia, recobro sobre vosotras mi potestad: Dios no os verá en su regazo: si es tan poderoso cuanto yo impotente, que os salve Dios.

—Su voluntad se cumple así en los cielos como en la tierra.

—Pues bien; veamos si se cumple su voluntad.

Y Satanás, que durante este estraño diálogo se habia transfigudo, representando al arcángel caido en toda su magestad, con su túnica impura, sn negra aureola, y sus ojos brillantes y sombríos, volvió á ser el baron del Destierro, con su sonrisa dulce y espiritual, su pálida belleza, y su sencillo trage.

Entonces miró sucesivamente á Antonia y á Luisa, y entrambas volvieron del sueño magnético sin conservar la memoria de él, como si nada hubiese sucedido, como si resonase aun en los oidos de Antonia la última palabra del diablo antes de su sueño magnético.

Por un giro de la conversacion, esta vino á recaer en Andrés.

—¿Desde cuándo conocen ustedes á ese jóven? dijo el diablo.

—Yo le conozco desde ayer, dijo Luisa.

—Y yo desde hoy, añadió con intencion Antonia, con una intencion que Luisa no pudo comprender.

:

—Es un escelente muchacho; yo le conozco algun tiempo mas que ustedes. Un hábil artista, un escelente escultor, y sobre todo, un corazon de ángel.

—Y ahora que recuerdo, dijo Antonia, y aunque sea demasiada curiosidad, ¿por qué dijo usted á ese jóven que hoy mas que nunca debia acudir puntualmente al taller?

—¡Ah! no sé si la modestia de Andrés podrá resentirse. Si me prometen ustedes guardar un profundo secreto...

—¡Ah! ¡se trata de un secreto! dijo Antonia.

—Otro que no fuera Andrés, hubiera procurado que hoy los periódicos, las lenguas de la fama, hubiesen esparcido su buena accion sobre las mesas de los cafés.

—¿Pero qué buena accion es esa?

—Ha salvado á su maestro.

—¿Que ha salvado á su maestro?

—Sí por cierto; don José Perez habia quebrado, y no quedaba para él recurso en lo humano, mas que un trabajo asíduo, penoso é inútil. Andrés ha pagado sus deudas.

—Pero sería una quiebra insignificante...

—No por cierto; era una quiebra que ascendia á cerca de un millon de reales.

—¡Un millon de reales! y ¿dónde tenia ese jóven un millon de reales? dijo afectando una risa ligera Antonia: ¿será acaso un príncipe disfrazado?

—¡Y ese hombre me hablaba ayer, me suplicaba á nombre de la caridad! dijo Luisa.

—Diré á usted, dijo Satanás; Andrés está muy necesitado de la caridad de usted.

—¡Un hombre que dispone de un millon de reales!

—¡Olvidan ustedes que hay un juego público, un juego de azar, que se llama lotería!

—¡Ah! esclamaron á un tiempo las dos hermanas.

—Hace pocos dias, Andrés, desesperado por unos amores, quiso probar si la fortuna le favorecia, y compró un billete. Ayer, al comprar una lista de los números premiados, vió que á su billete habia correspondido el lote mayor: cuarenta mil duros. Pero al mismo tiempo supo que su maestro habia quebrado.

—¡Ah! esclamó con entusiasmo Luisa.

—¡Ah! esclamó con dolor Antonia.

—Ese jóven merece bien la amistad de ustedes, dijo Satanás le-

vantándose y consultando su reloj; pero ya es tarde, suplico á ustedes que me dispensen. Adios.

—Cuando usted quiera, dijo Luisa, puede venir como si fuera un amigo antiguo, un pariente.

—Vendré, señorita, vendré. Pueden ustedes estar seguras de que no me olvidaré un momento de ustedes. Adios.

Y el diablo salió.

Antonia quedó con el corazon desgarrado; Andrés habia crecido en valor á sus ojos, y Andrés no la amaba... amaba á Luisa.

—Y bien, dijo Antonia, si ella le ama alguna vez, si pueden ser felices, ¡ qué importo yo !

Y tomando su bordado, se puso á trabajar en silencio, mientras que Luisa permanecia sentada en el sofá, y profundamente pensativa.

CAPITULO XII.

Satanás solo.

¿Por qué corren las gentes?

Las calles se han quedado desiertas.

Es una tormenta de verano.

Una tormenta mas negra que las que otras veces cruzan el firmamento.

Parece que la noche ha descendido sobre la tierra.

Pero una noche lóbrega, opaca, candente, en medio de la cual brillan relámpagos rojos como una llamarada del infierno.

Ni un soplo del viento refresca ó mueve aquella temperatura caliginosa y pesada, semejante á las brumosas siestas del estío que se desploman sobre el desierto en medio de las cuales brilla el sol como un tizon rojo.

Por eso corren las gentes de Madrid huyendo de la tormenta.

De una tormenta fenomenal, desconocida, tan negra y tan amenazadora como jamás habia pasado bajo el fresco y radiante cielo de España.

Pero no cae una sola gota de agua, como no se siente un solo soplo de viento.

Solo se escucha un trueno potente, una especie de redoble sordo, bramador, que no cesa y que se aleja rápidamente, y que á pesar de la rapidez con que se aleja, se oye, se sigue oyendo por su terrible pujanza.

A medida que aquel trueno sostenido, largo, rugiente, se aleja, va menguando la oscuridad del cielo y lo caliginoso de la atmósfera.

Allá, allá se pierde el trueno; la nube pasa; el sol vuelve á bri-

llar; el aire circula, y las gentes vuelven á salir á las calles preguntándose qué ha sido aquello.

Y allá va, allá va la nube.

Las gentes de los campos la ven alejarse negra, densa, resplandeciente con su roja llamarada, aterradora con su potente trueno, dejando bajo sí una sombra gigantesca que se proyecta rápidamente sobre la tierra.

Parece que la nube tiene alas, y que las bate, y que el batir de aquellas alas es el que produce el trueno, y que el relámpago, contínuo y ronco, no es otra cosa que el resultado del batir de aquellas alas sobre el viento.

Y la nube se encamina al Oriente.

Llega á los linderos del mar, le pasa.

Cruza sobre el Africa.

Hé allí los montes de la Luna.

Sobre una roca calcinada, quebrada, árida, abierta como una esponja seca, en el fondo de un negro valle, hay una palmera gigantesca.

Sus flores se han secado.

Su cabellera está tostada por el sol.

Su túnica esterior está levantada como las escamas de una culebra muerta.

El viento la mece pesadamente, y al chocarse sus hojas secas parece que murmuran desapaciblemente:

—¡Nada! ¡nada! ¡nada!

Y sobre aquellos bravíos montes, sobre aquel valle profundo y estrecho, sobre aquella roca calcinada, sobre aquella palmera maldita, sin flores, sin dátiles, sin jugo, descarga la nube con horrible estruendo.

Durante un momento, parece que arde la palmera entre un caos de sombra.

Pero instantáneamente el fuego se apaga, la sombra se desvanece, y en la cima de la palmera, que se mece como si soportára un gran peso, queda columpiándose Satanás.

Satanás, el arcángel caido.

Un cielo rojo cubre la abertura de las montañas estériles: un sol opaco y abrasador, que parece inmóvil en lo mas alto del cielo, cae á plomo sobre la cabeza de Satanás, y un viento de fuego mece la palmera, cuyas curvas hojas secas siguen murmurando al entrechocarse:

— ¡Nada! ¡nada! ¡nada!

EL VIENTO DE FUEGO.

¡Silencio! ¡silencio! retorzámonos al rededor de la roca, al rededor de la palmera, en el fondo del valle. Mezamos á nuestro señor que medita. Que las caravanas pasen sin temor... El viento del desierto duerme á los pies de Satanás. Que las brumas del mediodia pesen inmóviles sobre los arenales. Que los ruiseñores del oasis no callen estremecidos al escuchar nuestra voz. Satanás medita; ciñámonos á sus pies, mezamos su sueño. Que las caravanas pasen tranquilas, que las brumas permanezcan inmóviles: Satanás medita.

SATANÁS.

¡Nada! ¡nada! ¡nada! ¡yo soy la nada! ¿Con que inútilmente habré yo provocado mi larga batalla con Dios?

¡Los arcángeles mis hermanos, son unos cobardes esclavos!

El dia que yo levanté mi frente para mirar ante quien la inclinaba, los firmamentos gimieron, se abrieron bajo mí, y mis cobardes hermanos hicieron brillar á mis ojos sus espadas de fuego.

UN ECO.

¡Nada! ¡nada! ¡nada!

SATANÁS.

¡Dios! ¡Dios! ¿quién es Dios? yo conozco á un espíritu mas grande que yo, como yo era el mas grande de los arcángeles. Este espíritu era flameante, tronante, llenaba los firmamentos... se llamaba Dios: cuando yo le miré, sus ojos relucieron y tronó su voz, y allá en la inmensidad cruzó retronando su maldicion: yo habia caido, y caía y caía entre las sombras, entre el caos, porque aun no se habian creado los mundos, y caía eternamente, y en mi caida escuchaba la voz tronante y ronca:

LA PALMERA (*meciéndose*).

¡Maldito! ¡maldito!

SATANÁS.

Un dia volvieron á retumbar los firmamentos, como en el dia de mi caida: el caos se iluminó, tuvo voz: oyóse el derrumbe de las cataratas que se despeñaban, apareció primero una luz pálida, y vi despeñarse pequeños globos que crecian, crecian, envolviendo en sí mismos los átomos del caos, redondeándose, precipitándose siempre, aumentándose siempre, como la bola que rueda por la nieve.

Y á medida que los globos crecian, á medida que rompian, absorviéndole, el caos, la luz crecia.

Y los globos se encendian al chocarse, y aparecian los soles, y

las aguas desprendidas se levantaban en vapor bajo el fuego de los soles, y el mundo acabado de crear bullia como una inmensa caldera; y los vientos empezaban á soplar secando los globos, y llegó un momento en que el universo se estremeció produciendo una detonacion que lo atronó todo, y los globos mas pequeños cayeron sobre los mas grandes, y se pararon en su caida, y empezaron á rodar al rededor de los grandes globos, que rodaban al rededor del espíritu formidable de fuego formando su aureola de mundos; y los valles y las montañas, arrugas de los mundos cuajados á su estremecimiento, despeñaron sus aguas á los mas profundos valles, y aparecieron las islas, y las riveras de los grandes rios, y de los rios mas pequeños, y de los arroyos, y el mar llenando los abismos; y se formaron primero los metales, y luego las piedras, y las yerbas despues, y despues los espinos, y luego los arbustos, y luego los grandes árboles.

Y pasaron para esto, dias de siglos.

Y dias de siglos pasaron para que viviesen los reptiles en la tierra, los peces en las aguas, y las aves en los aires.

Y dias de siglos pasaron para que los animales apareciesen en los mundos, y dias de siglos para que el hombre fuese.

¡Y tú hiciste todo esto, Dios! No, esto lo hizo el acaso, que te hizo á tí.

¡Á tí, esclavo de tí mismo, que no pudiste hacer lo que hizo el tiempo!

El tiempo, Dios tuyo y Dios mio, y Dios de cuanto existe.

UNA VOZ DE LOS CIELOS.

¡Él es, el que es! ¡él es el tiempo! ¡el tiempo es la eternidad! El mundo de la materia está creado; el mundo del espíritu crece, crece, crece, y no acabará nunca de crecer; el espíritu se estiende en la inmensidad del espacio, y en la eternidad del tiempo. El espíritu crecerá, crecerá, crecerá, y jamás dejará de crecer, porque el tiempo y el espacio son infinitos; y el espíritu jamás llegará á ser tan grande como Dios, porque Dios es infinito; porque Dios es el tiempo y el espacio; porque Dios es la eternidad.

¡Hossanna! ¡hossanna!

SATANÁS.

¿Por qué me respondeis vosotros, Miguel, Gabriel, Rafael, Ariel? yo no hablo con vosotros; yo no hablo con nadie; yo estoy solo; yo soy grande, inmenso, infinito, como mi soledad.

LA PALMERA *(meciéndole).*

¡Solo! ¡solo! ¡solo!

SATANÁS.

Como el viento de fuego arrastra en la tromba las arenas del desierto, así mi mirada, así mi aliento, así mi voz, arrastran á la humanidad. Cristo ha bajado en vano; su sangre está en el Gólgota, humeante ante la faz de los cielos, y aun se levanta hasta los cielos como escarneciéndolos el humo del holocausto impuro. El hombre peca cuando despierta, y duerme pecando, y su Dios es el error, y su gloria la impureza. ¡Dios! ¡Dios! si eres tan poderoso, tan sabio, tan justo y tan bueno, ¿por qué el hombre, hijo tuyo, continúa el pecado de Eva y de Cain? ¡Dios! ¡Dios! si eres tan grande, tan poderoso, tan fuerte, ¿porqué no esterminas la raza maldita? ¿por qué no creas un nuevo Adan, y un nuevo paraiso? ¡Oh! el dia en que no hubiese mortales, yo estaria solo; pero entre tanto la humanidad es el eco que responde á mi voz. Tú eres el Dios del cielo, pero yo soy el Dios de la tierra.

UNA VOZ DE LOS CIELOS.

La humanidad cumple su destino.
La humanidad continúa el martirio de Cristo.
¡Bienaventurados los que lloran!
¡Bienaventurados los que sufren!
¡Bienaventurados los pobres!

SATANÁS *(con desprecio).*

¡La humanidad! ¡la humanidad, siempre ciega! ¡la humanidad, siempre vana! ¡la humanidad, abrevándose en su propia sangre! ¡Hossanna á la humanidad! ¡á la humanidad con su Dios de oro, levantado sobre un ara de sangre!

¡La humanidad, flotando siempre sobre el abismo del mañana!

¡La humanidad soberbia!
¡La humanidad ciega!
¡La humanidad, esclava del acaso!
¡Del acaso, hijo del tiempo!
¡Del tiempo, tu Dios y el mio, Jehovah!

EL VIENTO DE FUEGO.

Satanás está irritado.
Su voz ruge como la tromba.
Su aliento silba como mi aliento.
Su rugido se estiende lejos, muy lejos, sordo, terrible, incom-

prensible; el mar se agita, el desierto tiembla, como un caballo bajo el peso del ginete que le castiga.

El leon olfatea el aire, y ruge.

La serpiente asoma su aplastada cabeza á la puerta de su profundo nido, y silba.

Mezcamos á nuestro señor para que se aplaque, porque su cólera es terrible; adurmámosle, no sea que cabalgue sobre nosotros y canse nuestras alas sobre el desierto.

LA PALMERA *(meciéndose).*

Adurmamos á nuestro señor.

Sus ojos flamean.

Su aliento silba.

Sus alas baten con estruendo el vacío, y le llenan de fuego.

Su voz lanza la tempestad.

UN ECO.

¡Maldito! ¡maldito! ¡maldito!

SATANÁS.

¿Quién salvará á la humanidad?

UNA VOZ DE LOS CIELOS.

La ciencia y el tiempo, hijos de Dios.

Dias de siglos han pasado para que el hombre aparezca sobre la haz de la tierra.

Dias de siglos pasarán para que el hombre suba desde la tierra al cielo.

Pero el hombre camina su via.

¡La humanidad insaciable!

¿Acaso el camello no atraviesa tambien el desierto, doblegado bajo su carga, aquejado por el hambre y por la sed?

El hombre camina por el desierto del tiempo.

Dios le puso en su entrada, y Dios le espera á la salida.

Una estrella guia al camello.

Otra estrella guia al hombre.

Y como el camellero dirige al camello, siempre guiado por el resplandor de la estrella, del mismo modo el espíritu guia al hombre, guiado por la estrella de la ciencia, al través de los desiertos del tiempo.

¡Gloria á Dios en las alturas!

¡Paz al hombre en la tierra!

¡Hossanna! ¡hossanna!

SATANÁS.

¡Ah! parece que el hombre habla con la voz de los cielos.

¡La estrella de la ciencia!

¡Esto es la estrella de la esperanza!

¡Y la estrella está cada vez mas lejos!

Y el hombre se cansa siguiéndola.

Y la mentirosa estrella, dice al hombre:

¡Adelante! ¡adelante!

¡Mas allá! ¡mas allá!

Entre tanto, yo domino, único señor, la tierra.

¡Contad los justos!

¿Cuántos encontraréis?

En cambio, contad los réprobos.

Son innumerables, como las gotas de la lluvia, como las hojas de los árboles, como las arenas del mar, como las estrellas del firmamento, como los átomos del espacio.

El hombre que me comprende á mí, que soy el mal, no comprende el bien; el hombre es el eterno Esau que vende incesantemente su primogenitura por un plato de lentejas.

El hombre es la serpiente ciega de los mares.

Que nada, nada, nada, sin saber adónde va.

UN ECO.

Dios tiene hechos sus senderos.

Por ellos camina el hombre.

Senderos tiene abiertos al bien y al mal.

Pero los ha señalado.

El que por ellos entra, escoge de antemano.

Bienaventurado el que sigue el sendero áspero, pendiente, estrecho y trabajoso.

Lecho regalado encontrará al fin de él, donde descansará de la fatiga del camino.

Abismo profundo, sin fin, encontrará el que siga el sendero fácil.

¡Desdichado de él!

SATANÁS.

No ha habido fraile capuchino, predicador bozal, que no haya dicho otro tanto.

Y sin embargo, el hombre sigue siempre el camino fácil.

Yo os probaré, cielos y espacios, arcángeles y santos, que mi poder no es ilusorio; yo os lo probaré con una mujer.

Esa mujer ha elegido el sendero áspero.

Esa mujer es un tesoro de virtud.

Está hecha de la materia de los mártires.

Y sin embargo, yo la haré retroceder de su sendero y buscar el camino llano y cubierto de flores.

He querido salvarla.

Pero los cielos me provocan, y ahora quiero provocarlos.

Una mujer será la prueba de mi fuerza contra Dios.

Que la proteja Dios cuanto quiera.

UNA VOZ DE LOS CIELOS.

¡Maldito! ¡maldito! ¡maldito!

UN ECO.

¡Nada! ¡nada! ¡nada!

LA PALMERA.

Satanás se mece, Satanás se rie.

Y sus movimientos estremecen mis fibras secas.

Y su carcajada hace gemir al desierto.

Satanás se mece, Satanás está irritado.

EL VIENTO DE FUEGO.

Oigo la voz del Señor, que me llama.

Yo soy su caballo de pelea.

Mis alas chocan sus alas.

Mi voz ruge con la suya.

¡Ay de las caravanas!

¡Ay del desierto!

EL DESIERTO *(mugiendo)*.

El simoun se acerca.

Aguijad vuestros camellos.

Ponedlos al abrigo de las rocas.

Ya le oigo rugir.

¡El simoun! ¡el simoun! ¡el simoun!

LA PALMERA.

Allá va Satanás.

Me ha dejado estremecida como á un caballo despues de larga carrera su ginete cruel: la última savia que quedaba en mi corazon se ha secado.

Mañana el viento me romperá y la lluvia prodrirá mi pie.

He sido un momento el trono de Satanás, y muero.

EL DESIERTO.

¡El simoun! ¡el simoun! ¡el simoun!

Las caravanas se apresuran en vano.
Hé ahí á la tromba que muge.
Vedla adelantar como una serpiente de fuego.
Ya pasa, ya pasa... ya pasó... ya se alejó... ya se perdió.
¿Dónde está la caravana?

UN ECO.

¡Nada! ¡nada! ¡nada!

CAPITULO XIII.

La familia nueva.

Cuando Andrés entró en el cuarto, encontró levantado ya contra su costumbre á Perez.

—¡Cuánto has tardado! le dijo.

—No, no, señor, no he tardado, dijo Andrés: las siete es la hora de venir, y aun no son las siete.

—¡Eh! ¡hijo mio! ¿y quién trata de reconvenirte? Me parece que has tardado porque te esperaba con impaciencia. Hoy en casa hemos madrugado todos, hasta Leontina. Hoy es un gran dia... y nos vamos de campo.

—¡Que nos vamos de campo! dijo aterrado Andrés.

—Sí, ciertamente: ¿no crees que se deba solemnizar?...

—¿Pero qué hay que solemnizar?

—Primero, la heróica accion de un pobre muchacho, que tiene blusa de obrero y corazon de príncipe; de un jóven que empieza á vivir y se desprende de un millon de reales... ¡bah! ¿no crees que debe solemnizarse?...

—¿Quiere usted, don José, que no hablemos mas de eso? Estamos á cuentas y nada mas.

—¡Eh! ¡á cuentas! pues es necesario empezar á saldarlas. No quiero deber nada á nadie; no, no señor: y nadie puede obligarme á que le deba... Vamos: todavía es temprano. Leontina se está vistiendo, y cuando las muchachas aman y van á ir á un campo adonde va su novio, nunca acaban de vestirse, nunca se creen bastante bonitas. Vamos, tenemos tiempo. Siéntate: tú no habrás almorzado... yo no quiero almorzar, porque no quiero matar el apetito... pero tomaremos chocolate... ¡eh! ¡Juana! ¡dos tazas de chocolate, con bizcochos!

—¡Pero don José!...

—No hay pero que valga.

—Mi madre no sabe nada.

—¡Tu madre! ¡tu madre vendrá con nosotros! tu madre es ya de la familia... es mi hermana.

—Hace mucho calor...

—Tengo tomado un ómnibus que nos llevará á la Alameda de Osuna en un dos por tres. Allí no hace calor: llevaremos la comida de casa de Lardy: lo mejor... lo mejor... pasaremos allí el dia, nos columpiarémos, nos embarcarémos; volveremos despues... muy alegres... ¡oh! ¡Dios mio! ¡ayer!... ayer pensaba yo de otro modo... con que alégrate, Andrés, alégrate y ven conmigo... vamos por la comida con Pacorro, que es fuerte como un buey y llevará una banasta enorme...

—Pero yo... ¿cómo quiere usted que vaya así con mi blusa de trabajo?

—¿Y qué importa eso?...

—¡Junto á la señorita Leontina!...

—¡La señorita Leontina!... ¡la señorita Leontina!... ¿sabes, Andrés, que me va incomodando tu cortedad? ¿qué sería sin tí la señorita? una costurera... porque yo estaba arruinado, ¡y la infeliz!... tú has sido para ella... primero su amor... despues su salvacion... ¡oh Dios mio! estaba alegre y me vas á poner triste... ¡al campo, Andrés, al campo! necesito respirar el aire libre... necesito mucho aire, mucho espacio donde estender mi corazon. Con que si no estás contento con tu trage, vamos á tu casa y vístete: yo entre tanto hablaré á tu madre... con que vamos... vamos...

—Es que no tengo otra cosa que ponerme, y ya ve usted...

—¿Qué no tienes otra cosa... sí... por cierto... vaya si tienes... sí señor, camisas, calzado, ropa, todo se encuentra en Madrid... todo, ya verás... lo que se necesita es dinero, y yo... me quedaban unos tres mil duros... con tres mil duros bien se puede vestir á un buen mozo, pasar un buen dia de campo, y casar una hija... pero aquí está el chocolate... un poquito espeso, Juana... pero hoy no es dia de reñir... mira, Juana, vístete...

—¿Y para qué, señor?...

—Vamos de campo...

—¡De campo!...

—Á la Alameda de Osuna.

—¡Ay qué bien!

—Cuando venga mi dependiente que se espere... ¡ah! y la señorita Ana... que se vista tambien... vamos todos... todos...

—Me alegro, me alegro...

—Dale prisa á la señora... que esteis dispuestas para cuando volvamos... oye... que vaya Antonio por el ómnibus, y buscarme por ahí á Pacorro, y que venga al momento.

—Muy bien, señor.

—Toma... llévate esas tazas. Vamos, Andrés, vamos, añadió Perez abriendo el cajon y tomando unos billetes de banco.

—Pero...

—No hay remedio... no tienes disculpa... te faltaba ropa... voy á comprártela con tu dinero...

—¡Con mi dinero!

—Sí; esto es tuyo.

—¿Mio?

—Si por cierto; eres un ebanista inteligente; mas que un ebanista, un escultor... y yo.... al casarte tú con mi Leontina me retiro... á descansar... esto es en la apariencia, ya que tú quieres que cubramos las apariencias... pero en realidad yo trabajaré... seré tu administrador: ya tengo esperiencia, y sabré lo que hago... con que... hoy de campo: mañana se pondrá en la muestra: «Don Andrés Zoa, sucesor de don José Perez, ebanista.»

—Declaro que no lo consiento.

—Pues bien, me presentaré á los tribunales, me declararé tu acreedor, te cederé todo lo que tengo, y me iré de Madrid.

—Pero esto es asesinarme..: esclamó con una verdadera desesperacion Andrés.

—¿Pero no amas á Leontina?...

Andrés estuvo á punto de revelarlo todo á Perez, pero le faltó valor, tartamudeó, se puso encarnado y pálido, y no contestó una sola palabra.

Era el sacrificio mas sublime de la caridad de un hombre.

No hubo medio de evadirse.

Perez equipó completamente á Andrés, le vistió por sí mismo, y lo presentó á Leontina, que estaba hechiceramente vestida y con suma sencillez.

Andrés, llevaba levita, chaleco, corbata, y pantalon negro, calzado de charol, y estaba elegante, hermoso, pero turbado como un novicio.

Cuando le vió madama Eloisa, le abrazó.

Leontina adelantó hácia él, pálida, con los ojos impregnados de amor, y le dió la mano.

Ana, pálida como una difunta, le saludó.

La demás familia estaba agrupada detrás, porque era la hora de la marcha.

El ómnibus esperaba ya fuera.

Pacorro habia trasladado á él una enorme banasta llena de esquisitas provisiones.

En aquel momento sonó la campanilla.

Juana anunció á la maestra de lenguas.

Poco despues entró Luisa.

Su llegada causó una sensacion profunda.

En Andrés, por lo que saben nuestros lectores.

En Leontina, de envidia y de despecho.

Ana, que tenia el corazon comprimido, se arrojó en sus brazos.

—¡Es mi amiga, mi madre! esclamó, presentándola á sus nuevos protectores... sin ella, ¿qué habria sido de mí?

—Perdone usted, señora, dijo madama Eloisa, si ayer no la recibí á usted sino como á una persona á quien no se ha visto nunca; pero Ana me ha hablado de usted, me ha dado á conocer... y permítame usted que lo diga, la amo á usted.

—¡Oh! gracias, señora, gracias... dijo Luisa dándola la mano, y sonriéndola tristemente.

—Así, pues, considéreme usted no como á la madre de una discípula, sino como á una amiga de corazon.

Luisa estrechó de nuevo la mano de madama Eloisa.

—Con este motivo, dijo Perez, que cuando estaba alegre queria que se alegrase todo el mundo, esta señora será de la partida...

—¿De la partida?

—¡Sí! ¡sí por cierto! es una reunion de familia; nos vamos de campo á la Alameda de Osuna; yo soy muy espansivo, señora; perdone usted, pero este es el dia mas feliz de mi vida, y quisiera que usted...

—No sé, no sé, dijo Luisa con una admirable lisura, con una admirable franqueza... no sé si me atreva... me haria bien respirar el aire del campo...

—Pues bien: adelante, véngase usted con nosotros.

—Sí, sí, venga usted, hónrenos usted, dijo madama Eloisa.

—Sí, sí vendrá, dijo Ana con acento ardiente: ¿no es verdad que vendrá usted?

—Necesitaria avisar á mi hermana... es decir, á una amiga con quien vivo, y á la que amo como á una hermana.

—Vendrá tambien, dijo Perez; todo es media hora mas ó menos, y los dias son largos...

—Pues bien, iremos.

—Pues al coche, al coche, dijo alegremente Perez. ¡Qué dia! ¡qué dia tan feliz!

Y subió el primero y todos le siguieron.

Luisa iba triste.

Andrés desesperado.

Leontina irritada.

Ana, llorando por dentro, si se nos permite esta frase.

El ómnibus se encaminó á la casa de Luisa, que subió y trajo consigo á Antonia.

Al irse Luisa, dijo á la criada:

—Si viene un marinero, un hombre con sombrero de hule y chaqueta y pantalon azul, dígale usted que me dispense sino me encuentra... que me han comprometido á ir al campo, á la Alameda de Osuna.

Luisa y Antonia entraron en el carruage, que se encaminó á casa de Andrés.

La señora Juana salió á abrir con la calceta en la mano.

Al ver tanta gente, se asustó.

—No hay que sorprenderse, dijo alegremente Perez: somos nosotros y unos amigos que nos vamos de campo, y venimos por usted.

—¡Por mí! ¡y mi Andrés! ¿cómo he de dejar la casa sola?

—Andrés está aquí, dijo Perez, sacándole de detrás de las mujeres y presentándole.

Andrés tenia vergüenza de que su madre le viera vestido de aquel modo.

—¿Qué es eso Andrés? dijo su madre llanamente; ¿por qué tienes puesta esa ropa de caballero?

—Es que le ha tocado la lotería, señora Juana, dijo Perez.

—¡La lotería! ¡oh! ¡Dios mio! ¿y cuánto?...

—¡Mucho! pero no hay que asustarse. Vamos, vamos, que se pasa el tiempo.

Despues de un ligero altercado, la señora Juana se puso su vestido negro de los dias de fiesta, bajaron todos á tomar el ómnibus, que al fin se encaminó directamente á la Alameda de Osuna.

CAPITULO XIV.

En que concluye la primera parte.

Habia ya pasado gran parte del dia.

En vano Perez habia querido alegrar á su familia.

Y decimos su familia, porque en la modificacion que en la familia de Perez se habia efectuado, todos los que le acompañaban podia decirse que pertenecian á ella, escepto Luisa y Antonia.

No habia podido alegrarla, porque todos estaban preocupados.

Empezando por la madre, por madama Eloisa, la pobre señora no podia olvidar la conducta egoista que Leontina habia observado el dia anterior, la repugnancia mal encubierta á sacrificar lo suyo en aras de la desgracia de su padre.

Perez habia olvidado esto.

Porque Perez era franco, espansivo, hombre del momento; que no guardaba ni rencor, ni recelo, ni prevencion, porque la prevencion y el recelo, no cabian en su alma.

Al volver la paz á su casa por el sacrificio de Andrés, habia olvidado lo pasado, y no tenia imaginacion mas que para soñar con un porvenir color de rosa.

Pero las mujeres son mas impresionables.

Una mujer olvida con dificultad lo que una vez la ha afectado.

Madama Eloisa se habia sentido fuertemente afectada por el egoismo de su hija.

La repugnancia de Leontina en hacer un sacrificio por su padre, habia sido para madama Eloisa lo que una mano impía que hubiese rasgado un velo de oro, dejando ver tras él un cadáver corrompido.

Hay madres egoistas, porque de todo hay en el mundo.

Pero estas madres egoistas respecto á sus hijos, son afortunadamente una escepcion.

Madama Eloisa pertenecia á la regla general.

Era madre en toda la estension de la palabra, como en toda la estension de la palabra era esposa.

Madama Eloisa no sintió el egoismo de su hija por sí misma.

No sintió por sí misma que Leontina no amase á sus padres.

Lo sintió por su hija.

Porque tras el egoismo de su hija, vió una historia muy triste.

El que vive para sí solo, no tiene derecho á que vivan para él los demás.

El que vive para sí solo, se labra sin saberlo su desgracia.

Su egoismo le hace desear los sacrificios de todos; pero al mismo tiempo se hace indigno de ellos.

Una persona egoista, no ama, no puede amar.

Por consecuencia, hé aquí la primera deduccion de madama Eloisa:

Leontina no amaba á Andrés.

Creía, sin embargo, amarle.

Y en efecto, le amaba con intensidad, pero como aman los egoistas; principalmente, con la fuerza de un deseo no logrado, y que al ser satisfecho, pasa.

Madama Eloisa, por mas que cerrase los ojos á su horrible deduccion, veía en su hija una de esas indignas y vulgares esposas que infaman la familia, y manchan la cuna de sus hijos.

Porque Leontina poseía una imaginacion sumamente voluptuosa é impresionable.

Pasado el capricho que la inspiraba Andrés, y que ella creía amor, debia abrirse un vacío en su corazon.

Leontina era bella, dada al lujo y á las diversiones; amiga del trato, y necesariamente Leontina debia ser solicitada...

La pobre madre cerraba los ojos de su pensamiento, y no se atrevia á mirar á lo largo del camino por donde debia marchar su hija.

Madama Eloisa estaba con razon preocupada.

Ocupémonos de otra madre.

De la de Andrés; de la señora Juana.

La preocupacion de esta, mas que preocupacion, era sorpresa.

Veía á su hijo vestido como un caballero, y no así como quiera, sino perfectamente vestido.

Perez no le habia llevado á una ropería, sino á casa de su sastre.

Allí, pagando lo que el maestro quiso, le arrebató una levita que venia bien Andrés, y que ya esperaba su verdadero dueño con impaciencia, y de igual modo el chaleco y los pantalones.

De modo que, prendas que yendo á su primer destino hubieran entrado con su dueño en círculos elevadísimos, cautivadas por Perez, vinieron á dar en un sencillo obrero.

No hay que decir, pues, que Andrés no estaba convenientemente vestido.

Esto encantaba á Leontina, pero tenia sumamente cuidadosa á la señora Juana.

Tenia además á la señora Juana en cuidado, la manera como Leontina miraba á Andrés.

Indudablemente, cuando una mujer mira á un hombre como Leontina miraba á Andrés, le ama.

La señora Juana lo sabia esto demasiado.

Era, pues, claro que la señorita Leontina estaba enamorada de su hijo.

Pero la señora Juana se acordaba que aquella mañana, al amanecer, su hijo se habia compuesto lo que le habia sido posible, que se habia puesto camisa y blusa limpias, y se habia ido sin almorzar, á pesar de que no habia cenado la noche antes, y que para disculpar su prisa, le habia alegado que le estaba esperando una señora, á quien debia retratar.

La señora Juana habia visto algo mas que el retrato en la prisa de Andrés.

Á mas, la señora Juana habia visto, porque las mujeres lo ven todo, y mas las madres, el magnífico retrato de marfil que Andrés llevaba siempre consigo en la tapa de una caja: habia abierto aquella caja, y habia visto dentro de ella una dalia seca.

Desde el momento en que la señora Juana vió á Luisa, la reconoció por el original del retrato: á mas de esto, por una coincidencia singular, ó por aficion á las dalias rojas, Luisa llevaba una en los cabellos.

La señora Juana vió, comprendió perfectamente que Luisa trataba á Andrés con aprecio, como á un buen conocido, pero absolutamente sin amor.

Por el contrario, y por mucho que Andrés disimulase, habia cuatro mujeres que veían claro el ardiente interés, la tierna solicitud con que miraba á Luisa.

Estas mujeres eran:

La señora Juana.

Leontina.

Antonia.

Ana.

La señora Juana estaba cuidadosa.

Leontina irritada.

Antonia triste.

Ana celosa.

Cada cual de ellas amaba al jóven de un modo distinto.

Prescindamos de la madre.

Leontina le deseaba, estaba empeñada por él.

Antonia veía en Andrés la realizacion de sus sueños de vírgen, y sufria; pero se resignaba al sufrimiento porque á quien amaba Andrés era á su hermana.

No sabemos por qué sufria mas Antonia.

Si porque Andrés amaba á Luisa, ó porque Luisa no amaba á Andrés.

Ana por su parte se sentia arrastrada hácia el jóven por una fuerza desconocida, de la que no podia darse cuenta: era la tension instintiva del débil tallo de la vid, ó la pared en que se apoya; del débil al fuerte: era la necesidad de una familia, de un sér á quien enlazarse, de un abrigo contra la tempestad: era ese amor tenaz de los desgraciados, que si una vez luce para ellos, cuando se apaga deja su alma huérfana.

Era un amor ansioso, pero puro, inmenso, abnegado.

Habia amado á Andrés sin saberlo, sin darse cuenta de ello.

Solo habia comprendido aquel amor cuando tuvo celos.

Perez no veía nada de esto y estaba alegre, y le estrañaba que los demás no lo estuviesen.

Madama Eloisa no tenia ojos ni atencion mas que para su hija, y nada de lo demás veía.

Andrés no tenia ojos ni palabras mas que para Luisa.

Luisa por su parte no veía nada.

Pensaba en Juan: no en su amor, sino en su empeño, que continuaba, teniendo para ella toda la apariencia del amor.

Así, pues, todos estaban preocupados, y Perez se esforzaba en vano por trasmitirles su alegría.

Avanzaba el tiempo; habia llegado el principio de la tarde, y Perez, cansado de sus inútiles esfuerzos, amodorrado por su costumbre de dormir la siesta, y por el esceso de comida y bebida, se habia echado sobre la yerba al pié de un árbol y se habia dormido.

Faltando la palabra de Perez, dominó por algun tiempo un silencio especial.

—¿Pero qué es esto? dijo Antonia, que era la que mas dominio tenia sobre sí: parece que nos han encantado: vamos á bailar.

—¡Á bailar! dijo Andrés: no puede ser, no tenemos música.

—La haremos nosotros, dijo Antonia: yo me ofrezco á hacer el organillo.

Y empezó á cantar una polka-mazurca, con voz tan fresca, con una entonacion tan alegre, que no parecia sino que era la mujer mas dichosa del mundo.

—¡Magnífico! dijo Raimundo, el dependiente de Perez: no se puede desear mejor instrumento. Canta usted admirablemente, señorita.

Antonia inclinó, sonriendo, la cabeza y siguió cantando.

—¡Á bailar, á bailar! dijo Raimundo.

—Sí, bailen ustedes, dijo Madama Eloisa.

—Bailemos, esclamó cerca una voz robusta y alegre que salió tras un seto.

Poco despues apareció el hombre que pronunció aquella voz.

Era el contramaestre del Alcion.

Antonia suspendió su canto al aparecer el marino.

Luisa y Andrés se levantaron de la yerba y salieron al encuentro del Moreno.

Este se enjugó el sudor que corria por su frente.

—Por Dios y por el diablo, dijo, que si á mí me hubieran pronosticado alguna vez que habia de andar dos leguas sobre otro lomo que el de un buque, no lo hubiera creido, y me las he tirado á pie...

—¿Á pie?...

—Son tan flacuchos esos jacos que remolcan los coches de plaza, que me dije: Martin, mas pronto llegarás sobre tus zapatos: pero prefiero una noche entera de chubasco; y tengo sed, sí, vive Dios, dijo tomando sin cumplimiento una botella y vertiéndola en su boca: hé aquí un buen vino. ¿Con que se divierten ustedes?

—Hemos venido de campo con mi maestro, su familia, estas señoras...

—¿Ha estado usted en casa, amigo mio? dijo Luisa.

—Sí, sí, señora: á la una: yo soy muy puntual: como que allá en el charco todos los servicios tienen sus horas... pues, sí señor, fuí; la criada me dijo que estaban ustedes de campo en la Alameda de Osuna... yo hubiera dejado para otro dia verla á usted, pero... no podia dejarlo... vamos, no señor... necesitaba verla á usted, señora... verla de todo punto.

—¿Pues qué sucede? dijo Andrés.

—Suceden cosas, que si uno no creyera en Dios, le harian creer en él. Pero voy á sentarme, que estoy cansado, y á comer algo, que tengo hambre. Para servir á ustedes, señoras, añadió adelantándose hácia madama Eloisa y su hija, y la señora Juana y Ana, que formaban un grupo; y tomando de sobre el mantel que estaba tendido en la yerba una ave asada, se puso á comer con el mejor apetito del mundo.

—¿Quién es este hombre? dijo Leontina mirando con prevencion al marino, porque le desagradaba su llaneza.

—Martin Iglesias, señorita, contestó el marino hincando el diente á una pechuga, y con la boca llena; contramaestre de la goleta mercante la Anunciacion, que se fué á pique en el canal de la Mancha.

—¡Se fué á pique! dijo tristemente Ana, que recordó á su padre.

—Sí, sí, ciertamente, señorita... era un casco viejo... pero en fin, aquello pasó, á otra: y está perfectamente asada esta ánade.

—Pues coma usted, coma usted y beba, dijo madama Eloisa, á quien agradaba la característica franqueza del Moreno.

—Pues señor, dijo este á Luisa y á Andrés, que se habian sentado junto á él. Yo no podia pasar sin ver á ustedes.

—¿Pero qué sucede? dijo Andrés.

—¡Nada! una miseria: he encontrado lo que buscaba.

—No recuerdo...

—Yo buscaba... pues, yo buscaba una hija perdida.

—¡Una hija perdida! dijo con interés madama Eloisa.

—Sí por cierto, señora, una jóven que su padre no sabia dónde paraba... solo habia venido para eso á Madrid.

—¿Qué es eso?... dijo Perez, que habia despertado, incorporándose sobre la yerba y mirando al Moreno... ¿Es amigo tuyo ese buen mozo, Andrés?

—¡Vaya si somos amigos! dijo el Moreno.

—¿Está usted empleado en el ministerio?... dijo Perez.

—¡Qué! ¿tengo yo cara de marinero de tierra?

—Perdone usted, pero ¡es tan raro en Madrid ver marineros!

—¿Y qué quiere usted que haga un marinero tierra adentro?

—Le conocí anoche, don José, dijo Andrés.

—Y somos los mas grandes amigos del mundo.

—¡Pues es raro!... ¡en tan poco tiempo!... dijo Perez.

—¡Qué quiere usted! ¡pero cuando dos hombres esponen juntos el pellejo, y por una buena accion!...

—¿Qué te has espuesto tú, Andrés? dijo la señora Juana.

—¡Es mi madre! dijo Andrés al Moreno.

—Pues señora, tiene usted un hijo que vale un mundo... figúrese usted... que sin él...

—Estaria yo arruinado, dijo Perez.

—¡Arruinado! esclamó la señora Juana.

—Yo pensaba esplicarme; pero mas tarde, cuando hiciera menos calor... porque á pesar de todo, hace calor... pero ya que ha venido á cuento, sépalo usted, señora Juana: yo me veía ayer fuertemente comprometido; me ahogaba... el cielo estaba para mí negro... cuando de repente, don Cosme el escribano entró y me trajo mis cuentas saldadas. ¿Y sabe usted quién habia saldado mis cuentas? ¡Andrés!

—¡Andrés! esclamó con asombro la madre.

—Sí, Andrés: le habia caido el premio mayor de la lotería.

—¡Y no me habias dicho nada! esclamó la anciana: ¿creías tú, hijo mio, que yo iba á reprobar lo que has hecho? ¡reprobarlo! ¡bendecirlo, Andrés, y bendecirte, hijo mio!

—Pero ha hecho mal en no decírselo á usted, dijo Perez.

—Un dia... dijo la anciana, un dia un hombre llevó á mi casa una papeleta... yo no sé leer... la dejé para que mi hijo la leyera... cuando Andrés volvió de su taller de usted, don José, leyó aquel papel, y se puso pálido, tembloroso, y me miró con desesperacion: soy soldado, me dijo, y me llaman.

La señora Juana se enjugó las lágrimas.

—Yo no comí ni dormí... mi marido estaba enfermo muriendo... yo no era viuda aun, lo fuí poco despues... Dios me quitaba mi esposo, y los hombres me quitaban mi hijo... pero al dia siguiente, Andrés entró alegre... ya no era soldado, usted le habia comprado un hombre... ya tenia hijo... Andrés ha hecho bien, muy bien... era necesario que hubiese sido un bribon para no darlo todo

al hombre caritativo á quien debia la vida de su madre; porque... si se hubieran llevado á mi Andrés, yo me hubiera muerto.

—Venga la mano, abuelita, venga: esclamó el Moreno: ¡poder de Dios! que he tenido suerte en mi viaje: he tropezado con gente que ni de encargo son mejores; pero de lo pasado no hay que hablar... cada uno ha hecho lo que ha debido.

—No, no señor, amigo mio, dijo Perez: yo todavía no he hecho lo que debo hacer y lo que haré, y para decirlo, he traido á mi familia de campo: hay pactos que deben hacerse al cielo abierto y en medio de la tranquilidad y de la alegría. Señora Juana, yo me retiro á descansar, y dejo el taller á Andrés.

—¡Oh! ¡Dios mio! dijo la señora Juana: Andrés no puede permitirlo.

—¡Andrés es mi hijo!

—¡Su hijo de usted!

—¡Y usted mi hermana!

—¡Cómo!

—¡Andrés se casa con Leontina!

Esta solemne noticia causó una sensacion profunda; pero en quien mas impresion hizo fué en Antonia, en Ana y en el Moreno.

Antonia se estremeció, Ana se sintió dominada por una sensacion fria, amarga, horrible, zumbaron sus oidos, y se nublaron sus ojos.

El Moreno dejó ver una enérgica sorpresa.

—Pero eso no puede ser, dijo; no señor, eso no puede ser... vamos, usted, amigo mio, se ha equivocado: usted ha querido decir que Andrés se casa...

—¡Con mi hija! ¡sí señor! ¡se casa con mi hija! ¿y qué tenemos? ellos se aman, y yo quiero, y todos queremos.

—Pues entonces quien se ha equivocado he sido yo, dijo el Moreno; pero me he equivocado de alto abajo: ¡vamos, un hombre de mar en tierra es un ballenato mareado! ¡ve las cosas al revés! y yo que creí...

Y abarcó en una mirada á Luisa y á Andrés.

—Pues sí, Andrés ama á Leontina, continuó don José, y Leontina ama á Andrés; desde hoy Andrés es el dueño de mis talleres, y yo soy... su padre... su hermano de usted, señora Juana... y soy muy feliz.

—¿Pero es esto verdad? dijo la señora Juana.

—Sí, lo mismo pregunto yo, dijo el marino encarándose á Andrés, ¿es esto verdad?

Andrés, mas comprometido que nunca, mas cobarde que nunca, esclamó: Es verdad, la señorita Leontina y yo...

—Vaya una rareza, esclamó el Moreno... llamar señorita á su novia. Aquí hay algo, dijo para sí el Moreno; pues bien, ¿y á mí qué me importa? paréceme que á la hermosa corbeta negra le importa muy poco de que Andrés se case con otra, la rubia es distinto; sufre, aunque lo disimula... y aquella niña, tan hermosa, tan callada, tan pálida... aquella jóven se muere...

En efecto, Ana sufria de una manera horrible, luchaba con su sufrimiento, pero no podia ocultarlo.

—Pues me alegro, me alegro; esto merece otra botella, dijo el marino.

—¡Oh! ¡Dios mio! dijo la señora Juana; y yo que no sabia nada...

—Ni yo, dijo Raimundo.

—Ni yo, esclamó la criada.

—Pues ya lo sabemos todos, dijo el Moreno; y ¿cuándo es la boda?

—¿Cuándo? contestó don José: al momento. A propósito, la cama y la sillería que has concluido, Andrés, son muy á propósito para vuestra casa.

—Yo no quiero aquella sillería, esclamó con acento dulce Leontina.

Aquella sillería era la que ostentaba en el coronamiento de cada una de las sillas el retrato de Luisa.

—Sí, sí; aquella sillería es demasiado... está ajustada en veinte y cuatro mil reales, dijo Andrés.

—Aquella sillería es inapreciable, dijo con mas dureza Leontina.

—¿Qué tendrán esas sillas? dijo el Moreno; y luego, como cediendo á aquella súbita intuicion, añadió: yo quiero esa sillería.

—¡Que usted quiere esa sillería! dijo Perez.

—Sí por cierto; tiene para mí el mérito de haberla hecho mi amigo Andrés.

—Pero ¿para qué quiere usted esa sillería?

—Necesito poner completamente una casa.

—Bien, pues ya hablaremos de eso, dijo Perez; ahora dejémonos de negocios, divertámonos.

—No, no; tengo un capricho, véndame usted aquí mismo esa sillería.

—¡Aquí mismo!

—Sí señor, vale veinte y cuatro mil reales; pues bien, ahí van veinte y ocho mil.

El Moreno sacó una ancha cartera, y de ella siete billetes de á cuatro mil reales, que dió á Perez.

—Pero esto es una rareza, dijo el ebanista.

—No tanto, no tanto; figúrese usted, y ahora entro yo, que yo no he venido aquí á humo de pajas. Vengo buscando á esta señora... y hubiera ido á buscarla hasta el fin del mundo.

Y señaló á Luisa.

—¿Y para qué, amigo mio? dijo tranquilamente Luisa.

—Para adorar en una mujer una santa.

Y cogió una mano á Luisa y se la besó.

—¿Pero qué hace usted?

—¡Qué hago yo! ¿usted sabe lo que ha hecho?

—¡Yo!

—Sí, sí, señora; ¿no ha recogido usted á una pobre niña huérfana? ¿no la ha entregado usted al cuidado de un clérigo anciano, que se llama?...

—¡El padre Quirós! dijo Ana conmovida.

—¡Dios mio! esclamó el Moreno: es usted, señorita, la jóven... que esta señora recogió cuando...

—¡Yo soy!

—¡Usted!

—Yo... sí, señor...

—¿Cómo se llamaba su padre de usted?

—Mi padre se llamaba don Julian de Olmedo, contestó con estrañeza Ana.

—¿Qué profesion tenia su padre de usted, señora?... dijo trémulo y conmovido el Moreno.

—Era capitan de un buque mercante.

—¿Y qué ha sido de su padre de usted?

—Ha muerto... naufragó en el cabo de Buena-Esperanza.

Pasó por el Moreno una cosa singular.

Habia encontrado á la hija de su capitan, á aquella jóven por quien habia ido á Madrid: la tenia delante de sí, hermosa, dulce, pálida, resignada, y su alma franca é impresionable se conmovió.

Sin embargo, dominó su conmocion.

Necesitaba saber mas.

En la manera con que Ana miraba á Andrés, se comprendia que le amaba.

En la manera con que estaba entre aquella familia, que estaba protegida por ella.

En su resignacion, que sufria.

—¿Y hace mucho tiempo que murió su padre de usted, señorita? dijo el Moreno.

—Hace cuatro años.

—¿Y quedó usted huérfana?

—Sí, señor, mi pobre madre murió poco despues de la muerte de mi padre.

—Vea usted, vea usted lo que es el mar: el tirano mas ciego... Cuando se le pone tragarse un hombre, no hay remedio, aunque vaya en el buque del Padre Eterno, se le traga, sin pararse á mirar si deja hijas huérfanas.

—Y desgraciadas, dijo madama Eloisa, á quien encantaba la franqueza característica del Moreno.

—¡Ah! no, no, señora: no puedo quejarme, dijo Ana: otras hay mas desgraciadas que yo: otras pobres no tienen mas que su trabajo; pero yo he tenido una hermana en Luisa, un padre, en el padre Quirós; he estado segura de que, trabajase ó no, habria un ángel que atenderia á mi subsistencia, un santo que me ampararia.

Y Ana se levantó en un momento de efusion, se acercó á Luisa, la abrazó y la besó en la boca; despues besó á Antonia, y volviéndose á madama Eloisa, añadió:

—Y usted, señora, usted ha tenido compasion de mí, y me ha recibido en su familia.

—Vamos, que la conversacion va tomando un giro que no sé si es lo mas á propósito para un dia de campo, dijo Perez, á quien con suma facilidad se le arrasaban los ojos.

—Con que es decir, dijo el Moreno rascándose una oreja, que si su padre de usted viviera, señorita...

—Yo sé de seguro que mi pobre padre ha muerto.

—¡Bah! dijo el Moreno: eso es asegurar mucho.

Dijo de tal manera el Moreno estas palabras, que todos fijaron en él la vista, y Ana dijo con gran interés:

—¿Ha conocido usted á mi padre?

—Mucho.

—¿Y acaso mi padre vive?...

—Diré á usted... yo no sé si su padre de usted, contestó el Moreno, que temia dar de repente aquella noticia á Ana, no sé si su padre de usted... ha muerto ó vive... hace tiempo que no le veo.

—Pero... dígame usted...

—¿Y qué quiere usted que la diga?

—Es verdad, nada: mi padre ha muerto; ¿y á qué hablar mas de eso?

—Sin embargo... diablo... á mí se me pudren las palabras en el cuerpo; siendo usted como es doña Ana de Olmedo... pues... pues... y como yo he venido únicamente á buscarla á usted...

—¡A mí!

—Sí, señora; y no solo á buscarla á usted, sino á servirla.

—¡Á servirme!

—Es decir, á ser su mayordomo, su administrador: yo me quitaré esta chaqueta, y me pondré una levita negra larga, y una corbata blanca, y un chaleco blanco, á fin de que me respeten los demás criados: son una canalla; decididamente me retiro del mar, y lo siento: pero es preciso...

—¿Qué está usted diciendo de servirme? esclamó Ana, mirando al Moreno con una estrañeza de la que participaban todos los demás.

—Yo creo, dijo el Moreno, pronunciando una á una y con temor sus palabras, porque eran graves, yo creo que una jóven, que una señora que tiene de dote diez millones...

Levantóse un murmullo de asombro.

—Usted se equivoca, dijo Ana; usted me toma por otra.

—Cómo que me equivoco, dijo el marino. ¿No es usted doña Ana de Olmedo? ¿no cree usted que su padre ha perecido á la altura del cabo de Buena-Esperanza?

—¡Que creo!... con que es decir...

—Digo... vamos... ello es preciso decirlo: su padre de usted vive, señorita.

—¡Que vive! esclamó Ana poniéndose de pie pálida como una difunta.

—Carta canta, dijo el Moreno: ¿conoce usted la letra de su padre?

—¡Oh! ¡sí! ¡como que guardo las cartas que escribia á mi pobre mamá!

—Vamos, pues bien: ¿es esta la letra de su padre de usted? dijo el Moreno sacando una cartera y de ella una carta.

—No, no señor, dijo Ana mirando el sobre de aquella carta.

—¿Y esta? añadió el Moreno mostrándole una segunda.

—Tampoco.

—¿Y esta? añadió mostrándola un documento.

—¡Oh! ¡esta sí! ¡esta sí! esclamó con alegría Ana.

—Lea usted, lea usted, señorita.

—¡Oh! no puedo...

—Es una carta para usted: una carta de su padre.

Ana se sentó é inclinó la cabeza sobre sus manos.

Luego se dejó caer sobre el regazo de madama Eloisa.

—¡Agua, agua por Dios! dijo la buena señora: se ha desmayado.

Todos acudieron á socorrer á Ana.

—La ha dado usted de repente la noticia, dijo Perez, y ha hecho mal... nosotros la hubiéramos preparado.

—¡Bah! los desmayos de alegría no matan: vea usted, vea usted como vuelve en sí.

—¡Ana! ¡Ana mia! esclamó Luisa, ten valor.

—¡Ah! ¡Dios mio! ¡mi pobre madre! ¡si viviera mi pobre madre! fueron sus primeras palabras al volver en sí.

—¡Vaya un dia feliz! dijo Perez frotándose las manos; señor Moreno, ó mas bien señor mayordomo, esto merece beberse una botella.

.Y se envocó alegremente una.

—Y ahora, señores, añadió, ya es hora de que nos vayamos, si hemos de llegar á la hora de ir al teatro... el dia debe ser completo. Pero una palabra: señor mayordomo, como Ana necesitará poner una casa elegante, yo... basta que la conozca y que sepa que es buena y honrada, se la amueblaré sin ponerla mas que el coste de la obra...

—Acepto... dijo el marino estrechándole la mano.

—Todos somos aquí honrados, y todos somos compañeros. Cuento tambien con que asistiréis á la boda de mis hijos, que será dentro de pocos dias.

—Y yo les convido á ustedes para cuando mi señorita se case, dijo el Moreno.

—

Poco despues, aquella familia marchaba hácia Madrid, pero todos iban tristes y preocupados. Entre ellos no habia mas que dos personas felices.—Perez y el marino.

CAPITULO XV.

En que se comprende la felicidad de un matrimonio por algunos rasgos característicos.

Han caido las hojas de los árboles.

Los viajeros veraniegos empiezan á volver á Madrid.

Los teatros esparcen sus programas.

Las ferias se acercan.

Una de las dos únicas estaciones en Madrid, el invierno, está encima.

El salon del Prado empieza á verse abandonado por las noches.

Sin embargo, quedan aun los faroles encendidos, y las parejas tenaces.

Y las madres jóvenes que llevan por única compañía al hijo niño.

Y las mamás viejas, que van á remolque de las hijas rozagantes, y los pollos de sesenta años, que aun buscan gangas, y los cesantes, que establecen su tertulia al aire libre en uno de los asientos de piedra del lado de la fuente de las Cuatro Estaciones, porque las sillas de la otra banda y de París cuestan, y ellos no están para costas.

Desde el momento en que han vuelto á abrirse los salones, la nube de aves del paraiso, de todos colores, que llenaban el Prado desde las siete de la tarde hasta los once de la noche, han desaparecido.

Tras ella ha ido esa falange masculina, que va siempre tras las mujeres por costumbre, ó por cálculo, ó por... ó por otras mil razones, porque un hombre puede utilizar á una mujer de diferentes maneras.

Ello es el caso, que á la venida del invierno, esto es, á la caida de las hojas, porque en Madrid no hay otoño, de la misma manera que no hay primavera, el salon del Prado, va quedándose solitario, desierto, y solo se ven en él, se entiende por la noche, á ciertas parejas, á ciertos filósofos, á ciertos desesperados.

El viento de setiembre, silba pesado y frio á lo largo de aquella ancha tela, y arrastra perezosamente las hojas.

La fuente de las Cuatro Estaciones, mas bien que agua, arroja lágrimas, y lágrimas que huelen.

Sus dos pilones, muestran un remanente verde, cubierto por una nata de musgo color de sapo.

Madrid es un paraiso.

Los árabes no hubieran podido llamarle el *de las claras fuentes*, ni el de los *oscuros bosquecillos*.

Pero hemos descrito demasiado el escenario.

Pasemos á los actores.

Elijamos para nuestra accion, un grupo que está sentado junto al pescante de un reverbero.

Le componen un hombre y una mujer.

Ó mejor, una señora y un caballero.

La señora, podrá contar unos diez y nueve años, y es admirablemente hermosa, aunque afeada por una impertinente espresion de superioridad, de dominio, de soberbia de sí misma; por cierta afectacion, que parece destinada á decir: yo soy una reina de la belleza y del buen tono; y sobre todo esto, cierto disgusto pesado, por decirlo así, tenaz, que parece como estereotipado por la costumbre en la mirada de sus ojos, que se fastidian, en la inflexion de su boca, que en vano pretende ocultar el sufrimiento, en su entrecejo contraido y oscuro.

Y sin embargo, es muy hermosa.

Y se comprende que pudiera serlo mucho mas, sin aquella afectacion, sin aquella soberbia, sin aquel disgusto.

Falta en aquel semblante tan simétrico, de formas tan decididamente bellas, el reflejo de una vida feliz, tranquila, pura, enamorada, satisfecha de su amor.

En aquel semblante se ve un alma marchita, irritada, pronta á luchar, exigente, provocadora, concentrada, meditabunda.

Su trage es tan bello como su figura, y además de esto, rico y sencillo; pero en su confeccion, en su plegadura, en su disposicion general hay tambien afectacion; algo que pesa, algo que no pue-

de compararse con ese trage blanco de linó que juega, suelto, puro, encantador, á la carrera de una niña que corre tras una mariposa.

Esta dama está recostada indolentemente sobre una de las incómodas, inverosímiles, absurdas sillas del Prado, que nadie, por pobre que sea, se atreveria á tener en su casa. Una de las piernas (de la jóven, se entiende) está cruzada sobre la otra, dejando ver entre la inmensa nube de telas de la falda una parte imperceptible de su pequeñísimo pie, y distraida se dá golpecitos á compas, con un precioso abanico de sándalo incrustado en oro, en la rodilla.

El hombre que la acompaña, es jóven tambien: viste con elegancia, y como su compañera, está silencioso, pensativo y contrariado.

Tiene echado sobre los ojos un sombrero de seda negro, fuma lentamente un habano, y se golpea con un junquillo la bota de charol, como llevando el compás del abanico de la dama.

En cada una de las pequeñas nubes de humo que salen de una manera, hasta cierto punto característica, y de tiempo en tiempo de la boca del jóven, parece ir envuelto un pensamiento.

El rostro de ella está completamente iluminado por la luz del reverbero.

El de él, completamente en sombra bajo el ala de su sombrero.

Durante un largo espacio permanecieron en silencio, inmóviles, sin comprenderse que no eran dos figuras de cera, sino por el movimiento contínuo y acompasado del abanico y del baston, y por las periódicas evacuaciones de humo.

Un sonido agudo, vibrante, cercano, hizo estremecerse ligeramente á la jóven en una contraccion nerviosa; él esperimentó un sacudimiento semejante.

Era el clarin de los artilleros del cuartel cercano, que tocaba retreta.

En el mismo punto una carretela se acercó junto á la barra del Prado.

Él hizo una seña con su baston, y el cochero detuvo el tiro.

—¿Nos vamos? dijo ella.

—Sí, es tarde y tengo que hacer, dijo él.

Ella se levantó, salió por un claro de la barra, y se dirigió á la carretela, cuya portezuela abria un lacayo sombrero en mano.

—¡Tienes que hacer! dijo ella, con acento opaco: es decir, ¡que me voy... como siempre... sola!...

—Sí.

—¿Hasta mañana?

—¡Hasta mañana, ó mas bien hasta dentro de quince dias!

—Muy bien.

—Juan se casa esta noche.

—¡Ah! ¡es verdad! dijo ella: Juan se casa, y sin duda como eres tan amigo suyo, desearás acompañarle durante su espedicion de recien casado; indudablemente eres muy amigo de Juan, y no quieres que le falte nada: cuando se satisfaga de amor, es necesario que encuentre la amistad.

—Ya sabes que Juan es pobre; le he prometido para que pase los primeros dias nuestra quinta: debo hacerle los honores de la casa.

—¡Es verdad!

—¡Como tú no querrias venir!

—¿Y para qué?... nosotros no tenemos nada que hacer en el campo; mi presencia podria robarte á la amistad de Juan...

Estas palabras fueron pronunciadas con un doloroso sarcasmo.

—Si tú quieres, dijo él con impaciencia.

—No, no: adios...

Y se adelantó al carruage y entró en él.

—¡Ah! se me olvidaba. Quiero que la desposada tenga un recuerdo mio: la manera es un poco estravagante; pero no importa: toma.

Y se quitó una magnífica pulsera de brillantes y se la dió á él.

—Que se despose con ella, dijo la jóven, con punzante ironía.

—Esa pulsera tiene mi retrato...

—Mejor: así en un solo regalo, tiene un recuerdo de los dos.

—Es un regalo de demasiado valor.

—No importa; así le apreciará mas. Adios.

—¡Adios!

—¡Ah! puesto que tú te vas, y para no fastidiarme completamente, voy á pasar el rato á casa de la de Robles, dijo ella con acento de amenaza.

—Como quieras, contestó él con mal encubierto despecho.

—Y es muy posible que me vaya con ella durante tu ausencia á Carabanchel.

—Adios.

—Casa de la señora de Robles, dijo ella de una manera singular al cochero.

El carruage partió.

Él se quedó un momento inmóvil en el mismo punto, y luego guardó la pulsera en un bolsillo, y se sentó de nuevo.

CAPITULO XVI.

De como el diablo sigue en sus trece contra Luisa.

Apenas se quedó solo el jóven se sentó de nuevo y esperó con cierta impaciencia.

El paseo iba quedándose cada vez mas solitario.

Las últimas parejas se levantaban de las sillas y se alejaban.

Una se acercó á la abertura de la barra, por donde habia salido para entrar en el carruage la jóven.

Hemos dicho una pareja y hemos dicho mal.

Porque nunca han formado pareja, al menos en público, una mujer de cierta clase y su criado.

Cuando hemos dicho criado, tambien hemos dicho mal.

Pero sepamos de qué se componia la pareja.

Eran una jóven, vestida con suma sencillez pero con gran elegancia, hermosa, lánguida, triste, como dominada por ese cansancio cruel que pesa sobre el alma.

Él era uno de esos altos criados, mayordomo, cajero, representante, factotum, que llevan un sombrero característico, una corbata blanca y una larga levita negra, que cuando acompañan á su señora van á cierta distancia, al lado y un tanto detrás: sirviente de confianza que se llama don fulano, á quien obedecen servilmente los otros criados inferiores, y á quien estos mismos á sus espaldas llaman no sabemos cuantas cosas.

La jóven tenia todo el aspecto de soltera.

El sirviente parecia otra cosa que un sirviente; era mas bien un protector.

La jóven se encaminó á una americana tirada por dos magníficos caballos castaños, y entró en ella.

—¿Con que decididamente, señorita, dijo aquella especie de rodrigon, pone usted el rumbo á casa de la señorita Luisa?

—Sí, sí, es imprescindible, imprescindible de todo punto, Martin.

—Pues bien, luego iré allá; dentro de un par de horas: he tropezado con un corsario y... pero vaya usted con Dios: cuidado, Diego, hijo, añadió dirigiéndose al cochero, cuidado con los bichos, que son muy fogosos. Con que hasta luego.

La americana partió.

Martin, ó el Moreno; el bravo contra-maestre del Alcion, que era el que se habia transformado en mayordomo de la hija de su capitan, de doña Ana de Olmedo, que era la hermosa jóven que habia entrado en el carruage, quedó de pie encarado con el jóven que habia permanecido sentado al pie del reverbero.

El Moreno se sentó sin ceremonia á su lado, sacó del bolsillo interior de su levita una bolsa con tabaco y una pipa, llenó esta de aquel y dijo al jóven:

—Dame la lumbre, vizconde.

El jóven, que era en efecto el vizconde de Rudaguas, dió en silencio su cigarro al marino, y este encendió á su sabor la pipa, y le devolvió el cigarro.

—Yo te creía en el estrangero, dijo el Moreno.

—En efecto, contestó el vizconde, en cuyo acento se notaba que se hacia una gran violencia; habia pensado pasar el invierno en París... pero Emilia...

—Caprichosa como siempre... era necesario que un hombre se viese arruinado para casarse con ella.

—Dispénseme usted, Martin, pero tengo que hacer, dijo el vizconde.

—¡Ah! ¡quieres escaparte! ¡tienes miedo! esclamó el Moreno cambiando de tono: sin embargo, no hay por qué: es cierto que aun nos quedan que ajustar algunas cuentas, pero saldremos de ellas como hemos salido de las anteriores... Luego no puedes quejarte: la necesidad te ha obligado á casarte con tu prima Emilia, que es muy rica, y muy hermosa... y ella te ama... ¡vaya! te ama que no hay mas que pedir; ¡una mujer que ha consentido en casarse con un hombre arruinado! porque has tenido que devolverme los dos millones que habias robado...

—¡Martin! esclamó el vizconde.

—¡Que habias robado! esta es la verdad, y yo digo siempre la

verdad: pues, los dos millones que habias robado á la mujer y á la hija de mi capitan.

—Creo que no me he negado...

—Tú procuraste mas que negarte: procuraste robarme primero los documentos de crédito de mi capitan: despues, como no los pudiste robar, porque es muy difícil robarme á mí, procuraste deshacerte de mí... pero no has encontrado un bribon bastante desalmado y valiente, para echarme á la otra banda... tú tampoco has querido esponerte, y hé aquí la razon de que me hayas entregado esos dos millones. Bien sabia mi capitan á quién enviaba para saldar sus cuentas contigo. Pero nos quedan otras cuentas mas graves que poner en claro. ¿Con qué Luisa se casa esta noche con ese Juan de Castro... con ese miserable pintorzuelo, que la tiene loca no sé por qué?

—¿Son esas las cuentas que usted me pide? ¿qué tengo yo que ver con el casamiento de Luisa?

—¡Dios de Dios! ¡cien rayos y cien truenos! ¿quién era el miserable que cubierto el rostro y vestido como un canalla, quiso robar á Luisa hace dos meses, y se ganó por eso un pistoletazo?

—¡Ah! ¡usted sabe!...

—Lo que sé es que quien te dió aquel pistoletazo en el pecho, te dará otro en la cabeza si esto no se arregla.

—Pero esto es incomprensible, usted se burla de las leyes.

—¡De las leyes! ¡de las leyes! ¿y tú te atreves á hablar de leyes? Mira, para mí no hay mas que una ley: el que encuentra una serpiente debe matarla. Esto lo manda Dios: esto lo prescribe la caridad. Y yo que creo en Dios, yo que soy caritativo, por un millon de tempestades que te mato, sino te vuelves atrás de tus intentos.

—Pero yo no tengo intentos ningunos. Juan ama á Luisa.

—¿Juan la ama?

—Si la ama: ella no puede amarme ciertamente á mí.

—Tú no te separas un momento de Juan.

—Es mi amigo.

—Es tu instrumento.

—Pero si yo amara á Luisa, no permitiria que se casase si estuviera en mi mano impedirlo.

—Yo no digo que la ames.

—Pues sino la amo...

—Tienes un empeño por ella.

—Juro á usted que se equivoca.

—Tienes un empeño: y como dispones de Juan... como Juan es lo bastante miserable para ser tu esclavo...

—Concluyamos de una vez, dijo el vizconde; no sé por qué contesto á usted, por qué sostengo con usted una disputa... hemos concluido y espero que usted me deje libre.

—¡Ah! ¿será necesario demostrarte hasta qué punto soy yo respetable y digno de ser escuchado? pues bien, te anuncio que si no impides el casamiento de Luisa con Juan, te entrego á los tribunales.

—¡Á los tribunales! ¡á mí! esclamó el vizconde.

—Escucha: cuando se necesitan pruebas contra un hombre, pruebas que puedan obligar á ese hombre á que nos sirva de cabeza, y cuando se tiene dinero, y cuando ese hombre es un bribon como tú, un asesino...

—Yo...

—Tú... á mas de asesino falsario...

—Vea usted lo que dice...

—No nos escucha nadie...

—Me acusa usted de asesino...

—Sí por cierto... de la madre de Emilia, de la madre de tu mujer.

—¿Pero quién le ha dicho á usted?...

—¡Bah! ¡confiesas!... puedes confesar, porque como ves no nos oye nadie.

—No, no confieso, no tengo nada que confesar: pero como sin duda me han calumniado... como usted está equivocado...

—El que tiene dinero...

—Pero acabe usted por Dios... ¿qué le han dicho á usted de mí?

—Poca cosa... como yo necesitaba verte, y te me escondias, hice lo que precisamente hace un hombre que necesita ver á otro y no le encuentra, que es informarse de los lugares adonde aquel hombre va. Tu ayuda de cámara, que es un bribon como tú, me dijo, por poco dinero, todo lo que sabia de tí: que tenias una puerta secreta por donde salias de tu casa para evitar el encuentro de algunos *amigos* que suelen esperarte á la salida, y como ni tu ayuda de cámara, ni nadie mas que tú, sabe adonde va á parar la puerta secreta por donde te escapas, me informé de los lugares adonde solías ir; el uno de ellos era la casa de tu prima, de tu querida antes, y ahora tu mujer. Yo fuí á esperarte poniéndome en acecho de la casa de Emilia: con este motivo conocí á su madre. Era una señora fresca aun y bastante

hermosa, aunque me gustaba poco, porque tenia todas las trazas de una bribona bien educada, pero prometia larga vida, como que solo parecia tener de treinta y ocho á cuarenta años.

—Bien, bien, ¿y qué?...

—¿Bien y qué?... poco despues de haberte hablado yo, de haberte presentado los créditos indudables de mi capitan contra tí, cuando aterrado me prometiste que te casarías con Emilia, y pondrías al corriente tus cuentas con mi capitan en cuanto recibieses el dote, fuí un dia á esperarte, porque de nuevo te me habias perdido, y al llegar á la puerta de la casa donde vivia doña Margarita, la madre de Emilia, vi parado delante de ella un carro fúnebre y algunos pobres de San Bernardino junto al carro: dos criados de luto hablaban con otro criado de la vecindad.—La señora murió ayer de repente, decian los unos al otro, y la señorita se casa, á pesar del luto, con su primo el vizconde, porque prefiere esto á ir en casa de su tia la baronesa del Llano... de suerte que hoy tenemos luto y dentro de poco tendremos boda.

—¿Con que ha muerto la buena doña Margarita de repente y su hija se casa, á pesar del luto, con el vizconde? dije para mí... ¡Morirse de repente una señora que gozaba de tan buena salud! vamos, esto es tan estraño como el que se vaya á pique un barco fuerte sin tormenta, con buen tiempo, como si se lo sorbiera la mar por capricho. ¿Qué quieres? esto me maravilló, y como soy curioso quise saber lo que habia en ello y esperé.

Sacaron de la casa un féretro, le pusieron en el carro fúnebre, marcharon los pobres, el carro, y treinta ó cuarenta coches vacíos detrás. Yo tomé un coche de alquiler, y me puse á la cola del duelo. Cuando llegamos al cementerio, el mayordomo de doña Margarita, los sepultureros y yo, fuimos los únicos que entramos en el cementerio: el cadáver se enterró demasiado deprisa, y, segun me han dicho personas que lo entienden, y á quienes conté cómo se enterró el cadáver, faltando á ciertas formalidades. Yo me habia quedado haciendo la desecha, mirando acá y allá los nichos, leyendo las inscripciones, como si aquel entierro nada me importase, y al fin, cuando la pobre doña Margarita estaba metida en el panteon, salió el mayordomo haciendo que lloraba, se fueron los sepultureros, y solo quedaron los albañiles cerrando la boca del panteon y un empleado del cementerio.

—Es necesario que salga usted, me dijo el empleado dirigiéndose á mí.

—Sea enhorabuena, pero al salir quisiera que viniera usted conmigo.

—¿Y para qué?

—Necesito hablar con usted.

—Vamos, pues.

Cuando estuvimos fuera del cementerio, le dije:

—Yo soy muy rico, y pago muy bien los favores que se me hacen.

—¡Oh! no lo dudo, no lo dudo, caballero, me contestó.

—Y en prueba de ello, y para hacer boca, como quien dice, tome usted.

Y saqué mi cartera y dí á aquel hombre un billete de mil reales.

Tú, que debes de haberte valido muchas veces de estos medios, debes saber que un billete de banco dado á tiempo, hace maravillas.

Aquel hombre se me entregó en cuerpo y alma.

—¿Qué quiere usted que haga? me dijo con la mejor voluntad.

—Esta noche vendré al cementerio.

—Bien, muy bien.

—Necesito que se saque del panteon donde se ha metido esa señora.

—¡Hum! dijo el empleado.

—Mil reales mas, dos mil, lo que usted quiera.

—Bueno, se la sacará... ahora las noches son oscuras... pero hay que contar con el otro compañero...

—Entiéndase usted con él.

—Bien, muy bien. ¿Vendrá usted solo?

—No, no señor, vendrá conmigo un médico...

—¡Hum! eso ya es otra cosa.

—Concluyamos... ¿cuánto dinero quiere usted?

Meditó el hombre, y dijo poco despues:

—Diez mil reales.

—No hay que hablar mas. Esta noche entre once y doce.

—Muy bien: mire usted: toque usted quedito á aquella ventana cuando venga.

—Quedamos convenidos.

—Pues hasta la noche.

—Hasta la noche.

¡Oh! el dinero hace milagros: ya lo sabes tú.

Me metí en el carruage, me volví á Madrid, y sobre la marcha me informé de quién era el médico que asistia á doña Margarita.

Fuí á verle, y le dije de buenas á primeras:

—¿Sabe usted de qué enfermedad ha muerto doña Margarita de Silva?

Miróme con estrañeza el médico y me dijo:

—Lo ignoro: no se me ha llamado: para declarar la defuncion se ha llamado á otro.

—¿Y no encuentra ested algo de estraño en esto?

—Yo no me meto en esos asuntos, me dijo con reserva. Aunque yo fuese su médico, nadie puede negar el derecho á su familia de llamar á quien mejor les convenga.

—¡Sí! ¡sí! pero hay quien tiene un gran interés en saber de qué enfermedad ha muerto esa señora.

—Ya está enterrada, y el facultativo que ha declarado la defuncion, que la ha certificado, es quien lo sabe...

—Se cree que doña Margarita haya sido envenenada...

—¡Oh! ¡oh! eso es muy grave, y yo no me meto en eso.

En una palabra, vizconde, el hacerme servir por el médico de la madre de tu mujer me costó un doloroso sacrificio... pero en fin, ello era preciso y arrostré el sacrificio.

Aquella noche, en el carruage del médico, que él mismo dirigía, nos trasladamos al cementerio.

Nos esperaban ya, entramos, se abrió el panteon, y se sacó el cadáver.

El médico le examinó profundamente durante algun tiempo, y luego dijo:

—Me basta: vuelvan ustedes á meter en el panteon el cadáver.

Despues salió conmigo.

Debo advertirte, que el médico llevaba puesta una careta.

Son muy graves estos señores.

Cuando estuvimos fuera del cementerio, el médico me dijo:

—Doña Margarita ha sido envenenada.

—Me basta con eso, le respondí. Y dígame usted, ¿si dentro de un mes, dos, tres, cinco, se acusase ese crímen, si se exhumara el cadáver, se podria probar que doña Margarita ha sido envenenada?

—Indudablemente: aunque pase un año.

—Eso es falso, enteramente falso, dijo el vizconde con voz ronca.

—Sea en buen hora: tú dices que es falso... pues bien, cuando llegue el caso, los médicos y los tribunales dirán la verdad.

—Pero ya que se ha hablado de venenos, ¿con qué veneno se ha matado á mi tia? dijo el vizconde.

—El médico no me lo ha dicho, ni yo se lo he preguntado, dijo

con reserva el marino. Pero, en fin, ya sabes que por ese lado puedo comprometerte dolorosamente. Escucha ahora de qué modo puedo aumentar tu compromiso. Has falsificado el testamento de doña Margarita, lleno de cláusulas que te favorecen.

—¿Y quién le ha dicho á usted eso?

—El escribano don Cosme.

—Pero si don Cosme no se compromete, no se puede probar lo ilegítimo de ese testamento, porque solo don Cosme sabe que cuando entró á estenderlo habia ya muerto mi tia.

—Pues bien, don Cosme lo declarará.

—Don Cosme no querrá ir á presidio.

—Cuando á un hombre se le enriquece, y cuando ese hombre es de la estofa de don Cosme, le importa poco ir á presidio.

—Usted no hará eso... Usted no se gastará un tesoro, solamente por perderme.

—Yo dicto condiciones: yo te digo: obedéceme, porque si no puedo castigarte de una manera terrible.

—Pero ¿qué le importa á usted esa Luisa?

—¿Qué me importa? ¿sabes tú que la amo?

—¡Que la ama usted!

—Sí, pero de una manera enteramente distinta de como la amas tú, es decir, yo la amo como á una hija.

—¡Ah!

—Yo no puedo olvidar que ella ha salvado á la hija de mi capitan. Doña Ana se lo debe todo... si no hubiera sido por Luisa, ¿qué hubiera sido de mi señora, pobre, abandonada, acostumbrada á las comodidades y al lujo, y hermosa? Luisa ha sostenido su cuerpo y su alma. ¡Y quieres tú que yo no proteja á Luisa!

—Pero Luisa se casa por amor.

—Con un infame.

—Tal vez se equivoca usted.

—Con un miserable de que tú dispones.

—Puesto que usted es mas rico que yo, influya usted sobre Juan.

—Lo mejor es que no se case con Luisa.

—Es ya difícil volver atrás: todo está hecho, hasta las gentes convidadas. Solo falto yo, que soy el padrino...

—Pues bien: vamos allá; llama á parte á Juan: y puesto que influyes en él, sácale de la casa; que Juan escriba despues una carta diciendo á Luisa que no quiere casarse con ella.

—¡Un escándalo!

—Si no quieres que se dé ese escándalo, demos el otro: por ejemplo, que dentro de quince dias diga todo el mundo: el vizconde de Rudaguas es asesino y falsario.

—Me obligará usted á que obre de una manera terrible.

—Tú no puedes hacerme daño, porque me tienes miedo. Por el contrario, vizconde, yo puedo perderte.

—¿Con que está usted decidido?

—De todo punto.

—Pues bien: vamos á casa de Luisa.

El vizconde y el marino se levantaron, y tomaron el Prado adelante.

—¿Y estás seguro, decia el marino, de que sin tí no se habrá hecho la ceremonia?

—Ségurísimo.

—¡Ay de tí, si me engañas!

—El casamiento no puede hacerse sin mí.

—Se engaña usted, vizconde, dijo una voz detrás de ellos.

Entrambos se volvieron.

El que les hablaba era el baron del Destierro.

El vizconde se estremeció.

Martin se puso pálido de irritacion.

—¿Con que es decir, que Luisa se ha casado con ese miserable?

—Sí, sí por cierto: se ha recibido una carta de usted en que decia que se casasen sin su presencia.

—¿Y se han casado?

—Sí.

El Moreno lanzó un voto horroroso.

Satanás arrastró consigo al vizconde.

—Y bien, dijo el Moreno reponiéndose, yo sabré adonde esos miserables van.

Y se puso en su seguimiento.

CAPITULO XVII.

En que se dicen algunas cosas que sin duda querrá saber el lector.

—¿Luisa se casa?

—Sí señor.

—¿Y se casa con Juan de Castro?

—Sí señor.

—¿Y por qué se casa con Juan de Castro, cuando este la habia ofendido gravemente, cuando la habia desencantado, cuando no le amaba?

—Señor crítico, es usted demasiado entrometido y curioso. Usted debia contentarse con saber que Luisa se casaba con Juan.

—No señor; usted, señor cuentista, debia ser consecuente en sus caractéres. En primer lugar, usted dijo que Luisa habia dejado de amar propiamente dicho á Juan, y que lo que le habia quedado por él era empeño. Y no solo dijo usted esto, sino que habia empezado á amar, que amaba á Andrés de una manera íntima, de que ella misma no se daba cuenta: con un amor que podia confundirse y que ella misma confundia, en efecto, con la amistad..

—Sí, sí, señor, he dicho todo eso; ¿y qué tenemos?

—Tenemos que usted no sabe contar cuentos.

—Concedido; pero puede suceder muy bien que usted no entienda una palabra de estas cosas; que sea usted uno de esos hombres que no pueden hacer otra cosa que suponer faltas á lo que escriben los demás.

—Es usted un necio, señor mio.

—Y usted un insolente.

—Nos veremos.

—Nos veremos.

Esto sobre poco mas ó menos me aconteció la otra noche, con un conocido mio de esos que creen necesaria su sancion para que un escritor tenga la conciencia de sí mismo.

Pero como lo que un hombre piensa acerca de una cosa, lo piensan otros muchos, hé ahí que nos vemos obligados á decirles lo que sería inútil decir á otros.

Luisa se casaba con Juan, porque Juan habia insistido, porque habia sabido disculparse pronunciando las palabras «fascinacion... delirio... fiebre...» y las frases: «la situacion me dominó... me olvidé de todo lo que no eras tú... me arrastró un vértigo... no supe lo que habia hecho ó querido hacer... tu indignacion me hizo despertar... yo te amo, te amo mas que nunca... te amo y muero...» todo esto escrito en una y otra carta dictada por el diablo, que sabia bien lo que era necesario escribir para que Luisa volviese á su locura por Juan, y todo esto dicho al paso, con acento ardiente y conmovido, con una espresion inspirada por el diablo, que, como sabemos, habia contraido una muy mala intencion respecto á Luisa.

La intencion de hacerla una mujer vulgarísima.

Esto es, una mujer llena de cuantas repugnantes inclinaciones puede tener una criatura.

El diablo sabia demasiado que Luisa estaba educada para el bien: pero queria educarla para el mal, y habia emprendido con su alma una partida de ajedrez.

Frente á las pasiones humanas de Luisa, habia puesto todas las tentaciones del infierno.

Luisa, es cierto, habia cedido, habia vuelto á amar á Juan ó á creerse enamorada completamente en cuerpo y alma de Juan.

El diablo habia jugado hábilmente: se habia comido una torre de Luisa, pero no la habia sacado del alma el amor inocente, tranquilo, puro, que habia sentido por Andrés.

Por el contrario, le habia llevado mas adelante.

Luisa, al casarse Andrés con Leontina, habia sentido un malestar doloroso en el fondo de su alma, un malestar vago, incomprendido: habia sentido celos, celos de que no se daba razon, como no se daba razon de su amor hácia Andrés.

Los proyectos del diablo eran horribles.

Habia retado á Dios y le habia dicho:

«Tú dices que soy impotente. Veámoslo.

Probemos nuestro respectivo poder con Luisa.

Defiéndela tú: yo quiero perderla.

En primer lugar, y en cuanto se case, yo la demostraré que Juan es un miserable.

Luego la mancharé entregándola indefensa á otro miserable: al vizconde de Rudaguas.

La humillaré.

La destrozaré.

Despues de esto, la pondré delante á Andrés, al hombre á quien verdaderamente ama, y la enloqueceré, la obligaré á ser adúltera.»

Y una sucesion de miserias y crímenes en proyecto respecto á Luisa, dignos ciertamente de la malevolencia del diablo.

—

Antes de pasar adelante tenemos que ocuparnos de otro matrimonio.

De Andrés y de Leontina.

Leontina se casó bajo la influencia de un amor voluntarioso con Andrés.

Y se casó con celos.

Con unos horribles celos contra Luisa.

Si Leontina hubiera tenido juicio no se hubiera casado con Andrés.

Porque sabia demasiado que Andrés no la amaba.

Pero Leontina era mujer.

Tenia un exagerado amor propio y se dijo:

—Yo le enamoraré, yo le embriagaré, yo una vez su esposa, seré para él otra mujer.

Andrés me amará.

Aquello era una competencia con Luisa.

Pero no contaba Leontina con el carácter de Andrés.

Andrés se casó, sí, pero arrastrado por su carácter, por aquella debilidad incomprensible que le habia impedido decir á Perez:

—Yo no amo á Leontina, yo no la puedo amar: yo amo á otra.

¿Y por qué habia guardado silencio Andrés?

Por agradecimiento.

Porque Andrés era uno de aquellos nobles hombres que creen que los beneficios no se pagan con dinero.

Porque sabia demasiado que Perez no hubiera aceptado el dinero que le salvaba, sino tomándole de un hijo ó traspasándole su establecimiento.

Delante de Andrés se puso una familia entera.

Para salvarla se necesitaba su sacrificio, y Andrés se sacrificó.

Además, Andrés sabia que Luisa amaba á Juan.

No esperaba ser amado de ella.

No amándole Luisa, ¿qué importaba á Andrés permanecer soltero ó casado?

Nada.

Casóse, pues, con Leontina por deber, por agradecimiento hacia su padre, y aun podemos añadir, que por caridad hácia una familia... aunque Andrés no habia pensado ni por un momento que hacia una obra de caridad, sino que pagaba una deuda.

Las violencias hechas al alma, cuando se trata de almas enérgicas, producen generalmente malos resultados.

El alma de Andrés era escesivamente enérgica.

—

Hay un momento solemne, despues de la celebracion de todo matrimonio, cuando la mujer es una mujer decente.

Este momento es aquel en que los esposos despues de una fiesta *sui géneris* quedan solos.

Este momento llegó para Andrés y para Leontina.

Perez habia tomado para sus hijos el cuarto principal de una casa contigua á la suya, acabada de construir.

El buen ebanista-tapicero, habia sacado de sus almacenes los muebles mas bellos, las alfombras mas ricas, los cortinajes mas de moda: era apasionado por lo bello, y sabia que Leontina y Andrés lo eran tambien.

Los jóvenes esposos se encontraban en un elegantísimo gabinete.

Cuando entraron en él, un reloj colocado sobre la repisa de la chimenea dió las doce.

Leontina estaba hechiceramente vestida.

Con su corona de rosas blancas, con su trage blanco descotado con encajes, con su collar de perlas, con su ardiente juventud, Leontina estaba bellísima.

Andrés con un sencillo trage negro estaba hermoso.

Nadie al ver aquella pareja en aquel escenario hubiera creido que pertenecia á las filas del pueblo.

Del pueblo que trabaja.

La hubiera creido perteneciente á esa clase que vive en el ócio y gasta sin dolor y sin temor de lo que ha heredado.

Ventajas ó inconvenientes de la civilizacion, que nivela en las formas á todo el mundo solo con la ayuda de algunos muebles y algunos trapos.

—

Andrés se sentó en una butaca, junto á un velador de maqué, y tomó uno de los libros que estaban sobre el velador.

Era un tomo de poesías de uno de nuestros mas renombrados poetas.

Porque Leontina era muy dada á la lectura de poesías, particularmente de esas que valen mas por lo que suenan que por lo que dicen.

Leontina miró con cólera la accion de Andrés, y se mordió los labios.

Esperó un momento, pero Andrés siguió leyendo.

Entonces se arrancó con despecho la corona de rosas blancas, y la arrojó sobre una mesa.

Andrés no reparó en esto.

Luego entró en la alcoba y cerró las puertas de cristales.

Andrés siguió leyendo.

Poco despues levantó los ojos del libro, y al ver que Leontina no estaba en el gabinete se puso pálido.

Luego hizo un movimiento para levantarse, y se volvió á dejar caer en el sillon.

—No, no puedo mentir hasta ese punto, esclamó: imposible: he llegado hasta aquí arrastrado por mi debilidad... mas bien por un compromiso de conciencia; pero... no ofenderé á Luisa... no, imposible... ella... ella sola dentro de mi alma: suceda lo que quiera... hago indudablemente mal... pero ¿por qué se ha casado conmigo esa mujer?... ¿no sabia... no ha comprendido que no la amo?

Estas no eran razones aceptables. Andrés debia haberlo mirado antes: pero la verdad del caso era que, obedeciendo á su carácter, no queria profanar con una mentira repugnante el matrimonio... no queria poner en el lugar donde él hubiera querido colocar á Luisa á ninguna otra mujer.

Y eso que Leontina era hermosa.

Que era su mujer.

Pero Andrés era una escepcion.

Un hombre que vivia solo para su alma: que tenia en sí mismo su testigo y su juez, y estaba locamente enamorado de Luisa.

Lo que hacia Andrés era la consagracion absurda, y aun puede decirse que criminal, de un amor soñado que le habia parecido imposible, y ante el cual habia puesto un abismo que solo podia llenar la muerte; la muerte de Leontina.

Haciendo justicia á Andrés, debemos decir que no deseaba la muerte de la jóven.

Ni aun pensó en ello.

Meditó en lo difícil de su situacion, y salió de ella diciéndose á sí mismo con la mejor buena fé del mundo:

—Seré su hermano.

Como si se pudiera buenamente colocar un hombre en la posicion de hermano respecto á su mujer.

Andrés volvió á inclinar la vista sobre el libro.

Pero no pudo leer.

Los versos se le hacian insoportables.

Tenia el corazon lleno de lágrimas.

Enlutada, desesperada el alma.

—

Pasaron una, dos, tres horas.

El cansancio, la fatiga de su imaginacion, entorpecieron los sentidos de Andrés y se durmió.

Poco despues su respiracion ardiente, fatigosa, se escuchó distintamente.

Se abrió la puerta de la alcoba, y salió Leontina envuelta en una bata de dormir.

Adelantó como un fantasma, y se detuvo junto á Andrés.

Andrés soñaba.

Entre su sueño pronunciaba algunas palabras incoherentes.

Leontina se inclinó, y aplicó el oido á dos dedos de los labios de Andrés.

Poco despues se levantó pálida é irritada.

Habia escuchado el nombre de Luisa, ténue, débil como un suspiro.

Adelantó hasta el otro sillon, se sentó en él, y fijó una mirada candente é inmóvil en su marido.

Cuando Andrés despertó era de dia.

El primer rayo del sol naciente entraba por el balcon.

La mirada de Leontina, lúcida, profunda, inmóvil, estaba aun fija en sus ojos.

—

Andrés se levantó y tomó su sombrero, como quien piensa huir.

Habia leido algo terrible en la mirada de Leontina.

Esta se puso entre él y la puerta.

—Es necesario que todo el mundo nos crea los recien casados mas felices del mundo, dijo: usted puede hacer lo que quiera: pero no tiene usted derecho alguno á ponerme en ridículo delante de las



ADELANTÓ COMO UN FANTASMA, Y SE DETUVO JUNTO A ANDRES.

gentes. Voy á vestirme: la mañana es hermosísima. Saldremos, iremos... á cualquier parte y volveremos sonriendo.

Otro hombre hubiera encontrado una salida cualquiera.

Andrés solo supo balbucear algunas palabras y temblar.

Leontina arrojó la bata sin cuidarse de si un hombre que, á pesar de ser su marido, era para ella estraño, podia ver su belleza medio desnuda.

Pero Andrés no la vió.

Leontina se levantó de una manera nerviosa.

Se puso un trage de seda y una capotita,.tomó su sombrilla, y se asió del brazo de Andrés.

Poco despues salieron de la casa.

—

Por una coincidencia fatal encontraron á Luisa y Antonia que paseaban en el Retiro.

Luisa se puso pálida, Andrés tembló, Leontina intentó hacer un esfuerzo para contenerse, y Antonia lo adivinó todo con una mirada.

—¡Oh! ¡Dios mio! esclamó: ¡pobre Andrés! ¿Qué va á ser de él?

Y el corazon de Antonia se llenó de lágrimas.

Luisa se dominó y saludó afectuosamente á los esposos.

Antonia siguió andando delante, señalando distraida un surco en el polvo con la punta de su sombrilla.

Entrambas, la noche anterior, habian asistido á la boda de Leontina y Andrés.

La conversacion era, pues, difícil.

Todos sufrian.

Leontina fué la que rompió la primera el silencio.

—¿Y cómo tan solas? dijo: echo de menos al lado de ustedes alguna persona.

—Siempre paseamos así, dijo Luisa; nos acostamos temprano, y al amanecer ya estamos cansadas de dormir; salimos, damos un ligero paseo, tomamos un vaso de leche y nos volvemos á casa; Antonia se pone á trabajar y yo salgo á dar mis lecciones; luego por la tarde á puestas del sol, vamos al cementerio y hacemos una visita á mi buena madre: despues vamos un momento á casa de Ana, comemos algunas veces con ella, y nos volvemos á casa y nos acostamos. Esta es nuestra vida, siempre igual, siempre monótona, pero tranquila.

—Tiene usted demasiada resignacion, Luisa.

—No, no por cierto: no tengo necesidad de resignarme, porque soy feliz.

—Sin embargo, cuando se esperimentan decepciones...

—Yo no he esperimentado ninguna, señora, dijo vivamente Luisa.

—Ana, por ejemplo, no corresponde como debiera á la amistad de usted; á lo que ha hecho usted por ella.

—Se equivoca usted.

—Sigue usted dando lecciones...

—Y continuaré... esto no prueba nada... Ana me ha dicho: usted es mi madre, venga usted á vivir conmigo: la pobre niña es demasiado agradecida: yo no he aceptado porque no debia aceptar: yo tengo lo que nocesito y quiero vivir independiente. Por lo demás, Ana siempre está en casa.

—Cuando no está en el Prado ó en el teatro.

—Tiene penas: yo la aconsejo que se distraiga... se lo aconseja el padre Quirós, se lo aconseja Antonia: Martin, el buen Martin, la obliga.

—Tiene sin embargo Ana, algo en que usted en su amistad hácia ella no repara.

—Podrá suceder: todos tenemos defectos.

—Seamos francos, mi querida Luisa, dijo Leontina encubriendo lo agresivo de sus palabras bajo un acento dulce, ligero, y al parecer descuidado: en Ana hay cierta afectacion que no me gusta, porque revela un carácter oculto, que no se ha demostrado, pero que mañana se demostrará.

—¡Afectacion! ¡es la pobre lo mas sencillo del mundo!

—Pues vea usted en lo que consiste su afectacion, en su sencillez: por ejemplo, tiene media docena de carruages, y una docena de tiros: todo bueno; mas que bueno: todo rico: todo costoso.

—La culpa la tiene Martin: ama con delirio á su señorita; su padre debe ser riquísimo, porque cuando yo le digo Moreno... (yo le llamo siempre Moreno) ¿adónde va usted á parar con tan locos gastos? me contesta: para mas queda: don Julian es un marino que lo entiende, y sabe sacar al mar sus tesoros... ya sabe usted que en el mar hay perlas; perlas blancas y perlas negras: mi capitan en materia de tesoros está por lo negro... y descuide usted, que aunque gastase diez veces mas con su hija, todavía le quedaria cien veces mas de lo que gastase. Mi pobre señorita ha sufrido mucho; ha vivido de sus manos y de la caridad agena, y es necesario que se des-

quite... y lo que tiene no es nada; hasta que la construya un palacio fuera de Madrid, al rededor del cual haya árboles, fuentes y flores, invernadero, vivero, palomar y hasta casa de fieras, no paro. ¡Bah! su padre lo gana bravamente arrostrando cada dia mil peligros, adora á su hija, y es razon que su hija goce el fruto del trabajo y del peligro de su padre. Si no tuviéramos en el mundo personas queridas, ¿para qué habiamos de trabajar y esponer el pellejo? Estas son las mismas palabras del Moreno, que es un escelente hombre, un valiente marino, un corazon de oro á quien yo tambien debo mucho.

—Y yo, dijo Andrés, es el único amigo que tengo.

—Y yo me alegro cuando le veo, dijo Antonia.

—Así es que, continuó Luisa, nada hay que estrañar en que Ana se presente de una manera inmejorable...

—Bien, bien... pero esos sencillos trages blancos, esa afectacion de sencillez poética, esa flor en los cabellos con que se presenta en los teatros, siempre sola en su palco, teniendo detrás, en su fondo, á su respetuoso eunuco... vamos... todo esto es singular... es una sencillez hinchada que ha acabado por llamar la atencion de todo el mundo... y luego, aquella palidez apasionada... aquella boca que siempre suspira, aquellos ojos que buscan algo que no encuentran...

—Eso es que Ana sufre... ¡sufre la infeliz! ¡no sé por qué!

—Está enamorada...

—No lo creo; me lo hubiera confesado; es un alma clara que sale á los ojos, que no puede ocultar lo que tiene en su fondo, y no tiene nada.

—Pues yo creo que ama con toda su alma, dijo Leontina.

—Pues es usted mas observadora que yo, ó Ana ha sido mas esplícita con usted.

—No, yo he tenido ocasion de notar...

—¿Y sabe usted quién es el hombre á quien ama?

Andrés se estremeció y temió una inoportunidad, una impertinencia de Leontina.

Pero esta era demasiado intencionada para ser inoportuna ó impertinente.

—No, no he llegado á descubrir... me ha faltado tiempo... se ha separado de nosotros... y he perdido la ocasion... pero yo creo que tenia los amores en el taller... las otras oficialas habian ya reparado en ello, y la asaeteaban á pullas y sarcasmos; por lo mismo, mi madre, que es una escelente señora, la quitó del taller... Ana debia

amar á uno de nuestros oficiales... no sé cual... porque en los talleres de mi padre hay muchachos que valen mucho... tanto valen algunos, que ya ve usted, yo estaba enamorada de este antes de que me dijera una sola palabra, antes de que supiese que podria ser rico, que yo podria tener la felicidad de ser su mujer. ¿No es verdad, Andrés?

—Sí, es verdad, dijo el jóven haciendo un esfuerzo heróico para pronunciar de una manera conveniente su respuesta.

—Pero si eso fuera... ese hombre debió conocer el amor de Ana... Ana, es hermosa... ahora es rica... ¿Por qué calla ese hombre?

—Acaso está enamorado de otra... de otra á quien haya consagrado su alma; de otra mas hermosa... ¿qué se yo? esto es una deduccion mia... porque de no... Ana es muy bella; es una poesía convertida en mujer.

—Es una desdichada, que ha nacido para mártir, dijo Antonia.

—¿Quién sabe?... Mañana tal vez... el mundo dá vueltas... puede encontrar á otro hombre...

—Pero en último resultado, dijo Antonia que queria cortar á todo trance la conversacion, si Ana ama sin esperanza, si sufre, la espresion de su sufrimiento es lo mas dulce, lo mas tranquilo que puede darse.

—Pero está pálida... hay en sus ojos una espresion tan lánguidamente ardiente... dijo Leontina: me dá compasion la chica... ya, ya verán ustedes algun dia si me he engañado.

Nadie contestó: á todos contrariaba aquella conversacion. Antonia habia comprendido la intencion de Leontina; Luisa se habia sentido herida de una manera dolorosa, sin poder darse razon de la causa; Andrés, que sabia demasiado que Ana le amaba, estaba sumamente incómodo con la conversacion que habia provocado Leontina: además, Andrés decia para sí: Leontina está furiosa conmigo, y ataca á Luisa; ¿habrá adivinado que yo la amo?... ¿Habrá visto en Luisa lo que yo no he visto ni veo, alguna prueba en favor mio? Yo me he sacrificado de una manera horrible: yo no he debido casarme con Leontina, he debido hablar... decir á Luisa... pero Luisa ama á otro hombre, á ese Juan... á ese pintor... á ese hombre entre el cuál y Luisa existe algo de misterioso, algo sobrenatural que me espanta. No he podido olvidarme de la aventura aquella de los cuadros, aquella magnífica condenacion de Satanás, borrada por la mano misteriosa que escribió sobre el lienzo estas vulgares palabras, pero

terribles por la situacion: *el que de ageno se viste, en la calle le desnudan.* ¡Y aquella carcajada!

Andrés siguió meditando sin atreverse á mirar á Luisa.

Luisa seguia algo adelante, haciendo un surco distraida en la arena con la punta de su sombrilla. Antonia sostenia una conversacion, que habia logrado fuese indiferente, con Leontina.

Y así continuaron durante media hora de paseo.

Fuera ya del Retiro, Leontina y Andrés se separaron de las dos jóvenes y volvieron á su casa: en la puerta encontraron al buen don José Perez.

Leontina corrió á su padre y le abrazó sonriendo.

—Bien, muy bien, señores reciencasados, dijo el ebanista; habeis hecho muy bien en gozar del fresco de la mañana: me habeis sorprendido, os habeis escapado; pero vamos, vamos á almorzar... debeis tener apetito.

—¡Oh, sí, padre mio! almorzarémos todos juntos... ¿no es verdad? ¡Qué feliz soy! ¡Cuánto me ama, padre mio!

—Pero está como aturdido... este Andrés... es mucho hombre este Andrés... apuesto á que todavía le parece mentira que eres su mujer.

Perez tenia razon: Andrés se creía dominado por una pesadilla cruel. La conducta doble que veía en Leontina, le aterraba.

Cuando despues del almuerzo se quedaron solos, Leontina dijo á Andrés:

—Esto seremos siempre: delante del mundo los esposos mas felices de la tierra: á solas...

Andrés conoció lo absurdo de su conducta, y se acercó á Leontina.

—Es ya tarde, dijo esta rechazándole... usted no me ama... usted ama... á Luisa... no lo estraño... pero usted ha debido hablar... usted ha debido evitar lo que sucede... somos... lo que únicamente podemos ser... dos personas que se odian, porque son respectivamente un estorbo la una para la otra... ¡Bah! no importa... este es mi aposento... si usted le quiere... si usted le quiere, yo elegiré otro.

Y Leontina, sin decir una palabra mas, se puso á desnudarse indolentemente delante de Andrés, como si hubiera sido su mujer.

Andrés, sin decir una sola palabra, salió del gabinete de Leontina, y bajó á los talleres.

CAPITULO XVIII.

De como el Moreno siguió una aventura á ciegas.

Dijimos al final del capítulo XVI que el baron del Destierro y el vizconde de Rudaguas se habian puesto en marcha, y que el Moreno los habia seguido.

El casamiento se habia hecho en la casa de Juan de Castro.

Hasta aquella casa siguió el Moreno á Satanás y al vizconde, pero sin saber que seguia al diablo y á su víctima.

Vió delante de la puerta un carruage, en el ancho portal macetas con flores y la escalera iluminada.

El Moreno se ocultó en el portal de una casa de enfrente, y esperó á que pasase un mendigo, que nunca faltan los tales á todas horas en las calles de Madrid.

Pasó al fin una mujer, que le pidió limosna.

El Moreno la dió un napoleon.

La pobre se deshizo en bendiciones.

—Si quiere usted ganarse otro, la dijo el Moreno, vaya usted corriendo y avise á un cochero que venga con su carruage á escape.

La mendiga partió como una exhalacion.

Poco despues volvió.

—Ya viene ahí el coche, dijo.

El Moreno la dió otro napoleon.

Un carruage se paró delante del portal donde estaba el Moreno: este se dirigió á él, abrió la portezuela y entró.

—¿Adónde, señorito? dijo el cochero.

—Á ninguna parte: estate ahí: yo te avisaré.

—Muy bien, señorito.

El Moreno corrió las cortinillas, y se puso á observar detrás de ellas la casa de Juan de Castro.

—Ese carruage, dijo el marino, me parece adivinar á lo que está destinado. Á robar á Luisa... sí, á robarla con pretesto del matrimonio. ¡Dios de Dios! Si no lo viera, sería cosa de enviar á paseo al que le contára á uno que hay hombres tan miserables: ¡cien tempestades! y ¿qué hago yo? Esto es demasiado sério... la farsa ha sido bien urdida... admirablemente urdida... Os protege la ley... como protege á ciegas tantas infamias... y ella... ella... ¿cómo ha podido casarse con ese hombre... con un hombre que está vendido á ese miserable vizconde?... Pero las mujeres... cargue el diablo con ellas... son incomprensibles... Pues bien, haremos lo que podamos por ella... y si no podemos defenderla de una violencia, la vengaremos.

Y el Moreno esperó con una impaciencia dolorosa.

Al fin vió salir algunas gentes, hombres y mujeres.

Entonces dió un reloj las once de la noche.

Aquellas gentes eran, sin duda, los convidados.

Alejáronse, y despues salió el baron del Destierro.

El marino vió que el baron miró al coche en que él esperaba, y que su mirada se fijaba en él de una manera profunda, como si le hubiese visto, y que aquella mirada le sonreía con desprecio, como adivinando la causa y el propósito porque estaba esperando, y como mofándose de él.

El Moreno sintió un ligero escalofrio; pero se rehizo y esclamó como si hubiese podido dirigirse á un hombre que hubiese tenido al lado:

—Amigo mio, aunque seais el diablo, ya nos veremos.

El baron se alejó la calle abajo.

El buen Martin se quedó profundamente preocupado y mas impaciente que antes.

Pasó todavía media hora: al fin vió aparecer en las escaleras de la casa de Juan de Castro tres personas, dos delante y una detrás.

Las de delante eran Luisa y Juan de Castro.

La de detrás era el vizconde de Rudaguas.

Luisa se apoyaba en el brazo del pintor, y vestía de blanco.

Juan hablaba amorosamente con Luisa, al parecer, y vestía de negro.

El vizconde, que los seguia profundamente preocupado, vestía tambien de negro.

Al asomar los tres por las escaleras, un lacayo bajó del pescante y abrió la portezuela.

Luisa, Juan de Castro y el vizconde entraron en el carruage, que se puso en marcha.

—Oye... cochero, esclamó el Moreno, bajando uno de los cristales delanteros de la berlina, ¿has visto ese coche que acaba de echar á andar?

—Sí, señor.

—Pues bien, síguelo, y no lo pierdas de vista aunque vaya á la fin del mundo.

—Por Madrid puedo seguirlo; pero si sale á un camino y corre, no podré: mi bicho es viejo y débil, y del coche tira un tronco de yeguas inglesas.

—Toma, y revienta tu jaco si es necesario, dijo el Moreno sacando de su cartera un billete de cuatro mil reales y dándole al cochero.

Este, que poco antes se habia puesto en marcha, apretó á su cuadrúpedo en seguimiento del coche, que iba muy deprisa.

El Moreno se replegó en un rincon, en una disposicion de ánimo difícil de describir.

De tiempo en tiempo sacaba la cabeza por la portezuela, y decia:

—Aprieta, aprieta, que el otro corre... aprieta y no le pierdas de vista.

El cochero apretaba el látigo sobre la alimaña, que trotaba mas de lo que podia.

Al cabo, el coche seguido salió de Madrid.

Entonces el Moreno, dijo al cochero:

—Ahora es necesario ver lo que tu caballo corre, porque el otro vuela.

—Lo que es correr, tirando á reventar al *Colorao*, ya podemos correr bien, solo que yo no sé cuánto tiempo: si el bicho cae...

—Si el bicho cae ¡qué le hemos de hacer! pero que corra hasta que caiga.

El ligero carruage de plaza volaba poco despues: el coche, aunque le llevaba mucha delantera, no la aumentaba: corrian tanto el uno como el otro.

Así corrieron durante una hora.

Al cabo de ella, el coche se detuvo de repente.

—Ya sucedió aquello, dijo el cochero.

—¿No puede mas tu caballo?

—Creo que el pobre no come mas paja. Pero no importa; el coche se ha parado tambien.

—Pues de seguro, las yeguas no se han reventado.

—Ni el *Colorao* tampoco: ¡eh! ya está otra vez en marcha.

— Si se ha detenido el coche, detente.

—¿Pues no ve usted?

—Está la noche muy oscura.

—Han salido con luz de una casa de campo de la derecha del camino.

—¡Ah! es verdad, dijo el Moreno, y abrió la portezuela y salió. Échate fuera del camino, dijo al cochero, y esconde el coche entre esos árboles.

El cochero obedeció.

El Moreno á pie, adelantó hácia la casa de campo, en la cual entraba á la sazon el coche.

Despues la verja se cerró, y luego la puerta de la casa.

Todo quedó silencioso y oscuro.

El Moreno se puso á vagar al rededor de la casa de campo.

Pero en vano.

La casa estaba cerrada por todas partes, silenciosa y oscura.

—¡Y que no pueda yo entrar en esa casa, esclamó el Moreno, y en estos momentos acaso!... ¡Por San Telmo y Santa Bárbara! En mi vida he tenido miedo y lo tengo ahora. ¿Y qué hacer, Dios mio, qué hacer para salvar á esa pobre Luisa? ¿Si no estuviera casada? ¿Si no estuviera con su marido? ¡Truenos y rayos! vamos: hay cosas que solo Dios las puede evitar.

Y el Moreno siguió paseándose al rededor de la quinta, como el lobo que busca en un lugar cerrado una entrada para llegar á una presa.

Y pasaron las horas y empezó á clarear, y el Moreno continuaba vagando.

De repente se sintió asido por detrás, y sujeto por unos brazos robustos.

Al mismo tiempo, tres hombres le apuntaban con tres trabucos.

CAPITULO XIX.

De como el Moreno entabló conocimiento con cinco ladrones.

—Vamos á ver, ¿qué es esto, señores? dijo el Moreno así que comprendió quién era la gente que le rodeaba.

—¡Silencio! dijo uno de aquellos hombres. Vamos á ver lo que llevas,—y echó mano á los bolsillos del Moreno.—Vamos, esto ya es algo... un reloj de oro... y una cartera... si tienes en ella billetes, será mejor el negocio.

—Hay unos doce mil reales, dijo tranquilamente el Moreno, y además cerca de otros tres mil en oro en los bolsillos.

—Oye, ¿y qué hacias tú por aquí con tanto dinero? dijo uno de los ladrones.

—Yo... pero soltadme, caballeros: ya veis que no tengo armas, ni me asusto, ni me incomodo... y lo que únicamente me fastidia es que me esteis tratando ni mas ni menos que como si yo fuera un hombre de bien.

—¡Ah! dijo uno de los ladrones... ¿con que tú tambien?...

—Yo tambien...

—No te conocemos.

—Porque yo no soy ladron de tierra.

—¡Cómo!

—Sino de mar.

—¡Bah!

—Pirata negrero, como hay Dios, y como nos hemos de morir.

—Y entonces, ¿qué haces en tierra?

—He venido á negocios.

—¿Y los negocios te han traido por aquí?

—Ni mas, ni menos.

—¿Pero á qué venias?

—Á robar en esa quinta.

—Calla... pues y nosotros tambien.

—Pero vosotros habreis venido á robar dinero...

—Pues; ¿y qué venias á robar tú?

—Yo... una mujer.

—¡Ah! ¡maldita sea esa mujer!

—¿Maldita? ¿Y por qué?

—Porque... en primer lugar no la esperábamos... en segundo lugar, por esa mujer han venido á la quinta algunos criados del vizconde... Esto era lo de menos... pero esa mujer no ha dormido en toda la noche.

—Que no ha dormido... ¿y cómo sabeis vosotros eso?

—¡Bah! dejémonos de conversacion, dijo uno de los ladrones que no habia hablado hasta entonces... ¿Sabeis acaso quién es ese hombre?

—Escuchad, dijo el Moreno, ya está amaneciendo: debemos alejarnos de aquí... necesito hablaros, amigos mios: cuando hablemos, vosotros os convencereis de que yo soy un buen camarada... Con que ¿quereis llevarme con vosotros?

—¿Y por qué no? Así como así yo habia pensado llevarte aunque tú no lo quisieras; pero ya que lo quieres, mejor. Pero será necesario que te vendemos los ojos.

—Como querais. Pero tengo que advertiros una cosa. Yo soy muy rico.

—Así nos darás mas porque te soltemos.

—¡Bah! yo os daré todo lo que querais sin necesidad de que os comprometais, solo con que me ayudeis en una cosa.

—¿En qué?

—¿No os podreis quedar en acecho de la quinta uno de vosotros?

—Sí; ¿y para qué?

—Para saber si sale de ella la señora que ha entrado esta noche, y si sale, adónde va.

—Me parece que no saldrá tan pronto, dijo uno de los ladrones.

—En fin, ¿consentís en quedaros uno de vosotros en acecho? dijo el Moreno.

—Bien; no hay inconveniente, dijo el que parecia gefe; quédate tú, Pepin, mientras vemos qué pájaro es este. Ahora déjate buenamente vendar los ojos.

—No hay inconveniente.

En un momento uno de los ladrones vendó los ojos al Moreno.

Despues sintió que le levantaban en peso, y partian con él.

—¿Sabeis que este modo de viajar es muy cómodo? dijo el Moreno.

—Silencio, dijo una voz áspera y un tanto fingida que el Moreno no habia oido hasta entonces.

El Moreno se calló.

Siguieron conduciéndole.

Delante de él sentia una conversacion entre dos hombres en voz muy baja, y de la cual no podia entender una sola palabra.

Al cabo de media hora, los ladrones se detuvieron, y el Moreno sintió abrir una puerta: entraron con él, y le dejaron en tierra: le asió por la mano uno de los ladrones, y le dijo:

—Vamos á bajar unas escaleras.

—En buen hora.

Y conducido á oscuras, el Moreno bajó cincuenta peldaños, que contó uno á uno: luego adelantó como cien pasos, se abrió una puerta, y pasaron el que le acompañaba y él.

Inmediatamente la puerta se cerró.

—Siéntate: á tus espaldas tienes un asiento de piedra, le dijo la voz bronca que poco antes en el campo le habia impuesto silencio. No es justo que estés de pie... Tenemos que hablar, y acaso hablemos mucho. Quítate el pañuelo de sobre los ojos.

Quitósele el Moreno, pero se encontró completamente á oscuras.

—Tú has dicho á los muchachos que eras pirata, dijo aquella voz.

—Pirata completamente no... Pero es lo mismo... soy negrero.

—¡Ah! negrero: debes ser muy rico.

—Yo no: pero es lo mismo... mi capitan lo es, y tengo letra abierta en la corte.

—Te han encontrado encima unos tres mil reales en oro, y billetes.

—Siempre es bueno ir prevenido.

—Has dicho que rondabas la quinta del vizconde de Rudaguas, para robar una mujer.

—Eso es.

—¿Y qué te importa á tí esa mujer?

—Mucho... y tanto, que si me ayudais os doy por ella cuanto querais.

—Te tenemos prisionero...

—¿Pero no es mejor que nos entendamos como buenos amigos?

—Indudablemente; ¿pero cómo nos hemos de fiar de tí?

Conoció el Moreno que se hallaba metido en un atolladero, porque aquella gente tenia razon; podian obligarle á pedir dinero para su rescate; y como habia cometido la imprudencia de decir que era rico, habia que temerlo todo.

— Pues señor, dijo, ello es necesario saber lo que ha de hacerse.

— Eso es muy sencillo: escribir á quien creas oportuno, y que te envien diez mil duros.

— Pero si en eso no hay dificultad: mas os daré yo si me servís.

— ¿Pero qué necesidad tenemos de servirte? Puesto que dices que puedes darnos mas, ya no son diez mil duros los que se necesitan, sino quince mil.

El Moreno se mordió los labios.

— Yo creía que los ladrones de tierra eran personas mas decentes, dijo.

— Ya empiezas tú como todos, por los insultos; pero para eso tenemos un remedio.

— El mejor remedio sería portarse de una manera mas decente.

— Lo mejor es poner una mordaza á los habladores.

— Con que una mordaza, ¿eh? dijo el Moreno con la mayor sangre fria.

— Me parece que te burlas; ¿pero qué es eso?

El Moreno habia dado algunos pasos.

— Esto es que me acerco á tí, dijo el Moreno, y te agarro.

En efecto, el valiente marino se habia lanzado sobre el ladron, le sujetaba por el cuello, le ahogaba.

— ¡Ah! suelta, suelta, esclamaba con voz ahogada el ladron.

— ¡Ah! ¿creías que estabas escondido con una liebre, y te has encontrado con un lobo? Pues peor para tí.

— Pero suéltame.

— Espera que te encuentre las armas y me las guarde.

Y el Moreno, sin soltar el cuello de su prisionero, le registró completamente en un instante, y le encontró un puñal y un par de pistolas.

— ¡Ah! esto es distinto, dijo el Moreno, distinto de todo punto: no has querido tratar amigablemente, y ha sido necesario ponerte la proa, y echarte á pique; pero te advierto que si al soltarte gritas, te mato.

— Aunque no grite, todo lo que aquí pasa lo oyen.

— ¡Cómo!

— Detrás de la puerta hay uno de los mios.

— Pues se conoce que se ha dormido.

— ¡ Ah ! esclamó el ladron.

— ¿ Qué es eso ?...

— Espera : se me ocurre una cosa.

— ¿ Qué ?...

— Esos miserables, que creen que en la quinta del vizconde hay un tesoro, habrán sido capaces de ir, contraviniendo mis órdenes... la codicia los ciega... espera, espera.

— Ten cuidado conmigo, y no te muevas, porque te hago pedazos, dijo el Moreno.

— ¿ Es decir que no te fias de mí ?

— ¡ Como antes no te has fiado tú !

— Oyes, dijo el ladron, me parece que será bien que nos arreglemos.

— Eso queria yo desde el principio.

— Esos canallas me han jugado sin duda una mala partida, dijo aquel hombre. Si no, en el momento en que te arrojastes sobre mí, hubieran estado á mi lado.

Desde que habia cambiado su lenguaje, el ladron habia cambiado de tono y de acento.

Hablaba naturalmente, con una voz muy distinta de la afectada y campanuda que habia usado hasta entonces.

— ¡ Diablo ! Yo creo que he hablado contigo alguna vez, dijo el Moreno.

— Y mas de una, contestó el otro.

— Yo te conozco...

— Ya lo creo...

— Tú eres...

— Don Cosme el escribano.

— Es verdad, torpe de mí, que no habia caido en ello ; ¿ pero es posible, don Cosme, es posible ?

— Ya lo ve usted.

— ¡ Diablo ! ¡ diablo ! ¡ un escribano ladron !

— Los escribanos, amigo mio, están en posicion de saber muchos secretos, y conocen además á muchos tunantes : todos esos que ha visto usted conmigo, los he sacado yo de la cárcel, y no sé cómo se han atrevido á comprometerme. Han echado á perder el buen negocio que yo hubiera hecho con usted, y van á meterse, ciegos por la avaricia, en un lugar de donde no saldrán tan fácilmente... cuando yo habia dado esperas al negocio...

—Es decir, que si yo soy tan cobarde como usted, don Cosme, estamos jugando todavía á la gallina ciega, sin entendernos.

—Es muy posible... como es muy posible que en cuanto á lo de cobarde, se engañe usted. Sin duda, como soy un tanto ruin de persona, y otro tanto viejo, y como tengo mi manera de presentarme entre las gentes, usted me ha creido lo mas inútil del mundo. Pero usted verá, usted verá. Por ahora lo que es necesario es salir de aquí y ponernos en salvo, porque de seguro nos han hecho traicion.

—¡Ah! ¡ponernos en salvo!

—Sí, sí señor: todo el que trata con esta gente debe tener algunos recursos reservados: por ejemplo, una salida secreta.

—¡Ya!

—Á veces es necesario escapar de la misma gente que nos sirve.

—¿Y tiene usted esa salida secreta?

—¡Pues ya lo creo! Una pequeña mina que á cien pasos de aquí va á dar en una noria.

—Señor escribano, le advierto á usted que si esto es un lazo que me tiende, le cuesta á usted la vida.

Y dirigiéndose á tientas al escribano, le asió por un brazo.

—En la situacion en que nos encontramos, dijo don Cosme, nada tiene usted que temer: no me suelte usted, sin embargo, pero procuremos salir de aquí.

—Salgamos en buen hora, dijo el Moreno.

—Sígame usted, dijo el escribano.

Anduvieron algunos pasos, y don Cosme se detuvo.

Poco despues, el Moreno oyó un rechinamiento de hierro contra hierro, y luego el de unos goznes.

Un aire caliente y húmedo le dió en la cara.

—Por aquí, dijo el escribano cerrando de nuevo aquella puerta. Ya estamos seguros, y dentro de poco nos encontrarémos en una pequeña hacienda mia. Adelante, que en llegando, hablaremos como amigos y nos entenderemos.

Y el Moreno siguió á don Cosme por un pasadizo estrecho y húmedo.

CAPITULO XX.

El caer de la venda.

Cuando Luisa entró por el peristilo de la magnífica quinta del vizconde, ó mejor dicho de su mujer, iba radiante de felicidad.

Porque la felicidad para Luisa era Juan de Castro, y le llevaba asido del brazo.

Luisa, como hemos dicho en otro lugar, habia dado fácil oido á las disculpas de Juan; y cuando por último, este la habia pedido su mano, habia acabado de perdonarle... Es decir, ella de buena fé creía haberle perdonado; pero en el fondo de su alma habia quedado un vacío; un vacío que ella no sentía aun, porque instintivamente se habia empeñado, sin darse cuenta de ello, en vencer al rebelde Juan, y le habia vencido hasta el punto de hacerse su mujer.

Lo que gozaba Luisa, pues, no era esa felicidad duradera de la mujer que se une con el hombre que por la ley potentísima del amor ha llegado á convertirse en una necesidad de su alma, al que necesita pertenecer para identificarse con cuanto puede identificarse un sér con otro, en cuyos brazos se arroja confiada con el alma abierta á la esperanza, su compañero hasta la muerte; el hombre en quien ve antes de ser madre, al padre de sus hijos, esos séres que personifican y realzan la union de un hombre y de una mujer.

No, no era esto lo que Luisa gozaba, no pensaba en ello: era todavía la vírgen de pensamiento puro, de alma inmaculada, que no ha visto en el hombre que ama mas que el objeto, el motivo de su amor: Luisa no habia pensado en que iba á entrar en una nueva faz de su vida, en que iba á contraer nuevos deberes, en que

iba á transformarse, á sentir con otros sentimientos, á gozar con otros placeres, á sufrir con otros dolores.

No, Luisa no habia pensado nada de esto.

Luisa, en una palabra, gozaba su triunfo, y como habia luchado instintivamente, al triunfar, su orgullo habia tomado la forma de su amor.

Juan seguia siendo para ella el hombre de alma entusiasta, apasionada por lo bello y por lo bueno: en una palabra, Juan era para ella todavía el eminente artista, el genio de primer rango, inspirado por Dios: era todavía el hombre hermoso, con una hermosura espiritual, enlanguidecida por la tísis, con sus cabellos ondeados, su frente blanca y tersa, sus ojos negros y ardientes, y bajo los ojos una ancha señal ligeramente morada. Luisa veía un espíritu soñado por ella en la figura de Juan, empalidecida, demacrada, señalada con la huella de los escesos.

Y este espiritualismo soñado por ella, exagerado en su imaginacion apasionada y romancesca, la enamoraba, la hacia apoyarse con no sabemos qué placer en el brazo de Juan.

Luisa iba dormida.

El vizconde los acompañaba.

Luisa no habia podido reconocer al vizconde.

El vizconde era para ella otro hombre.

Porque el vizconde, que solo se habia presentado á ella en el momento de que terminada esa fria y ceremoniosa fiesta ó reunion de boda, es necesario que los esposos de una clase ó de ciertas costumbres, ó de ciertas pretensiones, obedeciendo las prescripciones de la moda, parlan al lugar misterioso donde deben saborear la luna de miel, el vizconde, repetimos, era muy otro del que ella habia conocido.

Al cambiar de propósito el diablo respecto al vizconde, se habia valido de cierto unto maravilloso, gracias al cual habia desaparecido la cruz roja de San Andrés, quedando en su lugar una tez blanca, tersa, hermosa, cuanto puede serlo la de un hombre, sin tocar en el estremo de asemejarse á la de una mujer.

Habia ganado el vizconde en belleza, y lo que le hacia muy distinto de lo que era antes, en nobleza de espresion.

Habíanle quedado, sin embargo, todos los rasgos de su semblante, anterior á su desafío con el diablo: al salir por la primera vez á la calle, á la luz del sol, despues de haber sido libertado de su señal infame, todos sus amigos, todos sus conocimientos le habian dicho:

—¡Oh! ¡Qué cambiado está usted! ¿De dónde viene usted? ¿Dónde ha estado usted durante todo el tiempo que no le hemos visto?

El vizconde contestaba que en el estrangero.

—¡Oh! Pues viene usted rejuvenecido, decian algunos.

Y hubo algunas mujeres, conocimientos antiguos, que no tuvieron inconveniente en llegar hasta el inconveniente punto de decirle:

—Ha vuelto usted á su hermosura.

Entre ellas, su prima Emilia, le dijo el primer dia que se le presentó sin la horrorosa cicatriz:

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Y qué hermoso estás! ¡Qué feliz sería yo si fuese tu mujer!

Luisa le hubiera tambien reconocido, si el vizconde, que tenia la barba y el pelo rubios, no se los hubiese teñido de negro.

Luisa notó cierto parecido vago, de esos que nos hacen decir:

—Yo he visto á este hombre alguna vez.

Pero aquel parecido no bastaba para hacerle reconocer al vizconde de Rudaguas en el hombre que Juan le habia presentado como un antiguo amigo que le prestaba su casa de campo para pasar una temporada.

El marqués del Salto, que este nombre supuesto habia tomado el vizconde al teñirse la barba y los cabellos, habia acompañado á los esposos como dueño de la quinta adonde iban, y á fin de hacerles los honores.

Podia haberse dispensado de ello: en rigor no debia haber ido: bastaba con que hubiese dado sus órdenes á los criados; pero Luisa no reparó en estas circunstancias.

Ni absorta en el sueño del que creía su amor, reparó en las miradas intencionadas de los criados, que con esa perspicacia de pícaros que les dá la índole de su oficio, veían algo que no necesitaba de comentarios en la transformacion de los cabellos de su amo, de rubios en negros, en ocasion en que se presentaba con una jóven hermosísima y engalanada, que iba asida del brazo de un hombre, á quien conocian demasiado por haberle visto en la casa del vizconde, á quien este trataba con desprecio como si hubiera sido su esclavo, y á quien como á un esclavo mandaba.

Ni cuando hubieron entrado en las magníficas habitaciones superiores, reparó en que la hacian atravesar muchas hasta llevarla á un estremo de la casa.

Ni cuando la dejaron sola con dos doncellas en un magnífico gabinete, que las doncellas la trataban con un respeto afectado.

Luisa se sirvió poco de aquellas sirvientas.

Unicamente la quitaron el prendido.

Despues, sin quitarse ni una sola prenda de su trage, las despidió.

Hay situaciones en que la soledad es solemne, en que el silencio habla, en que todo lo que nos rodea parece vivir con nosotros.

En una de estas situaciones se encontraba Luisa.

Se habia casado por su libre y espontánea voluntad; habia deseado ardientemente ser esposa de Juan; habia logrado su deseo; y sin embargo, un vago presentimiento de dolor, pero de dolor cuya causa no podia esplicarse, la producia un malestar angustioso, una opresion de corazon que la inquietaba, porque no comprendia la causa de aquel malestar.

Fué á abrir un balcon para respirar el aire de la noche, y no llegó á aquel balcon.

Se detuvo junto á una otomana y se sentó.

Un reloj de sobremesa dió la una.

La vibracion de la campana estremeció á Luisa.

—Es estraño, dijo, no sé por qué estoy incómoda, por qué me encuentro aquí mal... la soledad... no... no es la soledad... acostumbrada estaba á ella en la casa de mi madre... Juan... ¿Por qué tardará tanto Juan?... Y es el caso que tengo miedo... miedo de estar sola... no sé por qué... ¡qué tontería!

Luisa procuró serenarse.

Juan tardaba.

Luisa se levantó y se puso á pasear por el gabinete, que era estenso.

—Será que influya en mí el haber cambiado de posicion... el haberme unido á Juan... el haber sacrificado mi libertad... pero Juan me ama... y yo... yo le amo tambien.

En aquel momento se presentó vivo, intenso, como nunca se habia presentado á Luisa, el recuerdo de Andrés.

Era la primera vez que pensaba en él de aquella manera dulce, íntima.

—¡Dios mio! esclamó Luisa poniéndose pálida y llevándose la mano sobre el corazon... ¡Pero no, no puede ser!... ¡ese jóven!... ¡es verdad, yo le aprecio!... pero ¿por qué al pensar con amor

en Juan, en vez de él he visto en mi pensamiento á Andrés? ¿Por qué al recordarle he sentido dolor y despecho?... ¿Por qué al mismo tiempo he recordado el lazo que me tendió Juan en su casa, y me ha parecido infame como entonces?...

Luisa oyó una carcajada lejana que la crispó los nervios.

—¿Será Juan que se rie? dijo; pero esa risa... ¡Ah!

En aquel momento se habia abierto en silencio una puerta secreta, y habia aparecido el vizconde de Rudaguas.

La puerta se habia cerrado tras él.

Luisa le reconoció.

El vizconde habia hecho desaparecer el cosmético con que habia teñido sus cabellos y su barba, y quitándose las dos grandes patillas postizas con que habia acabado de desfigurarse.

Entonces una luz siniestra desvaneció las dudas de Luisa: comprendió que habia sido vendida, y entonces recordó con mas insistencia á Andrés.

Necesitaba un poder que la salvase, y al pensar en aquel poder, habia pensado en el jóven.

Luisa, al ver al vizconde, corrió á un balcon; pero el vizconde se adelantó y se interpuso.

—Vengo á hablar con usted, no á cometer una violencia que me repugna, y á la que no recurriré sino cuando sea mi único recurso para obtenerla á usted, dijo el vizconde: por ahora necesito hablar á usted, y ante todo ofrecerla esta memoria mia.

Y con una serenidad irritante sacó de su bolsillo la pulsera que le habia dado algunas horas antes en el Prado Emilia.

Luisa miraba pálida, colérica, altiva y en silencio, pero agitada por una convulsion nerviosa, al vizconde. Los negros ojos de Luisa tenian una fijeza y una espresion tales, que vencian la cínica serenidad del vizconde.

Puso la pulsera sobre un velador.

Despues, cambiando de tono, la dijo:

—Yo amo á usted, Luisa: la amo con toda mi alma, y espero me perdone usted. Usted me ha despreciado; por usted he esperimentado desgracias horribles.

Luisa hizo un gesto de supremo desprecio.

—Usted ha sido la causa de esas desgracias. Siéntese usted y escúcheme. Nunca he temblado delante de una mujer, y... ya lo ve usted... ahora tiemblo.

En efecto, el vizconde estaba vivamente escitado.

Luisa conservaba un terrible silencio y permanecia de pie, inmóvil, en el mismo lugar en que se habia detenido, al ponerse el vizconde entre ella y el balcon.

—Lo que he hecho, continuó el vizconde, ha sido, sin duda, grave, gravísimo; mas aun, infame... pero entre renunciar á usted de una manera completa ó cometer una infamia, no he vacilado.

—Cuénteme usted, cuénteme los detalles de esa infamia, caballero, dijo Luisa dejando de repente su inmovilidad, y sentándose en un sillon.

—Usted recordará que desde el momento en que la vi...

—Adelante, señor vizconde...

—Bien: recordará usted una noche en que la encontré en un cementerio...

—Mas adelante, mas...

—Permítame usted, Luisa; lo que estoy recordando á usted son los antecedentes de la historia de... esta infamia.

Luisa golpeó impaciente con su pequeño pie el rico pavimento de mármol.

—Tuve la desgracia de que por una equivocacion, tomándome por Juan de Castro, segun he podido saber despues, entrase usted en mi carruage... Yo no la habia reconocido á usted... pero al salir usted del carruage en la calle de Alcalá, sentí caer un objeto... y le recogí... era su retrato de usted...

—¡Ah! esclamó Luisa con un acento singular, y sin dirigirse con aquella esclamacion al vizconde.

—Su retrato de usted, continuó este, anduvo de mano en mano en la mesa de un café.

—¡Ah! repitió Luisa de una manera mas estraordinaria.

—De repente, una persona á quien entonces yo no conocia, medió en la conversacion que acerca de usted sostenia yo, y me desmintió: yo repliqué; el desconocido me dió un bofeton; cuando á un hombre que se aprecia en algo, se le abofetea delante de gentes, las consecuencias son precisas. El baron del Destierro y yo nos vimos frente á frente.

—¡Ah! ¡Era el baron del Destierro! esclamó Luisa, pero pronunciando tambien esta esclamacion como si hubiera hablado consigo misma.

—Sí, ese hombre terrible y misterioso que proteje á usted... no sé por qué. El baron del Destierro me cruzó el rostro... me señaló horriblemente; señal que ha desaparecido, por milagro, pero que me

ha tenido desesperado, y que me hizo concebir un odio inmenso contra usted; pero bajo ese odio existia un amor que no he podido ahogar; un amor impetuoso y terrible, por el cual me siento capaz de todas las virtudes y de todos los crímenes.

Luisa hizo un nuevo movimiento de impaciencia.

—La desgracia que por usted me habia acontecido, continuó el vizconde, me obligó á ocultarme, á cubrirme el rostro, á negarme á todas mis relaciones, á disfrazarme; siguiéndola á usted, y por usted, conocí á Juan de Castro; vi que usted le amaba, y me propuse que ese hombre me sirviese para mi amor. Me acerqué á él; comprendí que era un miserable, un espíritu vano, ansioso de lo que nunca habia gozado, del fausto y de la disipacion, y le compré su honra y su conciencia por dinero.

—¡Ah! repitió Luisa.

—Sirviéndome, fué como llevó á usted á su casa con el pretesto de que viera uno de sus cuadros; yo debia encontrarla á usted á solas, como ahora; pero la salvó á usted... no sé quién, si su valor ó ese poder misterioso y oculto que la proteje... fué necesario apelar á otro medio, á un rapto. Una tarde la seguí á usted al cementerio de San Ginés y San Luis, acompañado de algunos hombres y disfrazado de mendigo, y me sucedió una nueva desgracia: cuando ya me creía apoderado de usted, un hombre singular, un marino que parecia haber caido del cielo, mató á uno de mis hombres y me hirió gravemente... otra vez se me escapaba usted, era necesario apelar á un medio mas seguro; era necesario casarla á usted.

—¡Ah! repitió Luisa siempre con acento singular, siempre de una manera que demostraba claro que su esclamacion no se dirigia al vizconde.

—Juan me lo debia todo; yo podia perderle: Juan consintió en casarse con usted, pero con la condicion de que no habia de ser para usted jamás mas que un conocido; Juan ha consentido, y usted está aquí.

El vizconde se detuvo; Luisa no contestó.

Guardó su obstinado silencio respecto al vizconde y su actitud impasible.

—Todo esto es infame, lo comprendo, dijo el vizconde, pero era el único recurso que me quedaba. Sé que la rasgo á usted el corazon, porque usted ama á Juan...

—¿Y qué pruebas me dá usted de esa horrible traicion? dijo severamente Luisa.

—¿Qué mas prueba que estar aquí solo con usted?

—Le puede usted tambien haber violentado.

—¡Bah! usted, Luisa, se ha engañado de una manera lamentable acerca de ese hombre... ¿Qué le importa á él nada, con tal de que pueda sostener la posicion en que se ha encontrado durante algun tiempo, y á la que no estaba acostumbrado? Ese hombre ha vendido su alma al diablo, Luisa.

—Juan adquiere lo suficiente como pintor para vivir con comodidad y aun con lujo.

—Se engaña usted; Juan no es ya pintor.

—¿Que no es pintor?

—Ó lo que es lo mismo, no pinta.

—Ha adquirido lo suficiente para no trabajar de una manera penosa... con un solo cuadro que pinte de tiempo en tiempo...

—Eso dice él á los que le asedian pretendiendo ya un retrato, ya un cuadro: he trabajado mucho, y estoy descansando. Todos lo creen, porque nadie puede comprender que él, tan conocido, tan aplaudido, tan envidiado, haya dejado de la noche á la mañana de ser pintor. Y esta es la verdad. Durante algun tiempo se ha estado disculpando conmigo... Decia padecer vértigos, desvanecimientos... decia que le era imposible dedicarse cinco minutos al estudio mas sencillo, sin sentirse acometido por un malestar insoportable. Pero al fin un dia en que estaba desesperado, me contó su vida: me dijo cómo la habia conocido á usted: la historia de un retrato, del famoso retrato que usted perdió en aquella funesta ocasion en el carruage y que me produjo un desafío con el baron del Destierro: me contó cómo, de una manera maravillosa, de pintor de puertas y ventanas se habia visto convertido en artista de primer órden: me habló de cierto espíritu misterioso y terrible; y vino al fin á parar en que como se habia encontrado pintor, habia dejado de serlo de una manera repentina... y ya se ve... como el buen Juan es sobremanera vanidoso y fátuo, como necesita para vivir segun sus inclinaciones, dinero, mucho dinero, y como yo se lo he ofrecido á cambio de usted, el buen Juan, ese hombre á quien usted tanto ama, ha abusado del amor de usted; en una palabra, la ha vendido á usted, no en el precio que usted vale, Luisa, porque yo daria toda mi sangre por un solo momento en que usted me dijese: yo te amo, sino en el precio que valen su vanidad y sus vicios. Yo por mi parte estoy seguro de que Juan cumplirá sus compromisos conmigo, porque necesita dinero, mucho dinero, y yo no se lo daré si se re-

bela contra mí, si deja por un momento de ser mi esclavo.

—Tan incomprensible, tan absurdo, tan repugnante, tan odioso, tan horrible, es lo que acaba usted de decirme, que no puedo creer otra cosa sino que usted ha cometido un crímen.

—Sí, le he cometido; un crímen hijo de mi amor y de mi empeño, un crímen contra usted, pero no contra ese hombre. Voy á probárselo á usted en el momento.

Y el vizconde se levantó y abrió la puerta secreta por donde habia entrado.

—¡Juan! dijo con el mismo acento frio y altivo con que hubiera llamado á un esclavo, ven, y ven al momento.

Oyéronse pasos, y entró Juan de Castro.

—Di á esta señora si he cometido contigo alguna violencia, le dijo el vizconde.

Luisa miraba de una manera suprema á Juan.

Juan temblaba ante aquella mirada severa, acusadora, terrible.

—Responde, ¿he cometido yo contigo alguna violencia?

—No, respondió con voz ronca Juan.

—¿Es cierto que me has vendido la posibilidad de ver á esta señora siempre que lo desee, bajo el amparo de tu autoridad como marido delante del mundo?

—Sí, respondió con voz mas grave Juan.

—¿Es cierto que has vuelto á ser el hombre inútil y miserable de tu antigua boardilla?

—Sí.

Juan se dirigió á la puerta; pero antes de llegar á ella, vaciló y cayó.

Su vanidad hollada, que no su decoro, su rabia, que no su vergüenza, al verse afrentado ante Luisa, habian producido en él un desmayo.

El vizconde fué, le asió por bajo de los hombros, y le sacó arrastrando por la puerta secreta.

Despues volvió y se sentó junto á Luisa, que estaba aturdida, inmóvil como una estátua.

—Las leyes me libertarán de vosotros, dijo al fin, dominando su parasismo.

—¡Las leyes! usted no irá á arrojar esta escandalosa historia á los tribunales: es usted demasiado digna... demasiado grande... usted arrostrará el martirio...

Luisa no contestó.

—Llegará un dia en que mi amor, mis sacrificios por usted, mi vida consagrada á usted toda entera, la obliguen á usted á amarme.

—Si no recurro á las leyes por dignidad, recurriré á Dios y Dios me libertará, dijo Luisa con una fé tal, que arrancó una sonrisa impía á los labios del vizconde.

—Dios, señora, se complace en poner á prueba á sus escogidos, de lo que resulta que, casi siempre, acá abajo el mal triunfa del bien. Dios la ha elegido á usted para mártir, y permite que usted padezca todo género de martirios: ya ha probado usted el de la decepcion de su amor. Habia usted soñado en Juan un poema, y ha encontrado usted un libro inmundo del género de esos que solo lée el que tiene el alma tan asquerosa como el libro. ¡Martirio que debe ser horrible! ¡amar! ¡amar con toda el alma y con un alma tan entusiasta, tan grande, tan impresionable como la de usted, y ver que su amor ha sido un sueño y encontrarse unida, al despertar de ese sueño, con un cadáver corrompido! ¡Y ha pasado usted ya por otro martirio que no conoce! ¡Por la deshonra!

—¡Por la deshonra yo! esclamó Luisa sin poder contener su indignacion.

—Ha sido usted tan confiada, tan enamorada, tan imprudente; ha ido usted de tal modo por todas partes del brazo de Juan, de dia, de noche, á todas horas, que ha autorizado usted á Juan á que diga á todo el que le ha preguntado quién era la hermosa jóven que llevaba del brazo:—es una pobre muchacha á la que procuro hacer feliz:—autorizados por el dicho de Juan, que ha arrastrado su nombre de usted por los cafés y por los salones, muchos que jamás han hablado con usted, han dicho:—ese pobre Juan es un imbécil; cree que esa maestra de lenguas, esa Luisa, es una mujer nacida para él solo, y yo os puedo asegurar que ha nacido para muchos.

—¡Pero eso es falso! ¡Eso no lo ha dicho nadie! esclamó Luisa muriendo de ansiedad.

—Afortunadamente para usted, porque el ser calumniado es un título á los ojos de Dios, la calumnia existe; todos y todas la conocen á usted, ó creen conocerla como una mujer perdida; aquí me tiene usted, yo... que no he gozado aun de la felicidad de una sonrisa de usted, paso por haber sido su amante.

—¡Oh! ¡qué infamia!

—Así es que Juan no se queria casar con usted, porque decia:—yo he deshonrado á esa mujer; yo he dado ocasion á que otros la deshonren; yo no me puedo casar con ella sin arrojar sobre

mí todo el inmenso peso de esa deshonra;—fué necesario que yo le amenazase, que le aterrase, para que consintiese en casarse con usted.

El vizconde se detuvo.

Luisa no contestó: estaba agobiada por su terrible desgracia, con el corazon oprimido, con el alma fria y anonadada, con la cabeza llena de un delirio horrible que se revolvia vago, pesado, insoportable.

—De modo, que no le queda á usted ningun recurso; Dios, favoreciéndola á usted, la dejará sola consigo misma, luchando con una prueba terrible. ¡La ley!... ¡Bah! si usted recurre á la ley, esto es, si pide usted un divorcio, que era lo único que por el momento podia salvarla á usted, todos dirán:—el marido ha ejercitado su derecho: ha querido poner coto á las costumbres escandalosas de esa mujer, y ella, que está acostumbrada á hacer su voluntad, se rebela, y pretesta tratamientos indignos para verse libre;—esto por un lado; por el otro, un divorcio es muy difícil: interesa mucho á la sociedad y á la moral que los cónyuges no se separen; se necesitan gravísimos escesos probados al marido para que se declare el divorcio, y usted no podrá presentar ni una sola prueba; si huye usted... si huye usted, Juan, escitado por mí, la reclamará, y yo, que haré que todos los pasos, hasta los movimientos, hasta las miradas de usted sean espiadas, haré su fuga imposible, haciendo que la prendan á usted antes de que pueda llegar á la frontera de Francia, ó uno de los puertos de España; de modo que se verá usted obligada á vivir al lado de Juan, lo que es lo mismo que decir, al lado mio; todos saben que Juan ha venido á pasar la *luna de miel*, ó á hacer que la pasa, en esta quinta, que es mia, y saben tambien que yo he venido á acompañarlos á ustedes; mi mujer, que me quiere mucho, y que tiene celos de usted, se encargará de decir en los salones que usted es mi querida: mis amigos, que me verán á todas horas entrar en su casa de usted, publicarán mis relaciones con usted; los criados, que me verán pasar la mayor parte de las noches en su casa de usted, los criados, que lo cuentan todo, serán otras tantas trompetas de deshonra, que irán á resonar hasta en los oidos del tendero. No podrá usted salir sola á la calle, sin que todos la miren y digan:—¡qué hermosa es la querida del vizconde de Rudaguas!—No podrá usted permanecer en su casa, sin que digan sus propios criados:—¡qué paciencia tiene el señor!—No podrá usted ir á reu-

nion alguna por temor de uno de esos insultos, de uno de esos desaires que matan.

—¡Dios mio! esclamó Luisa retorciéndose las manos.

—¡Solo la queda á usted un medio de librarse de este largo, penoso y horrible martirio: un medio que está de moda: el suicidio!

—¡Ah! esclamó Luisa de una manera singular.

—Pero si recurre usted al suicidio... Dios no perdona á los suicidas.

—Esto debe ser un sueño, dijo Luisa.

—No, no es un sueño, dijo el vizconde, es la realidad mas real que puede darse.

Y luego cambiando de tono, añadió:

—Pero confio en que usted tendrá juicio, en que usted comprenderá que su salvacion es huir de una poblacion en que por su hermosura, y por la singularidad de su vida, es usted muy conocida: en el estrangero, lejos, muy lejos, en Alemania, por ejemplo... podria usted pasar por mi mujer... capaz de sacrificarlo todo por usted, cambiaria de nombre, me proveeria de documentos que probasen que usted era mi mujer legítima, y podriamos ser felices.

—Espero que sin ese sacrificio horrible me veré libre de usted, dijo Luisa levantándose con energía.

—¿Y de qué modo, mi hermosa ingrata? dijo con acento de la mas refinada insolencia el vizconde.

—Hay tres hombres que sacrificarán por mí su vida.

—¡Tres nada menos!

—El baron del Destierro, uno.

La impudente risa que contraía los labios del vizconde se borró; sentía hácia el baron del Destierro un terror horrible.

—Martin Iglesias, el Moreno, dos, añadió Luisa.

El vizconde tembló: acordóse de que el marino poseía el secreto del envenamiento de la madre de Emilia: se le puso por delante un calabozo, el verdugo... perdió la serenidad, y esclamó:

—¡Ah! ¡sí! ¡es cierto! ¡ese hombre!... ¡le mataré!

Y acometido de un terror repentino, huyó dejando sola á Luisa.

—¡Que le matará! esclamó: y es capaz de ello... ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Afortunadamente no he pronunciado el nombre de Andrés!

¡le tenderia tambien un lazo!... ¡Oh! ¡le mataria! ¡y le amo, Dios mio! ¡le amo! Al descorrerse el terrible velo que envolvia mi alma, al conocer la infamia del miserable que me ha vendido, mi corazon no ha quedado vacío, no: mi corazon... ama aun, ama á Andrés.

Y Luisa cayó de rodillas, y se puso con toda su alma, con toda su amargura, con toda su agonía, á rezar.

CAPITULO XXI.

La segunda vision.

Pero el rezo huía de sus labios.

Por mas que queria concentrar su pensamiento en Dios, su pensamiento venia á recaer en su terrible posicion.

En aquella posicion que la entregaba indefensa á las odiosas asechanzas del vizconde.

Aquella terrible palabra del vizconde referente al Moreno:

—¡Le mataré!

Zumbaba en los oidos de Luisa, la aterraba, la hacia ver próximo un porvenir de abandono.

—¡Y le matará! esclamaba: ¡le matará! ese hombre es un infame!

Luisa sentía en medio de su horrible situacion una alegría infinita por no haber pronunciado el nombre de Andrés.

Y al acordarse de Andrés, en quien despues de la terrible ocurrencia que habia acabado de pasar por ella habia encontrado su amor, sentía una amargura, una desesperacion imponderables.

Recordaba la noche en que despues de haber sido acometida á la puerta del cementerio, al volver en sí habia encontrado á la pálida luz de la luna á Andrés, hermoso, conmovido, solícito, como si un poder misterioso le hubiera ligado á ella; entonces comprendió que lo que aquella noche habia sentido por Andrés, habia sido un principio de amor que ella habia creido amistad; amor disfrazado que habia crecido con el tiempo.

Y al recordar esto recordaba el vago despecho que habia sentido al ver en el Retiro á Andrés con Leontina la mañana siguiente á sus bodas.

Y al recordar que Andrés estaba casado, el alma de Luisa se retorcia, y al retorcerse, lloraba.

Y sin embargo, sus ojos estaban enjutos.

Pero en su semblante habia una espantosa espresion de locura.

Luisa en aquella situacion estaba hermosísima, pero con una hermosura que espantaba.

Con una hermosura que reflejaba una desesperacion suprema, un sufrimiento intenso, hasta el último límite del dolor, de ese sordo dolor del alma, con el cual no puede compararse ningun dolor del cuerpo; con ese vacío matador que hace pensar en la muerte al desdichado que lo esperimenta.

Luisa, dominada por aquel dolor, pensó en el suicidio, y no se acordó en aquel momento, porque no podia acordarse de otra cosa que de lo que tenia relacion con el estado espantoso en que se encontraba, de las bellas y caritativas palabras que habia pronunciado en el hospital junto al lecho de su hermana Antonia, enferma á causa de una tentativa de suicidio, suicidio inspirado por las infamias del mismo hombre que habia obligado á Luisa á pensar en la muerte obtenida por su mano.

Si estuviéramos de humor de disertar, diriamos lo que pensamos acerca del suicidio.

Reducimos nuestra opinion á muy pocas palabras: le creemos la consecuencia lamentable de una enfermedad del espíritu, causada por la desgracia.

No contrariamos por esto la opinion de los que creen que el suicidio tiene lugar por la falta de creencias religiosas.

Creemos firmemente que el que cree en Dios, tiene valor para ser mártir.

Pero volvamos á Luisa.

La tentacion volaba en torno suyo: un espíritu maldito la decia no al oido, sino mas adentro, en el fondo de su pensamiento:

—Tú sufres; sufres un martirio superior á las fuerzas humanas; la esperanza tiene cerrados para tí todos sus caminos: te espera una vida de desesperacion, de lágrimas; acaso de tratamientos infames, de deshonra, de envilecimiento... pero te queda abierto un camino: la muerte: el que muere no sufre... todo el poder, toda la maldad humana se detienen impotentes ante un cadáver: muere... y descansa en la tumba, en la tumba, donde no se sufre; en la tumba, donde no se ve al hombre de nuestro amor en los brazos de otra; en la tumba, donde no se llora. Tu única felicidad posible consiste en el no ser.

Mas allá de la tumba no hay nada.

Nada mas que sombra densa y silencio.

No hay Dios: si hubiera Dios, ese Dios no permitiria que tú, tan caritativa, tú, tan buena, tú, tan pura, fueses mordida, magullada, despedazada por la maldad.

¡Dios! ¡Dios! ¿dónde está ese Dios que abandona al bueno, sin defensa, á la horrible crueldad del malo?

¡Muere y descansa, porque la muerte es tu única felicidad!

Cuando un desgraciado, enloquecido por el dolor, formula en el fondo de su alma esa impía blasfemia, parece como que la desesperacion, encontrando una salida, embellece la terrible puerta de la eternidad.

La tentacion crecia en el alma de Luisa, porque crecia su dolor.

¡Ay de aquel que, cuando el sufrimiento desgarra su alma, cuando sus ojos se convierten en raudales de lágrimas, pierde la fé y no murmura estas consoladoras palabras:

¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!

¡Ay de la criatura que ha perdido la confianza en Dios!

¡Ay de la sociedad en la cual el materialismo se ha enseñoreado sobre las creencias de lo justo, de lo noble, de lo bueno!

¡Ay del pueblo impío que desconoce á su Dios, y le niega, y levanta sobre un pedestal impuro un ídolo de lodo!

El fuerte, el que ha creido en la virtud, el que ha acostumbrado su espíritu á levantarse hasta Dios, y sus rodillas á doblarlas ante él, ese no muere: pasa: su prueba es ligera.

Es el mártir ante cuya sangrienta palma se abren las puertas de los espacios infinitos de la eterna luz.

El hombre, así como la humanidad, tiene su calvario.

¡Ay de los que se detienen fatigados á la mitad de la áspera subida, y arrojan la pesada cruz de sus dolores!

. . . .

El dolor habia enloquecido á Luisa, y pensaba en la muerte.

Deseaba morir.

Pedia á Dios lo que á Dios no debe pedirse: el no ser.

Y su agonía aumentaba y su desesperacion crecia.

Su cabeza empezó á vacilar, dió algunos pasos y se apoyó en una mesa.

Al poner en ella la mano, sintió un objeto frio.

Por instinto ó fatalidad quiso examinar aquel objeto.

Era una fosforera de plata llena de fósforos.

¿Quién habia puesto allí aquellos fósforos, para que Luisa los encontrase en aquel momento supremo?

La desdichada miró con los ojos estraviados aquel veneno terrible.

Durante algun tiempo permaneció inmóvil.

Despues, una horrible decision se pintó en su semblante.

Tomó una á una las cerillas, y fué quitándoles las cabezas, y reuniéndolas en la palma de la mano.

—¿Habrá bastantes? dijo cuando hubo reunido una docena.

Y dudando, siguió en su horible tarea de descabezar cerillas.

Las descabezó todas.

Cuando vió que ya no quedaban mas cerillas que descabezar, inclinó la cabeza y oró.

Luego, serena, pero sombría, terrible, levantó su mano armada de aquel tósigo, que cualquiera puede procurarse por dos cuartos, y se preparó á tragarlo.

Hemos oido decir á un suicida, milagrosamente salvado, que en el momento de ir á disparar la pistola sobre su cabeza, vió, en un solo relámpago, por decirlo así, su vida entera, su mujer, su madre, sus hijos; y sin embargo, aquel hombre disparó sobre sí: Luisa, al ir á tragar los fósforos, vió á su madre, blanca y pura, que la miraba desde un espacio fantástico; á Antonia que lloraba desconsolada; al padre Quirós que rezaba temblando de rodillas, y con las lágrimas en los ojos.

Luisa al recordar esto, mejor dicho, al verlo de una manera fantástica, dió un grito, arrojó lejos de sí los fósforos, y se cubrió el rostro con las manos, esclamando:

—¡Oh! ¡no! ¡nunca! ¡nunca! ¡yo no tengo derecho á hacer llorar á nadie!... ¡y ella!... ¡que me ama tanto!... ¡que es tan buena!... ¡él, mi padre sobre la tierra... mi muerte le mataría... y no debo matarle yo!...

La caridad habia salvado á Luisa.

Porque la caridad consiste en el sacrificio de sí propio en beneficio de los demás.

Calenturienta, quebrantada, débil, llegó hasta un sillon y se dejó caer en el.

Luego, dominada por un sopor estraño, inclinó la cabeza y se durmió.

De repente un ruido singular, que parecia provenir de muy alto, la despertó.

Aquel ruido era muy semejante al del batir de unas inmensas alas.

Luisa abrió los ojos y se puso en pie asombrada.

Se encontraba en el gabinete de la casa de su madre.

En aquel bello gabinete, barnizado de blanco, con filetes y frisos dorados, techo pintado al fresco, pavimento alfombrado, chimenea de mármol blanco, y sobre la chimenea espejo, reloj y estátuas de bronce cincelado; sobre un velador de maqué una lámpara de bronce, y sobre un sillon de terciopelo de Utrech una cartera abierta, y sobre la cartera una llave de oro.

Á la vista de aquel gabinete, de aquel sillon, de aquella cartera, de aquella llave, los recuerdos de Luisa se esclarecieron: se acordó punto por punto de lo que habia olvidado, como si hubiese sido un sueño: de su primera entrevista con el diablo, de la historia de su abuela, Luisa Inés María, y de la de la *Honra del verdugo*, de aquella pobre niña sacrificada por el primer vizconde de Rudaguas.

Luisa se estremeció.

Sin embargo, volvió la cara atrás, y fijó una mirada lúcida, fija, en la brillante puerta de ébano que se habia presentado ante sus ojos.

—¿Quién sabe, dijo, si encontraré tras esa puerta una leccion, un aviso ó un consuelo?

Y sin vacilar tomó la llave y se dirigió á la puerta de ébano y la abrió.

Encontróse por segunda vez en aquel mismo estenso salon, en el que apenas se desvanecian las tinieblas por un quinqué de luz opaca, colocado sobre el mismo velador, delante de la misma chimenea, y entre los mismos dos antiguos sillones.

No habia mas diferencia, sino la de que la chimenea estaba cerrada.

Como en la otra ocasion, á los costados apenas se veían las dos altas paredes perdidas en la sombra con su tapicería roja y sus grandes cuadros.

Pero entonces no habia alfombra.

Los pasos de Luisa resonaban sobre un pavimento de mármol.

Luisa adelantó triste y solemne.

Junto al velador, sentada en un sillon, mirándola de hito en hito con una mirada que atraía y absorbía la mirada de Luisa, habia una mujer estraordinariamente hermosa, pero con una hermosura estraordinariamente terrible.

Vestía con un lujo escesivo.

Un trage negro de moaré *antic* con encajes riquísimos, descotado sobre los hombros redondos, sobre el seno maravilloso, dejando ver unos brazos incomparables.

En estos brazos habia sencillos pero riquísimos brazaletes, que deslumbraban reflejando la luz del quinqué; sobre aquella garganta hermosa é incomparable, lucía un collar de grandes rosas de brillantes y rubíes; sobre aquella cabellera rubia, pesada, peinada con un gusto, con una belleza y una elegancia esquisitas, se veían, siguiendo la direccion de las trenzas, dos sencillas espigas de brillantes; bajo las anchas bandas de la parte posterior, asomaban dos pendientes de pedrería que descansaban sobre los hombros.

Por último, esta dama dejaba ver bajo su ancha falda un pie divino, calzado con un zapatito de charol descotado, y en el centro de la descotadura una moña, no de cintas, sino de pedrería, y se hacia indolentemente aire con un abanico de un precio y de un mérito fabulosos.

Á pesar de ser Luisa maravillosamente bella, su belleza quedaba empalidecida, como borrada, como anulada, por la belleza de la incógnita.

Al llegar, pues, á ella Luisa, como el pájaro fascinado llega á la serpiente, aquella dama se levantó.

Sus magníficos ojos azules y su boca de labios puramente rojos, sonrieron á un tiempo á la jóven.

—Siéntate, la dijo: te esperaba.

Y la señaló el mismo sillon en que se habia sentado en una ocasion semejante algunos meses hacia.

Luisa se sentó.

—¿Me conoces? dijo la dama.

—Sí, contestó temblando Luisa.

—¿Por qué tiemblas, pues?

—La vez pasada no me espantabas, Satanás, dijo la jóven, y es que te habias presentado á mí en una forma menos bella.

—Entonces era tu protector.

—Tu proteccion ha sido para mí funesta.

—Yo no dispongo de los sucesos.

—Me has engañado, me has cegado.

—He querido probarte, y has salido victoriosa de la prueba. Has sido fuerte, como lo hubiera sido un ángel, y esto me ha irritado; porque no has triunfado por mi proteccion, sino por la virtud. Esto me contraría.

—¡Que he triunfado! dijo Luisa: ¡que he triunfado y me veo atada á un hombre infame y amenazada por otro!

—Tuya será la culpa si no eres feliz.

—¿De qué modo puedo serlo? dijo con ansia Luisa.

—Siguiendo mis consejos: imitándome.

—¡Imitarte yo!...

—¿Y por qué no?

—¡Imitar tu rebeldía!...

—¡En verdad, Luisa, tú eres rebelde á Dios!

—¡Yo!

—Sí: tú no has dejado de suicidarte por tí misma: lo que ha detenido tu mano ha sido tu amor á otros, no tu amor á Dios.

—¡Oh! eres infame: abusas de mi locura.

—¡Y el libre albedrío! esclamó el diablo con sarcasmo.

—Dios hubiera tenido compasion de mí.

—¿Compasion de un suicida? tú blasfemas. ¡Pobre humanidad que peca á ciegas porque la ha cegado la soberbia! ¡pobre humanidad que cree engañar á Dios con las huecas frases con que ella misma se engaña! ¡humanidad ignorante que cree haber encontrado el camino del bien y sigue á tientas el del mal! ¡mártires ilusorios siempre egoistas y sensuales, que encuentran el placer en el fondo mismo del dolor! ¡raza maldecida de Cain, que ofrece, sin embargo, á su Dios un holocausto impuro!

—¿De modo que los sacrificios en esta vida no sirven de nada? dijo con desesperacion Luisa: ¿qué la raza de los justos ha concluido? ¿que el mejor peca por ignorancia y continúa pecando, y por ignorancia se condena?

—Sí.

—¿Que es estéril cuanto hagamos, puesto que no conocemos el bien de una manera exacta?

—Sí.

—¿Y que, pensando de este modo, no pudiendo encontrar la felicidad en la otra vida, debemos buscarla por cualquier medio en esta?

—Sí.

—¿Que debemos vivir para nosotros mismos, sacrificarlo todo á nosotros mismos, beber el néctar de una felicidad calenturienta, aunque esté compuesto con las lágrimas de nuestros semejantes?

—Sí.

—Ese no sería para mí néctar, sino hiel: déjame, pues, con mi

desdicha, sola, arrojada á las plantas de Dios. Ha habido un momento en que el dolor me ha puesto á prueba; en que, siéndome demasiado pesada la vida, he pretendido libertarme de su carga: es cierto que me ha contenido el recuerdo de mi madre, el del padre Quirós, ese noble sacerdote que ha dirigido desde mi infancia mi paso vacilante. Ellos han sido el medio de que Dios se ha valido para vencer á la tentacion, para hacer que el sentimiento domine á la desesperacion. Despues he pensado que no debo ser yo mi verdugo... aunque esos séres queridos mueran, aunque me quede sola en el mundo como una roca en medio del océano, debo sufrir, debo resignarme á la voluntad de Dios.

—¡Pobre gusano que pone su resignacion á usura! ¿Te resignarías si no creyeras ver tras tu resignacion la bienaventuranza?

—Creo en Dios; creo que el que adora su voluntad se salva; pero aunque no creyera, me resignaría... Escucha, Satanás: si llega un momento terrible en que no pueda defender mi pureza sino matando, no mataré; si llega un dia en que las gentes me insulten, me envilezcan, me acaben de desgarrar el alma, lloraré, pero no las maldeciré; si caen sobre mí todos los padecimientos humanos, no pediré á Dios la muerte; buscaré el alivio de mis dolores en mi inocencia, en mi fortaleza, hermoso premio que Dios concede á los que sufren: el de considerarse dignos del espíritu divino que Dios les ha imbuido, en gozar el triunfo del alma sobre la materia, el de poder decir: Señor, yo he acatado tu voluntad, no he decho mal á nadie, ni aun á mis enemigos. Y esto no por la esperanza de una felicidad eterna, sino por sumision á Dios, por caridad á los demás.

El diablo se estremeció de rabia, pero dejó ver en su hermosísimo semblante de mujer una sonrisa de lástima.

—¡Siempre el hombre girando en un círculo vicioso! dijo abanicándose lentamente; ¡siempre buscando la resolucion del gran problema! el de hacer el bien por el mismo bien, sin recompensa de ningun género. Siempre el hombre egoista y sensual; siempre la insensata criatura que, lo repito, busca el placer, aunque solo haya de encontrar un átomo, aun en el turbio fondo de la copa del dolor.

—¿Y cómo hemos de variar nuestra condicion humana? ¿cómo evitar el placer que nos resulta por haber obrado bien, y que nos sale al encuentro sin que le busquemos, sin que haya sido el móvil de nuestras buenas acciones?

—Desengáñate Luisa, tú no has estudiado teología, ni aun metafísica, y si continúas marchando por el camino que has empezado,

vas á zozobrar, á anegarte en un océano de abstracciones. Vengamos á la parte práctica: ¿sufres?

—Sí, de una manera horrible: tengo el corazon hecho pedazos.

—Porque tus inclinaciones están rudamente violentadas; yo poseo el remedio de tu desdicha.

—Te escucho.

—Me he humanizado por tí: llevo un año siendo el baron del Destierro, fastidiándome con el trato grosero de bribones vulgares; no importa; pasaré todo el tiempo que sea necesario cumpliendo mi humanizacion. Desde hoy seré para tí, delante del mundo, tu amiga, la baronesa del Destierro; me hago casado ó casada, como mejor quieras; solo que las gentes no verán jamás reunido el matrimonio ni en la casa, ni en la calle; es de muy mal tono que el marido acompañe á la mujer, y el que la señora reciba las visitas en compañía del marido; puedo, cuando quiera, hacerme ver como hombre y como mujer en puntos opuestos y distantes, con solo un momento de diferencia. Me procuraré un magnífico palacio, ó mejor dicho, te lo procuraré á tí, y viviré en tu compañía; prefiero que el mundo te vea dando la hospitalidad, á que te vea recibiéndola. Puedo y quiero rodearte de eso que en el mundo llaman felicidad: el fausto.

—Permíteme una observacion.

—Habla.

—Respóndeme antes á algunas preguntas.

—Pregunta.

—¿Es cierto que estoy deshonrada?

—Sí.

—¿Que se me cree una mujer enteramente perdida?

—Sí.

—¿Que si me presento entre cierta clase de gentes, me arrojarán de su lado, ó que al menos me evitarán?

—Sí.

—He llegado, pues, á mi observacion. Por mucho que me dores, siempre el mundo verá en mí la deshonra.

—Tanto puedo dorarte, y tanto te doraré, que en vez de despreciarte, te envidiarán; sentirán hácia tí lo que yo llamo el respeto de la envidia; respeto servil, miserable, abyecto, repugnante. El Dios del mundo es el dinero; el pueblo de Israel, rindiendo culto al *becerro de oro*, no hizo otra cosa que decir: *lo que yo hago hoy lo harán en los tiempos cuantos vivieren.*

—¡Oh! el mundo no es tan malo: el mundo no es tan despreciable.

—Hay en el mundo quien no se deslumbra ante el brillo del oro; quien resiste á la prueba del oro; quien le desprecia; pero estos son pocos y pobres, y los anega el cieno. Los demás, todos corren tras el dinero, todos ven en él la felicidad, todos miden la altura de los otros y el respeto que deben tributarles con la medida del oro. Cuando tú aparezcas de nuevo y aparezcas de una manera inmejorable, resistirán, se ocuparán de tí: dirán: ¿de dónde ha sacado esa mujer ese aspecto? Pero cuando algunos hechos ruidosos, que yo te procuraré, hayan demostrado que tu riqueza es sólida; cuando se hayan convencido de que será muy difícil encontrar en otros salones los goces que en los tuyos, entonces transigirán contigo; te tratarán: para poder tratarte sin lastimar su propio orgullo, usarán de la calumnia que honra, como antes usaron de la calumnia que deshonra: convencidos íntimamente de que eres una mujer impura, porque el mundo no rectifica jamás el mal juicio que ha formado, dirán de tí maravillas, elogiarán tu dignidad, asegurarán que lo que se habia dicho de tí habian sido infamias de libertinos: á falta de una historia verdadera, se inventará una falsa, para cohonestar tu brillante posicion con tu anterior posicion de maestra de lenguas: á falta de bellas acciones tuyas, las supondrán ejercitando lo que yo llamo la calumnia que honra: á fuerza de suponer, acabarán por creer sus suposiciones, y á la vuelta de algunos años, nadie se acordará absolutamente de lo malo que se ha dicho de tí: el oro te habrá rehabilitado: una vez en esa posicion, podrás tener cuantos amantes quieras, entregarte á cuantas disipaciones puede eutregarse una mujer, siempre que guardes las formas esteriores; puedes estar segura de que te perjudique la vanidad de tus favorecidos; si publican tus favores, nadie los creerá. Te salvarán, te autorizarán, el egoismo y la miseria de los otros: podrás hacer sin peligro cuanto quieras, porque serás rica.

—La presencia de ese mundo sería para mí mas terrible, mas odiosa, mas intolerable que mi aislamiento con tan injusta deshonra. Yo no quiero ocupar esa posicion.

—Te verás obligada á ocuparla.

—Nadie puede obligarme á aceptar...

—¿Olvidas que no te perteneces?...

—¡Ah!

—¿Olvidas que Juan de Castro es tu marido?

—¡Qué! ¿ese hombre se atreverá?...

—Ese hombre tiene vanidad.

—No podrá sufrir mi desprecio.

—Opondrá á él su insolencia.

—¡Oh! ¡esto es horrible!

—No por cierto, eres mia, y yo embelleceré tu servidumbre: sembraré tu camino de flores. Tú no sabes lo que es el mundo; el gran mundo; ya verás: la mujer en su escala completa, desde la niña de diez años que una madre jóven lleva á las casas de sus conocimientos, hasta la vieja setentona que aun se pinta, y se adoba, y se engalana: verás cómo se educan las altas rameras, cómo se desarrollan los presidarios ilustres: sabrás lo que es el sillon y el tapete, y la conversacion y el baile: el vicio saltará por todas partes á tu alrededor, pero bello, sonriente, ligero, festivo, jóven, embriagador, coronado de pámpanos y rosas: escucharás la mentira siempre en ejercicio, hablando de caridad, de amor, de patriotismo. Y ya que he hablado de caridad, verás de qué modo la vanidad y el robo trabajan por sí propios, tomando por pretesto la miseria de los proletarios: verás los pequeños grandes hombres, hinchados como pabones; los literatos y los artistas de pega; los banqueros sin banca, los marqueses sin marquesado: presenciarás la guerra de la mujer contra el hombre, y del hombre contra la mujer: verás casarse muchos talegos y muchos pergaminos, y á veces un calavera rancio te dará el divertido espectáculo de atarse de por vida y por ante la iglesia con una pequeña mujer de quince años que se resigna á convertirse en enfermera, con tal de que las cortinas del lecho del enfermo la sirvan de pantalla: verás por todas partes practicado lo horrible, lo nauseabundo, pero cuidando de cubrirlo con una bella apariencia: te rodeará un lujo robado, y sabrás, porque no podrás dudarlo, cuántas vanidades han crecido en tu caja.

Pero á pesar de todo, el fuerte olor de este cieno, te embriagará.

Yo te daré el ejemplo.

Yo te enseñaré de qué manera puede una mujer magnetizar á una numerosa corte de adoradores, consentir al uno, burlarse del otro, ceder por un momento al de mas allá, y abandonarle despues, desesperado, por otro, sin que ninguno pueda quejarse, sin que el mundo pueda dudar de su virtud: si comprendes, al fin, que no debes sacrificarte, que no debes desgarrar tu corazon, que no debes sufrir el vacío, el hambre de tu amor, yo te enseñaré de qué modo puedes ser virtuosa en público, y gozar tu felicidad en secreto.

En una palabra, yo te arrojaré en los brazos de Andrés.

—¿De Andrés?

—Sí por cierto: aunque pretendieras engañarme, sería inútil: yo leo en tu conciencia: tú le amas con toda tu alma.

—Es verdad; pero lo sabrán solo Dios, mi alma y tú.

—Lo sabrá él.

—Lo veremos.

—Yo puedo hacer que ese amor, que no se ha revelado en tu conciencia hasta que te has visto vendida por Juan, ese amor que convierte, tenaz, insistente, desesperado, tu pensamiento hácia Andrés, se trasformará, primero en embriaguez, luego en delirio, por último, en frenesí.

—Pruébalo.

—¿Quieres ver á Andrés? Mira.

Como en la anterior entrevista de Satanás con Luisa, apareció ante ella de una manera mágica un cuadro fantástico.

Al frente de Luisa habia desaparecido Satanás y habia quedado un gabinete elegantísimo.

El gabinete de Leontina.

Sentado junto al velador y con el trage negro con que habia asistido al casamiento de Luisa (porque Andrés y Leontina habian sido convidados), y sin haberse quitado ni aun la corbata, estaba Andrés con los codos puestos sobre el velador y la cabeza entre sus dos puños cerrados y crispados.

La mirada de Andrés espantaba.

Era una mirada de desesperacion y de dolor; pero de dolor infinito, horrible; de desesperacion amarga y fria.

De tiempo en tiempo por sus megillas pálidas, mas que pálidas lívidas, surcaban dos gruesas lágrimas, se estremecian poderosamente los músculos todos del jóven, y su boca parecia dar salida á un gemido ahogado.

Andrés estaba vuelto de espaldas á la alcoba, cuyas vidrieras estaban abriertas de par en par.

En el lecho, cuyas colgaduras estaban descorridas, estaba echada Leontina medio desnuda, hermosa, incitante, un brazo en las almohadas, la cabeza en las manos, medio destrenzados los cabellos rubios, desnudo el cuello y los hombros y parte del seno, fijando en Andrés y en silencio una mirada de vengativa alegría: parecia que Leontina adivinaba el sufrimiento de Andrés y que le chupaba, le saboreaba, apagaba con él la sed de su rabia.

Y ninguno de los dos se movia, ninguno de los dos hablaba.

—¿No adivinas? dijo Satanás.

—Andrés sufre, sufre horriblemente, dijo con voz temblorosa y cortada Luisa.

—Sufre por tí: te supone en los brazos de Juan: él, que por tí ha sacrificado á esa mujer que está en el lecho observando la agonía de su marido, gozando con ella, vengándose de su cruel indiferencia.

—¡Cómo! ¿Andrés no ama á su mujer?

—Andrés no ha amado, ni ama, ni amará mas que á una sola mujer, y esa mujer eres tú.

—¡Dios mio!

—Andrés lo perderá todo por tí, la vida y el alma.

—Dios no querrá.

—Tú sola puedes salvarle.

—¿Cómo?

—Siendo suya.

—¡Oh! jamás: ¡él casado! ¡casada yo!

—Eres ingrata con él: Andrés te ha salvado.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¿y no le amo?

—Con un amor egoista: negándote por él á todo sacrificio.

—¡Yo domino mi amor!

—Tienes puestas mas alto las miradas de tu egoismo.

—¡Yo!

—Sí: por el contrario él tiene mas virtud que tú. ¿Qué te parece Leontina? ¿No es verdad, que tal como la estás viendo ahora, es muy hermosa?

—¡Hermosísima! dijo Luisa sin poder ocultar en su acento los celos que se revolvian en su alma.

—¿Crees tú que otro hombre aunque no la amase, sería indiferente á la posesion de tanta hermosura?

—¡Pero Andrés!...

—Andrés es para Leontina lo que tú eres para Juan. Andrés sufre por tí el tormento de unos celos tan ilusorios como los que tú tenias por él: con la diferencia de que tú con lo que vas á ver no los tendrás en adelante, y él los tendrá cada dia mas crueles.

Mira.

Luisa miró de nuevo el mágico cuadro vivo.

Andrés se levantó, tomó una bugía, pasó por delante de Leontina, que no se cubrió, y murmuró con voz apenas inteligible:

—Buenas noches: hasta mañana.

Y salió por una puerta de escape.

—¡Oh! esclamó Leontina dejándose caer desplomada sobre el lecho: nunca me amará: toda su alma es para esa mujer.

Y rompió á llorar.

—¡Pobre niña! dijo Luisa.

—Tu corazon te estravía, dijo Satanás; eres la mujer mas impresionable que conozco. Olvidas tus dolores por los de los demás. Te causa lástima Leontina, y no la merece. Lo que la sucede es lo mas natural del mundo.

—¡Casada, enamorada, y despreciada por su marido!

—En lo que acabas de decir solo hay una verdad: lo de casada; pero ni está enamorada de Andrés, ni Andrés la desprecia.

—Leontina llora; Leontina miraba de una manera ansiosa á Andrés; Andrés ha pasado por delante de ella dándola con frialdad las buenas noches.

—Observa, observa aun: despues te esplicaré lo que es el amor de Leontina, lo que es el desprecio de Andrés.

Luisa miró.

Leontina permaneció por algun tiempo vuelta de cara contra las almohadas y llorando.

Luego cesó el llanto de la jóven; se incorporó, se cruzó sobre el pecho la bata de noche y saltó de la cama.

Sus lágrimas se habian secado, su semblante nublado, contraido, pálido, demostraba que Leontina habia tomado una resolucion decisiva.

Se acercó á su secreter, puso en él una bugía, se sentó, abrió y sacó una carta.

—Esa carta es de un amante, dijo Satanás.

—¡De un amante! ¡Dios mio! ¡Una mujer casada!

—He dicho mal de un amante; de un pretendiente.

—¿Pero qué intenta hacer esa mujer?

—Vengarse de Andrés.

—¿Y no ve que al vengarse de ese modo, es á sí misma á quien mas daño hace?

—Así es el corazon humano.

—Pero esa mujer no ama á Andres: si le amára...

—Hemos llegado al capítulo del amor de Leontina: nunca ha amado á Andrés.

—¿Pero por qué se ha casado con él?

—Por vanidad y por deseo, como se casan muchas.

—No te entiendo.

—Tú no has reparado bien en Andrés: es hermoso, con esa hermosura que seduce á la mujer: tiene la mirada serena y fija, los cabellos negrísimos, finos y ligeramente ondeados; la frente alta y pálida: es escesivamente gallardo, y no tiene nada de presumido: se revela en él la fuerza física, y las mujeres aman la fuerza en el hombre: en su continente, en su semblante, en sus miradas, destella esa magestad que solo dá Dios, porque solo Dios dá el corazon grande. Andrés tiene un gusto decidido por lo bello, y este gusto se ha manifestado en él bajo la forma del artista; en una palabra, sobre la frente de Andrés refleja invisible un rayo de la divinidad: es un gran poeta que escribe sobre madera con instrumentos de corte; que mañana escribirá en mármol y en bronce... Andrés es un gran escultor; pero han pasado los tiempos de Fidias: la época actual tiene pintura, porque le basta con retratarse á sí misma; pero no tiene arquitectura ni escultura. La pintura puede ser muy bien la comedia y el drama vulgar; pero la arquitectura y la escultura son necesariamente épicas, es decir, solo el sentimiento épico puede darles formas apropiadas: hoy no hay mas que un asunto épico: *la desvergüenza.* En todo lo demás, el siglo XIX es rapsodista, mezquino, tísico. El artista de inspiracion se ve hoy obligado á remedar, sin quererlo, porque el arte clásico lo ha apurado ya todo: Andrés por eso como escultor, alcanzará renombre, pero no le estenderá á los lados de su vida, ni mas allá de su vida: nacido en los tiempos de Fidias, su nombre sería inmortal. Lo que demuestra, que un mismo genio vive ó muere con arreglo á su época: que hay épocas, como la presente, que todo lo matan, porque todo lo empequeñecen.

Sin embargo, Andrés posee ese espíritu divino de los artistas: ese espíritu que se refleja en la mirada de un hombre y que hace decir al observador que no le conoce al verle:

—¿Quién es ese hombre? ¿Es poeta, ó músico, ó pintor, ó filósofo? ¿Es acaso uno de esos soñadores funestos, á quienes solo falta la ocasion para ser conquistadores? ¿Es uno de esos legisladores desconocidos que mueren llevando á la tumba toda una admirable organizacion social que nadie ha podido adivinar?

Porque el genio, Luisa, para quien sabe conocerle, tiene su sello característico, y ese sello está sobre la frente de Andrés; es el pálido reflejo del rayo de la divinidad que se apoya sobre su frente.

Leontina, hermosura magnífica en las formas, pero de semblante vulgar, aunque embellecido por cierta espresion fuertemente simpática, por unos hermosos cabellos y por unos hermosos ojos, tiene

el instinto de lo bello, pero solamente en su forma esterna; para ella la belleza en las artes no pasa de la belleza plástica; para ella Andrés solo tiene formas: el espíritu es lo de menos: la actividad de su alma se determina por el sensualismo: se enamoró, pues, de Andrés con el deseo que se satisface, pasa, y solo deja en su lugar un hueco lleno por el hastío. Y como ese deseo la hacia creer envidiable para las demás á Andrés, se casó con él por vanidad.

¿Comprendes ahora cómo Leontina ha podido unirse á Andrés sin amor?

—Sí, contestó profundamente Luisa.

—Pasemos á lo que tú llamas desprecio de Andrés hácia su mujer: Andrés no ha despreciado á Leontina. Andrés se ha casado con ella por caridad.

—¡Por caridad! esclamó con estrañeza Luisa.

Satanás contó á Luisa la historia del casamiento de Andrés y Leontina: como Andrés, enamorado con toda su alma de Luisa, habia consagrado dentro de su corazon un culto idólatra á su amor. Como le habia sido imposible mostrarse amante de Leontina.

—Eso es una locura, dijo Luisa pronunciando dolorosamente las palabras, y Dios le curará.

—Mira cómo le cura, dijo Satanás.

Cambió el cuadro que estaba delante de Luisa, y en su lugar se presentó un aposento de hombre.

Era el de Andrés.

Andrés aparecia sentado junto á una mesa contemplando profundamente un pequeño objeto de marfil.

El dolor de Andrés, á juzgar por su espresion, habia aumentado; no era ya dolor, sino desolacion, abatimiento, agonía.

De tiempo en tiempo se levantaba, tomaba el objeto de marfil, le besaba, y luego, como si aquel objeto hubiera quemado sus lábios, le separaba bruscamente.

Hubo un momento en que besó de nuevo con frenesí aquel objeto, y luego le dejó sobre la mesa; quedó inmóvil contemplándolo durante un segundo, y luego estalló, por decirlo así, en sus ojos, en su semblante, en su boca, una espresion tal de desesperacion, de dolor, de cólera, de cien violentas pasiones, mezcladas, unidas en una manifestacion tal, que Luisa dió un grito de espanto.

Luego, Andrés se dirigió rápidamente á un balcon, le abrió, se asió convulsivamente á sus hierros, y miró á la calle.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¿Qué va á hacer? esclamó Luisa.

—Antes, dijo el diablo, quiero que veas lo que Andrés besaba, lo que Andrés miraba. ¡Míralo!

Y asomándose por detrás del sillon de Luisa, dió á esta la caja de marfil, en cuya tapa y entre flores habia escultado Andrés la bellísima cabeza de Luisa.

—¡Ah! esclamó la jóven al verse reproducida de aquella admirable manera.

Y la caja se cayó de sus manos, se cubrió con ellas su rostro y rompió á llorar.

Satanás guardó por un momento silencio.

En su mirada, fija en la jóven, en sus labios contraidos con una amarga sonrisa, se leía un contento infinito, sobrenatural.

Estaba viendo el alma de Luisa, abierta ya enteramente al amor de Andrés; pero abrasada, atormentada, emponzoñada por él.

Estaba viendo perdida la virginidad de aquella alma, en la que, al abrirse por primera vez por completo al amor, habia brotado esa impura chispa del deseo, que acompaña al amor en las criaturas.

—¡Ah! pensó Satanás: ¡ya es mia, porque es de Andrés!

Y como si aquel nuevo sentimiento hubiese efectuado en Luisa una reaccion violenta, levantó de entre sus manos la hermosa cabeza embellecida por un vivo color.

Y luego se reclinó sobre el respaldo del sillon, con los ojos cerrados, con la boca entreabierta y suspirante, dejando ver por completo su hermosa garganta, y en sus labios una sonrisa indescribible.

—¡Mia! ¡mia! repitió el diablo: ha dejado de ser el ángel, para ser la mujer.

De repente, Luisa se incorporó, apoyó su cabeza en una de sus manos como fatigada por un dulce cansancio.

—¡Cuánto te ama y cuán hermoso es! dijo con un acento dulce sobre todas las dulzuras Satanás.

—¡Ah! ¡yo he soñado! dijo Luisa.

—No, contestó el diablo; has empezado á amar. Pero recoge esa caja que has dejado caer; de ella ha caido, al abrirse, un objeto que ha sido tuyo.

—¡Ah! ¡sí! ¡una flor seca! dijo Luisa recogiendo las dos piezas de la caja y la flor á que se referia.

—¿No conoces esa flor? dijo Satanás.

—Es una dalia roja, pero seca y árida.

—Esa dalia estaba en tus cabellos la noche que me presenté á tí por primera vez, en este mismo sitio.

—Y... ¿cómo ha ido á las manos de Andrés?

—Para satisfacer tus deseos, estoy valiéndome del mismo recurso de que se valian los ingenios del teatro antiguo español; de las mutaciones de escena. Mira.

Apareció uno de los salones de la antigua casa donde habia pasado su infancia y parte de su juventud Luisa.

Ella misma se vió en el centro de aquel salon, donde por todas partes entraba humo y fuego, rezando y temblando de rodillas, consentida á morir, sin esperanza.

De repente vió Luisa que una puerta caía hecha pedazos, que saltaba dentro del salon un jóven con una hacha en la mano.

Aquel jóven era Andrés.

Ennegrecido por el humo, chamuscado por el fuego, vestido con una blusa y con una gorra, pero mas hermoso que nunca, porque resplandecian en sus ojos el valor, el entusiasmo, la caridad.

Luisa vió que la imágen suya viva que tenia delante se desmayaba; vió que Andrés llegaba á ella, la miraba, palidecia, se arrodillaba y la miraba estremecido, anhelante.

Vió despues que la quitaba la dalia roja, y la guardaba bajo su blusa. Despues...

Despues Andrés se inclinó, la besó en la boca, la levantó del suelo, partió á la carrera y la llevó á un balcon.

Allí cayó desvanecido junto á ella.

Hubo otra mutacion.

Luisa vió aquel balcon por fuera: su casa incendiada de una manera horrible: la calle llena de operarios, de autoridades, de soldados. Vió que apenas asomó Andrés con ella en el balcon, la multitud rompió en una aclamacion frenética de entusiasmo, que al momento pusieron escalas, y los bajaron.

Vió que apenas arrancados los dos de aquel balcon, apenas salvados, lo único que quedaba en pie de la casa se desplomó.

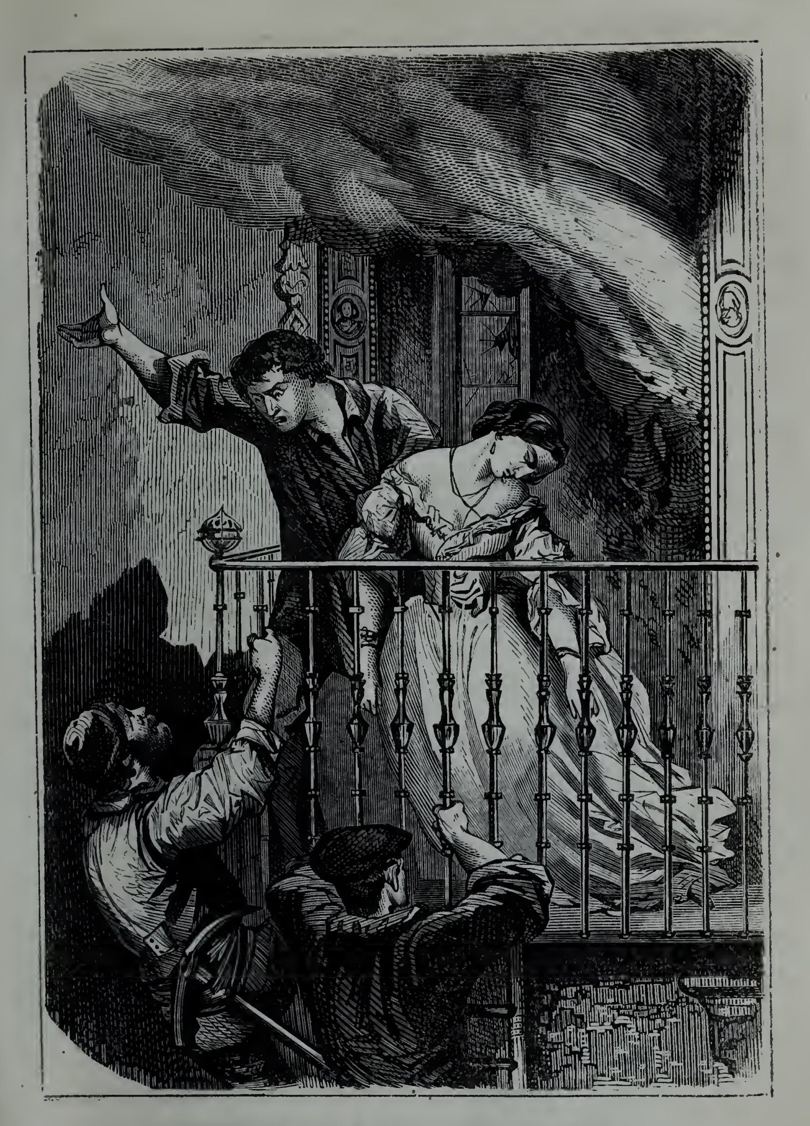
Y Andrés, vuelto en sí de su desvanecimiento, se escurrió, por decirlo así, burlando los elogios y la admiracion de todos.

—¿Y no pidió Andrés recompensa por su bella, por su generosa, por su valiente accion? dijo con voz trémula Luisa.

—Le bastaban por recompensa la dalia y el amor que llevaba consigo.

—¡Ah!

—¿Comprendes ahora lo que es para tí Andrés?



PUSIERON ESCALAS, Y LOS BAJARON.

Luisa bajó la cabeza, calló y permaneció profundamente anegado el pensamiento, en el recuerdo de Andrés.

Cuando levantó la cabeza, vió por fuera el balcon del cuarto de Andrés, y este asido aun á los hierros, mirando de una manera insistente al fondo de la oscura calle.

—¿Qué mira? dijo Luisa asustada.

—¡La altura! Está calculando con la sangre fria de la desesperacion, si se matará instantáneamente tirándose por el balcon; es un medio muy usado de suicidarse.

En aquel momento Andrés se inclinó de una manera tal hácia afuera, que Luisa dió un grito horrible, se levantó, cayó de rodillas y estendió las manos hácia Andrés.

Pero de improviso Andrés se retiró del balcon, y cerró violentamente sus maderas.

—¡Oh! ¡no veo! ¡no le veo! esclamó Luisa: ¡yo le quiero ver! ¡quiero ver lo que hace!

Nadie le contestó.

—¡Luzbel! ¡Luzbel! ¿dónde estás?

Nadie respondió á Luisa.

El balcon, todo habia desaparecido; solo quedaba delante de Luisa el sillon donde habia estado sentado Satanás, y detrás la pared sumamente oscura, determinando un fondo medroso.

Hay momentos de ansiedad que son eternidades.

Luisa, fuera de sí, aterrada, trémula, muriendo, permaneció algun tiempo en silencio, de rodillas, inmóvil con los brazos estendidos hácia el lugar donde poco antes habia visto á Andrés.

—¡Satanás! ¡Satanás! volvió á gritar la jóven.

—Dame las gracias, dijo la voz del diablo, que apareció instantáneamente delante de Luisa con la misma bellísima y arrogante figura de la fantástica baronesa del Destierro.

—¡Andrés!

—¡Por ahora no se suicidará! dijo Satanás.

—¡Oh! ¡gracias, gracias, Dios mio! esclamó Luisa.

—Das gracias á Dios, y sin embargo, lo que ha salvado por el momento á Andrés es una nueva desgracia. Andrés se ha quedado solo en el mundo.

—¡Solo!

—¡Su madre!...

—¿Qué ha sucedido á la buena madre de Andrés? dijo Luisa esperimentando un nuevo espanto.

—Lo que debia sucederla. En este momento acaba de morir.

—Me estás haciendo sufrir un infierno.

—Yo no hago los sucesos: los hace la fatalidad. ¿Podrias tú creer que la felicidad mataría á la madre de Andrés?

Luisa no contestó; estaba doblegada, aturdida.

— Pues la felicidad la ha matado. Era una escelente madre; mientras su hijo estuvo reducido á un trabajo precario, sujeto á verse reducido á la miseria por una enfermedad, por una de esas mil eventualidades, que son los terribles enemigos del obrero que no cuenta con otros recursos que con su trabajo de cada dia, la buena Juana no pudo engordar; los cuidados roen el cuerpo, le enflaquecen, y siendo una enfermedad, evitan sin embargo otras muchas enfermedades: pero despues de que su hijo se casó con Leontina y tuvo un taller; cuando su madre le creyó feliz, porque Andrés y Leontina tenian delante de las gentes, él por su bondad natural, y ella por cálculo, por orgullo, un aspecto envidiable, Juana creyó á su hijo feliz, y lo fué tambien, porque la felicidad de los buenos hijos es la de las buenas madres. Juana engordó demasiado; aficionada á los manjares escitantes y sólidos, se modificó su sangre de una manera peligrosa, y ha muerto sin saber que se moria, instantáneamente, como herida de un rayo á causa de una congestion cerebral, pocos momentos antes de que Andrés se pudiese dar una muerte deliberada y sufrida antes de realizarse. Yo que nada puedo hacer sino por los medios naturales, aproveché la ocasion: me trasladé instantáneamente al cuarto cuarto de la casa donde vive Andrés, desperté á la criada, la hice ver á su señora muerta, y la inspiré que bajase á avisar á Andrés. En el momento en que Andrés iba á arrojarse, han golpeado á la puerta de su cuarto, y el buen don José Perez ha gritado:

—¡Andrés, Andrés! ¡tu madre ha muerto!

Esto ha salvado á Andrés.

Dá ahora gracias á Dios.

Luisa no contestó.

—Del mismo modo este suceso ha salvado á Leontina de cometer una ligereza. Acababa de escribir una carta, dando una cita imprudente al hombre que la persigue, que la acosa, que se deja ver de ella en todas partes; y al sentir los precipitados pasos de su padre, que se dirigia á su dormitorio pensando encontrar en él á Andrés, por ocultarla pronto, ha arrugado entre sus manos la carta que acababa de escribir, y que ha quedado inservible. Así, pues, por ahora,

ni Andrés pensará en matarse, ni Leontina escribirá otra carta para su pretendiente. Mira, pues, cómo una desgracia puede evitar otras.

—Pero mañana Andrés recaerá en esa terrible monomanía, y con mas razon, porque tiene un motivo mas para estar desesperado.

—Puesto que tú eres la causa principal de esa monomanía, como tú la llamas, evítala.

—¿Y de qué modo?

—Siéndolo todo para Andrés.

—No puedo, he jurado á Dios ser fiel á mis deberes.

—¡Amor mezquino y vulgar que se detiene delante de los sacrificios!

—No, no, repuso Luisa; aunque enloqueciera, nunca llegaria al punto de degradarme delante del hombre á quien amo.

—Morirá.

—Moriremos los dos.

—¿Y tu caridad?...

—No es caridad la que se practica por medio del vicio.

—¿Sabes, Luisa, dijo Satanás, que se me figura que tienes la soberbia de la virtud?

—Obro con arreglo á mi corazon y á mis creencias.

—¿Es decir, que á pesar de estar deshonrada delante del mundo, te obstinas en conservar de una manera inútil tu virtud para tí misma?

—Quiero, ya que todo me es enemigo, que no lo sea tambien mi conciencia.

—Sin embargo, tú has rasgado tu pureza, tú has sido ya adúltera.

—¡Yo!

—Tú, sí: tu pensamiento y tu deseo se han concentrado en Andrés.

—De una manera independiente de mi voluntad.

—Tú has sido un momento feliz en sueños.

—Pero yo he rechazado ese pensamiento.

—Estás recayendo en él. No te diferencias, pues, ni en un ápice de Emilia, de la mujer del vizconde de Rudaguas; que ahora está fijando su pensamiento en mí, como tú en Andrés.

—¡En tí!...

—Sí, en el hermoso, en el escéntrico, en el misterioso baron del Destierro.

—¡Ah! ¡enamoras á Emilia!

—Voy á contarte mis amores con Emilia, para distraerte, porque aunque lo intenso, lo incomprensible de mis sufrimientos me haya hecho cruel como no puedes concebir, casi tengo por tí un asomo de compasion, y además, voy á ser franco contigo, no quiero escitarte demasiado, porque pudieras romperte, y no quiero que te rompas, sino que te gastes. Tu alma es como una nubecilla, que flota á merced del viento, y yo te quito y te pongo, cuando quiero, ya bajo el alegre rayo del sol, ya bajo la negra nube de la tormenta; descansa y recóbrate: me veo obligado á abandonarte, para ir adonde está Emilia.

—Pero... ¿qué me interesa á mí?...

—El sufrimiento te va haciendo egoista: los dolores ó el peligro de los demás empiezan á serte indiferentes. ¡Oh! ¡si supieras lo que preparo al vizconde de Rudaguas!

—Eres un infame, Satanás.

—Por el contrario, ahora voy á ser el instrumento de la justicia de Dios. El vizconde de Rudaguas es un miserable manchado con todas las bajezas, reo de horribles crímenes: pero estos crímenes y esas bajezas están ocultos. El vizconde goza, como hombre de sociedad, de una escelente reputacion. Es altivo, todos le creen escesivamente decoroso. Emilia, su mujer, goza de una reputacion sin tacha. Pues bien, yo voy á provocar á Emilia á que dé uno de esos profundos escándalos que ponen en ridículo á un matrimonio. Voy á destrozar el falso orgullo del vizconde, y á arrastrar por el suelo la falsa virtud de Emilia. ¡Mira!

Todo varió al rededor de Luisa.

No fué una escena lo que se la presentó: fué un teatro en que ella era una parte.

Estaba en un estenso salon, relucientemente amueblado con ese pesado y riquísimo lujo de las gentes ricas de mal gusto que no piden á un mueble otra cosa sino que esté de moda y que cueste caro. El techo, las paredes, el pavimento, estaban, por decirlo así, erizados; el uno con lámparas, canastillos colgantes, jaulas costosísimas con pájaros americanos: en las paredes retratos, cuadros, bocetos, relieves, pero retratos de esos que se pagan muy caros, y que no son otra cosa que figurines hechos por patron, pintados siempre del mismo modo, siempre amanerados, pero siempre celebrados, porque el *eminente artista* don Fulano, lleno de honores, de condecoraciones, de sueldos y de vanidad, ha sabido esplotar la estupidez de los ricos, manejar la intriga y crear la gacetilla de salon: el tal artista

será declarado un dia artesano, pero entre tanto se habrá puesto rico y habrá perjudicado cuanto haya podido al verdadero arte. Del mismo modo el escultor barroco, de imaginacion berroqueña y de vanidad de pavo, ha ayudado á erizar aquellas paredes con bustos, estátuas y relieves tales, que si no existiesen otras obras que las suyas, nos harian renegar de la escultura.

Sevres y el Japon han ayudado á embrollar aquellas paredes, á dificultar aquellos ángulos; pero aunque en el Japon y en Sevres se fabrican admirables porcelanas, la señora de Robles, en cuya casa estaba Luisa, habia tenido el tacto singular de elegir todo lo mas estravagante, todo lo de peor gusto.

Hay además en el salon media docena de espejos gigantescos, con coronamientos voluminosos, media docena de enormes relojes y otras tantas enormes mesas, sobre las cuales hay un universo de objetos chicos y grandes; hasta pájaros disecados, sin esceptuar el canario favorito de la señora, á quien se hizo la honra de perpetuar por medio de la disecacion.

Sobre la alfombra de verano de colores chillones, hay tres ó cuatro sillerías de piel labrada, de seda, de junco; veladores, y en los veladores albums, y libros ilustrados y encuadernados magníficamente: y en medio *vis á vis* de *ese*, otomanas circulares, especie de pirámides de seda, coronadas con un jarron con flores, escabeles y no sabemos cuántas cosas mas.

Al entrar en un salon tal, no puede menos de ocurrírsenos esta pregunta:

—¿Cuándo se celebra la almoneda?

Ó bien:

—¿Cuándo venden aquí?

Porque aquello es un almacen, una especie de arca de Noé, cuyo contenido de mal gusto, y todo, como quieran, ha costado mucho dinero.

Luisa no se encontraba allí en persona.

Se encontraba con el pensamiento, segun dicen, que va con el pensamiento adonde se la lleva la sonámbula lúcida, durante el sueño magnético.

Ella oía, tocaba, y sin embargo su cuerpo no estaba allí.

Era esa hora avanzada en que en ciertas reuniones, las mamás viejas y los hombres graves están en la sala de juego, en que en el salon de baile solo se ve en los anchos divanes alguna pareja que se ha quedado allí como por olvido, en que los pollos y las jamonas, y

los gallos y las pollitas, se han apoderado de los *vis á vis*, de las otomanas, de los rincones.

Y antes de seguir adelante, como suponemos que este libro vivirá infinitamente mucho mas que las calificaciones en polla y pollo, jamona y gallo, suplicamos á nuestros lectores nos dispensen el espacio impreso que les quitamos para ocuparnos de la calificacion de estas dos castas sociales que ellos conocen, pero que indudablemente no conocerán en el porvenir.

Estas calificaciones correrán la misma suerte que las de petimetre, lechuguino y tantas otras, que no han entrado en el diccionario.

—¿Qué es una polla?

Un absurdo social.

Una vanidad de mujer en un cuerpo de niña.

Una especie de aberracion.

Un mónstruo hijo de la corrupcion social.

Mirad á aquella que toca el piano: sabe Dios cuán mal, y con cuántas pretensiones de que le tañe bien.

Observad ese hombre alto, avellanado, pálido, con grandes patillas y grande cuello de camisa, y gran chaleco, y gran cadena de reloj, y gran saco desgarbado, que está junto á la polla que toca el piano.

Tiene de treinta y cinco á cuarenta años.

Está gastado, y como todos los *liones* gastados, busca las presas tiernas: empezó como el pollo cayendo en las redes de las jamonas, siguió con las mujeres de la edad media, no de la edad que precedió al Renacimiento, sino de la edad en que la mujer se encuentra entre los veinte y tres y treinta años, y acaba por las pequeñas mujeres de catorce á diez y siete.

La polla, como el pollo, recibe la primera leccion de amor de esos estíos agostados y áridos que se llaman jamona y gallo.

La polla especialmente, y hablamos de la polla *pur sang*, de la polla de raza, no de esas deliciosas, y puras, y tímidas é inocentes niñas, á las que se llaman pollitas por su edad; la polla de combate, por decirlo así, es un ente insoportable; tercia en todas las conversaciones, emite su opinion acerca de todo, escribe algo, pinta ó dibuja algo, toca ó araña algo, y baila ó pasea las dos terceras partes de su tiempo, y enamora y se deja enamorar bailando, y cuando no baila muerde, y cuando no muerde intriga y se burla y murmura de todo el mundo.

Ha perdido su pudor en el colegio, es decir, dejado de ser pura antes de dejar de ser vírgen.

Sin haber esperimentado el amor, blasfema del amor.

Calumnia al corazon humano, y dice sentenciosamente:

«La vida es una mezcla de placeres efímeros, de contrariedades, de desengaños; el mundo es un desierto horrible donde solo se ven momias, y que no merece la pena de tomarse por él el trabajo de vivir.»

Cuando la polla dice esto delante del gallo que la anda á las vueltas, este toma lo de *momia* por una alusion personal, y á veces no se equivoca.

No vereis á la polla entregarse francamente á la descuidada alegría propia de su edad; por el contrario, afecta una seriedad que no tiene, una despreocupacion repugnante, un hastío que en ella es una mentira, y una esperiencia aprendida de memoria en las novelas.

Es muy comun (esto se refiere á las pollas ricas) oirlas desdeñar el matrimonio; abogar por la independencia, por la libertad y aun por la emancipacion de su sexo, y verlas tomar parte, á veces, en conversaciones de alta política, con un desden eminentemente ofensivo para el gobierno.

Generalmente la polla es conservadora; y como conservadora, muy dada á los militares; todo lo que huele á revolucion, la dá asco, porque las revoluciones se hacen por lo general por los *sanculots:* nosotros debemos decir por los descamisados; porque en España, todo el mundo, descamisados ó no descamisados, gasta calzones, aunque es muy frecuente ver á un patriota, ennegrecido por la pólvora en un dia de julio, si no enteramente sin camisa, con media camisa, ó con la camisa tan negra, que es lo propio que no llevar camisa.

(Si á un inglés se le ocurriese hacernos la honra de traducir este libro, le autorizamos para que arranque de él el anterior párrafo, á fin de que sus compatriotas del sexo divino no se ruboricen y tiren un libro en que de tal manera se nombran camisas y calzones.)

La polla, pues, es el gérmen de una generacion que espanta; porque las madres forman á los hijos, y los hijos de una mujer corrompida no pueden ser otra cosa que úlceras sociales.

El pollo es un ser *cargante*, permítasenos esta frase; la polla al menos, cuando es bella, tiene su belleza y la magia de su coquetería: es un lindo juguete, considerada solo como mujer de adorno, no como hija, no como esposa, no como madre de familia; pero ese insolente jovenzuelo, que ha perdido completamente toda nocion de

decoro, de creencias, de entusiasmo, antes de pasar de la juventud; ese niño nauseabundo, enflaquecido prematuramente por los escesos, enfermo del cuerpo y del alma, audaz sin valor, burlon sin gracia, provocador siempre, y siempre zurrado ó espantado; ese enjendro podrido de la civilizacion (perdónenos la civilizacion si la calumniamos), hablando de todo ex-cátedra, con un descaro que solo es comparable á su ignorancia; ese sér, lleno de los vicios mas repugnantes de los viejos, y desprovisto de todas las virtudes de los jóvenes; calumnia ambulante, escepticismo brutal, que todo pretende envenenarlo, jactándose de poseer una esperiencia que solo dán los años y el talento; polilla horrible de la sociedad, manzana podrida, aun antes de madurarse, por la lluvia; es un sér nuevo, abortado por no sabemos qué horrible causa, enteramente distinto de ese otro tipo conocidísimo y antiguo que pertenece á todos los tiempos: el jóven loco, valiente, arrojado, vivo, que corria, nuevo don Juan, tras el deseo; que se cansaba al fin, á beneficio de los años; que solia producir el gran poeta, el gran jurisconsulto, el buen militar, y á veces el hombre de Estado; de ese otro tipo magnífico siempre, aunque á veces funesto, que se llamaba *calavera;* tipo descrito admirablemente por el infortunado Larra; lleno de talento, de *esprit*, de valor, y de cuya degeneracion vergonzosa ha nacido ese otro tipo que se llama pollo.

El gallo de hoy, nunca ha sido pollo, como el pollo de hoy nunca será gallo.

El gallo no es otra que un calavera maduro.

Es un hombre en el cual gritan aun enérgicamente las pasiones; que tiene todavía el corazon jóven, y que se bate desesperadamente con los años, que le van separando de una manera inflexible de su sueño dominante: la mujer bella.

Á falta de juventud y de belleza, el gallo ejercita, respecto á la polla, su larga y tremenda esperiencia de calavera; conoce perfectamente cuándo su víctima está en el *cuarto de hora*, y le aprovecha; en su campaña postrera, en su *veranillo de los membrillos*, el amor de algunas pollas le hace conocer que no conocia enteramente á la mujer; pero este veranillo pasa, y el gallo, desplumado ya, rotos completamente los espolones, pálida la cresta, perdido el vigor, se retira á la mesa de juego ó á la chimenea, y se ve obligado á consolarse con la filosofía ó con la política, que no son, ciertamente, una misma cosa.

La jamona de combate, es decir, la coqueta hermosa que ha pasado de los cuarenta y que opone al tiempo los remedios del arte,

aborrece al gallo su igual, y se decide primero por el pollito, es decir, por el jóven tímido y poético, con megillas sonrosadas, que aun sueña y que aun vive la fresca primavera de su vida: si logra hacerse comprender de ese niño, le vicia, y de pollito le convierte en pollo: si su inesperiencia, si su timidez salvan al niño, la jamona prescinde del pequeño ángel que no ha podido corromper, y acomete al diablejo escuálido; el pollo venga á la sociedad de la coqueta envejecida, como la polla la venga del calavera gastado.

Y esta repugnante lucha de sensualismo, de corrupcion, de escándalo, se agita á la vista pública en los paseos, en los teatros, en los salones; el que ha conservado su conciencia pura y su corazon jóven, se espanta; el filósofo frunce al verla el cano entrecejo, y augura con voz solemne y ronca, y llena de indignacion un cataclismo en las costumbres, al que debe seguir necesaria y lógicamente un cataclismo social: la psicologia sorprendida, porque creía haber despedazado, analizado, hasta la mas imperceptible fibra del corazon humano, comprende que se encuentra á los principios de un nuevo camino, y toma á toda prisa apuntes para remozarse y reaparecer con un nuevo aspecto: los pensadores miran y meditan, y despues de meditar mucho, esclaman:

—¿Qué será de la familia cuando esas jóvenes sean madres?

—¿Qué será de la sociedad cuando esos jóvenes sean gobierno?

Nosotros, cuando oimos á uno de esos filósofos pesimistas, los miramos, no sabemos con qué profunda lástima, nos encojemos de hombros, y decimos para nosotros:

—¡Bah! la humanidad es invulnerable: la humanidad ejecuta su contínuo trabajo de progreso y de trasformacion; todo consiste en que la humanidad se encuentra hoy en el período preciso de corrupcion de sus elementos viejos, que debe preceder necesariamente á una nueva trasformacion; las raices del árbol viejo se pudren; esto es: la juventud, raiz del árbol social, va corrompiéndose rápidamente bajo la fatal, la mortífera influencia del positivismo y de la idolatría por los goces materiales; el árbol viejo está herido de muerte; morirá; pero observad: entre el hielo, al rededor de ese árbol, ¿no veis brotar con trabajo pequeños y débiles retoños? mas claro: entre esa juventud corrompida, entre esos hombres descorazonados, entre esos viejos asquerosos, entre esas mujeres sin pudor, sin amor, sin creencias, ¿no veis pasar con la frente baja al niño que siente, que se vuelve al sol, que estudia, que piensa, y que presenta á la burla de esa generacion gastada su frente pálida y valiente? ¿No veis ese

sabio oscurecido, que sufre en silencio y sigue su via arrancando pasó á paso una victoria á la ciencia? ¿No veis ese viejo de honradas canas, que mira sonriendo desde el borde de la tumba un amanecer nuevo, que luce ya en sus ojos cansados en un lejano horizonte? ¿No veis por todas partes bullendo y fermentando un nuevo y magnífico renacimiento? ¿No veis al escepticismo luchando desenmascarado con la creencia que renace, y que se estiede acaso con mas rapidez que la corrupcion? Dejad que ese viejo árbol que ya ha cumplido su destino, muera: antes de que, volviendo á la tierra se haya convertido en tierra, el árbol nuevo habrá dado sus frutos.

¡Bah! la humanidad no perece; Dios no lo quiere.

La humanidad, como el hombre, no perecen, cambian de aspecto y de destino, y nada mas.

. . . .

. . . .

La señora de Robles era viuda de un general.

El general habia muerto á los sesenta y cinco años.

Á los cincuenta y nueve, un poco antes de que cumpliese los sesenta, el general logró vencer la esquivez de Marianita, que tenia diez y siete años, obtuvo un consentimiento formal, y pidió luego la real licencia á fin de que pudiese quedar viudedad á la señora de sus delirios de viejo.

Es de advertir que cuando don Sergio de Robles pensó en casarse, solo era coronel, si bien con mucha antigüedad.

Se casó con su adorada polla, tres dias antes de cumplir los sesenta.

Marianita podia ser viuda.

Pero Marianita no se contentaba con ser viuda de un coronel, ni con una simple señoría.

La palabra coronela la crispaba los nervios.

La palabra brigadiera la sonaba peor: lo que la seducía era la palabra generala, con su escelencia adjunta.

La niña quiso tener sociedad en su casa.

El coronel Robles, que habia ejercido durante muchos años lucrativos mandos, sucumbió, calavera viejo, á los caprichos de su mujer polla, y tuvo reuniones ruinosas.

Pero en cambio, al poco tiempo, con sorpresa suya y gran murmuracion de la clase de coroneles, fué nombrado brigadier.

Se necesitaba mas; era preciso que viniese la escelencia, y Marianita, como habia buscado el empleo de brigadier, se echó á buscar la gran cruz.

Era necesario para ello un pretesto.

El señor brigadier Robles fué nombrado comandante general de una de las provincias marítimas, y sobre marítima contrabandista.

Al recibir el nombramiento y las instrucciones don Sergio, volvió contentísimo á su casa.

—Hé aquí, dijo á su mujer, que le miraba sonriendo, que has sido para mí la felicidad y la fortuna: cuando me casé contigo llevaba quince años de coronel, habia sido víctima de muchas injusticias, y estaba esperando de un dia á otro que, sin tomarme parecer, me pusiesen de patitas en la calle, esto es, que me diesen mi retiro: pero no ha sido así; tu suerte ha influido en la mia: de improviso me he encontrado brigadier, y de una manera mas impensada, comandante general: el mando que me han dado es muy bueno: con una poca de habilidad se puede hacer un gran negocio: además, allí serás la reina...

—No tengo tanta ambicion, amigo mio, le dijo sonriendo hechiceramente la Marianita: me contento con ser en este fastidioso Madrid una de tantas.

—¡Cómo! ¿voy á marchar solo?

—Es preciso, por muchas razones: la primera es una razon de decoro.

—Yo creo que lo mas decoroso es que la mujer vaya donde va el marido.

—Dirian que nos retirábamos de Madrid porque no podiamos sostener nuestros gastos; se murmuraría de nosotros, se nos desollaría; en la posicion en que nos hemos puesto es necesario sostener la casa.

—Cabalmente tenemos ya encima compromisos...

—En esa comandancia general se puede hacer, como tú dices, y con poco trabajo, muy buen negocio...

—Sí... pero... separarme de tí...

—Hay otra razon, Sergio mio; le temo al viaje, solo de pensar en él me pongo mala.

—Y yo me muero solo de pensar en que voy á vivir sin tí.

—Pues bien, dijo con impaciencia Marianita, renuncia á esa comision.

—Pero eso es una locura: en un par de años se puede hacer una fortuna.

—Pues acepta... ten juicio alguna vez.

La polla de diez y ocho años decia esto al calavera de sesenta y uno.

Y el calavera de sesenta y uno, tuvo el buen juicio de creer que su mujer tenia razon, y se marchó.

Al mes de haber tomado posesion de la comandancia general, don Sergio remitió al ministerio del ramo un pequeño parte de la captura de diez cargas de géneros de ilícito comercio, y de la muerte de un carabinero y de dos contrabandistas, causadas por aquella aprehension.

Á los quince dias, don Sergio, admirado, recibió la gran cruz de San Fernando, en recompensa del gran mérito contraido por la aprehension de tal y tal, y por esto y por lo otro.

Marianita tenia ya escelencia.

Pero como su sueño dorado era ser á lo menos mariscala, don Sergio se vió de repente relevado de la comandancia general para ir á una de las potencias del Norte con una comision importante. Al ser relevado recibió el nombramiento de mariscal de campo, volvió á Madrid por la posta, estuvo solos ocho dias, la mayor parte de los cuales los pasó recibiendo instrucciones, y al fin partió para el Norte, sin poder llevar consigo á Marianita.

Era en invierno.

Don Sergio, achacoso y gastado, atrapó una pulmonía al mes escaso de haber llegado á su destino, y fué sepultado en tierra estraña.

Marianita se puso de luto con un placer indecible.

Primero, porque era muy blanca y la sentaba admirablemente lo negro.

Despues, porque seis meses de vida comun con un viejo marido, la habian producido una viudedad de generala y un tratamiento de escelencia.

Era todo cuanto necesitaba una polla de veinte años para volar por su cuenta y convertirse en gavilan.

Es verdad, que con una viudedad de mariscala no se pueden mantener trenes, ni servidumbre, ni casa conveniente, ni trages, ni mesa; ni podian darse tées, ni bailes, ni conciertos.

Y fuese lo que fuese, que nosotros no queremos descender á los detalles íntimos de la vida de la jóven mariscala, esta, despues de viuda, en vez de menguar en sus gastos, los aumentó; su casa se hizo cada dia mas apreciable, y era proverbial, á mas de su hermosura y de su don de gentes, el buen gusto y las riquezas de sus salones, y lo magnífico de sus reuniones, de sus *soirées*, de sus bailes.

¡La señora de Robles!

No habia viajero notable que no fuese á su casa; ni embajador que no la frecuentase; ni príncipe ruso que no saliese encantado de ella.

Buscábase en vano por los indagadores de flaquezas, las flaquezas de Marianita; rodeábala una corte de pretendientes ilustres, á los que sabia contentar sin perder un ápice de su reputacion y de su prestigio: buscábanse en vano sus acreedores; pero tambien se buscaban en vano sus rentas; todas ellas se reducian á su viudedad, y su viudedad no bastaba para la paja de sus caballos.

Buscaban el amante poderoso.

Se aventuraban suposiciones.

Sin embargo, el amante no aparecia.

Encontrábase una familia necesitada, recurria á la señora de Robles, y la hermosa viuda respondia siempre á la angustiosa súplica de la indigencia, y de una manera considerable.

Habia hambre en una provincia: la señora de Robles presentaba á sus conocimientos una lista de suscricion, á cuya cabeza iba ella misma á la izquierda de un guarismo que representaba una cantidad respetable; esta lista era llevada por ella, airosamente vestida, divinamente peinada, divinamente prendida, á la casa de sus conocimientos; los hombres vaciaban sus bolsillos, las mujeres sacrificaban á la modista en favor de la caridad, y la señora de Robles era respetada; mas que respetada: bendecida.

Las fiestas de su casa eran inmejorables.

En Madrid á nadie se le pregunta de dónde le viene lo que tiene; pero se murmura de todo, y mucho mas de las personas que causan envidia.

Causábala por mas de un concepto la de Robles, y los murmuradores de oficio se echaron á buscar dos cosas: la procedencia de su dinero, y el amante, porque para sostener los exhorbitantes gastos de Marianita, era necesario: ó unas rentas de procedencia desconocida, ó acreedores muy inocentes, porque todo el mundo sabia que no era propietaria; pero como sabia tambien todo el mundo que el difunto habia hecho pingües negocios, suponíanse operaciones de bolsa, pero se buscaba en vano al agente. En cuanto al amante, nada habia que decir: Mariana hablaba con sentimiento de su marido, como si le hubiera amado y hubiera muerto en la flor de su juventud, y habia dicho repetidas veces á sus pretendientes, que la habia ido demasiado bien con su primer esposo, y temia que no la fuese tan bien con un segundo.

Y tenia razon, porque no podia haberle ido mejor con el general Robles.

Pero no hay misterio que no tenga su razon, y el de la vida de Mariana lo tenia.

En efecto, Robles la habia dejado de sus diversos agios, en sus diversos mandos, mas de un millon de valores efectivos, y ella por su parte habia aumentado aquel capital con otros agios: con la venta indirecta de empleos.

Esplotando el prestigio de su hermosura y de su difícil amor, los altos funcionarios públicos, los que tienen en sus manos la felicidad de los cesantes, se mostraban lo mas solícitos del mundo para hacer hombres felices á una simple y hábil indicacion de la de Robles.

Tenia esta el admirable tacto de hacerse valer, de empeñar obstinadamente á sus adoradores, y sin concederles nada, de no matar sus esperanzas; cada alto personage con quien ella estaba puesta en contacto, era para ella un riquísimo filon. Y ninguno sospechaba que era esplotado, sino que Marianita ejercia una legítima influencia, que era una especie de reina; todo lo cual era de muy buen gusto.

Las insinuaciones de Marianita se parecian mucho á los anuncios del doctor Hollovay. Empezaba allá por los cerros de Úbeda, de modo que, por el principio de su discurso, nadie podia figurarse adónde iba á parar.

Por ejemplo, Hollovay para venir á su ungüento y á sus píldoras, empieza hablándoos de la civilizacion china, por ejemplo; marca sus influencias higiénicas, y acaba lamentándose de que la China no haya conocido al protector del género humano, al filántropo, al eminentísimo Hollovay, al fabricante de ungüento y píldoras mas charlatan que se ha conocido ni se conocerá.

Mariana solia decir, inclinada hechiceramente hácia un personage, con la languidez y el acento de dulce confianza mas peligrosos del mundo:

—No sé adónde vamos á parar, fulano; se está efectuando un fenómeno terrible: las necesidades se van poniendo en manifiesto desquilibrio con los medios de satisfacerlas: de ahí la inmoralidad, el crímen ó la miseria: sería de desear que se estudiase profundamente, con preferencia á todo, la causa de este desquilibrio: el mal cunde de una manera terrible: ayer, al salir de misa de San Luis, me encontré con la de tal... Ya sabe usted; aquella preciosa rubia...

—Que nos daba tan deliciosos conciertos, dice la víctima.

—Ya no nos dará mas, como no sea que el gobierno se acuerde de los buenos servicios de su marido.

Ó bien tomaba la indicacion de Mariana en su exordio un sabor pronunciado á economía política, y venia á acabar por referirse á una de esas sociedades anónimas de crédito que podia influir poderosamente en el desarrollo de la riqueza pública, si el gobierno la dispensase su proteccion.

Marianita jamás, ni por asomo, recomendaba directamente un negocio; jamás pasaba de indicaciones generales, y esto sin mostrar empeño, á pesar de lo cual, como era la hermosura de moda, el misterio viviente, la dificultad viva, todos aquellos á quienes ella dirigia sus indicaciones se apresuraban á realizarlas.

Y cuando la decian: tal cosa está hecha, contestaba:

—Doy á ustedes la enhorabuena porque han obrado bien.

Todos creían que la de Robles tenia un gran corazon, que era necesario llenar á fuerza de grandeza, y todos sus enamorados pretendian aparecer grandes, y virtuosos y dignos á su vista, sin conseseguir otra cosa que pasar por unos grandes estúpidos; porque Marianita les veía el juego: tenia sus cartas en la mano.

La manera entusiasta y dolorosa con que la de Robles hablaba de su difunto marido, que á mas de viejo habia sido convenientemente feo, hacia decir á todos y á todas: para Mariana importan poco la juventud y la belleza; lo que se necesita para enamorarla es corazon.

Y todos los que la pretendian procuraban volverse corazon, y como no conseguian, no desesperaban, sino que que cargaban la dósis de virtud ensayada; esto es: procuraban enseñar mas corazon.

Por de contado, que Marianita se guardaba muy bien de hacer una indicacion en favor de nadie, si antes una figura oculta que nadie conocia, ni podia conocer, no la decia:

—Han venido á buscarme para que gestione la reposicion de (tal ó cual empleado); están depositados veinte y cuatro mil reales.

Ó bien:

—La sociedad tal ha puesto á mi disposicion veinte mil duros, que serán nuestros cuando haya logrado... (la concesion tal.)

¿Y quién era esta figura oculta?

En una de esas calles que ni están en el centro ni lejos de él, que no son principales ni dejan de serlo, vivia en una gran casa

nueva, en un cuarto segundo, un jóven como de veinte y ocho años, elegante, bello, pálido, que se llamaba don Miguel Jimenez.

Si se preguntaba al portero cuál era la profesion, ó la fortuna, ó el modo de vivir del habitante del cuarto segundo de la derecha, contestaba:

—Es el administrador de esta casa.

Pero como administrando una casa no se pueden tener caballos ni carruages, á no ser que la tal casa sea un mundo, se pregüntaba, ó podia preguntarse:

—¿Y qué mas es ese caballero?

El portero, al hacerle esta pregunta, contestaba:

—Es agente de Bolsa.

Entonces ya cesaba vuestra estrañeza, porque un agente de Bolsa puede ser rico, y debe serlo.

Pero si queríais saber mas, si os interesaba saber mas, con poco que gratificáseis al portero, os decia:

—Es prestamista.

Si pagábais algo mas, y algo mas preguntábais, os decia:

—Es corredor de empleos.

Y si aun queríais saber la procedencia del tal, el portero contestaba:

—Es un jóven de buena casa, segun dicen: ha estudiado latin, y ha estado en la universidad; pero tambien ha estado en los cuarteles y entre las ollas del rancho.

—¡Cómo!

—Sí señor; cansado su padre de sus locuras y de sus escesos, le echó de su casa.

—¡Ah! ¡ah!

—Y viéndose don Miguel desamparado y solo, como quien dice, sentó plaza.

—¡Ah!

—Y el sentar plaza fué para él una fortuna, porque se enamoró de él la mujer de su coronel.

—¡Ah!

—Y como el coronel era viejo y su mujer jóven y bonita, y hacia de él lo que queria, y como don Miguel era muy leido y sabia mucho, sucedió que de la noche á la mañana ascendió á sargento y luego á secretario del coronel; despues, como la señora con el trato le tomó mas cariño, el coronel le procuró la licencia por inútil, cuando lo que le daba la tal licencia era el que la coronela le creia dema-

siado útil. Luego empezó á echar lujo, y lujo y mas lujo, y ahí le tiene usted. Yo creo que esta casa es suya, y que una señora que suele venir de noche, entre dos luces, con el velo muy echado, y muy elegante, y que huele á una legua á ángeles, sube y llama y se entra, y se está como cosa de una hora, y luego se va.

—¿Y sabe usted quién es esa señora?

—Me parece que debe ser la coronela, que ha llegado á generala viuda.

—¡Hombre! ¡hombre!

—Como usted lo oye.

—¿Y cómo se llama esa señora?

—Eso es distinto: se dice el pecado, pero el pecador no.

Si apretais y dais, el portero acaba por deciros con gran misterio:

—Es necesario que esto no lo sepa nadie: la querida de don Miguel, la que le ha puesto en zancos, es la generala viuda de Robles.

—¡Oh! ¿pero está usted seguro?

La omniesciencia doméstica del portero se pica, y esclama con un acento que no deja lugar á la duda:

—¡Que si estoy seguro! ¡vaya! ¡cuando lo digo yo!

Sin embargo, replicais:

—¿Pero usted la ha visto el rostro?

—No, pero he seguido el hilo, y por el hilo...

—Mas claro, mas claro, porque esto es grave.

—Mire usted, señorito, yo estaba ya harto de preguntar á Perico, el ayuda de cámara de don Miguel: oye, ¿quién es una señora que muchas noches entre dos luces viene á ver á tu amo?

—¿Y qué sé yo? me decia Perico: entra tapada que no se la ve ni una uña, y se encierra con el amo. Y luego el amo sale hasta la puerta con ella.

—¿Y es su querida?

—¡Toma! eso sí: algunas veces, aunque se encierran bien, suena dinero... oro... y á montones... pero yo no sé mas.

—Pues yo averiguaré quién es, ó no soy portero, dije para mí.

Y una noche, que la tal señora salia, así á la deshecha, me fuí tras ella, y se metió por el postigo de la iglesia del Buen-Suceso. Estuvo un rato rezando, ó haciendo que rezaba, y luego se levantó, salió por la puerta principal, y se metió en un magnífico carruage que la esperaba en la calle de Alcalá: yo que sé que en conocien-

do las armas de un carruage se conoce al amo, miré las de aquel, y vi que tenia tres cabezas de moro sobre encarnado: pregunté á un cochero amigo mio, y me dijo que aquel carruage era el de la señora generala de Robles.

Pero esto no se lo he dicho yo á nadie, á nadie mas que á usted: ¿y cómo habia uno de dar?... mire usted lo que son las mujeres: ya se ve, se entraba por una puerta, y mientras los criados pensaban que estaria rezando, se salia por otra puerta y se venia muy tapada en dos pasos á ver al amante.

¡Quien se fie de la mas santa!...

Y esto, que el portero hubiera dicho al que se lo hubiera querido hacer decir, era la purísima verdad.

Marianita tenia un amante y un *factotum* en una pieza.

Un jóven de talento, hermoso, arrojado, audaz, capaz de todo, á quien adivinó bajo un capote de soldado, á quien amó, á quien se consagró en cuerpo y en alma, con el que mantenia relaciones secretas, que por lo mismo eran mas gratas, en quien confiaba como en sí misma, y á quien inspiraba una confianza sin igual.

Y esta era la razon oculta de la severa virtud de Marianita: esta la razon de su oculta riqueza: don Miguel Jimenez servia para todo, para todo absolutamente... hasta para el crímen.

Ninguno de los interesados en conocer el misterio de la vida de Mariana habia llegado al verdadero lugar donde debia encontrar su resolucion. Mariana ponia entre sus criados y su amante, como un pasadizo, la iglesia, y en vano se preguntó á los criados.

Los criados decian que su ama iba á rezar al Buen-Suceso, y nada mas.

Entre tanto don Miguel Jimenez, enamorado de Mariana como Mariana lo estaba de él, solo esperaba á que la fortuna de Mariana, aumentada por él, llegase á un punto en que las rentas producidas por ella fuesen bastantes para poder abandonar toda clase de agios y negocios, y vivir con lujo.

Á cambio de la hueca escelencia de su viudedad, Marianita tendria las escelencias del amor y de la riqueza, que son las mejores escelencias.

Resulta, pues, que Mariana era muy rica, que gastaba sin temor, que no era propietaria, y que no tenia acreedores.

Que era jóven, muy jóven, como que solo tenia veinte y dos años; y muy hermosa, hermosísima, y no se la conocia amante.

Que se negaba á los enlaces mas brillantes, lo que probaba que á mas de hermosa estaba exenta de vanidad.

Que era ardientemente caritativa, lo que atraía sobre ella las bendiciones de los pobres.

Por último, que su casa era lo mas encantador, lo mas *confortable*, lo mas inolvidable...

Porque allí...

Allí se bailaba, se cantaba, se hacia y se decia cuanto puede decirse y hacerse en la buena sociedad, es decir, que se podia hacer y decir mucho malo.

La dueña de la casa parecia no reparar en nada. Retirada allá en el gabinete entre los hombres graves, los salones eran terreno franco; se enamoraba, se murmuraba, se desollaba, se calumniaba...

Luisa se encontraba, sin saber cómo, en una de esas altas reuniones, á las que una persona decente no va mas que una vez, y aun así, engañada.

Luisa, á las pocas palabras que oyó, se sonrojó.

Quiso salir, pero su pensamiento flotaba como sujeto por una fuerza invencible en derredor de un grupo que estaba sentado en un sofá, y en butacas y muebles á los lados.

La señora de Robles no pertenecia á aquel grupo; estaba dentro con una comision de accionistas para una empresa filantrópica.

Si ella hubiera estado entre el grupo, las distancias entre ellos y ellas no hubieran sido tan estrechas, ni el aspecto tan íntimo, ni las miradas tan vivas, ni la palabra tan epigramática; el aspecto digno y grave y melancólico de Marianita hubiera contenido las murmuraciones, hubiera dado un tono decente y digno á la conversacion. Pero no estaba allí.

Emilia formaba parte del grupo, y estaba lo mas sombría que podia darse.

Un gallo rancio recostado en una otomana, la contemplaba con una insolente mirada de lástima acompañada de una sonrisa epigramática.

Una vieja tenia la palabra.

Una vieja nobilísima, riquísima y magníficamente vestida.

Una vieja que se llamaba la marquesa de Alzapuente, y que era al mismo tiempo el verdugo y la víctima de un pollo.

—La baronesa del Destierro, dijo la vieja, es la mujer mas hermosa que he conocido: no hay nada comparable á la magestad de su manera de vestir, de andar, de mirar, de hablar.

—Alguna actriz trágica jubilada, dijo con desprecio Emilia; alguna escentricidad del baron.

—En efecto, el baron es muy escéntrico, dijo la marquesa, y á veces de una manera incalificable. Todos y todas creíamos que era soltero; se habian formado hácia él proyectos, se habian empeñado corazones que sufrirán demasiado cuando conozcan á la baronesa...

—Pero esa baronesa ¿dónde está? dijo una jamona lánguida, verdadero gladiador, cansado, del galanteo: veámosla para que podamos juzgar: ¿por qué no ha venido esta noche?... la hora... importa poco... todo lo que pertenezca al baron del Destierro debe ser como él: fuertemente escéntrico.

—La baronesa no puede presentarse esta noche, porque tiene una ocupacion muy grata. Llegó á primera noche, despues de un viaje directo y rápido desde San Petersburgo; y como su marido no tiene casa en Madrid... ya lo sabeis.

—¿Sabe alguno dónde tiene su casa el baron? dijo una condesa espirituada.

—En el infierno, dijo una voz ronca detrás de ella.

Volvióse la condesa y se encontró con un coronel de caballería que se apoyaba en el respaldo de su sillon.

—Ya sé por qué me sentia mal, murmuró la condesa.

—Como el baron no tiene casa en Madrid (por uno de sus incalificables caprichos), y es muy amigo mio (ya lo sabeis), dijo la vieja marquesa, la hermosísima baronesa fué á parar á mi casa con toda su servidumbre.

—¡Su servidumbre!

—Me han revuelto la casa, en lo cual he tenido un placer.

—¿Pero qué servidumbre es esa?

—Un mayordomo negro.

—¡Negro!

—Reluciente como el ébano, con una rica librea encarnada, pantalon ceñido, y botas inglesas, un mayordomo perfecto.

—¡Ah! ¿y es ésa toda la servidumbre?

—¡Quiá! la baronesa trae un médico ruso consigo, cuatro doncellas circasianas y un secretario polaco...

—Dicen que los polacos son unos hombres hermosos, dijo lánguidamente la jamona hermosa.

—El secretario de la baronesa es hermosísimo.

—¡Ah!

—Rechazo la intencion de ese ¡ah! dijo picada la condesa; Cesá-

rea es una emperatriz en lo altiva, en lo digna, en lo magestuosa. ¡Cuándo os digo, amigos mios, que no habeis visto nada semejante!

—De Cesárea á Czarina va poco, dijo un gallo con pretensiones de oportuno.

—Dudo que tenga un aspecto mas digno y mas distinguido la emperatriz de todas las Rusias.

—Nos está usted anunciando un prodigio.

—Esa es la frase: Cesárea es un prodigio completo.

—Pero hablábamos de la servidumbre... conocemos un mayordomo negro, un médico, cuatro doncellas y un secretario.

—Además dos cocineros italianos, y dos reposteros suizos.

—¡Ah! ¡ah!

—Además dos cocheros andaluces, y seis lacayos franceses.

—Pues señor, esa dama trae consigo una enciclopedia humana.

—¿Y dónde ha traido toda esa gente?

—En cuatro sillas de posta y un furgon.

—Todo lo que respecta al baron del Destierro es maravilloso.

—Ese hombre debe ser un príncipe disfrazado, dijo la condesa tísica.

—Puede ser que sea un rey destronado, dijo con voz mas ronca el coronel de caballería.

—¿Y de dónde es esa maravillosa mujer? dijo con rabia mal encubierta Emilia.

—No se sabe, contestó la condesa: el baron en esta parte, tanto respecto á sí, como á su esposa, ha guardado la mayor reserva.

—¿Pero en qué lengua habla? dijo Emilia.

—En todas: con el mayordomo habla en árabe; con las doncellas en moscovita; con el secretario en polaco; con los reposteros en suizo; con los cocineros en italiano; con los cocheros en la graciosa jerga de los hijos de la tierra de *Maria Zantísima*, y con los lacayos en francés.

—¡Oh, oh! esclamaron todos.

—¡Y esa arrogante dama habla hasta con el último de sus criados! dijo acreciendo en su desprecio Emilia.

—Hija, contestó la condesa, cuando vamos de viaje hablamos con todo el mundo.

—¿Y habia pensado en venir á vernos con el polvo del viaje? dijo Emilia.

—¡Ah! es una mujer singular: no se nota en ella el cansancio:

cuando me abrazó tenia la tez tan fresca como si hubiera acabado de salir del baño. Luego me pidió permiso para entrar en mi tocador con sus doncellas, que ya habian abierto parte de las maletas, y á poco se me presentó maravillosamente vestida con un precioso trage negro, con unas admirables joyas.

La esperaba ya una carretela del baron...

—¿Y el baron no? dijo la dama diáfana.

—El baron la esperaba en otra parte: en la quinta del vizconde de Rudaguas... en la de usted, Emilia.

—¡Ah! ¿ha tomado tambien parte el baron en el casamiento de esos? dijo con desprecio Emilia.

—Dicen que el baron proteje á esa mujer.

—¡Pero á esa mujer la proteje todo el mundo!

—Las mujeres de cierto género, cuando son hermosas...

—¡Se cuentan de esa mujer monstruosidades! dijo el coronel de caballería.

—¿Y usted no puede contar ninguna? dijo Emilia.

—Yo, como buen soldado, soy muy franco, señora: la he hablado una vez, no me ha contestado, y no he vuelto á hablarla.

—¿Pero queria usted que sin conocerle?... dijo con sarcasmo Emilia.

—Cuando se trata de una mujer tal, sino responde á la primera palabra, vale mas que lo que se dice... contestó el coronel.

—Pero yo me confundo, porque conozco muchas mujeres ambiguas, dijo la dama lánguida: ¿de qué mujer se trata?

—De Luisa, dijo Emilia.

—¿Luisa de qué? repuso la hermosa jamona.

—¿De qué? ¿de qué? insistió Emilia; ¿se conocen acaso los padres de esa mujer?

—Sí, dijo una voz que nos atreveremos á llamar divina, á la puerta de la sala.

Luisa, ó su pensamiento, ó su espíritu, como mejor queramos, que asistia invisible á aquella despiadada carnicería de su reputacion, vió en la puerta á Satanás, bajo la figura de la baronesa del Destierro, que adelantaba hácia el grupo.

La vieja condesa se levantó con tal precipitacion, que casi echó á rodar un sillon.

—¡Ah! mi querida Cesárea, dijo: ciertamente yo no la esperaba á usted.

—Cuando he llegado allí, dijo, los novios dormian, dormia todo

el mundo, incluso Angel (Angel era el baron): sin detenerme me he vuelto; necesitaba distraerme con algo del fastidio del viaje, y vengo... á pasar el rato con ustedes.

Y saludó de una manera hechicera á los que miraban asombrados su juventud y su hermosura, y se sentó en una otomana, ni mas ni menos que si ya hubiese sido presentada.

—¡Vaya una mujer singular! murmuró por lo bajo Emilia.

Y en vano buscó un defecto en la figura, en la manera, en el trage de Cesárea.

Todo era admirable.

—Suplico á usted, mi querida condesa, dijo Satanás á su amiga, que no incomode á Mariana; ya nos conocemos de hace mucho tiempo: hemos sido compañeras de colegio... debe estar ocupada; prescindamos de ella.

—¡Ah! ¿Conocia usted?...

—Sí, mucho. Pero ustedes hablaban, cuando yo vine, de la marquesa de Guapeltepec.

—No, no por cierto; ni conocemos á esa marquesa ni á su título, dijo Emilia.

—Nada tiene de estraño que no conozcais, señoras, ese título, que es desconocido en Europa por la modestia de su último poseedor; pero es muy conocido de los Estados de la Union. El marqués de Guapeltepec, era un ardiente demócrata que tenia diez millones de renta, asegurada en buenas pertenencias en el Potosí, y en pingües propiedades en Centro-América; yo traigo algunos millones en valores para la actual marquesa de Guapeltepec, doña Luisa de Alvarado de Sástago y de la Peña.

—¡Doña Luisa! esclamaron á un tiempo todas ellas.

—¡Luisa! esclamaron los hombres.

Las parejas que habian estado diseminadas acá y allá por el salon y los gabinetes adyacentes, habian acudido como llamadas por Satanás.

La señora de Robles habia acudido tambien, al frente de cuatro hombres de aspecto respetable.

La de Robles notó á primera vista que habia una persona estraña entre sus conocidos, y se dirigió de una manera perfecta á ella en paso apresurado y tendiéndola las manos.

Satanás se levantó y salió al encuentro de la viuda.

La abrazó y la besó en la boca esclamando:

—¡Mi querida Mariana!

—Yo conozco á usted, dijo la de Robles.

—¡Ay Dios mio! ¡sí! esclamó Satanás: ¡Cesárea!

—¡Ah! ¡es verdad! ¿pero cómo conocerte? Hace diez años que no nos vemos: eras muy bella, bellísima... ¡pero, Dios mio! te has trasformado, Cesárea: eres una mujer divina... Amigos mios, os presento á mi antigua compañera de colegio, Cesárea de Rocanegra.

—Baronesa del Destierro, añadió la vieja condesa de Alzapuente.

—¡Ah! esto es ir de sorpresa en sorpresa: yo creía soltero á mi buen amigo don Angel, y creí que tú, mi buena Cesárea, habias muerto...

—En efecto, eso se dijo, contestó Satanás.

—¡Me alegro! ¡oh! ¡me alegro mucho! ¿Y piensas permanecer entre nosotros?

—Algun tiempo.

—¿Mucho?

—No sé. Un mes, un año acaso, acaso mas. Depende de los sucesos.

—¿Pero dónde has estado?

—He dado una vuelta al mundo: ahora vengo de Rusia.

—¿Y cuándo te casaste con el baron?

—Hace muchísimo tiempo.

—¿Y teneis hijos?...

—Muchos, muchos, muchísimos... el mundo entero.

—Perdóname, pero me parece que te ha contaminado la escentricidad del baron.

—No por cierto... yo llamo mis hijos á los que protejo.

—¡Ah!

—Y como hoy son tantos los que merecen proteccion...

La de Robles sentia un no sé qué indefinible, misterioso, al lado de Satanás. Se sentia dominada.

Satanás para romper, para poner en movimiento el estado moral de los que le escuchaban, se acercó al piano y puso una mano sobre el teclado.

El piano produjo un suspiro infinito, lleno de encantos, de seduccion, embriagador.

Todos callaron: todos se sintieron preocupados, dominados por una magia inesplicable, cuando Cesárea empezó á ejecutar una música nueva, desconocida, pero admirable.

Á todas luces aquel fragmento de música era una sinfonía.

¿Pero de qué ópera?

¿Del *Universo* acaso?

Lamentos, risas, carcajadas insensatas, carcajadas horribles, toda la escala del sentimiento y de la pasion humana, la orgía y el entierro, la fiesta y la batalla, la calma y la tempestad, lo dulce, lo consolador, lo embriagador, junto á lo discordante, lo chillon, lo estridente; el canto del árabe del Desierto, lánguido, cadencioso, ardiente, junto á la balada monótona y sombría del Norte; el acento de civilizaciones pasadas, de creencias muertas, junto al rumor múltiple de la civilizacion presente, con su plegaria falsa y su repugnante grito de rabia.

Y en medio de esta música, pandemonium de armonías y de discordancias, conjunto indefinible de lo bueno y de lo malo, de lo bello y de lo deforme, de lo verdadero y de lo falso, Cesárea aprovechaba una ráfaga de sentimiento y cantaba á media voz algunas frases en un idioma desconocido.

Esta elucubracion música, por decirlo así, pasó muy pronto, apenas duró diez minutos.

Cesárea dejó el piano como se habia acercado á él, de una manera viva, impremeditada.

Es de advertir que Cesárea no se habia sentado ni habia tocado mas que con una mano, graciosa y descuidadamente inclinada sobre el rico mueble, que no habia producido frases completas, sino indicaciones, y que á pesar de esto habia asombrado á todos los que la oyeron.

—Hablábamos de la jóven y hermosa marquesa de Guapeltepec, dijo sentándose junto á Mariana y asiéndola una mano.

La atencion del auditorio cambió.

—Nosotros, dijo Emilia, solo conociamos á esa marquesa improvisada con el nombre de Luisa.

—Perdone usted, amiga mia, Luisa no es una marquesa improvisada: es simple, lisa y llanamente una hija perdida.

—Se ignoraba eso, insistió Emilia, que era perfectamente grosera, como puede serlo sin incurrir en una falta reparable una persona de buen tono: se ignoraba que fuese una hija pérdida, pero habia quien pretendia saber que era una mujer perdida.

—¡Bah! es mas barato... refiriéndome á Luisa he dicho mal: es mas fácil muchas veces mentir que obtener: hay hombres que gastarian, por gastar una virtud, una fortuna entera; y que no pudiendo gastarla por ese medio, la gastan por medio de la calumnia.

—Sin embargo, todo el mundo dice... insistió Emilia.

—Todo el mundo miente.

—Pero perdone usted, baronesa, dijo la condesa de Alzapuente: usted no conoce á Luisa.

—¡Oh! ¡sí! la conozco desde que nació.

—¡Luisa tiene veinte y dos años!...

—Diez y nueve.

—Ni aun así: usted, á lo mas, tiene veinte años.

—¡Quién sabe los años que tengo yo!

—Escéntrica como el baron, murmuraron, transidas de envidia algunas, por lo bajo.

—Conozco completamente á Luisa, por relacion de Angel: conozco su vida. Hay en ella un misterio.

—¿Misterio?

—Sí: misterio de familia.

—Pero ese misterio...

—Es una historia.

—¿Y se publicará?...

—Ya lo creo, y con documentos indudables.

—Resulta, pues, insistió Emilia...

—Que la marquesa de Guapeltepec ocupará dentro de muy poco el lugar que debe ocupar...

—¡Ah! hay quien cree que ese lugar puede ser...

—Desprecie usted las calumnias, Emilia: las mujeres debemos ser enemigas de ellas. ¿Adónde iriamos á parar si uno creyera todo lo que se dice? Segun eso, yo debia creer que Angel andaba un poco distraido.

—¡Ah! dijo involuntariamente Emilia.

—Se dice que ama y que es amado por una rubia.

Recordamos al lector que Emilia era rubia.

Emilia se puso vivamente encarnada.

—Y yo no lo he creido, contestó Cesárea, porque sé que es imposible. Ni aun para burlarse, puede el baron dirigirse á otra mujer. Así, pues, doy á la calumnia lo que es suyo, y nada mas.

—No diria yo lo mismo de mi marido, dijo Emilia, á quien la irritacion hacia perder la prudencia y el decoro: los hombres...

—¡Los hombres! ¿á qué esas generalidades, querida? dijo Cesárea: hay hombres sin decoro, como hay mujeres sin decoro; pero esto no quiere decir que todos los hombres y todas las mujeres ha-

yan perdido la conciencia de lo que se deben á sí mismos. Pero estamos disputando y esto es enfadoso...

—Permítame usted, señora, dijo Emilia, á quien Satanás habia puesto en el disparadero... ha pronunciado usted algunas palabras graves.

—Lo siento y las retiro.

—No basta... no basta... es necesario... su marido de usted...

—¿Y qué tiene que ver en esto mi marido?...

—Su marido de usted ha sido demasiado imprudente...

—¡Oh, señora!... contestó Cesárea con un acento que era al mismo tiempo una queja, una reprension y una advertencia.

—Yo no tengo la culpa, dijo Emilia cada vez mas obcecada, cada vez mas escitada por el acento particular de Cesárea; su marido de usted...

—Suplico á usted, señora...

—Todo el mundo sabe que ha hecho el amor á una mujer rubia.

—Que le ama, y dá que decir á las gentes con sus favores: una mujer casada, que engaña á su marido, que engañó antes á su madre: una especie de prostituta elegante y rica, que habla mal de todo el mundo, y que se obstina en vano por pasar por honrada: una mujer de esas que en ninguna casa decente debia recibirse: una miserable que no merece que nos ocupemos de ella.

—La rubia, á quien el baron del Destierro ha galanteado, ha obsequiado, ha perseguido delante de todo el mundo, dijo Emilia que habia perdido enteramente los estribos en medio del silencio general, esa rubia, y lo digo porque lo sabe todo el mundo, esa rubia soy yo.

—No puede ser, señora, no puede ser: Angel no ha galanteado á nadie, Angel no se pone en ridículo delante de nadie, esa es una calúmnia: todo consiste en que hay una mujer muy conocida por su posicion, que ha tomado por lo sério sus galanterías... pero usted no puede ser esa mujer; de ningun modo... porque la mujer de quien me han hablado, lo repito, señora, es una mujer perdida.

—Pero ¡Dios mio! ¿qué es esto? dijo Mariana.

—Esto es, dijo Emilia levantándose violentamente, que esa mujer, á quien nadie conoce, ha venido á insultarme.

—Siento que usted haya traido á este terreno la cuestion, dijo Cesárea: yo no soy persona de quien se dice: *esa mujer:* además, no es exacto que nadie me conozca: me conoce todo el mundo; por lo demás, y cuando de tal modo se irrita usted, por cosas que yo creía

no debian interesarla nada, debe usted ser, en efecto, esa rubia de quien he tenido noticias, allá, muy lejos por cierto, en la India: si es usted, en efecto, no retiro ni una sola de esas palabras: damos un escándalo, es verdad... pero yo no tengo la culpa... he salido á la defensa de una amiga mia, calumniada vilmente: de la marquesa de Guapeltepec: usted ha insistido, y ha traido la conversacion al terreno odioso en que se encuentra... no importa: en el lugar en que usted nos ha colocado, el mio no es por cierto desventajoso: yo soy la baronesa del Destierro... y usted es... la vizcondesa de Rudaguas.

—Qué quiere usted decir...

—Yo no he dicho nada. Mariana, cuando en tu casa no haya ciertas gentes... de esas que se introducen en todas partes bajo el amparo de un nombre decente, vendré...

—Pero yo no acabo de comprender esto... dijo la dueña de la casa procurando dulcificar el escándalo.

—Pues es muy claro, dijo Emilia: la baronesa del Destierro me ha insultado... me ha llamado la perseguidora de su marido; me ha llamado...

—Creo que usted es la que se lo llama todo... pero es ya tarde... Mariana, adios... adios, hija mia... adios, mi querida condesa... señoras, adios... adios, señores.

Y Cesárea salió.

Emilia se levantó y dió un paso.

—¿Qué va usted á hacer, señora? dijo la de Robles: ¿va usted á aumentar el escándalo?

Emilia, que estaba fuera de sí, esclamó:

—Me ha llamado la querida de su... marido... y bien...

En aquel momento un criado dijo á la puerta:

—El señor baron del Destierro.

Aquel nombre cayó como una bomba en medio del silencio general.

Y en medio de aquel silencio apareció el baron.

—¿Qué es esto? dijo, dirigiéndose solícito, á Emilia: está usted agitada, temblando.

—Es que me han insultado.

—¿Y quién se ha atrevido á insultarla á usted?

—Una mujer que acaba de salir, y á quien usted debe haber encontrado.

—En efecto, he visto subir á un carruage una señora.

—Á quien usted conoce mucho.

—Puede ser.

—¿Es usted casado?

—Sí, me casé en Rusia, hace cuatro años.

—Con una compañera mia de colegio, á quien creíamos muerta, dijo la de Robles.

—En efecto, la pobre Cesárea ha sufrido mucho.

—¡Cesárea! ¡Conque es su esposa de usted! dijo Emilia.

—Ciertamente; su juventud, su hermosura, el prestigio que la daba lo misterioso de su historia...

—¡Ah! ¡es una mujer de historia!

—Figúrese usted que es hija legítima de un príncipe ruso.

—¡De un príncipe ruso!...

—Á quien ha heredado: mi esposa ha perdido tomando mi título, porque mas bien debia yo haber tomado el suyo...

—Pero ¿qué título es ese? dijo la de Robles; en el colegio estaba recogida por caridad; no se conocian sus padres; cuando murió no se presentó nadie...

—Cuando murió... dijo el baron: es verdad; como nadie la conocia, como se la habia recogido por caridad, nadie fué á acompañarla al cementerio; sucedió... una cosa singularísima: cuando la pobre niña fué depositada en la sala de los muertos, un médico polaco, que viajaba visitando los establecimientos científicos de Europa, todo un sabio, se hallaba en el cementerio, porque era tétrico, muy tétrico, el doctor Laodonziski; oyó al guardian celebrar la hermosura y la juventud de la difunta, y tuvo curiosidad de verla... toda una historia, señores, toda una historia, y algo fantástica por cierto.

—Continúe usted, baron, continúe usted, dijo la de Robles.

—El doctor Laodonziski entró en el depósito, y se quedó maravillado al ver la hermosura de Cesárea; hacia mucho tiempo que el doctor buscaba un tipo ideal, un tipo que habia soñado, y por eso viajaba, tomando por pretesto las ciencias para que el Czar le pagase el viaje. Laodonziski dijo para sí:

—Encuentro mi fantasma, pero la encuentro muerta.

—¿Y se vendió al diablo para resucitar á Cesárea? dijo la de Robles, que queria desviar de la conversacion la cuestion anterior.

—No tuvo necesidad Laodonziski de apelar á ningun poder sobrenatural, sino á su ciencia.

Al examinar el cadáver, notó que la muerte era aparente.

Entonces dijo al guarda:

—Si me permites trasladar ese cadáver á mi carruage, te doy lo que tengo en mi cartera.

Y enseñó al guardian algunos billetes.

Como que Cesárea debia ser enterrada en la hoya general, en esa hoya donde no queda inscripcion, ni señal, ni aun número; como no arrostraba responsabilidad alguna; como era además cerca de la noche, cuando llegó esta, el guardian cargó con Cesárea, y vendió su felicidad soñada por dos mil reales al doctor Laodonziski.

Este partió, se encerró en su casa con su difunta, y un mes despues, Cesárea, vestida de blanco, tocaba el piano junto al doctor, que la miraba encantado.

Cesárea se habia restablecido completamente.

Solo estaba un poco pálida.

El doctor la refirió la causa de encontrarse en su poder, y la dió á elegir entre volver al colegio ó quedarse con él.

Cesárea eligió la compañía del polaco.

La horrorizaba un establecimiento donde, sin exámen, la habian entregado á la parroquia y á los sepultureros, para ser enterrada viva.

Laodonziski la habia dicho:

—Si la casualidad no me hubiera llevado al cementerio, usted hubiera vuelto naturalmente en sí á las doce de la noche en la sepultura, como ha vuelto usted en mi casa en un lecho; era simplemente un accidente cataléptico el que usted padecia.

Cesárea se aterró.

Laodonziski durante algunos dias la trató con la mayor finura.

Pero estaba enamorado de ella, y Cesárea lo conoció.

Laodonziski era ya un hombre de sesenta años y nada hermoso, pero tenia el alma noble, y además Cesárea le debia la vida.

Un dia Cesárea le habló de su tristeza; mediaron esplicaciones, y Cesárea y el doctor se casaron.

Cesárea tenia entonces diez y seis años.

—¿Pero ese casamiento fué en Madrid?

—No, no por cierto, fué en París.

—Y el doctor murió... dijo la de Robles.

—Estrangulado.

—¡Estrangulado! esclamaron todos con asombro.

—¿Estrangulado por su mujer? esclamó de una manera maligna Emilia.

—No, no señora, estrangulado por el padre de su mujer, el príncipe Wadicoff.

—¡Ah!

—Laodonziski habia querido lucir en Rusia la hermosura de su esposa, y la habia llevado á Moscou.

Pero ignoraba que Cesárea se parecia enteramente á su madre, que habia sido robada por una venganza tártara, quiero decir, por un tártaro ofendido por el príncipe Wadicoff, y que de aventura en aventura aquella niña habia ido á parar á España.

Un dia, un gran señor, el príncipe Wadicoff, en una palabra, se encontró en una calle de Moscou al doctor con Cesárea.

Laodonziski era médico del príncipe.

—¡Por vida mia, dijo este, y qué hija teneis, mi querido doctor!

—No es mi hija, señor, sino mi mujer.

—¿Y quiénes son los padres de vuestra mujer?

—No lo sé, señor, dijo en francés Cesárea.

—¿Cómo que no lo sabeis?

—Me he criado en un colegio de España, á cuya puerta me dejaron siendo muy pequeña.

El prícipe no dijo ni una palabra mas; pero convidó á comer para el dia siguiente al doctor y á su mujer.

Era este demasiado honor para que Laodonziski no se apresurára á gozarle.

Al dia siguiente se levantó mas temprano que de ordinario, salió á comprar algunas galas para Cesárea, y á la hora del convite se puso su mejor casaca, tomó su baston de caña con puño de oro, y llevando del brazo á Cesárea, vestida completamente segun las prescripciones del último figurin, se presentó en casa del príncipe, donde ya se le esperaba.

La comida fué alegre, porque el príncipe estuvo amabilísimo.

Á los postres Laodonziski estaba embriagado.

Una de las hijas del príncipe invitó entonces á Cesárea que la siguiese al salon de música.

Cesárea fué.

Cuando estuvieron allí, la jóven... era mas jóven que ella... la dijo:

—Permitidme, señora, que os vea el antebrazo derecho y la rodilla izquierda.

—¿Y para qué?

—En el antebrazo debeis tener una señal hecha á fuego.

—Es verdad.

—Y en la rodilla, tal otra señal.

—Es cierto, dijo Cesárea.

—Es que entonces sois mi hermana; permitidme, pues, que vea esas señales: mi padre os ha encontrado y os ha reconocido por la sorprendente semejanza que teneis con nuestra madre... muerta por desgracia... pero ved su retrato.

En una palabra, Cesárea fué reconocida por hija legítima del príncipe Wadicoff.

Pocos dias despues se encontró al doctor estrangulado en una casa deshabitada, adonde le habian llevado con el pretesto de que visitase un enfermo imaginario.

—¡Oh! ¡qué historia tan singular la de Cesárea! dijo la de Robles, no atreviéndose, ó por mejor decir, no queriendo decir mas.

—¡Qué historia tan horrible! dijo forzando cuanto pudo lo agresivo de su acento Emilia.

—Pues juro á usted, que hay mujeres cuya historia es mas horrible todavía, dijo Satanás. La baronesa no tuvo parte alguna en la muerte de su primer marido: fué un negocio de su padre, enteramente de su padre, pensado y ejecutado en moscovita. ¿Qué diria usted de una mujer miserable é impura, que antes de engañar á su marido engañó á su madre, que arruinado el amante envenenó á su madre auxiliada por él, para no perder el aspecto á que estaba acostumbrada, que le era necesario, en una palabra, para heredar mas pronto? ¿Qué diria usted de una mujer, que habiendo asesinado á su madre se hubiese casado, antes de cumplirse la mitad del luto, con su cómplice á pretesto de que se encontraba sola? ¿Qué diria usted, en fin, si esa mujer que, al cometer tales horrores por un hombre, parecia demostrarle un amor inestinguible, se enamorase al poco tiempo de otro, y diese escándalos, y se atreviese á calumniar á mujeres dignas y puras, únicamente porque su historia ha sido mas ó menos singular? ¿Qué diria usted que encuentra la historia de la baronesa horrible, de la historia de esa otra mujer perdida que se atreve á presentarse entre las gentes, porque hay gentes que la toleran en su casa? ¿Qué, en fin, de esa mujer que nunca ha sido niña, que nunca ha sido pura, que nunca ha dejado de ser despreciable?

—No conozco á esa mujer, dijo Emilia enteramente descompuesta, con las lágrimas en los ojos, y las megillas pálidas y temblorosas, á pesar de que la voz de Satanás al hablar con ella habia sido dulce, afectuosa, en contraposicion con la fuerza de sus palabras, como si se hubiera dirigido no á la mujer criminal, sino á una amiga, á una antigua conocida.

—Pero ¡Dios mio! ¿qué tiene usted, Emilia? ¿Se ha puesto usted mala?

—Sí, sí, en efecto; caballero... me he puesto tan mala que no puedo permanecer aquí... suplico á usted que me acompañe... ya sabe usted que estoy sola, al menos por quince dias...

—En efecto; allá me he dejado al vizconde con los novios....

—¿Con la marquesa de Guapeltepec?... dijo con intencion Emilia.

—Sí: en efecto: la baronesa me habia escrito, informándome de ese descubrimiento; pero yo he callado para procurar á la baronesa el placer... lo que no concibo es que hayais podido saber...

—Por la baronesa... dijo la de Robles.

—¡Ah! dijo Satanás de la manera mas natural del mundo... ¡ha venido Cesárea!...

—Y está en mi casa, dijo la vieja marquesa de Alzapuente.

—Era... la mujer que usted vió entrar en un carruage cuando entraba usted aquí, dijo Emilia.

—¡La mujer! ¡Sí, eso es! ¡La mujer que se ha atrevido á insultarla á usted! ¡Pues juro á usted, que aquí debe haber una equivocacion!

—Suplico á usted, baron, que me acompañe, esclamó con insistencia Emilia: me siento cada vez peor. Adios, Mariana, adios, señores.

Y Emilia pronunció estas palabras como una despedida absoluta, y salió prescindiendo en su ademan y en su aspecto de todo género de consideraciones, y asiendo á su paso al baron, á quien arrastró consigo.

CAPITULO XXII.

Continuacion: mutacion de escena.

—¿Qué te parece del escándalo? dijo Cesárea, apareciendo de nuevo delante de Luisa en el sillon junto á la chimenea.

Luisa volvió á encontrarse sentada en su sillon, frente á Satanás.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Cómo puede sobrevivir esa mujer á tanta vergüenza!

—Observa que Emilia lo ha sacrificado todo á su vanidad.

—Yo no comprendo la vanidad que se vale de la infamia para sostenerse.

—Es verdad: tú no comprendes una infinidad de cosas, y por eso eres desgraciada... cuando debias ser muy feliz.

—¡Ay! ¡casada con ese hombre!

—Ahí está Andrés.

—¡Esponerme yo á ser tratada como Emilia, y sobre todo, mi conciencia propia!...

—¡Bah! tú no harás mas que aceptar una lucha: mejor que la historia que yo me he supuesto...

—Una palabra, Satanás: la Cesárea cuya figura has tomado...

—Era una infeliz espósita, hija de la locura y del vicio: murió en efecto: como era admirablemente hermosa y la conocian mucho en Madrid hace cinco años, he preferido tomar su figura á tomar la de otra cualquiera, ó á afeminar la mia.

Ya verás, Luisa, ya verás: pronto empezarémos á representar un melodrama de efecto.

—¡Oh! ¡tengo miedo!

—Vamos: ¿vas conociendo que el mundo no es, ni con mucho, lo que tú creias?

—Me has presentado lo mas doloroso, lo mas horrible, lo mas repugnante de la vida.

—Es que te he presentado la humanidad por sus fases mas vulgares; te he presentado el mundo tal como existe al rededor del hombre por todas partes, y nada mas.

—Pero en el mundo existe el bien.

—Indudablemente; pero en una proporcion infinitesimal con el mal.

—De modo que, segun tú, en el mundo lo bueno es escepcional.

—Indudablemente; por cada mártir hay un millon de verdugos.

—De modo, que el que nace bueno...

—Es el elegido de Dios; y ténlo en cuenta, Luisa; el elegido de Dios siempre es mártir. De un millon de buenos, novecientos mil retroceden ante la prueba y se trasforman en malos; de los otros cien mil que arrostran el martirio, es muy buena la cosecha para Dios si quedan diez que persisten y llegan hasta la consumacion. La entrada del cielo es muy estrecha (me valgo, para hacerme mas comprensible, de una imágen vulgar); y para entrar por ella es necesario que un alma esté muy depurada, muy concentrada, muy límpida. Tú pareces nacida para mártir. Sola, independiente, cuando á nadie podias hacer daño mas que á tí misma, has resistido: veremos si ahora, que no te perteneces, que no puedes satisfacer las necesidades de tu corazon sin contravenir rudamente las costumbres, las creencias, el dogma, por decirlo así, de la sociedad en que vives, y sin causar por lo tanto la desgracia mayor ó menor de uno ó de muchos, veremos si te sostienes: en una palabra, Luisa, yo sigo protegiéndote.

—¡Protegiéndome!

—Sí, á mi despecho, porque te pongo á prueba. Poniéndote á prueba, te pongo en situacion de obtener el premio.

—Tú te contradices.

—¡Quizá! quizá mi conducta, mis palabras, no tengan otro objeto que determinar la contradiccion de tu espíritu. Pero estamos perdiendo el tiempo, y ya la noche está muy avanzada; es verdad que esta es tu noche de boda; que una reciencasada se levanta tarde y que puedo tomar parte del dia. Sin embargo, quiero que conozcas mis proyectos hácia tí... mis proyectos del momento. En primer lugar, cuando yo me despida de tí será solo por un momento, porque vendré á libertarte.

—¡Á libertarme!

—¡Sí! Hay alguien que en este momento piensa en tu libertad; que para libertarte, mas conocedor del mundo que tú, se une con bribones, y los compra, y los aterra, y los halaga, y los amenaza; que emplea todos los medios, en fin, que están en su mano para conseguir su objeto. Ese hombre es el Moreno, el valiente negrero, el bravo contramaestre del *Alcion*.

—¡Cómo! ¿Martin Iglesias es negrero?...

—Y pirata... y ya ves, tiene el semblante mas simpático del mundo, y es bonachon, mas que bonachon: es bueno.

—¡Bueno y pirata, y pirata negrero!

—¡Qué quieres! ¡en la vida todo es convencional! Martin Iglesias cree que el comercio del ébano vivo es lo mas natural, lo mas justo, lo mas lícito del mundo, porque él dice: allá en las abrasadas playas de la Guinea y del Congo, hay una especie de animales negros, fuertes, robustos, ardientes, que emplean sus elementos de fuerza en devorarse los unos á los otros: el negro de Africa no empieza á ser hombre sino desde el momento en que entra á bordo de un buque negrero que le traslada á un pais civilizado, donde le hacen trabajar, es cierto, y le zurran y le maltratan; ¿pero qué es el látigo del colono, comparado con los inauditos martirios á que condena al salvage su perpétua lucha con el salvage, su contínua alternativa de vencedor y vencido, de devorador ó de devorado? En las colonias se le bautiza; se le abre un crédito que radica en un trabajo, y mediante el cual llega un dia á su emancipacion. Comparad, dice Martin Iglesias, á un negro bozal con un negro emancipado. No encontraréis el mismo hombre. Díganlo, si no, esos negros que viajan por Europa con frac, lentes, botas de charol y guante blanco. De modo, que Martin Iglesias cree que el negrero es una especie de civilizador que trasplanta, y que naturalmente, para indemnizarse de los gastos de civilizacion, vende al trasplantado. Luego la suerte hace lo demás. Por lo pronto, el esclavo se hace cristiano, aprende un idioma formado y filosófico, adquiere moral, contrae hábitos de trabajo, y se hace un sér útil. Todo esto se debe al negrero. Ser negrero, es pues, para Martin Iglesias, un oficio como otro cualquiera, y mejor que muchos. Si Martin Iglesias no dice á voz en grito, y por todas partes, que es negrero, no es ciertamente por vergüenza, sino porque la ley ha considerado al negrero de una manera enteramente opuesta á como le considera el Moreno, y cuando le coge le ahorca.

—¡Oh! Martin Iglesias está equivocado, lamentablemente equi-

vocado. ¡Qué! ¿No hay otro medio de civilizar salvages que arrancarlos de su patria, esclavizarlos, azotarlos, comerciar con su sangre?

—Dejemos esa cuestion á las sociedades humanitarias; nada nos interesa. Durante mucho tiempo, y por más que tú y otros declamen, los buques negreros seguirán surcando el océano en busca del ébano vivo; el infeliz negro será azotado en las colonias, y se emancipará, y se civilizará, pero llegando á la emancipacion y á la civilizacion por un camino empapado en la sangre de sus hermanos que le han precedido, tropezando en cadáveres, dejando tras sí un rastro sangriento. Dejemos, dejemos esa cuestion. Ya es muy viejo decir que el hombre es el eterno alquimista que convierte la sangre en oro: esa es una verdad, pero una verdad vulgar: y luego, no hay por qué asombrarse; el hombre cumple su destino; devora y mata, porque es un animal carnívoro, y porque no puede vivir sin devorar y sin matar.

—¡Oh! ¡Qué horrible afirmacion!

—Pasemos, pasemos adelante, y vengamos á mis proyectos hácia tí. Como te decia, Martin Iglesias, por salvarte se espone ahora mismo á perderse. Hace por tí lo que acaso no se atrevería á hacer tu padre.

—¡Mi padre!

—Hablo genéricamente: quiero decir lo que podria hacer por su hija un buen padre; que en cuanto al padre tuyo... tu padre fué un infame, como lo han sido tus abuelos. Decíamos que Martin Iglesias hace por tu causa esfuerzos maravillosos. Pero no será él el que te salve; seré yo, yo, Cesárea Wadicoff, princesa de Wadicoff, baronesa del Destierro. Ya verás: mañana el marqués y la marquesa de Guapeltepec...

—¡El marqués! ¿Y quién es el marqués?

—¿Quién ha de ser el marqués, siendo tú la marquesa, mas que tu marido, mas que Juan de Castro?

—¡Ah! ¿Y dices que me libertarás y me dejarás al lado de ese hombre?

—¡Bah! será necesario que vivas con él algun tiempo: ¿no te he dicho que estamos avocados á representar un melodrama de efecto, digno de representarse en el teatro de la Puerta de San Martin? Vivirás, pues, algun tiempo al lado de tu esposo. Es necesario que seas adúltera por completo: has cometido ese adulterio que solo conocemos Dios y yo; el adulterio del pensamiento.

—Mientes, esclamó Luisa; yo no he amado á Andrés hasta que ese hombre ha muerto para mí: mejor dicho, yo no he amado á nadie mas que Andrés; al amarle he conocido que en Juan de Castro solo he amado un fantasma; al desvanecerse ese fantasma, al desaparecer, ha quedado tras él Andrés, Andrés, á quien amo, el hombre en quien he encontrado la realizacion, mejor dicho, la personificación de mi deseo; he perdido, he quemado en su amor lo que no habia perdido en el ficticio amor de ese otro hombre, la pureza de mi alma; he sentido la inquietud que nunca habia sentido, he ardido en un fuego que nunca me habia quemado. Sí, soy suya, pero con mi alma sola. Y puedo serlo legítimamente, porque su alma alienta en la mia, y la mia alienta en la suya. No; como no soy adúltera del alma, no seré adúltera de hecho; no: concentraré mi amor, le guardaré, le alentaré, envolveré á Andrés en toda mi ternura, en todo mi amor; ¡qué digo, le envolveré! eso ha sucedido ya, eso sucede, soy suya. Pero Andrés no lo sabrá, no lo sabrá jamás, á no ser que Dios tenga compasion de mí y lo haga posible y legítimo. Yo te lo juro, Satanás. Andrés no conocerá mi amor mientras no deba conocerlo... si muero... moriré desgarrada el alma, llena de hiel, de lágrimas, de desesperacion; pero miserable, pero impura, pero perdida, como me han supuesto en esa infame reunion, á la que he asistido invisible, impalpable, por no sé qué misterio, ¡oh! ¡eso no! ¡nunca! Lo que se hable de mí será siempre una calumnia, porque confio en Dios, y Dios me salvará.

—Lo veremos: en lo referente á la calumnia del mundo que hoy pesa sobre tí, ya ves que delante de las gentes he salido en tu defensa, y como te decia: mañana el marqués y la marquesa de Guapeltepec ocuparán en la sociedad un lugar digno, te lo juro por mi eternidad, y el vizconde de Rudaguas seguirá probando por tí, y cada vez en aumento, la rabia de su impotencia. Las distancias se estrechan, y llegará un momento en que de las nubes, cargadas de electricidad, se desprenda el rayo. Llegará un momento en que te creerás feliz, y entonces habrás llegado al momento en que serás mas desgraciada... ¡Ah! ¡ah! ¡yo preveo... yo soy un magnífico autor de tragedias! ¡Ah! ¡ah! ¡pobre mujer, y cuán desgarrada, cuán ensangrentada llevará su alma ante Dios si se salva!

Y Satanás soltó una carcajada tal, que todo tembló al rededor de él como si hubieran estallado cien millones de truenos.

Luisa tuvo miedo.

—Soy un insensato; á veces no sé contenerme, dijo Satanás. Te

he espantado sin necesidad; tranquilízate. Lo que está escrito se cumplirá, y siempre habrás ganado una gloria: la del amor en la tierra, ó la de la paz en el cielo.

—¡La gloria de la tierra!

—Hay momentos tales y tan inefables en la vida, que bien merecen pagarse con una eternidad.

—¿Qué delito han cometido mis abuelos, que yo espío?... ¿Qué maldicion pesa sobre mí? ¿Qué he hecho yo para estar subyugada á este maldito?

—¡Ah! ¡qué han hecho tus abuelos! ¡Me olvidaba! Sabes lo que tu sesta abuela hizo, pero no sabes lo que hizo tu quinta abuela, y quiero que lo sepas. Ha llegado ya el momento; ven y mira.

Satanás se levantó, quitó al quinqué la pantalla, le levantó y adelantó hasta detenerse delante del primer cuadro del lado derecho del salon.

—Esa era tu quinta abuela Luisa Isabel María, dijo el diablo señalando á Luisa una dama, que mas que pintada parecia real y efectiva, en el borde de un marco de ébano con filetes de oro, sobre un fondo negro, oscuro, infinito.

Aquella dama parecia fijar la lúcida mirada de sus negros ojos en Luisa.

Estaba vestida á la moda de los tiempos del reinado de Cárlos II, el *Hechizado*, allá por los años de 1680.

Un trage de terciopelo negro con perlas en las cuchilladas realzaba la natural blancura de la dama, y parecia menos negro y sedoso que sus cabellos, cuyas anchas trenzas estaban tambien salpicadas de perlas: una gola de encaje, puños de encaje, ancha gargantilla de gruesas perlas, pendientes, pulseras y sortijas de diamantes, eran el trage y los adornos de aquella dama.

En cuanto á la figura, era exactamente semejante á Luisa: solo se diferenciaba de ella por una marcada espresion de altivez, que parecia, sin embargo, como vencida, como humillada por una espresion de disgusto, de sufrimiento, de melancolía, que hacia aquel semblante eminentemente característico, dándole en magestad todo lo que le quitaba de simpatía, porque en la espresion de aquel semblante se revelaban rudas pasiones como contenidas, ó mejor dicho, castigadas por la desgracia.

Parecia flotar como la nube de un destino cruel delante de aquel semblante tan hermoso, tan mágico, tan elocuente, tan palpitante, por decirlo así: parecia que, bajo aquella epidermis escesivamente páli–

da, circulaba una sangre ardiente como la lava de un volcan; parecia que por entre aquellos labios entreabiertos se ocultaba un aliento fatigado, ronco, persistente, y que aquel incomparable seno se comprimia y se dilataba fatigado por una vida demasiado poderosa.

Tal era la fuerza de fascinacion que producia aquel retrato, ó mejor dicho, aquel sér que, evocado, pudiera decirse, por Satanás, se habia levantado de la tumba, habia tomado la forma y el trage, y la espresion y la vida de un momento de su pasado, y se habia asomado á aquel cuadro, como si aquel cuadro hubiese sido una ventana abierta en la eternidad.

En el ángulo derecho superior del cuadro, ó de la ventana, ó del hueco, como mejor queramos, habia un escudo, campo rojo, con banda de oro diagonal de izquierda á derecha.

Luisa estuvo contemplando aterrada, muda, la imágen, ó la figura, ó el fantasma de su quinta abuela.

—Esa mujer sufrió mas que tú, dijo Satanás, y tuvo mas decision que tú: como tú se vió vendida, pero tuvo fuerza bastante para luchar con la desgracia.

—¡Oh! esclamó Luisa; su solo aspecto es ya una historia sombría y misteriosa.

—¡Pobre Luisa Isabel María! esclamó Satanás: pero dejémosla reposar. Ya la conoces. Escucha ahora su historia.

La baronesa del Destierro, y decimos la baronesa para que no perdamos la idea del aspecto que en aquellos momentos representaba Satanás, volvió de nuevo junto al velador, dejó en él el quinqué, puso sobre la bomba la pantalla, se amortiguó la luz dejando el salon envuelto en sombra, escepto una pequeña parte de él débilmente alumbrada, y la baronesa se sentó.

Frente á ella, escitada, pálida, conmovida, estaba Luisa.

—Las desgracias agenas, dijo el diablo, son el mejor antídoto contra el sufrimiento de las desgracias propias. Este pensamiento es hijo del egoismo. Pero como es lógico y necesario que el hombre sea egoista, hé aquí que ese pensamiento es aplicable y se aplica justa, lógica y necesariamente. Voy á contarte la historia de tu quinta abuela Luisa Isabel María, para que te sirva de consuelo y de ejemplo.

La historia que voy á referirte debe tener un título.

Yo de autoridad propia, y por lo qne de ella se desprende, pongo por título á la historia que vas á oir:

CAPITULO XXIII.

HISTORIA DE LUISA ISABEL MARIA,

bajo el título de

LA CASADA VÍRGEN.

I.

Una tarde de la primavera del año de gracia de 1674 un hermoso caballo árabe andaluz, atravesó desbocado, magnífico, centellante la mirada, flotante la crin, soberano, entregado á sí mismo, el prado de San Gerónimo de Madrid, en ocasion en que dicho prado estaba lleno de gentes de todas clases y condiciones.

El bruto atropellaba á uno, aterraba á otro que se veia á punto de ser hollado, y forzaba su carrera escitado por las voces y por los alaridos de las gentes, que se helaban de horror al ver aquella exhalacion en figura de caballo, que pasaba y se alejaba rápidamente con el ruido de la tempestad.

Lo que causaba el terror de las gentes, era que el caballo llevaba sobre sí á una mujer; menos que una mujer; una jóven bellísima, delicada, admirable por su conjunto, por la nobleza de su trage y por los largos cabellos negros que, sueltos por la violencia de la

carrera, flotaban junto á un medio desprendido y finísimo velo de gasa blanca y plata.

La jóven iba, inclinado hácia adelante el cuerpo, firme en la silla, como si ella y el caballo hubieran sido un solo cuerpo, con la mirada centellante y la voz ronca que gritaba, escitando al animal:

—Aprisa, aprisa, mas aprisa, Centáuro; vuela, muere, pero sálvame, sálvame, aunque para salvarme me mates.

Esto no lo oía nadie, pero la jóven lo decia.

Y el caballo, como obedeciendo á su bello ginete, forzaba su carrera.

Al pasar por delante de San Fermin, iglesia del hospital que habian fundado algunos años antes los navarros en el prado de Recoletos, un caballero jóven y gallardo que salia de la iglesia vió á la jóven desconocida arrastrada de aquella violenta y peligrosísima manera por el caballo, y obedeciendo á un impulso de caridad, se dirigió rápidamente á un lacayo que en la puerta de la iglesia tenia tres caballos, subió en uno, y dijo á un caballero anciano con quien de la iglesia habia salido:

—Don César, es necesario ver de salvar á esa dama: volveos á casa y nada temais: mi caballo es el bicho de mejores piernas que se conoce. Adios.

Y partió á rienda suelta tras el caballo desbocado que se veía ya á lo lejos entrando en la pradera de la Fuente Castellana.

—Dios ayude á don Luis y le libre de mal, dijo el caballero anciano.

Y montó en otro caballo, montó en el tercero el lacayo, y el uno delante y el otro detrás, se encaminaron al paso al prado de San Gerónimo.

II.

Era don Luis, el que se habia puesto en seguimiento del caballo desbocado, un jóven como de treinta años, de semblante noble, de ancha frente, de hermosos ojos y de larga cabellera rizada.

En cuanto salió de la puerta de Recoletos, puso el caballo á la carrera en seguimiento de la dama. Pero la dama iba muy lejos, y el caballo desbocado parecia ganar en velocidad. Se acercaba ya al repecho que entonces como ahora domina la Fuente Castellana: parecia imposible alcanzar á aquella exhalacion viviente que disminuía en volúmen, dejando solo ver distintamente el velo de la dama que flotaba á la violenta carrera.



CUANDO ESTUVO CERCA DE ELLA LA SALUDÓ DE UNA NOBLE MANERA.

Sin embargo, don Luis, firme en la silla; hería los flancos de su caballo, que avanzaba de una manera rápida y uniforme, sin desalentarse su ginete por no alcanzar ventaja sobre la distancia que le separaba de la dama.

—Él caerá, decia refiriéndose al caballo... pero si al caer la mata...

Y aterrado por este pensamiento, espoleaba mas á su caballo, que relinchaba como quejándose de aquel castigo inmotivado.

De repente don Luis dió un grito.

Allá á lo lejos habia visto al caballo desbocado dar un horrible salto, y caer en un barranco: ya no le vió aparecer mas.

Helósele la sangre al jóven, púsose densamente pálido, castigó duramente á su caballo, y seis minutos despues estaba al borde de un anchísimo barranco, por el cual se habia precipitado Centáuro, que se agitaba en una dolorosa agonía en el fondo del barranco.

Pero la dama no estaba allí.

Don Luis lanzó en torno suyo una mirada ansiosa.

Entonces vió á la dama, que, recogido al brazo el estremo de su trage de montar, subia barranco arriba en paso lento.

Don Luis dió la vuelta y bajó al barranco: detuvo su caballo junto al Centáuro y reconoció al pobre animal, que jadeante, rendido al dolor, estirado el cuello, arrojaba sangre por la boca y por las narices.

De que era caritativo, dió muestras echando pie á tierra, tomando un pistolete de las bolsas del arzon y acercándose al Centáuro, que pareció conocer la intencion del que se acercaba, levantó la cabeza y miró á don Luis de una manera que parecia decir:

—Ayúdame, socórreme, porque sufro mucho.

El único socorro que podia darse al caballo, era rematarle.

Don Luis se acercó, apoyó el anillo de su pistolete en un oido del caballo y disparó.

El Centáuro dejó caer la cabeza definitivamente muerto.

Entonces la dama, al ruido del pistoletazo, se volvió, vió á don Luis y se detuvo.

Don Luis, llevando su caballo del diestro, adelantó hácia la dama.

Cuando estuvo cerca de ella, le saludó de una noble manera y le dijo con acento opaco:

—¡Gracias!

—¡Gracias, señora! contestó don Luis que miraba aturdido á la

jóven, por el efecto maravilloso que habia causado en él su hermosura.: ¡ gracias ! ¿y por qué?

—Porque habeis abreviado la agonía de ese pobre animal que me ha salvado.

—¿Que os ha salvado?

—Sí... y espero que vos... completaréis mi salvacion.

—¿Qué teneis que temer estando á mi lado?

—Todo.

—¡Todo! ¿No creeis que yo pueda defenderos?

—Sí; indudablemente, podríais defenderme de muchos peligros, porque se conoce en vos que sois gran caballero, poderoso y valiente, pero no podríais defenderme si apareciese mi marido.

—¡Ah! ¡sois casada! dijo con un asombro doloroso don Luis.

—Sí, sí señor, soy casada, y mi marido me persigue.

—¿Que os persigue?...

—Lo que significa que huyo de él.

—¿Y adónde, señora?

—No lo sé... á cualquier parte... y le llevo gran delantera... á no ser por las gentes que me han visto, y que le guiarán... si el pobre Centáuro no hubiese sucumbido...

—Yo tengo á alguna distancia de aquí una quinta... es ya cerca de la noche... si quereis aceptar...

—¿Y por qué no?...

—No me conoceis.

—No importa.

—Entonces, señora, y ya que estais amenazada, y que no podeis perder tiempo, permitidme que os conduzca en mi caballo.

—¿Y por qué no? dijo la dama, dando su mano á don Luis, que la ayudó á montar.

Despues don Luis montó á caballo, y para sujetar á la dama, rodeó su cintura con su brazo.

La dama se estremeció, como se estremece una mujer digna la primera vez que un hombre rodea su cintura.

Don Luis se estremeció de placer, porque notó un no sé qué misterioso y embriagador en el estremecimiento de la dama.

Despues puso su caballo al paso.

—¿Y no podeis alejaros mas aprisa? dijo la dama.

—Perdonad, pero mi caballo está muy fatigado, y si le violentamos podrá suceder que caiga como el vuestro; pero nada temais, la

noche se viene encima y el monte está cerca. Una vez dentro de la espesura, nada hay que temer.

—¿Y está muy lejos vuestra quinta?

—Seis leguas.

—Es decir que llegaremos á ella...

—Al amanecer.

La dama inclinó la cabeza sobre el pecho y calló.

Don Luis siguió encaminando su caballo al cercano monte, y profundamente pensativo.

—¿Quién será esta dama? decia para sí; parece principal, y yo no la conozco; y eso que conozco á todas las familias nobles de la corte: ¡y casada!... nadie al verla lo diria... ¡y huyendo de su marido!... ¿por qué huirá?

Y don Luis no se atrevia á hacer preguntas á la dama, ni á tomarse confianza de ningun género.

La noche, entre tanto, se venia encima.

La noche, favorecedora de malos intentos, y procuradora de ocasiones.

Y á mas de esto el cielo, que toda la tarde se habia mostrado despejado, empezaba á cubrirse de nubes, impulsadas por un violento norte.

—Tengo frio, dijo á media voz y con acento opaco, armonioso, lleno de confianza en su compañero, la dama.

—¡Ah! ¿teneis frio, luz de mis ojos? esclamó don Luis.

—¿Qué habeis dicho? dijo la dama, mas con acento de duda que de enojo.

—¡Yo! dijo don Luis, á quien involuntariamente se habia escapado el requiebro, porque al preguntarle la jóven, estaba pensando en que era muy hermosa.

—Sí; creo que me habeis dicho: luz de mis ojos, contestó la dama con un acento singular.

—¿Y eso qué le hace? dijo don Luis.

—No lo sé, dijo ella; pero es estraño.

Y se calló.

Pero poco despues se estrechó contra don Luis, y dijo:

—¡Tengo frio! ¡y empieza á llover!

—¡Ah! ¡sí! ya me habeis dicho otra vez que teneis frio, dijo don Luis deteniendo el caballo: perdonad, ¡pero estoy tan turbado!

Y se quitó la capa.

—¿Qué vais á hacer? dijo ella.

—Voy... á cubriros...

—¡Y os vais vos á quedar descubierto... á la intemperie... sin mas abrigo que un jubon de seda! ¡y este viento que hiela!... ¡si os diera un pasmo por mí!

—Pues no sé, señora, cómo podamos arreglar esto, no habiendo mas que una capa.

—¿Cómo? dijo la dama fijando con una insistencia particular sus grandes ojos negros en don Luis: ¿cómo? cubriéndonos los dos con ella.

—¿Y no temeis?...

Don Luis se detuvo.

—¿Qué he de temer yo, desdichada, que huyo de un hombre odioso? dijo la jóven, cuyos ojos se llenaron de lágrimas: todo cuanto me pueda suceder, será para mí menos terrible que caer en sus manos. Os he encontrado á vos... he permitido que me acompañeis... y esto es haberos aceptado... en la situacion en que me encuentro, estoy preparada á todo, á todo, inclusa la muerte. Vos vereis si os conviene el que yo os aprecie, el que tenga que sentirme agredecida á vos, ó que vea que nada os debo, si pretendeis recompensaros de cualquier modo del servicio... del inmenso servicio que me haceis.

—¡Señora! esclamó confundido don Luis.

—El viento y la lluvia arrecian, dijo la dama: cubrámonos, cubrámonos, amigo mio.

Y se estrechó contra él, y reclinó en su hombro izquierdo su cabeza.

Don Luis la cubrió enteramente con el embozo de su capa.

Y en tanto, el jóven sufria una conmocion poderosa.

Sentia el mórbido brazo de la dama rodeando su cintura, sentia sobre su corazon el contacto de un seno admirable, y subia hasta él un doble y delicado y embriagador perfume: el que emanaba naturalmente de aquella jóven tan hermosa, y el de que estaban impregnados sus cabellos.

El corazon de don Luis latía con la fuerza de un martillo.

—¡Cuán agitado estais! dijo la dama.

—¡La fatiga!... respondió don Luis.

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! ¡amigo mio! dijo la jóven con una entonacion tan ambigua, que don Luis no pudo esplicarse si la dama se referia al darle las gracias al respeto con que la trataba á pe-

sar de las circunstancias, ó al servicio que la habia prestado y que la seguia prestando.

Las mujeres, Luisa, escepto raras escepciones, como tú, que no has conocido que Andrés te amaba, conocen á primera vista si han causado en el hombre que las mira esa impresion poderosa que precede al amor.

Cuando una mujer de corazon, de sentimiento, que vive para el alma, en una palabra, conoce que ha causado esa violenta impresion, y encontrándose enteramente á merced de un hombre, como se encontraba la jóven á que me refiero, se ve respetada por él, lo primero que se interesa es su vanidad, porque comprende cuánto debe valer, cuánto debe ser su fuerza de fascinacion para con el hombre que no abusa de su posicion; y como la mujer ama la idolatría, resulta que por la idolotría ama al idólatra, y acaba por idolatrar tambien á lo que la llena el alma. Y cuando una mujer no ha amado nunca; cuando su pureza es semejante á la de las entrañas del capullo de una rosa que aun no ha recibido la primera gota de rocío del alba, ni el primer beso del aura de la mañana, ni la primera caricia del sol, resulta que empieza á abrirse, que en una palabra, empieza á amar, con uno de esos amores soñados, profundos, persistentes, inverosímiles, sino tuviésemos tantos ejemplos de mujeres absorbidas, gastadas, abrasadas, muertas por el amor.

Y la situacion, la ocasion...

Mujer hay que en una situacion dada se enamora de un hombre á primera vista, y que en otra situacion no le hubiera amado nunca.

El alma necesita una preparacion para el amor.

Y atendida el alma de Luisa Isabel María...

—¡Cómo! ¿era mi abuela la dama del caballo?

—Sí, tu quinta abuela; la que acabas de ver.

—¡Ah, Dios mio!

—Despues de haberla visto, puedes comprender cuál sería la agitacion de don Luis de Góngora.

—¡El poeta!

—El poeta.

—¡Ah!

—Contando con la imaginacion de fuego de Góngora, que aun no habia soñado en el culteranismo, ni dado el primer paso en esa desdichada escuela á que ha dado su nombre; contando, pues, con su alma de poeta, y con el alma que se revela en la mirada de tu abuela, puedes comprender hasta qué punto podian llegar á amarse dos

jóvenes, el uno de los cuales no habia encontrado nada que llenase su corazon, y la otra tenia el alma, como el cuerpo, vírgen.

Encontrábanse, sin embargo, en una posicion embarazosa; no se conocian: el tiempo es un elemento de que no puede prescindirse: hacia media hora que se habian visto y las conveniencias sociales son otro elemento que tiene su importancia, á la cual no falta ninguna persona decente; Góngora y tu abuela, pues, inclinados el uno hácia el otro, mútuamente atraidos, sufrian conteniendo la espansion de su alma, y el corazon de Góngora latía, y Luisa Isabel sentia sus latidos con un placer íntimo.

Estaban ya en el monte, en el bosque de encinas, y durante algun tiempo las ramas de los árboles les sirvieron de paraguas; pero el árbol es un paraguas fementido: durante un corto espacio os cubre, os defiende de la lluvia; pero pasado este intervalo, deja llegar hasta vos el agua de una manera mas enojosa que á cielo descubierto.

Y esto no tardó en acontecer.

Cada hoja dejó caer un chorro de agua.

Luego, cuando se camina por una llanura, la tierra empapa por igual el agua; pero cuando se camina por un monte, cada pliegue, cada accidente del terreno es un arroyo.

Aconteció que apretó de tal modo el aguacero, que el caballo se acobardó, hizo su marcha mas lenta, y al fin se detuvo asombrado por los relámpagos y por los truenos que habian sobrevenido.

Y tu abuela se aterró.

—¡Oh! dijo, nos hemos conocido en un momento fatal.

—¿Sois agorera, señora?

—Es tan singular mi historia, que nada tiene de estraño que lo sea. Y el caballo se ha detenido.

—Y resiste á la espuela.

—¿Y qué hacer? ¡Dios mio!

—Esperad: me parece haber visto á la luz del relámpago una cueva ahí cerca.

—¡Ah! ¡una cueva!

—Ahí al menos no temeremos la lluvia.

—¿Y el frio?...

—Yo os procuraré fuego.

—¡Cuán noble y cuán generoso sois!

—¡Ah, señora! no hago mas que lo que mi corazon me dicta.

—¿Á qué nombrar ahora el corazon?

—Es que...

—¿Qué?

Góngora no se atrevió á seguir.

—Esperemos, esperemos otro nuevo relámpago á ver si descubro esa cueva, dijo.

Al fin lució un relámpago, y á su momentánea luz Góngora vió en una cortadura del terreno una ancha grieta á pocos pasos de distancia.

Entonces bajó del caballo, y ayudó á bajar á Luisa Isabel.

Poco despues los dos y el animal estaban á cubierto bajo la bóveda natural de una cueva.

Era esta estensa y pendiente: él dejó su caballo, y siguió con ella, trepando por el declive de la cueva, y tentando con la espada para asegurarse del piso.

Al fin la luz de los relámpagos que penetraba por abajo les demostró que estaban á gran elevacion de la entrada, y notaron que adelantaban sobre un terreno llano: siguieron, y á poco se encontraron en un pasadizo estrecho á juzgar por el tacto; allí no alcanzaba ya la luz de los relámpagos: siguieron, y de repente se detuvo Góngora.

—¡Ah! esclamó: ¿qué es esto?

—¿Habeis notado algo?

—¡Un lecho!

—¡Un lecho!

—Sí; lo que prueba que este lugar está habitado.

—Pues mejor: en él encontrarémos hospitalidad.

—Mucho me temo que esto no sea la guarida de un salteador, dijo Góngora.

—O de un infeliz, repuso Luisa Isabel: sea como quiera, dando á los ladrones lo que llevemos, estamos fuera del paso.

—Pláceme que seais tan valiente: ¿con que nos quedamos aquí?

—De todo punto; esta á lo menos es mi opinion.

—Pues quedémonos; no he de ser yo mas cobarde que vos; pero esto no impide que tome mis precauciones.

—Tomadlas en buen hora.

—En primer lugar, y puesto que este escondrijo está habitado, voy á ver si encuentro avíos de encender.

Góngora palpó, encontró las paredes, y al fin, despues de volver y revolver mucho, encontró lo que buscaba: una bolsa con avíos de encender, y junto á la bolsa uno pajuela de azufre.

—Esto parece milagroso, dijo Góngora batiendo el eslabon contra el pedernal: no tan solo hemos encontrado abrigo contra la lluvia, sino que tambien luz: paréceme que hemos de encontrar algo mas.

En efecto, cuando estuvo encendida la pajuela, Góngora encontró en el mismo hueco donde habia encontrado la bolsa y la pajuela, algunas astillas de tea.

Encendió una y la clavó en una grieta de la cueva.

Á aquella luz turbia, pero bastante para determinar perfectamente los objetos, vió un reducido espacio circular ennegrecido por el humo, al que daba una estrecha entrada al pasadizo natural, por donde hasta allí habian llegado.

Á un lado habia un lecho, no rico, pero cómodo: dos taburetes de pino, y al fondo un hogar, cuya chimenea estaba abierta en el techo, y junto al hogar leña seca.

No habia ni mas ni menos.

—¿Sabeis que me parece mas bien que esta rendija sea el asilo de un desgraciado que la guarida de un bandolero? dijo Luisa Isabel.

—Paréceme lo mismo, señora, contestó Góngora; pero albérguese aquí quien quiera, aprovechémonos de lo que encontremos, y procuremos pasar el tiempo que dure la tormenta de la manera mas cómoda.

Entonces pudo contemplar á su sabor á tu abuela; y no á tu abuela como generalmente habia sido, sino en una situacion nueva.

Porque Luisa Isabel se encontraba en unas circunstancias dificilísimas, y á mas de esto enamorada.

—¡Enamorada! dijo Luisa.

—Sí, en el primer período del amor, en la invasion.

—Hablas del amor como de una enfermedad, dijo Luisa.

—¿Y qué otra cosa es, contestó la baronesa del Destierro, mas que una afeccion morbosa, que modifica nuestra manera de ser y de sentir? Y como todas las enfermedades tienen sus períodos, el amor los tiene tambien.

Luisa Isabel se encontraba en el período de invasion.

III.

No te he descrito á Luis de Góngora, y voy á describírtelo.

No era ni feo ni hermoso.

Era un hombre.

Pero sus ojos, su frente pálida, su boca, tenian esa espresion que no puede confundirse con ninguna otra y que Dios ha dado á los hombres de genio, á los que viven soñando levantados sobre las miserias humanas, ó sufriendo confundidos con ellas.

Esa llama de la inspiracion, ó mejor dicho, la huella de la inspiracion, la espresion, en fin, de un alma de poeta y de gran poeta brillaba en sus miradas.

Por lo demás, era esbelto, gallardo, galante, como toda aquella generacion que tenia por lema Dios, patria y dama, y de la cual no son mas que un reflejo los galanes de Lope de Vega y Calderon.

Tenia, pues, el alma entusiasta y una decidida aficion á las aventuras, de modo que en las circunstancias en que se encontraba delante de Luisa Isabel, se hallaba, por decirlo así, en su atmósfera natural, en su atmósfera de vida.

No podia decirse que la amaba, porque el amor es el producto del tiempo y de la mútua asimilacion de dos séres.

Pero estaba, sí, enamorado, lo que era para él lo mismo que estar en los principios del amor.

Á Luisa Isabel la acontecia lo mismo, pero con mas fuerza de sentimiento, porque Luisa Isabel era desgraciada y Luis de Góngora no lo era.

Para que comprendas la situacion en que se encontraba tu quinta abuela antes de conocer á Góngora, y para que puedas esplicarte su conducta despues de haberse conocido, es necesario una esposicion.

La de la vida anterior de Luisa Isabel desde su nacimiento.

Allá va esa esposicion:

IV.

—Me has preguntado en otra ocasion, dijo el diablo despues de una ligera pausa, qué habia sido de tu sesta abuela Luisa Inés María, y voy á decírtelo: murió loca con una locura tranquila, como una lámpara que se apaga.

Murió sola, en un rincon de la tétrica casa donde tú naciste, con la mirada fija, inmóvil, atónita, pero suprema, porque revelaba una desgracia suprema, porque bajo ella se adivinaba una lucha interior, poderosa, cruel.

Cuando murió Luisa Isabel solo tenia dos años.

Habia quedado sola en el mundo y rodeada de criados.

Su padre era ciertamente un rey, vivia, tenia el poder de su altísima posicion; pero Felipe IV tenia demasiado en que pensar para acordarse de una hija suya, del desdichado fruto de un capricho.

Sin embargo, Luisa Isabel tenia un protector poderoso.

Yo.

Luisa Inés nada habia dejado á su hija.

Sin embargo, un lacayo, vestido de encarnado, llegaba todos los meses, al finar cada uno de ellos, á la casa, y entregaba al viejo Anselmo, antiguo criado, mayordomo, factotum que Ruy Perez habia dejado á su esposa, y esta á su hija, un grueso pliego.

Aquel pliego no contenia billetes de banco, porque entonces no habia bancos, propiamente dicho, pero sí libranzas contra genoveses, lo que era mejor.

Algunas veces á la carta acompañaba un cofrecillo ó un paquete que contenia riquísimas alhajas, pero alhajas propias de un niño.

Una noche, en que se cumplian cabalmente tres años, desde aquella en que don Felipe de Austria se habia introducido en el aposento de Luisa Inés María, sin que esta le esperase, me introduje yo en la cámara del rey, sin que este me esperase tampoco.

Hacia frio, y el rey estaba rebujado de tal modo, que solo se le veían, fuera del rebozo, el gorro negro de seda y la punta de las narices.

—Hé aquí cómo no pueden nunca los españoles figurarse al rey por quien se hacen matar, rebujado, con gorro de dormir y roncando.

Y para despertar al rey, porque necesitaba hablar con él, le tiré de la punta de las narices.

El rey despertó despavorido, se incorporó y no me vió por el momento, porque aun le duraba la impresion del sueño.

Yo hice de modo que no se asustase: le magneticé produciendo en él únicamente un impulso de estrañeza.

—¿Quién eres tú? me dijo apoyándose en el codo izquierdo y poniéndose la mano á manera de pantalla sobre los ojos.

—Yo soy tu señor, le dije.

—¡Tú mi señor! me contestó con acento de rectificacion: te equivocas, porque no te pareces en nada, absolutamente en nada á mi viejo favorito el conde-duque.

—Es verdad, le dije, pero me parezco á tus pecados.

—¡Ah! ¡te pareces á mis pecados!

—Sí por cierto: y á tus vicios, porque yo soy Satanás.

—¡Jesus, María y José! dijo el rey persignándose.

Y como á pesar de esto me viese aun delante de sí, me dijo:

—No, tú no eres el espíritu rebelde, porque no has huido.

—Estoy acostumbrado.

—Además, yo creo que el diablo tiene rabo y cuernos.

—Esa es una calumnia. Ni soy judío, ni casado.

—En fin, ¿qué quieres? dijo el rey entre asombrado y temeroso.

—Quiero ¡bah! quiero poca cosa, le contesté; una cosa que está en tu mano, y que cuando vengo á pedírtela, ó mejor dicho, á mandártela, no está en la mia.

—¿Y qué cosa es esa?

—Tú tienes una hija...

—Sí, la infanta...

—No, no se trata aquí de infantas: la hija á que yo me refiero es una bastarda.

—Me han atribuido tantos bastardos...

—Y tú has tenido la debilidad de reconocer á uno, creyendo de buena fé á su madre.

—Don Juan de Austria es hijo mio, dijo con énfasis el rey.

—Tú eres un pobre diablo con corona, le contesté: en primer lugar que la Calderona, la famosa comedianta era... ya sabes lo que era... en segundo lugar tú no has sido mas que un parodista al reconocer á ese bastardo: ¡como si hubiera algun punto de comparacion posible entre tí y tu bisabuelo, el grande, el demasiado grande Cárlos V, y entre ese tu hijo bastardo con aquel otro hijo del emperador y de su... y de Bárbara de Blomberg (ya que Bárbara de Blomberg tuvo la abnegacion ó el interés de deshonrarse por otra, yo no quiero quitarla su gloria ó su envilecimiento), pues ningun punto de contacto entre aquel grande don Juan de Austria, hijo del emperador, y este mezquino y abotargado don Juan de Austria, hijo tuyo! no te hablo yo de un bastardo tal... que acaso no es tu hijo, sino de una bastarda que me consta es hija tuya.

—¿Y qué bastarda es esa?

—Se llama Luisa Isabel, á secas, y debe llamarse Luisa María Isabel de Austria.

—Pues no recuerdo... no... no la conozco.

—Hace tres años, esta noche se cumplen, entraste tú en una casa, merced á un buen servicio de tu buen favorito el conde-duque: aquel servicio no habia podido procurársete sino por medio de un asesinato: á pesar de esto, tú, buen rey, tú, escelente rey, pene-

traste en la habitacion de una desgraciada á quien yo no pude socorrer á tiempo: auxiliado por el crímen, cometiste otro crímen, y esa desdichada, esa infeliz Luisa Isabel... es el resultado de tu crímen.

Tembló el rey, mas por el tono de amenaza con que yo habia pronunciado estas palabras, que por el recuerdo de su crímen.

—Y en fin, dijo rehaciéndose, ¿quién eres tú?... ¿quién eres?... porque, ¿por dónde has entrado aquí?... ¿me obligarás á llamar?...

Entonces, y despues de esta estemporánea salida, dejé ver al rey mi esencia terrible é inmortal en una sola mirada.

Pero no me dejé conocer de él como me he dejado conocer de tí: á tí te me he presentado en el período mas terrible de mi vida, bajo mi forma mas bella y mas grande: á él me presenté como la amenaza, como el castigo.

El rey dió un grito terrible, y no se desmayó, porque yo le comuniqué fuerzas.

—¿Qué quieres? ¿qué quieres, terrible espíritu? me dijo.

—Quiero que reconozcas á tu hija.

—¿Es la hija de la esposa de Ruy Perez?

—Sí.

—La reconoceré.

—Que la ennoblezcas.

—La ennobleceré.

—Que la dés una ejecutoria.

—Se la daré.

—Que la mandes recibir en el colegio de Niñas nobles.

—La recibiré... la daré...

—No quiero que la dés nada...

—¡Ah!

—Porque tú no puedes darla lo que yo, y yo ni quiero ni necesito que nadie me ayude.

—¡Como tú quieras! ¡como tú quieras!

—Mañana llamarás á tu secretario el conde-duque.

—Le llamaré.

—Harás que mande á la cancillería estender los oportunos documentos.

—Lo haré.

—Dentro de tres dias (yo sé bien los trámites que se necesitan para estos asuntos) un criado mio vendrá á la secretaría de Estado y recibirá la cédula de reconocimiento.

— La encontrará.

—La ejecutoria necesita mas tiempo: mientras se escribe, mientras se pinta, mientras se cubre bellamente con terciopelo carmesí, con clavos de oro...

—Sí...

—Dentro de un mes la ejecutoria.

—¿Pero con qué pretesto?

—Un siervo mio á quien yo enviaré por la cédula, llevará el motivo de la ejecutoria.

—Enhorabuena.

—Llevará tambien el blason; escudo campo de gules, con banda de metal real (1) de izquierda á derecha.

—Y dime, dime, esclamó Felipe IV, que era muy dado al blason: ¿qué simbolizaba ese escudo?

—Te lo voy á esplicar en tres palabras: bastardía real causada por sangre vertida por oro.

—¡Ah! ¡quieres perpetuar mi falta!

—No, tu crímen.

—¿Y si hago todo eso y mas, no serás mi enemigo?

—¡Pero si yo no soy tu enemigo, rey! por el contrario, te trato con suma confianza, con suma benevolencia, porque así deben tratarse dos que han de andar juntos por toda una eternidad.

—¡Es decir que me condenaré!

—No.

—¡Ah!

—No te alegres: he querido decir que no te condenarás, porque has nacido condenado.

—Yo...

—Tú, sí... como tu padre, y tu abuelo, y tu bisabuelo: la gloria en la tierra no se obtiene sino perdiendo el cielo.

—¡Ah! ¡yo apelaré á Dios!

—Lo dudo.

—¡Tú!... ¡tú!... ¡Dios puede mas que tú!

—Indudablemente, pero respecto á tí y á los tuyos Dios no quiere querer. Adios.

—¡Espera!

—¡Adios!

Y dejé á Felipe IV aterrado, luchando consigo mismo.

(1) Gules, rojo: metal real sobre rojo, oro.

Todo sucedió como yo habia querido que sucediese.

Luisa Isabel María fué reconocida por Felipe IV como su hija bastarda.

Pero no la señaló renta.

La ejecutoria se concedió á su madre, por los grandes servicios hechos al rey por su marido el cuartel maestre Ruy Perez; de modo que el sangriento blason de Luisa Isabel María era una impiedad del rey por ante Dios, y un sarcasmo por ante los hombres.

Era la perpetuidad, ó mejor dicho, el símbolo perpetuado de un doble crímen.

Se comprendia bien que yo habia andado en ello.

V.

En el colegio de Niñas Nobles, ó de Loreto, como hoy se dice, educaron á Luisa Isabel, poco mas ó menos como educaron á su madre en el convento, enseñándola á hacer labores, á leer y á escribir, á cantar y tocar el arpa, y sobre todo á tener orgullo.

Como por una parte el rey la habia dado un nombre, y por otra el mismo rey, aconsejado por mí, iba á verla de tiempo en tiempo; como por otra yo la proveía de oro y alhajas, y la niña se llamaba Luisa de Austria, y era muy rica, venia á ser una pequeña reina del colegio.

Su voluntad se hacia á cada momento mas exigente, mas dura; su altivez crecia; en una palabra, se infiltraba en ella esa educacion especial que se dá á los príncipes, que los pone en inarmonía con sus semejantes, y los constituye en séres de una índole especial.

Creció altiva, dominadora, hermosa, terrible, pero alentando dentro de su alma el gérmen de un amor exagerado, soñador, entusiasta, que era muy dificil encontrase objeto en que satisfacerse.

Luisa á los veinte años era una mujer maravillosa.

Formábase empeño por obtenerla.

El rey la habia hecho conocer á sus cortesanos, y habia acabado por sentir hácia ella un amor vanidoso: ser padre de aquel prodigio era para el rey una cuestion de orgullo.

Porque, como cuestion de raza, Luisa Isabel era una obra tal, que debia necesariamente enorgullecer á su autor.

Porque el rey se cría autor de aquella hermosura, de la cual no habia sido mas que la causa material.

Al fin un dia el rey se presentó en el colegio con un hombre.

Aquel hombre tenia treinta y cinco años, y bajo su amaneramiento cortesano el semblante mas feroz del mundo.

Luego era escesivamente feo.

Le faltaban un ojo y las narices, tenia mas de tres chirlos en la cara y un brazo mas corto que otro á causa de un arcabuzazo que le habia dejado manco.

Era alto, recio, con cuello de toro, cuadrado y ancho de hombros, y rudo en demasía.

Á pesar de esto llevaba un trage de terciopelo, la cruz de Santiago y ricas preseas.

Este hombre se llamaba don Gutierre de Acevedo.

El *don* no le habia venido por su padre.

Don Gutierre se habia criado llamándose Gutierrillo y arrastrándose entre los estudiantes en los claustros de la universidad de Salamanca.

Era hijo de un pobre bedel.

Allí aprendió cuantas picardías, cuantas diabluras, cuantas impiedades, cuantos vicios germinaban y bullian entre la endiablada gente estudiantesca, viniendo á ser un como espíritu escolástico, de que no habia un solo estudiante que no tomase una pequeña parte, si no lo tomaba todo: yo me acuerdo con aprecio de la universidad de Salamanca, cuando podia llamarse universidad, cuando albergaba al jóven lúgubre que allí donde iba, llevaba la seduccion, la perversion, el escándalo, la deshonra, y por consecuencia de esto la muerte de algun marido, padre ó hermano celoso de su honra; del jóven camorrista que se iba á rondar de noche, por el solo placer de apalear alguaciles; del petardista, terror de hosterías y figones; del travieso que no habia diablura que no inventase para hacer rabiar á su semejante; de otra multitud de tipos y entidades parciales que constituían el tipo y la entidad característicos de las universidades de entonces.

Con tales maestros, claro es que Gutierrillo, que habia nacido predispuesto á todo, debió formarse de una manera terrible.

Cuando llegó á ser mozo, su padre se vió obligado á maldecirle, su madre á llorarle, y entrambos á arrojarle del techo paterno. Gutierre se amparó de una capa y de una espada, se salió de Salamanca, y reunido con alguna brava gente, hizo tales cosas con ella, que por temor de que la justicia le atase al banco de una galera para tenerle quieto, se fué de España y se puso al servicio de la Francia.

Al cabo, sabiendo ya cuanto puede saber un aventurero comple-

to, un hombre de corazon y puños, acribillado por el hierro, amaestrado en todo género de picardías y delitos, se pasó á los tercios de Flandes, hizo prodigios de valor, llegó á capitan, y ya capitan se propuso venir á lucir su banda encarnada á Salamanca, de donde habia salido hacia quince años en busca de aventuras.

Encontróse con que su padre habia muerto, con que su madre estaba paralítica, y con que tenia una hermana de catorce años, que hacia la desesperacion de los estudiantes y de las gentes entretenidas de Salamanca.

Aquella niña habia venido á la casa paterna un año despues de haber salido él de ella.

El capitan Gutierre vió con placer que su hermana Julia gastaba terciopelos, y encajes, y perlas, que á pesar de su juventud era una arrogante moza, y que sabia manejarse de tal modo, que habia hecho tributarios de su hermosura á todos los que habian tenido la desgracia de codiciarla.

Gutierre se alegró.

—Hé aquí, dijo, que me encuentro con una hermana, con la cual no contaba, hermosísima sobre toda ponderacion; que me enamora, y á quien no hay necesidad alguna de enseñar. Yo bien quisiera que no fuera mi hermana; pero puesto que lo es y no puede servirnos para una cosa, hagamos que nos sirva para otra. Llevémonos esta muchacha á la corte.

Julia no se entrometió en esplicar á su hermano su conducta.

Este lo atribuyó á maestría de su hermana.

Por otra parte no oyó jactarse á nadie de gozar los favores de Julia.

Atribuyó esta circunstancia á que nadie por miedo á él podia atreverse á hablar en sus barbas de tales asuntos.

Reparó que nadie, es decir, ninguno que pudiera llamarse amante, entraba en su casa ni de dia ni de noche.

Pero Gutierre supuso que entrarian cuando él no pudiese verlos, y se dijo:

—Pues mejor: cuando esta rapaza me engaña á mí, es capaz de engañar al mismísimo demonio. Esto quiere decir que puede tener una docena de amantes sin producir riñas ni escándalos. Muy bien; es todo lo que podia desear.

Cuando Gutierre dijo á Julia que Salamanca era indigno de su hermosura, y que la iba á llevar á la corte, donde los enamorados eran mas ricos y mas generosos, Julia sin ponerse amarilla ni colo-

rada, le contestó que iria adonde la quisiese llevar; pero que mientras viviese su madre no habia que pensar en ello.

—¡Bah! dijo Gutierre para sí: la muchacha tiene sin duda amores en Salamanca, y para no moverse de ella, toma por pretesto la vieja. Esperarémos un poco, porque las mujeres mudan de pensamiento todas las lunas, y si al cabo es necesario, nos quitaremos de enmedio el impedimento.

Pasó algun tiempo.

Julia continuaba vistiendo galas, viviendo en buena casa, cuidando á su madre, y dando dinero á su hermano Gutierre, siempre que su hermano se lo pedia.

Julia jamás salia sola; acompañábala siempre la mujer de un médico que vivia junto á su casa, y cuando salian, era siempre de dia.

Siguiólas por curiosidad Gutierre, y vió que las dos mujeres iban al paseo público ó á la iglesia.

Que en el paseo las rodeaban nobles señores, que las acompañaban gentil y respetuosamente, como hubieran acompañado á la mas noble y mejor reputada doncella; y alguna vez que se hizo el encontradizo, halló que los mas estirados llamaban á su hermana doña Julia, y que al saber que él era su hermano, le llamaban don Gutierre.

En vista de esto, Gutierre creyó necesaria una esplicacion con su hermana.

Retiróse una noche temprano, y la dijo:

—Julia, tengo que hablarte.

—Como quieras y cuanto quieras.

—Necesito hablarte á solas.

Julia despidió á su dueña y á su doncella, porque es de advertir que Julia se daba todo el decoro de una dama.

—Dime, Julia, le dijo yéndose en derechura al negocio Gutierre; ¿en qué consiste que por mas que he hecho no he podido dar con tu amante?

—En que no le tengo, contestó Julia.

—¡No le tienes! ¿Y de dónde sale el lujo que gastas, tus brocados?... ¿Acaso nuestro padre encontró algun tesoro?

—El tesoro que mi padre ha encontrado, dijo sonriendo tristemente Julia, soy yo.

—¡Ah! ¡tú! verdaderamente eres un prodigio, Julia, una niña hermosísima, y tienes un no sé qué que me enamora... yo mismo

tengo que recordar contínuamente que eres mi hermana... pero no hablemos de esto... sepamos... de dónde te viene toda esa grandeza.

—De mi hermosura, dijo dolorosamente Julia.

—¿Pero quién es dueño de tu hermosura?

—Nadie.

—¡Nadie!

—No.

—Esplícame...

—Todo consiste en que á fuerza de merecer, piensan muchos que lograrán alcanzar... yo escucho al uno, sonrío al otro, sufro á aquel, y todos... todos tienen esperanzas de llegar á ser mi marido.

—¡Tu marido!

—Yo no seré de otro que de mi marido.

—¡Ah!

—Y no será mi marido aquel que mas tenga, sino aquel á quien yo mas quiera.

—Maldito si te entiendo una palabra.

—Yo me entiendo.

—¡Ah! ¡tú los estás engañando! ¡nunca hubiera creido!...

—¡Nuestra pobre madre está enferma!

—No me has comprendido, hermana; lo que yo nunca hubiera creido era que hubiese hombres tan tontos.

—Quien sabe hacerse valer, vale.

—Es necesario confesar que me estás dando lecciones, Julia.

—Pues mira, no hago mas que tomar lo que me dán, y aun así, yo no soy quien recibo: mi dueña...

—¡Ah! ¡ah! ¿y piensas que esto dure mucho tiempo?

—¡Todo lo que yo quiera!

—Pues necesario es que quieras mucho.

—Querré mientras mi madre viva.

Dijo Julia tan de corazon estas palabras, y vió Gutierre que Julia amaba de tal modo á su madre, que esto salvó á la vieja. Gutierre, para que su hermana ganara bien, para esplotar por su cuenta, habia concebido no sé qué horrible proyecto.

Pero no duró mucho tiempo la necesidad del piadoso amor de Julia hácia su madre.

Á despecho de Gutierre, que temió que su hermana dejase de ser lo que era no teniendo necesidad de cuidar de su madre, la pobre vieja se murió.

Pocos dias despues de haber muerto la vieja, con terror, con

rabia de los amantes, que habian esperado llegar algun dia al amor de Julia y que habian pagado muy caras sus esperanzas, Julia salió con su hermano de Salamanca en un coche de camino, en direccion á la corte.

Gutierre habia cuidado mucho de que su hermana no tuviese que apearse como una cualquiera en la puerta de un meson ó de una casa de huéspedes; habia escrito á un amigo y tenia preparada servidumbre y casa.

Es cierto que los muebles, las tapicerías y las alfombras eran alquiladas; que el lacayo, la dueña y el rodrigon eran tambien criados de alquiler; pero la casa era hermosa, y estaba situada no menos que en la calle de la Almudena, cerca de Santa María, y por lo tanto próxima á palacio.

En esto habia entrado por todo el cálculo de Gutierre; la casa tenia un magnífico mirador, y bajo aquel mirador pasaban la mayor parte de los grandes señores y de la gente rica que iban á palacio.

Cuando Julia entró en la casa, arrojó en torno suyo una mirada despreciativa.

—Estos muebles no me gustan, dijo, ni estos criados me agradan; será necesaria otra cosa.

—Pero hermana, dijo Gutierre, así como esto es, no lo tiene mas de una familia noble y rica, y además todo es necesário pagarlo.

—¿Y qué importa eso? dijo Julia: por ahora voy á descansar; despues ya veremos lo que hay que hacer.

Cuando Julia hubo descansado llamó á su hermano.

Gutierre la encontró bellísimamente vestida.

El luto la sentaba á las mil maravillas.

—Que pongan la litera, dijo Julia.

—¡Pero si no tenemos litera! dijo Gutierre.

—¡Ah! será necesario empezar á hacer las compras desde dentro de casa. Es necesario que me traigan al momento una litera nueva, y tan rica como la de la dama mas noble y mas poderosa: como las de la reina.

—¡Ah! dijo Gutierre abriendo tanta boca; por eso no quede... si hay con que pagarla...

—Lo que yo necesito ante todo es la litera.

Gutierre partió, y una hora despues volvió con una litera barnizada, dorada, forrada de terciopelo azul, y con cristales de Venecia en las portezuelas.

El maestro la acompañaba todo receloso, porque no conocia á

Gutierre, y su facha no era lo mas á propósito para tranquilizar á un mercader.

Julia miró, examinó detenidamente la litera, y luego dijo al maestro, á quien no habia hablado una palabra, con un verdadero acento de reina:

—¿Qué se os debe?

—Trescientos ducados, dijo el maestro.

Julia contó los trescientos ducados en doblones de oro y los entregó al mercader, á quien despidió en seguida.

Julia salió en litera, recorrió las tiendas de los mercaderes, cubrió de ricas tapicerías la casa, mandó traer muebles, y por último, llamó al dueño de la casa.

Este era un usurero.

—¿Cuánto quereis por vuestra casa? le dijo Julia.

—No la vendo, contestó el bribon, viendo las tapicerías adheridas á la pared en muchas habitaciones.

—¡Que no la vendeis!

—Es una taza de plata que puede producir mucho.

—¡Ah! ¡una taza de plata!

—Sí por cierto; y ahora reparo que el alquiler es mezquino.

—¿Sí?

—Mezquino ciertamente, replicó el dueño.

—¡Oh! es verdad; ¿vos creeis que porque este gabinete tiene esas riquísimas tapicerías flamencas pegadas á la pared, porque no pueden despegarse sin perderse, me obligaréis á pagaros por vuestra casa lo que querais?

—¡Yo! ¡no por cierto!

—Pues mirad en lo que yo aprecio mis tapicerías.

Y levantando la punta de una de ellas tiró violentamente, rasgó y dejó despegado un largo giron, en que salieron la cabeza y el pecho de una Venus y el brazo de una Hecate.

El usurero se aterró.

Julia acababa de tirar á la calle un buen número de doblones.

—Y lo mismo que hago eso, soy capaz de pegar fuego á la casa.

—Me la pagaríais.

—Pues esa es la cuestion, que no os la pagaría.

—¡Oh! ¡oh! ¿con que decididamente teneis empeño en quedaros con mi casa?

—Quiero comprarla; si no me la vendeis, me iré de ella.

—Pues os la vendo.

—No hablemos mas: traed con vos un escribano.

Julia compró la casa en una fuerte suma, porque el usurero se prevalió de la ocasion, y porque, segun él, su casa estaba en muy buen sitio.

Gutierre lo veía todo esto con un creciente asombro.

¿De dónde sacaba su hermana el dinero?

No podia decirse entonces que eran los amantes.

Cuando hacia una pregunta acerca de esto á Julia, Julia le contestaba:

—¿Qué te importa? Gasta y gasta, y no pienses en mas.

—¿Pero por dónde te viene?...

—No lo sé.

Y Julia se obstinaba en esta contestacion, y Gutierre llegó á hacerse receloso y á espiarla, pretendiendo averiguar dónde tenia su tesoro.

Pero sus investigaciones eran inútiles.

Nada vió que pudiese indicarle la procedencia del dinero de Julia.

Ella, es cierto, tenia numerosas y ricas alhajas, procedentes de los amantes que, ya que no habian podido enamorarla, habian pretendido deslumbrarla: pero ni Julia usaba aquellas alhajas ni las vendia.

Todo en Julia era misterioso.

Y en la corte era su virtud aun mas severa que en Salamanca.

Allí á lo menos se dejaba abordar, ya que no en la casa, en el paseo: sonreía á los suspiros de sus enamorados, era una mujer, un sér humano.

En Madrid obró desde el principio de muy distinto modo.

Se dejó ver en todas partes, ó mejor dicho, fué á todas partes; á la iglesia magníficamente vestida, con dueña, que no se separaba un punto de ella, con rodrigon, que la seguia como una sombra, con page, que la llevaba el cogin y la rica silla de tijera: su pie no pisaba nunca la calle; dos robustos lacayos astures conducian su silla de manos, y llegaban con ella hasta las puertas de la iglesia, y al volver, hasta las escaleras de su casa.

Cuando salia á paseo, no salia jamás de la silla ó litera, sino cuando llegaba al lugar de su paseo, ya fuese el prado de San Gerónimo, el de Recoletos, la fuente Castellana, el Buen-Retiro ó las huertas de Atocha.

Y allí asombraba á todos por su estraordinaria hermosura, por la

estraordinaria riqueza de su trage, por la grandeza, por la sencillez, por el buen gusto con que aquel trage llevaba, y, sobre todo, por la dulce y severa serenidad de su semblante, y por la magia de sus ojos, que á nadie miraban y se hacian mirar de todos.

Los mendigos, que habia en aquel tiempo tribus enteras de ellos en Madrid, venian á ser la atmósfera en que se encontraba siempre envuelto el paciente rodrigon Lucas Cochura, que, provisto de una larga bolsa, les daba una contínua limosna.

En los teatros Julia tenia el mejor aposento, y en todas partes brillaba en primer lugar por su hermosura y su riqueza.

Julia no se habia olvidado de que su hermano debia ocupar la posicion de un hombre rico, y ocioso por sus riquezas, que él era el que debia representar la fuerza de la casa, y del cuál debian creer todos que provenia el esplendor de su hermana.

Así, pues, desde el principio Julia habia dicho á su hermano, dándole dinero:

—Preséntate como un noble, y gasta como un príncipe.

Como el dinero lo hace todo, Gutierre hizo su solicitud á la sala de alcaldes de los hijos-dalgos, y los alcaldes, gastando tiempo, papeles y pergaminos, y poniendo unas costas exhorbitantes, sacaron en limpio los ocho abolengos nobles de los hijos del pobre y humilde bedel de la universidad de Salamanca, y le proveyeron de una ejecutoria llena de blasones, y de hazañas, y de méritos, ejecutoria que no costó á Julia menos de seis mil ducados.

Tanto fué necesario buscar, y revolver, y desenterrar, para encontrar la nobleza de la familia, perdida por descuido, y tales fueron las costas de tanta y tanta diligencia como fué necesaria.

Porque es de advertir que España es el pais de los nobles.

El mas miserable barrendero de la villa, si se gastase el dinero que es necesario para la rebusca de su nobleza, resultaría legítimo descendiente, por todas las líneas, de treinta ó cuarenta reyes.

Gutierre tomó el hábito de Calatrava, y pudo poner el *don*, abreviacion del *Dominus* latino, delante de su nombre.

Su hermana entre tanto habia variado la casa sin mudarse de ella.

Habian echado la mitad abajo, mientras ella vivia en la otra mitad; y cuando la mitad nueva estuvo concluida, amueblada y resplandeciente, mudóse á ella, y se echó abajo, y se construyó la otra mitad.

Pero no bastaba esto.

Eran necesarias rentas fijas.

Julia decia cada dia á su hermano dándole una libranza fuertísima contra genoveses:

—Toma, Gutierre, y compra una posesion á tu nombre.

—¿Pero de dónde sacas tú esto? decia Gutierre.

—Nada te importa, contestaba ella; gasta y calla.

Gutierre buscaba ó aceptaba un cortijo, una casa, un molino ó una huerta, los pagaba, hacia estender la escritura á su nombre, y gastaba el dinero que le habia sobrado con camaradas y mujeres.

Cuando ya tuvieron una propiedad respetable, respetabilísima, Julia dijo á su hermano:

—Es necesario que de esos bienes hagamos dos partes y fundemos dos mayorazgos: uno para tí y otro para mí.

Se hizo como se dijo, y nada faltó ya al aspecto y á la valía cortesana de entrambos hermanos.

Además que ambos mayorazgos se aumentaban de dia en dia.

Julia, pues, era una de las mujeres mas codiciadas en la corte para esposa.

Con gran mayorazgo, gran nobleza y gran hermosura, era un verdadero *bocatto di cardinale.*

Los pretendientes se agolpaban.

Los empeños de Gutierre por algunos se obstinaban.

Julia permanecia impasible.

No la conmovia nada.

Era una divina estátua viva que pasaba impasible entre sus enamorados, irritaba con su impasibilidad sus deseos y los enloquecia.

VI.

—Esta vez, como la anterior, no me preguntas nada, Luisa, no te interesas por nada mas que por tí misma, dijo el diablo.

—Lo que me sucede es horrible: te estoy oyendo para ver si encuentro algo que me dé valor en tu relato, dijo Luisa.

—Me parece que hoy eres menos caritativa que ayer; y esto es preciso: necesitas mucha caridad para tí misma, y en este momento eres casi indiferente á las desgracias de los demás.

—Sigue, dijo Luisa.

—Sigo; y como supongo que querrás saber de dónde sacaba Julia tanto dinero, voy á decírtelo.

Satanás se reclinó de nuevo en el sillon, veló la magnífica mira-

da de la incomparable figura de mujer con que se habia disfrazado, y dijo con voz sentida:

—Julia era tan caritativa como tú.

—¡Ah!

—Pero tenia un vicio que tú no tienes: la vanidad.

—¡Dios me libre!... no encuentro la razon de la vanidad humana.

—Ni yo tampoco; pero la verdad es que el mundo anda lleno de séres á quienes ha inflado su propia soberbia, y que tienen la necia debilidad de creerse hombres grandes, porque han hecho un poco mas de lo que hace la multitud: porque han escrito una oda, ó les han aplaudido un mal drama, ó les han dicho diez necios y veinte pícaros que tienen mucho talento: la vanidad es el vicio de los tontos y de los malvados; pero la vanidad de Julia no era de este género: era una vanidad mas disculpable: no era la que quiere sobreponerse á todo, sino la que quiere igualarse, y esto por no sufrir el peso que naturalmente sufren los que están abajo: esto es, el peso de la vanidad de los demás.

—¡Ah! pues eso no era mas que defenderse: esa vanidad, si vanidad es, la tengo yo tambien.

—No, tú tienes dignidad, Luisa, y esto es distinto: si tú hubieras figurado en la sociedad como hija de un pobre bedel, hubieras encontrado dignidad en tu posicion, como la encuentra en cualquiera condicion quien tiene el alma grande, y no hubieras pretendido alzarte ficticiamente.

—¡Oh, no!

—Pues bien; Julia se indispuso muy pronto, en cuanto pudo pensar con su pobre situacion. El bedel habia muerto, y Julia se habia quedado huérfana con la pobre esposa del bedel, que á mas de pobre estaba enferma y paralítica.

—¿Por qué no llamas padre de Julia al bedel y á su esposa?

—Porque no lo eran.

—¡Ah! Julia no era hija...

—¿De los que pasaban por sus padres? No.

—¿Pues de quién era hija?

—Ya te lo diré. Julia se creía de buena fé hija del bedel y de su mujer. El bedel murió de repente y no pudo revelarla el secreto: su mujer, por la parálisis y la enfermedad, habia perdido la conciencia de sí misma, y habia quedado reducida á un idiotismo que solo la hacia sensible á las necesidades materiales. Estas necesidades no po-

dian buenamente satisfacerse: el salario del bedel habia sido mezquino, apenas suficiente para cubrir las mas imperiosas necesidades, y cuando el pobre murió, no dejó á su viuda ni á Julia mas que deudas en la tienda de comestibles: echaron á la niña y á la enferma del reducido aposento que tenian en la universidad, y una tarde de invierno lluviosa y fria se encontraron la niña y la enferma, solas, en medio de la calle, hambrientas, sin recurso ninguno, porque los acreedores de aquella pequeña bancarrota se habian apoderado de los muebles para cobrarse, y en cuanto á ropas, las desgraciadas ni aun tenian puestas las bastantes para preservarse del frio.

Fueron á casa de un pariente, y el pariente les dió con la puerta en las narices.

Fueron á casa de otro, y aquel no se contentó con no acogerlas, sino que las maltrató.

Fueron á uno y otro grave doctor del claustro, y uno y otro doctor las dijeron que nada tenian que ver con aquello, que nada se debia al difunto, y que se buscáran la vida.

La vida en algunas ocasiones se esconde de tal modo, que es imposible buscársela.

Habia cerrado la noche.

Tú no sabes lo que es una noche lóbrega en Salamanca, en esta antiquísima ciudad, que tiene algo de fantástico, y donde por todas partes se levantan edificios de piedra, medrosas tradiciones: acá la *Casa de las muertes*, allá la terrible casa donde doña María la Brava mató por sí misma á los matadores de sus hijos: acullá la sombría universidad, la catedral con su negra masa... los conventos y las iglesias con sus cementerios en la via pública: y las callejas estrechas, torcidas, tenebrosas... y luego, encontrarse vagando en este lúgubre laberinto, cruzado de noche por gente ociosa y por estudiantes de mal vivir, una anciana paralítica y una niña de catorce años... hambrientas... ateridas... medio desnudas... desesperadas... desesperada la una de ellas, la niña, porque la otra no podia desesperarse, porque no pensaba, pero podia sufrir porque sentia, y al sentir el frio y el hambre lloraba, y pedia que la dieran de comer y que la acostasen... y Julia no tenia alimento ni lecho que dar á aquella infeliz á quien creía su madre, y á quien amaba con toda la ternura de una buenísima hija.

VII.

Anduvieron vagando largo espacio.

La noche habia cerrado completamente.

La lluvia habia arreciado.

El trueno ronco y pavoroso retumbaba á lo lejos, y avanzaba sobre la ciudad.

Yo, que por un acaso habia visto aquella desgracia, seguia á las dos mujeres.

Tenia curiosidad por saber lo que en aquella situacion haria aquella niña tan hermosa.

Las dos infelices se detuvieron al fin en el zaguan de una gran casa que estaba todavía abierta.

Allí á lo menos podian resguardarse del viento y de la lluvia.

Clavado en una pared habia un cuadro.

Pendiente de una cuerda delante de aquel cuadro habia un farol de luz opaca que balanceaba el viento.

En el cuadro estaba pintado un Ecce-homo.

Pero negro, terrible, fantástico, delante del cual parecia flotar una fatalidad.

La niña clavó su mirada anhelante en el Cristo y se estremeció.

El pintor que habia abortado aquella imágen habia cometido un sacrilegio: no era aquella la imágen del mártir divino, que sufre por la redencion del hombre, y que perdona: era el irritado señor que castiga.

Sin embargo, Julia se arrodilló delante de la imágen, señaló á su madre, rogó por la que creía su madre con toda su alma, y se replegó en sí misma arrojada por tierra, y lloró.

De repente un insulto brutal la hizo dar un grito y levantarse: un hombre que habia entrado, al verla arrojada delante de la imágen, la habia dado con el pie.

—¿Qué haces aquí, perdida? la dijo: ¿acaso pretendes convertir en un lupanar mi casa?

Y la arrojó á empellones, y á empellones arrojó á la vieja, que débil y sin fuerzas cayó en medio de la calle y bajo el aguacero.

La puerta se cerró.

Y entonces Julia, olvidada de Dios, desesperada, loca, se volvió á mí.

—¡Satanás! ¡Satanás! me dijo: dame para que mi madre viva sin hambre y sin frio, y te doy mi alma.

Yo pude haberla contestado con un trueno, pero no soy autor de melodrama.

Causóme compasion aquella desgracia, y no tomé el alma de Julia, pero la dí lo que me habia pedido.

Era necesario tomar una forma sensible, porque siempre que puedo, es decir, cuando no median urgentes atenciones, me gusta hacer los negocios por mí mismo.

Aparecíme en la calle bajo la forma de un viejo usurero, muy conocido en Salamanca.

Julia lloraba desesperadamente.

La anciana gritaba dolorida, hambrienta, yerta de frio.

Si tú hubieras oido aquello, el corazon se te hubiera desgarrado.

Al oir adelantar una persona por la calle, Julia cesó en sus gritos: se acercó á mí llorando, y haciendo un violento esfuerzo, me dijo:

—Caballero, una limosna por amor de Dios, para mi pobre madre.

—Ni yo soy caballero, ni hago nada por Dios, la contesté.

—Mi madre se muere de hambre y de frio, repuso Julia.

—Yo os conozco, esclamé, yo conozco vuestra voz.

Y sacando una linterna de debajo de la capa, la inundé de luz el rostro.

—¡Ah! ¿sois vos, vecina? esclamé.

(El usurero habia sido vecino de Julia.)

—¡Ah! ¡el señor Lesmes! esclamó con desaliento Julia, porque sabia que Lesmes Modorra era incapaz de dar ni un maravedí á su prójimo aunque le viera con las entrañas en la boca.

—¡Eh! ¿qué es esto? la dije: ¿cómo es que vos tan hermosa, os encontrais con vuestra madre en la calle, en una noche tan mala, medio desnuda y hambrienta?

Julia tembló, porque temió que el viejo pretendiese abusar de su desgracia.

—Paréceme que si vos quisiérais, la dije, no faltaria quien os cubriese de oro, y os diese una hermosa casa y criados.

—¡Oh! ¡no! esclamó con una repugnancia invencible Julia.

—¿Y dejareis morir á vuestra madre?

—Antes que eso, sí, me contestó.

—¿De modo que por no sacrificaros dejareis perecer á esa infeliz?

—¡Perecer!

—Mirad, grita, pide... sufre.

—¡Oh! ¡madre mia!

—No faltará, os repito, quien...

—¡Oh! ¡no puedo! ¡no puedo! esclamó Julia: que Dios tenga compasion de nosotras.

—Vos lo pensareis, la dije: pero para que lo penseis es necesario que tengais casa, y cena, y lecho.

—No...

—Ya os dije que lo pensareis... nadie os obliga: vamos, ayudadme á levantar á vuestra madre: ¿no oís? ¿no oís?

En efecto, la vieja se revolvia y gritaba cada vez de una manera mas dolorosa.

Julia cedió...

—¡Que cedió! esclamó Luisa.

—Sí, cedió; pero fué únicamente á recibir un socorro.

Cerca habia una posada.

Julia y yo llevamos hasta ella á la vieja, y poco despues esta, satisfecha de su hambre, estaba acostada en un lecho cómodo y dormia.

Julia estaba delante de mí, pálida y temblando.

No habia cenado.

Cuando se durmió la vieja, saqué un bolsillo lleno de oro, y estendí los brillantes doblones de á ocho sobre la mesa.

—Todo eso es vuestro, la dije, si sois mia.

—No, repuso Julia, levantándose de la mesa donde estaba sentada y separándose mas de mí.

—¿Os parece poco, no es verdad? repuse: pues mirad, añadí sacando un collar del bolsillo, esta joya vale muchos miles de ducados; las perlas no pueden ser mas gruesas ni mas iguales; era de una duquesa que le ha vendido para pagar las deudas de su amante: venid y le pondré en vuestro hermoso cuello.

—No, repitió Julia, retirándose mas de mí.

—Vamos: aun es poco, añadí, sacando unos magníficos pendientes: mirad qué diamantes y qué rubíes; ¡cómo brillan!... y además, yo os daré brocados y perlas, y un palacio y criados...

—No, no, y cien veces no... esclamó Julia.

—¿Daríais mejor vuestra alma al diablo?

—¡Oh! sí... pero mi alma pura.

—Es que el diablo no puede tener almas puras, y como no puede tenerlas, no os dará nada.

—Pues bien, moriremos mi madre y yo.

—Ya lo pensareis: ya sabeis dónde vivo... id mañana á decirme lo que habeis resuelto.

Y me levanté.

—Pero llevaos eso, me dijo.

—Si no lo quereis, vos me lo llevareis.

Y salí dejándola sola.

El primer movimiento de Julia fué cerrar la puerta por dentro.

Luego se sentó delante de la mesa, y se puso á mirar el oro y las joyas.

Aquello era una tentacion deslumbrante.

Julia apiló primero los doblones.

Luego tomó el collar de perlas y le examinó.

Luego se lo puso.

El collar abrasó su garganta con un fuego desconocido.

Púsose al fin los pendientes.

Luego se miró en un pequeño espejo que habia en el aposento.

Entonces su vanidad se levantó inmensa del fondo de su corazon.

—¡Qué hermosa estoy con estas joyas! dijo: tengo la garganta mas blanca que estas perlas; mis ojos brillan mas que estos diamantes; mis cabellos son mas rubios que ese oro. ¡Oh! ¡y cómo me amarian los hombres, y cómo me envidiarían las mujeres!

—¡Ah! esclamó Luisa; la pobre Julia se perdia.

—Ya verás.

Julia se estuvo mirando y remirando, y al cabo se quitó el collar y los pendientes, los envolvió con el dinero en un paño, los puso bajo la almohada de otro lecho que habia en la estancia, y puso la cabeza sobre ellos.

VIII.

Julia no durmió.

Al ser de dia se levantó.

Vistióse con las escasas ropas que la pobreza y la necesidad de cuidar á la que creía su madre la habian dejado, y se acercó al lecho de la anciana.

Esta dormia profundamente.

Un alimento abundante y un lecho cómodo la habian refrigerado.

Julia miró profundamente á la anciana.

— Lo que ahora goza, dijo, puede gozarlo siempre, mientras viva, y aun mas que esto. Si yo consintiese...

Un impulso de horror, de repugnancia invencibles cortaron el pensamiento de la jóven.

— ¡Horrible viejo! esclamó: ¡verle! ¡tenerle al lado! ¡partir con él la existencia! ¡sufrir sus repugnantes caricias! ¡ah! ¡no! ¡no puedo, Dios mio! ¡y luego... luego tú, Señor, nos ampararás! ¡tú tendrás compasion de dos pobres mujeres desvalidas! ¡si fuera necesario mi sacrificio!... ¡esperaré! ¡esperaré! ¡siempre es tiempo!

Besó á la vieja en la frente de una manera leve para no despertarla, y luego, dominada por una escitacion febril, fué á su lecho, tomó de debajo de la almohada el oro y las alhajas que yo, bajo la figura del usurero Lesmes Modorra, la habia dejado la noche anterior, miró aquel tesoro de una manera dolorosamente suprema, y luego le envolvió en su pañuelo y salió de la posada con la frente baja, el corazon helado, las lágrimas en los ojos y hambrienta.

— ¡Oh! ¡y qué bella, y qué noble figura! esclamó Luisa conmovida.

— Mal calzada, el lodo y el agua de las infernales calles de Salamanca la mojaban los pies; mal vestida, el viento del invierno la helaba: la lluvia caía sobre su cabeza descubierta, sin mas defensa que su magnífica cabellera rubia.

Julia sabia la casa de Lesmes Modorra, porque todo el mundo conocia en Salamanca el almacen de desechos, la ropavejería que servia de pretesto á Lesmes Modorra para sus picardías.

Cuando llegó, la puerta de la tienda estaba cerrada.

Era muy temprano.

Julia se sentó en el suelo delante de la puerta y esperó.

Parecia que todo contribuía á hacer mas fuerte la tentacion para Julia.

Lesmes Modorra, contra su costumbre, se habia dormido aquella mañana, ó mejor dicho, no se habia despertado al amanecer.

Muchas veces el tiempo determina las grandes acciones, las realiza, ó las impide.

Porque una grande accion, cuando para realizarla se necesita un penoso, un doloroso sacrificio, es casi siempre hija del momento, del sentimiento, del corazon: es necesario que la cabeza no recobre su imperio: la cabeza es muy fria, muy egoista: la cabeza aconseja siempre lo que conviene á la conservacion propia: la cabeza es el

demonio calculador, que siempre encuentra casuismos, disculpas para las malas acciones.

Y su cabeza aconsejó muy mal á Julia: durante una hora mortal que tardó en abrir su tienda Lesmes Modorra, la dijo que algunos momentos de repugnancia eran preferibles á los horribles padecimientos, á la humillacion, á la degradacion de la miseria. Y la lluvia que caía sobre ella, el piso encharcado que mojaba sus pies, el frio que la helaba, el estómago que exigia de una manera imperiosa alimento, la desesperacion por todo esto, y luego su madre enferma... su pobre madre... todas estas terribles sensaciones la acometian á un tiempo y la cabeza la decia:

—¡Véndete!

Pero Julia era jóven: el sentimiento predominaba en ella, el sentimiento, guia seguro que jamás engaña porque no le ha viciado la filosofía, la filosofía práctica de las costumbres y del estado social; el sentimiento, luz siempre brillante, que descubre los misterios que no alcanza á descubrir la razon; el sentimiento, que es el instinto, la intuïcion, salvó á Julia.

Cuando Lesmes Modorra abrió la puerta de su mechinal, de su nido de ave de rapiña, Julia estaba decidida.

Al verla se sorprendió Lesmes.

—¡Ah! ¡la hija del bedel! esclamó con un acento particular.

Es de advertir que Lesmes estaba de muy mal humor, primero porque habia perdido la hora de su misa (todos los avaros, todos los bribones, todos los miserables, oyen misa todos los dias, porque su instinto les dice que están condenados, y pretenden engañar á Dios), y Lesmes Modorra oía misa todos los dias á la misma hora, delante de un mismo altar, arrodillado en el mismo sitio, á un mismo sacerdote, despues de lo cual, de haberse lavado la frente con agua bendita y de haber dejado un mugriento maravedí en el cepillo de las ánimas, se creía autorizado para toda clase de picardías.

Julia se levantó y se dirigió al interior de la tienda.

—¿Qué quieres? dijo Lesmes deteniéndola y mirándola con recelo. No tengo nada que darte. Vete con Dios. Están los tiempos muy malos.

—Sin duda no me habeis conocido, señor Lesmes, dijo Julia: yo no vengo á pediros nada, por el contrario, vengo á daros.

—¿Que vienes á darme?...

—Sí señor: primero las gracias por vuestro buen corazon; despues el dinero y las alhajas que me dejásteis anoche.

—¡Dinero y alhajas tú! dijo con desconfianza Lesmes Modorra.

—Sí, sí señor, yo os lo agradezco en el alma, pero no puedo aceptar: no: no: ¡imposible de todo punto! no puedo: tomad: ahí no falta nada, nada: ni un solo doblon, ni un solo diamante.

—¡Diamantes! ¡doblones! esclamó todo admirado Lesmes. Y viendo que en la calle no habia alma viviente, dijo á Julia:

—Entra, entra y veamos.

Julia entró.

Puso sobre una mesa el pañuelo y le desembarazó del dinero y de las joyas, despues de lo cual se lo puso en la cabeza.

Julia se encontraba allí mal: sentia un miedo bien absurdo por cierto, porque la hermosura no tenia absolutamente valor para Lesmes, escepto en las frecuentes ocasiones en que un comprador de placeres le mandaba buscar la hermosura, y si algo conmovia al usurero, no era por cierto la poderosa belleza de la niña, sino las riquezas que tenia delante.

—Mirad si es eso lo que me dísteis anoche, dijo Julia:

—¡Lo que anoche te dí! esclamó Lesmes Modorra: ¡sí! ¡sí! ¡eso es!

—Pues entonces, señor Lesmes, Dios os lo pague y quede con vos.

Y Julia, que se encontraba allí muy mal, escapó apenas dichas estas palabras.

No habia aun alejádose tres pasos de la puerta Julia, cuando el usurero se arrojó sobre el oro y sobre las alhajas, las llevó á su escondrijo y las guardó bajo siete llaves.

Durante esta operacion ni habló una sola palabra, ni tuvo otro pensamiento que asegurar la posesion de su tesoro.

Luego, trastornado por su repugnante alegría, esclamó:

—Esa muchacha está loca: ¿pero de dónde ha sacado ella esto? ¿Y qué me importa? que vuelva por ello: nadie lo ha visto... nadie puede probarme... y luego que lo encuentren si pueden.

IX.

—¡Qué hombre tan infame es ese usurero! esclamó Luisa.

—¡Bah! ¡su castigo fué inmediato y terrible!

—¡Terrible!

—Lesmes Modorra, mas contento que nunca, creyó que debia ir á dar gracias á Dios por el favor que le habia hecho. Pero la piedad

alimenta al alma, no al cuerpo. Lesmes Modorra, despues de dar gracias á Dios, necesitaba almorzar: antes de ir á la iglesia dejó encendiéndose la hornilla.

La casa quedó sola.

Una chispa de la hornilla saltó á un rollo de esteras viejas que cubria el sitio donde el miserable tenia escondido el tesoro, y prendió en un esparto seco: la chispa se dilató, se trasmitió, dejó ver un círculo rojo y opaco en la superficie de la estera: luego saltó de aquel círculo una llamita azul, luego una llama blanca, despues el rollo se encendió, creció la llama, subió, se apoderó de un tapiz, se trasmitió á los andrajos apilados por la miseria de Lesmes; por último, acometió el techo, y aquella cueva maldita ardió en un incendio rugidor, terrible.

Al ver salir humo denso y acre por las rendijas de la puerta y por los estrechos respiraderos de la caverna del miserable, las gentes que pasaban dieron la voz de fuego; aquella voz cundió, corrió, llegó á la iglesia en el momento en que el sacrílego judío daba gracias á Dios por su crímen, y resonó una voz terrible en la iglesia, que gritó:

—¡Fuego! ¡fuego en casa del señor Lesmes Modorra!

Al oir esta voz el usurero, se levantó demudado, consternado, trémulo; escapó, llegó á su casa, y con el valor de la avaricia abrió la puerta.

Una serpiente de fuego salió por ella silbando, se retorció al rededor del cuerpo de Lesmes, tiró de él y le metió dentro: los que miraban el incendio lanzaron un grito de horror: Dios me habia entregado al sacrílego que se atrevia á ir delante de su altar á darle gracias por un robo infame, y yo le abrí las puertas del infierno, esterminándole por medio del fuego sobre su tesoro.

Despues la casa se hundió.

Los que sabian, los que sospechaban que Lesmes Modorra tenia enterrados grandes tesoros, revolvieron los escombros, pero nada hallaron mas que algunos huesos calcinados, algun oro fundido mezclado con las cenizas; las perlas, los diamantes, las piedras preciosas que constituian la gran riqueza del judío se habian quemado.

¡Oh! ¡la providencia de Dios!

Nada queda impune, nada.

X.

—¿Y Julia? dijo Luisa.

—Julia, contestó la baronesa del Destierro, volvió desolada al meson: habia hecho una obra inmensamente meritoria: habia resistido á la miseria, á pesar del estado de su madre: se habia conservado pura y digna.

Era una hermosa figura.

Cuando llegó al meson, su madre dormia aun.

Julia se inclinó sobre su frente sudorosa y la besó de nuevo.

Despues se sentó abatida al lado del lecho.

Poco despues llamaron á la puerta.

Julia se levantó, abrió, y vió delante de sí á un mozo de la posada.

—¿Es necesario que nos vayamos ya? dijo.

—No, no señora, contestó el mozo: nadie piensa en eso; por el contrario, un lacayo de casa grande, vestido de encarnado, con una hermosa librea, ha dejado esta carta para vos.

Julia tomó la carta y la abrió temblando.

Porque en ciertas situaciones todo hace temblar á los descendientes de Eva.

Aquella carta decia lo siguiente:

«Julia: un pariente de tu padre, que no te se dá á conocer por razones que te dirá algun dia, sabe la deplorable situacion á que estais reducidas tu madre y tú: es necesario que esa situacion cese, hija mia. Dentro de poco irá una mujer á llevaros ropas: así, pues, cuando esteis vestidas como conviene, irán á buscaros con una litera y os llevarán á vuestra casa, donde encontrareis lo que habeis menester.»

Esta carta no tenia firma.

Julia aceptó.

Al mediodia las dos mujeres estaban instaladas en una bella casita con mirador, con jardin, con terrado, con cuantas comodidades se conocian en aquel tiempo: pero sin ostentacion, todo sencillo, todo alegre, todo blanco: la despensa provista, los cofres llenos: Julia respiró: en un cofre habia encontrado una razonable cantidad de oro.

Julia buscó una mujer que las sirviese.

Despues empezó á dar oidos á su vanidad.

Su trage fué creciendo en fausto, hasta que llegó á ser el trage de una dama.

Es verdad que yo escitaba aquella vanidad.

Que la enviaba con mi demonio rojo ricos cortes de vestidos completos con todos sus adornos, con todas sus joyas: que todos los meses la daba una fuerte cantidad.

Julia comia bien, vestía bien, se hacia servir bien.

Muy pronto nadie vió en ella á la hija del pobre bedel, sino á una hermosísima dama, que enamoraba por sus encantos y que no curaba las heridas que hacia.

Tuvo amigas, y al rededor suyo una corte de adoradores.

Las cuchilladas ó las serenatas eran frecuentes en su calle.

En Salamanca no se hablaba de otra cosa entre los hombres y las mujeres que de la hermosísima Julia.

Los unos por amor: las otras por envidia.

Y Julia pasaba con la altivez de una reina entre adoradores y envidiosas.

XI.

Riquísimos regalos iban cada dia á las manos de Julia por medio de su dueña, de los que pretendian deslumbrar á Julia.

Julia recibia los regalos y las cartas que los acompañaban, guardaba las joyas, leía riéndose las cartas y no las contestaba.

—¡Oh! dijo Luisa: no me agrada ya tanto Julia.

—¿Porque recibia regalos?

—Sí.

—Otros tiempos, otras costumbres...

—Mujer que recibe, se obliga.

—En aquellos tiempos no: la dama mas encopetada, mas principal, recibia un regalo del amante mas desesperado, segura de que el aceptarlo no la comprometia á nada.

En el siglo XVII la galantería habia llegado en la corte de España á la exageracion.

El antiguo lema castellano: Dios, patria, rey y dama, era la divisa de los caballeros de entonces.

Todo el que podia fundaba un convento.

Sino un convento, una capilla.

Cuando menos una obra pia.

Cuando no se podia hacer por entero una de estas cosas, se ayudaba á ellas.

El rosario iba pendiente de la espada.

Donde quiera que España encontraba enemigos, allá se iban tras la bandera del rey, nobles y aventureros, chicos y grandes.

El rey era respetado hasta la idolatría.

El dinero que escapaba de las fundaciones ó de las mandas piadosas, iba á dar en las damas.

La sangre que sobraba á la patria y al rey, se vertia con frecuencia bajo las rejas de una dama, ó en una funcion de toros, donde los mas nobles caballeros se esponian á porfía por parecer valientes ante las mujeres.

Y los frailes pagaban á los españoles la sangría de sus haciendas con misas.

El rey su sangre con encomiendas.

La mujer su sangre y su oro con una sonrisa.

Pero ni los frailes, ni el rey, ni la dama, siempre dispuestos á tomar, daban mas á los españoles de entonces, y aun así el que lograba esto se tenia por afortunado.

El agradecimiento del fraile era punto menos que imposible, el favor del rey dificilísimo, el amor de la mujer nada tenia de comun, de relativo, de consecuente con los regalos ó con las estocadas.

Las mujeres del siglo XVII, como las de ahora, como las de todos los tiempos, cuando amaban, amaban de balde.

Entonces, como ahora, no se compraba el amor, se compraba la mujer.

Y como Julia no se vendia ni queria venderse, y como para comprar su amor era necesario un corazon, hé aquí que Julia tomaba sin desdoro, y sin que nadie lo estrañase, regalos, y no concedia á sus adoradores mas que una sonrisa, que era todo lo que era costumbre que una dama honrada diese al galan que la servia.

Y aun habia mas: una dama sin comprometerse podia aceptar como escudero á un hidalgo, tomar balcon ó ventana que él la regalase para los toros, aposento en la comedia, y aun almuerzos en las huertas de Atocha: todo esto, se entiende, en compañía de la inseparable dueña, del page, del rodrigon, ó del hermano, del tutor, ó del tio.

En cuanto al que ellas favorecian con sus mas dulces favores, era una figura oculta en la sombra, á quien nadie conocia, porque ella era recatada y él discreto: porque el siglo XVII era muy sibarita, lo habia refinado todo, y el mejor aliciente del amor es el peligro y el misterio.

Además era el siglo XVII muy hipócrita: ligero, vivo, aventurero en las apariencias, dejaba ver á todo el mundo lo que estaba dentro de las costumbres: en medio de los saraos y de las fiestas, las damas ostentaban una rigidez de virtud, dura como el acero: lo reprobado se ocultaba cuidadosamente y se sabia ocultar: tal dama habia que pasaba por la mujer mas fria y mas severa del mundo, que no podia vivir sin amante íntimo, que le esperaba de noche anhelante con la mano puesta en el cerrojo del postigo, y que una vez á solas con él, era una mesalina.

En el siglo XVII la sociedad española marchaba tiesa, hinchada, severa, resplandeciente en lo esterior todo, y lodo y sensualidad en lo interior.

Pero aquel lodo no traspiraba.

Al menos esto tenia una ventaja: no se conocia el escándalo.

Julia aun no habia esperado de noche á un hombre.

Julia no habia aun amado.

Su vanidad estaba satisfecha.

Su madre estaba perfectamente cuidada.

Julia no deseaba mas.

En este estado la encontró su hermano cuando volvió á Salamanca.

XII.

Y la razon secreta del fausto y de las riquezas de Julia era yo.

Ella mientras no conoció á su hermano, ni aun pudo sospechar siquiera, que yo, Satanás, hubiese aceptado el ofrecimiento de su alma, habia creido, que en efecto un pariente rico, que sin duda por buenas razones no se daba á conocer á ella, la protegia generosamente.

Pero despues de la llegada de su hermano, el lacayo encarnado, esto es, uno de mis demonios, dejó de ir á llevarla dinero y regalos.

Pero en cambio, Julia los encontró en sus cofres, y la primera vez que lo notó vió una carta que decia lo siguiente:

«Gasta cuanto quieras y nada temas: yo te protejo: no temas por tu alma: yo no la acepto: arréglate como puedas con Dios: yo te utilizaré de otro modo.»

XIII.

Mi proteccion, pues, era la razon suprema de los gastos de Julia, de aquella casa completamente transformada desde el cimiento al caballete del tejado, de aquellos gabinetes tan bellos y tan ricamente amueblados, de aquella tan buena coleccion de dueñas, doncellas, criadas y lacayos, de aquellas doradas sillas de mano, de aquella alta carroza, porque Julia no habia parado hasta tener carroza, y de las seis poderosas mulas negras, de los cuatro magníficos caballos de Gutierre, y de los mayorazgos que cada dia aumentaban en fincas y por consecuencia en rentas.

Julia no era como tu madre, Luisa, y como tus abuelas, que recibian mi dinero, y el que no gastaban le guardaban, confiadas, indolentes.

Julia decia que como mejor se guarda el dinero, es empleándole en buenas haciendas, que dén buenos productos y por consecuencia buenas rentas.

Julia no estaba contenta con sus riquezas, con su gran renta: necesitaba mas: ya te he dicho que Julia era escesivamente vanidosa, queria ser señora de título, marquesa cuando menos; pero esto no era fácil.

Ocurriósele que Gutierre se fuese á Flandes, que se batiese como un desesperado por el rey, y que diese un pretesto para que le hiciesen á él señor de título, y no solo á él, sino á ella.

Pero Gutierre dijo que la guerra se habia hecho para que los pobres hiciesen fortuna, no para que los ricos fuesen á gastar su dinero.

Julia, pues, tuvo que tener paciencia.

XIV.

Una tarde estaba Julia en un aposento del corral de la Pacheca, asistiendo á la representacion de una zarzuela en que cantaba una cómica nueva á quien habia precedido una gran fama.

El estreno de la artista habia sido una especie de cita para las damas mas principales, mas ricas y mas hermosas: aquello era una competencia.

Julia se habia presentado con un ancho, rozagante y magnífico trage de terciopelo negro de Utrech, con herretes y joyas de diamantes de gran tamaño y valor y encajes costosísimos de Flandes;

llevaba un collar de rosas de diamantes, arracadas y diadema de lo mismo, y los dorados cabellos deliciosamente peinados.

Cuando se presentó en el aposento, al inclinarse sobre la barandilla para mirar el teatro, en la apariencia, en la realidad para dejarse ver, un murmullo de asombro se levantó de en medio del público. Julia, que era hermosísima, que tenia ya veinte años, y que habia llegado al completo desarrollo de sus encantos, no podia menos de maravillar á todos.

Desde que ella se presentó, la rivalidad fué imposible, porque ella era la mas hermosa, la mas pura, la mas codiciada, la mas sencilla, rica y bellamente vestida.

Julia gozó de su triunfo sin afectacion, porque su vanidad no era de esas que se imponen y que se hacen insufribles.

Ella debia ocupar su puesto de reina, sin ofender á nadie.

Concluyóse el primer acto de la zarzuela-comedia, y mientras se hacia el entremés, un gentil-hombre llegó á la division del aposento que ocupaba Julia con su dueña y su hermano, y dijo á este último:

—Don Gutierre: ¿tendreis la bondad de oir?

—¿Y por qué no, caballero? dijo Gutierre acercándose.

—Mi señor el conde-duque, pide licencia á vuestra señora hermana para venir á visitarla.

—Decid á su escelencia, dijo Julia sonriendo y adelantándose á la contestacion de su hermano, que aunque es ya viejo, tiene muy mala fama y no me determino á que le vean junto á mí...

—Pero en nuestra casa... dijo Gutierre, que habia puesto muy mala cara á la respuesta de su hermana.

—Yo recibo todos los dias á mediodia, dijo Julia.

El gentil-hombre saludó y se fué.

Gutierre le vió poco despues en un aposento de enfrente hablando con el conde-duque.

Luego el conde-duque habló en secreto con un encubierto que estaba en el fondo de aquel aposento.

—Que el cielo me mate, dijo para sí Gutierre, si aquel que tanto se tapa no es el rey nuestro señor.

Y á seguida, sin acercarse á Julia y sin dar lugar á que los de enfrente pudieran comprender que se hablaba de ellos, la dijo:

—Paréceme, Julia, que quien quiere visitarte es una muy alta persona.

—Que llegará, por alta que sea, adonde han llegado las demás.

—¡Oh! ¡oh!

—El galanteo, hermano, se queda para las que no son ricas; las que lo son...

—Deben dejarse galantear cuando quieren ser marquesas.

Julia se quedó un momento pensativa, y luego dijo:

—Lo seré.

XV.

Y Julia fué marquesa de la Buena-dicha, pero llegó á serlo usando medios enteramente distintos de los que otras hubieran usado: esto es: resistiendo los deseos del rey y desesperándole.

El conde-duque nunca habia logrado ser recibido por Julia en audiencia particular.

Cuando esta no tenia gentes en casa á la llegada del conde-duque, decia el portero de estrado respetuosísimamente á su escelencia:

—La señora ha salido.

Ó bien:

—La señora está indispuesta.

El conde-duque se retiraba con el peor humor del mundo; porque no era persona á quien podian darse sin disgustarle tales contestaciones.

Don Gaspar de Guzman, favorito viejo de Felipe IV, y á mas de conde-duque, ministro universal, acabó por enviar á su ayuda de cámara con una carta en que se leía lo siguiente:

«Hermosa señora: he estado tres dias á veros, y los tres dias he tenido la desgracia de que os hayais ido á la iglesia ó hayais permanecido en el lecho. ¿Cuándo podré tener el gusto de encontraros?»

Julia escribió bajo esta carta:

«Mañana á las doce.»

El conde-duque fué, le introdujeron y se encontró delante de Julia.

Pero era aquel, por decirlo así, un dia de audiencia general.

El conde-duque se vió abordado en los apartes, por una multitud de pretendientes posmas, que para acabar de aburrirle estaban en la casa de Julia, donde los cómicos del corral de la Pacheca, pagados por Julia, daban un divertimiento de declamacion, canto y baile.

Despues debia comerse.

El conde-duque no se esperó á la comida, y salió renegando y cargado de memoriales.

Tres dias despues Julia recibió esta otra carta:

«Señora: necesito de todo punto hablaros á solas: os interesa demasiado lo que tengo que deciros.»

Julia escribió por bajo:

«Venid mañana á la una y comereis co-migo.»

El conde-duque dió la cosa por terminada: no tenia duda de que aquella sería una comida íntima, y de que se le convidaba á comer para que hubiese vinos á quienes poder echar la culpa de las palabras de cierto género que se pronunciasen.

Pero se llevó tambien chasco.

A Julia acompañaban su dueña y dos doncellas de estrado, dos señoritas de compañía que diriamos hoy.

Del mismo modo Julia estuvo acompañada durante la comida, y despues de la comida.

Don Gaspar notó que la comida era magnífica, esto es, que la servian en vajilla de plata, que los platos eran muchos, costosos y delicados, y los vinos y las conservas de una gran variedad y escelentes.

Vió que en la servidumbre habia pages, como en la casa mas encopetada, noble y rica: por último, que Julia era tan dama comiendo como hablando, y haciendo los honores de su casa como fuera de ella.

El conde-duque dijo al rey aquella noche en el despacho:

—Creo que esa dama no se la consigue por dinero: la creo mas rica que vuestra magestad.

—¡Oh! ¡oh! ¿y qué hemos de hacer? Yo voy siendo ya viejo como tú, conde-duque: vamos pasando: de modo que si esa dama resiste al dinero, no sé, no sé...

—Si resiste al dinero, no resistirá á la vanidad. Ser la amiga de un rey...

—Es una honra que muchas no han querido, Olivares; lo sabes demasiado. Ya sabes que las mujeres no reconocen del rey abajo mas que al que paga, ó al que las agrada.

—Hay que tener en cuenta que doña Julia no sabe que vuestra magestad la pretende.

—Pues que lo sepa, Olivares, que lo sepa: veremos si esto sirve de algo.

El conde-duque escribió otra carta á Julia concebida en estos términos:

«Necesito hablaros completamente á solas para deciros lo que su magestad piensa acerca de vos: espero que me señalaréis una hora del dia ó de la noche, en que absolutamente sin testigos podamos hablar.»

Julia contestó en la misma carta al conde-duque:

«Caballero: nunca estoy mas sola que como me vísteis el otro dia. Estas son mis costumbres, y, perdonadme, ni por el rey, ni por vos, ni por nadie faltaré á ellas.»

El conde-duque arrugó esta carta entre sus manos, y se decidió á tomar otro rumbo.

Hizo estender á su secretario un nombramiento y le envió á la firma del rey.

Entre tanto mandó llamar á Gutierre.

El nombramiento fué firmado y llegó antes que el hermano de Julia llegára.

Cuando este entró, el conde-duque le pidió se sentase.

—Amigo mio, le dijo, paréceme que en la corte os enmoheceis.

—¡Yo! dijo Gutierre: perdonadme, señor, pero me... me muevo tanto que no puedo ni moverme.

—¡Ah! yo creía que vos querríais ir á Italia.

—Quise, pero ya no quiero.

—Esplicadme.

—Cuando era pobre, bien: pero ahora que soy rico...

—De modo que querreis permanecer aquí.

—Sí señor: eso quiero y eso haré.

—Se habia creido... pero no importa: tomad.

Y dió el nombramiento á Gutierre.

—¿Y qué es esto, señor? dijo el perillan.

—Se os nombra coronel de los ejércitos de su magestad.

—Pero yo no he pedido...

—Es cierto, pero se premian vuestros méritos. Habeis servido...

—He sido arcabucero de los tercios viejos.

—Teneis honrosas cicatrices.

—Que me fastidian un tanto.

—De modo que el rey...

—Escelentísimo señor, dijo Gutierre, hablemos bien y fracamente como dos buenos amigos: se dice que su magestad anda apurado, y que se dán estos dias compañías y regimientos á las gentes ricas, y aunque yo lo sea, no quiero gastar mi dinero en esto.

—Este nombramiento no os cuesta nada.

—¡Ah! pues entonces demostrad en mi nombre mi mas profundo reconocimiento á su magestad, dijo Gutierre guardando el nombramiento.

—¿Y vuestra señora hermana? dijo el conde-duque; ¿no desea nada? ¿no podemos demostrarla con nada el aprecio en que la tiene su magestad?

—En cuanto á mi hermana, escelentísimo señor, dijo con la mayor sinceridad Gutierre, no sé ni lo que desea ni lo que la agrada: es para mí un misterio incomprensible; ni tiene amores ni los ha tenido...

—¡Cómo! ¿Estais seguro de ello, don Gutierre?

—Segurísimo.

—Con que vuestra hermana...

—Vírgen, completamente vírgen de cuerpo y alma...

—Y tan hermosa, y tan pretendida... es estraño, sumamente estraño que no haya amado.

—Lo puedo asegurar á vuecencia, y tanto, y de tal modo, como que con gran sentimiento mio me atrevo á decir que su magestad no conseguirá nada.

—¡Cómo! ¿sabeis?...

—Señor conde-duque, á mí no se me oculta nada: yo siento crecer la yerba: ¿cree vuecencia que yo me andaria con repulgos? si en mi mano estuviera...

—¡Ah! ¿vos no podeis hacer nada?

—Nada absolutamente.

—Y decidme... ha llegado el caso de que hablemos con franqueza: en tal estado, con tanto esplendor se ha presentado en la corte vuestra hermana, se ha prendado de tal manera el rey de ella, ha rechazado ella de tal modo las solicitudes del rey, que he debido desear saber quién era esta mujer singular á la que nada deslumbraba, á la que nada arrastraba: comprendiendo á primera vista por su aspecto que era noble y rica (yo lo creía así, en cuanto á lo noble digo), no habia que informarse de otra cosa sino de si tenia algun empeño amoroso que la defendiese de otros amores; pero por mas que se hizo no se dió con él: y eso que ha sido espiada, vigilada, seguida de dia y de noche, sin que ella pudiera notarlo: no habia tal amante: supuse que podia tenerlo ausente, pero no se recibia en su casa ni una sola carta: entonces sospeché si vos no seríais su hermano...

—¡Cómo, señor!

—Todo debia averiguarse: y se averiguó: en la servidumbre de

vuestra hermana hubo gentes pagadas por mí, que miraron, que escucharon, y que nada vieron, que nada oyeron que pudiese confirmar mis sospechas: por el contrario, tuve la certeza de que doña Julia era vuestra hermana.

—Lo celebro, señor.

—Despues quise saber, ya que sabia lo que sucedia en el presente, lo que podia haber sucedido en el pasado, y entonces supe con sorpresa que es hija de un pobre bedel de la universidad de Salamanca, que de repente doña Julia se habia presentado como una dama rica, y que habia desesperado á los galanes de Salamanca, como ha desesperado y desespera á los de la corte.

—Todo eso es verdad.

—Y todo es tan singular que empeña mas y mas al rey. Yo sé que me servís lealmente: yo sé que en vos no consiste...

—No, no señor.

—Pues bien, veamos; vos que debeis conocer mejor que nadie á vuestra hermana, ¿nos podreis decir cuál es su pecado?

—La vanidad, dijo Gutierre.

—¡Ah! esclamó el conde-duque, que tenia motivos íntimos para saber hasta qué punto puede conducir el pecado de la vanidad: ¡no está contenta aun con lo que tiene!

—No, no señor: ni lo estará nunca. Siempre querrá mas.

—Un título... un título no cuesta nada, dijo para sí el conde-duque; si se le hubieran de dar rentas sería distinto: pero ella, no sé cómo, es rica. Decidme, don Gutierre, decidme: le gustaría á vuestra hermana ser marquesa?

—Indudablemente.

—¡Oh! pues lo será, lo será, y dentro de muy poco.

—Mil gracias, señor.

—Tomaremos por pretesto vuestros servicios á su magestad.

—Pero si yo no he hecho ningunos.

—Los buscaremos y los encontrarémos. Volved por aquí dentro de quince dias.

XVI.

Quince dias despues, Gutierre volvió á la secretaría de Estado.

El conde-duque le dió una carta real, y un libro preciosamente encuadernado.

La carta contenia la concesion del título de marquesa de la Buena-dicha á Julia.

El libro era la ejecutoria.

Julia hizo poner un escudo de piedra berroqueña sobre la puerta de su casa.

Aquel escudo se multiplicó en los retratos de Julia, en los techos, en los muebles, en las vajillas, en las portezuelas de literas y carrozas, en todo aquello en que puede ponerse un escudo de armas.

Julia se presentó ya en el mundo con el título de marquesa y su éxito fué completo.

Pero á pesar de esto el rey continuó como se estaba antes respecto á Julia: esto es, usando de una frase vulgar, á la luna de Valencia.

Julia no se vendia por nada.

Tomaba como habia hecho siempre y daba las gracias, pero nada mas.

Entonces el conde-duque desesperado, vivamente interesado en que el rey tuviera un entretenimiento, apeló á uno de sus recursos, y para ello llamó á Gutierre.

XVII.

Gutierre compareció: el conde-duque estaba de muy mal humor.

El rey se le mostraba hostil.

Entonces mas que nunca necesitaba hacer un servicio al rey.

—Ha llegado el caso de que acabemos de una vez.

—¿Acerca de qué, señor? dijo Gutierre.

—¿Acerca de qué ha de ser?

—¿Se trata de mi hermana?

—Sí por cierto.

—Pues ahora es mas difícil que nunca, señor.

—¿Y por qué?

—Porque mi hermana está enamorada.

—¡Enamorada! esclamó el conde-duque.

—Y enamorada como una loca.

—¿Y de quién?

—No lo sé.

—¿Pero cómo sabeis que está enamorada?

—Porque me ha dicho sériamente: me caso.—Cuando ella ha dicho me caso, es porque está loca por un hombre: además ha añadido:—Es necesario que dejemos de vivir juntos, Gutierre. Cuando me case necesito toda la casa.

—¡Ah! ¡no quiere que la espieis!

—No lo sé.

—¿Y vos qué pensais hacer?

—¿Yo? irme á vivir á mi casa. Así como así necesitaba mas libertad; mis amigos no pueden entrar fácilmente en casa de mi hermana: me conviene esta separacion: ella tiene ya veinte años y sabe vivir.

—Os mando que por algun tiempo entretengais vuestra partida, vuestra separacion de vivienda.

—¡Ah! ¡si vuecencia me lo manda!...

—Hé dicho mal, os lo suplico, y espero que vos...

—Permaneceré en casa de mi hermana, pero no podrá ser por mucho tiempo.

—No necesitamos mucho tiempo tampoco, don Gutierre; leed este papel donde está escrito lo que se espera de vos, y cuando yo vuelva de firmar unos papeles, que será al momento, vendré á saber lo que habeis resuelto.

Y dió un papel á Gutierre y salió por una de las puertas de la secretaría.

—Esto será una cosa tal como del conde-duque, dijo Gutierre; pero veamos, veamos, que por mucho que el conde-duque pida, con tal que pague, no hay nada que decir: se le sirve si se puede y punto concluido.

Gutierre desdobló el papel y leyó lo siguiente:

«El estado en que este negocio se encuentra exige una resolucion decisiva: se trata de que vos procureis de noche una entrada segura y oculta á la persona que sabeis, donde sabeis, por lo cual se os recompensará.»

—Es decir, esclamó Gutierre dejando de leer, se me pide que haga traicion á mi hermana... y se me ofrece una paga proporcionada: veamos. Nada tengo que pensar; lo tengo pensado.

Y se puso á pasear por el despacho.

Poco despues entró el conde-duque.

—¿Habeis leido el papel? preguntó.

—Sí señor.

—¿Y qué habeis resuelto?

—Servir á su magestad.

—Será necesario evitar que haya un escándalo.

—Se evitará.

—¿Y estais seguro del resultado?

—Sí, sí señor; pero lo que me pedís es un crímen.

—¡Eh! ¡eh! un crímen: ¿y bien, qué?...

—Es necesario que se me pague bien.

—Pedid.

—Allá en la calle de Atocha, cerca de la plazuela de Anton Martin, hay un colegio de Niñas nobles.

—¡Ah! ¿querríais que entrase en él alguna niña? dijo con cierto cuidado don Gaspar de Guzman.

—No, no por cierto; quiero que salga de él una mujer.

—¡Una mujer!

—Sí, una hermosa mujer que se llama Luisa Isabel María de Austria.

—¡Cómo! ¿sabeis que esa señora es casi una infanta?

—Sé que es hija bastarda del rey.

—¿Y quereis que salga de allí esa señora?

—Sí por cierto: si el rey ha de entrar de noche en el aposento de mi hermana, y á traicion, es necesario que salga del colegio de Loreto la hija del rey. Mujer por mujer.

—Pedís demasiado: vuestras condiciones son irritantes.

—Yo pido la hija bastarda del rey para hacerla mi esposa, y vos me pedís á mi hermana para deshonrarla.

—Sea como quiera; no, no puede ser.

—Pues bien, que no sea, escelentísimo señor. Déme vuecencia permiso para que me retire.

—Esperad, esperad: veamos si podemos convenir.

—Señor, hace mucho tiempo que estoy enamorado de la hija de su magestad, tanto como su magestad puede estarlo de mi hermana: sufro por ella, es toda mi ambicion, y puesto que se me necesita, no he de aflojar ni un tanto: mujer por mujer.

—¿Es vuestra resolucion decidida?

—Decidida de todo punto.

—Lo diré á su magestad.

—Volveré mañana á saber lo que su magestad ha contestado.

Y Gutierre salió dejando aturdido al conde-duque.

Cuando el rey supo la exigencia de Gutierre puso una cara difícil de describir.

Frunció las cejas, miró fijamente al conde-duque, y siendo por un momento rey, esclamó:

—Prendedme sobre la marcha á ese bellaco, azotadlo y echadlo de mis reinos con su hermana.

:

—¡Cómo! ¡señor! esclamó asustado el conde-duque: ¿á doña Julia ha de alcanzar la culpa de los atrevimientos de don Gutierre?

Al oir el nombre de doña Julia el rey se cayó de golpe desde lo alto de la magestad adonde en un momento de lucidez, y mas por vanidad que por dignidad, se habia encaramado un momento.

—Verdaderamente, dijo, que doña Julia no tiene la culpa del desacato de ese perdido; echádmele á él solo.

—Si se echa á don Gutierre ya puede vuestra magestad renunciar á doña Julia.

—¡Renunciar! ¡renunciar! y es el caso que... vamos te lo confieso, don Gaspar... aunque no debo... aunque ya la edad no me disculpa... aunque sería prudente violentarme... no puedo... esa doña Julia... vamos... decididamente... es mi última locura... pero no me resigno á... no, no... no puede ser... esa dama me ha vuelto á mi juventud... y es necesario, mi buen Guzman, necesario de todo punto, que esa señora...

—Pues no puede desterrarse á su hermano.

—¿Pero tan necesario es su hermano?...

—Necesario de todo punto.

—Esperarémos...

—No se puede ya esperar.

—¡Cómo! ¿por qué?

—La señora marquesa de la Buena-dicha...

—Marquesa por nuestra gracia...

—Pues bien, esa hermosa marquesa, por gracia de vuestra magestad, se casa.

—¡Qué se casa! esclamó el rey, poniéndose pálido. ¿Quién dice eso?

—Su hermano.

—¿Y con quién se casa? esclamó con doble interés y casi con irritacion el rey.

—Su hermano no lo sabe.

—¡Cómo!

—Doña Julia es muy reservada.

—Como título de Castilla necesita de nuestra licencia.

Movió la cabeza como desaprobando las palabras del rey el conde-duque.

—Siempre encontrarémos pretesto para no concederla la licencia.

—Doña Julia es muy tenaz, muy firme: y una de dos, ó se casa de secreto...

—¡Oh! ¡oh!

—Ó para no necesitar de la licencia de vuestra magestad, renunciará el título.

—No admitirémos la renuncia.

—Será capaz de irse de España.

—La mandaremos volver.

—¡Bah! no vendria.

—La confiscaríamos por rebelde sus estados.

—Eso sería un acto de tiranía.

—Tienes razon, don Gaspar, tienes razon, confieso que esa mujer me ha vuelto el juicio.

—Vuestra magestad sufre demasiado para que yo me atreva á darle un consejo.

—Habla, habla, Guzman: hace muchos años que nos conocemos, casi los que yo cuento de vida, y puedes decírmelo todo, todo...

—Sin embargo, señor, ya me ha costado caro alguna vez el hablar con sinceridad á vuestra magestad.

—No hablemos de eso; no recordemos...

—Es que, señor, en estos momentos hay quien pretende hacerme perder la confianza de vuestra magestad...

—¡Eh! ¡no! recelos tuyos, recelos infundados.

—Puede ser... pero si vuestra magestad considera que las cosas del reino se presentan tan difíciles y tan embrolladas como el asunto de doña Julia...

—Pues bien, resolvamos lo del reino y lo de doña Julia.

—Lo del reino se arregla haciendo lo que quieren los ingleses, y lo de doña Julia haciendo lo que quiere su hermano.

—¡Dos bajezas!

—Dos cosas necesarias.

—Lo de los ingleses... podria arreglarse de otro modo... aceptando la guerra...

—¿Y de dónde sacaremos armadas, hombres y dineros?

—¡Ah! ¡ah! ¡es verdad! Ya se ve, como me aburro, muchos creen que estoy disgustado contigo, y suponen...

Estremecióse el conde-duque.

—Si yo no estuviera aburrido...

—Pero si vuestra magestad no me ayuda...

—Oye, Guzman: eso de que una hija mia se case, por mas bastarda que sea, con ese mal nacido, con ese miserable, es cosa de la

que no hay que hablar: te lo aviso para que busques otros medios, y te aviso además que me aburro demasiado.

Y el rey despidió al conde-duque, que salió trastornado y mandó llamar al momento á Gutierre.

XVIII.

Pero Gutierre se mantuvo inflexible.

El conde-duque se vió obligado á sostener otra lucha con el rey.

Al fin de algunas reñidas batallas con su magestad, su magestad consintió no ya solo en dar su hija bastarda Luisa Isabel María de Austria al hijo del bedel de la universidad de Salamanca, sino tambien en presentar en persona á su hija al esposo que se la imponia.

XIX.

Una vez el rey acompañado de Gutierre, que iba relumbrantemente vestido, delante de su hija Luisa Isabel María, se encontró bien embarazado.

Su hija, que le miraba con sumo respeto y aun con miedo, estaba arrodillada con la superiora del colegio que la habia acompañado delante del rey, y tan distraido estaba este, que por algun tiempo las dejó permanecer en aquella posicion respetuosa.

Al fin el rey dió á besar su mano primero á su hija y despues á la superiora: mandó sentar á Luisa Isabel, sentóse junto á ella, y Gutierre y la superiora quedaron de pie.

—He dispuesto de vos, señora, dijo Felipe IV con el campanudo acento y la mirada inmóvil que adoptaba cuando queria parecer rey.

Luisa se inclinó.

—He dispuesto de vos para premiar con vuestra mano los grandes servicios de uno de mis nobles y valientes vasallos.

Luisa Isabel volvió á inclinarse.

—Y ese noble y valiente vasallo es este caballero que veis á mi derecha.

Luisa Isabel levantó la vista y clavó una mirada de sus enormes y poderosos ojos negros en Gutierre.

Aquella mirada le estremeció.

Vió en ella algo indomable, algo terrible, y sobre todo una inequívoca espresion de desprecio.

Cuando una mujer empieza por despreciar á un hombre, si este

hombre no es estúpido, comprende que jamás llegará á inspirar amor ni aun respeto á aquella mujer.

Pero Gutierre, que de todo tenia en el alma menos delicadeza, dijo para sí:

—Seas lo que fueres, serás mi esposa, y cuando seas mi esposa, serás mia.

Y este pensamiento se reveló en la mirada que tenia fija en la jóven, y de una manera tan clara, que esta no pudo menos de pensar á su vez:

—Eso lo veremos, señor mio.

Á cuya mirada contestó Gutierre con otra que espresaba:

—Lo veremos.

Cuando existe una profunda antipatía entre dos séres, como cuando los une una ardiente simpatía, no necesitan hablar para entenderse: les basta mirarse.

Entre Gutierre y Luisa Isabel existia la relacion de la antipatía, y se habian comprendido.

Entre ellos existia un reto.

Aquel reto habia sido mútua y simultáneamente lanzado, mútua y simultáneamente aceptado.

El bueno de Felipe IV, sin embargo, no se habia apercibido de nada; las miradas habian sido rápidas, chispeantes, y habian pasado como pasan uno tras otro dos relámpagos.

—Este caballero puede venir desde hoy á visitaros, señora, dijo el rey, como vuestro esposo.

Luisa volvió á inclinarse.

—¿Teneis qué decir algo acerca de este casamiento? añadió el rey.

—¿Es la voluntad decidida de vuestra magestad que yo me case? dijo con firmeza Luisa Isabel.

—Mi voluntad irrevocable.

—Obedezco, pues, á vuestra magestad, dijo con la misma firmeza la jóven.

—El conde-duque de Olivares, señora, dijo el rey, se encarga de todo lo concerniente á esta boda; yo no os volveré á ver sino cuando vuestro esposo os presente á la corte.

Y el rey, que se encontraba allí mal, se levantó, dió á besar de nuevo su mano á su hija y á la superiora, y salió seguido de Gutierre, que no dijo ni una sola palabra á Luisa, limitándose á saludarla profundamente.

Luisa Isabel, sin contestar á su saludo, le volvió la espalda y se

dirigió á la puerta que conducia á las habitaciones interiores.

—¡Ah! ¡noble infanta bastarda! esclamó Gutierre saliendo, yo te domesticaré!

XX.

Luisa Isabel, ni lloró, ni se afligió, ni aun se entristeció.

Era fuerte y valiente, y esperó.

Al dia siguiente fué á verla el conde-duque.

—¿Quién es esa especie de bandido dorado que me ha traido el rey? dijo Luisa Isabel apenas vió al conde-duque.

Hízose atrás involuntariamente don Gaspar.

Conocia el carácter tremendo de la bastarda.

—No, no hay porque vuecencia se asombre, dijo Luisa Isabel; siéntese vuecencia.

—Con el beneplácito de vuestra alteza me siento, dijo Olivares.

—Me parece ridículo ese tratamiento, que no me corresponde.

—Si me tratais como duque, yo no puedo menos de trataros como hija del rey.

—Os trato como debe tratarse á un hombre á quien no se conoce, pero de quien se sabe que es una alta persona.

—¿Qué, no me conoceis, señora?

—Conocia al buen don Gaspar de Guzman, que alguna vez venia á verme en nombre de mi padre, y me hablaba con amor y con franqueza: ahora no veo en vos mas que al conde-duque de Olivares, secretario universal, favorito, amo del rey de España.

—¿Por qué me decís eso?

—Porque me habeis vendido.

—¡Yo!

—Sí, vos.

—Pero yo qué tengo que ver, señora...

—Mi padre... quiero decir el rey... me ha presentado á ese hombre de tal manera, que parecia que al presentármelo estaba seguro de cometer una mala accion; y tenia miedo, mas que miedo; remordimiento.

—Ignoro, señora...

—Y como vos sois autor de todo lo malo que piensa y hace el rey...

—¿Es amante vuestro algun enemigo mio, señora?

—Yo no tengo amante, caballero, y estraño mucho que os atrevais á insultarme.

—¡Señora!

—Basta ya: sea lo que quiera, yo he accedido á los deseos del rey; mejor dicho, estoy dispuesta á obedecer sus órdenes como hija y como vasalla. Nada, pues, tenemos que hablar. Idos.

—¡Doña Luisa!

—Idos, digo, y si no os vais me iré yo. Cuando sea necesario avisadme que venís, y yo diré si os recibo ó no. Ahora idos.

—Quedad con Dios, señora.

—Id con Dios.

El conde–duque salió aturdido, pero no se atrevió á decir al rey lo que le habia sucedido con su hija.

XXI.

Al dia siguiente Gutierre, autorizado ya para visitar á Luisa Isabel, fué al colegio de Loreto.

Se hizo anunciar, y poco despues le recibió Luisa Isabel.

Y le recibió sola, sentada, altiva, con la actitud de una reina.

—Despues de lo que pasó ayer entre nosotros, dijo Gutierre, necesitaba hablaros, señora.

—Y yo tambien necesitaba deciros, contestó Luisa.

—¿Os vais á casar conmigo?

—Sí, como me casaria con ótro cualquiera, fuese quien fuese.

—¿Habeis comprendido que su magestad está resuelto?

—Por lo mismo quiero evitar violencias. Cuando estemos casados será otra cosa.

—Sí, cuando estemos casados será otra cosa, dijo Gutierre.

Y como la situacion era difícil, guardó silencio.

—¿No teneis nada mas que decirme? dijo con un supremo desprecio Luisa Isabel.

—Sí, sí señora; tengo mucho que deciros. En primer lugar, necesito deciros por qué he solicitado casarme con vos.

Luisa Isabel hizo un gesto de desden, frio.

—Os he visto algunas veces en las ventanas del colegio que dán al patio desde la torre de Montserrat.

—Buena vista teneis, á pesar de que solo os queda un ojo.

—En efecto, veo mucho.

—Continuad y no nos detengamos, á fin de que concluyamos pronto.

—Digo, pues, que os vi: estábais apoyada la primera vez que mi

ojo os vió, en una columna de la ventana: las enredaderas formaban sobre vuestra cabeza un dosel de verdura, el sol iluminaba vuestra frente, brillaba en vuestros ojos: estábais pensativa, y pensativa de un modo que yo entendí claramente que no amábais, pero que teníais necesidad de amar: me parecísteis muy hermosa, como no me lo ha parecido ninguna mujer, y no sé si os amo, pero sé que os deseo, os deseo tan ardientemente y mi voluntad es tan firme que habeis de ser mia.

Luisa Isabel miró á Gutierre de aquella manera que ya hemos indicado y que parecia decir:

— ¡ Lo veremos !

— Ya lo vereis, dijo Gutierre contestando á aquella mirada. Pero continuó: sabeis ya por qué quiero casarme con vos: sabed ahora por qué el rey os manda que os caseis conmigo.

— Es inútil: me basta con saber que me lo manda.

— No, no es inútil: seré todo lo que vos querais que sea, pero soy valiente y nunca he reñido sin hacer comprender á mi enemigo todo lo que debe temer de mí: dejadme, pues, que respecto á vos continué en mi buena costumbre. Debo deciros, que el rey no me aprecia, ni mucho menos, que cambia conmigo.

Luisa Isabel se reclinó en el sillon, apoyó su bellísima barba en la punta de uno de sus pequeños dedos, y fijó su mirada distraida en el techo de bovedillas.

— Digo, pues, que su magestad y yo cambiamos. El rey me dá su hija bastarda por esposa, y yo doy mi hermana legítima al rey, por querida.

Luisa Isabel no se movió.

—Tanto ansía el rey por mi hermana, que es tan hermosa como vos, continuó Gutierre, como yo ansío por vos, que sois tan hermosa como mi hermana: tan duramente trata mi hermana á su magestad como vos me tratais á mí: como el rey usa de su autoridad para que vos seais mi esposa, yo usaré de todo mi poder para que mi hermana sea querida del rey: cambiamos, pues, su magestad y yo mujer por mujer, autoridad por autoridad: el rey os pone en mis manos, y yo pondré á mi hermana en las del rey.

Luisa Isabel no se movió tampoco.

— Soy, pues, franco y leal con vos: me habeis recibido de mala manera... yo os lo agradezco, porque sé á lo que debo atenerme: me habeis declarado la guerra... os lo agradezco tambien, porque me gusta la lucha: lucharemos, señora, de poder á poder, y sin venta-

ja, porque creo que somos el uno digno del otro... como valor se entiende; que por lo demás no necesito que nadie me diga que valgo infinitamente menos que vos.

Continuó el silencio de Luisa Isabel.

—Ahora que me conoceis, señora, continuó Gutierre, si no os sentís con valor para sostener la lucha, que indudablemente sobrevendrá si nos casamos, componeos de modo que el rey no os case conmigo.

Levantóse Luisa Isabel, miró de una manera profunda á Gutierre, y le dijo:

—Me casaré con vos, porque sé que es inútil resistir al rey; porque debo obedecerle, porque es mi padre y mi señor: el rey se avendrá allá con su conciencia: me casaré con vos, y no seré vuestra, porque sois indigno de mí; ni seré de otro, porque jamás me haré indigna á mis propios ojos: creo que ya nos hemos esplicado bastante, que no necesitamos hablar mas, y como vuestra presencia me repugna, idos. Os mando que os vayais.

—Quedad con Dios, señora, quedad con Dios y hasta la vista.

—Hasta la vista. Id con Dios.

XXII.

Gutierre, todo desconcertado y todo temeroso, porque habia visto un carácter de hierro en Luisa Isabel, se fué á la secretaría de Estado, donde le esperaba el conde-duque.

—Y bien, dijo don Gaspar de Guzman: ¿qué os ha sucedido con doña Isabel?

—Lástima que no sea hija legítima del rey, dijo Gutierre: es toda una infanta de Castilla.

—¡Pero en fin!...

No era Gutierre hombre que arrojase á la calle sus asuntos, y contestó únicamente.

—Doña Luisa quiere ser mi esposa.

—Paréceme que habeis sostenido con ella una recia batalla: venís descompuesto, torvo...

—Contra mi suerte, que no me ha hecho digno de esa señora.

—¡Bah! ¡bah! ¿os tendremos convertido?

—Nada tendria de estraño.

—¿Pero qué ha sucedido?

—Nada: consiente.

—Estais, pues, de enhorabuena.

—¿Y cuando es la boda?

—Es necesario esperar algun tiempo. No han llegado las galas: vos tampoco tendreis convenientemente preparada vuestra casa. Podeis contar con un mes.

—¡Dentro de un mes!

—¡Os parece mucho plazo!

—Quisiera estar casado ya.

—El rey tambien está impaciente: pero las cosas deben hacerse en regla. Emplead ese mes en averiguar quién es el hombre con quien piensa casarse doña Julia.

—Me parece difícil... dijo Gutierre moviendo la cabeza: yo no comprendo á mi hermana, creo que su magestad va á correr un mal lance, ni mas ni menos que yo.

—¡Diablo! ¡diablo! dijo profundamente el conde-duque; pero si no lo averiguais vos, lo averiguaré yo.

—Puede suceder: pero trabajo le mando á vuecencia.

—Id, id con Dios, don Gutierre, y haced lo que podais, que no lo perdereis.

—Aunque no fuese mas que por lo empeñado que estoy en esta causa, haria cuanto estuviera de mi parte. Quede vuecencia con Dios.

XXIII.

Pasó al fin el plazo tan largo para el rey y para Gutierre, á pesar que era solo de treinta dias.

Luisa Isabel habia recibido ricos trages, joyas de gran valor, gran cantidad de hermosas ropas.

Era por la mañana y sus doncellas la vestían de boda, y la superiora asistia con las lágrimas en los ojos al tocado de la jóven.

La habia criado, y la buena señora la amaba como si hubiera sido su hija.

Luisa Isabel estaba profundamente grave.

La superiora la miraba con ansiedad.

En un momento en que las doncellas la dejaron, la superiora la dijo:

—Tú no vas á una boda, Luisa, hija mia, tú vas á un entierro.

—Voy donde me mandan, contestó Luisa Isabel.

—Pero nadie puede obligarte...

—Me obligo yo misma.

—¡Tú!

—Debo obedecer.

—En otras cosas no digo que no; pero tratándose de unirse á un hombre... ¿sabes tú lo grave del paso que vas á dar?

—Es que yo no me caso, señora.

—¡Que no te casas!

—Obedezco al rey, pero no obedeceré á mi esposo.

—¡Luisa!

—El que ha de ser mi esposo es un hombre á quien Dios castiga casándole conmigo.

—Mira lo que haces.

—No puedo hacer otra cosa, señora.

—¡Tus doncellas que vuelven! ¡Oh, hija mia! ¡hija mia! ¡mucho me temo que este matrimonio no sea tu perdicion!

La superiora calló.

Las doncellas acabaron de ataviar á la desposada.

Al asegurarla la corona de rosas blancas, se oyó en la calle delante de la puerta del colegio, ruido de carruages y de caballos que paraban.

Poco despues el portero entró gorra en mano y dijo:

—El escelentísimo señor conde-duque de Olivares.

—Que pase, que pase inmediatamente al recibimiento, dijo la superiora.

—Esperad, dijo Luisa Isabel al portero; que pasen al recibimiento los que vengan con el conde-duque, pero que el conde-duque venga aquí.

—¡Cómo! dijo la superiora.

—Es necesario, de todo punto necesario, dijo Luisa Isabel.

—Decid, pues, lo que doña Luisa os ha mandado á su escelencia.

El portero desapareció.

—Ahora, señora, dijo Luisa Isabel, deseo despedirme de mis amigas.

—¡Y su escelencia!...

—Que espere, que harto acostumbrado está á esperar.

Y tras esto, Luisa Isabel, hermosísima con su trage de brocado blanco, sus diamantes, su cándida corona y su velo de plata, se dirigió rápidamente á un salon donde unas cuantas jóvenes hacian labor.

Al verla todas dejaron sus canastillos y la rodearon, la acosaron á caricias y á abrazos, y Luisa Isabel las besó y las abrazó á todas conmovida.

—¡Ah! ¡felices vosotras que os quedais aquí! esclamó: ¡y mas feliz la que jamás salga de esta casa!

Y se enjugó las lágrimas.

—No veo á Marta, dijo.

—Marta se ha quedado enferma en cama, dijeron algunas.

—¡Oh! ¡enferma! esclamó Luisa Isabel.

Y partió hácia un estenso dormitorio.

Al fin de él en un ángulo habia una cama blanca, un lecho virginal, y en él una preciosa jóven delgada, pálida, en la que lo que mas se veía eran dos enormes ojos negros.

—¡Oh! te esperaba, Luisa mia, te esperaba, dijo Marta: me he quedado en el lecho con un pretesto, para que pudiera entrar mi hermana.

—¡Y ha venido!

—Sí.

—Y te ha traido...

—Sí... ha costado muy caro, pero aquí está.

Y Marta saco de debajo de la almohada un bello brazalete de diamantes.

—Y es seguro... dijo Luisa quitándose el magnífico brazalete izquierdo y poniéndose el que le habia dado Marta.

—Segurísimo: es cosa de un momento segun ha dicho á mi hermana un viejo muy sabio de quien se ha valido: pero mira lo que haces, Luisa.

—¡Oh! ¡no temas! toma y guárdalo en memoria mia.

Y la dió el brazalete que se habia quitado para ponerse el otro.

—No, no, dijo Marta mirando el brazalete sin codicia; es demasiado rico, riquísimo: me basta con la crucecita de oro que llevas al cuello para tener una memoria tuya.

—¡Oh! no: esta cruz era de mi madre. Pero adios: ya nos volveremos á ver: me están esperando.

Y Luisa Isabel besó á Marta en la boca y se alejó corriendo y enjugándose las lágrimas.

Cuando entró en el aposento particular que tenia en el colegio como hija del rey, encontró al conde-duque que se paseaba impaciente.

Iba don Gaspar de Guzman empavesado: ferreruelo, jubon, y gregüescos de brocado y pedrería, calzas finísimas, lazos cortos en los zapatos, un monte de plumas en el sombrero.

Volvióse al sentir los pasos de la jóven.

Esta no se tomó el trabajó de disculparse.

—Buenos dias, don Gaspar, le dijo: sentaos.

—Ved, señora, que os esperan con impaciencia.

—Bien, es necesario que empiecen á esperar, que empiecen á acostumbrarse. Sentaos.

El conde-duque se sentó.

—¿Dónde voy... á casarme?

—En casa de vuestro esposo, señora, dijo el conde-duque.

—Creo que yo tengo casa, don Gaspar: que en esa casa hay una servidumbre que yo pago, que está, segun me dice Pedro, mi mayordomo, magníficamente amueblada: creo tambien que en ella se ha preparado todo para mi casamiento. Además, ese hombre entra en mi casa, en la casa donde he nacido: yo no entro en la suya.

—Sin embargo...

—Sin embargo... no salgo de aquí sino con una condicion.

—En ese caso... esperad... voy á llamar á don Gutierre.

—Habladle en mi antecámara.

—Considerad, doña Luisa...

—No cedo ni un tantico.

El conde-duque contrariado y sério salió: Luisa quedó mirándose á un espejo, no por vanidad, sino para cerciorarse de que su semblante estaba inalterable.

Poco despues entró el conde-duque.

—Don Gutierre, dijo, consiente.

—Pues bien, que don Gutierre entre en un carruage, y se vaya adonde quiera, para que yo tenga tiempo de llegar á mi casa.

—¡Eso mas, doña Luisa!

—¡Eso mas!

—Pero considerad...

—Él viene á buscarme, y yo debo recibirle en mi casa.

—¡Ah!

—Sí. Que se vaya, que se vaya.

El conde-duque salió, y entró á los pocos segundos.

Poco despues se oyó el ruido de un carruage que se alejaba.

—¿Se ha ido? dijo Luisa Isabel.

—Sí señora.

—Pues bien, vámonos nosotros. Señor conde-duque, tomad mi mano.

Luisa Isabel se despidió de la superiora, salió del colegio, entró en una magnífica carroza de la casa real que la esperaba, y seguida

de otras dos carrozas y de una escolta de lacayos se trasladó á su casa.

XXIV.

Cuando Luisa Isabel entró en su casa se encerró con el conde duque en el gabinete de la puerta de ébano.

—Cuando venga ese hombre, dijo Luisa, le casareis, don Gaspar.

—¿Que le case?

—Sí por cierto.

—No os comprendo.

—Yo no quiero verle.

—¿Y sin verle vos, cómo ha de casarse con vos?

—Es que yo solo me casaré ante los hombres: pero ante Dios, ante mi conciencia, no.

—Os repito que no os comprendo, dijo todo asustado el conde-duque.

—Decidme, don Gaspar: ¿no he firmado yo los contratos sin que él esté presente?

—Eso ha podido hacerse.

—Pues bien: que el cura firme la partida de desposorio; que firmen los testigos cuanto haya que firmar, que exista el matrimonio irrevocable por ante el mundo, por ante las leyes. Pero pretender que yo dé la mano á ese miserable es pretender un imposible.

—Ved lo que haceis.

—Lo tengo visto.

—Lo que pedís es impracticable.

—Para vos todo lo que consista en falsedades y mentiras es la cosa mas fácil del mundo.

—Teneis formada muy mala opinion de mí.

—Sea lo que quiera, mi voluntad es irrevocable.

—¡El rey!...

—Guardaos bien de que el rey sepa nada de esto: yo obedeceré al rey, pero no quiero que sepa cómo le obedezco... y le obedezco, porque me conviene... que sino me conviniera...

—¡Ah! ¡os conviene!...

—Sí, me conviene llevar un nombre en el mundo; el nombre de un marido... si yo le hubiera escogido, el rey no me lo hubiera dado; me lo dá el rey y le tomo... pero como el marido que el rey me dá es un mal marido, no quiero tratarle, ni aun verle.

—Teneis las ideas mas estravagantes del mundo.

—Estravagantes ó no, lo que yo quiero será.

—Pero eso es imposible.

—Pagad á las gentes que necesiteis.

—¡Pagar!... ¿pero se resignará don Gutierre?

—Hacedle que se resigne.

—¿Es vuestra decidida voluntad?

—Sí. Y tened en cuenta que si el rey sabe algo de esto, os podrá pesar, don Gaspar.

Luisa Isabel se levantaba como una fatalidad delante del conde-duque, que sin saber por qué la tenia miedo.

Gutierre escuchó con asombro, cuando llegó, de boca del conde-duque la resolucion de Luisa Isabel.

—¿Y creeis, don Gaspar, le dijo, que esa señora no retrocederá?

—Lo creo... estoy seguro de ello.

—¿Y creeis que pueda hacerse ese matrimonio aparente?

—Sin duda, si se paga muy caro.

—No importa, yo corro con los gastos.

—Podrá subir...

—Suba adonde quiera. ¿Pero tendré todos los derechos?

—Ante los hombres constará que os habeis unido de una manera indisoluble con doña Luisa... pero ante Dios...

—¿Y qué me importa Dios? esclamó impiamente Gutierre.

—En ese caso, es necesario poner manos á la obra. Esta tarde habeis de ir con vuestra esposa á presentaros al rey en el Buen-Retiro.

—Usad de vuestra autoridad, señor conde-duque, que yo voy á mi casa por el dinero.

Tanto rogó, ofreció é intimidó el conde-duque á los que debian legalizar aquella falsedad, tanto les ofreció Gutierre, que al fin aquella tarde Luisa Isabel pudo leer la partida de sus desposorios con el coronel de los ejércitos de su magestad, del hábito de Santiago, don Gutierre de Acevedo.

XXV.

Era necesario que los nuevos esposos se presentasen al rey.

El conde-duque se presentó á Luisa Isabel.

—¿Dónde está mi padre? dijo meditabunda Luisa Isabel.

—En el Buen-Retiro, contestó el conde-duque.

—Hace un hermoso dia, dijo Luisa.

—Hermosísimo, señora.

—Pues bien, quisiera ir á caballo.

—Por eso no quede, dijo el conde-duque.

—En mis cuadras hay caballos escelentes. En mi guarda-arnés ricos jaeces. ¡Hola!

Se presentó uno de los antiguos criados de la casa.

—Que ensillen para mí mi caballo, dijo Luisa: la yegua Estrella para su escelencia, y el Soldado, aquel hermoso caballo negro, para mi esposo. Que nos acompañen cuatro lacayos.

—Muy bien, señora.

—Permitid, señor conde-duque, dijo Luisa Isabel. Ven acá, Anastasio.

Y pasó con el criado á otra habitacion.

—Mi caballo es el mas fuerte, el mas jóven, el mas corredor, ¿no es verdad, Anastasio?

—Ese caballo, señora, es un caballo turco, que trajo un dia, ya lo sabe vuecencia, ese lacayo encarnado que viene todos los meses.

—¿De modo que es muy corredor?

—Como el viento.

—¿Podré hacer una apuesta?

—Sin temor. Pero cuide vuecencia no la mate el caballo.

—Descuida. Que le pongan un freno de mucho poder.

—Descuide vuecencia.

—Vete.

—¿Qué estará inventando doña Luisa? dijo el conde-duque.

—Perdonad, don Gaspar, dijo Luisa Isabel, pero voy á cambiar mi trage de desposada por un trage de montar.

Y salió del gabinete, llamó á sus doncellas, y se vistió de nuevo.

Luego despidió á las doncellas y se quedó sola.

Además de las riquísimas joyas que se habia puesto, abrió un cofre y tomó otras muchas de gran valor que guardó entre sus ropas; despues se llenó los bolsillos de oro, y puso en una cartera algunos papeles, entre ellos su partida de desposorios con don Gutierre. En el brazo derecho llevaba el brazalete que le habia dado en el colegio su amiga Marta.

Despues volvió al gabinete donde habia dejado al conde-duque.

Anastasio anunció que los caballos estaban dispuestos.

—Acompañadme, pues, don Gaspar, dijo Luisa, y sed mi caballero.

—¿Y vuestro esposo?

—Que no se acerque á mí ese hombre, que no pretenda tocar ni una sola de mis manos.

—¡En qué parará esto! dijo el conde-duque.

—Vamos, don Gaspar, vamos, dijo Luisa Isabel dándole la mano.

Salieron á un magnífico recibimiento, donde esperaba Gutierre con algunos de sus amigos, que habian sido convocados y que creían de buena fé que el casamiento se habia celebrado en una habitacion inmediata.

Luisa Isabel, sin dejar la mano del conde-duque, saludó sonriendo á Gutierre, que alentado por aquella sonrisa se acercó á ella como para reemplazar al conde-duque.

—Perdonad, señor y esposo mio, dijo Luisa, pero su escelencia me ha pedido ser mi caballero hasta palacio, y yo no he sabido negárselo.

—¿Qué será esto? ¿qué nueva condicion querrá imponerme? dijo para sí Gutierre saludando á Luisa.

—Vamos, señores, vamos, dijo la jóven; el rey nos espera.

—¡Qué hermosa mujer! esclamaron asombrados á la vista de Luisa los amigos de Gutierre.

XXVI.

En el patio esperaban los caballos.

El conde-duque hincó una rodilla en el suelo, para que la otra rodilla sirviera de estribo á la jóven, que montó con gran desembarazo.

Montaron los demás, los amigos que quedaban á pie se despidieron, y la cabalgata se puso en marcha, seguida por los lacayos de Luisa, los del conde-duque y los de Gutierre.

Eran tres grandes señores, y aquello era magnífico.

Caballos, jaeces, todo.

Las gentes se paraban para verlos pasar.

—¡Y Dios la bendiga, qué hermosa es! decian las viejas dispensadas ya de envidia al ver á Luisa.

—¡Oh! ¡qué soberbia! esclamaban las jóvenes envidiosas.

—¡Oh! ¡qué sol! decian los hombres enamorados.

Salieron á Puerta-Cerrada, de allí á la calle de Toledo, de esta á la de Atocha, y entraron al fin en el prado de San Gerónimo.

Al ver ante sí el ancho Prado, los ojos de Luisa Isabel brillaron

de una manera singular, lanzó una larga mirada ante sí, y al mismo tiempo puso al trote su caballo.

—¿A qué tan de prisa? dijo el conde-duque.

—Me han dado ganas de correr, dijo Luisa.

É inmediatamente el caballo partió al galope, y en seguida escapó como una flecha arrojada del arco.

—¡Ah! esclamó el conde-duque.

—¡Se nos escapa! esclamó Gutierre.

Y partió á cuanto su caballo podia correr tras Luisa.

Pero tarde.

Llevaba dos ventajas terribles.

La gran delantera que habia ganado y la maravillosa ligereza de su caballo turco.

Muy pronto la perdieron de vista.

Cuando llegaron delante de San Fermin, ya Luis de Góngora se habia puesto en seguimiento del caballo que creían desbocado.

Cuando Gutierre llegó al camino de la Fuente Castellana, no se veía nada.

Luisa y Luis de Góngora habian desaparecido.

XXVII.

Siguió adelante y llegó al barranco donde Luis de Góngora habia encontrado á Luisa Isabel.

Allí encontró al Centáuro muerto.

—¡Ah! dijo Gutierre con una feroz alegría: el caballo ha reventado; ella se habrá visto obligada á continuar á pie; no puede estar lejos...

Y espoleó su caballo el repecho arriba y en direccion al monte, porque Gutierre habia deducido que Luisa debia haber buscado amparo contra los caballos en la espesura.

Empezaba á cerrar la noche.

Cuando Gutierre entró en el monte, habia cerrado enteramente y llovia.

Multitud de senderos se abrian en aquel lugar internándose en distintas direcciones en la espesura.

Gutierre se desesperó.

Tenia que entregarse á la casualidad, y entregándose á la casualidad cuando es urgente encontrar un objeto buscado con ansia, es cosa para desesperarse.

Gutierre se entregó, pues, al instinto de su caballo.

El caballo, espoleado y con la rienda suelta, siguió el sendero mas ancho, porque era el que encontraba mas practicable, mas cómodo.

Gutierre, que no sabia que por aquel sendero habia encaminado Luis de Góngora su caballo, que no sabia que Luisa se hubiese amparado de nadie, dijo para sí:

—Ella habrá elegido lo mas estrecho y lo mas intrincado para hacer mas dificil su persecucion: luego por aquí voy mal.

Y pretendió revolver su caballo.

Pero el caballo no se revolvió.

Al mismo tiempo se escuchó una voz áspera que decia:

—¡Oh mi buen señor! quedaos aquí si os place, tenemos que hablar.

Gutierre notó que un hombre tenia asido su caballo del cabezon, pero no pudo ver mas que su bulto informe.

Echó mano á un pistolete.

—¡Eh! estaos quieto, dijo el hombre, porque yo puedo disparar antes que vos.

—¿Qué quereis? dijo Gutierre.

—¡Oh! ¡Diablo! poca cosa, contestó el hombre: vuestro caballo, vuestras armas y vuestro dinero.

—Eso y mucho mas te daré, dijo Gutierre, á quien le ocurrió una idea.

—¿Mucho mas de lo que llevais? ¿luego sois rico?

—Muy rico.

—Pues me alegro, sí, vive Dios, me alegro: en ese caso, no solo quiero lo que os he dicho, sino vuestra persona.

—Bien, muy bien; no me opongo, porque nos entenderémos bien.

—Ya lo creo que nos entenderémos: es muy sencillo: con que vuestros parientes pongan en el lugar en que se les avise mil doblones de oro, estamos al corriente. Os traigo una noche como esta á este mismo sitio, y ginete en este mismo caballo os volveis á vuestra casa. Entre tanto, mi buen señor, echad pie á tierra; por este lado, si gustais.

Gutierre desmontó.

El hombre se apoderó inmediatamente de los pistoletes que llevaba al arzon.

—Ahora, sigamos adelante, dijo el bandido.

—Sigamos, y entre tanto hablemos. ¿Andas tú por estos sitios?

—¡Yo! ¿Que dónde moro yo? ¡vaya una pregunta inocente! Como que voy á deciros adonde yo vivo.

—Me dá lo mismo. Me basta con saber que andas por estos sitios.

—Eso ya lo veis.

—Pues bien: ¿has visto tú una dama muy hermosa entrar en el monte?

—¡Ah! Sí, sí señor. ¿Os importa algo eso?

—Ya lo creo; como que soy su marido.

—¡Diablo! ¡su marido! vaya... ¡es singular! vuestra mujer se viene á pegárosla al campo.

—¡Cómo!

—Como que ha entrado en el monte á caballo, por este mismo sitio, entre los brazos de un caballero.

Gutierre lanzó un rugido.

—No hay para qué incomodarse, dijo el bandido.

—¡Eh! ¡qué dices!

—Digo que en la situacion en que os encontrais, lo mejor que podeis hacer... es... pues... lo que debeis hacer es conformaros.

—¡Conformarme!

—Sí por cierto: yo sé dónde están, pero no os lo diré: como os voy á encerrar, tendrán los dos amantes todo el tiempo necesario para amarse á su placer y para guardarse de vos. De modo que la resignacion es el mejor partido que podeis tomar.

—Pero eso no puede ser: yo te daré...

—No me fio: no os conozco: además, que yo puedo haceros que me deis cuanto quiera guardándoos bien y dándoos de comer mal.

—Pero tú no querrás tener en mí un enemigo.

—Me importa muy poco.

—¡Oh! ¿que te importa poco? esclamó Gutierre.

Y como era valiente, feroz, se arrojó de improviso sobre el bandido.

Sonó una detonacion.

Tras la detonacion un grito.

Luego la voz del bandido que dijo:

—Tú lo has querido: pensabas que yo estaba descuidado: pues bien, ahí tienes lo que es ser torpe: no has sabido elegir la ocasion; por ahora ya tienes con que entretenerte.

Nadie le contestó.

—¿Le habré muerto? dijo el bandido; pero pronto lo veremos.

Y cargando con Gutierre dió á correr con él.

XXVIII.

Entre tanto Luisa Isabel, fatigada, rendida por la emocion y por la fatiga, dormia en el lecho que ella y Luis de Góngora habian encontrado en el asilo que les habia procurado la Providencia.

El sueño de aquella singular y fortísima mujer era á pesar de su situacion tranquilo.

Podia decirse que era la primera vez que protegía su sueño con sus blancas alas el ángel de la felicidad.

Amaba y era amada.

Dormia, pues, tranquila.

Luis de Góngora habia encendido una especie de hogar que habia en la cueva, velaba cuidadoso, y mientras velaba pensaba.

Su alma de poeta se sentia halagada por lo bello, por lo escéntrico, por lo hasta cierto punto maravilloso de la aventura en que se encontraba.

La hermosura de Luisa Isabel le volvia loco.

Sentia por ella lo que por ninguna mujer habia sentido.

Porque Luisa con su misterio, con la pureza que de ella emanaba, con la magia que, como una atmósfera embriagadora, emanaba de ella, era para él esa imposible fantasma luciente, casi divina, que sueñan los hombres de imaginacion.

Pero dentro de la soñadora fantasía del poeta existia clara y fuerte la razon del hombre.

Góngora no podia ver sin inquietud, en aquel lugar, en aquel lecho, espuesta á un peligro, que no podia apreciarse bien, á aquella dama, que una venturosa fatalidad, ó tal vez horrible, habia puesto bajo su proteccion.

Ignoraba quién podia ser el habitante de aquel retiro sospechoso por sí mismo.

Á todas luces era un bandido.

Por lo mismo Luis de Góngora velaba resistiendo al sueño que le causaban su amor, su cansancio, la soledad, el silencio y el calor de la lumbre, cosas todas que convidan á dormir. Velaba, repito, teniendo en la mano amartillado un pistolete que habia tomado del arzon de su caballo.

Porque en aquellos tiempos, Luisa, dijo Satanás, los españoles llevaban cuantas armas podian.

De noche, á pie, espada, daga ó rodela, y un par de pistolas á la cintura á mas de la linterna.

Cuando iban á caballo, si era en las poblaciones, llevaban irremisiblemente al arzon un par de pistoletes.

Si era por los caminos se añadia un arcabuz.

Esto era indispensable para los reñidores y aventureros hidalgos del siglo XVII.

XXIX.

De repente Luis de Góngora se puso de pie.

Sus ojos centellaron como los del leon á la presencia del peligro, y se puso de pie en la embocadura de la cueva.

Se habian oido pasos.

—¿Quién va? esclamó Góngora, con voz amenazadora, breve, sombría.

—Nada temais, dijo entrando un hombre que traía sobre sus hombros á otro. Despertad á esa dama, despertadla.

Luisa Isabel despertó por sí misma al ruido, y se incorporó.

—¡Él!... esclamó mirando al hombre que habia entrado; él...

Y miró con asombro á aquel hombre.

—Sí, yo soy: yo que os traigo á vuestro esposo como le veis... yo que puedo haceros viuda.

Y arrojó á los pies de Luisa Isabel el cuerpo ensangrentado de Gutierre.

Y aquellos tres personages, teniendo en medio á Gutierre, sangriento y sin sentido, quedaron mirándose frente á frente.

—¿Qué significa esto? dijo Luis de Góngora, mirando el estraño personage que habia entrado en la cueva con Gutierre.

—Esto significa que ha llegado la hora en que yo pague á doña Luisa un beneficio.

—¡Ah! ¿creeis que me habeis hecho un favor hiriendo ó matando á ese hombre? dijo Luisa Isabel.

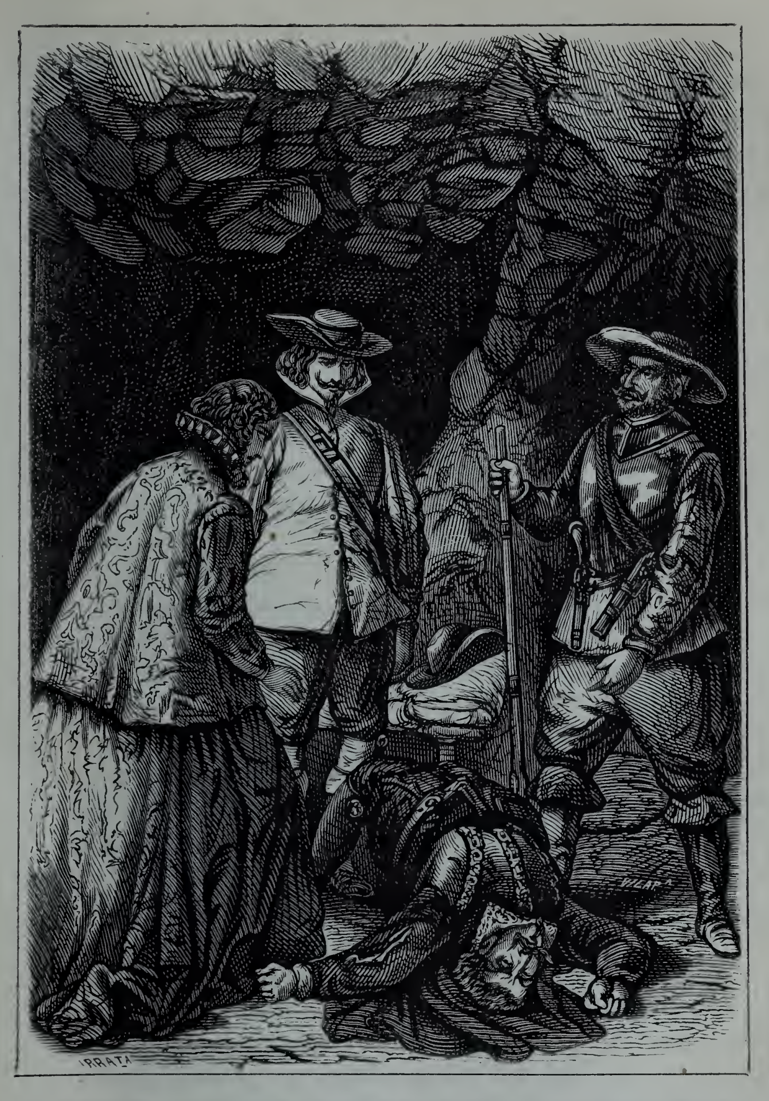
—Y tanto como lo creo: os encontrais muy á vuestro gusto, muy tranquila, junto á este caballero; lo que significa que quereis muy poco á vuestro marido.

—¡Oh! eso no es una prueba, dijo Luisa Isabel poniéndose vivamente encarnada.

—Yo juzgo por las apariencias, dijo el hombre desconocido.

—Pues haceis mal, muy mal, amigo mio, dijo Luis de Góngora.

—Es cierto, dijo Luisa: mi caballo se habia desbocado.



Y ARROJÓ A LOS PIES DE LUISA ISABEL EL CUERPO ENSANGRENTADO DE GUTIERRE.

—Sí, sí, ya he visto el caballo de esta señora muerto en el barranco: he visto tambien que en vez de esperar á que llegasen las gentes que acompañaban á doña Luisa, y que se habian quedado atrás, la montásteis en vuestro caballo, y os metísteis con ella en el monte. Nada tiene, pues, de estraño que yo crea que este hombre os estorba (y señaló á Gutierre), y como yo os debo un beneficio, estoy pronto si lo deseais á acabarle de quitar de enmedio.

Y aquel hombre estraño puso mano á su puñal.

—¡No! ¡no! ¡qué horror! dijo Luisa Isabel: yo no deseo la muerte de nadie.

—Si es así vivirá, dijo el hombre, pero quiera Dios que no os arrepintais mañana.

—Nunca me arrepentiré de no haber cometido un crímen.

—Y bien, ¿qué quereis hacer? yo no tengo otro lugar donde curar á este hombre mas que aquí: vos no querreis permanecer á su lado...

—De ningun modo.

—Pues bien: podeis tomar el partido que mejor querais: la tormenta ha cesado, y la luna brilla en un cielo claro y sereno.

—Entonces... dijo el bandido, es inútil permanecer aquí: ¿qué quereis que hagamos, señora?

Meditó un momento Luisa Isabel, y luego dijo:

—Lo que debe ser, lo digno, lo conveniente, lo justo, es que yo vuelva á mi casa. Este caballero, que ha sido tan generoso que me ha amparado cuando me encontraba sola en medio de los campos junto á mi pobre caballo, me conducirá á mi casa.

Púsose pálido Góngora, inclinó su cabeza sobre el pecho y no se atrevió á contestar.

—¿Y qué hacemos con este hombre? dijo el bandido.

—Cuidad de él, y buscadme en mi casa.

—¿Y dónde vivís?

—En el colegio os darán razon.

—Me parece que empieza á volver en sí vuestro esposo, dijo el bandido.

—¡Oh! pues entonces salgamos, dijo Luisa dirigiéndose á Góngora.

—Será necesario que yo os sirva de guia, dijo el bandido.

—Pues guiad, replicó Luisa Isabel.

El bandido tomó la tea que alumbraba la cueva, y precedió á los dos jóvenes.

Cuando estuvieron en la parte baja de la cueva, Luis de Góngora puso en el arzon de su caballo el pistolete que tenia en la mano, ayudó á montar á Luisa Isabel, y al lado del bandido, llevando el caballo del diestro, empezó á caminar por el bosque.

Cuando estuvieron cerca de la salida encontraron atado á un árbol el caballo en que habia llegado hasta allí Gutierre.

—Ese caballo es mio, dijo Luisa Isabel, y nos viene bien, amigo mio, porque podeis montar en él: dadme, pues, las bridas y montad, pongámonos en marcha, á fin de que podamos llegar á Madrid antes de que se cierre la puerta de Recoletos.

Luis de Góngora no dijo una palabra: dió las bridas á Luisa Isabel y montó en silencio en el otro caballo.

—Quedaos con Dios, dijo Luisa Isabel al bandido: ¿cuándo os dejareis ver?

—Mañana á la noche.

—Os espero: adios.

—Adios.

Y puso su caballo al galope.

Luis de Góngora la siguió.

El bandido se quedó en el lindero del bosque.

—No sabia yo que os habia llevado á la morada de un conocido vuestro, dijo Luis de Góngora.

—Nos ha llevado la casualidad.

—Es cierto.

—No creía yo volver á encontrar á ese hombre. ¿Qué os parece?

—Me parece un hombre alentado: pero tiene trazas de aventurero.

—Y aun de bandido.

—Siendo conocimiento vuestro, no me habia atrevido á decirle tanto.

—Fué un conocimiento casual, y lo que es mas raro, tenido en el colegio.

—¿Luego es noble?

—Lo ignoro.

—Creí que fuese pariente de alguna de las colegialas.

—No por cierto. No creo que tenga allí ninguna parienta.

—Pues no adivino...

—¡Ah! ¿necesitais saber cómo fué mi conocimiento con ese hombre?

—Perdonad...

—Quiero decíroslo. Estaba yo una noche del verano pasado tomando el fresco á la luna, y sola en el jardin del colegio. De repente sentí junto á mí un ruido estraño como de una cosa pesada que hubiese caido de lo alto de la tapia. En efecto, cuando miré vi que habia caido un hombre.

—¡Un hombre!

—Sí: ese mismo cuyo conocimiento conmigo estrañais.

—¡Oh! ¡oh! ¿y qué iba á buscar ese hombre allí?

—Su salvacion.

—¡Su salvacion!

—Como que le perseguian.

—¿Y amparásteis á un criminal?...

—Criminal por amor.

—¡Ah!

—El amor decide muchas veces de la suerte de las criaturas. Ya vereis.

—Os escucho con sumo interés.

—Apenas cayó, se levantó aquel hombre y buscó un lugar donde ocultarse: entonces me vió.

—¿Y no os aterró la presencia de aquel hombre, que podia ser un ladron?

—No, porque no me aterro por nada, y aunque hubiera podido aterrarme, su terror hubiera evitado el mio.

Ya os he dicho que aquel era un hombre perseguido.

—¿Pero por qué le perseguian?

—Por una muerte en riña...

—¿En riña?

—Al marido de su amante, que le habia sorprendido en el aposento de su esposa.

—¡Y amparásteis á ese hombre!

—¿Y por qué no? Le oculté en mi aposento.

—¿En vuestro aposento?

—¿Y por qué no?

—Mirais las cosas, señora, con una sangre fria tal...

—Preguntad á ese hombre cuando le volvais á ver; que le vereis, lo que le aconteció en mi aposento.

—¡Oh!

—Os lo voy á decir yo; de dia le tenia encerrado en mi guarda ropa, y de noche le echaba á la calle.

—¿Y por qué no se iba ese hombre?

—Querreis decir que por qué volvia.

—Sí, sí, eso es; ¿por qué volvia ese hombre?

—Por una razon muy sencilla; porque aun no habia encontrado otro refugio mejor.

—¿Y á qué salia de noche?

—Á buscar aquel refugio.

—¿Y por dónde salia y volvia á entrar en el colegio?

—¡Qué curioso sois!

—Perdonad.

—Os perdono. Salia despues de las doce por el postigo del jardin, que le abria yo, y entraba antes del amanecer por el mismo postigo, que yo le volvia á abrir.

—¡Ah! ¡teníais la llave del postigo!

—No; pero aquel postigo no se usaba: el portero tenia la llave y se la compré.

—¡Ah! ¿y qué pensaria el portero?

—Pensase lo que quisiese. Si yo hubiera tenido un amante, si hubiera pensado como otras mujeres, le hubiera franqueado el postigo: ¿por qué, pues, si para una accion indigna pudo servirme aquella llave, no me habia de servir para hacer una obra de caridad?

—Que protegia á un asesino...

—¿Es decir, que creeis que yo hice mal en no entregarlo á la justicia?

—No, no señora; yo no he dicho, yo no digo eso, contestó con suma viveza Góngora.

—Entonces hice bien.

—Pero comprometísteis vuestra reputacion.

—Yo creo que debemos estar satisfechos con cumplir con nuestra conciencia.

—Y algo mas, algo mas. Por ejemplo, ¿qué diríais si yo os dijese que tengo celos?

—Diria que son unos celos ridículos.

—¡Ridículos!

—Sí; en primer lugar porque no hay motivo para que los tengais; en segundo lugar, porque no debeis tenerlos.

—¡Ah! ¿no hay motivo?

—No, porque yo ni aun siquiera he pensado en ese hombre, á quien no conozco.

—Sin embargo...

—Ni podia amarle...

—¿Y por qué? ¿acaso no era un hombre á quien hacia interesante su desgracia?

—Una infanta, hija de rey, no puede amar á un desconocido...

—¡Cómo! ¡vos, señora!...

—Luisa Isabel María de Austria, hija bastarda del rey don Felipe IV.

—¡Ah! ¡señora! ¡señora! ¡perdonad! ¡yo no sabia!...

—Llegamos á la puerta de Recoletos, caballero, y desde aquí iremos, yo delante, vos detrás: no podemos hablar por lo tanto: no entrareis en mi casa, ni aun os dejareis ver de mis criados: ya os he dicho mi nombre: ¿cuál es el vuestro?

—Don Luis de Góngora.

—¿El poeta?

—El poeta.

Dichas estas palabras, Luisa Isabel hizo embestir á su caballo por la puerta de Recoletos.

XXX.

Y en silencio, es decir, sin hablar, la una delante, el otro detrás, atravesaron el prado de Recoletos y de San Gerónimo y las calles hasta una próxima á la casa de Luisa.

Allí detuvo ella el caballo y dijo al poeta:

—Volveos.

—Pero señora...

—Volveos.

—¿Y no os volveré á ver?

—Quién sabe...

—Decidme al menos...

—Volveos, repitió Luisa Isabel con energía.

Luis de Góngora obedeció á su despecho.

Luisa Isabel llegó á su casa, llamó, y poco despues entró á caballo en el patio con asombro de sus criados, que la veían volver sola.

XXXI.

Cuando Luis de Góngora se separó de Luisa Isabel María, parecióle que se habia separado de su alma.

Nunca habia amado.

Es decir, nunca habia visto en una mujer la personificacion del amor que ardia desde hacia mucho tiempo en su alma de poeta.

Habia dejado de amar á un fantasma, y amaba por la primera vez á una mujer.

Pero de una manera dolorosa, porque lo que le habia acontecido con Luisa Isabel era demasiado estraordinario, y dudaba; y la duda para un enamorado es el tormento mayor que puede suponerse entre todos los tormentos que afligen á la humanidad.

Y las circunstancias del encuentro, y aquella proteccion prestada por algunas horas á aquella niña tan pura, tan hermosa, tan escéntrica, además, y además bastarda de un rey; y luego el fin sangriento de aquella aventura; aquel marido ensangrentado, aquel aventurero ó bandido interviniendo como una providencia: todo esto exaltaba la apasionada, la ardiente, la impresionable imaginacion de Góngora.

Al lento paso del caballo de Gutierre, es decir, de uno de los caballos de Luisa Isabel, porque no habian cambiado, acaso por olvido, acaso porque Luisa Isabel quisiese dejarle un recuerdo suyo, se encaminó á la calle Ancha de San Bernardo, y llamó á la puerta de una gran casa.

En aquel momento dieron las doce de la noche.

Le esperaban sin duda, puesto que la puerta se abrió al punto, y apareció un lacayo de casa grande, segun su librea, con una linterna en la mano.

—¡Oh! ¡con cuánto cuidado se os ha esperado, señor! dijo el lacayo.

—¿Por que he tardado? ¡como si no hubiera tardado otras veces! ¡vaya por Dios!

—¡Como ha sucedido yo no sé qué!

—Otras veces ha sucedido mas.

—¡Ah! cuando estábamos en Salamanca ¿eh? aquellas noches en que entrabais en la casa...

—Acribillado y perseguido...

—Pero ya han pasado aquellos tiempos, señor: es necesario obrar de otro modo: hace mucho tiempo que sois licenciado... Salamanca debe estar olvidada... ¡hemos estado con un cuidado!

—¡Silvestre!

—¿Qué, señor?

—Me parece que te atreves á reprenderme.

—Yo, Dios me libre, señor. Pero y bien, aunque yo os reprendiese, ¿no os he visto nacer? ¿no me he rascado por vos mas de una estocada?...

—Llévate ese caballo á la cuadra.

—¡Pero calla! ¿qué caballo es este?

—No lo sé.

—¿No lo sabeis?

—No por cierto.

—De precision os habreis apeado del Jacinto para montaros en este.

—Pues no me he apeado.

—Pues habeis andado entre brujas.

—Puede ser.

—Lo que digo, si no me engañais...

—¡Silvestre!

—¡Perdonad! pero esto de encontrarse montado en otro caballo... y eso sí... hemos ganado lo menos cincuenta doblones... este es mejor que el otro... bravo animal... cordobés legítimo... paisano nuestro...

—Oye, Silvestre, ¿será cosa de que me dejes subir á mi aposento?

—¡Calla! ¡y falta del arzon el pistole derecho! De seguro, señor, que os ha sucedido algun lance que no me quereis confiar.

—Pues si eso crees, cállate, no me molestes mas y llévate ese caballo á la cuadra.

—Voy, voy, señor: pero antes debo deciros...

—¿Algo importante?

—Sí señor. Pues señor, salia yo esta noche, al oscurecer, á la taberna de enfrente... la costumbre... pues... cuando hé aquí que se me viene encima un bulto negro.—¿Sois vos el señor Silvestre? me dice con voz cansada.—Sí, señora mia, pero voy muy de prisa, tengo mucha sed.—No os entretendré, replica.—¿Sois la dueña de siempre? respondo.—Sí señor, añade, yo soy la que os he dado en este mismo sitio y en diferentes dias cuatro cartas de mi señora.—Pues señora, yo estoy autorizado para deciros, la contesté, que vuestra señora puede echar la red por otra parte; mi amo no gusta de rebusconas.—Búscale un cielo, me dice con voz recelosa.—Del cielo vienen las tormentas, y mi amo no quiere atormentarse, la dije con voz formidable al oido.—La tormenta empieza por llover oro, gachoncito mio, me murmura la vieja al oido.—Y me pone en las manos... este bolsillo, señor, en que hay muy bien veinte y cinco doblones de oro.

—¿Con que no es una aventurera? dijo Góngora mirando el repleto bolsillo que le enseñaba su lacayo.

—Si es buscona, lo que ha quitado á los demás, me lo dá á mí para que yo os dé á vos... sus cartas. Y como no es cortés, ni lo puede hacer ningun lacayo bien criado, no recibir el dinero cuando con tan buena voluntad se lo dán, ni dejar de dar aquello para dar lo cual le han dado, yo, cumpliendo con lo que debo, con mi honra y con mi conciencia, os doy, señor, esta carta, que huele muy bien, y despues de dárosla, me llevo este caballo á la cuadra.

—¡Bribon!

—¡Bah! estoy ya demasiado lejos para que me alcance vuestro latigazo, y por otra parte no está bien que me zurreis, porque bien os sirvo. Buenas noches, señor.

Y Silvestre se alejó, y don Luis se quedó en el portal, dando vueltas á la carta, que era la quinta que de aquel modo recibia.

Y pensativo y cabizbajo, dominado por los amores de Luisa Isabel, y curioso por el contenido de la carta que llevaba en la mano, subió una de aquellas enormes escaleras de mármol del Renacimiento, en cuyo terreno podria construirse hoy una de esas colmenas, que se llaman casas, salió á unos corredores, no menos espaciosos, y entró en una habitacion compuesta de varias piezas.

Era esta habitacion rica, y singularmente la cámara donde don Luis se detuvo, y sobre uno de cuyos sillones arrojó su capa y su sombrero.

Armas, cuadros, libros, todo en desórden, pero con el bello desórden de los hombres de gusto, revelaban por todas partes en aquella cámara al hombre de espada y al hombre de letras: una mesa revuelta con borradores acá y allá, libros abiertos y las plumas fuera del tintero, al escritor nervioso, fácil, que de nada cuida, que consulta rápidamente, y que vierte al papel lo que siente con la misma facilidad que percibe la inspiracion.

Todo allí era simpático; todo allí era bello.

Góngora se acercó á una luz que le habia puesto un criado, y abriendo la carta perfumada, que le habia dado Silvestre, vió que decia lo siguiente:

«Señor, que no puedo llamar de otro modo al que es dueño de mi alma, esta es la quinta vez que os escribo, y espero que no me contesteis con vuestro desprecio como las veces anteriores. Si os he escrito una y otra vez, ha sido porque he llegado á sospechar que sospechais mal de quien os escribe, ó porque teneis miedo. Si es lo primero, os afirmo que en amores soy tan novicia, que vos sois el primero con quien profeso y me obligo. Niña soy, como que apenas

cuento veinte años, y hermosa segun me lo indican los muchos que me importunan con sus pretensiones; rica soy, y tanto, que no tienen fin mis riquezas, y noble, y con título, que es mas de lo que vos podeis figuraros. Dígoos esto, porque temo me tengais por dama de aventuras, buscona y entrometida; que si yo os busco, por amor es; y aunque fuérais pobre os buscaria, y aunque sé que estais bien heredado, impórtame de ello tan poco como que doblaros puedo y redoblaros el mayorazgo. Con esto, y con repetiros que vos sois el primer hombre á quien amo y en quien espero, y que soy tan mia como que ni aun de pensamiento he sido de nadie, espero que os dejareis ver de mí esta noche, despues de media, en la calle de la Arganzuela, donde en cuanto entreis hallareis quien os guie hasta mí. Si no viniéreis, sabiendo que nada de vos se quiere sino hablaros, creeré que recelais que algun enemigo vuestro os tiende un lazo, y que teneis miedo; lo que bastará para que yo me vea curada de este mal, que se me ha entrado por el alma, porque no me gustan los cobardes.—Vuestra enamorada.»

—¡Los cobardes! esclamó Góngora arrugando entre sus manos la carta: ¡cobarde yo! ¡ah diablo! será necesario dar una leccion á quien se atreve á insultarme de este modo. ¡Oh! ¿eh? ¿no hay por ahí ninguno?

Asomó á la puerta un lacayo soñoliento.

—Di á Silvestre que venga, dijo don Luis.

Poco despues se presentó Silvestre.

—Carga un par de pistoletes, dijo Góngora.

—¡Ah! ¿vais de aventura, señor?

—Carga un par de pistoletes, dame una rodela, que la noche está clara y no es menester linterna, y vente conmigo.

—¿Y adónde vamos, señor?

—Á buscar la dama de la carta.

—¡Ah! ¿con que al fin os rinde?

—Me ha llamado cobarde.

—¡Oh! ¡oh! eso es demasiado: esa señora merece que la probeis que sois valiente: digo, si no es que es fea ó vieja; que entonces el diablo que se atreva con ella. Hé aquí los pistoletes cargados con dos buenas balas de hierro cada uno y con los pedernales corrientes.

Don Luis se colgó del cinturon los pistoletes.

—Y esta rodela de baqueta, que vale mas que una de hierro.

Góngora se colgó la rodela de la pretina.

—Y esta espada vieja, que está hecha una sierra y corta como el aire.

—Dame un capotillo, un sombrero gacho y un antifaz.

Silvestre buscó los objetos pedidos y los dió á Góngora.

—Toma un capotillo, una espada, un sombrero y un antifaz, y vámonos.

—¿Y por dónde vamos á salir que no nos sientan, señor?

—Por el jardin.

—¡Hace una luna!...

—Todo el mundo estará durmiendo.

—¿Quién sabe?

—Pues suceda lo que quiera, es necesario ir.

—¿Teneis vos, señor, la llave del postigo?

—Sí, ahí está en el armario.

—Pues vamos, y Dios nos deje volver sin chirlo ni estocada.

Cuando estuvieron en la calle, Góngora dijo á Silvestre:

—Sígueme á lo lejos.

—Muy bien, señor.

—Si ves que se llega á mí alguien, estate quedo si fuese una sola persona.

—Muy bien, señor.

—Si fuesen dos...

—¿Acometo?

—Tambien te estás quedo.

—Pero ¿y si fueran tres?

—Entonces te vienes á mí espada en mano.

Y tras esta advertencia Góngora tiró delante.

XXXII.

Media hora despues, amo y criado llegaron á la calle de la Arganzuela: el amo delante, el criado detrás y oculto.

Apenas entró Góngora en la calle, cuando se abrió una ventana en una casa inmediata.

Tosió una mujer.

Góngora se acercó.

—¿Sois vos, galan, dijo una voz de vieja, el que ha recibido una carta esta noche?

—Sí señora que soy yo.

—¿Y venís resuelto á todo?

—Sí señora que vengo.

—Tomad esta llave.

Y echó una llave á la calle la vieja que estaba en la ventana.

—¿Y qué hago de esta llave?

—Id diez puertas mas allá: deteneos junto á una que tiene un ventanillo, y en el ventanillo por reja una cruz: abrid; dentro encontrareis una silla de manos: sentaos en la silla y cerrad la portezuela.

Guardó silencio Góngora.

—¿No os atreveis? dijo una voz enteramente distinta de la de la vieja; voz fresca, sónora, pura y sarcástica, y un tanto despreciativa.

—¡Vive Dios! esclamó Góngora: aunque fuese la casa del diablo y me llevase al infierno.

Y tiró adelante: contó diez puertas, y viendo en la décima una rejilla en cruz, puso la llave en la cerradura, entró en un zaguan alumbrado por un farolillo, vió en medio de él una silla de manos, la abrió, entró y cerró la portezuela.

XXXIII.

Silvestre se quedó en una esquina de la calle de la Arganzuela, no sin cierta envidia y comezon por la buena ventura de su amo, y sintiendo que la tal dama enamorada no tuviese una doncella, siquiera fuese gallega ó asturiana, en cuya compañía y en alguna cómoda antesala pudiera haber entretenido de una manera no de todo punto desagradable la espera.

Pero Silvestre tuvo que contentarse con la esquina en que se apoyaba.

—Pues señor, dijo para su capotillo Silvestre, razones van, razones vienen, toma ternezas, daca ternezas, ya tenemos para toda la noche: como allá en Salamanca, que me las proporcionó mi amo de las buenas: y es el caso que la noche está mas fresca de lo que yo quisiera: ¡si encontrase á mano una taberna! ¡pero bah! no hay que pensar en ello: á estas horas, y con el miedo que tienen los taberneros al conde-duque, que no perdona ocasion de sacar una multa, sería milagroso encontrar un refugio. Dios quiera que se case pronto don Luis ó que se meta fraile, que de ese modo acaso descansarémos. Entre tanto, ampárome del quicio de esta puertecilla, contra ese endiablado resuello de Guadarrama, y esperemos sentados y paciencia, ó no haber nacido para lacayo.

Y Silvestre se rebujó en su capotillo, se sentó en el escalon de una

puerta, y con un pistolete en la mano por lo que pudiese tronar, que en aquellos tiempos y á aquellas horas no eran seguras las calles en la villa y corte, y mucho menos la de la Arganzuela, echó paciencia y espera, y teniendo paciencia y esperando se durmió.

Despertóle por la mañana un incidente que no habia previsto.

Sintióse caer de espaldas.

Era que habian abierto la puerta.

Una rolliza moza gallega, á juzgar por las trazas, y cesta en brazo, lo que indicaba que salia á la compra, era la que habia causado aquel fracaso.

Levantóse Silvestre renegando, y la doméstica, que habia cerrado la puerta, se alejó riendo.

—Pues es de dia, dijo Silvestre: ¿si habrá pasado mi amo y con lo oscuro no me habrá visto y se habrá vuelto solo á casa? Pero no, no puede ser; tengo aquí la llave del postigo del jardin: de seguro, don Luis, por no llamar por la puerta principal, me hubiera buscado. Indudablemente don Luis no ha salido. Vamos, cuando la dama que le ha citado se inquieta poco porque le vean salir de dia de su casa, debe estar curada de espanto. ¡Y que por una virtud tal haya pasado la noche como un perro el hijo de mi madre!

Silvestre se puso á pasear calle arriba y calle abajo.

Siempre que pasaba por delante de la casa donde habia entrado don Luis, miraba á las ventanas, y tanto las miró y las remiró, que empezó á entrar en cuidado.

—Pues no, dijo: esta casa no tiene trazas de que viva en ella gente ni de medio pelo; pero estas damas aventureras suelen tener unos caprichos... sin embargo, así y todo es demasiado miserable vivienda para que yo esté tranquilo; pero los doblones que me dió anoche la dueña... vamos, esto no puede haber sido sino un lazo para robar á don Luis: mi amo, que yo sepa, no tiene enemigos... pero lo que sucede es estraordinario... es necesario ver... pecho al agua y salga por donde quiera.

Y llamó á la puerta.

Nadie contestó.

Volvió á llamar una, dos, tres, cinco veces, y tampoco obtuvo contestacion.

Entonces armó con el llamador un estrépito de los diablos.

Abrióse una ventana en una casa de enfrente.

—¡Eh! ¡hidalgo! ¿qué, estais llamando á esa casa vacía? dijo un viejo que dejó ver en la ventana una cabeza redonda, cubierta

hasta las cejas por delante y hasta la nuca por detrás con un gorro de lana azul.

—¿Vacía decís que está esta casa? dijo Silvestre.

—Tan vacía como mi estómago, y os puedo jurar que no he almorzado.

—¿Y hace mucho tiempo que está vacía?

—Años: díganlo las telarañas de la puerta.

—Pues por las telarañas rotas y arrolladas se conoce que esta puerta se ha abierto no há mucho tiempo.

—Podrá haberse abierto la puerta, pero os puedo asegurar que en esa casa no vive nadie.

—Pues en esta casa ha entrado anoche un hidalgo: y puédooslo afirmar, como que yo, que soy su lacayo, le he visto entrar y me he quedado fuera guardándole las espaldas.

—Pues me afirmo en lo dicho: hace cuatro años que por amenazar ruina la casa echaron de ella á los que en ella vivian, y no se ha vuelto á alquilar: ni lo hubieran permitido los buenos padres de la Merced, cuya es la casa.

—¿Casa de frailes es esta?

—¿Pues si de frailes no fuera, tendríanla sin gente por no echarla abajo y levantarla de nuevo? nadie mas que los frailes tendrian así mostrenca y abandonada su hacienda. Con que buenos dias, hidalgo, que mi vieja me llama y me dice que se están enfriando las sopas.

Y el viejo cerró la ventana.

Silvestre se quedó atónito en medio de la calle mirando á la casa.

—¿De frailes eres, deshabitada estás, ruinosa y vieja, y mi amo se ha entrado aquí con llave que le dieron? pues señor, no entiendo una palabra. Lo que entiendo únicamente es que estoy haciendo falta en casa del alcalde de barrio.

Y Silvestre preguntó al primero que encontró á mano de la vecindad y se plantó en casa del alcalde. Dióle parte de lo acontecido, y el alcalde mandó llamar á un cerrajero, y llegado que este fué, con él, con Silvestre y á mas dos alguaciles, se trasladó á la casa deshabitada (por abreviar y no escandalizar á los buenos padres de la Merced), descerrajó la puerta aunque no tenia facultades para ello, y no era prudente allanar propiedades de frailes, y entró en la casa con Silvestre y los alguaciles.

Registróse la casa desde el sótano hasta los desvanes, y nada se halló mas que telarañas y humedad abajo, y polvo y escombros arriba:

era indudable que allí no habia entrado nadie hacia mucho tiempo.

Pero un alguacil descubrió con no menos alegría que Colon al ver la tierra del Nuevo Mundo, que en el pavimento húmedo y biscoso del zaguan habia señales de pisadas de hombres que se prolongaban hácia un patinillo.

Siguiéronse las huellas, y siguiéndolas entraron en un pasadizo.

—Aquí hay un pañuelo, dijo uno de los alguaciles.

—Mostrad, dijo Silvestre.

Mostró el alguacil.

—Un pañuelo de mi amo, esclamó Silvestre: ya decia yo que mi amo habia entrado áquí.

—Sigamos adelante por las señales de las pisadas, dijo el alcalde.

Siguióse adelante, pero á los pocos pasos hubieron de detenerse ante una puerta.

Allí terminaban ó se interrumpian las pisadas.

Examinaron la puerta, y vióse que las telarañas que la habian cubierto estaban rotas en las junturas.

—Que entre el cerrajero, dijo el alcalde.

Y entrado que hubo, el alcalde añadió:

—Descerrajad esa puerta, maese.

Maese descerrajó en un dos por tres.

Abrióse la puerta, avanzó la justicia, y se encontró en medio de la calle de Mira-al-rio-baja.

La casa tenia dos puertas que correspondian á dos calles.

La justicia se encontraba burlada, y como á esta señora la ponian de mal humor las burlas, apoderóse del pañuelo para formar sobre él proceso, y no teniendo otra persona viviente á quien echar mano, llevóse á Silvestre, y dió con él en la cárcel y en un calabozo, donde le dejó incomunicado.

XXXIV.

Veo que te entretiene mi historia, es decir, la historia de tu abuela, dijo Satanás suspendiendo su relato.

—No sé lo que pasa por mí: te estoy oyendo distraida, y á pesar de que sigo con interés tu relato, no puedo olvidarme de la situacion en que me encuentro, de mi horrible situacion.

—No lo era menos la de Luisa Isabel María, dijo Satanás: estaba casada, aunque por distinta causa que tú, con un hombre que la repugnaba, con un miserable; casada á la fuerza, fuerza que ella no

habia provocado cediendo, que habia previsto y que no habia querido provocar; como tú, tenia gravemente herido á su esposo.

—¡Como yo! ¿pues qué, Juan?...

—Mientras te he contado yo parte de la historia de Luisa Isabel María, han entrado ladrones en la quinta.

—¡Ladrones!

—Sí, ladrones, una cuadrilla que capitanea aquel escribano don Cosme á quien tú conoces.

—¡Cómo! ¿don Cosme ladron? ¡pues si parece el hombre mas débil y mas tímido del mundo!

—¡Las apariencias! es necesario ser como son en lo general los hombres para fiar en las apariencias: ¡la debilidad! ¡la fuerza! la fuerza está en el alma: el que tiene el alma fuerte, por mas que su cuerpo sea contrahecho y débil, encuentra su fuerza en los hombres que le rodean y á quienes domina: don Cosme es un lobo.

—¡Y ha sido él!

—Él precisamente, es decir, él en persona no: su cuadrilla mientras el estaba entretenido con Martin Iglesias, el Moreno, en quien creía haber hecho una buena presa, su gente, escitada por la codicia, faltando á sus instrucciones, se ha venido á esta quinta, dejándole abandonado al Moreno: entraron en la quinta por un postigo, favorecidos por los criados...

—Por los criados...

—¡Sí! hay ladrones que sirven: el robo está perfectamente organizado.

—¡Ah!

—El robo no es mas que una de las fases de la guerra del hombre contra el hombre. Pero continuando: Juan de Castro, cuando volvió en sí despues del desvanecimiento que le habia causado su rabia al verse humillado ante tí, se levantó como pudo y se internó en la quinta por donde primero encontró: por desgracia para él y por fortuna para tí, se detuvo en una habitacion lejana donde hay objetos de mucho valor: un pabellon riquísimo que el vizconde tiene destinado al amor.

—¡Al amor!

—Sí, al amor de sus queridas. Por lo mismo, ese pabellon es independiente y tiene una puerta al campo. Por lo mismo don Cosme, á quien uno de los criados del vizconde habia avisado de que en ese pabellon podia dar un buen golpe de mano, habia venido esta noche. Pero cuando don Cosme supo que tú habias llegado á la quin-

ta, temiendo que te hubiesen aposentado en aquel pabellon, suspendió su proyecto, porque don Cosme es muy prudente, dilatando el golpe para cuando tú hubieses salido de la quinta. Pero entretenido con el Moreno, á quien habia aprehendido en el campo cuando vagaba al rededor de la quinta, sus gentes, mas codiciosas que él, se decidieron á dar el golpe.

—¿Y á qué vagaba Martin Iglesias al rededor de la quinta? dijo Luisa.

—El Moreno sabia que te casabas con Juan; te vió salir con él de su casa y entrar en un carruage con Juan y con el vizconde; tomó otro carruage y le siguió resuelto á salvarte si podia.

—¡Ah! ¡escelente amigo!

—Entonces fué cuando le apresaron los ladrones, y cuando entretenido don Cosme con el Moreno, los suyos se le escaparon y se vinieron á la quinta, y ayudados por parte de la servidumbre del vizconde entraron en el pabellon. Encontraron allí á Juan de Castro, y el miserable abandonado y solo en una habitacion robada, tiene tres puñaladas en el pecho.

—¡Oh! es necesario socorrerle, dijo Luisa.

—Prueba á hacerlo.

Luisa fué á levantarse instintivamente del sillon y no pudo.

—¡Oh! pero tú... tú, Satanás... dijo.

—¡Pides al diablo caridad! dijo la baronesa del Destierro, soltando una carcajada. Deja, deja á Juan de Castro que le ayude Dios si quiere, y continuemos la historia de tu quinta abuela.

XXXV.

Antes de mi digresion, dijo el diablo despues de algunos momentos de silencio, decia yo que Silvestre habia sido preso por el delito de haber querido encontrar á su amo y de no haberle encontrado.

Silvestre fué encerrado é incomunicado.

Dejémosle en su calabozo.

¿Qué habia acontecido á don Luis de Góngora?

XXXVI.

Góngora entró en la litera que encontró en la casa desalquilada, por vergüenza de mostrar miedo.

Pero así que la litera se puso en movimiento, para dejar una se-

ñal de sí mismo, sacó una mano por la portezuela y dejó caer un pañuelo.

Inmediatamente despues de haber hecho esto, sintió que abrian una puerta y que salian por ella.

Durante una hora la silla de manos no paró.

Al fin se abrió otra puerta, entró la silla de manos, se detuvo, abrieron la portezuela y una voz le dijo:

— Salid.

Salió, le asió una mano, al parecer de mujer, tersa y mórvida, y le condujo á través de algunas habitaciones.

Luego la mano le soltó y sintió unos pasos que se alejaban.

Luis de Góngora se quitó el pañuelo que vendaba sus ojos; pero se encontró á oscuras.

Notó, sin embargo, que estaba en una casa rica y elegante, cuanto puede juzgarse esto por un hombre que está á oscuras: sentia bajo los pies una alfombra blanda y suave; en torno suyo, una atmósfera tibia y perfumada: al roce de un mueble con el que tropezó, sintió el tacto del damasco y de la madera rica, pulimentada y tallada: estos eran bastantes indicios de que quien allí le habia llevado escítando su amor propio era una dama principal.

Pasaba el tiempo y Góngora empezaba á impacientarse; llegó á creer si sería objeto de una burla, y como no era su carácter lo mas á propósito para sufrir burlas, buscó una salida: entonces al tocar las paredes, se afirmó mas en en su creencia de que se encontraba en una gran casa, al tocar ricas tapicerías, asombrosos muebles, puertas ensambladas; pero todas aquellas puertas estaban fuertemente cerradas: en vano, pues, Luis de Góngora pretendió huir de allí, y cansado é irritado se sentó.

Poco despues vió luz por debajo de una puerta: oyó pasos acompañados del crujir de un trage de seda; luego una llave en una cerradura: al fin la puerta se abrió.

Una dama negra, enteramente negra, entró en la cámara con una bugía encendida en un candelero de oro.

Lo único que habia blanco en aquella dama, eran las manos, los puños de encaje y la gola rizada: un ancho trage de terciopelo negro con adornos de azabache, un antifaz cumplidísimo y una toquilla de terciopelo negro tambien, constituían su aspecto.

Pero aquel aspecto era elegante, magestuoso: podia jurarse sin temor de mentir que aquella dama negra que con un continente tal y tan gallardo se habia detenido delante de Luis de Góngora, despues

de haberle hecho una profunda y ceremoniosa reverencia, era admirablemente hermosa; si tan recientemente no hubiera estado enamorado Góngora, se hubiera estremecido ante la espresion de los dos grandes y magníficos ojos negros que se fijaban en él de una manera ansiosa.

Y en la actitud de la dama, en su inmovilidad, en su silencio, habia mucho de ardiente, mucho de embriagador.

— Sentaos, caballero, dijo la dama con voz ardiente y conmovida, dejando el candelero sobre una mesa.

Y señaló á Góngora el estrado, donde habia un magnífico camapé.

Góngora se sentó dominado por aquella mujer.

Ella vino á sentarse en un sillon junto al estrado.

—¿Qué pensais de lo que os sucede, don Luis? dijo la dama.

Góngora no contestó por el momento.

— He venido solo porque se dudaba de mi valor, dijo al fin.

—¿Es decir que ni siquiera habeis sentido curiosidad por conocerme?

— No.

—¿Habeis recibido mis cartas?

— Sí.

—¡Me habreis tenido por liviana!

— No.

—¿Nada teneis que decirme?

— Nada sino que, ya que he respondido por mi valor prestándome á todo lo que se ha exigido de mí, me dejeis en libertad de retirarme.

—¿Y no deseais conocerme?

— No.

Golpeó impaciente la dama con su pequeño pie la alfombra.

—¡Es decir que tan ageno sois al amor, ó tan enamorado estais, que me despreciais!

— No.

— Concluid de una vez, hablad: ninguna mujer hace lo que yo he hecho sino... porque ama.

— Siento que me ameis.

—¿Por qué?

— Porque yo no aprecio el amor que se me brinda, sino el que conquisto.

—¡Ah! ¡os agradan las dificultades!

— Mucho, señora.

—¿No hay en vos el temor de que yo sea indigna de vos?

—No. En vuestro acento, en vuestras miradas, en vuestra inquietud se conoce que amais por primera vez. Y siento que me ameis, porque no puedo pagaros.

—¡Ah! ¡es decir que están trocados los papeles! ¡que yo os he rogado, que yo os suplico, que vos os negais! ¡en fin, que yo soy el hombre y vos la mujer!

—Vos, señora, comprenderéis al fin que no debeis amar á quien no os ama, que no debeis obstinaros por quien tan francamente os habla.

—Eso mismo me empeña mas.

—¿Que os empeña?

—Sí, soy como vos, segun vos decís: me irritan las dificultades, y me enamoran los hombres de honor.

—Esplicaos.

—No creo que yo valga tan poco que no pueda servir para entretenimiento.

—¡Oh! ¡señora!

—Vos no tomándome por entretenimiento sois un hombre de honor: porque... á pesar de mi antifaz, hay... creo que hay algo hermoso en mí, algo que no puede ocultarse.

—¡Señora!...

—Estoy sola con vos, y soy libre; os amo y os quiero: soy vuestra esclava, y quiero que vos consintais en ser mi señor: no importa que ameis á otra: tendré paciencia, con tal de que tengais compasion de mí y seais mi amigo.

—¿Vuestro amigo? ¿y por qué no he de ser vuestro amigo, señora? ¿qué daño me habeis hecho?

—¡Ah! ¿consentís en ser mi amigo?

—Sí.

—¡Ah! pues si consentís en ser mi amigo, estoy satisfecha y no debo recatarme de vos: este antifaz es inútil.

Y la dama se quitó el antifaz.

Góngora al verla se puso de pie y palideció.

—¡La marquesa de la Buena-dicha! esclamó.

—La marquesa de la desventura, dijo Julia, que ella era en efecto la dama misteriosa.

Góngora sintió concentrarse de golpe su sangre al corazon: Góngora habia fiado en demasía en el amor de tu abuela Luisa Isabel, creyéndole un preservativo: la verdad era que Luisa Isabel le habia

causado una impresion anterior, pero no fué menos terrible la que le causó Julia.

Con sus cabellos de oro, su semblante nacarado, sus ojos negrísimos, su boca encendida, su cuello... y sobre todo aquella mirada de amor fija en sus ojos... aquel seno que se levantaba violentamente conmovido...

Julia sonrió de una manera divina.

En la espresion que al verla habian tomado los ojos y el semblante de Góngora, comprendió que habia triunfado.

—¿Sereis siempre mi amigo? le dijo asiéndole una mano y estrechándola dulcemente.

—¡Oh! ¡sí! esclamó Góngora.

—¿Amigo del corazon?

—¡Oh! ¡sí!

—¿Sereis capaz de acompañarme como amigo á un viaje que tengo proyectado?

—¡Un viaje!

—Sí por cierto: dicen que Italia es muy hermosa y quiero ir á Italia.

—¡Jóven, hermosa, soltera y conmigo!

—No importa.

—Pudiera menoscabarse vuestra fama.

—¿Y qué se me dá? Me basta con la satisfaccion de mi conciencia.

—El mundo os creeria mi amante.

—El mundo se engañaria, porque yo no puedo ser vuestra sino siendo vos mi marido.

—¡Vuestro marido!

—No hablemos de esto, porque no me amais... me lo habeis dicho francamente.

No se brinda en balde á un hombre, por mas que esté enamorado, con tanta hermosura y tanta pureza como la de Julia.

Góngora á pesar de su serenidad de estudiante corrido, de galanteador pendenciero, se turbó.

Y es que hay mujeres que hacen balbucear al hombre mas sereno y mas veterano en las lides de amor.

—Yo, señora, no os conocia, dijo al fin.

—¡Oh! sí, sí; me conoceis demasiado: me habeis visto en palacio, en la calle, en la iglesia, en el Prado: sabeis que me llamo la marquesa de la Buena-dicha...

—Quiero decir que no conocia vuestro amor hácia mí, que no creía haber merecido tan buena fortuna.

—¿Fortuna llamais á la que se os mete suplicante por vuestra casa, vos que amais los imposibles?...

—¡Y quién dice que vos no seais un imposible para mí?

—¡Yo!

—Vos me habeis dicho que no sereis mia sino cuando seais mi mujer.

—¿Os he dicho eso?

—Sí, sí señora.

—¿Sí? pues mirad; tenedlo por no dicho.

—¡Ah!

—Debeis estar cansado, dijo Julia.

—¡Cansado!

—Sí; es tarde y ya es hora de descansar. Venid, voy á llevaros á vuestro aposento.

—¿Á mi aposento?

—Sí, porque siendo yo toda vuestra, es vuestro todo lo que es mio. Venid.

Y Julia se levantó, tomó el candelero, y salió precediendo á Góngora por la puerta por donde habia entrado.

Atravesaron algunos aposentos, y al fin Julia entró en una cámara á cuyo fondo habia dos balcones y en cada uno de los costados una puerta.

—Aquel es vuestro aposento, dijo Julia señalando la puerta de la derecha; en él encontraréis luz y cuanto hayais menester: aquel es el mio, añadió señalando á la puerta de la izquierda.

Luego cerró con llave la puerta por donde ambos habian entrado en la cámara.

—Dios os dé muy buenas noches, don Luis, dijo Julia acompañándole hasta la puerta de la derecha.

Góngora quiso contestar, y no pudo: una emocion violenta habia anudado su garganta.

Entró por la puerta que Julia le habia indicado, pero se quedó junto á ella viendo á Julia que se alejaba como una tentacion hácia la puerta de la izquierda.

Entró por ella.

Góngora dió un paso fuera de la puerta, de la cual no habia pasado, se detuvo y se pasó la mano por la frente.

De improviso tiró adelante en paso rápido y entró por la puerta por donde habia entrado Julia, y que esta habia dejado abierta.

XXXVII.

Pasaron algunos dias, y ni Góngora parecia en su casa ni Silvestre.

Góngora estaba encantado por Julia.

Silvestre estaba encerrado por la justicia.

Julia embriagaba al jóven y le retenia en sus brazos.

La justicia se hacia sorda á las quejas de Silvestre, y le mantenia incomunicado, procurando hacerle confesar lo que supiese acerca de un delito que suponia: porque siempre ha habido jueces aficionadísimos á lucir su práctica y su sagacidad descubriendo delitos, pero en esta parte los alcaldes de casa y corte eran feroces.

Entre tanto la familia de Luis de Góngora estaba en una ansiedad mortal.

Y no era sola la familia de Góngora la que estaba ansiosa, sino tambien otra persona.

Luisa Isabel María.

El hombre de la cueva del monte, aquel personage singular que habia pagado á Luisa Isabel un servicio libertándola al menos por algun tiempo de un marido odioso, habia ido á la noche siguiente á casa de Luisa Isabel.

—¿Cómo está el herido, Gabriel? le dijo tu abuela apenas le vió.

—Sufre, está postrado y en peligro, en gran peligro: si quereis, señora...

—No, os equivocais: yo no quiero deshacerme de él por esos medios: muy al contrario, deseo que hagais cuanto podais por su restablecimiento.

—Pues no deja de ser una generosidad exagerada: ese hombre os será funesto alguna vez.

—No importa.

—Sois un ángel.

—Creo en Dios y le temo.

—Que viva, pues, ese malnacido.

—Vivirá si Dios quiere: si no vive le habrá matado Dios, yo no.

—Las víboras deben aplastarse.

—Cuando esas víboras se llaman hombres basta con evitarlas.

—Dios quiera que no os pese alguna vez.

—Jamás me pesará de lo que haga, dijo Luisa Isabel.

—Ya sé que sois una noble y valiente mujer, dijo Gabriel: lo sé

por mí mismo: si vos no me amparais aquella funesta noche... si no me ocultaís, esponiendo vuestra fama, en vuestro mismo aposento, no sé lo que hubiera sido de mí, porque los parientes del hombre á quien maté son poderosos. Ahora mismo, señora, estoy necesitado de vuestra proteccion, y confio en ella: la vida que estoy llevando me repugna...

—¡Bandido!

—Sí señora, bandido: ¿y cómo vivir sino de una manera oculta y arriesgada despues del homicidio que me ha puesto delante de la justicia? La Santa Hermandad me persigue.

—Yo haré que no os persiga la Santa Hermandad. ¿Pero tuvísteis razon para matar?

—Sí, y no.

—Esplicaos.

—Yo amaba... ó era amado por una mujer casada.

Frunció el entrecejo Luisa Isabel.

—Sin duda que hice mal en tener amores con una mujer casada, y de aquí vino todo... ella fué imprudente... sus imprudencias dieron lugar á que el marido me encontrase en su casa, y... me vi obligado á matar para no morir...

—¡Ah! ¡ah! de ese modo... ¡contad con vuestro indulto!

Gabriel se arrojó fuera de sí á los pies de Luisa Isabel.

—Pero es necesario que vos me sirvais á vuestra vez.

—Hablad, señora, disponed de mí... soy todo vuestro...

—En primer lugar, cuidad, como de vos mismo cuidaríais, ó como cuidaríais de vuestra madre, de ese hombre...

—¿Qué hombre?

—El que teneis herido en vuestro escondrijo.

—¡Vuestro marido!

—Sí, mi marido.

—¡Le amais!

—No por cierto, pero no quiero manchar mi conciencia.

—Como gusteis... haré por él lo que haria por mi hermano.

—Gracias, Gabriel. Ahora voy á pediros otro servicio.

—Hablad.

—¿Recordais el jóven con quien me encontrásteis anoche?

—Sí: don Luis de Góngora.

—Amo á ese hombre.

—¡Ah!

—Sí, le amo y le quiero.

—Le tendreis.

—Sí, le tendré porque quiero tenerle, dijo Luisa Isabel con altivez: pero quiero estar segura de que no ama á otra.

—¿Deseais saber?...

—Sí, deseo saber la historia entera de don Luis.

—La sabreis.

—Como para averiguar bien y pronto es menester valerse de personas que no sirven bien si no se las paga, tomad, dijo Luisa Isabel, ofreciendo á Gabriel un puñado de oro que sacó de su bolsillo.

Gabriel lo rechazó.

—Yo os serviré como vos me amparásteis, señora, de una manera desinteresada: no necesito absolutamente oro: le tengo.

—¡Sois rico!

—¡Soy bandido!

—¡Ah!

—Como os importa sin duda saber lo mas pronto posible algo acerca de vuestro enamorado, os digo...

—No os espongais: recordad que aun no habeis sido indultado.

—De noche, con mi antifaz y mi espada nada temo. Es temprano. Á las doce indudablemente tendreis algunas noticias.

—Son las ocho. Á las doce ya tendré yo vuestro indulto. ¿Cómo es vuestro apellido?

—Gabriel Figueroa.

—Noble sois, vuestro apellido lo dice.

—Hijo de un hidalgo pobre de la montaña; estudiante sopista, soldado aventurero, bandido, y... hombre de corazon.

—¿Vendreis á las doce?

—Vendré.

—Os espero á las doce por una de las rejas de mi casa.

—Á las doce vendré, señora. Adios.

—Id con Dios.

Gabriel salió.

Luisa Isabel mandó llamar inmediatamente al conde-duque.

El conde-duque, ignorando para qué podia necesitarle la hija de Felipe IV, y temiendo no fuese demasiado importante, se presentó al momento.

—Sentaos y escribid, señor conde-duque, le dijo Luisa Isabel inmediatamente despues de los saludos: sentaos y escribid: sois mi secretario.

El conde-duque miró con miedo á Luisa Isabel, se sentó delante

de la mesa, y poniendo la pluma sobre el papel que estaba preparado, dijo haciendo mas cortesana su sonrisa:

—Estoy humildemente á las órdenes de vuestra magestad.

—Don Felipe IV por la gracia de Dios, rey... dijo dictando gravemente Luisa; y añadió: poned los dictados todos de mi señor padre.

—Ya está, señora, dijo el conde-duque despues de algunos momentos.

—Por la presente, continuó Luisa, concedemos indulto ámplio, general y sin escepcion por todos sus delitos anteriores á la fecha de esta cédula, á Gabriel Figueroa...

—Esto no puede ser, dijo suavemente el conde-duque; el rey sin escándalo no puede perdonar á este facineroso.

—Ha dado el rey tantos escándalos aconsejado por vos, dijo Luisa Isabel, que nadie se asombrará de que dé un escándalo mas.

—Pero ¿habeis meditado lo que quereis?

—Sí por cierto.

—¿Y estais resuelta á no ceder?

—De todo punto resuelta.

—Me poneis en un grave aprieto.

—Elegid entre ser mi amigo ó mi enemigo.

—Á ese precio, señora, cedo.

—Haced que uno de vuestros secretarios estienda en forma ese indulto, y presentadlo inmediatamente á la firma del rey: llenad las demás formalidades, y traédmelo dentro de dos horas: á las diez.

—¡Cómo!

—No hay medio.

—Jamás hubiera creido que me pidieseis tanto.

—Ha llegado la hora de que yo pruebe lo que influyo con vos.

—Despues de lo que hicisteis ayer...

—No tenemos tiempo de hablar mas.

—El rey está muy enojado con vos.

—Que se desenoje.

—Sois terrible.

—Por lo mismo evitad que lo sea con vos.

—Bien, bien, señora: quedareis satisfecha de mí: voy á sostener una batalla con el rey, pero á las diez vendré yo mismo á traeros el resultado.

Y el conde-duque salió aturdido.

El conde-duque no se hizo esperar.

Á las diez en punto se presentó en el gabinete de Luisa Isabel.

Sacó un pliego cerrado y sellado con las armas reales y le entregó á Luisa sonriendo.

—No sabeis, le dijo, cuánto he tenido que luchar con su magestad: todos quieren ser indultados; las peticiones se multiplican, y se han dado ya tantos indultos que el rey resiste á dar otros nuevos: dice, y con razon, que su corte va á ser dentro de poco una corte de bribones.

—Lo es hace mucho tiempo, dijo Luisa: en cuanto á mí os doy las gracias.

—El rey sabe, dijo dulcemente el conde-duque deslizando, por decirlo así, sus palabras, que vos sois la que os habeis interesado por ese hombre.

—Y bien, qué...

—El rey pretende saber... el rey, señora, yo no, qué interés podeis tener... si no quereis que yo lo sepa, podeis decir á su magestad por escrito...

—No hay necesidad de escribir nada: podeis decir á su magestad...

—¡Qué!

—Que lo mismo que yo no le he preguntado qué interés ha tenido en casarme con don Gutierre de Acebedo, debia su magestad abstenerse de preguntarme qué interés tengo yo en el indulto de Gabriel Figueroa.

—Muy bien, señora, muy bien, eso diré á su magestad, dijo el conde-duque levantándose contrariado.

—En cuanto á vos, don Gaspar, os quedo vivamente agradecida por la eficacia con que habeis satisfecho mi deseo.

—No olvideis nunca, señora, dijo el viejo favorito, que en mí teneis vuestro mejor amigo. Que os guarde Dios.

—Id con él.

Y el conde-duque se inclinó y salió.

XXXVIII.

Luisa Isabel esperó con gran impaciencia á que dieran las doce de la noche.

Amaba por la primera vez y con una vehemencia estremada: porque todo era estremado en tu abuela Luisa Isabel.

Cuando dieron las doce estaba ya en la reja.

Poco despues Gabriel estaba en la calle.

—¿Sois vos? preguntó Luisa.

—Yo soy, señora.

—Desembozaos y descubríos sin temor aunque pase junto á vos un turbion de alcaldes, corchetes y cuadrilleros.

—¡Cómo, señora!

—Hé aquí vuestro indulto.

—¡Mi indulto! esclamó Gabriel tomando con mano temblorosa el pliego: ¡mi indulto! ¡es decir, que puedo volver á vivir en compañía de mi buena madre, y andar por todas partes con el semblante descubierto!

—¿Teneis madre?

—Sí, una pobre anciana que sufre demasiado separada de mí.

—Quiero conocer á vuestra madre.

—La conoceréis, señora, la conocereis: en cuanto á mí... he encontrado en vos mi ángel y mi vida: mi brazo, mi cabeza, mi conciencia son vuestras.

—No abusaré de vos, Gabriel.

—Soy todo vuestro.

—¿Qué habeis averiguado acerca de don Luis?

—Que su familia está aterrada.

—¡Aterrada! ¿y por qué?

—Porque don Luis no ha parecido en su casa desde antes de anoche.

—¡Que no ha parecido!

—No: y lo que es mas, ha desaparecido con él su criado Silvestre.

—Pues es necesario averiguar... dijo con ansiedad Luisa Isabel.

—Averiguar... averiguaré y pronto, y con este indulto, que me permite ir á todas partes sin temor, mucho mas.

—¿Pero cómo pensais averiguar?...

—Lo que no sabe un alguacil lo sabe otro, y lo que ni unos ni otros saben, lo saben los ganchos de los alguaciles: os aseguro que esta misma noche...

—¿Esta misma noche?...

—Sí.

—¿Cuándo?

—Dentro de dos horas.

—¡Á las dos!

—Á las dos.

—Pues bien, idos; trabajad, y á las dos me teneis en este mismo sitio.

No podia ser mas impaciente Luisa Isabel.

Gabriel se apartó de ella y se fué á buscar uno de aquellos tunantes, que se llamaban en aquel tiempo *porquerones*, de alguaciles.

Dióle dinero, y aquel hombre se puso en campaña.

Una hora despues le trajo noticias.

Á las dos de la noche, Gabriel decia á Luisa:

—Ya estamos sobre el rastro... Silvestre, el lacayo de don Luis de Góngora, está preso é incomunicado en la cárcel de Villa.

—¡Preso é incomunicado! esclamó Luisa: ¿y por qué?

—Por haber buscado á su señor y no haberle encontrado.

—¡Con que don Luis se ha perdido!

—Sí señora.

—¡Y no ha podido dar con él la justicia!

—Aun no; pero si la justicia no dá, yo daré: para lo cual y para meditar mi plan me voy á dormir.

Luisa Isabel quedó profundamente contrariada y esperando con ansia al dia siguiente.

XXXIX.

—¡Y échese vuesa merced á buscar un hombre que se ha perdido en Madrid! decia Gabriel; ¡y cuide usted al mismo tiempo de esotro bribon que se ha quedado herido allá en el bosque! afortunadamente estamos indultados, Dios se lo pague á doña Luisa, y podemos andar por todas partes. Pues señor, tomemos un alquilon y á mi antigua caverna. Melchor no se habrá descuidado y el herido irá bien: procurarémos volver temprano, y Dios dirá.

Era al amanecer.

Gabriel alquiló una mula de paso en la calle de Segovia, y montando sobre su lustrosa silla, tomó hácia la fuente Castellana, picó, y poco despues llegó á los linderos del bosque, y se metió por su mas ancha avenida.

Á poco, estrecha ya la senda, silbó.

Inmediatamente se oyó el ladrido de un perro.

Poco despues un hombre con trage de pastor apareció entre los árboles.

—¡Hola! ¿sois vos, señor Gabriel? dijo el pastor. ¿Dónde diablos habeis andado dos dias?

—Allá por Madrid en la pretension de mi indulto.

—¿De vuestro indulto, eh? pues no os habeis librado de mala. Ayer anduvo todo el dia la Santa Hermandad revolviendo el monte. Os aconsejo que os vayais á otro lado.

—No hay necesidad: yo os afirmo que no se meterán conmigo.

—Si os cogen, señor Gabriel, cuando menos os arcabucean.

—No os dé pena de eso, Melchor.

—Ve ahí... ¿y qué pena me puede dar? de guardian de puercos (y con perdon sea dicho) yo no he de subir; pero doleríame que os sucediese un fracaso, porque á pesar de todo...

—Pues nada temais, porque ya estoy indultado.

—¡Indultado! ¡y que me place! ¿y no volveremos á las andadas, eh? ¿traeis con vos vuestro indulto?

—Firmado por el rey.

—¡Por el rey! ¿querreis enseñarme la firma del rey?

—¿Y por qué no? dijo Gabriel sacando el indulto.

—Y es verdad... y ahora sí que me alegro. Porque habeis de saber que si no traeis el indulto con vos sois hombre muerto.

—¡Cómo!

—Como que está cercado el monte por cuadrilleros, y á mí mismo me habian amenazado con arcabucearme ó colgarme, lo què yo mejor quisiera, sino os entregaba: y ya veis, señor Gabriel, cuando uno tiene mujer y chiquillos...

—Dice bien este rústico, esclamó una voz saliendo tras un jaral, y á poco apareció el bigotudo semblante de un alcalde de cuadrilleros y poco despues toda su respetable persona.

Lo primero que hizo fué apuntar á Gabriel con un pistolete, al mismo tiempo que cuatro cuadrilleros que habian salido detrás de él le apuntaban con los arcabuces.

—¿A qué tanta batería para un hombre solo? dijo con gran serenidad Gabriel.

—Mostrad ese papel que teneis en la mano.

Entrególo Gabriel.

Calóse el alcalde de cuadrilleros unas antiparras y leyó:

«Don Felipe IV por la gracia de Dios, rey de Castilla, de Leon, de Aragon...»

—Mas abajo, mas abajo, señor alcalde, dijo Gabriel, que los dictados del rey de España son muy largos y yo estoy de priesa.

—En efecto, dijo el alcalde: su magestad os indulta de la manera mas ámplia de todos los delitos que hayais podido cometer, ó hayais cometido, antes de la fecha de esta real cédula de indulto, y la fecha es de hoy.

—De lo que resulta, que no sabiendo vos como alcalde que yo haya cometido hoy ningun delito, debeis dejarme pasar, ir y venir á donde me convenga, obedeciendo las órdenes del rey.

—¿Vais á buscar á ese caballero que está herido en la choza de este porquero?

—Allá voy.

—Ese hidalgo os acusa de que le herísteis vos.

—Y no lo niego; pero como ese delito es anterior á la fecha de mi indulto, y como yo voy á cuidar de ese caballero, nada teneis que decirme.

—Es verdad, y podeis ir donde mas os acomode.

—Quedad, pues, con Dios, señor alcalde, dijo Gabriel.

—Id en paz, y Dios quiera que no nos pongais de nuevo en guerra con vos, dijo el alcalde desapareciendo con los cuadrilleros por donde habia aparecido y murmurando; lo que el rey hace está sin duda bien hecho; ¡pero indultar á este malhechor cuando estábamos á punto de ahorcarle!... así nunca acabarémos con los bandidos.

Gabriel entre tanto habia dejado la mula atada á un árbol y se internaba con el guarda de puercos en lo mas espeso del monte.

Detuviéronse delante de la choza del pastor.

—Y vamos: ¿cómo está ese caballero? dijo Gabriel al pastor.

—¡Bah! ya no se muere, yo os lo aseguro: á lo menos de ese balazo: tendrá para rascarse un mes y mas, pero quedará tan sano como si nada le hubiera acontecido.

—Entrad y ved si duerme.

El pastor entró, y poco despues dijo desde adentro:

—Podeis pasar: este caballero tiene los ojos abiertos como dos tazas.

Gabriel entró.

En un lecho que sin duda se habia traido de la cueva, porque el pastor no podia tener tal lecho, estaba tendido boca arriba Gutierre, pálido, irritado, como aquel que se ve preso violentamente, y preso á causa de una herida que no le permite moverse.

—¿Me quereis decir con qué derecho me teneis aquí? dijo Gutierre á Gabriel.

—Con el derecho que tiene todo hombre á defender su vida: re-

cordad bien: antes de anoche quisísteis matarme, y me vi obligado á herir antes de que me hiriérais; sin embargo, pude mataros y no os maté; pude dejaros abandonado y no os abandono; os curo tan bien como pudiera curaros un cirujano. ¿Qué quereis mas?

—Es cierto que os debo muchos favores, dijo con sarcasmo Gutierre: por lo mismo siento lo que os va á suceder.

—¿Y qué va á sucederme?

—Ya lo vereis.

—¡Ah! dijo Gabriel adivinando: ya sé: querreis decirme que la Santa Hermandád está en el monte, que tiene tomado los atajos, las trochas ¿eh? ¿y qué se me da á mí? Ya lo sé.

—¿Que lo sabeis?

—Como que há poco he estado hablando con un señor alcalde de cuadrilleros.

—¡Y no os ha ahorcado! le encontraríais solo, y como sois diestro y valiente y el diablo os ayuda...

—Puede ser que me ayude alguien... pero ese alguien no es diablo, sino ángel; y si es diablo, no he visto diablo mas hermoso en todos los dias de mi vida. Por lo demás no he encontrado solo al alcalde, sino bien acompañado y con un acompañamiento que me apuntaba á quema-ropa.

—¡Ah! ¡ah! ¿y no os dispararon?

—Ni me prendieron. Ya veis; los cuadrilleros se han ido por un lado y yo me he venido por otro.

—No os creo.

—Leed y creed, dijo Gabriel sacando el indulto del bolsillo, estendiéndolo y mostrándolo á Gutierre.

Este abrió enormemente los ojos.

—¡Os han indultado!

—Ya le veis.

—¿Y á quién debeis vuestro indulto?

—Ya lo veis, al rey nuestro señor.

—Pero el rey nuestro señor no acostumbra á dar, sino recibe.

—Teneis razon, pero esta vez el rey no ha recibido.

—Pensará recibir.

—¡Es posible!

—Y decidme, os lo ruego, ¿de quién os habeis valido?

—De mi amigo el conde-duque, dijo con prosopopeya Gutierre.

—Pero el conde-duque es como el rey: no dá sino le dán.

—Y bien...

—Me parece adivinar.

—¡Ah! ¿la herida os ha hecho adivino?

—Me ha aclarado los ojos.

—¿Y qué habeis visto?

—Que ese indulto os le ha procurado mi... mujer.

—Puede ser.

—¿Á quién ama mi mujer? dijo bruscamente Gutierre.

—¡Diablo! haceis unas preguntas que ofenden. ¿Qué tengo yo que ver con los amores de vuestra mujer?

—Luego tiene amores...

—Yo no lo he dicho.

—Pero yo lo supongo... como sospecho que vos sois el corredor de esos amores.

—Vamos, es necesario tener en cuenta el estado en que os encontrais para perdonaros.

—Ya nos veremos, amigo, cuando yo salga de este estado, vos, mi mujer y yo.

—Tranquilizaos y vamos á curaros.

—¿Quién os ha encargado que cuideis de ese modo de mí?

—Vuestra mujer.

Coloráronse súbitamente las pálidas megillas de Gutierre.

—¡Mi mujer! esclamó.

—Sí, esa dignísima, esa admirable mujer á quien calumniais.

—Pero si esa señora ha huido de mí...

—No lo sé.

—Habladme, habladme con franqueza.

—Nada tengo que deciros, sino que vuestra esposa se interesa vivamente por vuestra vida.

—¡Ah! eso no puede ser.

—Sí: á no ser por ella yo os hubiera matado.

—¡Ah! vos... pero ahora se me ocurre, ¿cómo habeis conocido á mi mujer?

—La conocia hace mucho tiempo y la debia beneficios. La conté el lance de haberos encontrado en el bosque y de haberos herido, os reconoció por las señas que de vos la di, y me dijo:

—Es necesario que ese hombre viva.

—¡Ese hombre! Y decidme, ¿dónde habeis encontrado á mi mujer?

—En su casa.

—¿En su casa?

—Sí por cierto.

—¿Con que no huía? ¿con que en efecto se desbocó el caballo?

—No puedo contestaros: no sé nada de eso.

—¡Ah! ¿no sabeis?

—No. Pero vamos á la cura, que tengo gran necesidad de volver á Madrid.

Gabriel le vendó la herida: esta era horrible.

Sus bordes inflamados presentaban mal aspecto.

Gabriel, sin embargo, tuvo la serenidad de no poner mala cara.

—¿Me curais de buena fé? dijo Gutierre á Gabriel mientras este renovaba el apósito.

—Sino quisiera que os salvárais, á qué habia de haberos curado, dijo Gabriel.

—Teneis razon, contestó Gutierre: ¿pero vos sois cirujano?

—He estado mucho tiempo en Flandes y en Italia ayudando á curar á los cirujanos del ejército.

—¡Ah! ¡de ese modo! ¿y creeis no haya peligro?

—No, sino os irritais; pero si os irritais y sobreviene la inflamacion...

—No me irritaré, no me irritaré: y decidme, ¿no podria ser trasladado?

—Por ahora no.

—¿Pero podreis avisar á mi hermana?

—¿Y quién es vuestra hermana?

—La marquesa de la Buena-dicha.

—¿Y dónde vive?

—En la calle de la Almudena.

—Iré á verla.

—Dios os lo pagará: además mi hermana, si quiere, os puede valer de mucho, porque tiene gran favor en la corte.

—Gracias, muchas gracias, dijo Gabriel acabando de poner el apósito. Ahora, tranquilizaos, reposad, tened en cuenta que la paz, la quietud de vuestro espíritu son gran parte para curaros, y adios.

—¿Volvereis?

—A la tarde: y no podeis quejaros de mí: cada viaje que hago para venir á veros me cuesta un sacrificio de tiempo y otro de dinero.

—¡De dinero!

—Sí; para invertir el menos tiempo posible en ir y venir me veo obligado á alquilar una cabalgadura.

—¡Ah! pues eso no es razon. Tomad esta sortija.

—¿Y para qué?

—Observad que en esa sortija está mi escudo de armas.

—Ya lo veo.

—Presentad esa sortija á mi hermana como señal mia, y decidla que dé órden á mi mayordomo Lope Rivas para que siempre os tenga ensillado un caballo.

—Acepto. Y adios, don Gutierre, adios, que los momentos me son preciosos, dijo Gabriel guardando la sortija.

—¿Hasta la tarde?

—Hasta la tarde.

Gabriel salió, dejando al guardian de puercos algunas instrucciones respecto al tratamiento del herido; montó en la mula de alquiler, picó, llegó á Madrid, fuése á la calle de la Almudena y preguntó por la casa de la marquesa de la Buena-dicha.

En la primera casa en que preguntó le dieron las señas, y Gabriel se presentó en el zaguan de la casa de Julia y preguntó por la señora marquesa á un portero que encontró vestido de librea.

Porque debo advertirte, Luisa, que la vanidad era el vicio dominante de Julia.

—¿Qué quereis con la señora? contestó con la grosería peculiar á los criados de casa grande.

—La traigo noticias de su señor hermano el comendador don Gutierre, y aun señal suya.

—¡Ah! ¡traeis noticias de su señoría y señal! eso es distinto, porque hace tres dias contando con hoy que su señoría no parece. ¿Y la señal que decís?

—Héla aquí.

—Rica sortija: en efecto las armas del señor comendador. Estevanillo, hijo, quédate aquí cuidando de la portería mientras yo voy á llevar un recado importante á la señora.

El portero subió y volvió á poco.

—La señora os espera, dijo.

Gabriel subió.

Poco despues Julia le recibió en una magnífica cámara.

—¿Os envía mi hermano? dijo Julia con interés.

—Sí señora.

—¿Dónde está mi hermano?

Gabriel la informó de todo.

—¡Herido! esclamó Julia. ¡Y de peligro, acaso!

—Sí, sí señora; fuerza es confesarlo á vuestra señoría por mas que lo sienta.

—¿Y no se puede trasladar?

—No, señora.

—¡Y qué hacer, Dios mio! yo no puedo ir á verle. No puedo moverme de aquí.

LX.

—¿Y por qué no se podia mover aquella mujer cuando su hermano estaba en peligro? dijo Luisa interrumpiendo al diablo.

—Porque temia que Luis de Góngora, á quien tenia preso con sus hechizos, se escapase y se rompiese la fascinacion mientras ella estuviese ausente.

—¡Oh! ¡qué mujer!

—Julia no amaba á su hermano ni tenia motivo para amarle.

—Pero al menos por caridad...

—Era esa una virtud muy débil en el alma de Julia; pero déjame proseguir si hemos de acabar á buena hora.

—Prosigue.

LXI.

—Yo no puedo ir á verle, dijo Julia, pero le enviaré médicos, cuanto necesite: os daré una carta para él y otra para su mayordomo para que os entregue su caballo.

Julia escribió las dos cartas, y para honrar con una muestra de confianza á quien le habia llevado noticias, aunque funestas, de su hermano, le entregó abiertas las cartas.

Luego le dijo, dándole un bolsillo:

—Tomad: justo es que se recompense á quien tan bien nos sirve.

—Yo no os sirvo, dijo rechazando el bolsillo Gabriel, que era tan altivo como Julia: cumplo con mi deber y nada mas.

—¡Ah! ¿y cómo podré yo desmostraros mi agradecimiento?

—No faltará ocasion.

—Quedais obligado á procurarme esa ocasion.

—No lo olvidaré, señora: adios.

—Id con él.

Gabriel salió.

Es de advertir que no habia dicho á Julia que él era el que habia herido á Gutierre.

Cuando estuvo en la calle, y en lugar donde no podia ser visto desde la casa de Julia, leyó las cartas.

La una era una órden al mayordomo de Gutierre para que entregase á Gabriel un caballo.

La otra estaba llena de disculpas á Gutierre por no ir en el momento á verle.

—Esto no urge por el momento, dijo Gabriel guardando las cartas. Despues... á la tarde. Ahora vamos otra vez á casa de don Luis de Góngora á ver si ha parecido.

LXII.

Llegado á casa de don Luis de Góngora, ó mas bien á casa de su tio don César, primo de su madre, preguntó por el mayordomo Pedro Ramos, á quien andando en aquellas informaciones habia tenido ocasion de conocer.

Recibióle en una habitacion del piso bajo el Pedro Ramos, que era un vejete avellanado y receloso.

—Quiero preguntaros, dijo á Gabriel, por qué os tomais tanto interés en encontrar á don Luis.

—Vamos, ¿y qué os importa eso á vos con tal de que le halle?

—Teneis razon: si le hallais nada nos importa. Pero como por lo que veo no le babeis hallado, no sé á lo que venís aquí.

—Venia á saber si habia parecido.

—No, no señor, no ha parecido.

—Pues ya que estoy aquí, decidme si teneis algun indicio que pueda servirnos de guia.

—¿Y qué indicios quereis que tengamos acerca de don Luis, que todavía no ha dejado de ser mozo ni de dar disgustos á su familia? Si viviera su padre... y fuera todavía corregidor de Madrid, á fé, á fé, que no andaria tan perdido.

—Pero esa no es la cuestion; os he preguntado si podeis darme algun indicio.

—Ya os he dicho que no.

—Veamos, veamos: yo os iniciaré: ¿sabeis si don Luis galanteaba á alguna dama?

—Galanteador es que no hay mas que pedir; pero nada sabemos de sus galanteos.

—¿Ni vienen mensages ni dueñas?...

—Esperad... esperad, esclamó Pedro Ramos dándose una palmada en la frente: me parece que puedo deciros algo.

Y se levantó de la silla y partió á correr.

Poco despues volvió con una carta en la mano.

—¿Y qué es eso? dijo Gabriel.

—Esto, amigo mio, es una carta de una dama que le cita, y que don Luis se dejó en su cuarto olvidada sobre la mesa y abierta.

—Dadme, dadme.

Pedro Ramos dió la carta á Gabriel.

Era la quinta carta que Julia habia escrito á don Luis.

Al leerla Gabriel dió un grito.

—¿Qué es eso? dijo Pedro Ramos.

—Esto es que ya le tengo.

—¿Que ya le teneis?

—Sí por cierto, sí; conozco á la dama que le ha escrito esta carta.

—¿Que la conoceis?

—Sí por cierto: he estado hablando con ella no hace media hora.

—Y ¿quién es?

—¡Diablo! vuestro amo tiene muy buena dicha; yo os lo aseguro: y si se casa con la tal, por rica, por noble y por hermosa, hace un buen casamiento.

—¿Pero quién es, quién es? dijo Pedro Ramos, cuya curiosidad se habia escitado.

—No os diré su nombre: de ningun modo: no estoy autorizado para ello; pero me llevo esta carta.

—¡Cómo! ¡qué!

—Que me llevo esta carta.

—Yo os digo que no os la llevareis.

—¿Cómo que no?

—Como que no.

—Pues yo os digo que sí.

Y Gabriel se levantó y tomó la puerta.

—¡Eh! esperad, vive Dios: dad acá la carta ó llamo á los criados.

—Si quereis que se arme una buena gresca no teneis mas que llamar gente, dijo Gabriel poniendo mano á la espada.

Era tan característicamente bravo el semblante de Gabriel, que Pedro Ramos al verle empuñar se detuvo en el lugar donde se encontraba.

—Pero yo os ruego...

—Voy por vuestro amo.

—Pero esa carta...

—La entregaré á vuestro amo.

—Pero ved...

—Adios...

—Hidalgo... oid.

—Adios, señor Pedro Ramos, adios, dijo Gabriel tomando el zaguan y plantándose en dos saltos en la calle.

Cuando Pedro Ramos salió á la puerta, Gabriel habia desaparecido.

—Que me emplumen, dijo Pedro Ramos volviéndose para dentro, si entiendo una palabra de lo que sucede.

XLIII.

Al encontrarse en la primera callejuela solitaria y á buena distancia de la casa de don Luis de Góngora, Gabriel sacó las dos cartas que le habia dado Julia, y las comparó con la que le habia dado Pedro Ramos.

—La misma, la mismísima letra, dijo Gabriel: estas tres cartas están escritas por una misma mano, y dos de ellas las he visto yo escribir. ¡Con que su señoría la noble marquesa de la Buena-dicha es la que ha citado á don Luis, llamándole cobarde si no acude á su cita! ¡Y esta señora se llama Julia y es hermana del señor comendador don Gutierre de Acebedo! y el señor don Gutierre de Acebedo tiene el mismo apellido de un hombre á quien me ha mandado buscar mi madre... y ese señor don Gutierre de Acebedo tiene todas las trazas de haber sido un perdigon antes de ser comendador... aquí hay algo... indudablemente... Meditemos, Gabriel, meditemos: asegurémos el golpe, no sea que por andar de prisa cometamos un desacierto. Vamos á ver á la abuela, á la buena abuela, y sepamos para qué diablos quiere á ese señor Acebedo.

Y Gabriel tomó hácia la villa, y en una de sus mas estrechas callejuelas se metió en una casa de vecindad.

En el fondo del patio se metió por una puertecilla, empezó á trepar por unas desvencijadas escaleras, y en lo alto de ellas llamó á otra pequeña puerta.

Oyéronse tardos pasos en el interior, la puerta se abrió, y apareció una viejecita muy simpática, en la que se veía á primera vista la mujer de corazon, y que aun conservaba vestigios de haber sido

bella; todavía sus ojos, aunque un tanto amortiguados por la edad, eran hermosos y espresaban una gran inteligencia y una gran bondad de carácter.

Al ver á Gabriel se puso pálida y dió un grito.

—¡De dia!... esclamó: ¡andando por las calles de Madrid! ¡qué imprudencia!

—Nada temais, madre: me puedo pasear á la luz del sol por delante de la justicia sin temor ninguno.

—Pero cómo puede ser eso... tus locuras... te han traido á un punto tal... es necesario todo el amor de una madre para reconocerte por hijo despues de lo que has hecho... si tu padre viviera... tu padre que fué un hombre honrado, un soldado antiguo de los buenos, de los que ya no hay. ¡Dios mio!... ¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Madre, una mujer perdió á Adam, y otra me ha perdido á mí.

—¡Las mujeres de hoy dia! ¡maldígalas Dios! ¡tan livianas, tan resueltas, y tan perdedoras de hombres! pero siéntate, Gabriel, hijo mio, y dime por qué milagro puedes andar de dia sin temor por las calles de Madrid.

—Me ha indultado su magestad, madre.

—¡Que te ha indultado su magestad!... ¡ah! todavía queda algo de nuestros buenos tiempos; tú has sido un buen soldado; tú has vertido tu sangre sin ahorrarla en Italia: bendiga Dios al rey que aprecia los valientes que le sirven.

—Madre, no, no es eso: de nada me hubieran servido los arcabuzazos que he recibido por el rey, ni mi juventud gastada en la guerra, ni la honra con que he metido siempre la bandera de mi compañía en batalla; hoy no se aprecia el valor: ¡sino hubiera sido por una mujer!...

—¡Por una mujer!...

—Sí, por doña Luisa, aquella colegiala de Loreto que me amparó cuando mi desventura.

—¡Ah! ¡bendita, bendita sea!

—Ella me ha procurado el indulto.

—¡Ella!

—Sí, es hija del rey.

—¡Hija del rey!

—Sí, madre, sí: esa es una historia que os contaré otra vez... ahora me urge el tiempo. El indulto está aquí. Miradle.

—¡Pero si yo no sé leer!...

—Es verdad.

—Pero es el caso que por el perdon de su magestad la justicia ya no puede perseguirme por lo pasado, y en cuanto á lo venidero yo haré de modo que la justicia no tenga que meterse conmigo.

—Eso, eso es lo que es menester. No eres ya un mancebo, hijo mio, y es necesario que conozcas que la honra es la joya mas preciosa y que mas debe guardar un hombre de que ni aun sea empañada. Pero sepamos á lo que vienes, que estoy curiosa é impaciente.

—¿Madre, no me mandásteis buscar á don Gutierre de Acebedo? dijo Gabriel.

—Sí, sí por cierto: como que me interesaba mucho, y me interesa mucho hablarle, conocerle, saber si es el que yo creo y preguntarle por una mujer, por una niña.

—¡Por una mujer!...

—Sí, dijo la anciana, acercando mas la silla á la de su hijo: es una historia que yo no te he contado ni he podido contarte: apenas tenias diez y seis años, cuando tomaste bandera y te fuiste á Italia dejándome sola...

—¡Madre!... yo iba á buscar fortuna para vos.

—Pero en diez años no volviste... y cuando has vuelto... ¡Dios mio! ha sido para conocer esa mujer maldita por la que has perdido tu honra.

—Madre... si yo maté á su marido, le maté en riña, frente á frente, como leal y con peligro.

—Pero tú no debiste enamorar nunca á una mujer casada...

—No hablemos mas de esto... ya no tiene remedio.

—Sí, desgraciadamente no tiene remedio.

—Continuad, madre, continuad.

—Yo te habia indicado que era necesario que buscases á don Gutierre de Acebedo, pero como por aquel tiempo te viste obligado á huir... á ocultarte... no te pude decir por qué necesitaba yo conocer á ese don Gutierre. Escucha.

Gabriel concentró toda su atencion.

—Ya recordarás que en nuestra familia, y pariente lejano mio, ha habido un varon sabio, casi un santo, un inquisidor: el padre fray Tomás del Acebo.

—Sí, madre, sí.

—¡Oh! ¡si fray Tomás no hubiera muerto hace cuatro años!... tú serías otra cosa, Gabriel.

—Continuad, continuad madre, y vamos á lo que importa.

—Hace veinte años (ya habia muerto tu padre y tú eras muy niño) estábamos en Toledo. Una noche, ya tarde, llamaron á la puerta de nuestra casa; tú dormías; yo bajé á abrir y me encontré con fray Tomás: con él venia una mujer que traía bajo el manto un bulto. ¿Qué será esto? me dije... Entre tanto el padre Acebo y la mujer entraron, y supe lo que aquello era. La mujer traía bajo el manto una niña, una hermosa niña.

—Sobrina, me dijo fray Tomás: ha llegado la hora de que hagamos una obra de caridad y el objeto es esta niña: lleva á esta buena mujer, que es su nodriza, á una habitacion aparte, porque tenemos que hablar en secreto.

Toda admirada llevé á aquella mujer á lo último de la casa, y por mandato de fray Tomás me encerré con él.

Cuando estuvimos solos me dijo:

—Esa niña es hija de una desgraciada á quien el Santo Oficio, cumpliendo con su deber y en defensa de la pureza de la Fé, ha sentenciado á muerte.

—¡Á muerte! esclamé; ¿pues qué ha hecho?

—Es una hechicera impenitente y relapsa: el Santo Oficio la ha mirado con caridad, pero no puede salvársela sin ofender á Dios. Acaso yo hago mal en arrancar á su hija al castigo que la corresponde... porque la infamia debe caer sobre los descendientes de la raza maldita. Perdóneme Dios si libro á esa desgraciada niña del sambenito (1), pero que no lo sepan los hombres. Tomá: esta es la partida de bautismo de esa infeliz.

Y me dió un papel que voy á darte, Gabriel.

La anciana se levantó, abrió un arca, y del fondo de un ángulo sacó un papel en cuatro dobleces y le entregó á Gabriel, que al leerle vió que el cura de Santa Leocadia de Toledo habia bautizado solemnemente á Dolores, hija natural de Consuelo Quiñones y de padre desconocido.

—Seguid, madre, seguid, dijo Gabriel despues de haber leido la partida de bautismo, y vivamente interesado por aquella infeliz Dolores.

—Guarda esa partida de bautismo por lo que pueda suceder, Magdalena, me dijo el padre Acebo; pero es necesario que esa niña

(1) El sambenito era una especie de escapulario con una cruz roja de San Andrés, esto es, un aspa, señal de infamia de los penitenciados por la Inquisicion y de sus descendientes.

no sepa quiénes son sus padres: mas vale eso: que se crea hija de otros.

—¿Y cómo hemos de hacer eso, tio? le dije.

—Ya lo he pensado: tenemos en Salamanca un pariente que está casado y que es bedel de la universidad: Salvador de Acebedo.

—¡Acebedo! vos sois Acebo.

—Los Acebos de Salamanca hace mucho tiempo que no sé por qué han corrompido el apellido originario convirtiéndole de Acebo en Acebedo: pero esto no quita que el buen Salvador, que es muy hombre de bien y muy caritativo, sea sobrino segundo mio y primo segundo tuyo.

—¿Y qué pensais hacer? señor.

—Pienso que la mujer de Salvador se venga por algun tiempo á Toledo.

—¿Y para qué?

—¿Para qué? cuando vuelva á Salamanca se llevará consigo á Dolores, y dirá que es una hija que ha dado á luz aquí. La edad de los niños no se conoce bien, y puede pasar por de dos años, aunque tenga tres.

—¿Y consintió ese matrimonio? dijo Gabriel.

—El padre Acebo era capaz de convencer á mi prima, y luego... les dió dinero... Cuando la mujer del bedel se volvió á Salamanca se llevó consigo á Dolores. Pero no se llamaba ya Dolores, sino Julia.

—¡Julia! esclamó Luisa interrumpiendo al diablo: ¿con que la marquesa de la Buena-dicha era hija de la infeliz Consuelo, nieta de Luis de Quiñones?

—É hija del primer vizconde de Rudaguas, contestó el diablo.

—¡Julia, hija del vizconde de Rudaguas y de Consuelo Quiñones!

—Y abuela de tu hermana Antonia.

—¡Ah!

—Voy á valerme del medio de que me he valido otras veces para hacerte conocer á otras para que conozcas á Julia.

Mira.

Presentóse al frente de Luisa y en el lugar que ocupaba la baronesa del Destierro, un escenario.

Aquel escenario era un gabinete bellísimo.

Cuadros de Velazquez y de Murillo cubrian las paredes sobre una hermosa tapicería de seda: el techo dorado con medallones en

que habia bellísimas pinturas, daba al gabinete un aspecto régio: la alfombra, los muebles, las mesas, los espejos eran admirables.

Sentada junto á una chimenea habia una mujer.

Al verla Luisa dió un grito.

Aquella mujer era completamente semejante á Antonia, y casi de la misma edad: los cabellos dorados, el semblante nacarado, los ojos negros, la frente altiva, la actitud magnífica y el trage rico é inmejorable.

—Esa era la marquesa de la Buena-dicha, dijo el diablo: doña Julia de Acebedo para los hombres: para Dios, Dolores Quiñones, hija de la mártir Consuelo, víctima espiatoria de los pecados de su abuelo Luis de Quiñones.

—¡Infeliz! dijo Luisa.

—En efecto, en la situacion en que te la presento pesa sobre ella la desgracia.

—¡La desgracia!

—No anticipemos los sucesos, ellos vendrán: continúo mi relato.

XLIV.

—Pasaron muchos años, dijo Magdalena á su hijo: tú te habias ido á la guerra, el padre Acebo habia muerto, Salvador de Acebedo habia muerto tambien. No volví á tener noticias de Julia ni de Magdalena. Yo me habia quedado sola, y para buscarme la vida sirviendo como dueña en casa de algun señor, me habia venido á Madrid. Así pasaron algunos años, y un dia oí nombrar á don Gutierre de Acebedo. Aquel nombre no me era desconocido. Recordé, y no tuve duda: era el nombre de un hijo de Salvador, el bedel de la universidad de Salamanca: yo no habia olvidado á Julia, y pregunté si don Gutierre tenia alguna hermana. —Sí, me contestaron; es hermano de la marquesa de la Buena-dicha.—¡Pues no puede ser ella, dije para mí, á no ser que se haya casado. Pero segun me dijeron la marquesa de la Buena-dicha...

—Es soltera, madre, dijo Gabriel.

—Sí, sí: es soltera, ó lo era, dijo la anciana: además he sabido que es riquísima.

—Sí, madre, sí.

—Que tiene gran favor en la corte.

—Es verdad.

—Pues bien; yo habia pensado en ella para que te sirviera de algo.

—¿Á mí?

—Á tí... sí... habia pensado ir por mí misma á buscarla... pero de una mujer débil y vieja todo el mundo se burla. Tú eres distinto: tú eres hombre y fuerte... estás además indultado, puedes presentarte en todas partes, y además, puedes obligar á Julia...

—¡Que puedo obligarla!

—Sí por cierto. Tú puedes demostrar á todo el mundo que no es hija de Salvador de Acebedo y de Magdalena, sino hija de la hechicera Consuelo Quiñones, quemada por el Santo Oficio.

—¡Ah!

—Y la marquesa, que es muy orgullosa, segun me han dicho, no querrá llevar el sambenito de la Inquisicion, el sambenito que la cubrirá de infamia en el momento que nosotros queramos.

—Pero nosotros no querremos, madre.

—No, no por cierto; ¡pobre mujer! pero nos debe muchos beneficios: es decir, se los debe al padre Acebo de quien somos herederos, y justo es que, como herederos, cobremos las deudas á favor de nuestro pariente... muy justo... si tú ó yo nos presentamos, y la decimos esto sin pruebas, nos despreciará ó tal vez nos mandará echar á palos de su casa. Pero tú te presentarás con pruebas... si se resiste á ampararte, á ampararnos... ¿qué hemos de hacer? Nos quedaremos como nos estamos, que no quiero yo que por mí ninguna criatura sea desgraciada. Pero cuando la marquesa vea las pruebas...

—¿Y qué pruebas son esas?

—Una declaracion, escrita y firmada por el padre Acebo, en que revela el nacimiento de Dolores Quiñones, y que Salvador de Acebedo y su mujer han firmado tambien: una declaracion en que consta que aquellos esposos solo habian hecho pasar por su hija á la hija de la hechicera, bajo el nombre de Julia, por caridad.

—Pensad, madre, en que no podemos usar de esa declaracion.

—Yo no pienso usar de ella mas que para obligar á la marquesa á que cumpla lo que nos debe, como herederos del padre Acebo.

—Ni podemos hacer otra cosa, madre, os lo repito.

—Si no lo hacemos, será por caridad.

—Os engañais, madre; no, lo haremos por temor.

—¿Y qué nos puede suceder?

—La Inquisicion infamaría la memoria del padre Acebo, la de

Salvador Acebedo, la de su mujer, y nos prenderia, y nos haria proceso á nosotros.

—¡Dios mio! ¿y por qué?

—Porque hemos robado y robamos, vosotros antes y nosotros ahora, la hija de una relapsa á la infamia que la proviene de su madre.

—¡Ah! esclamó Magdalena, pues antes que nos quemen á nosotros, voy á quemar mi declaracion.

—No, no por cierto, madre, dádmela.

—Que te la dé... ¿y para qué?

—Dádmela y perded todo temor: esa declaracion es un tesoro, y es necesario que ese tesoro nos valga.

—Despues de lo que me has dicho, tengo miedo de darte ese papel.

—Descuidad, descuidad, madre, qué nada acontecerá.

—Pero si te aconteciese una desgracia... si te encontrasen ese papel...

—Dádmele, madre...

—Le tengo guardado como un tesoro.

—Dádmele.

La anciana sacó de la misma arca de donde habia sacado la partida de bautismo de Dolores Quiñones ó Julia Acebedo un papel cuidadosamente envuelto en otro y lo dió á Gabriel.

Gabriel exhaló un grito de alegría al verle, y sin despedirse de su madre, salió.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! esclamó la anciana: ¡que mi hijo no haga mal uso de ese terrible secreto, Señor!

XLV.

—Y qué hizo Gabriel, preguntó Luisa á Satanás?

—Gabriel debia la vida y la libertad á Luisa Isabel María de Austria, era agradecido, habia adivinado que Luisa Isabel amaba con toda su alma á Góngora y se propuso pagarla.

Pero cuando salió á la calle se refrescó la cabeza y comprendió que para servir á Luisa debia andarse con calma.

Por lo pronto se fué á casa de Gutierre, y con la carta que le habia entregado Julia, le dieron un caballo, con el que se trasladó á la cabaña del monte.

Gutierre estaba en peor estado.

Sin embargo, no lo era este tanto que no se pudiese hablar con él.

—¿Á qué debo la fortuna de que hayais venido á verme tan pronto, amigo? le dijo Gutierre con sarcasmo.

—Os traigo una carta de vuestra hermana.

—Leedmela, que yo no puedo, dijo Gutierre.

— Gabriel se la leyó.

—¿Y por qué no viene á verme mi buena hermana? dijo Gutierre.

—Vuestra hermana cuida de vos, ya lo veis.

—¡Y mi mujer tambien!

—Es verdad.

—Tengo mucha fortuna.

—Os irritais, y la irritacion os hará mal.

—Oid, señor Gabriel.

—¿Qué?

—Os voy á dar un buen consejo.

—¿Cuál?

—Ya que me teneis en vuestro poder...

—No por cierto...

—Me teneis, esta es la verdad.

—Y bien, ¿qué quereis decir?

—Matadme.

—¿Que os mate?

—Sí por cierto.

—Estais delirando.

—Tengo la razon mas segura que nunca.

—Pues no os comprendo.

—Matadme, os lo aconsejo, porque si no me matais, á pesar de cuidarme vos mismo, en cuanto sane os mato, encierro á mi mujer, y hago que le pese de que yo viva á mi hermana.

—Hareis muy mal.

—¡Eh! yo sabré lo que me haré.

—Lo mejor que hareis será ser mi amigo y amar mucho á vuestra mujer y á vuestra hermana.

—Hay un medio de que entrambos seamos amigos.

—¿Cuál?

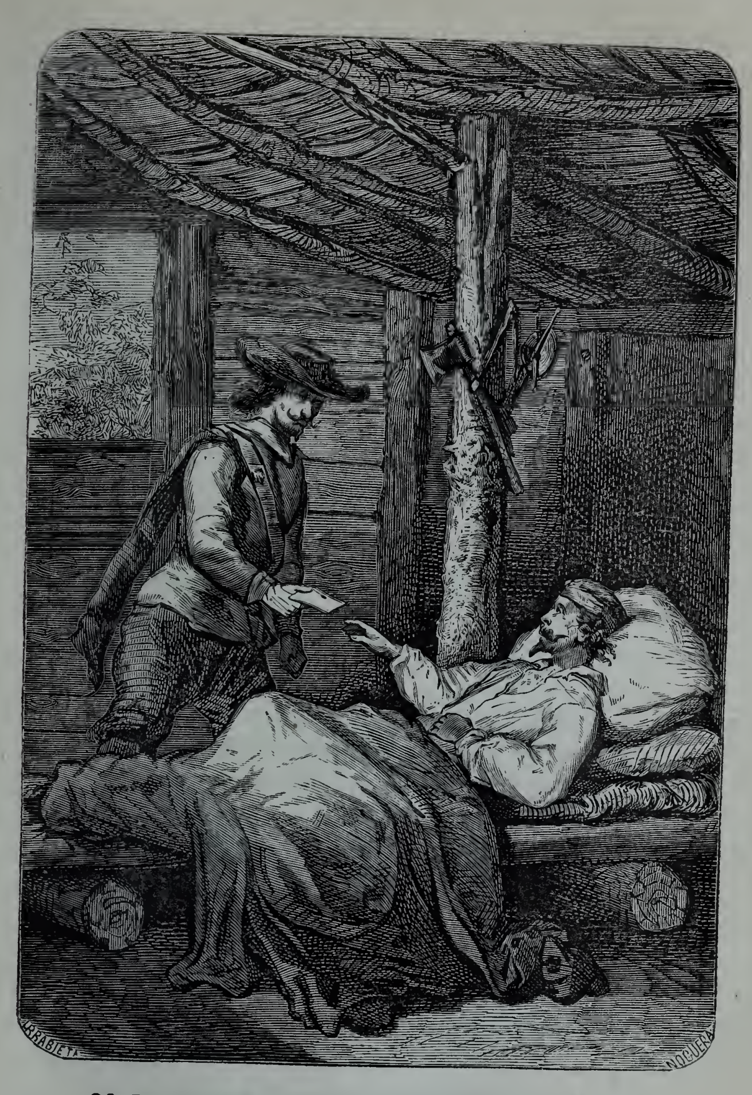
—Servirme.

—¿Que os sirva?

—Como sirve un amigo á otro.

—¿Y de qué modo?

—Averiguad la conducta de mi mujer.



OS TRAIGO UNA CARTA DE VUESTRA HERMANA.

—Es la de una dama honrada.

—Muy pronto lo decís.

—Estoy seguro de ello. Doña Luisa...

—No me ama.

—Sin embargo, se ha casado con vos.

—Pues ved ahí: para mí es un misterio que se haya casado conmigo.

—Dispensadme, dijo Gabriel, pero yo no os puedo contestar á eso.

—Pero podreis contestarme á lo que os voy á preguntar.

—Veamos.

—Antes de ahora, ¿conocíais á mi mujer?

—Sí señor.

—¿Desde cuándo?

Gabriel contó sucintamente á Gutierre la causa de su conocimiento con Luisa Isabel, y las grandes razones que tenia para estarla agradecido.

—Y decidme, dijo Gutierre, en el tiempo que estuvísteis amparado de doña Luisa y en su aposento, ¿no vísteis nada de estraño?

—Nada absolutamente: me dispensaba una noble y digna proteccion y nada mas.

—Y ahora, á mas de lo que á mí me sucede, ¿no veis nada de estraño en la conducta de doña Luisa?

—Nada.

—¿No sospechais que tenga amores?

—No tengo motivo alguno para sospecharlo.

—Veo que no podemos ser amigos.

—Dios dirá, y para vos hareis. Y ya que me habeis preguntado si doña Luisa tiene amante, á lo que os he contestado con lo que sabia buena y lealmente, espero que vos me contesteis á una pregunta que voy á haceros: ¿tiene amores la señora marquesa de la Buena-dicha?

Miró profundamente Gutierre á Gabriel.

—¿Por qué me preguntais eso? le dijo despues de un momento de silencio.

—Porque amo á la señora marquesa de la Buena-dicha.

—¡Que amais á mi hermana!... dijo con altivez Gutierre. Y ¿cómo podeis vos esperar que mi hermana os ame?

—¿Cómo podeis esperar vos ser amado por doña Luisa Isabel María de Austria, hija de un rey?

—¡Ah!

—Hablemos claramente: vos habeis sido un aventurero como yo: como yo habeis estado en Italia, y como yo habeis vivido como habeis podido vivir.

—¡Eh! ¿qué decís?

—Que don Gutierre de Acebedo, del hábito de Santiago, mayorazgo, coronel de los ejércitos de su magestad, es ni mas ni menos hijo de Salvador de Acebedo, pobre y humilde bedel de la universidad de Salamanca.

—¡Eh! ¿quién os ha mentido eso?

—Doña Julia, continuó Gabriel impávido, es distinto. Doña Julia no es vuestra hermana, ni se llama Julia: se llama Dolores.

—¡Qué decís! esclamó Gutierre pugnando por levantarse.

—No os esforceis, que podeis empeoraros, dijo Gabriel impasible. Sin que os esciteis puedo contestaros hasta donde me es permitido contestar.

—Os escucho con sumo interés. ¡Con que mi hermana!...

—Acostumbraos á mirarla como estraña. No es vuestra hermana, os lo repito.

—¿Pues de quién es hija?

—Del amor.

—¡Del amor! ¡es decir, de un galanteo!...

—Algo mas que eso: de una desdicha.

—¿Pero es de ilustre cuna?

—Su padre... es decir, el amante de su madre, fué un bribon ennoblecido como vos y como yo.

—¡Ah! pero su apellido.

—No os lo puedo revelar.

—¡Y su madre! ¿quién era su madre?

—Una pobre mujer, sino infame, infamada; su abuelo fué un infame.

—¡Pero nobles!...

—Cierto es que hay muchos nobles infames, pero la madre infamada y el abuelo infame de Dolores, pertenecian á la hez del pueblo.

—Pero cómo pudo mi padre...

—Vuestro padre se vendió.

—No lo creo: mi padre era muy bueno: existe la partida de bautismo de Julia.

—Hay una declaracion autorizada del verdadero orígen de Dolores anterior á la partida de bautismo de Julia.

—Hablad, hablad claro.

—No os diré mas: solo doña Julia sabrá lo que vos no sabreis nunca.

—Me habeis ya dicho demasiado, para que yo no llegue al cabo. Doña Julia cuando yo salga de este maldito lecho y de esta maldita cabaña me dirá lo demás.

—Será muy posible que no os lo diga.

—¿Es cierto lo que me habeis revelado?

—Sí.

—¿Y á qué fin me habeis revelado esto?

—Para que obreis por vuestra parte y por vuestra cuenta.

—Pero entonces sois enemigo de doña Julia.

—¿Quién os ha dicho eso?

—Si la amárais no me hubierais indicado ese secreto.

—Os engañais: lo he hecho para que no os intereseis tanto por vuestra hermana, por una parte; por otra, para que no encontreis estraño el que yo me atreva á aspirar á sus amores. Yo puedo hundirla en el fango con una sola palabra.

—¿Quereis, pues, que yo os diga lo que sé acerca del corazon de mi hermana?

—Sí, quiero saber si ama.

—Vos lo habeis dicho.

—¿Con que sí? ¿y quién es?...

—Lo ignoro.

—¿Y cómo sabeis que vuestra hermana... doña Julia... está enamorada?

—Á las mujeres las vende su corazon; pueden esconder el amante; pero por mas que hagan, por mas que sean reservadas, si logran ocultar el amante no pueden ocultar el amor. Doña Julia está enamorada de una manera atroz: yo os lo afirmo. Su tristeza, su malestar, la espresion distraida de sus ojos... un hombre como yo no se engaña. Doña Julia no solo ama, sino que sufre: y además, ella me lo ha confesado: ella, al hacerla yo ciertas proposiciones, me ha dicho:—Todo es en balde, hermano: amo á un hombre y seré su esposa.

—Pues si doña Julia dice que será esposa del hombre á quien ama, es amada.

—Esa no es una razon: doña Julia dice que se casará con el hombre que ama, porque doña Julia es voluntariosa y dá por hecho lo que desea.

—¡Ah! pues es muy posible que á pesar de eso, doña Julia se equivoque.

—¿Por qué?

—Porque yo, que soy muy voluntarioso, no quiero que se case con el hombre que ama... y no se casará.

—¡Ah! ¿quién sabe?

—Yo sí lo sé. Y pondré tales tentaciones delante del hombre á quien ama doña Julia, y causaré á esta tales miedos, que se quedarán atrás los miedos y tentaciones de San Antonio abad.

—Parece, segun hablais, que conoceis al hombre á quien ama doña Julia.

—Creo conocerle.

—Entonces, pues, ¿por qué me habeis preguntado si mi hermana tenia amante?

—Porque queria llegar por medio de vos al fin de mis investigaciones.

—Pero si sospechais...

—Es mas que sospechar.

—Entonces sabreis su nombre.

—Sí, pero no os lo diré.

—Creo, pues, que hemos estado hablando inútilmente durante un cuarto de hora.

—No tan inútilmente como creeis. ¡Adios!

—¿Os vais?

—Sí por cierto: he cumplido ya con lo que me habia propuesto respecto á vos.

—Estais hecho para mí un misterio.

—Pues mi conducta es lo mas natural del mundo.

—Espero que la comprenderé alguna vez.

—Entre tanto, adios.

—¿Volvereis?

—Si yo no vuelvo os enviaré un médico.

—Hareis en ello una obra de caridad.

—Adios.

—Adios.

Gabriel salió de la choza, montó á caballo y se dirigió de nuevo á Madrid.

Poco despues se apeaba en la casa de Julia.

LXVI.

—Necesito hablaros de un asunto muy importante, señora, decia Gabriel á Julia, sentándose con cierto familiar desembarazo en el gabinete donde Julia le habia recibido.

—¿Y qué teneis que decirme que es tan importante? dijo Julia mirando con una altiva gravedad á Gabriel.

—Tengo que deciros lo que sin duda os han dicho otros antes que yo.

—Sepamos.

—Yo os amo.

—¡Ah! dijo Julia mirando profundamente á Gabriel: ¿quién os ha dicho que me digais eso?

—Mi corazon.

—¿No ha sido mi hermano?

—¿Por quién me tomais, señora?

—Por un hombre á quien no comprendo, y que me dice que me ama de una manera tan repentina y con tal serenidad que me obliga á que no le crea.

—El que yo no haya temblado al revelaros mi amor, consiste en que he temblado antes de decidirme á hablaros de lo que me haceis sentir.

—¿Con que teneis la pretension de que yo crea que me hablais con formalidad?

—Y formalmente os hablo.

—Debo deciros entonces que me estraña.

—No debeis estrañaros... porque al fin las mujeres han nacido para amar y ser amadas.

—¡Las mujeres!

—Ciertamente: yo no creo que tengais la pretension de ser mas que una mujer.

—Seguid, dijo con gran calma Julia.

—Os he dicho ya cuanto tenia que deciros: solo me resta suplicaros que me respondais.

—Ya os he respondido.

—Pues no... no he oido la contestacion.

—Hablemos de otra cosa.

—Permitidme... mi corazon...

:

—Dejémonos de corazones. ¿No teneis otra cosa mas que decirme?

—Sí, sí señora, y algo muy grave.

—Pues empezad.

—Desde el momento en que os conocí tuve proyectos respecto á vos.

—¡Proyectos!

—Y proyectos de la mayor gravedad.

—Es tan estraño lo que está sucediendo entre nosotros, que os suplico que concluyamos.

—Yo os suplico que me escucheis con calma.

—Creo que me habeis visto por la primera vez esta mañana, y que me hablásteis de otro modo.

—Es verdad, pero entonces no ós conocia, y os traté como á una marquesa, os dí tratamiento... ahora...

—¿Han variado entre nosotros las circunstancias? dijo con sarcasmo Julia.

—Sí por cierto: os amo: además os conozco...

—¡Que me conoceis! ¿qué quereis decir?

Gabriel se detuvo.

—Continuad, continuad.

—Sí por cierto; sé que puedo atreverme á esperar que seais mia, porque... si nuestra posicion es desigual, la desigualdad está en contra mia.

—¡Pues qué sois vos!

—¡Yo!... soy un bandido indultado por el rey.

—¡Vos!... ¿y os creeis mas que yo?

—Sí, porque vos estais penitenciada por el Santo Oficio.

—¡Este hombre está loco! esclamó Julia levantándose.

—Sí, sí señora, levantaos en buen hora, dijo Gabriel, pero levantaos á fin de cerrar bien las puertas para que nadie pueda oirnos. De lo que os he dicho, y de lo que voy á deciros, tengo pruebas.

—¡Pruebas!

—Sí, pruebas de que no os llamais Julia.

—¡Cómo!

—Os llamais Dolores.

—Pero mentís... mentís sin duda: eso no puede ser.

—¿No sois hija de Salvador Acebedo, bedel de la universidad de Salamanca?

—¿Quién os ha dicho que mi padre era?...

—¿Que era un pobre hombre, un desdichado, un cualquiera, el que pasaba por vuestro padre? ¡Bah! señora, ¿quién me lo ha dicho? ignorais, ya lo creo, que el que pasaba por vuestro padre era algo pariente mio.

—¡Vuestro pariente!...

—Sí, ha habido un fray Tomás del Acebo, calificador del Santo Oficio...

—Le he oido nombrar á mi pobre madre.

—Decid á la mujer del bedel: pues bien, fray Tomás era su tio segundo, al mismo tiempo que era tambien tio segundo de mi madre. Ya veis, tenemos, pues, motivo mi madre y yo para saber ciertos secretos de familia.

—Esperad, esperad, dijo Julia: es necesario que nadie nos escuche.

Y fué y cerró las puertas.

Despues vino á sentarse pálida, irritada, contrariada, junto á Gabriel.

—Acabad, acabad de decirme quiénes son mis padres, dijo Julia.

Gabriel sacó la declaracion que le habia dado su madre del bolsillo, la desdobló, y leyó lo siguiente:

«Digo yo fray Tomás del Acebo, de la órden de predicadores, doctor en sagrada teología y cánones, calificador del tribunal de la general Inquisicion en Toledo, que habiendo asistido y procurado convertir á la pureza de la fé católica á una llamada Consuelo, hija de Luis de Quiñones, verdugo jurado que fué de la villa de Madrid, convicta de hechicería, y pacto con Satanás y relapsa por el Santo Oficio...

—¡Qué horror! esclamó Julia: ¿tengo yo algo que ver con esos nombres?

—¡La hechicera, señora, era vuestra madre!

—¡Ah! ¡no! esclamó Julia, juntando las manos.

—El verdugo fué vuestro abuelo.

—¡Ah! ¡no! ¡no! ¡eso es mentira, eso no puede ser! esclamó Julia con desesperacion.

—¡Oid!

—¡No quiero oiros!

—Oid, y nada temais.

—¡Que nada tema!

—No, porque yo os amo.

—Si eso es verdad no podeis amarme, no: imposible. ¡Dios mio! ¡hija de una hechicera y nieta de un verdugo!

—Eso mismo os probará cuánto es mi amor hácia vos.

—No, no os creo.

—Esta es una prueba indudable.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Y tanto os amo, que estoy dispuesto...

—¿Á qué?

—Á romper esta declaracion.

—¿Por qué precio?

—Por uno solo.

—Decid.

—Renunciad al amor de don Luis de Góngora.

—¡Don Luis de Góngora! ¡Dios mio! ¿quién os ha dicho?...

—Sé que hace quince dias, enloquecido por vos, don Luis de Góngora no sale de vuestra casa.

—Os engañais: yo no conozco á ese caballero.

—Estais pálida como una difunta al negarlo.

—Pálida... por lo que me habeis declarado.

—Pues bien, señora, prescindiendo de don Luis de Góngora, continuemos.

—Sí, continuemos; quiero saber hasta el fin cuánto debo apreciar como verdadero ese papel.

—Oid, señora, oid.

—Fray Tomás dice que procuró convertir á la hechicera, y continúa:

«No lográndolo, supe que esta desgraciada tenia una hija, resultado feliz de sus estravíos é impurezas: la separé de ella, y la puse en manos piadosas que la criasen. Muerta en auto de fé la hechicera...»

—¡Quemada! esclamó Julia.

—¡Quemada! repitió Gabriel.

—Continuad, dijo con agonía Julia.

Gabriel continuó:

« Muerta en auto de fé la hechicera, sobre su hija Dolores...»

—¡Dolores! esclamó Julia.

—Sí, vos, la marquesa de la Buena-dicha, os llamais Dolores.

—¿Y por qué me pusieron Julia?

—Esperad y lo sabreis, dijo Gabriel continuando su lectura: « Muerta en auto de fé la hechicera, sobre su hija Dolores debia caer

su infamia; compadecido yo de ella, habiendo permutado la penitencia de esa criatura por otra gravísima penitencia mia, y creyendo hacer un servicio á Dios, procuré que apareciera hija legítima de otros padres.»

—¡Basta! ¡basta! dijo Julia: mostradme las pruebas de que este escrito es cierto.

—Indudables, dijo Gabriel doblando el papel y mostrando en la dobladura las firmas siguientes: Fray Tomás del Acebo, Salvador Acebedo, y dos cruces como señal de Magdalena Arias, y María del Acebo que no sabian firmar. Bajo las firmas se leía el siguiente testimonio:

«Yo Damian Aponte, escribano público, certifico y doy fé de como los que en este papel han firmado en blanco delante de mí, y á los que conozco, quieren que sea valedero para siempre jamás amen, y como instrumento público, lo que en este papel blanco escribieren. Y así lo otorgo, etc.»

Lo que sigue son las formalidades de la ley y la fecha.

—¿Con que es verdad? dijo Julia.

—Verdad es, señora, por terrible que sea: verdad es.

—Y al presentarme ese papel... ¿qué pretendeis?

—Pretendo probaros que os amo tanto que me importa muy poco vuestro orígen.

Serenóse profundamente el semblante de Julia.

—Y decidme, si yo acepto vuestro amor...

—Este papel será mi regalo de bodas.

—Pues bien; os juro ser vuestra.

—Antes es necesario que seais franca conmigo.

—Lo seré.

—¿Habeis sido... sois amante de don Luis de Góngora?

—Sí, dijo Julia, no quiero engañaros.

—¿Don Luis está en vuestra casa?

—Sí.

—Desde el momento en que me prometais vuestra fé, todo debe acabar entre don Luis de Góngora y vos.

—Hoy volverá don Luis á su casa, y mañana...

—¡Mañana!

—Nos casaremos.

—¡Que nos casaremos!

—Si me amais tanto como decís debeis apreciar la presteza con que me presto á complaceros.

—Meditadlo bien, señora.

—Me habeis dado la mayor prueba de amor que yo pudiera desear... yo que habia buscado el amor sin encontrarlo; yo... con el corazon sediento... y vos os unís á una mujer infame.

—¡Señora! dijo Gabriel que empezaba á sentirse fascinado por la ardiente mirada de Julia.

—Sí, sí, yo os amo... yo os agradezco que me ameis, y mañana...

—Pues bien, señora, mañana... dijo Gabriel.

—Justo es que vos hagais algo: id á la parroquia de Santa María, mientras yo llamo al conde-duque á fin de que me facilite la real licencia que necesita todo título de Castilla.

—¡Adios, señora, adios!

—Adios, mi señor, dijo Julia dándole la mano.

Gabriel salió de la casa murmurando:

—Ahora mas que nunca es necesario tener cuidado con esta mujer.

LXVII.

El momento del pasado en que te he presentado á Julia, para que aprecies su maravilloso parecido con tu hermana Antonia, fué el siguiente al en que se encontró sola, despues de la salida de Gabriel.

Pero duró poco tiempo la atonía, el estupor doloroso de Julia.

Escribió al conde-duque llamándole y le envió la carta.

Julia se habia decidido por un proyecto horrible.

—¡Por un proyecto horrible! esclamó Luisa.

—Sí, contestó Satanás: Julia por instinto se habia decidido á poner en práctica la célebre frase de Alejandro: *lo que no se puede desatar, se corta.*

—¡Julia recurria al crímen! observó Luisa.

—Como tú debes recurrir á él para verte libre.

—¡Ah! no, ¡jamás! ¡sigue!

—Continúo.

XLVIII.

Tal era la carta que Julia escribió al conde-duque, que este se apresuró á ir á verla.

—¿Será cierto, dijo, que al fin cedeis á los deseos de su magestad?

—Sí, sí, ciertísimo; pero no es sin condiciones.

—Lo que querais.

—Despacio.

—¡Hablad, pedid!

—La licencia del rey para casarme, con el nombre del novio en blanco. Y eso al momento.

—Al momento, al momento: mejor, mucho mejor. Prevenís los deseos de su magestad.

—¿Cuándo tendré la licencia?

—Esta tarde.

—Además haced con los clérigos que todas las formalidades estén corrientes para que yo pueda recibir las bendiciones mañana á la noche.

—¿Tanto amais al novio?

—No, no: es que estoy impaciente por complacer á su magestad.

—Bien; muy bien.

—Sin embargo, no es esto todo: con la licencia del rey necesito un veneno que mate con la prontitud que un puñal.

El conde-duque dió un salto como si le hubiera mordido una víbora.

Se puso densamente pálido, tembló todo y apareció en su semblante, como un relámpago, una espresion de cólera é indignacion.

Pero esta espresion de dignidad, que demostraba que el conde-duque no era malo por el placer de serlo, pasó, y volvió á su semblante su cortesana espresion, porque el conde-duque estaba acostumbrado á doblegarse á las circunstancias por mas que estas circunstancias fuesen terribles.

—¡Un veneno que mate con la prontitud de un puñal!

—Me parece que he hablado clara y terminantemente.

—¡Con que un veneno!

—Un veneno.

—¿Y para cuándo?

—¡Para cuándo! ya os he dicho que necesito para esta tarde la real licencia, y con la real licencia ese veneno.

—¿Creeis, señora, que es tan fácil lo que quereis?

—Pagad.

—No... no consiste en el dinero, se gastará cuanto sea necesario... pero me pedís la complicidad en un asesinato.

—Dicen que Villamediana fué asesinado... por... por vos: que don Rodrigo Calderon cometió por vos... siete asesinatos é intentó otros tantos... y que vos, en premio de estos buenos servicios, hi-

císteis... ó hicísteis que el rey hiciera á don Rodrigo marqués de Siete Iglesias: es decir, una iglesia, una impunidad por cada asesinato: esto era desvergonzado... y sin embargo se hizo... y no os detuvísteis aun. Uceda, segun dicen, murió de una enfermedad estraña; don Rodrigo Calderon degollado; el duque de Lerma que se habia amparado á tiempo de la púrpura, no se pudo librar del mismo modo de otra estraña enfermedad; y todos os achacaron á vos estas y otras muertes que sería prolijo enumerar: y el señor rey, ese admirable rey, padre de sus vasallos, administrador de la justicia en lugar de Dios sobre la tierra, ha sabido esto, como lo ha sabido todo el mundo, y ha mantenido envainada la espada de la justicia, y al daros su real mano para que la beseis, al tocarla vos con vuestras manos y con vuestros labios habeis cubierto su mano real de infamia y de sangre; y esa mano real no ha sabido, no ha querido lavarse esa sangre y esa infamia con vuestra sangre...

—¡Señora!

—¡Oh! ¡sí! ¡para el rey es muy cómodo tener en vuecencia un hombre dispuesto á todo! el buen rey don Felipe IV, débil para el bien y para el mal, dominado por pasiones indómitas, cree hacer lo bastante cerrando los ojos, y haciéndose ciego: le parece que arroja así la complicidad, la participacion de tantos y tan horribles crímenes, como esos pájaros que se meten, cuando son perseguidos, la cabeza debajo del ala creyendo, porque ellos no ven, que no los ve nadie. ¡Oh! ¡sí! ¡sí! vos debeis escuchar sin estrañeza esto, porque debeis estar acostumbrado, y os debe ser fácil procuraros un veneno, porque los habeis necesitado mas de una vez y... los sucesos lo dicen... los habeis encontrado.

—¡Calumnias! ¡infames calumnias! esclamó desconcertado el conde-duque.

—No, no son calumnias: os estraña sin duda que yo sepa lo que os he dicho, y no debeis estrañarlo; yo preveía que llegaria un dia en que necesitase valerme de vos... mejor dicho: en que podria haber un pacto entre los dos, y procuré conoceros... pregunté, averigüé, y como vuestra vida no es un misterio, como todo os acusa... he sabido lo bastante para poder hablaros con lisura, de una manera clara, escusando los rodeos: sé demasiado que me necesitais...

—¡Que os necesito!...

—Sí, necesitais hacer un servicio agradable al rey, porque el rey, segun dicen, anda resfriado con vos: y como su magestad ha tenido la bondad, me hace la honra, de estar ciegamente enamorado

de mí, y yo he sido hasta ahora un imposible para su magestad, soy lo mas á propósito para que vos hagais ese servicio al rey, y sobre todo, para entretenerle durante algun tiempo y daros lugar de rehaceros. Me necesitais, sí, me necesitais, y si yo os pidiera dinero por ceder á los deseos del rey, me daríais un tesoro... pues bien... yo os pido menos... os pido algo con que matar... porque yo lo mismo que vos necesito matar.

—Pero meditadlo.

—¿Estais acostumbrado á matar sin haberlo meditado antes?

—¡Yo!

—Estamos perdiendo lastimosamente el tiempo.

—Pues bien, señora, renuncio á mi proyecto respecto á vos.

—En buen hora: idos: yo buscaré otros medios.

—Os ruego...

—Aun disputamos.

—¿No sería lo mismo que la persona que os estorba saliese de Madrid?

—¡Un destierro!...

—¡Un estrañamiento de España!

—Es poco.

—¿Con que estais decidida?

—De todo punto.

—¿Y no podré saber yo el nombre de la persona que os estorba?

—Ni sois vos ni el rey.

—¡Y para esta tarde!

—Para esta tarde.

—Adios, señora, adios.

Y el conde-duque salió descompuesto, aterrado, anonadado.

—¡Ah! esclamó Julia, yo me casaré con vos, amo mio; yo os arrancaré esa prueba de infamia... y luego... luego... ¡ah! ¡sí! el hombre que ha sido capaz de dictarme esas condiciones es un infame y debe morir.

Despues, Julia se levantó, atravesó algunas habitaciones, y entró en un gabinete.

XLIX.

En él se paseaba meditabundo y cabizbajo Luis de Góngora.

—¡Ah! ¿sois vos, señora? dijo: ¡cuánto me haceis sufrir!

—¡Sufrir!

—¡De amor por vos!

—¡De amor! ¿y qué amor es ese, que sufrís?

—¡Qué amor! un martirio, un tósigo, una muerte, pero una muerte dulcísima.

—¡Oh! ¡amigo mio!

—¡Mi bien!

—Pero me habeis dicho tambien que moríais de cuidado.

—Sí, de cuidado por mi familia: hace quince dias que no sabe de mí.

—¡Pero, don Luis mio, yo no os he tenido preso!

—¡Ay, sí!

—¿Pero os tengo yo?

—En vuestros ojos, en vuestra alma, en vuestra hermosura.

—Eso es que vos os habeis preso.

—Y en vano quiero romper este encanto.

—¡Cómo! ¡quereis!...

—Entendedme: quiero amaros siempre, teneros siempre...

—Me tendreis.

—Pero quisiera tambien tener alguna voluntad.

—¿No teneis la mia?

—Yo soy vuestro esclavo.

—No quiero yo vuestra esclavitud; y en prueba de ello os suplico que vayais á tranquilizar á vuestra familia.

—¡Ah! ¿qué significa esta novedad? ¿á qué me reteníais en vuestros brazos?

—Y os retengo: os quiero; pero no pretendo que todo lo sacrifiqueis á mí.

—¡Oh, gracias, gracias! y puesto que pensais así...

—¡Pero vendreis á verme esta noche!

—Oh, sí; vendré... por el postigo.

—No, por la puerta... pues qué, ¿no soy libre? ¿no os amo? ¿no estoy orgullosa con vuestro amor?

—¡Oh, ángel mio!

—Adios, don Luis, adios: idos, tranquilizad á vuestra familia y volved.

—Don Luis, despues de algunas ternezas mas, tomó su sombrero, su capa y su espada, y salió como un chico á quien se dá suelta.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS CAPITULOS DEL TOMO PRIMERO.

Páginas.

Al que leyere. 3

PROLOGO.—CAPITULO I.—*En que se ve lo que puede provenir de una tormenta.* 5

CAP. II.—*Un retrato en esposicion pública.—La cruz de San Andrés.* 18

CAP. III.—*Una casa por fuera y por dentro.—Una mujer por fuera.—Esposicion.* 26

CAP. IV.—*Memorias de Luisa.* 39

CAP. V.—*En que el autor sigue contando por su cuenta.* 72

CAP. VI.—*De como Luisa y Juan tuvieron un mismo y tristísimo motivo para verse todos los dias.* . . . 81

CAP. VII.—*Como Juan vino á ser una cuña interpuesta entre Luisa y Antonia.* 83

CAP. VIII.—*En que el autor concluye su esposicion.* . 94

CAP. IX.—*Judía, gitana y mártir.* 105

CAP. X.—*La honra del verdugo.* 144

CAP. XI.—*De como concluyó la entrevista de Luisa y del diablo.* 250

CAP. XII.—*Epílogo del prólogo.* 255

Páginas.

CAPITULO PRIMERO.—*El taller de ebanista.* 259
CAP. II.—*Esplicaciones.* 270
CAP. III.—*Continuacion del anterior, es decir, continuacion de los antecedentes.* 292
CAP. IV.—*Lo que Andrés dijo á Luisa, lo que Luisa dijo á Andrés, y lo que Andrés vió siguiendo á Luisa.* 299
CAP. V.—*El corazon de un pobre.* 305
CAP. VI.—*Mas antecedentes: de como Luisa sintió por Andrés un nuevo afecto que no era amor ni dejaba de serlo.* 321
CAP. VII.—*Continuacion del anterior.* 335
CAP. VIII.—*En que se sabe á lo que habia ido á Madrid el Moreno, y que los asuntos que á él le habian llevado, tenian una relacion íntima con algunos de los personages de este cuento.* 346
CAP. IX.—*En que se sabe quién era el hombre del visillo.* 359
CAP. X.—*El baron del Destierro.* 374
CAP. XI.—*Antonia haciendo un sacrificio mas por Luisa.* 382
CAP. XII.—*Satanás solo.* 398
CAP. XIII.—*La familia nueva.* 407
CAP. XIV.—*En que concluye la primera parte.* . . . 412
CAP. XV.—*En que se comprende la felicidad de un matrimonio por algunos rasgos característicos.* 425
CAP. XVI.—*De como el diablo sigue en sus trece contra Luisa.* 430
CAP. XVII.—*En que se dicen algunas cosas que sin duda querrá saber el lector.* 439
CAP. XVIII.—*De como el Moreno siguió una aventura á ciegas.* 450
CAP. XIX.—*De como el Moreno entabló conocimiento con cinco ladrones.* 454

Páginas.

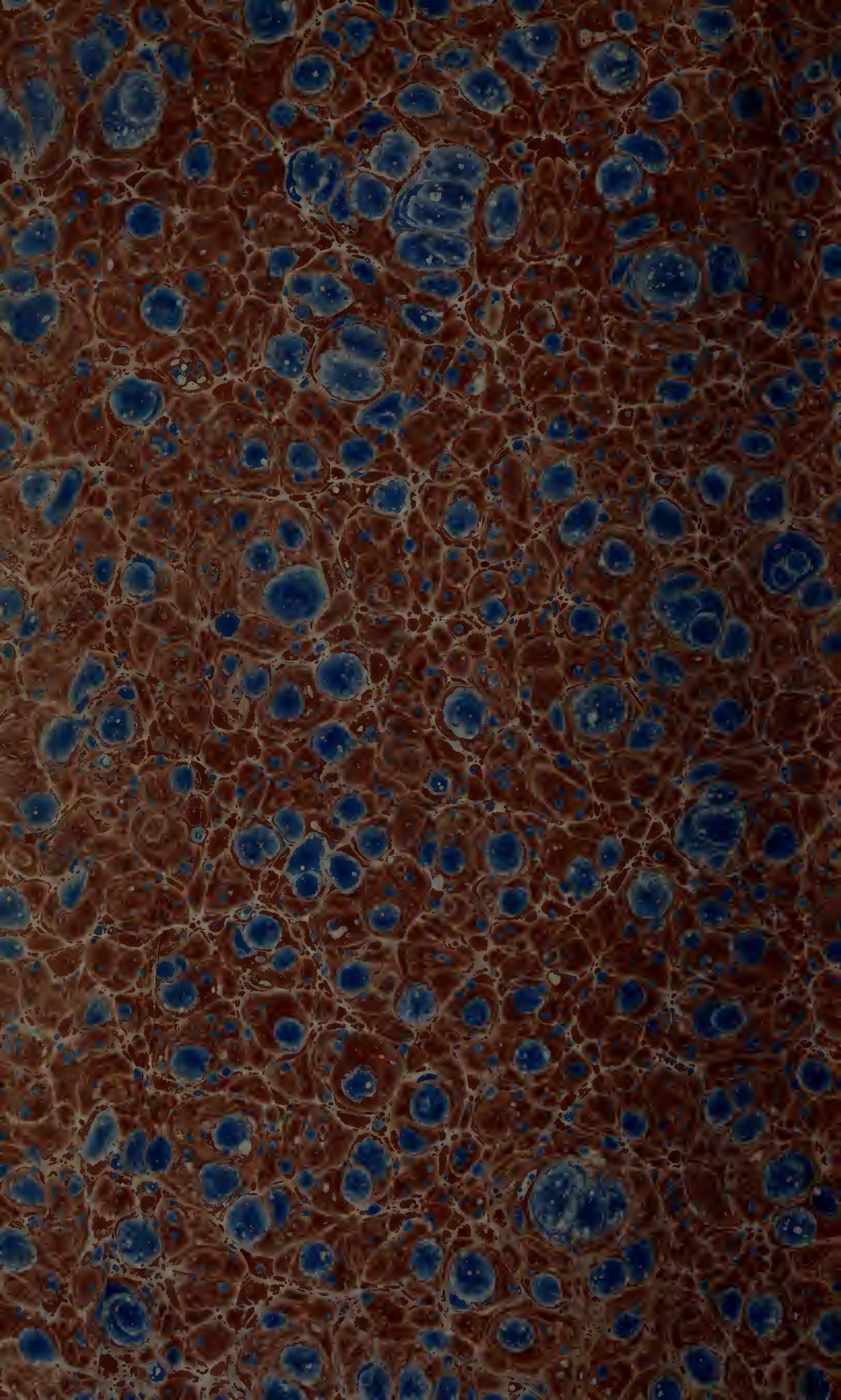
CAP. XX.—*El caer de la venda.* 460
CAP. XXI.—*La segunda vision.* 473
CAP. XXII.—*Continuacion: mutacion de escena.* . . . 524
CAP. XXIII.—*Historia de Luisa Isabel María, bajo el título de:* La casada vírgen. 531

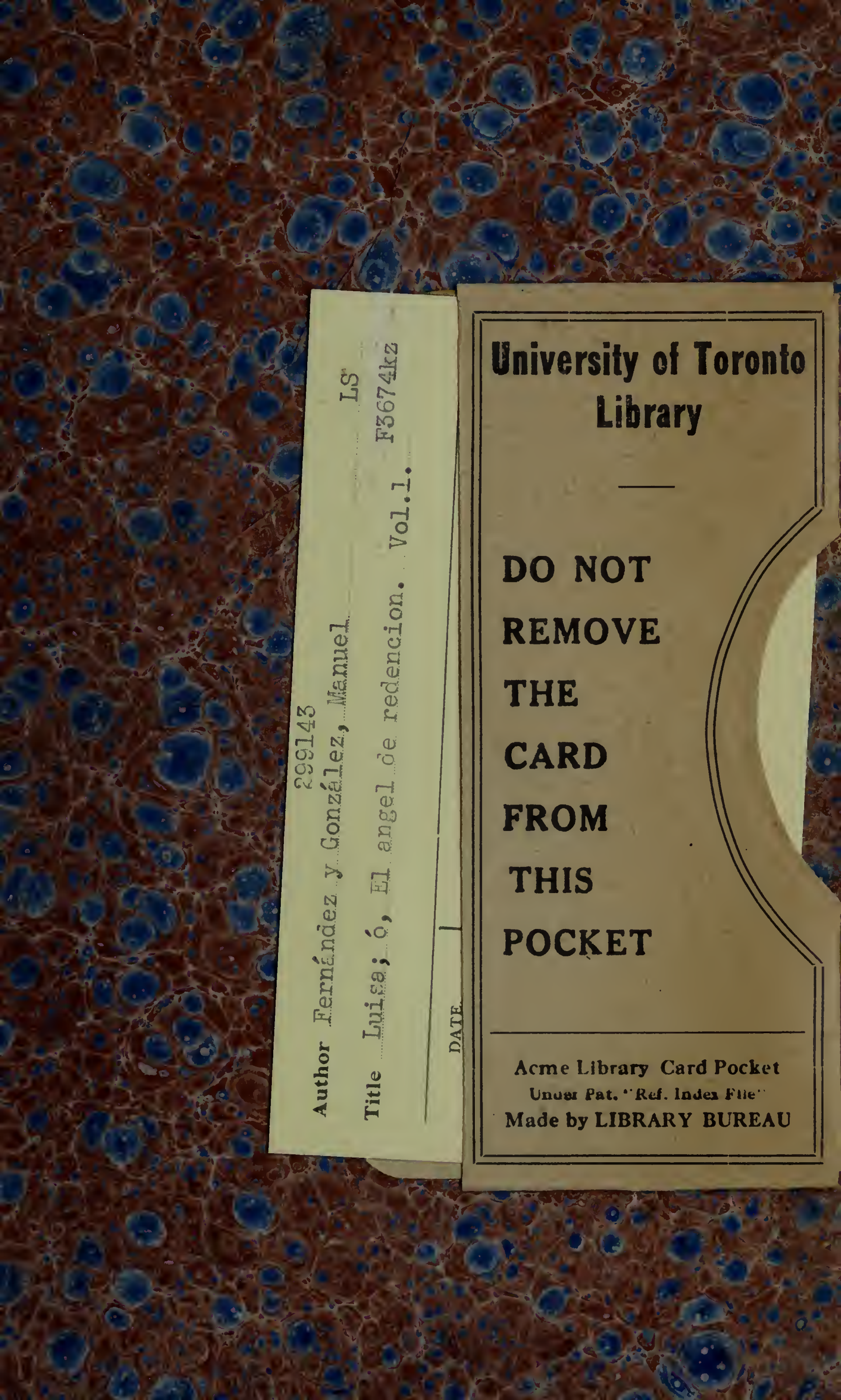
FIN DEL INDICE DEL TOMO PRIMERO.

PLANTILLA

para la colocacion de las láminas.

	Páginas.
Luisa contemplando á Antonia dormida.	46
—Mire vuesamercé, señor capitan Ruy Perez. . . .	107
Encuentro de Luis de Quiñones y de doña María. . .	147
Consuelo y su padre.	212
Quien de ageno se viste en la calle lo desnudan. . .	290
¡Cuerpo de Dios si es buena moza y lo que pesa!. .	336
—Sí, sí, grita bien, ¡eso te aliviará!.	361
Adelantó como un fantasma, y se detuvo junto á Andrés.	444
Pusieron escalas y los bajaron.	490
Cuando estuvo cerca de ella le saludó de una noble manera.	533
Y arrojó á los pies de Luisa Isabel el cuerpo ensangrentado de Gutierre.	600
— Os traigo una carta de vuestra hermana.	646





299143
Author Fernández y González, Manuel
LS
F3674kz
Title Luisa; ó, El angel de redencion. Vol.1.
DATE
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

